

# EL TRONO DEL LOBO GRIS



CINDA WILLIAMS CHIMA

Lectulandia

Han Alister creía que había perdido a todas aquellas personas que amaba, pero cuando encuentra a su amiga Rebeca Morley en las montañas del Espíritu y cerca del abismo de la muerte, comprende que no existe nada más importante que salvarla.

No obstante, pronto descubrirá también que esta chica hermosa y misteriosa no es otra que Raisalana Marianna, heredera de la familia que mató a su madre y su hermana. Pero, para evitar que Raisalana se haga con la herencia, algunos intentarán, una y otra vez, acabar con su vida. Para evitarlo, Raisalana sólo podrá confiar en su ingenio y en su voluntad de hierro.

**Lectulandia**

Cinda Williams Chima

# **El Trono del Lobo Gris**

**Los Siete Reinos - 3**

ePub r1.0

sleepwithghosts 25.01.15

Título original: *The Gray Wolf Throne*  
Cinda Williams Chima, 2011  
Traducción: Nuria Parés

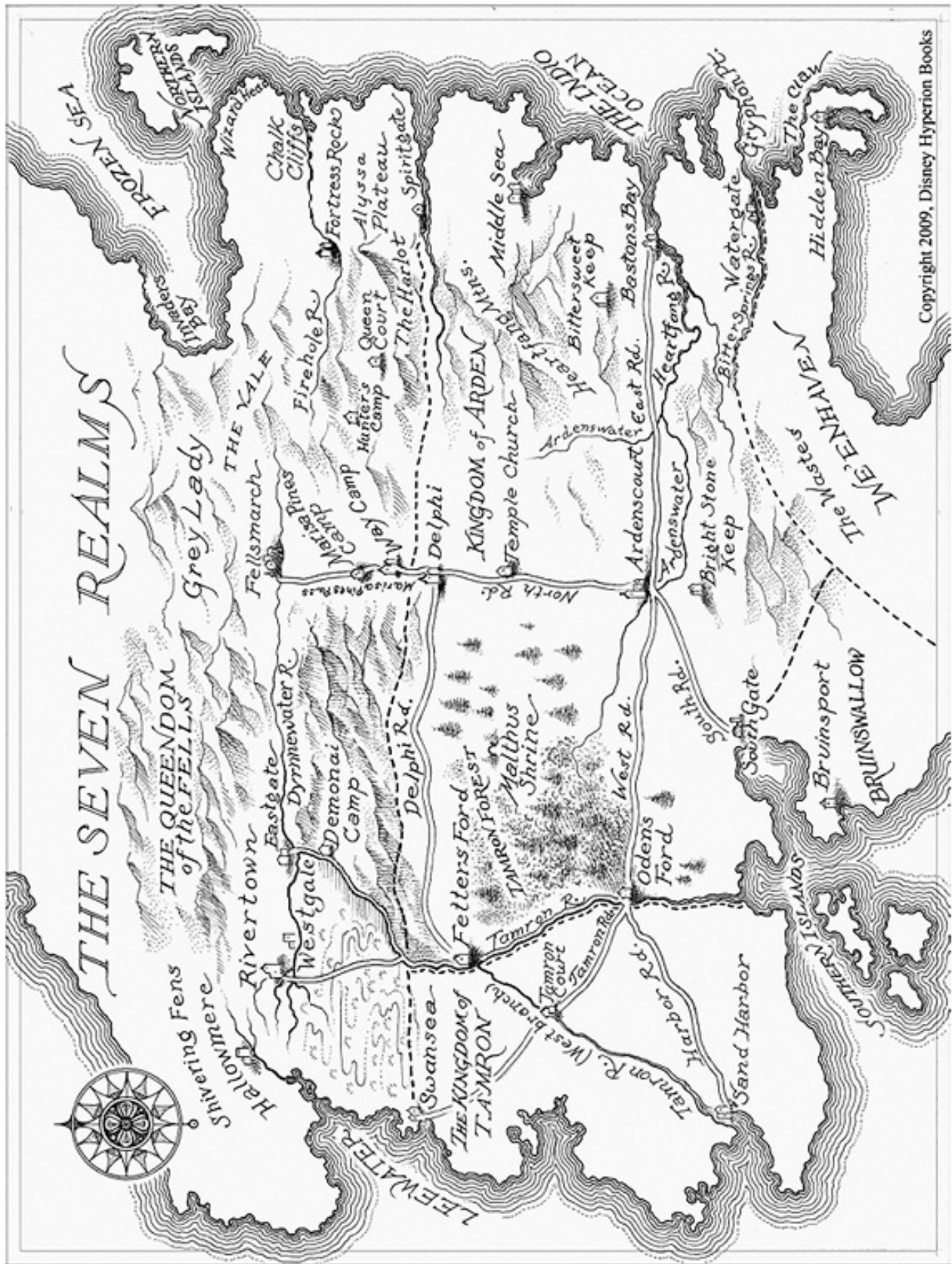
Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi abuela materna, Dorothy Downey Bryan, una música con talento y una buena ama de casa que tenía una gran clarividencia. La abuela tenía un regazo donde cabían varios niños, pero siempre guardaba una escopeta en el armario.*



Copyright 2009, Disney Hyperion Books



## En la zona fronteriza

Raisa *ana'*Marianna se acurrucó en su habitual rincón de la Garza Imperial, picando un poco de pastel de carne. Había aprendido a hacer durar una comida y una jarra de sidra durante una noche entera.

Era arriesgado sentarse en la sala común de una taberna cada noche. Los asesinos de lord Bayar podían estar buscándola. No habían conseguido matarla en Vado de Oden gracias a Micah Bayar, el hijo de lord Bayar. Pero los espías del Gran Mago podían estar en cualquier parte, incluso allí, en el pueblo fronterizo de Vado de Fetters.

Especialmente allí, porque Bayar preferiría interceptar a Raisa antes de que cruzara la frontera hacia los Páramos. Sería más adecuado de este modo, más fácil de ocultarlo a su madre la reina y a la gente de su padre, los clanes de las Espíritus.

Pero no podía pasarse todo el tiempo escondida en su habitación. Tenía que mantenerse visible para la gente que ella quería que la encontrase. Tenía que regresar a casa de algún modo, reconciliarse con la reina Marianna y enfrentarse a quienes pretendían arrebatarse el trono del Lobo Gris.

El nombre de Rebecca Morley ya no era seguro. Lo conocían demasiados enemigos. De modo que ahora se hacía llamar Brianna Trailwalker, en reconocimiento a los antepasados de su clan.

La historia personal que contaba era la de una joven comerciante que regresaba de su primer viaje al sur, retrasado por los disturbios a lo largo de la frontera.

Después de un mes en el limbo de Vado de Fetters, ya conocía a los asiduos de la Garza, la mayoría pilotos del servicio de ferry del río, herreros, herradores y mozos de cuadra que asistían a los viajeros a lo largo del camino. Los naturales del lugar eran una minoría. La ciudad estaba revuelta a consecuencia de la guerra.

Raisa examinó la sala e identificó a los forasteros. Dos mujeres de Tamron ocupaban una mesa de un rincón por segunda noche consecutiva. Una era joven y guapa, la otra robusta y de mediana edad, y ambas iban demasiado bien vestidas para la Garza. Probablemente fuesen una dama noble y su acompañante huyendo de los conflictos en dirección al sur.

Tres jóvenes delgados en traje civil ardeniense jugaban a cartas en una mesa, al lado de la puerta. Habían entrado cuatro, pero uno de ellos se había ido hacía poco rato. Raisa había alzado la vista varias veces y había pillado a uno u otro observándola. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Eran ladrones o asesinos? ¿O se trataba, sencillamente, de unos jóvenes que mostraban interés por una chica?

Ya no había respuestas fáciles.

La mayoría del resto de clientes eran soldados. En el Vado de Fetters había muchos. Algunos llevaban el Halcón Rojo de Arden, otros la Garza Real de Tamron, otros no llevaban ninguna insignia, probablemente mercenarios o desertores del ejército del rey Markus.

Ninguno de ellos podía estar persiguiendo a Raisa. Hacía un mes que se había escapado de Gerard Montaigne, el ambicioso joven príncipe de Arden. Gerard esperaba reivindicar por lo menos tres de los Siete Reinos derrocando a su hermano Geoff, el actual rey ardeniense, invadiendo su antiguo reino aliado, Tamron, y casándose con Raisa *ana*'Marianna, la heredera del trono del Lobo Gris de los Páramos.

Cualquier día esperaban recibir noticias de que la capital de Tamron había caído en manos de Gerard. El príncipe de Arden ya hacía semanas que tenía sitiada la ciudad.

Cuando Raisa llegó a Vado de Fetters, había pensado pedir a las autoridades locales tamronienses que mandasen un mensajero a la comandancia de la guarnición de la Muralla Occidental de los Páramos. Así, ellos podrían enviar el mensaje a su padre, Averill, lord Demonai, o a Edon Byrne, el capitán de la Guardia de la Reina, tal vez las únicas dos personas en las que podía confiar en los Páramos.

Pero cuando llegó al pueblo fronterizo, descubrió que no existía autoridad alguna. En la comandancia de la guarnición no había nadie, los soldados habían huido. Era probable incluso que algunos hubiesen ido hacia el sur a ofrecer su ayuda a la capital sitiada. Aunque probablemente la mayoría se había mezclado con el pueblo a la espera del resultado de la guerra.

Raisa había confiado en que su mejor amigo, el cabo Amon Byrne, y sus Lobos Grises la siguieran hacia el norte y la encontrasen allí, en Vado de Fetters. Así podría seguir viajando, escondida entre ellos, tal como lo había hecho en otoño de camino hacia la academia de Vado de Oden.

Como futuro capitán de su guardia, Amon estaba mágicamente unido a Raisa, por lo que debía de tener una idea aproximada de dónde se encontraba. Pero las semanas habían pasado y Amon seguía sin aparecer. No cabía duda de que si se hubiera dirigido hacia allí ya habría llegado.

Su otro plan era juntarse con un comerciante de los clanes que regresase al norte. Ella era mestiza; con su piel azúcar quemado y su cabello negro podía pasar como miembro de los clanes. Pero esta esperanza también se desvaneció a medida que fueron pasando las semanas y no apareció ningún comerciante. Con los conflictos que había en Tamron, la mayoría de viajeros preferían evitar los Pantanos cenagosos y las siniestras Marismas y utilizar un camino más directo por el Paso de los Pinos de Marisa y Delphi.

Una sombra se proyectó sobre la mesa de Raisa. Simon, el hijo del posadero, ya estaba rondando por allí de nuevo, reuniendo el coraje suficiente para pedirle si le



podía retirar el plato. La mayoría de los días, se pasaba una hora dando vueltas para intercambiar tan solo tres palabras de conversación.

Raisa calculaba que Simon debía de tener su misma edad, o quizás incluso fuera un poco mayor, aunque hacía tiempo que Raisa se sentía demasiado mayor para sus casi diecisiete años: cínica y cansada, herida por el amor.

Es mejor que no te mezcles conmigo, pensó con tristeza. Te aconsejo que vayas hacia otra parte.

Han Alister aún aparecía en sus sueños. Se despertaba con el sabor de sus besos en los labios, con el recuerdo de su tacto abrasador sobre su piel. Pero a la luz del día se hacía difícil creer que su breve romance hubiera existido alguna vez. O que él siguiera pensando en ella.

La última vez que Raisa había visto a Han, Amon Byrne le había hecho huir con la espada. Y después ella se fue de la academia sin decir nada, secuestrada por Micah Bayar. Han no tendría gratos recuerdos de la chica que conocía como Rebecca. Pero era muy poco probable que volviera a verlo nunca más.

Era casi hora de cerrar; otro día desperdiciado mientras los acontecimientos en su país se precipitaban sin ella. Tal vez ya la habían desheredado, por entonces. Tal vez Micah había logrado escapar de Gerard Montaigne y seguía adelante con sus planes de casarse con su hermana Mellony.

Alguien se aclaró la garganta a su lado. Dio un respingo, asustada, y alzó la vista. Era Simon.

—Mi señora Brianna —dijo por segunda vez.

Huesos, pensó ella. Tengo que acostumbrarme a responder al nombre de Brianna.

—Las damas que hay allí sentadas la invitan a unirse a su mesa —continuó Simon—. Dicen que para una dama cenar sola puede resultar algo incómodo. Yo les he dicho que ya había comido, pero... —Se encogió de hombros.

Raisa miró a las dos mujeres tamronienses. Ellas hicieron una inclinación de la cabeza, con expresión entusiasta. Las mujeres de Tamron tenían fama de ser mimadas como flores de invernadero, socialmente despiadadas y físicamente delicadas, de montar a caballo a asentadillas y llevar sombrillas para protegerse del sol del sur.

Aun así, parecía una invitación tentadora. Sería un placer conversar con alguien más que con Simon, alguien que pudiera sostener aunque fuera media conversación. Y tal vez tuvieran noticias más actualizadas sobre los acontecimientos en Tamron.

Pero no. Una cosa era engañar a Simon con la historia de que era una comerciante que se había quedado varada en un pueblo fronterizo. Simon quería ser engañado. Y otra cosa completamente distinta era sentarse con unas damas de alta cuna particularmente dotadas para desentrañar secretos.

Raisa les sonrió y negó con la cabeza, mostrándoles con un gesto que todavía no se había terminado la cena.

—Dales las gracias, pero deseo retirarme a mi habitación dentro de poco —dijo.

—Ya les he dicho que diría esto —dijo Simon—. Pero me han dicho que le diga

que tienen un trabajo para usted. Quieren contratarla como escolta para cruzar la frontera.

—¿A mí? —espetó Raisa. No tenía precisamente tipo de guardaespaldas, porque estaba delgada y era de constitución menuda.

Miró a las damas, mordiéndose el labio inferior mientras lo reflexionaba. Aunque sería un grupo seguro en cuanto a número de personas, ellas no le servirían de mucha protección. Porque a pesar de que eran dos damas elegantes y refinadas, poco podrían hacer en una pelea, y además le entorpecerían el ritmo.

Pero, por otra parte, nadie se esperaría que ella estuviera viajando con dos damas tamronienses.

—Iré a hablar con ellas —dijo Raisa. Simon se disponía a alejarse de su mesa cuando Raisa lo cogió por el brazo—. Simon, ¿sabes quiénes son estos hombres? —preguntó, señalando con la cabeza hacia los jugadores de cartas, pero sin mirarlos.

Simon negó con la cabeza. Estaba acostumbrado a que Raisa le hiciera estas preguntas, y sabía lo que ella quería saber.

—Es la primera vez que vienen, pero no se hospedan aquí —dijo, recogiendo el plato—. Hablan en ardeniense, pero pagan con moneda de los Páramos. —Se inclinó todavía más—. Han hecho algunas preguntas sobre usted y sobre las damas tamronienses —añadió—. Yo no les he dicho nada.

Simon alzó de golpe la cabeza cuando la puerta de la taberna se abrió y se cerró. Dejó entrar una ráfaga de brisa nocturna helada y húmeda, una racha de lluvia y media docena de nuevos clientes, todos forasteros. Llevaban unas raras capas de lana con pechera, y tenían un porte militar. Raisa retrocedió hacia las sombras mientras el corazón le latía desbocado. Se esforzó para escuchar algún fragmento de su conversación, para intentar descifrar en qué idioma hablaban.

¿Cuánto tiempo puedes seguir así?, pensó. En efecto, ¿cuánto tiempo podía seguir esperando a un escolta que tal vez no vendría nunca? Si Gerard se hacía con el control de Tamron, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que cerrara las fronteras completamente, quedando Raisa dentro? Quizá sería más seguro cruzar la frontera ahora, en lugar de seguir esperando a un escolta.

Pero la frontera estaba llena de renegados, ladrones y desertores, y se arriesgaba a acabar asaltada, violada y muerta al lado del camino.

¿Se quedaba o se iba? La pregunta no paraba de darle vueltas en la cabeza.

Con un arrebató, se levantó y se dirigió hacia la mesa que ocupaban las tamronienses.

—Soy Brianna Trailwalker —se presentó con voz áspera y seria—. He oído que están buscando a alguien que las escolte para cruzar la frontera.

La mujer robusta asintió con la cabeza.

—Esta es lady Esmerell —dijo, señalando con la cabeza a la joven—. Y yo soy Tatina, su institutriz. Nuestra tierra ha sido invadida por el ejército ardeniense.

—¿Y por qué me han elegido a mí? —dijo Raisa.

—Porque se dice que los comerciantes, de ambos sexos, son hábiles con las armas —dijo Esmerell—. Y nos encontraríamos más a gusto con otra mujer. —Se estremeció delicadamente—. Hay muchos hombres por el camino que se aprovecharían de dos mujeres educadas y refinadas.

Pues no lo sé, pensó Raisa. Tatina parecía capaz de desmayar a un hombre de un puñetazo.

—¿Y tienen intención de cruzar por los Pantanos o por los Páramos? —preguntó Raisa.

—Pasaremos por donde usted elija —repuso Esmerell con voz temblorosa—. Solo queremos escapar y refugiarnos en el templo de la Marca de los Páramos hasta que hayan expulsado a los bandoleros ardenienses de nuestras tierras.

No contengas la respiración, pensó Raisa.

Esmerell hurgó con la mano en su falda, sacó una bolsa llena y la colocó sobre la mesa.

—Podemos pagar —dijo—. Tenemos dinero.

—Guárdese eso antes de que alguien lo vea —susurró Raisa. La bolsa desapareció.

Raisa miró en silencio a las dos mujeres, reflexionando. No podía quedarse allí para siempre, esperando a que alguien viniera a buscarla. Tal vez había llegado el momento de arriesgarse.

—Por favor —dijo Tatina, poniendo una mano sobre el brazo de Raisa—. Siéntese. A lo mejor si nos conoce un poco más, querrá...

—No. —Raisa negó con la cabeza. No quería que nadie recordase que se había sentado con unas damas en la taberna si venía alguien a preguntar—. Es mejor que nos vayamos a acostar pronto si mañana queremos salir temprano.

—Entonces, ¿lo hará? —preguntó Esmerell, dando palmadas de emoción.

—Chist. —Raisa miró alrededor, pero al parecer nadie les prestaba atención—. Las espero en los establos al alba, con el equipaje y preparadas para cabalgar todo el día.

Raisa se alejó de las damas y volvió a su mesa, esperando haber tomado la decisión acertada. Esperando que esto la llevara de vuelta a casa tarde o temprano. Tenía la mente agitada de tantos planes. Le pediría a Simon que le preparara pan, queso y embutido para llevarse. Una vez en los Pantanos, podría ponerse en contacto con los marismeños, y quizás...

—Me parece que le iría bien animarse un poco, jovencita —dijo un ardeniense una voz áspera de hombre. Un corpulento forastero se dejó caer en la silla de enfrente de Raisa. Era uno de los clientes que acababan de llegar, y la cara le quedaba ensombrecida por la capucha. No se había ni molestado a quitarse la capa, aunque iba dejando pequeños charcos de agua en el suelo.

—¡Eh, tú! —gritó a Simon—. Tráele a la señorita lo que sea que estuviera tomando y otra jarra de cerveza para mí. ¡Y andando! Que casi es hora de cerrar.

Raisa estaba a punto de estallar. Uno de los riesgos de comer sola en una taberna era el de ser considerada un blanco fácil por cualquier hombre que pasara por allí. Pues bien, se encargaría de inmediato de quitarle aquella idea de la cabeza.

—Tal vez ha pensado equivocadamente que yo quería compañía —dijo Raisa, cortante—. Pero prefiero cenar sola. Le agradeceré que no me vuelva a molestar.

—No sea así —se quejó el forastero, en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos en la taberna—. No está bien que una señorita como usted esté comiendo sola.

El soldado se inclinó y su voz cambió, convirtiéndose en baja y suave, aunque seguía hablando ardeniense como un nativo.

—¿Está segura de que no puede dedicar un momento a un soldado que hace tiempo que viaja?

El hombre se quitó la capucha y Raisa vio de pronto los ojos grises claros de Edon Byrne, capitán de la Guardia de la Reina de los Páramos. Eran asombrosamente parecidos a los de su hijo Amon.

En ese momento, Raisa no pudo hacer nada más que evitar quedar boquiabierta. Tenía la cabeza llena de preguntas. ¿Cómo la había encontrado? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Quién sabía que él podía hablar ardeniense con tanta fluidez? ¿Amon estaba con él?

—Bien —logró articular—. Bien, entonces. —Se aclaró la garganta para hablar, pero justo entonces Simon trajo la bebida, y golpeó tan fuerte sobre la mesa que la cerveza se derramó. Byrne esperó a que Simon se fuera para volver a hablar.

—Vado de Fetters ya no es un lugar seguro —murmuró, todavía en ardeniense—. Hemos venido a buscaros para llevaros a casa. —Byrne miró alrededor, examinando la sala. Olía a sudor y a cuero, y tenía un poco de barba de tantos días de viaje. Aunque volvió a ponerse cómodo en la silla, Raisa se dio cuenta de que se había echado la capa hacia atrás para dejar al descubierto la empuñadura de su espada.

—Hablemos —dijo Raisa, con el corazón lleno de esperanza—. Le espero en los establos de la posada dentro de diez minutos.

Se levantó bruscamente.

—Si usted no se va, me iré yo. Vaya a molestar a otra.

Se fue hacia las escaleras. Las damas ardenienses asintieron y chasquearon la lengua con simpatía, probablemente pensando que Raisa debía de haber aceptado la oferta de unirse a ellas.

—¡Señorita! Se olvida la sidra —gritó Byrne detrás de ella, soltando algunas risitas y silbidos.

Raisa pasó por delante de las escaleras y entró en la cocina, donde Simon estaba amasando pan para dejarlo en reposo toda la noche.

—¿Mi señora? —dijo, mirándola.

—Necesito un poco de aire fresco —dijo Raisa. Simon la observó mientras salía por la puerta posterior. Estaba lloviendo. Se abrigó un poco más los hombros con el chal de Fiona Bayar. Lo encontró en el caballo que le había robado a la hija del Gran

Mago, y era una de las pocas cosas de Fiona que estaban bien.

El establo era cálido y hacía un olor dulce de heno y caballos. *Fantasma* asomó la cabeza fuera de su cuadra, resoplando y echando al aire trocitos de avena. Raisa le acarició la nariz. Dos cuadras más allá reconoció a *Ransom*, el caballo pardo castrado de Byrne.

Las puertas del establo chirriaron y entró Byrne, seguido de un puñado de casacas azules. Aunque este nombre no los definía demasiado bien, porque llevaban una mezcla de ropa indefinida de invierno de tonos marrones y verdes.

Raisa los examinó rápidamente, pero se quedó muy decepcionada al ver que Amon no estaba con ellos, ni tampoco ninguno de los demás Lobos Grises. Estos soldados tenían más experiencia que los cadetes de Amon, y sus caras todavía jóvenes estaban curtidas por el sol y el viento.

Byrne cerró cuidadosamente las puertas del establo y puso a uno de los suyos a vigilar. Los demás empezaron a trabajar de inmediato, sacaron a sus caballos y procedieron a ensillarlos.

—¿Tiene intención de salir esta noche? —preguntó Raisa, haciendo un gesto con la cabeza hacia los soldados.

—Cuanto antes mejor —respondió Byrne. Lo miró de arriba abajo, mordiéndose el labio inferior, para comprobar que no estuviese herido—. Es un alivio haberos encontrado con vida.

Un comentario absurdo, porque si la hubieran asesinado sin duda se habría enterado. Habría sido un duro golpe contra la importante dinastía Lobo Gris.

—¿Qué ha pasado? —dijo Raisa—. ¿Cómo ha sabido que me encontraría aquí? ¿Dónde está Amon? ¿Por qué Vado de Fetters ya no es un lugar seguro?

Byrne dio un paso atrás, como retrocediendo del alud de preguntas. Señaló con la cabeza el cuarto de arneses.

—Vamos a hablar allí.

Raisa se acordó de las damas ardenienses.

—Oh, una cosa. He quedado con esas dos mujeres con las que estaba hablando en la taberna para viajar con ellas mañana. ¿Puede mandar a alguien para decirles que he cambiado de planes? —Era una actitud cobarde, lo sabía, pero se sentía demasiado cansada para aguantar la decepción de lady Esmerell.

—Corliss —dijo Byrne dirigiéndose a uno de sus hombres, y lo mandó de nuevo a la posada para dar las malas noticias a Esmerell y a Tatina.

Raisa abrió la puerta de la cuadra de *Fantasma* y condujo al semental al cuarto de arneses. Después cogió la silla y la brida del estante de la pared. Byrne la siguió y cerró la puerta. Se quedó mirando a Raisa mientras hacía los preparativos.

—¿No es el semental de los llanos que cabalgaba Fiona Bayar la última vez que la vi en casa?

Raisa asintió. Fiona consumía a los caballos igual que su hermano Micah consumía amantes.

—Se lo pedí prestado.

Cogió un taburete y se subió encima para poner la manta sobre el lomo de *Fantasma*.

—Me gustaría oír esta historia —dijo Byrne.

—Pero usted iba a contarme cómo llegó hasta aquí, capitán.

—Sí, Alteza. —Byrne inclinó la cabeza—. Vuestro padre interceptó un mensaje que sugería que lord Bayar sabe dónde estáis y que ha enviado a unos asesinos para mataros.

—Oh —dijo Raisa, interrumpiendo su tarea por un instante—. Eso ya lo sé. Ya en Vado de Oden mandó a cuatro.

Byrne enarcó una ceja; a Raisa el gesto le hizo recordar tanto a Amon que el corazón le dio un vuelco.

—¿Y? —dijo Byrne, en tono áspero.

—Yo maté a uno, y Micah Bayar a los otros tres —repuso Raisa.

—¿Micah? —dijo Byrne, extrañado—. ¿Por qué iba a...?

—Por lo visto preferiría casarse conmigo a enterrarme —dijo Raisa—. Me secuestró de la escuela y me arrastraba de vuelta a casa cuando el ejército de Gerard Montaigne nos sorprendió de camino a Tamron. Fue justo al norte del Vado de Oden. Si Micah sobrevivió, debió de suponer que yo había regresado a la escuela y no a los Páramos. De modo que es muy poco probable que lord Bayar sepa dónde estoy ahora.

—Yo me refiero a un mensaje reciente —dijo Byrne, frunciendo el ceño—. No creo que se refiriera al primer intento de interceptaros.

Raisa sintió un escalofrío y pensó que era muy duro que tanta gente intentase matarla y no pudiera evitarlo.

Byrne le puso la silla de montar a *Fantasma*.

—Si hacéis el favor de ir a recoger vuestras cosas, yo acabaré con esto.

Raisa estaba lo bastante familiarizada con las tácticas evasivas de Byrne como para saber cuándo las estaba usando.

—El cabo Byrne me enseñó a cuidar de mi caballo —dijo, agachándose para ajustar la correa de seguridad—. ¿Quién más sabe usted que venía a buscarme?

Byrne pensó un momento.

—Vuestro padre —dijo—. Y Amon. —Pronunció este nombre como si se arrepintiera de haberlo hecho.

Raisa se levantó y se puso de puntillas para ver a Byrne por encima del lomo de *Fantasma*.

—¿Amon se puso en contacto con usted? ¿Es por él que supo que tenía que venir a buscarme aquí?

Byrne se aclaró la garganta.

—Cuando desaparecisteis de Vado de Oden, el cabo Byrne pensó que tal vez os habíais ido a casa, por voluntad propia o no. Supuso que habríais tomado la ruta occidental, porque vinisteis por allí en otoño. Entonces envió un pájaro mensajero

sugiriendo que intentara interceptaros aquí para evitar una posible emboscada en la Puerta del Oeste.

Raisa estaba casi segura de que había urdido esta historia durante unos cuantos días.

—¿De veras? —dijo ella—. ¿Cómo sabía que había sobrevivido? Dejamos un panorama bastante sangriento en Vado de Oden. —Ciñó la brida de *Fantasma* mientras el caballo lamía la boquilla y trataba de escupirla.

—Bueno... él... tenía un presentimiento —dijo Byrne.

Raisa resopló. Mentir no se le daba mejor que a Amon.

—Pues si creía que estaba aquí, ¿por qué no venía él mismo?

Raisa tiró con fuerza del arnés para comprobar que estuviese tan tenso como fuera posible.

—Porque creyó que yo llegaría antes —dijo Byrne, cambiando el peso de pierna.

—¿Por qué? ¿Dónde está él ahora? —preguntó Raisa.

Byrne apartó la vista.

—No sé dónde está ahora mismo —dijo.

—Bueno, ¿y dónde estaba cuando le mandó el mensaje a usted? —insistió—. En Vado de Oden no tenemos pájaros capaces de llevar un mensaje hasta la Marca de los Páramos.

—Estaba en Tamron, Alteza —dijo Byrne, como una ostra que finalmente se abre para revelar su interior.

—¿¡En Tamron!?! —exclamó Raisa, dándose la vuelta—. ¿Y qué estaba haciendo allí?

—Buscándoos —dijo Byrne—. Le llegó la voz de que os habíais enredado en una escaramuza entre el ejército de Montaigne y la brigada de Tamron. Pensó que tal vez os habríais refugiado en la capital. O sea que él y su tríada fueron allí a buscaros.

Raisa se quedó mirando a Byrne, y sintió un nudo en el estómago al tomar conciencia de lo que aquello significaba.

—Todavía está allí, ¿verdad? —susurró—. Y Gerard Montaigne tiene la ciudad sitiada.

—Es por este motivo que tenemos que ir rápido, mientras el príncipe de Tamron cree que estáis en Tamron —dijo Byrne.

—¿Qué? —murmuró Raisa—. ¿Por qué tendría que creer...?

—Es una larga historia. —Byrne se frotó la barbilla, como si estuviera decidiendo si podía evitar explicársela—. Montaigne ha amenazado con arrasar la capital si no se rinden. Si puede hacerlo o no, es una incógnita, pero el rey Markus parece convencido de que sí puede, de modo que hizo pasar que vos estabais en la ciudad, con la esperanza de que el príncipe de Arden no se atreviera a destruirla si estabais dentro. Ahora Montaigne le exige al rey Markus que os entregue o hará pasar a toda la ciudad a cuchillo. De modo que Markus mandó un mensaje a la reina Marianna pidiéndole que enviara un ejército para rescataros.



—¿Y no tiene miedo de que yo aparezca por algún sitio y lo deje en evidencia como un mentiroso? —preguntó Raisa.

—El cabo Byrne le dijo que moristeis durante las escaramuzas con las fuerzas de Montaigne —dijo Byrne, haciendo una mueca—. De hecho, el cabo Byrne fue quien propuso este plan a Markus cuando Montaigne puso sitio a la ciudad.

—Pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Raisa, completamente despistada.

—El cabo Byrne supuso que todavía no habíais cruzado la frontera. Prefirió que los que os están persiguiendo crean que estáis en Tamron, y no aquí en la zona fronteriza. De modo que él y su tría se han dejado ver por la capital para que los espías que trabajan para Montaigne o para lord Bayar vean que los miembros de la Guardia de la Reina todavía están allí y crean que vos también estáis.

—No —susurró Raisa, yendo de un lado para otro—. Oh, no. Cuando Montaigne descubra que le han engañado se pondrá furioso. Y quién sabe lo que va a hacer. —Se detuvo y alzó la vista hacia Byrne—. ¿Y la reina? ¿Enviará ayuda?

—Dada la situación actual en el país, no podemos mandar un ejército a Tamron —repuso Byrne—. Eso desestabilizaría una situación ya de por sí muy frágil. La guerra puede estallar en cualquier momento, dependiendo de lo que pase con la sucesión.

—Pero... si mi madre cree que estoy atrapada en Tamron —susurró Raisa—, ¿no mandará un ejército de todos modos?

En realidad, Raisa no estaba segura de la respuesta a esa pregunta.

—Yo le dije que no se arriesgara, que vos no estabais allí —dijo Byrne, con sus ojos grises clavados en los de ella.

—Pero... ¡eso significa que Amon y todos los Lobos Grises morirán allí! —gritó Raisa—. ¡Y de una forma horrible!

—Cabe esa posibilidad, en efecto —dijo Byrne tranquilamente.

—¿Posibilidad? ¿Posibilidad? —Raisa se puso delante de Byrne, con los puños cerrados—. ¡Amon es su hijo! ¿Cómo ha podido hacer algo semejante?

—Amon tomó esta decisión por el bien de la dinastía, porque es su deber —dijo Byrne—. Y no lo criticaré.

Raisa, roja de ira, se puso de puntillas inclinándose hacia Byrne.

—¿Acaso ha tenido opción? —preguntó—. Me contó lo que usted le hizo, lo de ese vínculo mágico que le impuso.

Byrne frunció el ceño, frotándose el rabillo del ojo con el pulgar.

—¿En serio? ¿Os dijo eso?

Raisa no desistió.

—¿Acaso le queda algo de voluntad propia, o está obligado a sacrificarse para salvar la maldita dinastía?

—Mmm —hizo Byrne, todavía tranquilo—. Bueno, yo diría que tiene algo de voluntad propia, porque si no, no os habría hablado del vínculo entre reinas y capitanes —dijo.

—¿Y qué pasa con los Lobos Grises? —dijo Raisa—. ¿Acaso tienen opción? — Pensó en sus amigos, los cadetes de Amon: Hallie, cuya hija de dos años la esperaba en la Marca de los Páramos. Talia, que había dejado a su amada Pearlie en Vado de Oden. Y el pobre Mick, que le había ofrecido a Raisa su alforja hecha por su clan como consuelo por haber perdido a Amon Byrne.

Tamron aguanta gracias a mí, se dijo. Era consciente de que pensar que la invasión de Tamron dependía de ella resultaba un tanto presuntuoso. Gerard Montaigne quería la riqueza de Tamron, un ejército más numeroso y un trono en el que sentarse. Ella no era más que el postre de ese festín, una oportunidad para reclamar también los Páramos.

—Tenemos que ir a buscarlos —dijo Raisa—. Tiene que haber alguna manera de sacarlos de allí. ¿Qué tal si...? Podría presentarme allí y despistar a Montaigne, o intentar negociar con él. O tal vez exista una manera de escabullirse entre los frentes y...

En realidad, Raisa no creía que ninguna de esas tácticas pudiera funcionar. Y Byrne lo sabía, porque se quedó mirándola, impasible, hasta que se calló.

—Ni siquiera sabemos si todavía está en la ciudad, o si sigue con vida, Alteza — dijo Byrne en voz baja.

—Está vivo —dijo Raisa—. El vínculo es recíproco. Si estuviera muerto lo sabría.

—Es posible que la ciudad ya haya sido arrasada —continuó Byrne—. ¿Cómo creéis que se sentiría si fuerais a la capital y Montaigne os capturara, viendo así todos sus esfuerzos desperdiciados?

Incapaz de contenerse, Raisa dio una patada tan fuerte contra la puerta del cuarto de arneses que la astilló. *Fantasma* sacudió la cabeza, tirando de la cuerda. Unas lágrimas de rabia brotaron de los ojos de Raisa y le bajaron por las mejillas. Después se volvió hacia Byrne.

—Amon Byrne es mejor que usted, mejor que yo; es demasiado valioso para desaprovecharlo, y usted lo sabe —dijo, con la voz temblorosa—. Amon es, y siempre ha sido, mi mejor amigo.

—Entonces confiad en él —dijo Byrne—. Si se puede salir de la ciudad, saldrá. Raisa se enjugó las lágrimas con el dorso de una mano.

—Capitán Byrne, si le pasa algo a Amon no se lo perdonaré nunca.

Byrne la cogió fuerte por los hombros, la luz de los faroles iluminándole la cara.

—Lo que podéis hacer ahora por Amon es sobrevivir —dijo, con una voz ronca y extraña—. No os dejéis vencer, Alteza.

Raisa cruzó el patio del establo en dirección a la posada, con la cabeza hirviendo de preocupaciones por Amon y los Lobos Grises e intentando todavía urdir algún plan de rescate.

Era casi hora de cerrar, y con un poco de suerte ya no habría nadie en la taberna. Recogería su escaso equipaje y se pondrían de camino.

Entonces alzó la cabeza y vio a Esmerell y a Tatina corriendo hacia ella bajo la lluvia, levantando sus faldas para que no rozaran contra el suelo fangoso.

Fantástico, pensó. Justo lo que me faltaba.

En ese preciso momento, dos de los jugadores de cartas que Raisa había visto antes salieron por la puerta trasera y se lanzaron tras las damas a toda prisa.

Raisa examinó la situación y llegó a una rápida conclusión. Esos hombres eran ladrones, y probablemente habían visto la bolsa que habían sacado antes las ricas damas ardenienses.

—¡Vigilen detrás suyo! —gritó Raisa, corriendo hacia delante mientras sacaba el puñal.

Las mujeres no miraron hacia atrás, pero se pusieron a correr más rápido, mucho más de lo que Raisa se habría podido imaginar. Los jugadores de cartas gritaban algo mientras corrían, pero Raisa no lograba entenderlo. Oyó que se abría la puerta del establo, y luego gritos y pasos corriendo detrás de ella.

—¡Pónganse detrás de mí! —gritó Raisa cuando las damas ya estaban cerca. Pero entonces algo la golpeó y la lanzó al suelo. Se volvió a tiempo para ver a las damas ardenienses caer en manos de los jugadores de cartas.

Edon Byrne agarró a Raisa por los hombros y la sujetó con fuerza. A Raisa le llevó un instante recuperar el aliento para poder hablar.

—¿Qué está haciendo, Byrne? —le espetó, intentando liberarse. Estaba toda empapada, llena de barro y temblando, y los dientes le castañeteaban.

Poco a poco, los guardias se levantaron. Las damas se quedaron en el suelo tumbadas boca arriba, inmóviles, la sangre y la lluvia empapando sus elegantes vestidos, vigiladas por los jugadores de cartas.

—Buen trabajo —dijo Edon Byrne bruscamente—. Pero la próxima vez no dejéis que se acerquen tanto a la princesa heredera.

Los jugadores de cartas sacaron sus espadas de un tirón y las pasaron por las voluminosas faldas de las damas. Uno de ellos se arrodilló y registró a las dos mujeres. Se levantó del suelo con tres cuchillos y un pequeño retrato. Examinó la imagen y, sin decir nada, se la dio a Raisa.

Era un retrato de Raisa hecho con motivo del día de su onomástica.

Byrne dio una patada contra algo que había al lado de las mujeres, se agachó y lo cogió con dos dedos.

Era un puñal, delicado, femenino y mortalmente afilado.

## Examinando viejos huesos

Han Alister encontró más tránsito del que había previsto en el camino de Vado de Fetters. Los refugiados demacrados se dirigían hacia el norte mientras el ejército de Gerard Montaigne quemaba los campos en dirección sur. Algunos de ellos parecían embrujados, sorprendidos por la desgracia, pero todavía vestidos con la ropa elegante aunque estropeada que revelaba que eran de sangre azul.

A Han le pareció que todo Tamron estaba en movimiento: la gente del campo buscaba refugio en las ciudades, y la gente de las ciudades huía hacia el campo. ¿Qué probabilidades tenía de encontrar en medio de ese caos a una chica que viajaba sola o con dos magos?

El camino seguía el curso del río Tamron al norte de Vado de Oden. A la derecha, quedaba Arden y los densos árboles de hoja ancha del Bosque de Tamron. En la parte oeste había los fértiles campos de Tamron, ahora invadidos por los combates. Se veían columnas de humo que subían en espiral de algunas granjas y casas señoriales calcinadas.

Por lo visto a los militares les gustaba quemar las cosas.

Tamron tal vez era el granero de los Siete Reinos, pero en este momento la comida era difícil de encontrar incluso para los que tenían dinero para comprarla. Pequeños pueblos bordeaban el camino, a una distancia de un día, como nudos en una cuerda deshilachada. Cada pueblo estaba custodiado por una variada milicia local armada con horcas, bastones y arcos, dispuesta a lanzarse contra quien fuera — soldados o civiles— que amenazara con invadirlos.

Por suerte, Han estaba acostumbrado a pasar hambre.

En cada pueblo había por lo menos una posada. Y en cada posada, Han hacía las mismas preguntas: «¿Han visto a una chica, una mestiza de ojos verdes y pelo negro? Es bajita, más o menos así». Entonces se ponía la mano a la altura de su hombro. «Se llama Rebecca Morley, y probablemente viaja con dos hechiceros, hermano y hermana. Son inconfundibles: los dos son altos, la hermana tiene el pelo muy rubio y los ojos azules, y el hermano tiene el pelo y los ojos oscuros».

Algunos intentaban tomarle el pelo. «¿Qué pasa, tu chica se ha escapado?» Pero la mayoría era consciente de la expresión de Han, del amuleto que llevaba colgado del cuello, y de su apariencia de viajero cansado en esos tiempos de desesperación.

Las chicas desaparecidas en tiempos de guerra no eran un tema para tomarse a la ligera.

La guerra estaba por todas partes. Había cadáveres colgando de los árboles, como frutos espeluznantes, dando vueltas lentamente con el aire del sur. Había campos de

batalla llenos de cadáveres de soldados atacados por las aves carroñeras. Nubes de moscas sobrevolaban los restos de animales muertos a lo largo de los bordes del camino, y los cadáveres contaminaban muchos de los cursos fluviales.

Han viajaba casi todos los días con el hedor de putrefacción pegado en la nariz. Le recordaba a Arden, cuando él y Bailarín habían hecho el viaje hacia Vado de Oden. ¿De veras hacía casi un año?

Este era el veneno que se había apoderado de Tamron y que amenazaba de afectar a los Páramos.

Permanece al margen, Alister, se decía Han a sí mismo. Ya tienes suficientes batallas para luchar.

Un posadero creyó recordar a una chica que coincidía con la descripción de Rebecca. Viajaba sola, y cabalgaba con un semental de los llanos de color gris demasiado grande para ella. O por lo menos eso parecía.

Han tenía la esperanza de que el grupo de Rebecca hubiera pasado sin ser atacado; de que los informes sobre la escaramuza de Rebecca con el ejército invasor de Gerard fueran erróneos.

Era posible que Rebecca hubiera ido a refugiarse en la capital de Tamron, ahora en estado de sitio por el ejército de Gerard Montaigne. Han consideró la idea de desviarse al oeste, hacia la capital, pero no tenía ni idea de si ella estaba allí o no. Y aunque estuviera, no podría hacer nada por ella.

Han respiró hondo, espiró el aire y se obligó a relajar el cuello y los hombros y a abrir los puños.

De todos modos, el cabo Byrne y sus Lobos Grises se habían dirigido hacia allí. Han tenía su propio camino a seguir.

Si no fuera por su preocupación por Rebecca, Han no tendría ninguna prisa por llegar a los Páramos. ¿Por qué tendría que desear ocupar su puesto como mago mercenario de los clanes de las tierras altas, que le habían engañado y traicionado? ¿Por qué tendría que apresurarse a afrontar el Consejo de Magos? ¿De veras quería defender a Marianna, la reina responsable de tantas de sus pérdidas? ¿La reina que probablemente todavía ponía precio a su cabeza?

Incluso cuando llegara a los Páramos, Han no podía confiar en que los clanes le cubrieran la espalda. Los guerreros Demonai lo despreciaban porque él tenía el don. Para ellos era una pieza desechable, destinada a no robarles demasiado tiempo.

Si no fuera por Rebecca, podría haberse echado a correr en sentido contrario. Siempre que se mantuviera alejado de las montañas, podría evitar a aquellos con los que había pactado un compromiso. Incluso podría encontrar un escondite en los llanos y perderse.

Resopló. Como si eso fuera a pasar algún día. A Han le encantaba Vado de Oden, pero no los llanos. Aunque era un chico de ciudad, se había criado en un pueblo de montaña, y le inquietaba tener el vacío a su alrededor. Deseaba sentirse rodeado de nuevo por las montañas.

Además, nunca había tenido mucha suerte escondiéndose. Tarde o temprano tendría un equipo, una banda de apoyo y gente dependiendo de él. Gente que pagaría el precio de sus fracasos.

O sea que no consideró seriamente la posibilidad de romper su acuerdo con los clanes. Y menos huyendo. No era suficiente para estar en el lado ganador. Haría lo que fuera necesario para asegurarse de que él, Han Alister, llegaba a la cima.

Han y los clanes tenían un enemigo en común. Lord Gavan Bayar, el Gran Mago de los Páramos, que había tramado la muerte de la madre y la hermana de Han. Había torturado y matado a sus amigos en un esfuerzo para dar con Han y quitarle el amuleto que este había robado a los Bayar. El talismán de la serpiente había pertenecido a un antepasado de Han, *Alger Aguabaja*, el famoso rey Demonio. Ahora Han lo llevaba pegado contra su piel.

Rebecca Morley había desaparecido de pronto de Vado de Oden, junto con Micah, el hijo de lord Bayar. Si Han no encontraba ningún rastro de Rebecca por el camino, iría en busca de Micah Bayar y le sacaría la verdad. Si Rebecca todavía estaba viva, se trataría de una misión urgente. Si estaba muerta, haría que los Bayar lo pagaran caro.

Han había sido demasiado confiado en Vado de Oden. Sus propias palabras se burlaban de él.

«Vosotros los Bayar debéis aprender que no podéis tener todo lo que queréis. Yo os voy a enseñar».

La última vez que vio a Rebecca le dijo una auténtica verdad.

«Cuando dejas las cosas a un lado para más adelante, desaparecen de mi mente».

Regresaba a casa, como un señor de la calle de los harapientos entrando en Puente del Sur, con sus enemigos por todas partes. Solo que esta vez, si se derramaba sangre, sería la del bando contrario.

Esto significaba que necesitaba mejores armas. Tendría que arriesgarse a regresar al Aediion y hacer las paces con su antiguo tutor, Cuervo.

Cuervo también le había mentido, le había tomado por un idiota, le había utilizado despiadadamente para intentar matar a sus enemigos mutuos, los Bayar. Pero Cuervo le había enseñado a Han más magia durante sus clases particulares nocturnas de la que había aprendido de todo el personal docente de Vado de Oden.

Han quería conseguir un compromiso de Cuervo antes de cruzar la frontera hacia los Páramos. Tenía que entrar en el Aediion desde un lugar seguro, porque su cuerpo abandonado sería vulnerable durante su ausencia. Después de un día de viaje, al sur de Vado de Fetters, Han encontró un lugar para acampar en un pequeño cañón donde un riachuelo se juntaba con un río más grande.

Extendió sus mantas en la ladera que se extendía por encima de la corriente del río. Hizo un agujero en la tierra rocosa y en el fondo encendió un pequeño fuego que apenas humeaba y solo podía ser visible directamente desde arriba.

Han se comió su cena habitual de pan seco, queso, pescado ahumado y fruta seca,

acompañado con un té hecho con el agua del arroyo. Después hojeó su libro de hechizos, acercándose al fuego para ver mejor.

Cuervo podía crear una ilusión, pero por lo visto no era capaz de hacer magia por sí solo. Carecía de destello, la energía generada por el mago que interactúa con los amuletos para hacer que las cosas sucedan. De modo que si la magia era la única herramienta que podía causar daño en el Aediion, Han debería estar a salvo al regresar. Si regresaba.

Han todavía llevaba el talismán de serbal que le había hecho Bailarín de Fuego, y que había impedido que Cuervo le poseyera durante su última visita en el Aediion. Confiaba en que le protegería de nuevo. Era un riesgo calculado, pero Cuervo compartía su odio por los Bayar, y Han necesitaba un aliado. Cuervo era probablemente la única persona capaz y dispuesta a enseñarle a Han lo que le hacía falta para ganar.

Han respiró profundamente, y después se concentró en la Torre de Mystwerk, su lugar de reunión durante los meses que estuvo en Vado de Oden. Suponía que no importaba el lugar, pero este era tan bueno como cualquier otro. Visualizó el entarimado estropeado, las inmensas campanas colgando sobre su cabeza, las sombras de la luz de la luna en la pared. Cerró la mano alrededor del amuleto y pronunció el hechizo para viajar.

Han abrió los ojos y se encontró en el campanario de la Torre de Mystwerk, vestido con una ropa muy elegante, como si fuera de sangre azul. Rápidamente miró a su alrededor, sin apartar la mano de su amuleto. Estaba solo.

Inhaló el aire cálido y húmedo del sur. Fuera, un carro traqueteaba por las calles empedradas. Si corría hacia la ventana, ¿lo vería? Si salía a la calle y se dirigía a Hampton Hall, ¿encontraría a Bailarín? No podía desplazar tanto su mente.

Han esperó. Pasó un minuto. Otro minuto. Tal vez estaba equivocado y Cuervo no vendría. Empezó a sentirse decepcionado. Paciencia, Alister, pensó. Ha pasado un mes desde la última vez, y es probable que Cuervo no te esté esperando de nuevo.

Finalmente, el aire se arremolinó ante sus ojos, se iluminó y después pareció densificarse.

Era Cuervo, pero era distinto del Cuervo que Han recordaba. La imagen era frágil, insustancial, con la ropa ondeando a su alrededor como si fueran alas de ángel. Su antiguo tutor se mantenía a cierta distancia, con los pies separados y los brazos levantados en posición de defensa. Y el pelo, que antes era negro carbón, ahora era rubio claro, casi transparente, pero sus ojos continuaban siendo del azul claro que Han recordaba.

—Hola, Cuervo —dijo Han.

Cuervo ladeó la cabeza, observando a Han como si este fuera a saltarle encima en cualquier momento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Pensé que no volvería a verte nunca más.

—Puede que esta sea la última vez —dijo Han, como si no le importara—. Pero



he pensado que te daría la oportunidad de explicarte.

—¿Por qué tendría que darte explicaciones? —dijo Cuervo, con los ojos entrecerrados—. Tú has salido ganando mucho más que yo en nuestra relación. Te di la oportunidad de librarte de dos de los Bayar y la echaste a perder.

—Está bien —dijo Han—. Supongo que esto es una pérdida de tiempo. Adiós. —Cogió su amuleto y abrió la boca dispuesto a pronunciar el hechizo para volver.

—Espera —dijo Cuervo, alzando las manos y después dejándolas caer a los costados. Por una vez, no utilizó ni adornos ni amaños caprichosos—. Quédate, por favor.

Han se quedó quieto, con la mano todavía en el amuleto, esperando.

—¿Hay algo en concreto que quieras que te explique? —dijo Cuervo con un suspiro—. ¿En aras de la eficiencia?

—Quiero saber quién eres, por qué no quieres que sepa quién eres, por qué guardas tanto rencor a los Bayar y por qué querías asociarte conmigo —dijo Han—. Esto para empezar.

Cuervo se frotó la frente con el pulgar y el índice, con cara de cansado.

—¿No sería suficiente si te prometiera que a partir de ahora no te trataré nunca más como a un idiota?

Han negó con la cabeza.

—No, no es suficiente.

—Aunque te diga la verdad, no me creerás —dijo Cuervo—. Siempre pasa igual. La gente se pone límites a sí misma de forma innecesaria, y después intenta limitarte a ti.

—No estoy oyendo lo que quiero saber —dijo Han—. Y no soy una persona paciente.

—Ni yo —dijo Cuervo—. Pero he tenido que ser increíblemente paciente durante más tiempo del que te imaginas. —Se quedó pensando un momento—. ¿Quién soy? Antes era enemigo de los Bayar. Era su mayor rival.

Por ahora estaba claro que la única forma de que Han pudiera escuchar esa historia era entre fragmentos y acertijos.

—¿Y ahora ya no lo eres? —preguntó Han.

Cuervo sonrió débilmente.

—Supongo que se podría decir que soy una sombra. Un fantasma de mi antiguo yo. Un vestigio de lo que era, compuesto de recuerdos y sentimientos. Los Bayar ya no me consideran una amenaza. Y aún así —se tocó la sien—, tengo algo que desean fervorosamente.

—Conocimiento —supuso Han—. Sabes algo que ellos necesitan saber.

—Sé algo que ellos necesitan saber, y además tengo intención de utilizarlo para destruirlos —dijo Cuervo, con la mayor naturalidad—. Esta es la razón de mi existencia.

Han estaba completamente perdido.

—Cuando dices que eres un fantasma de tu antiguo yo, ¿a qué te refieres exactamente?

La imagen de Cuervo relució, se disolvió y después se volvió a ensamblar.

—Esto es todo lo que queda de mí —dijo—. Soy una ilusión. Existo en tu cabeza, Alister. Y en el Aediion, el lugar de reunión de los magos. No en el mundo que tú consideras real.

—Me estás diciendo que estás... ¿muerto? —Han se quedó mirando fijamente a Cuervo—. Esto no tiene ningún sentido. —O por lo menos no encajaba con lo que le habían enseñado en el templo. Aunque él nunca había afirmado ser un teólogo.

Cuervo se encogió de hombros.

—¿Qué es la muerte? ¿La pérdida de un cuerpo? ¿La pérdida de la chispa de energía? Si es así, entonces estoy muerto.

»¿O es que la vida es la persistencia de la memoria y las emociones, la voluntad y el deseo? —continuó Cuervo, como si estuviera hablando consigo mismo—. Si es así, entonces estoy muy vivo.

—Pero no tienes cuerpo —dijo Han.

Cuervo sonrió.

—Exacto. No tengo un cuerpo físico, no tengo nada más que lo que invoco en el Aediion. Y en el mundo real, es necesario un cuerpo para hacer las cosas. Es necesario un cuerpo para poder vengarse de los Bayar. Concretamente, un cuerpo de mago, porque esto me permitiría utilizar mis amplios conocimientos de magia.

—Y aquí es donde entré yo —dijo Han—. Yo podía proporcionarte el destello que necesitas.

—Sí, aquí es donde entraste tú. —Cuervo observó a Han críticamente, con la cabeza ladeada—. Parecías perfecto. Eres sumamente poderoso. Es sorprendente. Tenías muy poca formación, lo que te hacía vulnerable a mi influencia y te impulsaba a pasar más tiempo conmigo. Odiabas a los Bayar y, teniendo en cuenta tus sórdidos antecedentes, supuse que eras un chico despiadado y sin principios. Todo perfecto.

—¿Todo perfecto? —preguntó Han, entornando los ojos. Esto era más honestidad de la necesaria.

Cuervo asintió.

—Al principio yo podía tomar el control sobre ti con bastante facilidad, sobre todo cuando utilizabas tu amuleto. Incluso te proporcioné ayuda en algunos momentos, cuando parecías estar en peligro o veía que te iban a matar prematuramente.

—Te refieres al seto de espinas, cuando nos perseguían por la frontera en Delphi —dijo Han—. Y cuando nos escapamos del príncipe Gerard en Ardencourt. —Han había sacrificado a varios soldados de Montaigne sin aparente participación por su parte.

—Sí —dijo Cuervo—. Pero con el tiempo, cuando ganaste habilidad, levantaste unas barreras rudimentarias que me mantenían fuera. Algo muy frustrante. Y busqué

la forma de volver a entrar.

—Y entonces yo entré en el Aediion —dijo Han.

—Con gran satisfacción mía, sí. —Cuervo le lanzó una mirada de reojo—. En el Aediion, todavía eras vulnerable a cualquier ilusión que yo invocara. Todavía podía entrar en tu mente. Podíamos mantener conversaciones reales y yo podía enseñarte. Esto abría todo un abanico de posibilidades.

—Pero... —Han frunció el ceño—. Todavía hubo ocasiones, incluso después de haber comenzado a reunirnos, en que tú me poseías en la vida real, ¿verdad? —dijo. Una vez se encontró en la planta superior de la Biblioteca Bayar, en medio de unos libros antiguos llenos de polvo. Descubrió un mapa de Dama Gris y una lista de conjuros en el bolsillo. Unas notas manuscritas que ahora estaban escondidas en sus alforjas—. Yo no dejaba de experimentar grandes vacíos de tiempo los días que nos reuníamos.

—Al final de nuestras clases particulares, cuando se te había agotado casi toda la energía, desaparecían las barreras. Entonces podía poseerte y cruzar contigo cuando dejabas el mundo de los sueños —dijo Cuervo, sin ningún indicio de disculpa.

—¿Es por eso que me hacías trabajar tan duro? —preguntó Han—. ¿Para agotarme y así apoderarte del control?

—Bueno, por eso y, por supuesto, porque teníamos mucho trabajo que hacer —dijo Cuervo. Se encogió de hombros—. Desgraciadamente, no podías realizar tareas mágicas en ese estado de agotamiento, porque si no, hubiera ido tras los Bayar en ese momento. Pero eso me permitía salir al mundo.

Han sintió un escalofrío al imaginarse a Cuervo habitando su cuerpo.

—Sin embargo, decidiste pasar el tiempo en una vieja biblioteca polvorienta —dijo Han.

Cuervo frunció el ceño y se quedó mirando a Han, consternado.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me dejaste en el lugar equivocado varias veces —dijo Han—. Ese día fue en las estanterías de la biblioteca.

—Tenía un intervalo de tiempo muy breve antes de que tu amuleto se vaciara por completo —dijo Cuervo—. Algunas veces me faltó tiempo para devolvarte donde se suponía que tenías que estar.

—Bueno, yo creía que me estaba volviendo loco —dijo Han—. ¿Qué estabas buscando?

—Solo trataba de mantener mi ventaja respecto a ti —dijo Cuervo, mordiéndose el labio y apartando la vista—. Como alumno eres todo un reto, Alister, siempre formulando preguntas y exigiendo respuestas.

—No te creo —dijo Han—. Creo que estabas urdiendo tu propio plan. ¿No estarías buscando la manera de tomar el control sobre mí de forma permanente?

Los ojos de Cuervo brillaron, lo que significaba que Han había dado en el clavo.

—Esto habría sido perfecto, aunque imposible, por lo que parece. —Cuervo cerró

los ojos, como si lo estuviera reviviendo—. ¿Te lo imaginas, Alister? ¿Te imaginas lo que fue, para una sombra como yo, experimentar el mundo de nuevo a través de todos tus sentidos, la visión, el tacto, el olfato, el gusto y el oído?

—Yo de ti no hubiera ido a la biblioteca, de eso puedes estar seguro —dijo Han.

Cuervo se puso a reír.

—Me caes bien, Alister. Todo esto hubiera sido más fácil si fueras una persona desagradable. Y estúpida. Hubieras sido bastante más manejable.

—Lo manejable no te ofrece nada —dijo Han, sintiéndose como un campesino en el mercado. Cuervo se había metido tanto con él que no podía ver dónde estaba el fallo. Tenía la cabeza atestada de preguntas.

—Bueno. He sido extraordinariamente franco contigo —dijo Cuervo, interrumpiendo sus pensamientos—. Ahora dime: ¿por qué has vuelto? ¿Debo suponer que todavía quieres algo de mí?

—Voy de regreso a los Páramos para enfrentarme a los Bayar y quizás a todo el Consejo de Magos —dijo Han.

—¿Tú solo? Esto parece muy ambicioso, incluso tratándose de ti —dijo Cuervo, en tono seco—. ¿Qué es, exactamente, lo que pretendes conseguir? Aparte de perder la vida.

Han sabía que tenía que dar una explicación suficientemente válida para el cínico Cuervo. Una razón que convirtiera a Cuervo en su aliado, por ahora.

—Los Bayar quieren poner a Micah Bayar en el trono del Lobo Gris —dijo Han—. No voy a permitir que eso ocurra.

—Mmm. Los Bayar son muy tenaces —murmuró Cuervo—. Es una lástima que el joven Bayar no muriera en el Aediion. —Hizo una pausa, observando a Han con los ojos entrecerrados para ver si había captado el comentario—. ¿Qué pasa entre tú y los Bayar? ¿Qué te han hecho?

—Asesinaron a mi madre y a mi hermana hace un año —dijo Han—. Eran mi única familia. Y hace poco, había una chica, Rebecca. Mi... ah... tutor. La chica ha desaparecido y los Bayar son responsables de ello. Creo que lo hicieron para vengarse de mí.

Cuervo miró a Han a los ojos.

—Pobre desgraciado —dijo, sacudiendo la cabeza—. Estás enamorado de ella, ¿verdad?

Maldita sea, ¿es posible que se me note tanto?, pensó Han, con el ceño fruncido.

Cuervo se echó a reír.

—Déjame darte un consejo: no luches por una chica. No vale la pena. El amor convierte a los hombres sabios en tontos.

—No he venido a pedirte consejo —dijo Han—. He venido a por armas. Tengo las de perder. Incluso si tú me ayudas.

—¿Vienes a pedirme ayuda después de lo que pasó la última vez? —dijo Cuervo, levantando las cejas—. Te creía más inteligente.

—Todo es un riesgo —dijo Han—. Hay una posibilidad de que me traicionen otra vez, pero ahora estaré alerta, o sea que es menos probable que puedas causarme un daño real. En cambio, el riesgo de los Bayar es real e inminente.

Cuervo se levantó, con las piernas un poco separadas, la cabeza ladeada, observando a Han como si no lo hubiera visto nunca.

—Caramba, caramba, Alister, esto son palabras mayores. Esa joven, esa tutora tuya, te ha perfeccionado, ¿verdad?

Rebecca. A Han le dio un vuelco el estómago. A cambio, él probablemente había conseguido que la asesinaran.

—El fondo es el mismo —dijo Han—. Conseguiré lo que quiero y nadie se interpondrá en mi camino. Y esto te incluye a ti. O lo hacemos a mi manera o no hay trato. Lo tomas o lo dejas.

—De acuerdo —dijo Cuervo—. Vamos a hacer las cosas a tu manera. Pero yo te daré mi consejo, y tú puedes escoger entre utilizarlo o ignorarlo.

—Me parece justo —dijo Han, con las preguntas reavivándose en su cabeza—. Pero primero tengo que saber ¿qué pasó entre tú y los Bayar, y cuándo pasó? ¿Dónde has estado mientras tanto? ¿Y por qué me elegiste a mí?

—¿De veras crees que importa todo esto? —dijo Cuervo, volviéndose para que Han no viese su expresión—. Solo se trata de un pacto de conveniencia, nada más. ¿No es suficiente?

—Me doy cuenta de que no quieres hablar precisamente de aquello que yo quiero saber —dijo Han, pensando que si sabía el porqué, si sabía lo que lo impulsaba, podría predecir mejor cuándo se encontraría con el puñal en la espalda.

—Tal como te he dicho, si te cuento la verdad no me vas a creer. —Cuervo empezó a pasear de arriba abajo, su imagen ondeando de nuevo, lo que Han sabía que era un signo de agitación. ¿Era realmente un recuerdo tan horrible que hacía que Cuervo no soportara hablar de ello?

—Ponme a prueba —dijo Han, mientras Cuervo seguía paseando inquieto—. Vamos. O por lo menos dime una mentira realmente buena; tienes que convencerme.

—A ti no te importa lo que pasó —dijo Cuervo—. Fue mucho antes de que tú nacieras.

No eres tan viejo, pensó Han, aunque después recordó que Cuervo podía tener cualquier edad.

—Nada de lo que me digas me puede impresionar —dijo Han—. Pero no haremos nada hasta que me cuentes tu historia.

Cuervo se volvió finalmente hacia Han. Una sonrisa amarga le deformaba las facciones.

—Vamos a ver lo insensato que eres —dijo. Su imagen cambió un poco, se hizo más definida, más nítida. Su cabello seguía siendo rubio, reluciente, enmarcando unos rasgos refinados de sangre azul, con los ojos de color azul muy claro y una expresión de buen humor. Igual que antes, parecía solo unos pocos años mayor que

Han.

Su ropa devino más elaborada: una capa de corte elegante de satén y brocado, un poco anticuada, de un tono champán un poco más oscuro que su pelo. Estaba fenomenal, muy apuesto.

—Me has preguntado cuál era realmente mi aspecto —dijo Cuervo, dándose una vuelta con los brazos extendidos—. Regálate la vista. Este era mi aspecto cuando me enfrentaba a los Bayar.

Las estolas de mago alrededor del cuello tenían imágenes de cuervos, y la capa tenía bordada una insignia: una serpiente enroscada alrededor de un báculo, ensortijada en una corona con lobos grabados.

La insignia le resultaba familiar... ¿Dónde lo había visto antes, Han?

—Era una época excitante y peligrosa —dijo Cuervo—. Yo era joven y poderoso, y competía con los Bayar en todos los ámbitos: política, magia, *etc.* —aquí se atascó un poco con las palabras—, en todo tipo de relaciones. Justo cuando parecía que los había derrotado para siempre, fui traicionado, y los Bayar me capturaron. Cuando esto sucedió, me refugié en el amuleto que había llevado durante tanto tiempo.

Han tocó su amuleto con el dedo índice.

—¿Me estás diciendo que te escondiste en un talismán?

Cuervo sonrió.

—¿Lo ves? Siempre tan incrédulo, como yo esperaba. Me encanta tener siempre la razón. Tal como te he dicho, yo utilizaba la magia de un modo innovador. Tenía la esperanza de que el amuleto acabara en manos amigas. Desgraciadamente, los Bayar se dieron cuenta de que la clave de todo lo que deseaban estaba en el talismán. Aunque habían intentado extraer sus secretos durante más de mil años, habían fracasado estrepitosamente.

Han se esforzaba en reunir los fragmentos de información que Cuervo le había proporcionado. Era como intentar hacer un puzle que no revela su significado hasta que no tienes todas las fichas en su lugar.

Excepto que la imagen que se estaba formando era imposible.

Como si Cuervo hubiera leído el pensamiento de Han, apareció en su cuello un amuleto, colgado de una gruesa cadena de oro, la réplica exacta del talismán de la serpiente de Han.

—Yo soy el dueño original del amuleto que llevas tú ahora —dijo Cuervo—. Me lo hicieron a medida cuando tenía más o menos tu edad. Necesitaba algo lo suficientemente poderoso como para conjurar la magia que el mundo no había visto nunca. No hay otro igual en el mundo.

Han se quedó helado, con las palabras que habría querido pronunciar clavadas en la lengua.

—Después de que Hanalea me traicionara, no me atreví a revelarme ante los Bayar —dijo Cuervo—. De modo que he quedado prisionero durante un milenio. Cuando el amuleto cayó en tus manos, aproveché la oportunidad. Por supuesto, he

hecho todo lo posible para asegurarme de que ellos no lo recuperen.

Han miró su amuleto, recorriendo la cabeza de la serpiente con los dedos. Volvió a mirar a Cuervo, analizando todo lo que le acababa de explicar.

—No puedes decirlo en serio —susurró—. No puede ser verdad.

Cuervo seguía sonriendo, pero sus ojos azules eran tan duros como el hielo.

—Me llamo *Alger Aguabaja* —dijo, acariciando el talismán de la serpiente—. El último rey mago de los Páramos.

Han miró a Cuervo, sin poder hablar, con la cabeza burbujeando como una poción preparada con ingredientes incompatibles.

Cuervo inclinó la cabeza.

—Pareces realmente afectado, Alister. Te dejo con eso, entonces, y te doy tiempo para que lo pienses antes de hacer o decir nada precipitadamente. Yo estaré, como supongo que habrás descubierto, aquí disponible en todo momento. Vuelve al Aediion cuando estés preparado para asociarte conmigo. Si es que esto llega a ocurrir.

Se quedó mirando a Han largo tiempo, examinando la cara de Han como si esperase que éste se quedara con él. Y después se apagó como una vela.



## Buenas noticias y malas noticias

Durante el largo viaje desde Vado de Fetters hasta Delphi, Raisa se las arregló para olvidar, de cuando en cuando, que estaba furiosa.

Furiosa con Gerard Montaigne, el monstruo que tenía retenidos a sus amigos.

Furiosa con la gente de su país que estaba conspirando para robarle su derecho natal, ya fuera mediante el asesinato o por otros medios.

Furiosa con el capitán Edon Byrne, que parecía dispuesto a sacrificar a su hijo por la dinastía Lobo Gris.

Furiosa sobre todo consigo misma. Si no se hubiera ido del reino un año atrás, nada de esto hubiera sucedido.

Pero no resulta fácil permanecer enojado cuando te estás durmiendo en la silla. Raisa se despertó sobresaltada al notar la mano del capitán Byrne en la espalda, para evitar que se cayera al suelo.

—Comed algo, Alteza —le dijo, ofreciéndole una bolsa con fruta seca y nueces—. Comer os ayudará a manteneros despierta.

Lo aceptó sin pensarlo, sin recordar que no lo había perdonado. Cuando se acordara, él ya habría espoleado a su caballo para avanzar o se habría quedado detrás de ella, vigilando, demasiado lejos para soltarle un discurso fácil. Además, prefería no hablar con él, a no ser que fuera necesario, porque era imposible predecir lo que saldría de su boca.

Byrne les conducía como un poseído. Raisa sospechaba que les habría ordenado cabalgar toda la noche si los caballos lo hubieran soportado. Así que, se levantaron antes del alba y cabalgaron un buen rato de noche, a pesar de que los días se alargaban, los campos a su alrededor reverdecían y las laderas de las montañas norteñas iban perdiendo sus capas de nieve.

Byrne había decidido viajar hacia el este, por el norte de Arden, y no directamente hacia el norte, tal como Raisa tenía pensado hacer. Su razonamiento era simple: «Si lord Bayar sabe que estáis en Vado de Fetters, esperará que entréis en el reino por la Muralla Occidental. De modo que tenemos que hacer algo inesperado».

Las fuerzas de Arden se habían dirigido hacia el sur, para reforzar la frontera entre Arden y Tamron, ya que el único hermano vivo de Gerard, el rey Geoff, esperaba los resultados del sitio en Tamron. El campo estaba extrañamente tranquilo, como si todo el reino estuviera conteniendo la respiración.

No podían pasar por el terreno accidentado a oscuras, de modo que se arriesgaron por el camino de Delphi que pasaba por el norte de Arden, bordeando las montañas, lo que significaba que tendrían que cruzar las Espíritus por el Paso de los Pinos de

Marisa.

Raisa comprendía que la rapidez era esencial. No tenía sentido realizar un largo, arduo y peligroso viaje a través de Arden y Tamron para llegar a casa y encontrar a su hermana Mellony nombrada princesa heredera en su lugar.

Además, el capitán Byrne no querría pasar más tiempo del necesario con una princesa enojada, malhumorada y desanimada. Y sin duda alguna estaba preocupado por la madre de Raisa, Marianna, la reina a quien juró servir y proteger.

Raisa también estaba preocupada por su madre. De hecho, la preocupación le estrujaba las entrañas como un corsé demasiado apretado.

Los largos días a caballo dejaban demasiado tiempo para pensar. La cabeza de Raisa iba más rápida que los caballos: iba camino de la Marca de los Páramos, al castillo de hadas en una isla del río Dyrnne, a la estancia privada de su madre, donde sin duda se estaban urdiendo planes para arrebatarle el trono a Raisa.

Le vino una imagen de su madre y de lord Bayar, sus cabezas juntas sobre algún documento importante, el pelo de Marianna como el oro pálido y más puro, y el del Gran Mago, plateado y negro como las cenizas.

Cuando Raisa estaba en la corte, ella y su madre eran como fuego y hielo, cada una decidida a cambiar las formas y el carácter de la otra. Ahora Raisa deseaba que se pudieran complementar, basándose en los puntos fuertes de cada una, y conseguir así una fortaleza de acero, si su madre le daba la oportunidad.

Mellony no podía hacerlo: tenía solo trece años, y Mellony y Marianna se parecían demasiado.

—Madre, por favor —susurró Raisa—. Por favor, espérame.

Cuando se sentía desanimada, Raisa pensaba que todo era culpa suya: la crisis en su país, la invasión de Tamron, y lo que probablemente le había pasado a Amon Byrne y a los demás cadetes cuando Gerard Montaigne invadió Tamron. Si no hubiera sido por ella, Edon Byrne estaría en casa, sirviendo a la reina, y Amon seguiría de comandante de curso en Vado de Oden.

También había perdido a Han Alister. Su romance había sido cortado de raíz. Era el único de sus novios que no había programado nada excepto el hecho de que iban a ser jóvenes amantes. Aunque no tenían ningún futuro juntos, le había dejado un enorme hueco en el corazón.

Daba la sensación de que todo lo que tocaba se malograba. Todo aquello que más apreciaba le resbalaba entre los dedos, como si fuera un puñado de arena.

En ese estado de desánimo, se negaba a escuchar la voz de la razón que le decía: «Nunca habrías amado a Han Alister si no hubieras salido de los Páramos. Ni habrías llegado a conocer a Hallie, a Talia o a Pearlie. Ni habrías llegado a saber qué significa ser un soldado. Si sobrevives, serás por ello una mejor reina».

No dejaba de alimentar su ira, la nutría y la consentía, porque era la mejor alternativa a la desesperación.

Tenía la esperanza de que Gerard Montaigne todavía estuviera ocupado en el

oeste, manteniendo el sitio de Tamron. Mientras la ciudad no se rindiera, el príncipe de Arden no sabría que ella se había escapado. Y mientras la ciudad resistiera, Amon seguiría vivo.

Todavía le faltaba encontrar algunas piezas de su tablero de juego mental, como por ejemplo Micah Bayar y su hermana Fiona. La última vez que los había visto fue en la frontera entre Tamron y Arden, durante la lucha entre la brigada de Tamron y el numeroso ejército de Montaigne. ¿Se habían escapado, también? ¿O habían muerto en la primera escaramuza de una guerra no declarada?

Raisa apretó sus puños dentro de los guantes, irritada como un tejón con el pie pillado en una trampa. La Guardia de la Reina había aprendido a pasar de puntillas a su alrededor para no recibir un rapapolvo inmerecido.

El paisaje era cada vez más hermoso a medida que dejaban atrás las llanuras empapadas de Tamron y se iban acercando a las colinas. Los cipreses se convirtieron en arces y robles, brillantes con su follaje primaveral, y después en álamos y pinos.

Pasaron la noche en Delphi, la ciudad-estado entre Arden y los Páramos que proporcionaba carbón, hierro y acero a todos los países de los Siete Reinos. La ciudad hervía de refugiados de Arden y Tamron, porque solo los locos y los desesperados se aventurarían a cruzar el paso cuando la nieve todavía se acumulaba en los picos y en los valles altos.

Byrne llevó a *Fantasma* a una comerciante de caballos y lo cambió por un caballo de montaña más robusto, más adecuado para cruzar el paso en esa época del año. La comerciante estaba tan asombrada con el trato que había hecho, que les regaló una silla hecha por los clanes y una brida con los accesorios de plata.

El nuevo caballo de Raisa era una yegua moteada de color gris, con la crin desgreñada y la cola blanca. Raisa enseguida le puso el nombre de *Switcher*, como de costumbre. En los últimos seis meses había cambiado muchas veces de caballo, y esta era la forma más fácil de recordar el nombre.

Esa noche, Raisa durmió sola en una cama con un colchón lleno de bultos de una habitación alquilada que compartieron todos al escandaloso precio de una corona por barba. La guardia se tendió en el suelo como si fueran una camada de cachorros crecidos. Eran mayores que ella, pero no mucho.

Algunos se durmieron enseguida, y roncaban y hablaban en sueños. Raisa envidiaba su capacidad de sumirse en el sueño apenas dejaban de moverse. Otros jugaban a cartas o leían al lado de las velas que habían comprado por otra corona cada una. Si Raisa se levantaba para ir al retrete, el capitán Byrne mandaba a un escolta con ella. No estaba muy segura de si lo hacía para protegerla o para impedir que se escapara. Cuando se lo preguntó, él le respondió: «Para protegeros, Alteza. Por supuesto».

A la mañana siguiente, se fueron mucho antes del amanecer, con el cielo todavía plagado de estrellas. Byrne esperaba haber cruzado el paso al anochecer. En verano, era un viaje difícil y arduo. En invierno y en primavera, inverosímil. Posiblemente

imprudente.

Por encima de Delphi, el camino pavimentado se convirtió en un camino de tierra lleno de baches, y finalmente en poco más que un paso de animales, flanqueado por grandes bloques de granito, y tan estrecho que solo era accesible en fila india. Al cabo de poco, empezaron a aparecer manchas de nieve en las zonas umbrías a los lados del camino. A mediodía, el suelo estaba todo cubierto, y tenían que avanzar entre nieve y hielo. Por la tarde, la pista serpenteaba por lugares en los que el viento se arremolinaba.

Les caía la nieve de los enebros que colgaban sobre el camino, perfumando el aire con su aroma dulce e intenso. El bosque les protegía del viento, hasta que subieron más arriba de la cota de los árboles.

La tormenta del día anterior había cubierto las ramas de hielo, y brillaban a la luz del sol cuando el viento las agitaba. Las huellas de liebres y otros animales pequeños se entrecruzaban por el camino. Raisa flexionó los dedos dentro de los guantes, preguntándose si debería tensar el arco que Byrne le había dado y que llevaba en la alforja.

Probablemente preferían que no fuera armada, porque con su mal humor era capaz de disparar a cualquiera.

Echaba de menos cabalgar por los senderos de montaña de los Páramos mucho más de lo que se había imaginado. En Vado de Oden se había concentrado mucho en el trabajo y había tenido poco tiempo para salir a cabalgar por placer. Sus clases de equitación reflejaban el estilo de guerra de los llanos. Los cadetes de los llanos cabalgaban por un paisaje amplio y monótono en perfecta formación, dirigiendo a los caballos como aburridos bailarines de la corte y mostrando sus armas.

Raisa espoléó a *Switcher* para ganar velocidad, y su peso ligero le permitió dejar atrás a su guardia. Fueron subiendo cada vez más, pasando por claros ondulantes de sol y de sombra, con las ramas de los árboles de hoja perenne dándole latigazos en la cara, mientras su aliento cálido cristalizaba en su pelo y en el gorro de lana.

Raisa coronó la cima y tiró de las riendas de su yegua.

Las Montañas de los Espíritus se extendían frente a ella, completamente visibles por primera vez a través de un amplio valle: pico tras pico rodeado de nieve y nubes. Verdes agujas de pino y hojas brillantes de abedul manchaban las laderas más bajas. El azul glacial de la sombra sobre la nieve cubría los valles donde el sol aún no había penetrado. Las cumbres de granito gris se ocultaban y aparecían entre la neblina. La fría voz de las Espíritus la llamó, y algo dentro de ella respondió.

Ésta era la morada de sus antepasados, sangre y huesos de las reinas de las tierras altas. Y, en algún lugar más adelante, la Marca de los Páramos permanecía escondida en el Valle. En algún lugar más adelante, su madre, que quizá planease desheredarla, la estaba esperando.

*Switcher* se quedó con las patas extendidas y resoplando fuerte, a pesar del peso ligero de Raisa. «Lo siento», murmuró Raisa, acariciando el cuello de la yegua,

consciente de que les quedaba un camino todavía más duro por delante. Los picos meridionales de la Reina eran suaves, tierra de antiguas matriarcas abatida por los vientos de brujas que irrumpieron desde el norte después del solsticio. Esas montañas eran tan viejas, que sus nombres habían caído en el olvido.

Pero más adelante había la amenazadora Hanalea, la más grande y más terrible de todas. Las columnas de vapor se elevaban de las fuentes termales, los géiseres y el ardiente Beneath, que se abría camino a través de la fina corteza de la tierra y lo dejaba todo moteado. Su nombre nunca sería olvidado, no mientras su gente recordara el Quebrantamiento y observara el Náeming.

Hacia el sur y el oeste estaba Tamron, donde Amon Byrne estaba atrapado por el ejército de Montaigne. Más hacia el este había Vado de Oden, donde Raisa había dejado a Han Alister sin ni siquiera despedirse.

Otra vez el dolor se concentró debajo de su esternón y le oprimía la respiración. No era dolor, exactamente, pero... bueno, sí, era dolor por las palabras nunca pronunciadas, por un amor que no sería nunca consumado y por un amigo cuya vida estaba en grave peligro.

Tal vez era mejor así. Mejor para Han, por lo menos. Suponiendo que Raisa sobreviviera, estaba destinada a un matrimonio político. Han ya había perdido a su familia y a la mayoría de sus amigos. Si se involucraba en la peligrosa política de la corte de los Lobo Gris, probablemente acabaría asesinado. Le había ido bastante bien en la academia de Vado de Oden. Era mejor quedarse allí y olvidarse de ella.

Tal vez ya lo había hecho.

Sujetando con fuerza las riendas, se quedó mirando fijamente hacia delante, respirando profundamente, mordiéndose el labio, sin saber lo que tenía por delante.

Cuando la guardia la rodeó, oyó el crujido del cuero de las sillas, el ruido de los cascos contra la roca, el suave respirar de los caballos. Respiró el olor de lana húmeda y de soldados que llevaban demasiados días de camino.

—Alteza.

Raisa se estremeció, sin dejar de mirar hacia delante.

—Alteza, por favor —dijo Byrne—. Le agradecería que no insistiera en adelantarse tanto.

Esta vez, Raisa se removió en la silla y miró la cara de Byrne quemada por el viento, ahora llena de preocupación.

—Creí que había dicho que teníamos prisa —dijo Raisa.

—Sí, y tenemos. Pero deberíais cabalgar en medio de la tríada, y no adelantaros por el sendero. No podemos protegeros si desaparecéis de nuestra vista.

—¿Acaso soy una prisionera que debe estar bajo vigilancia constantemente? —Incapaz de controlar el temblor de su voz, cerró la boca y miró hacia el suelo.

Byrne se quedó mirando a Raisa un buen rato, después se removió en la silla e hizo un gesto a los demás con su mano enguantada. Sin duda, hubiera preferido que no hubieran oído esa conversación.

—Que quince hombres hagan descansar a los caballos antes de continuar —dijo.

Desmontó y dejó las riendas para que su caballo pudiera comer algo de la poca vegetación que había. Raisa también desmontó y se resguardó del viento colocándose entre dos caballos.

—Estamos aquí para servirlos y protegerlos, Alteza, no para confinarlos —dijo Byrne. Sus ojos grises la miraron con reproche.

Raisa sabía que estaba actuando de forma poco razonable, pero no lo podía evitar. Ni siquiera podía confiar en sí misma para responder. Se quitó los guantes estirándolos con los dientes. Rápidamente, antes de que las manos se le entumecieran, se recogió los cabellos helados que se le habían soltado con el viento. Tenía la piel de las manos y de las mejillas agrietada, a pesar de la lanolina que se ponía por la mañana y por la noche.

—La Guardia de la Reina sirve a la reina, a la princesa heredera y a la dinastía Lobo Gris —continuó Byrne, entrecerrando los ojos y encogiendo sus anchos hombros contra el viento cortante.

—¿Y si nuestros intereses divergen? —dijo Raisa, enjugándose las lágrimas y esperando que el frío pudiera explicar el hecho de que no paraba de sorberse la nariz.

El capitán no respondió a esta pregunta, porque no había respuesta. Pelearse con el capitán Byrne era tan ingrato como atacar un muro de ladrillos. Se quedaba derecho, sólido e inmóvil, mientras uno gastaba sus fuerzas para nada.

—Tal vez deberíamos hablar de lo que pasará cuando lleguemos —sugirió Byrne, todavía apartando la vista.

Raisa asintió con la cabeza y se puso de nuevo los guantes. Por lo menos ese parecía un tema seguro: su llegada a los Páramos. Porque ya empezaba a parecer que en realidad sucedería.

—Me quedaré una noche, como mínimo, en el Campamento de los Pinos de Marisa, hasta que sepa que es seguro bajar hasta la ciudad —dijo Raisa. Por supuesto, esto también presentaba sus riesgos, si lo que su madre creía era cierto: que el clan de los Demonai prefería apartar a Marianna del trono y poner a Raisa en su lugar. De pronto Raisa se puso contenta de haber decidido tomar la ruta del este, en lugar de pasar por el Campamento Demonai. Excepto que...

—¿Mi padre estaba en palacio cuando usted se fue, o estaba en Demonai? —preguntó Raisa—. Quiero verle tan pronto como lleguemos. —El padre de Raisa era un comerciante de los clanes, y patriarca del Campamento Demonai. Dividía su tiempo entre la ciudad, los campamentos de las tierras altas y las expediciones comerciales a lo largo de los Siete Reinos. Le informaría de las últimas noticias.

—El consorte real estaba en Casa Kendall —dijo Byrne—. O por lo menos allí estaba cuando me fui de la Marca de los Páramos hace tres semanas.

Casa Kendall, pensó Raisa, frunciendo el ceño, deseando que su padre estuviera en palacio. Casa Kendall era una mansión intrincada dentro del recinto del castillo. Representaba una especie de estación de paso en los sentimientos de su madre, no era

un exilio completo, pero tampoco admitía plena intimidad.

El padre de Raisa, Averill Lightfoot, lord Demonai, ejercía una influencia estabilizadora en su madre, cuando ella lo dejaba acercarse lo suficiente. Un contrapunto a la influencia de lord Bayar.

—¿Y qué hay de los guerreros Demonai? —dijo Raisa—. ¿Qué sabe de ellos?

Byrne se encogió de hombros.

—Yo no tengo los contactos en los clanes que tenéis vos o vuestro padre. —Hizo una pausa—. Con razón o sin ella, los Demonai están convencidos de que Marianna tiene intención de apartaros del trono. Creo que podemos suponer que se preparan para la guerra.

Raisa se abrigó más con la capa. El sol se había ocultado detrás de una nube, y de pronto el viento parecía más cortante.

Este cambio repentino pareció recordar a Byrne la urgencia de su misión.

—Será mejor que nos pongamos de nuevo en camino para aprovechar la luz del día.

Se entrelazó los dedos, ofreciéndole a Raisa un apoyo para subir al caballo, y esta vez ella lo aceptó.

## Una bienvenida antes de llegar a casa

Al final del día, todavía subían hacia el Paso de los Pinos de Marisa, la gran puerta de entrada en el suroeste de los Páramos. Al este, el azul del cielo se volvía añil y empezaron a aparecer algunas estrellas en el horizonte. Pero Byrne tenía la mirada puesta en una veta de nubes grises en el noroeste.

—Por la sangre del demonio —murmuró—. Más nieve. Y la tendremos aquí antes de la mañana. Lo que nos faltaba, que nos pille una tormenta. —Examinó las copas de los árboles para calcular la velocidad y la dirección del viento—. Es imposible que podamos atravesar el paso esta noche, o sea que será mejor estar a cubierto para cuando la tormenta llegue.

Aumentaron el ritmo, dirigiéndose hacia una cabaña que Byrne conocía al sur del paso y que les cobijaría de la nieve y del viento. Raisa cabalgaba en una especie de estado de aletargamiento congelado, con la capucha que le tapaba la cara y aprovechando todo el calor que podía de *Switcher*.

El viento empezó a intensificarse mucho antes de que llegaran a su destino, levantaba la nieve fina del suelo, la desprendía de los árboles y la arrojaba contra sus rostros. Al cabo de poco ya había oscurecido, y después aún se hizo más oscuro, a medida que las nubes iban cubriendo el cielo y ocultaban las estrellas. En ningún momento vieron la luna. Empezó a nevar, al principio ligeramente, después con más intensidad, y los pequeños copos helados que caían sobre la piel expuesta aumentaban su sufrimiento.

En Vado de Oden, Raisa no había necesitado nunca nada más grueso que unos guantes de piel de cabritilla. En cambio, ahora ocultó las manos bajo su capa para protegerlas del frío y guiaba a *Switcher* solo con las rodillas. Pero Byrne, que no lo sentía tanto, le dio unos guantes de lana largos con las palmas de piel de ciervo. Obra de los clanes, sin duda. Raisa se los puso enseguida.

Los caballos parecían simples sombras en la oscuridad. Byrne ató una cuerda entre ellos para que nadie se perdiera. Parecía encontrar el camino siguiendo su instinto. No podían hacer nada más que seguir adelante, tenían que encontrar un refugio para cobijarse de la amenazadora tormenta.

Era como una curiosa reminiscencia de aquel día de la primavera anterior en que Raisa, su madre, su hermana Mellony, Byrne y lord Bayar habían salido a cazar a las estribaciones. Un incendio forestal se extendió desde la parte superior de las montañas y tuvieron que refugiarse en el cañón. Habían cabalgado, atados como ahora, a través del humo y de las cenizas, sin apenas ver el caballo que tenían delante. En aquella ocasión, hacía un calor abrasador y el aire era tan espeso que casi no se



podía respirar. Ahora el aire parecía demasiado fino, sin densidad, y parecía que les cortara la nariz por dentro. Era terriblemente helado.

La primavera pasada, los magos lord Bayar, Micah y sus primos, los hermanos Mander, les habían salvado la vida, apagando el fuego por arte de magia.

¿Realmente hacía menos de un año?

*Switcher* avanzaba tenazmente siguiendo la estela del otro caballo, con la nariz y la crin cubiertas por una capa de hielo, los flancos echando vapor a causa del aire gélido. La nieve era tan fina y profunda que, en ocasiones, parecía que los caballos nadaban en un océano de leche blanca.

Al final, increíblemente, salieron del espesor de los árboles y llegaron a un pequeño claro donde había el refugio de un muro de roca. Pegada contra el muro de roca había una cabaña de madera sólida con una chimenea de piedra y un tejado cubierto de nieve. Al lado, un tosco cobertizo para los caballos. La yegua de Raisa se detuvo por voluntad propia, como si notara el alivio de haber encontrado cobijo. Frotándose la nieve de las pestañas, Raisa se quedó mirando el refugio sin decir nada, como si tuviera miedo de que desapareciera con la misma rapidez que había aparecido.

A su alrededor, los guardias desmontaban, se sacudían la nieve que llevaban encima, y llevaban a los caballos a cubierto.

*Switcher* pateaba el suelo inquieto, pero Raisa no hacía ningún movimiento indicativo de que iba a desmontar. Se quedó mirando la cabaña, pensando que había algo fuera de lugar en la escena que tenía delante de sus ojos. Le llegó un suave aroma de madera quemada, aunque el aire era tan helado que casi resultaba doloroso respirar.

Y entonces los vio. En medio de los remolinos blancos, se acercaron hacia ella, con la cara y el cuello cubiertos por una capa de nieve, los ojos brillantes de advertencia. Lobos, docenas de lobos, el bosque hirviendo de cuerpos grises y blancos que habían ido a parar al claro, conducidos por la loba gris de ojos grises.

Eran sus antepasados, las reinas Lobo Gris. Una advertencia de que la dinastía estaba en peligro.

Todavía montado, Byrne dirigió su caballo al lado de Raisa.

—¿Alteza? ¿Os ayudo a desmontar?

El capitán la observaba fijamente, con la cabeza ladeada, como si estuviera a punto de hacerle una pregunta.

Raisa puso una mano sobre el brazo de Byrne para que se quedara, y con la otra señaló hacia la cabaña. Los dientes le castañeteaban tanto que apenas podía articular las palabras.

—Byrne. No hay nieve... la chimenea... delante de la puerta.

Él siguió su mirada y lo comprendió rápidamente, no salía humo de la chimenea, aunque la nieve de su alrededor se había derretido. La nieve caía suavemente sobre la cabaña, pero no había ni rastro delante de la puerta. Esto significaba que había

alguien dentro o por los alrededores. Pero nadie dejaría el refugio ante una tormenta como aquella para salir a limpiar la nieve. Ni apagaría el fuego, a menos que quisiera ocultar su presencia.

Byrne dio un grito de advertencia cuando se oyeron las primeras ballestas en los bosques de los alrededores. Los soldados que ya habían desmontado alzaron la cabeza sorprendidos. Algunos cayeron al suelo, con su sangre oscura emanando vapor al entrar en contacto con la nieve. Algunos lograron trepar de nuevo en sus caballos, los espolearon hacia el bosque, sacaron sus armas de las alforjas y tensaron los arcos como pudieron con las manos enguantadas. Pero no muchos.

Raisa se quedó sentada, congelada, contemplando la escena como si se tratara de un drama y ella fuera la espectadora, hasta que Byrne le empujó la cabeza hacia abajo con su mano enguantada.

—¡Agachaos y seguidme! —gruñó, mostrándole cómo podía inclinarse sobre el lomo de su caballo y golpear con los talones contra los flancos del animal. Serpentearon y dieron vueltas para cruzar el claro, Byrne a la cabeza. Raisa se estremeció cuando algo pasó aullando cerca de su oreja y le quemó la piel de la nuca. Hundió la cara en el cuello de *Switcher*, con el corazón desbocado de miedo.

Cuando llegaron a los primeros árboles, una gran figura se materializó entre los copos de nieve arremolinados, un hombre a pie blandiendo una gran espada. *Switcher* relinchó y se echó atrás, de modo que la espada no alcanzó la cabeza de Raisa, pero tocó el lomo de la yegua. Raisa vislumbró una cara sonriente y con barba cuando el hombre se acercaba hacia ella, agarrando su capa con el puño.

Sus miradas se encontraron, y una expresión sobresaltada de reconocimiento pasó por el rostro surcado de cicatrices del hombre. A Raisa también le resultó familiar.

No había tiempo para reflexionar. Raisa torció la cabeza de *Switcher*, se levantó en los estribos y le dio una patada con la bota a la barbilla del atacante. La cabeza se le fue atrás a causa del impacto, y desapareció de su vista en medio de la oscuridad.

Los sonidos de lucha se desvanecieron detrás de ellos, y Byrne empezó a dirigir tenazmente a los caballos exhaustos hacia delante. El viento aullaba, y los remolinos de nieve reducían su mundo a un espacio de pocos metros, limitado por los esqueletos grises de los árboles. A izquierda y derecha, Raisa veía cuerpos grises corriendo a través de los árboles, al mismo paso que ellos. De modo que todavía estaban en grave peligro.

Raisa rezó. «Dulce Hanalea encadenada, ayúdanos», susurró. Era extraño que un atentado contra su vida la ayudara a quitarse el miedo de encima.

El mal tiempo era una bendición y una maldición. Tenían que luchar contra él a cada paso del camino, pero entre el viento y la nieve, su rastro quedaba borrado a los pocos momentos de haber pasado. A medida que la nieve se acumulaba, el avance se hacía más lento porque los caballos se hundían en enormes montones de nieve. *Switcher* iba siguiendo detrás del caballo de Byrne, con la cabeza junto a un flanco del otro caballo.

Al final, *Switcher* se detuvo. Raisa se enderezó y se echó la capucha atrás. Byrne tiró de las riendas para frenar. Miró por todas partes en medio de la oscuridad, escuchando atentamente con la cabeza ladeada. Finalmente, asintió con satisfacción y se desvió por un sendero invisible hacia la izquierda, avanzando con dificultad a través de montones de nieve que en algunos lugares llegaban a la altura del pecho de los caballos.

Acabaron en un bosquecito de pinos cubiertos de nieve cuyas ramas rozaban el suelo a causa del peso. Byrne desmontó al socaire de un gran árbol e hizo un gesto a Raisa para que hiciera lo mismo. Se puso la bolsa de viaje por encima del hombro y se dispuso a desmontar, pero no pudo hacerlo porque tenía las piernas heladas y no le respondían. Murmurando una disculpa, Byrne tendió los brazos y la ayudó a bajar del caballo. Ayudándose con la espalda, se abrió paso por las ramas caídas y se adentró en el cobijo del interior del árbol.

Allí, en medio de la oscuridad con aroma de pino, el frío era más moderado, y el crujido incesante del viento quedaba amortiguado por las gruesas ramas cargadas de nieve. Byrne dejó a Raisa sobre una alfombra de agujas de pino.

—Voy a ver a los caballos —dijo, y salió afuera.

Raisa miró a su alrededor. No se veían lobos. De modo que estaban a salvo, por lo menos momentáneamente.

Resistiéndose a la tentación de acurrucarse y ponerse a dormir, se sacó los guantes y las botas y empezó a mover los dedos de las manos y los pies, consciente del riesgo de congelación. El dolor que sintió al activar la circulación de la sangre fue terrible. Con la ayuda de una rama rota, dejó un pequeño espacio limpio de agujas de pino y de suciedad, y después hizo un montoncito de ramas y hojarasca. Metió la mano en su bolsa y sacó pedernal y hierro. Cuando Byrne regresó con las alforjas y un montón de armas, ella ya tenía un fuego encendido y estaba colgando los calcetines y los guantes para que se secaran.

—¿Ha podido encontrar refugio para los caballos? —preguntó, sentándose sobre sus talones.

Byrne se arrodilló y puso las bolsas en un rincón seco.

—Sí, los he resguardado del viento, bajo otro pino grande. Les he dado mucho grano, pero tendremos que derretir un poco de nieve para...

—¡Huesos! —exclamó Raisa, enderezando la espalda—. ¿Cómo está el lomo de *Switcher*? Lo siento. Me gustaría haberlo examinado.

—No es nada grave —dijo Byrne—. He intentado lavarle un poco la herida, pero no tiene mucha paciencia conmigo. Se la miraré de nuevo cuando sea de día.

—Gracias, capitán —dijo Raisa—. Tendría que haberlo hecho yo misma. —Después de una pausa incómoda, añadió—: Y gracias por haberme salvado la vida. De nuevo.

—Os agradecería que no me dierais todavía las gracias, Alteza —dijo Byrne, secamente—. Estamos cobijados bajo un árbol en medio de una tormenta de nieve. Si

conseguimos salir de aquí, aún quedan muchas otras maneras de morir antes de llegar a la capital.

Los Byrne son pesimistas.

—De acuerdo —dijo Raisa enérgicamente—. Considere retirado mi agradecimiento. Y mientras tanto, deme sus prendas mojadas, que también las colgaré para que se sequen. Si cabe una remota posibilidad de sobrevivir esta noche, no vamos a salir mañana con todo mojado, con el frío que va a hacer.

Byrne sacudió la cabeza, tensando las comisuras de la boca.

—Perdonadme, Alteza —dijo—. Había olvidado cuán capaz podéis ser.

—Pasé tres años con los Demonai —dijo ella—. Viajan ligeros. Si no llevas lo tuyo, te quedas en el campamento con los niños y los ancianos.

—Algunos preferirían quedarse en el campamento antes que cabalgar con los Demonai —dijo Byrne. Se quitó los guantes y se los dio a Raisa. Después se quitó las botas y los calcetines. Raisa observó que se los cambiaba por unos de secos que sacó de las alforjas y se ponía de nuevo las botas. Evidentemente, el capitán no quería que le sorprendieran sin las botas puestas.

Raisa vaciló, frotándose y estirando los dedos de los pies, y después siguió su ejemplo. Cuando se inclinó hacia delante para atarse las botas, Byrne la cogió por el hombro. Ese atrevimiento era tan atípico de él que Raisa se sobresaltó.

Byrne maldijo en voz baja:

—¡Sangre y huesos! ¡Estáis herida! ¿Por qué no habéis dicho nada? ¿Qué ha pasado?

Raisa se tocó la herida del cuello, de la que se había olvidado por completo. Al apartar la mano, se la encontró pegajosa.

—Un pequeño incidente, capitán. Nada serio.

—Eso seré yo quien lo juzgue —gruñó él—. Será mejor que eche un vistazo a esta herida. A veces los asesinos ponen veneno en sus flechas. —Apretó los labios como si hubiera hablado demasiado. Hizo que Raisa volviera para que el calor del fuego le calentara la espalda, le apartó el cabello y le tocó la parte posterior del cuello con sus gruesos dedos—. ¿Cómo os encontráis? ¿Sentís mareos, doble visión o entumecimiento?

Raisa se estremeció. Con el tiempo, estaba segura que podría notar alguno de esos síntomas.

—¿Sabe quiénes eran? —preguntó—. Parece que tiene alguna sospecha, ¿no?

—Gente del Valle, por lo que me ha parecido. No de los clanes. Aunque no pude verlos bien. —Byrne sacó un pequeño cazo de hierro, lo llenó de nieve y lo puso a calentar en el fuego—. No veo rastros de veneno, Alteza. Pero ahora os lo lavaré bien y os aplicaré un cataplasma para que quede la herida limpia, y después...

—Antes ha dicho asesinos, capitán —espetó Raisa, interrumpiendo su informe médico.

Byrne hizo un largo suspiro.

—No lo sé seguro —admitió—. Pero creo que eso es lo que eran. Los salteadores de caminos no vienen hasta aquí. Los clanes no lo consentirían. Además, no hay suficientes viajeros en esta época del año para mantenerles el negocio, y menos para una banda de ese tamaño. Los salteadores no atacarían a una tríada de soldados. No llevamos mucho dinero, y es más fácil y hace más buen tiempo en la parte baja de la montaña. Estaban todos bien alimentados, bien montados y bien armados. Creo que nos estaban esperando.

Byrne se inclinó sobre el fuego, y las llamas iluminaron los rasgos severos de su rostro.

—Si estoy en lo cierto, todavía nos siguen buscando, o lo harán cuando mejore un poco el tiempo. Y tienen la ventaja de saber hacia dónde nos dirigimos.

El agua ya se había calentado, y Byrne apartó el cazo del fuego con un palo. Puso unos cuantos trapos limpios dentro del agua, los dejó empapar unos minutos, y después sacó uno con el mismo bastón. Cuando se enfrió lo suficiente para poderlo coger, escurrió el exceso de agua y lo aplicó sobre el cuello de Raisa.

—¡Ay! —dijo entre dientes, sorprendida por el calor—. Perdón —añadió, apretando los dientes. Byrne ignoró su queja, y siguió frotando su piel para limpiar la sangre que le salía. Cambió las compresas manchadas un par de veces más, y después vació una bolsa de algún vegetal en el agua que quedaba en el cazo. Su escondite se llenó de un olor acre. Raíz de mordedura de serpiente, pensó Raisa. La utilizaban para limpiar veneno de todos tipos.

Byrne metió el palo en el cazo y sacó una hedionda masa de raíces humeantes. Dejó que se escurriera el exceso de agua, y entonces la puso sobre un trozo de tela limpia que había colocado sobre las agujas de pino. Dobló el trozo de tela y escurrió el exceso de agua.

Entonces lo puso sobre la nuca de Raisa. En el primer momento le escoció, pero después notó su efecto balsámico. Acabó envolviéndolo todo con un trapo de lino.

—Bueno, ya está. Lo dejaremos así unas cuantas horas, y después veremos qué aspecto tiene.

Raisa se secó un hilo de agua que le bajaba por la espalda.

Byrne limpió el cazo con nieve, después lo volvió a llenar y lo puso en el fuego para que se derritiera.

—Voy a llevar agua a los caballos y a echar un vistazo alrededor —dijo.

—¿Cree que el resto de la tríada nos encontrará aquí? ¿O tal vez vengan cuando amaine un poco la tormenta?

Byrne negó con la cabeza.

—Es mejor pensar que no nos encontrarán, porque, si lo hacen, señal de que también pueden encontrarnos los que nos han atacado. —Se mantuvo ocupado guardando los artilugios médicos para evitar mirarla a los ojos—. Será mejor que sigamos nosotros dos. Los supervivientes... si pueden... continuarán luchando con los atacantes y así los retrasarán. Estamos en clara desventaja, de modo que lo mejor

que podemos hacer es evitarlos. Para ellos será más difícil encontrar a dos personas por estas montañas que a una tríada.

Y entonces Raisa lo comprendió. Ninguno de ellos sobreviviría, pensó. Sus órdenes eran resistir y luchar, una vez ella hubiera escapado, aunque fueran muy inferiores en número.

—¿Están todos muertos? —preguntó. Pensó en ellos, tumbados a su alrededor en el suelo de la habitación de Delphi—. Pero... eran tan jóvenes... —susurró.

—Éste es nuestro trabajo, Alteza. —Byrne levantó la bota de vino, sacudiéndola un poco como para calcular su contenido, y se la ofreció a Raisa, que negó con la cabeza.

Se puso las manos en las sienes, deseando poderse quitar la culpa de encima.

—No —susurró casi para sí misma—. No permitiré que mis mejores soldados se pierdan de esta manera.

—No nos quedan muchos alimentos y provisiones —dijo Byrne, como si no la hubiera oído. Evidentemente, a Raisa no se le permitía expresar demasiada angustia—. Solo tenemos lo que llevábamos vos y yo. Lo mejor que podemos hacer es cruzar el paso y dirigirnos hacia el Campamento de los Pinos de Marisa lo más rápido que podamos.

Y esto es justo lo que esos que nos persiguen esperan que hagamos, pensó Raisa.

—En cuanto a las armas —dijo Byrne—. Si no recuerdo mal, vos domináis bastante el arco. —Puso la mano sobre el arco de Raisa, que estaba a su lado.

Raisa asintió. No era momento para la falsa modestia.

—Sí, soy buena con el arco, aunque este todavía no lo he probado. Pero creo que tiene una medida y un peso adecuados para mí.

—¿Sabéis dominar la espada?

—Yo... Amon me hizo practicar mucho con las espadas estos últimos meses, aunque no son mi fuerte.

—Probad ésta. —Le ofreció su espada, por la empuñadura.

Raisa se levantó, sujetando la empuñadura con ambas manos. Tenía la forma de la Espada de Hanalea, el símbolo de la Guardia de la Reina. El guardamano y el gavlán estaban fundidos en metal pesado para imitar la cabellera ondulada de Nuestra Señora, y el pomo era la figura misma de Nuestra Señora.

Pesaba demasiado para que Raisa la pudiera levantar, incluso con las dos manos. Negando con la cabeza tristemente, se la devolvió a Byrne y se sentó de nuevo.

—Estoy más segura si la tiene usted en sus manos que yo en las mías. Aunque es preciosa. El trabajo de artesanía es exquisito. ¿Es alguna reliquia de la familia?

Byrne se aclaró la garganta.

—La reina, vuestra madre, encargó que la hicieran para mí cuando... en el momento de su coronación. Cuando a mí me nombraron capitán. Marianna dijo que la espada significa que tengo a la auténtica dinastía de Hanalea en mis manos.

Su rostro, curtido por décadas de dolor, revelaba más de lo que probablemente él

quería.

Raisa se quedó mirando al capitán con una expresión de sorpresa. Byrne enseguida apartó la mirada, como si deseara evitar esa mirada de revelación.

Está enamorado de ella, pensó Raisa. Y yo he sido una estúpida de no haberme dado cuenta antes.

Raisa recordó lo que su madre le había dicho cuando le explicó que no podría haber nunca una relación entre ella y Amon.

Él es un soldado, le dijo la reina, y su padre es un soldado, y su padre... Esto es todo lo que llegarán a ser.

Raisa había estado a punto de cometer el mismo error que su madre. Creía que Edon Byrne era un hombre estable, tranquilo, capaz, por encima de todo. No un romántico. El capitán Byrne que ella conocía era francamente honesto, y no se guardaba los secretos.

Se había equivocado en eso. Se había equivocado en muchas cosas.

Has vivido tu vida con el corazón partido, pensando en Byrne, se dijo Raisa. ¿Por qué tenías que partir también mi corazón?

Y sin darse cuenta, se encontró hablando en voz alta.

—¿Por qué lo hizo? —dijo en voz baja—. ¿Por qué apartó a Amon de mí?

—Alteza —dijo Byrne. Su expresión, su postura, su forma de colocar las manos, todo le estaba diciendo que no quería hablar de ello—. No sé de qué me estáis hablando.

—No voy a quedarme solo para ponérselo fácil a todo el mundo —dijo Raisa—. Usted está atrapado aquí conmigo, de modo que también puede hablar de ello.

Byrne se puso de rodillas y sacó el cazo del fuego.

—Será mejor que vaya a abreviar a los caballos —dijo.

—Yo continuaré aquí cuando vuelva —dijo Raisa—. Podemos hablar ahora o después.

Byrne suspiró ruidosamente, puso de nuevo el cazo en el fuego y se sentó sobre sus talones.

—Supongo que estáis hablando de mi elección del cabo Byrne como vuestro capitán, ¿verdad? —dijo.

—Estoy completamente satisfecha con Amon como capitán —dijo Raisa—. De lo que estoy hablando es de la vinculación, o... o la unión, o como sea que le llaméis. —Se estremeció recordando cómo un simple beso entre ellos había causado un dolor insoportable en Amon. Al ver que Byrne no decía nada, añadió—: ¿Por qué fue necesario crear el vínculo? ¿Y por qué ha tenido que ser un secreto tan grande?

Es por esto, precisamente, que es un secreto, decía la expresión de Byrne. Porque no deberíamos estar teniendo esta conversación.

—Todos los capitanes están unidos a sus reinas —dijo Byrne, finalmente—. Ha sido así desde el Quebrantamiento.

—¿De veras creyó que era necesario unir a Amon a mí? —dijo Raisa, mostrando

las palmas de las manos—. Hemos sido amigos desde que éramos niños.

—Lo hice por la dinastía —dijo Byrne, mirándola a los ojos sin ningún rastro de disculpa—. No lo hice para apartaros de mi hijo. Ni apartarle a él de vos.

—¿Está seguro? —Raisa notó que empezaba a salirle su vena mezquina. Quería hacer daño a Byrne para compensar lo que le habían robado—. ¿Está seguro que no estaba celoso porque yo amaba a Amon, mientras... mientras...

Byrne continuaba mirándola, impertérrito, mientras a ella se le desvanecían las palabras. No. No podía entrar en ese terreno. No podía hacerlo.

—El vínculo protege a la dinastía —dijo Byrne, cuando vio que ella no acababa la frase—. Amon es la mejor elección para servirnos como capitán. Si se pudiera proteger a la dinastía estando vosotros juntos, el vínculo no interferiría.

—¿De veras? —dijo Raisa—. ¿Dónde está escrito? ¿Dónde está el libro de las normas sobre este tema? No hago más que cometer errores, creyendo que soy libre de tomar decisiones, para después descubrir que ya las han tomado por mí.

Byrne inclinó la cabeza, reflexionando, y después volvió a mirarla.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —susurró, intentando reprimir las lágrimas.

Byrne sacó un pañuelo de algún sitio y se lo dio.

—Vos sois valiente —dijo—. Encontrad la felicidad donde podáis. Enamorada o no, encontraréis una manera de continuar la dinastía.

Tal como él había hecho.

Y de pronto, el resentimiento de Raisa desapareció, dejando un dolor sordo, como el dolor de una vieja herida. Se dio cuenta de que su amargura se había convertido en una costumbre, que en algún punto había aceptado que ella y Amon no estarían nunca juntos como amantes. Que necesitaba amigos, y aún más en estos momentos.

¿Y ella qué había hecho? Se había prendado de Han Alister, otro hombre con el que de todos modos no se podría casar.

—Ninguno de nosotros es libre de seguir lo que nos dicta el corazón —dijo Raisa—. ¿Es esto lo que me está diciendo?

Byrne negó con la cabeza.

—Nadie puede evitar que ames a alguien —dijo.

Raisa se secó los ojos.

—Yo creía que, para mí, sería diferente, que encontraría la manera de que fuera posible. Que me casaría por amor. —Se aclaró la garganta y enderezó la espalda—. Ahora me doy cuenta de que, como cualquier otra reina Lobo Gris, tendré que conformarme con un matrimonio político con alguien a quien no amo.

Byrne sonrió.

—En parte, yo no creo que os conforméis, Alteza.

Siempre puedo emular a Marianna, pensó Raisa. Y buscar el amor fuera del matrimonio. Nunca había perdonado a su madre por no haber amado más a su padre. Ahora, con un poco de retraso, se estaba dando cuenta de que las opciones no siempre



eran tan «o blanco o negro» como parecían.

Impulsivamente, Raisa se inclinó hacia delante y cogió las manos callosas de Byrne.

—¿Cómo está, capitán? Me refiero a la reina.

Byrne miró sus manos unidas y después la miró a la cara.

—Mi señora, no creo que...

—Usted está vinculado a ella. Algo debe de saber de su estado anímico.

Byrne hizo una mueca, como si Raisa hubiera tocado un tema prohibido, un tema demasiado íntimo como para discutirlo. Como el amor.

—Alteza, no me corresponde a mí suponer...

—Si tengo que ayudarla cuando lleguemos a la capital, necesito saberlo —dijo Raisa, sin rodeos.

Byrne miró a Raisa, casi a la defensiva.

—Pero yo no puedo leer su pensamiento.

Raisa asintió.

—Lo sé —dijo. Hizo una pausa—. Solo me gustaría comprenderla mejor. Nunca ha compartido conmigo muchas cosas sobre sí misma. Somos tan distintas. Ni siquiera me parezco a ella físicamente.

Byrne negó con la cabeza.

—No, os parecéis más a vuestro padre. Aunque vuestra madre es alta, a mí siempre me ha parecido delicada, como... como el beso de la doncella. —El beso de la doncella era una flor primaveral que florecía por un solo día y se arrugaba si la tocabas—. Su Majestad ha estado melancólica últimamente —continuó Byrne—. Y no es extraño. Hay una presión constante de los clanes de las Espíritus, del Gran Mago y del Consejo de Magos. Y todo esto, sumado a vuestra ausencia... —Su voz se desvaneció—. Yo no quería dejarla en este momento.

—Es culpa mía que tuviera que dejarla, capitán —dijo Raisa, notando de nuevo una punzada de culpa.

—Si tuviera que repartir culpas, Alteza, no empezaría por vos. —Byrne cogió sus alforjas y las puso delante de Raisa—. Esta es toda la comida que tengo. Es mejor que comamos un poco, después dormiremos y así cuando pase la tormenta ya podremos seguir.

Se levantó, cogió el cazo de agua, traspasó las ramas y fue a abrevar a los caballos.

Cuando volvió, Raisa ya había rebuscado por sus alforjas, había sacado una hogaza de pan y un trozo de queso y los había puesto sobre un trapo limpio. Byrne partió el queso con su puñal y le dio la mitad a ella, y después cortó el pan a trozos pequeños. Cuando se terminaron la comida, golpeó la hoja cuidadosamente contra la palma de la mano.

—¿Lleváis puñal, Alteza?

Raisa asintió.

—Lo llevo, por norma, pero Micah y Fiona me lo quitaron.

—Pues tomad éste.

Limpió la hoja del puñal en sus pantalones de montar, lo guardó en la funda que llevaba colgada en la cintura, después se desabrochó el cinturón y se lo dio todo a Raisa. Ella sacó el puñal de la funda y le dio la vuelta para verlo bien a la luz del fuego. Tenía el mismo diseño que la espada de Nuestra Señora, con la imagen de Hanalea trabajada en la empuñadura.

—¡No puedo aceptarlo! —protestó—. Pertenece a su familia.

—De hecho, no me es de mucha utilidad —replicó Byrne—. Si dejas que un enemigo se acerque lo suficiente como para necesitarlo, merezco lo que me pueda pasar. —Levantó la mano para no oír más protestas—. Por lo menos quedáoslo hasta que lleguemos a la Marca de los Páramos —dijo, haciendo un bostezo—. No vamos a salir de aquí hasta que la tormenta se desplace hacia el sur, de modo que podemos dormir un poco.

Desenrolló las mantas enfrente de la entrada improvisada y se metió debajo.

Raisa se tapó con sus mantas, cerca del fuego. Guardó el puñal en la funda y lo colocó al lado de su mano izquierda. Su frágil refugio temblaba con el fuerte viento de las brujas, y la nieve se tamizaba entre las ramas.

—Rezaré a la Hacedora para que la tormenta escampe —dijo Raisa, somnolienta.

—Vigilad por lo que rezáis, Alteza —dijo Byrne, con la cara hacia el otro lado para que Raisa no pudiera ver su expresión—. Nos vendría bien un poco de viento para mover la nieve de alrededor. Cuando el tiempo mejore será más fácil que nos puedan seguir.

## Viejos enemigos

El viento empezó a disminuir antes del amanecer. Raisa se despertó por el silencio repentino y vio que Edon Byrne había desaparecido. Se sentó, temblando, y se frotó los ojos para sacarse el sueño de encima. Las mantas de Byrne estaban enrolladas y atadas, y un cazo de té hervía sobre el fuego reavivado. Había un desayuno de más pan con queso preparado al lado del fuego. El mensaje era obvio: Byrne quería salir pronto.

Raisa se levantó y se estiró, dándose un masaje en los huesos de la cadera y de la espalda. Tenía demasiado poco relleno para poder dormir bien en el suelo. Se desató el trapo de lino que llevaba en el cuello y se quitó el cataplasma, esperando que Byrne no insistiera en volvérselo a poner. Comió rápido, se tomó el té y empezó a ponerse capas de ropa. Los calcetines y los guantes estaban secos, pero rígidos e incómodos.

Cuando salió afuera, se encontró con una de esas transformaciones tan comunes en las montañas. Las estrellas brillaban sobre los picos del oeste. Donde los pinos espesos bloqueaban el viento, el suelo estaba cubierto de una gruesa capa de nieve, prístina y virginal, que en algunos lugares sobrepasaba la cabeza de Raisa. Las zonas más expuestas estaban limpias, con el viento todavía levantando la nieve en polvo y arremolinándola entre la oscuridad. Aunque todavía estaba oscuro y hacía frío, el día se presentaba despejado.

—Buenos días, Alteza.

Raisa se dio la vuelta. Era Byrne, con los caballos, ambos ensillados. *Switcher* se resistía al bocado, con las orejas hacia atrás, desaprobando ese inicio tan temprano.

—Esperemos que nuestros atacantes todavía estén durmiendo, pero creo que es prudente que viajemos todo lo que podamos bajo el cobijo de la oscuridad.

Raisa asintió. Acarició el cuello de la yegua, haciendo ruidos suaves, para que se calmara, mientras examinaba la herida que tenía en la espalda. Byrne tenía razón: parecía superficial. Ató sus mantas y las alforjas a la silla y se subió al lomo de *Switcher*, notando cada uno de sus músculos crujido y dolorido.

Avanzaban lentamente. El paso por el desfiladero ya hubiera sido bastante difícil con buen tiempo y caballería fresca. El suelo era traicionero, con peligros y obstáculos ocultos por los montículos de nieve. En ocasiones tenían que abrirse paso entre la nieve que llegaba hasta el pecho de los caballos. Cuando el espacio lo permitía, dejaban el camino y pasaban por debajo de los árboles, uno a cada lado del sendero. La nieve no se acumulaba tanto en el bosque, y así eran menos visibles para alguien que observara desde la distancia. Pero cuando el sol salió por la vertiente

oriental, Raisa se sintió terriblemente expuesta: como un insecto negro subiendo por una pared blanca de nieve.

Al menos tenían una visión clara del camino de vuelta. Raisa no podía evitar mirar atrás, esperando ver a cada momento a una multitud de jinetes aproximándose rápidamente. Pero ella y Byrne avanzaron toda la mañana sin detectar ninguna señal de que les estuvieran siguiendo, de modo que Raisa se relajó un poco. Si eran capaces de llegar al Campamento de los Pinos de Marisa, los clanes les proporcionarían sin duda escolta para el resto del viaje.

Tomaron la comida sobre la silla, desmontando solamente para caminar al lado de los caballos donde el sendero tenía más pendiente, para dejarlos descansar un poco. El sol brillaba en el cielo completamente azul, y derretía el hielo que cubría las rocas y las ramas de los pinos. Cuando todavía estaban a unos kilómetros por debajo del desfiladero, Byrne se desvió hacia un bosquecillo. Raisa lo siguió automáticamente, tirando de las riendas cuando él también lo hacía.

—Aquí es donde se pone peligroso —dijo.

—¿A qué se refiere? —Raisa miró a su alrededor, parpadeando mientras los ojos se le acostumbraban a la penumbra de los pinos. Por todas partes había rayos de sol que se filtraban por entre los árboles y llegaban al suelo. *Switcher* bajó la cabeza y mordisqueó las ramas de pino que estaban a su alcance.

—Hay muchos caminos para llegar al paso, pero solo uno para cruzar el desfiladero. Y no hay ningún cobijo durante los próximos tres kilómetros, porque estaremos por encima de los árboles.

Las ramas se agitaban sobre sus cabezas y tamizaban la nieve hacia abajo. Raisa se quitó la que le había caído en el cuello.

—Es imposible que nos alcancen, ¿verdad? ¿Es posible que alguien, excepto que estuviera huyendo o le obligaran a hacerlo, desafiara la tormenta durante tanto tiempo, antes del amanecer?

—Cualquier cosa es posible.

Raisa esperó, y al ver que Byrne no decía nada más, dijo, con impaciencia:

—Bueno, si es que vienen, no nos hace ningún bien esperarlos aquí, ¿no?

Byrne sonrió.

—Buena observación, Alteza. Y bien merecida —dijo. Entonces hizo una pausa, como si estuviera pensando en la posibilidad de seguir adelante. Acarició el cuello de su caballo, murmuró unas palabras cariñosas y suaves, y después le dijo a Raisa:

—Vos sois diferente de la reina Marianna, si me permitís decirlo.

—Eso me dicen —respondió Raisa secamente—. Normalmente en medio de una reprimenda.

—Sin intención de faltar al respeto por vuestra madre, creo que es una cosa positiva.

Raisa se quedó sorprendida. Esto era de lo más inesperado, proviniendo de un hombre claramente devoto de Marianna.

—¿Qué es?

Byrne se aclaró la garganta.

—Os dije que ella es frágil y bella, como el beso de la doncella. Vos sois más como el enebro. Parecéis progresar en las peores condiciones atmosféricas, pero creo que sería imposible desarraigarnos una vez os habéis establecido.

—Me está diciendo que soy dura, malhumorada y obstinada.

Había oído esto bastante a menudo, últimamente de sus profesores en Vado de Oden.

—Sí, pero como sois menuda, os subestimarán. Y eso no está nada mal, en estos tiempos tan peligrosos. Haced creer esto a la gente y sobreviviréis en la capital. Éste es mi consejo.

Raisa sonrió, consciente de que le estaba haciendo un cumplido.

—Gracias, capitán. Pero, primero, tengo que sobrevivir hasta esta tarde.

—Escuchadme, si hay problemas, os tumbáis sobre el lomo del caballo y atravesáis el desfiladero, sin mirar atrás. Yo os seguiré tan pronto como pueda.

Perfecto. Como el resto de la tríada.

Como respuesta, Raisa clavó fuerte sus talones a los flancos de *Switcher*. La yegua, sobresaltada, sacudió la cabeza y avanzó dando tumbos por la arboleda hasta que llegó de nuevo al camino.

El corto día de invierno empezaba a decaer cuando pasaban por el límite del bosque. Unas largas sombras azules se extendían delante de ellos cuando el sol empezó a ocultarse detrás de la Muralla Occidental. Sin la protección de los árboles, el viento fulminaba a Raisa. Se inclinó hacia delante, como si así fuera a conseguir que su yegua avanzara más deprisa. Byrne iba delante casi la mayor parte del tiempo, abriendo camino. En este último impulso hasta la cima, simplemente iban a la velocidad que podían.

A medida que se acercaban al desfiladero, la capa de nieve disminuía, barrida por el viento implacable. El sol se sumergía detrás de la Muralla Occidental. La escarpadura de piedra relució momentáneamente, y después cayó la noche con la rapidez de las tierras altas.

Al final, ya no había camino delante de ellos, solo una larga ladera empinada detrás. A cada lado, grandes bloques de granito enmarcaban el Paso de los Pinos de Marisa. En su parte más estrecha, no era más ancho que un camino de herradura. Se decía que, años atrás, una pequeña banda de guerreros Demonai había emboscado a mil soldados sureños en el paso.

—Esperad aquí —dijo Byrne.

Raisa hizo lo que le ordenaron, mientras Byrne se alejaba al galope para explorar el desfiladero. Raisa tembló, aunque las grandes rocas taponaban el viento, que arreciaba. Al cabo de un momento Byrne surgió casi en silencio de la oscuridad.

—Vamos —dijo.

Avanzaban lentamente, en fila india, a través del estrecho camino del desfiladero.

Raisa miró con los ojos entrecerrados los escarpados muros que tenía a cada lado y la porción de cielo de en medio. A lo lejos, el camino se convertía en lo que debía de ser un encantador prado alpino en verano, ahora cubierto por un manto de nieve. La luna ya estaba saliendo. Cuando empezó a iluminar las montañas del este, el prado se llenó de un resplandor plateado, tan frío, puro y despiadado como cualquier ráfaga de aire de la montaña. Percibió la punzada de la magia en torno a ella.

Estaban en casa.

En algún lugar, detrás de ella, un lobo aullaba. Más adelante a la derecha, su compañero respondía con un grito frío e inhumano en medio de la oscuridad.

Raisa sentía el corazón desbocado.

Byrne estaba más adelante, a la derecha. Caballo y jinete formaban una silueta oscura contra el escudo de la luna. Dio media vuelta para mirarla, como si fuese a preguntarle cuál era el problema.

Y entonces lo oyó, como un mal recuerdo de la noche anterior. Era el sonido de las ballestas, el golpe sordo de las flechas. El cuerpo de Byrne se estremeció con el impacto de múltiples proyectiles. Su caballo retrocedió, nervioso, sacudiendo la cabeza cuando uno lo alcanzó. Byrne cogió con fuerza las riendas, pero no pudo evitar caer hacia un lado.

—¡Byrne!

El grito de Raisa reverberó en el pequeño cañón. Sin hacer caso de la lluvia de flechas que silbaban al pasar por su lado y chocaban contra la roca, espoléó a *Switcher* hasta donde estaba su capitán, tumbado sobre la nieve. Desmontó y se arrodilló junto a él, levantándole la cabeza. Tenía el cuerpo erizado de flechas, una de las cuales le atravesaba la garganta. Byrne intentó hablar, pero solo consiguió expulsar un chorro de sangre. Levantó un brazo y, débilmente, le hizo señas de que se marchara. Solo la confusión y el galope de los caballos la habían protegido hasta ahora.

Alguien la cogió por los cabellos y la hizo levantar. Un brazo enguantado la rodeó por la cintura, la arrastró y la puso boca abajo sobre la silla, delante de él. Su captor la mantuvo quieta en su sitio con un brazo, mientras hincaba los talones en los ijares para que el caballo se pusiera al galope.

Con el horror del asesinato de Byrne, el traqueteo contra el lomo del caballo y la vista caleidoscópica del suelo, Raisa casi vació el contenido de su estómago. ¡No!, se dijo furiosa a sí misma. ¡Encontraré la manera de que estos bastardos paguen por esto, aunque sea la última cosa que haga! Se concentró en este pensamiento y empezó a hacer los planes que pudo.

El aroma de pinos y la disminución de la fuerza del viento le indicaban que habían llegado de nuevo al bosque. ¿En qué lado del paso?, se preguntaba. Su captor redujo el ritmo del caballo, aparentemente buscando un punto de referencia. Finalmente, gruñó satisfecho y se dirigió hacia la izquierda. Hicieron unos cien metros más, y el hombre tiró de las riendas, de modo que el caballo se detuvo.

Desmontó, después arrastró a Raisa y la puso de pie, pero dejando una mano fornida sobre su hombro.

Raisa se volvió para verlo. Era un hombre de pelo castaño grisiento, con una expresión cruel en la boca y unos ojos del color del tabaco para mascar. Se trataba del mismo soldado que había herido a *Switcher* en la espalda, pero esta vez lo reconoció.

¡Por la sangre del demonio!, pensó Raisa. ¿Pueden ir peor las cosas?

Tenía un lado del rostro arrugado y lleno de cicatrices, prueba de una quemada grave.

Raisa era responsable de eso.

Iba vestido con lo que parecía el atuendo militar de invierno, pero no había ningún símbolo por ninguna parte. Una barba incipiente le cubría la mitad inferior de la cara, dominada por una nariz fracturada.

Raisa sabía cómo y cuándo se la había roto.

Mac Guillen, pensó, y desapareció cualquier atisbo de esperanza.

La última vez que había visto a Gillen fue en la Cárcel Militar de Puente del Sur, cuando ella había ido a rescatar a unos miembros de la banda callejera de los harapientos de las mazmorras donde los estaban torturando. Ella fue la que le aplastó una antorcha encendida en plena cara. Los demás miembros de la banda le golpearon terriblemente, como venganza por el trato que habían recibido.

La barriga le salía por encima del cinto de la espada, pero Raisa no se hizo ilusiones. Seguro que por debajo era todo músculo. Olía a caballo y a sudor, y en general a una higiene más bien escasa. Sonrió con malicia, mostrando los pocos dientes que tenía, manchados y sucios, con la mandíbula hinchada justo donde había ido a parar la bota de Raisa la noche anterior.

Raisa miró a su alrededor. Estaban delante de una especie de cueva tosca, creada bajo dos bloques de piedra que se juntaban. Su caballo era una raza de las tierras altas, lo bastante peludo y fuerte como para aguantar los senderos montañosos. Una raza adecuada para la Guardia de la Reina.

Había una docena de lobos sentados en semicírculo a su alrededor, aullando inquietos.

Gillen miró a Raisa, expectante, esperando a que dijera algo. Raisa no dijo nada, consciente de que nada de lo que pudiera decir le haría ningún bien.

Al final, Guillen no pudo aguantar más.

—Te preguntas por qué no has muerto todavía, ¿verdad? —dijo, rascándose las partes.

Ninguna de las posibilidades que le venían a la cabeza eran atractivas. Raisa se enderezó, con las piernas un poco separadas, y continuó sin decir nada.

—Tengo curiosidad —dijo Gillen—. Es por eso que te he arrastrado hasta aquí. Quería hacerte unas cuantas preguntas, solos tú y yo. —Dio un paso hacia ella, y ella dio un paso atrás—. Nos dijeron que la princesa Raisa estaba rondando por aquí. Pero la única chica que ha venido eres tú —dijo. Levantó las manos mostrando sus palmas,

confundido—. La cuestión es que te conozco, pero no eras ninguna princesa en nuestro encuentro anterior.

Raisa negó con la cabeza.

—Estás equivocado —dijo—. No nos hemos visto nunca.

—¿Estás segura? —le preguntó, empujándola hacia la entrada de la cueva—. Quizás yo tenía otro aspecto, antes.

Los lobos grises pululaban a su alrededor, gruñendo y moviendo las mandíbulas.

Perfecto. Estoy en peligro, pensó Raisa. Como si no pudiera resolverlo por mí misma.

—¿Estás segura de que no te llamas Rebecca? ¿Rebecca, hermana de Sarie, la rata de alcantarilla del Mercado de los Harapos? —Se puso la mano contra la mejilla hinchada—. ¿La Rebecca que me hizo esto?

Raisa siguió echándose atrás, negando con la cabeza.

—Verás, a las chicas ya no les gusta tanto como antes —dijo Gillen—, con esta cara tan marcada.

No creo que antes fueras mucho más encantador, pensó Raisa, pero no lo dijo.

—No soy quién crees que soy —dijo—. Supongo que ya lo ves.

Había decidido que era mejor no ser Rebecca, en este momento. Lo único que podía hacer era negarlo, de modo que siguió negándolo.

—Hablas de una forma distinta que antes —dijo Gillen. Le dio un empujón y ella se tambaleó hacia atrás, apenas manteniéndose en pie—. Eres como una persona completamente diferente, ¿me entiendes?

Los lobos hicieron un coro de aullidos.

Raisa los miró. O bien os calláis o atacáis. Sed útiles.

—A ver, ¿qué estabais haciendo en Puente del Sur, Alteza? —dijo Gillen, con la mano alrededor del cuello de Raisa. La empujó hacia el bloque de piedra y la mantuvo sujeta contra el muro—. ¿Fuiste allí para ver cómo vive tu otra mitad? ¿Tienes debilidad por las ratas callejeras, verdad? ¿Eres una de esas damas de sangre azul que prefieren una vida más desenfrenada?

Raisa intentó apartar la mano de Gillen para liberarse de la presión.

—Si soy como una persona diferente, es que tal vez no soy quien crees que soy.

No era nada fácil hablar con la mano de Gillen apretándole la garganta.

Desesperada, pensó en algunos de los movimientos que Amon le había enseñado. La ropa de Gillen era lo suficientemente gruesa para amortiguar algunos de los golpes que ella conocía. Y si le hacía algo, tendría que derribarlo para siempre. En medio del bosque no encontraría refugio ni nadie que la rescatara. Y no podía arriesgarse a enojarlo más de lo que ya estaba.

Todo esto lo pensó en una fracción de segundo. Parecía que el tiempo se hubiera detenido, como para alargar lo poco que le quedaba de vida.

—Tenemos órdenes de mataros, Alteza, pero no hay motivo para tenerlo que hacer ahora —dijo Gillen, echándole todo el aliento a la cara—. Con que acabes



muerta, hay bastante. Creo que me debes algo por lo que hiciste, y me lo vas a pagar.

—Señor. Quien quiera que seas. No estoy falta de recursos. Si me liberas, mi familia te lo recompensará —dijo Raisa.

Gillen hizo una carcajada.

—¿Tu familia? ¿Y cómo sabes que no son los que nos han contratado? —Golpeó su cabeza contra la roca para enfatizar este punto.

Raisa veía estrellas ante sus ojos. El pulso le retumbaba en los oídos, y notó un sabor amargo y metálico en la boca.

—Escúchame. No llevo mucho dinero encima, pero si me dejas llegar a casa, recibirás una recompensa. Si me matas, no tendrás ni un momento de paz el resto de tu vida.

—Mejor esto que llevarle la contraria al que me contrató —dijo—. Ya aprendí mi lección. Recibiré mi recompensa aquí y ahora.

—¿Quién te contrató? —preguntó Raisa, pensando que quizá se lo diría.

Gillen negó con la cabeza, sonriendo.

—Bueno, quienquiera que sea no le gustará mucho saber que te has equivocado de persona a la que debías matar —dijo Raisa.

Gillen se quedó mirándola, con las cejas juntas, y Raisa pudo ver el engranaje de su cerebro en funcionamiento detrás de sus ojos de cerdito.

—Voy a tomarme mi tiempo, ¿sabes a qué me refiero? No quiero que nadie venga a interrumpir —dijo. Se volvió hacia su caballo, metió la mano en las alforjas y sacó un rollo de cuerda—. Vamos.

La empujó bruscamente y la hizo avanzar tambaleando hacia la cueva. Otro empujón y ya estuvo dentro, a gachas, con la roca y el hielo del suelo de la cueva cortándole las palmas de las manos. Enseguida se volvió y se puso en cuclillas. Él apareció en la entrada, tapando la poca luz que entraba.

—Ahora te ataré y volveré más tarde —dijo, acercándose a ella mientras se golpeaba con el rollo de cuerda contra la cadera—. Quiero dejarte tiempo para que pienses en lo que va a pasar.

Raisa se puso a pensar, con las ideas que parecían reverberar dentro de su cráneo. Había una posibilidad poco probable de que se pudiera liberar antes de que Gillen regresara. Y también había la posibilidad de que muriera congelada antes de que él regresara.

Morir congelada no era una mala forma de morir. Parecía preferible que lo que Gillen tenía en mente.

Pero si permitía que la atara, abandonaría toda posibilidad de luchar para liberarse. Era una descendiente de Hanalea, la reina guerrera. Ella no hubiera muerto dentro de una cueva atada de manos y pies. O violada y torturada hasta la muerte por esa chusma traidora.

Raisa levantó las manos en un gesto de súplica.

—De acuerdo... está bien. Pero no me hagas daño.

Gillen se fijó en su mano izquierda, en el anillo de oro macizo con la imagen de un lobo que llevaba en el dedo índice.

—Dame este anillo —dijo—. Necesito algo para demostrar que estás muerta.

Raisa tiró del anillo, pero no le salía.

—Me aprieta demasiado —dijo Raisa—. No me lo puedo quitar.

—Eso ya lo veremos —dijo Gillen—. Si es necesario, lo cortaré.

Con una mano agarró la muñeca de la mano izquierda de Raisa, y con la otra empezó a tirar del anillo.

Raisa estiró el brazo, de modo que cayera el puñal de Byrne que llevaba dentro de la manga. Tenía que cogerlo, y así lo hizo, agarrando la empuñadura de Nuestra Señora. Gillen estaba concentrado en el anillo, tirando con fuerza y maldiciendo.

Raisa introdujo la hoja a través de la lana sucia y la piel suave de su vientre, la subió hasta debajo de las costillas, introduciéndola hasta que el guardamano le tocó la camisa.

Él gritó y le soltó la mano. Intentó apartarse de ella, pero Raisa le siguió, manteniendo la presión con el puñal ahora con las dos manos, retorciéndolo con todas sus fuerzas, consciente de que solo tenía una oportunidad, y solo una, para darle el golpe mortal. Si sobrevivía a la primera, ella viviría para lamentarlo, pero no por mucho tiempo.

Mac Gillen le dio un puñetazo en medio de la cara y salió disparada hacia atrás, chocando contra la pared de piedra de la cueva. Se quedó allí aturdida unos instantes, tragando sangre porque se había mordido la lengua, con miedo a que Gillen se le lanzara encima y acabara con ella. Pero no lo hizo. Finalmente, se levantó y se apoyó contra la pared para no caerse.

Gillen todavía estaba vivo, aunque probablemente no duraría mucho. El sargento estaba tendido de espaldas en el suelo de la cueva, respirando dificultosamente, con una expresión de perplejidad en el rostro la sangre burbujeando en sus labios. Había logrado sacarse el puñal de Raisa, y estaba en el suelo al lado de él, lleno de sangre y de suciedad.

Recordó lo que *Pulseras Alister* le había dicho tiempo atrás: la próxima vez que apuñales a alguien, hazlo rápido. No lo estudies tanto rato.

Habría estado orgulloso, pensó Raisa. No había dudado ni un momento con el puñal, y había acertado de lleno. ¿Era un progreso, que un asesino callejero pudiera estar orgulloso de ella?

Después, Raisa se arrodilló en la cueva, vomitó todo el desayuno y al acabar se limpió la boca con un puñado de nieve.

Esto ha estado bien, pensó. Matar no debería resultar nunca fácil, ni siquiera para una princesa guerrera.

Finalmente Gillen se quedó inmóvil, con los ojos abiertos y la mirada fija.

Raisa recogió su puñal y lo limpió con la nieve en la entrada de la cueva. Lo volvió a guardar en la vaina y lo escondió en sus bombachos. Se obligó a registrar a

Gillen, para ver si encontraba algún indicio de quién le había contratado, pero no halló nada. Solamente una bolsa con algunos peniques y coronas, y una petaca, nada más.

De todos modos, era improbable que llevara encima este tipo de prueba. ¿Qué esperaba, una sentencia de muerte de su madre la reina? ¿Una nota del puño y letra de Gavan Bayar? No, este era un tipo de encargo de los que se susurran en los rincones oscuros del mundo.

Le dolía la cabeza y el ojo derecho no se le abría del todo. Se puso un puñado de nieve en el lado derecho de la cara, esperando que le redujera la hinchazón. Mientras tanto, intentaba ignorar la voz interior que le decía: ¿Y qué? Te podrías haber rendido. Ahora estás completamente sola, y estas montañas están plagadas de enemigos. ¿Qué fue lo que dijo Byrne? Bien alimentados, bien montados y bien armados. Y tú solo tienes un puñal para defenderte.

Entonces recordó que Gillen había dicho que no quería ser interrumpido, de modo que tenía que irse de allí, y rápido. El rastro que habían dejado sería fácil de seguir. Los compañeros de Gillen no tardarían en llegar.

El caballo de Gillen estaba fuera, aparentemente era un animal bien entrenado. Resopló cuando Raisa se le acercó, pero no protestó cuando empezó a rebuscar en las alforjas. Se mostró todavía más colaborador cuando Raisa sacó una manzana y se la ofreció, acariciándole la nariz.

El equipaje de Gillen incluía una gran espada en una vaina, una ballesta y una aljaba con flechas. Una manta y una tienda de lona. Una de las alforjas estaba llena de comida de viaje, lo que sería útil, si conseguía sobrevivir lo suficiente como para sentirse hambrienta.

Recorrió la ballesta con los dedos. A diferencia del arco de Byrne, no requería demasiada fuerza para dispararla. Le vino un recuerdo a la memoria: ella, con ocho años, detrás de Amon en el campo de tiro con arco. Se negó a salir de allí hasta que Amon le dejara tirar con la ballesta. Al principio, las flechas se desviaban lejos del blanco de paja, pero su puntería mejoró rápidamente. Amon le ayudaba a cargar las primeras flechas, pero después le enseñó a hacerlo ella misma, con sus manos pacientes sobre las de ella.

En su onomástica, su padre, Averill, le regaló un arco adecuado para su talla y su fuerza. Era su arma preferida, pero se había quedado en el desfiladero.

Puso el pie en el estribo del arma y la extendió, contenta con los músculos que había ganado durante su estancia en Vado de Oden. Colocó la flecha en la ranura. Podría tirar una vez, por lo menos. Metódicamente, ajustó los estribos a su pequeña montura, apresurándose pero también asegurándose de que lo hacía bien. Condujo al caballo junto a un árbol caído, y utilizó el tronco para cargar el mecanismo.

Una mirada al cielo le reveló que pronto amanecería. Para entonces, tenía que conseguir una mejor situación y encontrar un lugar donde esconderse. Eso si no estaba ya muerta o en manos de sus enemigos.

## Simon habla

El día después de su encuentro con Cuervo, Han se sumió en una especie de aletargamiento causado por la preocupación. Le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto, como si hubiera estado bebiendo cerveza y después ginebra barata.

Habría sido un blanco fácil si sus enemigos se hubieran acercado a él. Por suerte, la mayoría de sus compañeros de viaje eran refugiados que simplemente buscaban un lugar para resguardarse durante la noche. Cuando se acercaba a ellos, se las arreglaban para apartarse de su camino.

¿Podía ser verdad lo que le había dicho Cuervo, que el infame rey Demonio de los Páramos estaba en hibernación en el talismán de la serpiente que Han llevaba colgado? ¿Que el poderoso ser maligno que representaba no había desaparecido del mundo?

Han había sido demasiado confiado, incluso petulante, en cuanto a su capacidad para calcular el riesgo que podía suponer Cuervo. Sus teorías eran ciertas, pero nada lo había preparado para esto. No podía ser seguro de ningún modo, asociarse con el rey Demonio.

Las miserables calles del Mercado de los Harapos parecían agradables y acogedoras, con sus peligros controlados, comparado con todo esto.

Para Han, el fantasma del rey Demonio había sido utilizado toda la vida como advertencia para asustar a los niños malos y a los pecadores. Había sido siempre una especie de bastón pendiendo sobre la cabeza de todo el mundo, como la justificación de un peculiar sistema de normas y límites que restringía a la reina, al Consejo de Magos y a los clanes.

Alger *Aguabaja* era la razón por la que los clanes mantenían a los magos bajo un estricto control; la razón por la que sus amuletos y talismanes ya no fueran para siempre. Había hecho más que nadie para crear la Iglesia de Malthus, con su prohibición de la magia. Él había sido la razón de que los Siete Reinos se hubieran fracturado en siete partes en guerra.

Él había roto el mundo.

Y luego había esa relación consanguínea. ¿Hasta qué punto podía ser diluida esa línea de sangre si Han tenía una vena mágica tan virulenta? ¿Qué más había heredado?

Maldito por el demonio, lo había llamado su madre. Y ahora resultaba que estaba en lo cierto.

¿Sería mejor o peor que Cuervo conociera su relación? ¿Y si sabía que Han Alister, señor de la calle y ladrón, era su descendiente? ¿Y si sabía hasta qué punto la

suerte de la familia había disminuido?

¿Cómo podía ser bueno forjar con Aguabaja un vínculo que nunca podría ser quebrantado? Una cosa era estar relacionado con un rey Demonio que había muerto hacía mil años, y cuya sangre contaminada había quedado diluida por siglos de matrimonios mixtos. Pero otra muy distinta era que este rey resucitara y se vinculara a la vida de Han.

Por otra parte, Han estaba empezando a cuestionarse todo lo que siempre había creído. Al fin y al cabo, ¿quién era él para largar sermones? Si Alger *Aguabaja* y los Bayar eran enemigos, ¿a quién de ellos elegiría? Y Lucius, Lucius Frowsley había sido el mejor amigo de Aguabaja. Había confiado en él. Le había defendido ante Han.

Bastante difícil había sido volver al Aediion. Y ahora Han estaba más confundido que nunca.

Llegó a Vado de Fetters a primera hora de la tarde, en un día inusualmente cálido de principios de primavera. Hizo su habitual ronda por las posadas y las tabernas, preguntando por Rebecca. En una llamada Garza Imperial, no había nadie, excepto un chico de aspecto robusto que limpiaba las mesas.

El chico se quedó mirando a Han mientras se acercaba, con su cara redonda expresando recelo.

—Si tienes hambre, tenemos jamón y pan recién hecho —dijo, secándose el sudor de la cara con la manga—. Si quieres cenar caliente, tendrás que esperarte.

—Estoy buscando a una chica —dijo Han.

—Aquí no alojamos a este tipo de gente —dijo el chico—. Tendrás que ir al Dogbottom, al final de la calle principal.

Han negó con la cabeza.

—Es que estoy buscando a una chica en concreto —dijo, deseando haber tenido una imagen de Rebecca para podérsela mostrar—. Es menuda, con ojos verdes y pelo negro, más o menos largo hasta los hombros. —Puso su mano indicando la medida del pelo—. Es mestiza. Y es guapa.

El chico levantó la cabeza, se quedó mirando a Han con las mejillas coloradas. Después se volvió y continuó limpiando mesas como si tuviera prisa por terminar.

—No recuerdo a nadie con este aspecto —dijo.

Han se quedó momentáneamente sin palabras ante la reacción del chico, que ahora le daba la espalda.

—Oh. ¿Estás seguro? Probablemente iba acompañada de dos hechiceros, un chico y una chica, más o menos de nuestra edad.

—No. —El chico arrojó el trapo y se dirigió a la chimenea. Cogió el atizador de hierro y removi6 las llamas—. Si no quieres ni comer ni beber nada, es mejor que te vayas.

Han pasó por entre las mesas y se acercó más al chico.

—Tal vez hace algunas semanas —insistió—. ¿Estás seguro que no...?

Con un rugido, el chico se volvió y se lanzó contra Han, blandiendo el atizador

ardiente.

Han se echó a un lado y puso un pie alrededor del tobillo del chico, que tropezó y se cayó al suelo de piedra. El atizador rebotó por la sala y se estrelló contra la pared.

Han supuso que el tabernero no había presenciado muchas peleas callejeras.

Al cabo de un instante, Han ya le tenía una rodilla sobre la rabadilla y le retorció un brazo hacia atrás hasta que el chico gritó de dolor.

—Un solo movimiento y te rompo el brazo —le dijo Han entre dientes.

El chico no dijo nada y tampoco se movió.

—Buen chico —dijo Han, en voz baja—. Ahora quiero saber la verdad. Empecemos por tu nombre.

El tabernero torció la cabeza, de modo que Han podía verle un ojo.

—S-Simon —dijo—. Me llamo Simon.

—Muy bien, Simon —dijo Han—. No me hagas perder el tiempo. ¿Qué sabes? ¿Cuándo estuvo aquí, y con quién?

Simon negó con la cabeza, con cautela.

—Hazme lo que quieras, pero no te diré nada —murmuró—. Yo no hablo con ningún asesino, ladrón o salteador de caminos.

Han respiró profundamente y notó que el pulso se le aceleraba. Manteniendo la presión sobre el brazo, puso su mano libre sobre el hombro de Simon, dejando que el destello no canalizado fluyera hacia el tabernero.

Simon se movió repentinamente.

—¡Eh! ¿Qué crees que...?

—Simon —dijo Han, intentando hablar con un tono persuasivo—, no quiero hacerle daño. Sólo quiero encontrarla y mantenerla a salvo.

—Eres... eres... eres... —Entonces pareció olvidar lo que iba a decir. El ojo visible de Simon se entrecerraba de cansancio—. Yo no sé nada de esa chica. Y no me fío de ti.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo Han—. Está en peligro. Tienes que ayudarme.

A Simon se le llenaron los ojos de lágrimas y empezaron a bajarle por las mejillas.

—Igualmente, es demasiado tarde. Está muerta —dijo, sollozando ruidosamente—. Por culpa tuya.

—¿Qué quieres decir con eso de que está muerta? —le preguntó Han, gritando más de lo que quería.

—¡Ay! —dijo Simon, retorciéndose bajo el peso de Han—. Me estás quemando.

Han soltó la espalda de Simon y cogió su amuleto, canalizando la energía que desprendía a través de él. Bajó la voz, pero le salió más grave que antes.

—Voy a dejar que te sientes —dijo—. Y entonces me dirás lo que pasó. Ahora mismo.

Han se sentó sobre sus talones, sujetando el amuleto con una mano. Simon se

sentó enfrente de él, con una expresión hosca, desconfiada y temerosa. Han alargó la mano, cogió la muñeca del chico y abrió el flujo de energía.

Simon se quedó mirando fijamente a Han, como si estuviera embrujado, mientras se le atascaban las palabras.

—Se hospedó aquí tres o cuatro semanas. Creo que huía de alguien, pero al mismo tiempo parecía que esperaba a alguien, alguien que la ayudara. Siempre quería saber quién más estaba en la taberna. Ahora ya lo sé. Estaba huyendo de ti —dijo Simon sin rodeos.

Han no dijo nada, y Simon continuó.

—Hace dos días, vino un grupo de vagabundos. Uno de ellos, con aspecto desaliñado, empezó a molestarla, intentando invitarla a beber y cosas así. Bueno, ella no quiso. Le dijo al hombre que se largara, y después salió al patio del establo porque aseguró que necesitaba aire —dijo Simon, inspirando él mismo un poco de aire—. Y esto es lo último que sé de ella. Sé que no se fue sola. Dejó sus cosas en la habitación, pero su caballo desapareció, y los vagabundos que la molestaban también.

—¿Qué tipo de vagabundos? —dijo Han—. ¿Eran hechiceros? ¿Soldados?

—No lo sé —dijo Simon—. Podrían ser soldados. Estos días van y vienen muchos mercenarios, y la mayoría no llevan ninguna insignia. De hechiceros no hay tantos. Y la frontera está llena de ladrones, asesinos y cosas aún peores. Estos hablaban en ardeniense, pero pagaban con moneda de los Páramos.

—¿Te dio ella algún nombre? —insistió Han.

—Brianna. Se llamaba lady Brianna. Era comerciante. —Simon se frotó la nariz.

Brianna. Bien, Rebecca tenía motivos para no dar su nombre real si creía que los Bayar todavía la estaban siguiendo.

—Descríbemela otra vez —dijo Han.

—Tenía sangre de cabezacobriza —dijo Simon—, pero aún así se podía decir que era toda una dama, y no del tipo que normalmente come en las tabernas. Era cortés y amable, y siempre tenía una palabra agradable para... para cualquiera.

Simon estaba prendado de ella, cualquiera se habría dado cuenta. Pero Han sabía que había algo que Simon le ocultaba.

—¿Qué más? —preguntó Han, filtrando más energía en Simon—. ¿Qué pasó? ¿Por qué crees que está muerta?

—Ha... había otras dos damas de Tamron que iban a viajar con ella. De sangre azul. La siguieron hasta afuera. Las encontramos después en el patio, apuñaladas. Les habían robado. Supongo que lo hicieron los mismos.

Las esperanzas de Han desaparecieron en su interior. ¿Era posible que Rebecca hubiera hecho todo ese camino ella sola, simplemente para acabar asesinada o secuestrada por unos rufianes?

—Pero ¿no encontraste el cuerpo de lady Brianna? —Sin querer, Han estrechó con fuerza el brazo del chico.

Simon negó con la cabeza, el labio inferior temblándole.

—N-no, pero había sangre por todas partes. Y no se iría sola, ¿verdad? Sin despedirse ni nada. Y menos sin sus cosas.

—¿Dónde están ahora? Sus cosas, quiero decir.

Simon apretó los labios y bajó la cabeza.

—Dímelo —dijo Han, empezando a perder la paciencia.

—Están en mi habitación, pero no las he robado, si es eso lo que estás pensando —dijo Simon a la defensiva—. Las cogí para guardarlas. Por si acaso regresaba.

Sólo que Simon no esperaba en absoluto que regresara. Han lo vio en sus ojos.

—Muéstramelas —gruñó Han, consciente de que Simon no tenía la culpa, pero que de algún modo era incapaz de pedir disculpas.

Simon acompañó a Han a una pequeña habitación que había detrás de la chimenea y que seguramente antes era la habitación para guardar la leña. El mobiliario consistía en una tarima en el suelo, un baúl de madera, y una pequeña y triste capilla en un rincón que consistía en unas velas, flores y las pertenencias de la chica desaparecida.

Simon señaló hacia la capilla.

—Allí están. Es todo eso.

Han se arrodilló y rebuscó entre el desorden. No había demasiadas cosas, algunas piezas de ropa que parecían demasiado grandes para Rebecca, y mucho más elegantes que cualquier cosa que él la hubiese visto llevar. No había nada que le resultara familiar. Pero entonces pensó que también había dejado sus pertenencias cuando desapareció de Vado de Oden.

Según Simon, su caballo había desaparecido. O sea que quizá todavía estaba viva. Era la mejor pista que había encontrado hasta ahora. La única pista. Si es que realmente se trataba de ella.

—¿Qué tipo de caballo tenía? —preguntó Han.

—Un semental de los llanos —dijo Simon—. De color gris.

Un semental. Los comerciantes van en ponis, normalmente. Alguien más había visto a una chica que coincidía con la descripción de Rebecca cabalgando un caballo gris. Pero Rebecca tenía un caballo de las tierras altas en Vado de Oden. Una yegua que había desaparecido con ella.

Si se la había llevado una persona que no fuera de los Bayar, era imposible saber dónde podría estar.

Nada encajaba. Han se sentía completamente frustrado, pero no podía hacer nada más que seguir adelante.

Han finalmente llegó a Delphi a primera hora de la tarde. Pensó que había más gente en la ciudad de la que recordaba. Había refugiados de Tamron y de Arden.

Por lo menos esto eran problemas que no tenía que resolver. Había pocas noticias de los Páramos, excepto la historia de siempre de que la princesa heredera todavía



seguía desaparecida y que su hermana menor podría ser nombrada heredera en su lugar. De mayor interés para Delphi eran las amenazas de los «salvajes cabezacobrizas» de que iban a cerrar la frontera y a interrumpir el comercio entre Delphi y la Marca de los Páramos si desheredaban a la princesa.

Han pasó de largo La Jarra y el Cordero, donde se había encontrado con Gata y habían tenido un altercado. ¿Todavía no hacía ni un año? Esperaba que Gata y Bailarín estuvieran bien, inmersos en sus estudios de verano y lejos de su agitada vida.

Pagó un precio bastante alto por una habitación y comida en otra posada, y repuso sus víveres para poder llegar por lo menos hasta el Campamento de los Pinos de Marisa. Se preguntaba si la matriarca Willo Watersong estaría allí.

Lamentaba mucho su tensa despedida cuando él se fue hacia Vado de Oden. Pero ella le había mentado, había conspirado con los que tenían intención de utilizarle a él. De algún modo, fue un alivio el hecho de darse cuenta de que no era perfecta. Tal vez la lección más dura que Han había aprendido era que nadie es totalmente bueno o malo. Todo el mundo es una mezcla de ambas cosas.

Han quería salir hacia el Paso de los Pinos de Marisa a la mañana siguiente, pero fue sorprendido por una fuerte tormenta primaveral procedente del norte. En Delphi cayó más de un palmo de nieve, y el hombre de las cuadras le dijo que en el paso deberían de haber caído unos tres o cuatro palmos. Solo un idiota intentaría atravesar el desfiladero antes de que se hubiera calmado el tiempo.

Han conocía muy bien las tormentas de primavera en las montañas, de modo que retrasó su partida un día más. Pasó ese tiempo yendo de posada en posada y a los establos, preguntando si alguien había visto a una chica de ojos verdes viajando con dos hechiceros. O un grupo de vagabundos. O una chica sola. Una tabernera recordaba a un par de hechiceros que encajaban con la descripción de Micah y Fiona, que habían pasado por allí unas semanas antes. Nadie recordaba haber visto a ninguna chica que se pareciera a Rebecca, con o sin vagabundos.

No está muerta, se repetía Han una y otra vez. Delphi era una jaula de grillos. No era extraño que nadie la recordara.

¿Desde cuándo era tan importante Rebecca para él?

Pagó al hombre del establo para que le diera raciones extra de grano a *Ragger*, y el caballo se atiborró.

—No te acostumbres a la buena vida —le susurró Han, hablando más consigo mismo que con el robusto animal. Se compró un par de raquetas de nieve en el mercado de Delphi, quejándose bastante por el precio.

Salió de Delphi antes del amanecer el día después de la tormenta, un día que prometía ser absolutamente brillante y claro. Había pensado en la posibilidad de esperar otro día más, para dejar que otros viajeros le abrieran camino a través del paso. Pero se acercaba más mal tiempo, otra tormenta de principios de primavera, y decidió que era mejor viajar mientras pudiera. Para cuando llegara la próxima

tormenta, esperaba estar cómodo y arrebujado en los Pinos de Marisa.

## La espada de nuestra señora

La travesía hacia los Páramos era decepcionante en comparación con la última vez. Han no dejaba su amuleto, con la mano dentro del abrigo como si la estuviera calentando. Un casaca azul bien abrigado salió a fisgonear de su puesto de guardia para mirar a Han de arriba abajo y saludarlo con la mano. Parecía que la gente de los Páramos mirara ahora para sus adentros, centrándose en el drama que rodeaba a las princesas. Nadie parecía fijarse en un viajero solitario que cruzaba por el norte.

Han estaba decepcionado. Casi deseaba un enfrentamiento, como un militar que quiere probar sus armas nuevas y relucientes.

*Ragger* estaba realmente en forma cuando empezaron a subir la suave cuesta que conducía al paso, galopando y moviendo la cabeza, intentando arrancar las riendas de las manos de Han.

—Es mejor que te guardes las fuerzas —dijo Han—. Si no, dentro de poco te quejarás.

Era el mismo camino que había recorrido con Bailarín hacía ocho meses, ahora transformado por la nieve que acababa de caer. Era difícil decir cuánto había nevado. En algunas partes el viento había acumulado la nieve en montones más altos que la altura de Han montado en el caballo. Otras partes estaban limpias y se veía la roca desnuda. Cuando saliera el sol y la luz iluminara las cumbres, cada rama y cada roca helada arderían con su calor.

Han no tenía mucha experiencia en viajar a principios de primavera por las montañas. Había pasado siempre los veranos en los campamentos de montaña, y los inviernos por las calles de la Marca de los Páramos. A medida que ascendían, la temperatura bajaba, como si aquel cielo despejado absorbiera el calor corporal de Han, por muchas capas de ropa que llevara encima. Obtenía calor de su amuleto, utilizando destellos para calentarse las manos y la cara.

Incluso en verano, el tiempo en las montañas era variable y traidor, pero Han quedó sorprendido por lo mucho que el grosor de la nieve le retardaba el paso. El camino se convirtió en una senda, que pasaba por entre grandes bloques de piedra que por lo menos paraban el viento y la nieve que este levantaba.

*Ragger* no tardó mucho en dejar de hacer brincos y cabriolas y poner las orejas hacia atrás. Han le dejaba descansar a menudo, y a cada parada le daba grano de unas provisiones cada vez más escasas.

Pasaba de mediodía cuando Han llegó a una cabaña de los clanes, llamada Way Camp, que había a pocos metros del camino. Él y Bailarín habían parado allí cuando iban camino hacia el sur en el otoño anterior. Han torció hacia el campamento,

pensando que podría dejar descansar a *Ragger* bajo techo.

Pensó que podría pasar allí la noche. Los Demonai a menudo proveían a los campamentos de paso con alimentos y otras provisiones, especialmente en esta época del año. Han había decidido viajar con poco peso porque creyó que podría llegar a los Pinos de Marisa por la noche.

Pero si se quedaba en la cabaña, probablemente le pillaría la próxima tormenta, y entonces ya no habría forma de saber los días que se quedaría allí retenido. Decidió que si el campamento tenía provisiones, se quedaría allí hasta que escampara, cobijado bajo un techo. Si no, seguiría adelante por el paso, en la esperanza de que no le pillara la nieve.

Cuando llegó al claro, Han reconoció la pequeña cabaña y el cobertizo para los caballos, cubierto de nieve. De pronto, pareció que *Ragger* no quería seguir adelante. Se detuvo, moviendo la cabeza, con las fosas nasales abiertas como si oliera el peligro en el aire helado.

Y entonces vio los cadáveres.

Eran ocho o diez dispersos en grupos, como si hubieran muerto luchando juntos. La nieve los envolvía con una capa, como si la Hacedora intentara resguardarlos.

Han cogió el arco, tensó la cuerda con los dedos congelados, sacó una flecha de la aljaba y la colocó, mientras examinaba el campamento por si había signos de vida.

Nada, ni una alteración sobre la capa de nieve virgen. La nieve congelaba los cadáveres. No se derretía, de modo que los cadáveres estaban helados. La matanza había ocurrido por lo menos hacía un día.

Esto le hizo recordar cuando atravesó un lúgubre cementerio en el Mercado de los Harapos, después de que hubieran pasado por allí los ladrones de cadáveres. De pronto se dio cuenta de que estaba rodeado de cadáveres envueltos con telas de lino, esparcidos por todas partes, con las tumbas poco profundas abiertas a su lado. Salió de aquel cementerio gritando. Entonces tenía siete años, la misma edad en que su hermana Mari murió quemada.

Cuando finalmente *Ragger* se calmó, Han hincó los talones para que avanzara a paso lento, rodeando el claro, sin apartarse de los árboles, alerta por si detectaba algún movimiento en el bosque cercano. La casa parecía desierta. La nieve se acumulaba frente a la puerta.

Han desmontó y condujo a *Ragger* hacia delante. Sin dejar las riendas, se arrodilló ante el primer cadáver, apartándole un poco la nieve.

Era una chica alta y robusta, un poco mayor que Han. Tenía aspecto de militar, aunque no llevaba ningún emblema. Su abrigo era una costra de sangre congelada, y tenía una flecha de ballesta en medio del pecho.

¿Podía ser una mercenaria del sur? ¿Formaba parte de una brigada de Demonai? No, los Demonai utilizaban normalmente arcos y flechas con plumas negras.

*Ragger* levantó la cabeza y relinchó. Han giró sobre sus rodillas y apuntó su flecha hacia el bosque, en la dirección que le señalaba el caballo.

Había un caballo sin jinete justo donde empezaba el bosque, con las orejas hacia delante, observándolos.

Han bajó el arco. Después de asegurarse de que el caballo iba solo, dijo, en voz baja:

—Eh, tú, ¿dónde está tu propietario?

El caballo se acercó a ellos tambaleándose, casi cayendo, y entonces Han vio las flechas clavadas en el lomo y el cuello del animal. Era un caballo fuerte, una raza militar de los Páramos con una capa de invierno peluda. Evidentemente, era una víctima de la reciente batalla, o emboscada, o lo que fuera.

Cuando el caballo llegó a su alcance, Han le alargó la mano y el animal se la lamió. Llevaba una bolsa colgada en la silla. Han la cogió, mientras le decía palabras suaves al caballo malherido.

Rebuscó entre el contenido de la bolsa, un kit de soldado. En un bolsillo lateral había un cupón de pago de la Guardia de la Reina de los Páramos, a nombre de una tal Ginny Foster, soldado.

¿Qué estaban haciendo los casacas azules aquí, en medio de una tormenta, todos sin uniforme?

Han dio una vuelta rápida por el escenario de la matanza, sacudiendo la nieve de dos o tres cadáveres más. Todos iban vestidos con ropas indescriptibles de viaje, y la mayoría eran jóvenes.

¿De qué bando estaban? ¿Quién les había matado? ¿Había logrado escapar alguno de ellos? ¿Y dónde estaban ahora los asesinos?

No parecía demasiado prudente quedarse allí, aunque la batalla ya hubiera pasado. Si los asesinos estaban por los alrededores, no tardarían en regresar al refugio cuando llegara la próxima tormenta.

Han se acercó al caballo herido, que estaba de pie, con la cabeza bajada, respirando con dificultad y completamente sudado. Probablemente moriría al cabo de uno o dos días de sufrimiento.

—So, sooo —dijo, poniéndole una mano en el cuello para palparle con los dedos una vena caliente y cogiendo el amuleto con la otra mano—. No pasa nada —susurró, pronunciando uno de los hechizos mortales que Cuervo le había enseñado.

El caballo cayó al suelo fácilmente, pero Han estuvo un buen rato temblando. Era la segunda vez que mataba utilizando la magia, y la primera que lo hacía intencionadamente. Quizá con el tiempo le resultaría más fácil.

Han echó un vistazo rápido dentro de la cabaña. No encontró nada valioso, excepto un saco de avena congelada en el cobertizo, y se lo llevó.

Volvió a montar y soltó el amuleto de la serpiente, dejando que descansara por encima de su abrigo. Puso el arco en la alforja, manteniéndolo a mano, por si acaso, aunque tenía la esperanza de que los asaltantes o invasores o quienes fueran ya se hubieran ido.

Durante el resto de la tarde, Han ascendió por la montaña mientras el sol iba

descendiendo por la Muralla Occidental. A medida que se acercaba al paso, vio claramente que otros viajeros habían pasado por allí desde la tormenta. Aunque en el sendero había algunos puntos con nieve acumulada, en otros lugares estaba aplastada y llena de huellas de cascos de caballo.

Avanzaba con cautela, consciente de que podía haber cualquier persona por delante de él que lo estuviera vigilando desde la montaña y viera que estaba subiendo por el paso. Con buen tiempo, habría dado ventaja a estos desconocidos para aumentar la distancia entre ellos, pero ya se veía una nube en el horizonte. No tenía opción. La próxima tormenta se estaba acercando, y no había ningún otro camino salvo ese desfiladero para traspasar la Muralla Occidental por esta parte.

Al pasar por la parte más estrecha del paso, le sobrevino un ataque de pánico y se le puso la piel de gallina. Sabía que ese era un lugar perfecto para una emboscada. Con magia o no, una flecha en medio de la espalda le mataría en un instante.

Las flechas eran más rápidas que los talismanes, ¿no era eso lo que le había dicho a Micah Bayar hacía un siglo?

Tras pasó el desfiladero sin complicaciones, parando un momento en lo más alto para examinar el largo descenso que tenía por delante. Vio la nieve llena de huellas y muy removida, y se veía que eran recientes. Había algo en medio del sendero un poco más adelante, algo negro sobre la nieve.

Era otro cadáver lleno de flechas. Un asesinato reciente, y sin nieve encima, de modo que debería de haber ocurrido después de la tormenta.

Han se quedó inmóvil un buen rato, con la mirada fija ladera abajo, por si veía algo. Examinó las grandes masas de roca que había a cada lado del sendero, por si acaso los atacantes le esperaban allí para tenderle una emboscada. El viento le lanzaba polvo de nieve a la cara, se le pegaba y quedaba reluciente como el fondo brillante de un vaso.

Se estaba acercando demasiado al peligro. No tenía ninguna intención de morir allí, tan solo a un día de su destino. Pero tampoco podía quedarse parado, con el mal tiempo que se avecinaba.

Espoleó a *Ragger* y empezaron a avanzar despacio, mientras murmuraba frases tranquilizadoras que ni él mismo se creía. Cabalgó hasta llegar al cadáver y se quedó mirándolo.

El hombre estaba boca abajo, con los brazos extendidos como si esperara todavía seguir adelante. La nieve a su alrededor estaba empapada de sangre. Era un hombre alto, ancho de hombros, vestido como los soldados muertos de la cabaña del camino. Quien fuera que le hubiera atacado, se había asegurado de matarle, porque Han contó ocho flechas clavadas en su cuerpo.

La nieve a su alrededor estaba toda revuelta, llena de huellas de botas y de cascos de por lo menos una docena de jinetes. Han examinó las huellas que descendían en dirección a los Pinos de Marisa. Habían salido a toda velocidad. ¿Tenían miedo de que los pillaran? ¿O es que todavía estaban persiguiendo a alguien?

¿Era éste el último rezagado del ataque en la cabaña de Way Camp? ¿Por qué habrían querido matarle? Debía de tratarse de alguien muy peligroso, porque se habían asegurado de que muriera.

Los ladrones o los renegados sureños no se habrían tomado tantas molestias por un superviviente, ¿verdad? Los soldados nunca llevan mucho dinero encima, ni siquiera después del día de cobro. En el Mercado de los Harapos, todo el mundo sabía que no valía la pena deslizar la mano en sus bolsillos, y mucho menos molestarse en correr tras ellos.

Además, habían dejado abandonado el cupón de pago de Ginny Foster.

No tenía sentido, excepto que hicieran de guardas de algo importante, tal vez productos de comercio. Quizá los que los habían atacado no querían que nadie fuera a la capital con chismorreos.

Con el temor de que le tendieran una emboscada, Han ya se disponía a seguir adelante, pero entonces vio algo que brillaba en la nieve junto al soldado muerto.

Miró a su alrededor, desmontó y se puso de rodillas al lado del cadáver. Era una espada, la mitad de la cual estaba debajo del cuerpo.

Inquieto por la idea de robar algo a un muerto, Han dio la vuelta al cadáver para liberar la espada.

Era una pieza preciosa, con la empuñadura y el guardamano trabajados en oro y la forma de una dama con la cabellera suelta.

Los asaltantes debían de tener mucha prisa para dejar aquello allí.

Ningún soldado normal llevaba una espada como esa. Se trataba de la clase de objeto que pasaba de una generación a otra en las familias de sangre azul. ¿Era posible que ese hombre fuese un noble disfrazado?

Examinó la cara del hombre buscando pistas. Era mayor que los otros que había visto en el campamento, de mediana edad, con el pelo cano y unos ojos grises de expresión acusadora. Había algo familiar en esa cara, en esos ojos.

Han se estremeció e hizo la señal de la Hacedora, sintiendo como si alguien se hubiera acercado a su propia tumba. Oh, vamos, Alister, pensó, sacudiendo la cabeza. Te estás poniendo muy romántico por un ladrón y su espada robada.

Con los dedos pulgar e índice, Han cerró suavemente los ojos del soldado. El cuerpo estaba todavía un poco caliente y no se había puesto rígido del todo. Cogió las manos del soldado y se las juntó sobre el pecho. Después se echó atrás, mirándolo fijamente, con el corazón desbocado.

El soldado llevaba un gran anillo de oro en la mano derecha, con unos lobos grabados alrededor.

Había visto un anillo como ese antes.

Un recuerdo acudió a su mente: el cabo Byrne aplastándolo contra la pared en Vado de Oden, apretándole el cuello con una mano, exigiéndole saber dónde estaba Rebecca.

Cuando Byrne lo soltó, Han consiguió vislumbrar el anillo que llevaba. Lobos.

Igual que este anillo. Igual que el que llevaba Rebecca Morley. En aquel momento, Han creyó que tal vez ella y su cabo habían intercambiado sus muestras de amor.

Ahora, al mirar de nuevo la cara del hombre muerto, vio el reflejo del joven Byrne, con los mismos ojos grises, la misma estructura ósea. Este era el padre del cabo Byrne. Tenía que serlo.

—Sangre y huesos —dijo Han. Ese descubrimiento daba lugar a más preguntas que respuestas.

El viejo Byrne era capitán de los casacas azules. Han recordaba el día que en Puente del Sur el joven Byrne le había salvado de que Mac Gillen, un brutal sargento de la guardia, le diera una paliza.

«Puede que seas el hijo del capitán, y puede que vayas a ir a la academia. Pero esto no significa nada», se había burlado Gillen.

Entonces, los soldados muertos que había encontrado en Way Camp eran sin duda alguna casacas azules. Miembros de la Guardia de la Reina que viajaban sin uniforme.

Es decir, que alguien había asesinado a un grupo de casacas azules en el Paso de los Pinos de Marisa. Pero ¿por qué? Y ¿quién? Solo le venían a la cabeza los Demonai —siempre que las tensiones entre los clanes y la gente del Valle hubiesen estallado en un conflicto—, pero los guerreros Demonai no empleaban ballestas.

Y ¿por qué la guardia viajaba sin insignias? Debían de querer cruzar la frontera en el Paso de los Pinos de Marisa. ¿Acaso regresaban de alguna misión secreta en el sur?

Han no sabía mucho de cuestiones militares, pero se suponía que era el ejército de las Tierras Altas el que se encargaba de las disputas en la zona fronteriza, no la Guardia de la Reina, que hacía la labor de guardaespaldas o de policía. Sus enemigos habituales eran ladrones, asesinos y otros delincuentes de ciudad que nunca atacarían a unos soldados que viajaban en grupo.

Quienquiera que fuese, y cualquiera que fuese su objetivo, Han no lo discutiría. No soportaba a los casacas azules. Habían matado a su madre y a su hermana, las habían quemado prendiendo fuego al establo en que las habían encerrado. Perseguían a Han por crímenes que no había cometido. No les debía nada. Se repetía todo esto mientras intentaba quitarse de la cabeza a la pobre Ginny Foster. Mientras tanto, intentaba hacer caso omiso del cadáver del capitán Byrne, tendido en medio del sendero.

Han y Amon Byrne habían tenido sus diferencias, sobre todo respecto a Rebecca, pero el joven Byrne había salido en defensa de Han cuando nadie más lo había hecho. El cabo Byrne parecía tener escrúpulos en una época en que estos escaseaban.

Han se quedó mirando la espada, pensando que debería dejarla al lado de Byrne, o bajo sus manos. Al fin y al cabo, le pertenecía.

Pero si la dejaba, el siguiente viajero que pasara por allí la cogería y la vendería en algún mercado.

Tengo que coger esta espada y entregársela a su hijo, el joven Byrne, pensó Han.



Y el anillo, además de contarle cómo ha muerto su padre.

Cuidadosamente, retiró el anillo de oro del dedo de Byrne y se lo guardó en su bolsa.

Hecho esto, Han pensó que lo mejor era continuar con su camino. En aquella cima, y solo, se sentía expuesto. El peligro espesaba el aire en el desfiladero y dificultaba la respiración.

Pero no le parecía adecuado marcharse sin llevar a cabo alguna clase de ceremonia.

El capitán Byrne había muerto luchando. ¿Qué es lo que hace una persona para un soldado? Después de pensar un instante, Han sacó su propio cuchillo y lo puso entre las manos del muerto, con la empuñadura apuntando hacia su cabeza. No estaba acostumbrado a rezar, de modo que inclinó la cabeza ante el cadáver y encomendó el capitán Byrne a la Hacedora y a Nuestra Señora.

Se acercó a *Ragger*, que lo observaba con desaprobación. Metió la espada en la alforja, al lado del arco, y montó, pensando que su país se perfilaba mucho más peligroso que cualquier lugar lejano en el que hubiera estado.

## Finales y principios

Raisa encontró un escondite de madrugada, en un pequeño barranco a unos cien metros de la senda principal en dirección al Campamento de los Pinos de Marisa. Por allí la senda era de roca sólida, y el viento la había dejado limpia de nieve, por lo que resultaría difícil para cualquiera saber por dónde se había desviado. Después de guardar el caballo de Gillen en la cabecera del barranco, volvió hasta el camino principal con una rama de pino para ir borrando las huellas que podían revelar su escondite.

Entonces dio comida y agua al caballo, pero no le quitó la silla y lo dejó listo para montar. Encendió un fuego debajo de un saliente de la roca, se acurrucó a su lado y comió galletas y embutidos de Gillen.

Tal vez esta sea tu última comida, se dijo, recordando los magníficos banquetes a los que había asistido en el castillo de la Marca de los Páramos.

De hecho, se dio cuenta de que estaba muy hambrienta, y esa comida le parecía deliciosa. Le encantaba comer mientras respiraba el aire frío y diáfano, sintiéndose viva. Realmente, nunca había apreciado esa clase de cosas.

Era mucho lo que había aprendido el último año; ¿se echaría todo a perder, ahora? Solo tengo dieciséis años, pensó. Tengo planes.

Y Amon. Seguro que estaba vivo, tenía que estarlo. Podía notar la energía a través de la conexión entre los dos. Seguro que sabía que ella corría peligro. Estaría desesperado por llegar a tiempo para ayudarla.

—Lo siento —susurró—. Siento mucho lo de tu padre. No te mueras y apresúrate a regresar a casa. Te necesito más que nunca.

Resultaba tentador seguir adelante cuando parecía que la seguridad estaba a su alcance. El Campamento de los Pinos de Marisa se hallaba solo a un día de distancia cabalgando sin problemas, si el tiempo acompañaba. Tuvo la tentación de salir corriendo hacia allí, confiando en que de ese modo podría evitar a sus posibles asesinos.

Pero seguro que la estaban esperando en algún lugar del camino. Sabían exactamente hacia dónde se dirigía, e intentarían por todos los medios impedir que llegara a su destino. Era un día brillante y soleado de invierno. Dondequiera que fuese dejaría sus huellas sobre la nieve. Cada vez que saliera del cobijo de los árboles sería visible desde kilómetros de distancia, una mancha negra sobre la nieve. Era mejor esperar a que anocheciera y entonces avanzar con mucho cuidado, desviándose del sendero siempre que pudiera hacerlo. Tal vez una persona, sola en la oscuridad, lograra eludir las trampas que sin duda le habrían tendido.

A veces la inacción exigía más esfuerzo que la acción.

Trató de mirar hacia delante, de convencerse a sí misma de que lograría salir de esto, de que toda esta lucha no sería en vano. Estaba convencida de mantenerse con vida y de vengarse de los que habían matado a Edon Byrne. De los que habían hecho todo lo posible para matarla.

En los Pinos de Marisa por fin podría descansar, gracias a la protección de los clanes, y llorar a quienes habían pagado con sus vidas por ella. Una vez allí podría mandar una carta a su madre la reina para explicarle lo del ataque en el paso y la muerte de su capitán.

Se trataba de un grave ataque a la autoridad real. Tal vez esto ayudara a la reina Marianna a percibir los peligros que rodeaban el trono del Lobo Gris. Tal vez Marianna estuviese dispuesta a viajar al Campamento Demonai, tal como Elena había sugerido, para permitir que los sanadores del clan verificaran si el Gran Mago todavía tenía poder sobre la reina. Podrían determinar la magnitud del daño causado por Gavan Bayar y encontrar la manera de arreglarlo.

Si sobrevivía, prometía dedicar todos sus esfuerzos a ayudar a su madre a vencer en la más trascendental de las batallas. Madre e hija, reina y princesa heredera, se unirían. Siempre y cuando Marianna se lo permitiese, después del año de exilio de Raisa.

Representaban a la dinastía Lobo Gris, y nada podía interponerse entre ellas.

Incluso Mellony podría tener un papel que desempeñar. Raisa se uniría más a su hermana menor, dejaría de verla solo como a una rival por el poder y por el afecto de su madre.

El roce con la muerte podía ser el punto de partida hacia la sabiduría y las buenas intenciones. Imploró vivir lo suficiente para llevarlas a cabo.

Después de estos pensamientos, Raisa se acurrucó junto al fuego. Debía dormir un poco para estar bien despejada por la noche, se dijo.

Pero no conseguía conciliar el sueño. El peligro la presionaba por todos lados. Era una dura carga que le dejaba el ánimo por los suelos. Varias veces abrió los ojos al oír algún ruido que la sobresaltaba.

Cuando finalmente se quedó dormida, soñó un sinfín de escenas vívidas, como delirios, o como las imágenes en una piedra de la memoria de los clanes.

Estaba sentada al lado de Han Alister en el tejado de la Biblioteca Bayar de Vado de Oden, con la cabeza sobre su hombro. Había fuegos artificiales, que al descender caían sobre ellos, como una lluvia de fuego. De repente, él se volvió, presionándola contra las tejas del tejado, con su cuchillo en el cuello.

—¿Cuáles son las normas para salir contigo? —le preguntaba—. ¿Quién te puede besar, cuándo, y quién empieza?

—No lo sé —decía ella—. No conozco las normas.

Y entonces él la miraba con esos hermosos ojos azules, le acariciaba la mejilla con sus cálidos dedos, y susurraba:

—¿De qué tienes miedo? ¿De los ladrones o de los magos?

La escena se disipó, y ahora volvía a ser una niña pequeña, acurrucada en el regazo de su madre. Marianna hojeaba un libro ilustrado mientras Raisa enredaba sus dedos entre los cabellos brillantes de su madre.

Después, soñó con un almuerzo campestre, hacía mucho tiempo, en Hanalea. Su madre le lanzaba migas de pan a su padre porque se burlaba de ella.

—La próxima vez me buscaré a una mujer que no tenga tan buena puntería —decía Averill, riéndose.

La escena cambió. Marianna estaba sentada al lado del pomposo duque de los Acantilados de Caliza, que se creía todo un mujeriego. El duque no paraba de hablar de su cabaña de caza en Corazón de Colmillo, insistiendo en que tenía que ir a visitarle. Marianna miraba hacia la gran mesa donde Raisa estaba sentada, y levantó una ceja, esbozando al mismo tiempo una sonrisa. Su madre podía decir mucho más con un simple gesto, o un pequeño cambio de expresión, que el orador Redfern con un sermón de una hora.

Al final, Raisa, Mellony, Marianna y Averill se acurrucaban juntos en un trineo y salían el día del solsticio para ver los fuegos artificiales. Marianna, con las mejillas rosadas por el frío, se reía igual que una niña. Raisa estaba sentada entre sus padres, cogiéndoles las manos. Era el vínculo entre ellos, lo cual le parecía más confortable que la piel que los envolvía a modo de abrigo.

Siguieron más visiones, nuevas y desconocidas. No eran recuerdos. ¿Clarividencia, quizá? ¿Predicciones? ¿O el pasado reciente que regresaba?

Su madre estaba arrodillada en la catedral, con la cabeza inclinada, las manos cruzadas delante de ella, las mejillas bañadas en lágrimas. Jemson, el orador, estaba arrodillado a su lado, con una mano sobre su hombro, hablándole en voz baja. Marianna asentía con la cabeza. También decía algo, pero Raisa no logró descifrar sus palabras.

Marianna, sentada ante el escritorio de su estancia privada, garabateaba palabras en una hoja de papel, salpicando con la tinta de tan deprisa que iba. El orador Jemson y Magret estaban de pie a su lado, como testigos. La reina firmaba con su nombre, soplabla el papel para que se secase la tinta, lo enrollaba, lo ataba y se lo daba a Jemson.

La reina Marianna estaba en el balcón de su habitación de la torre, contemplando la ciudad, con las manos sobre la baranda de piedra. La ciudad resplandecía bajo un fino manto de nieve, las flores de primavera empezaban a brotar. El sol se ponía y proyectaba sombras azules entre los edificios.

Al otro lado del recinto del castillo, había niños jugando en el parque, y Marianna los observaba dar vueltas, chocar unos con otros y cómo aparecían de nuevo con su ropa de colores vivos, y el sonido de sus risas llegaba hasta ella empujado por un renovado y suave aire primaveral. Marianna sonrió y se puso las manos debajo de los brazos para calentárselas.

De pronto percibió otro ruido, esta vez detrás de ella, y se dispuso a volverse.

—¡Madre!

Raisa se incorporó, de pronto completamente despierta, con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho. Había dormido todo el día y ya estaba a punto de oscurecer. El fuego hacía rato que se había apagado, y el poco calor que el sol de primavera había proporcionado estaba desapareciendo rápidamente. El caballo de Gillen la observaba, echando nubes de vapor por las fosas nasales.

Su grito pareció reverberar entre las montañas, entre las tumbas de las reinas muertas. Al principio se oía «¡Madre!» y después fue cambiando por «¡Marianna!», repitiéndose una y otra vez hasta que se desvaneció en el silencio.

—Madre —repitió Raisa, esta vez en voz baja, y sin embargo las montañas la oyeron. Empezaron el estribillo de nuevo. «¡Marianna!». Solo que esta vez empezaron a nombrar toda la dinastía de las reinas.

«Marianna ana'Lisa ana'Teraise ana'...», y así sucesivamente hasta llegar a Hanalea. Los nombres retumbaban y reverberaban a través de las montañas como el doblar de una gran campana. Había habido treinta y dos reinas durante el milenio desde que Hanalea resolvió el Quebrantamiento y salvó el mundo. Las montañas las nombraron a todas.

Raisa siempre se había sentido segura en esas montañas, conectada con el futuro y con el pasado. Ahora se sentía como el hilo suelto de una telaraña que amenazaba con desprenderse de su asidero. O como un árbol joven arrancado de la tierra y abandonado para dejarlo morir. Cerró los ojos y rezó una plegaria sin palabras.

Cuando los abrió, estaba rodeada de lobos, más grandes que cualquiera que hubiese visto antes. Lobos grises de todos los tonos grises que puedan existir. Sus ojos eran azules, y verdes, y dorados y negros.

—Fuera de aquí —susurró, alzando las manos como para defenderse—. Dejadme sola.

Una loba se adelantó un poco, pisando suavemente la nieve, mirando a Raisa con unos sabios ojos grises. Los otros se apartaron para dejarle espacio.

—Saludos, Raisa ana'Marianna —dijo la loba—. Somos tus hermanas, las reinas Lobo Gris. —Se sentó y enroscó su cola peluda alrededor de sus patas—. ¿No es una lástima —añadió ladeando la cabeza— que solo nos convirtamos en reinas cuando sufrimos el dolor de perder a nuestras madres?

—Necesito descansar —dijo Raisa—. Mañana me queda un largo camino por hacer. —Dobló las rodillas y puso sus brazos alrededor—. Ya he tenido bastantes sueños por una noche.

—Y entonces nuestras sucesoras se convertirán en reinas solo cuando sufran el dolor de nuestra muerte —intervino una loba de ojos verdes, como si Raisa no hubiera dicho nada—. Pero el conocimiento que nuestras hijas heredan facilita nuestro paso a la muerte.

La loba de ojos grises tocó la rodilla de Raisa con la nariz.

—No estás sola. Si te concentras, podrás notar la conexión a través de toda la dinastía Lobo Gris.

—Nosotras somos consejeras de las reinas actuales —dijo la loba de ojos grises—, pero solo cuando la situación es extrema. Como ahora.

—Vaya, pero yo os he estado viendo durante meses —dijo Raisa, sintiendo un escalofrío—. ¿Por qué no me habéis hablado antes?

—Tu madre ya no puede oírnos —dijo la loba de ojos verdes—. Es por eso por lo que hemos acudido a ti.

—Althea —dijo la loba de ojos grises con reproche.

—Bueno, es la verdad —dijo Althea—. Raisa lo debe saber. Los Bayar han bloqueado los oídos de la reina Marianna para que no pueda escuchar nuestras advertencias.

—¿Y por qué tengo que escucharos? —dijo Raisa—. Seguro que sois alucinaciones, o demonios invocados por mis enemigos. O una pesadilla.

—Debes escucharnos —dijo la loba de ojos grises—. Tienes muchos enemigos. Si no haces algo, acabarán con la dinastía Lobo Gris.

—Es por ese motivo que regreso a casa —dijo Raisa—. Para ayudar a mi madre la reina. Hace demasiado tiempo que no sabemos nada la una de la otra.

El viento que agitaba las copas de los árboles susurró «Marianna».

Las lobas intercambiaron miradas y aullaron.

—La dinastía pende de un hilo —dijo la loba de ojos grises—. Y ese hilo eres tú, Raisa *ana*'Marianna.

Esta afirmación estaba tan cerca de sus pensamientos que Raisa se estremeció de nuevo.

—Mi madre y yo estamos en peligro —dijo Raisa—. ¿Es eso lo que me estáis diciendo?

—Ten cuidado con alguien que finge ser un amigo —le advirtió Althea—. Busca a tus enemigos cerca de casa.

—¿Por qué las profecías son siempre tan crípticas? —quiso saber Raisa—. ¿Por qué no podéis decirme llanamente lo que está pasando?

Las lobas se levantaron, como obedeciendo a una señal.

—Éste es el mensaje que te ofrecemos, Raisa *ana*'Marianna, descendiente de las reinas de los Siete Reinos —dijo Althea—. Debes luchar por el trono. Debes luchar por la dinastía Lobo Gris. No debes dejarte atrapar como lo hizo Marianna. El futuro del reino está en el filo de la navaja. —Inclinó la cabeza y se alejó trotando.

Las otras la siguieron, todas menos la loba de ojos grises. Inclinó la cabeza, mirando a Raisa pensativa, como si la estuviera evaluando. Raisa creyó advertir compasión en los ojos de la loba.

—Raisa *ana*'Marianna, mis hermanas han dicho la verdad, pero es incompleta. No cometas los errores que yo cometí. Elije bien a tus amigos. Nunca olvides que dos hilos unidos son más fuertes que un solo hilo, aunque sea el doble de grueso.

—Mi madre y yo —susurró Raisa—. ¿Es a eso a lo que te refieres?

La loba miró atrás con precaución, como si temiera que pudieran oírla sus hermanas reinas, y después se volvió hacia Raisa.

—Debes saber que a veces tienes que elegir el deber por encima del amor. No te olvides del deber. Pero elige el amor cuando puedas.

Raisa se quedó mirando a la loba.

—¿Quién eres? —susurró.

—Soy Hanalea *ana*’Maria, la que trastornó el mundo.

—Pero... —Mientras Raisa buscaba las palabras, Hanalea inclinó la cabeza y se alejó. Echó a correr, con las orejas amusgadas, la cola ondeando al viento, hasta desaparecer entre las sombras de la fronda.

Raisa abrió los ojos de nuevo. Estaba tumbada de espaldas, contemplando las copas de los árboles. El frío y la humedad se habían filtrado a través de su abrigo. Le caía la nieve de las ramas cuando el viento las agitaba.

«Marianna», susurraron.

Se sentó, con la cabeza todavía espesa por los sueños que había tenido y un nudo en el estómago por el miedo que sentía.

De modo que había sido un sueño. Pero ¿qué significaba esa visita en el crepúsculo? ¿Era acaso una pesadilla fruto de la inquietud que la embargaba? ¿Una premonición? ¿Una parábola oscura que simbolizaba algo completamente diferente?

Se decía que las reinas Lobo Gris tenían el don de la profecía, pero ella nunca lo había visto en su madre, Marianna. ¿Era así como llegaban los mensajes, a través de las lobas grises en un sueño?

O quizás era simplemente un sueño. Los vestigios y las consecuencias de un día trágico.

Si tan solo hubiera podido confiar en una tradición de la magia que parecía haber quedado en estado latente: reliquias de un pasado en que los magos se comportaban, los amuletos duraban para siempre y las reinas sabían lo que hacían.

¿Qué encontraría cuando volviera a la Marca de los Páramos? ¿Qué peligro era tan grande para que las lobas le hubieran hecho esa advertencia?

Tenía que saberlo. Y tenía que saberlo cuanto antes.

Se puso en pie. Al hacerlo, vio que la nieve de su alrededor estaba salpicada de huellas pequeñas.

Huellas de lobo.

Sangre y huesos, pensó. Se preguntó si no estaría volviéndose loca.

—Lo siento —le susurró al caballo de Gillen, que había permanecido ensillado todo el rato. Había conseguido rascarse el lomo contra un árbol, de modo que tenía la silla torcida. Lo descargó lo suficiente para poderle dar comida y agua de nuevo, después tensó la cincha y montó.

Cuando salió del estrecho y oscuro cañón, se dio cuenta de que había más luz de la que esperaba. Los últimos rayos de sol se reflejaban en la nieve, iluminando el

camino delante de ella. Miró a un lado y otro de la senda y después se encaminó hacia el norte, en dirección al Campamento de los Pinos de Marisa.

Aunque con ello perdía tiempo, Raisa desviaba al caballo del camino siempre que podía, con la esperanza de que nadie la viese desde lo alto de la montaña. Mantenía la ballesta de Gillen cargada a su lado, aunque sabía que su único tiro probablemente no la salvaría si alguien la atacaba.

Lo único que podía hacer era tirar de las riendas del caballo, aunque en realidad lo que quería era llegar cuanto antes a un lugar seguro. De vez en cuando se paraba y aguzaba el oído, pero solo percibía el movimiento de las ramas sobre su cabeza y el siseo de la nieve cayendo sobre la nieve.

Los que la estaban persiguiendo también irían con cautela, porque seguro que no querían perderla precipitándose demasiado. O quizá le habían tendido una trampa y estaban sentados como arañas, esperando a que ella cayera en su telaraña.

Hacía todo lo posible para mantenerse alerta, para no cerrarse en sus pensamientos. No podía permitirse el lujo de pensar en todas las decisiones que la habían conducido al lugar en que se encontraba, donde la vida y la muerte se entrecruzaban. Su futuro, es decir su existencia, dependía del tiempo que tardara en ir desde Delphi, por el Paso de los Pinos de Marisa, hasta el campamento.

¿Dónde se han metido los Demonai?, pensó. ¿Por qué no están vigilando este tramo del camino?

Raisa aflojó un poco las riendas cuando la luz empezó a disminuir. Tal vez ahora pudiese ir un poco más rápido, por lo menos hasta que saliera la luna. Pero la falta de luz hacía mucho más peligroso apartarse del camino. Si el caballo sufría alguna herida que le afectase a una pata, estaba perdida. De modo que decidió quedarse más tiempo en el camino y no desviarse por el bosque, de ese modo podría avanzar al trote en los lugares donde los árboles ocultaban la senda a miradas extrañas.

¿Cuántos de ellos debía de haber por allí?, se preguntaba. ¿Cuántos debían de haber muerto a manos de sus guardias? ¿Se habían dividido o continuaban juntos? ¿Seguían algunos el rastro, esperando adelantarla o interceptarla, mientras los otros permanecían escondidos a lo largo del trayecto?

Raisa examinó el camino, intentando detectar los lugares de probables emboscadas, pero la oscuridad los ocultaba igual que a ella. Más adelante, el camino se estrechaba bordeando un riachuelo helado. Podía ver huellas, prueba de que por allí habían pasado caballos desde la tormenta.

Se dijo a sí misma que el hecho de que hubieran pasado caballos por el camino no significaba que todavía estuvieran allí. Además, no había ningún otro camino. Pegada a la pared del cañón, tumbada sobre el lomo del caballo para que no se pudiera distinguir su figura, se dirigió hacia el desfiladero.

El elemento sorpresa fue lo que la salvó. Los hombres que habían esperado en el cañón durante tantas horas sin que apareciera nadie, permanecían menos alerta de lo debido.



A mitad del desfiladero, vio un destello de movimiento contra la pared opuesta del cañón. Un caballo relinchó a modo de saludo, y el de Gillen contestó.

Por todas partes las suelas de las botas de los soldados resonaban en las rocas mientras forcejeaban para recuperar sus armas, que habían dejado a un lado.

Raisa hincó los talones en los ijares del caballo y lo espoleó para que se pusiese a la carrera. Detrás de ella, alguien soltó un taco norteño. Se oyó un grito que retumbó contra la piedra.

Salieron de la boca del cañón y Raisa espoleó de nuevo a su caballo para que fuese más rápido. Cruzó volando el estrecho paso entre los árboles, arriesgando la vida en la casi absoluta oscuridad. Detrás de ella, oyó que el sonido de los cascos se convertía en un estruendo.

El caballo parecía feliz de poder correr después de una larga noche prácticamente sin moverse, y Raisa le daba rienda suelta. Los árboles se veían borrosos, el viento la golpeaba con fuerza en la cara. Sabía que se arriesgaba a caer al vacío, pero si le daban alcance moriría de todos modos.

Consideró la posibilidad de correr así todo el camino que les quedaba hasta el Campamento de los Pinos de Marisa. El caballo estaba fresco y ella pesaba muy poco en comparación con los que la perseguían. Pero no conocía el camino e ignoraba si le habían tendido más trampas. Con el estruendo de la persecución, cualquiera que estuviese más adelante los oiría desde al menos un kilómetro de distancia.

Salieron del bosque y entraron en una extensa pradera. Oyó ballestas detrás de ella, y empezó a avanzar en zigzag, muy rápidamente, una táctica que le habían enseñado los Demonai. Las flechas pasaban siseando, aunque ninguna demasiado cerca. Pero esa forma de avanzar le hacía perder tiempo, y cuando miró hacia atrás vio que sus perseguidores habían ganado terreno.

Una vez más, regresó al refugio que representaban los árboles, pero los jinetes parecían cada vez más cerca. Calculó que debían de ser unos seis.

A los lados del camino venían sendos lobos corriendo por entre los árboles, manteniendo con facilidad el mismo ritmo que ella.

¿No podéis cruzar por delante de ellos y asustar a sus caballos, o algo así?, pensó.

A su caballo le salía espuma por la boca, y había disminuido un poco la velocidad. ¿Cuánto tiempo podría continuar? Los otros caballos también tenían que estar cansados. Más que el suyo.

Se metieron entre dos rocas enormes.

¡Sangre y huesos! Al final del cañón, dos jinetes le bloqueaban el camino apuntándole con sus ballestas, sonriendo.

Raisa, desesperada, miró alrededor. Allí el cañón era muy estrecho y resultaba imposible esquivarlos. Oyó que los jinetes que venían detrás soltaban gritos de victoria al ver que estaba atrapada.

Sintió que la furia se apoderaba de ella. No eran más que unos traidores y unos cobardes; ¡ocho hombres contra una mujer!

Sacó la pesada espada de Gillen de la vaina. La extendió delante de ella como si se tratara de una pica y espoleó al caballo.

—¡Por Hanalea la Guerrera! —gritó, galopando directamente hacia los jinetes que le bloqueaban el camino. La sonrisa de sus caras fue sustituida por la sorpresa y el pánico. Cogieron las riendas de sus caballos intentando apartarlos del camino.

La punta de la espada atravesó el cuello de uno de los caballos cuando Raisa pasó por allí como un rayo. El animal relinchó, y Raisa le sacó la espada inmediatamente para evitar caerse.

Se oyó el sonido de una ballesta muy cercana, y algo la golpeó en la espalda y la arrojó al suelo. Cayó de bruces, y el caballo se acercó a ella, como si intentase protegerla. Raisa se puso de pie con enorme esfuerzo, tratando de ignorar el dolor punzante que sentía en la espalda y el entumecimiento y el hormigueo del brazo izquierdo.

Los otros asesinos estaban agrupados detrás de los dos que se habían interpuesto en su camino, pero en cualquier momento los tendría a todos encima. Raisa alcanzó el borrén de la silla e intentó volver a montar, pero advirtió que el brazo izquierdo le había quedado inútil y el dolor era demasiado intenso para hacer tanta fuerza. Entonces, cogió la ballesta y corrió entre las rocas hasta un extremo del cañón. Comenzó a subir, respirando con dificultad y con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Cada vez que se estiraba, se movía o se agarraba en algún sitio, la flecha de la espalda se desplazaba y la herida le dolía hasta el punto de producirle náuseas.

No hacía otra cosa que posponer lo inevitable, pero estaba demasiado airada para importarle. Era inaceptable que los traidores que habían matado a Edon Byrne acabaran también con su vida cuando ya estaba tan cerca de su destino. La única manera de vengar su muerte era sobreviviendo, pero ahora eso parecía cada vez más improbable.

Subió hasta que ya no pudo más, y después se introdujo en una grieta. Se puso la ballesta cerca del lado derecho, el puñal de Nuestra Señora a la izquierda. ¿Sabían que estaba herida? Tal vez no.

Notaba cómo le bajaba la sangre desde el punto de entrada de la flecha, debajo del omóplato izquierdo. De forma extraña, el dolor de la espalda le estaba disminuyendo, y era sustituido por un entumecimiento difuso. ¿Le habría dañado algún nervio, la flecha?

Oyó a alguien que gritaba desde abajo, alguien a quien no podía ver.

—No lo alarguemos más. No conseguirás escapar sin caballo. Es mejor que te rindas ahora y no te haremos daño. Si te resistes, no te puedo garantizar nada.

Perfecto, pensó Raisa. Por supuesto tenemos nuestros defectos, pero la estupidez no encaja en la dinastía Lobo Gris. Raisa no dijo nada.

Después de un rato, oyó a un oficial que daba órdenes. Los hombres se esparcieron por el cañón. Oía el estrépito de las rocas, a los hombres maldiciendo, el sonido de sus pasos subiendo a su alrededor.

Después, al otro lado del cañón, uno de los soldados se hizo visible al subir sobre una pequeña cornisa. Se enderezó y miró a su alrededor. Cuando vio a Raisa, sonrió, señalándola con un dedo.

—¡Merkle! —gritó, mirando atrás, por donde había subido—. ¡Aquí arriba! Es...

Raisa levantó la ballesta y le disparó en medio del pecho, tal como le habían enseñado. El soldado se tambaleó hacia atrás y desapareció de la vista. Raisa oyó que los otros gritaban cuando el soldado cayó al suelo.

Bueno, esto por lo menos los retrasará un poco, pensó. Se notaba rara, los pensamientos se le enredaban e iban lentos. Se notaba los labios y la lengua entumecidos, y ya no se sentía los dedos de la mano izquierda.

Parpadeó ante una imagen doble, y entonces se dio cuenta. Veneno. La punta de la flecha estaba llena de veneno.

Ocho contra uno no es suficiente, pensó. No. Han tenido que usar veneno. Se acabaron los conceptos de juego limpio. Si es que quedaba alguno.

Su obstinada confianza se evaporó. ¿Cómo podía luchar contra el veneno? Seguro que era a base de plantas, hecho por los clanes. Los clanes elaboraban algunos venenos extraordinarios.

Al principio sangraba mucho, pero ahora no notaba que le bajara sangre por la espalda. ¿Esto era bueno o malo? ¿Si seguía sangrando, podía ser que le saliera algo de veneno?

Sin duda alguna, era un veneno potente. Tenía la visión borrosa y ondulada, y los músculos se le contraían involuntariamente. Las rocas a su alrededor se estremecían y temblaban. Los lobos se movían como sombras a través de la oscuridad, aullando, presionando sus cuerpos calientes contra ella como si de algún modo pudieran mantenerla en este mundo.

Sólo le cabía esperar que estuviera muerta antes de que la encontraran.

Entonces oyó movimientos abajo, hombres que gritaban. ¿Qué estaba pasando?

Pasó el tiempo, aunque en su estado de confusión no estaba segura de cuánto. Pensó que ya podrían haberla encontrado. Pero ahora el cañón estaba en silencio.

Tocó el puñal de Nuestra Señora. Cuando alguien se acerque, se lo clavas. Cuando alguien se acerque, se lo clavas. Raisa no paraba de repetírselo para que no se le olvidara.

Amon siempre decía que este era el objetivo de la práctica de las armas: entrenar los músculos y los nervios para que, en una lucha, hicieran lo que se suponía que tenían que hacer sin tenerlo que pensar conscientemente.

Oyó la voz de Amon, floja y desesperada, dentro de su cabeza. No te mueras. No te mueras, Rai. Mantente viva. Mantente viva. Mantente viva.

Su mano se agitaba en vano. Lo siento. Lo siento. He hecho todo lo posible.

Sobre todo, lamentaba su separación con Han. Había tantas cosas que quería decirle, que quería confesarle. Habría querido crear entre ellos una verdad que sustituyera a las mentiras. Ahora probablemente él no sabría nunca lo que le había

pasado. Ni lo que ella sentía realmente por él. Ni quién era en realidad.

Intentaba concentrarse en la cara de Han, mantenerla en su mente, con aquellos ojos azules y brillantes debajo de unas cejas bien dibujadas, la nariz curiosamente aristocrática, la pálida cicatriz que le bajaba por una de las mejillas.

Unos pequeños guijarros cayeron en cascada por un lado de la grieta, golpeando contra la roca. Alguien se acercaba desde la parte de arriba. Reunió fuerzas y cerró la mano alrededor de su puñal.

## Una caza interrumpida

A veces, el descenso cuesta más que la escalada. *Ragger* quería moverse más rápido en la parte descendente del paso, pero no era una buena idea, teniendo en cuenta que la acumulación de nieve ocultaba las imperfecciones del camino, que podían ser desde pequeños barrancos hasta grandes rocas.

La nieve del camino continuaba siendo pisada. Aparentemente, los jinetes viajaban a una velocidad vertiginosa. Algunos se separaban y pasaban por los bosques de alrededor, mientras que otros seguían por la senda. ¿Todavía estaban persiguiendo a alguien? ¿O se dividían para que fuera más difícil que los siguieran?

Finalmente, el camino volvió a discurrir bajo los árboles, y el viento implacable se calmó un poco. A Han esto le gustó, pero al mismo tiempo le causó aprensión. El espeso bosque de pinos le ponía nervioso.

Llegó a una pequeña loma desde donde se veían una serie de crestas que descendían hacia el Valle, como si fueran olas en un mar congelado. Pronto tendría que buscar un lugar para acampar, a pesar de su preocupación por si llegaba el mal tiempo. Las nubes se acumulaban en el norte, pero el sol todavía brillaba en el horizonte, ondeando a través de los afilados picos occidentales. Las alteraciones en el paisaje proyectaban sombras azules sobre la nieve. Ya había oscurecido en los cañones. Los abetos se habían convertido en manchas negras a la sombra de las montañas.

Han oyó el ruido de la persecución antes de ver a los cazadores. La forma de las montañas ampliaba el sonido y reverberaba de abajo hacia arriba: el ruido de los cascos contra la roca, hombres gritando, incluso el ruido de ballestas.

Debía de tratarse del grupo de jinetes cuyas huellas había seguido durante todo el día; los que habían matado al capitán Byrne y a los demás casacas azules. Sus suposiciones eran correctas: iban a la caza de alguien, y seguro que ahora habían encontrado a su presa.

¿Se trataba de un último casaca azul superviviente? ¿No podían dejarlo escapar?

Resistiéndose a su voz interior que le decía: «Esto no es asunto tuyo, Alister», Han hizo avanzar a *Ragger* hasta que pudo ver el fondo del valle. Era profundo y en forma de cuenco, y descendía hasta el lecho helado de un río. Había sufrido algún incendio en el pasado reciente, porque había relativamente pocos árboles.

Mientras observaba, un caballo surgió de entre los árboles galopando por el claro, el jinete casi horizontal en la silla. Era una mujer, a juzgar por el aspecto, vestida como los soldados que había encontrado muertos y cabalgando un caballo similar. Se agarraba al lomo como una lapa, y caballo y jinete atravesaron el claro haciendo

zigzag, para confundir a los arqueros que tenían detrás.

Entonces aparecieron seis jinetes más, a unos cien metros por detrás de la chica, ladrando como perros de caza ante el olor de la sangre. Se volvieron a oír ballestas, las flechas pasaban por encima de la chica y se estrellaban contra el suelo a su alrededor, hasta que ella y caballo desaparecieron de nuevo en el bosque por el otro extremo de la pradera.

Han se quedó mirando, paralizado, hasta que todos se perdieron bajo los árboles. Los sonidos de la persecución disminuyeron hasta que el claro se quedó otra vez en silencio y sin nadie, excepto las flechas clavadas en el suelo, negro contra nieve, como prueba de que no había sido un sueño.

*Ragger* resopló con impaciencia y sacudió la cabeza. Han le habló al caballo para calmarlo mientras trataba de dar sentido a todo lo que acababa de ver.

Los que habían sido perseguidos y después asesinados cabalgaban caballos militares de las tierras altas, y llevaban abrigo peludos de invierno. Parecían casacas azules sin ninguna insignia; no querían ser identificados. Los cazadores intentaban impedir que la chica llegara a los Pinos de Marisa, que se encontraba a pocos kilómetros de distancia.

Su objetivo era matar, seis hombres contra una mujer. La chica casaca azul cabalgaba como un guerrero de los clanes, pero era imposible que pudiera escapar. Era una lucha a vida o muerte que no tenía nada que ver con él.

Pensó que lo mejor era continuar adelante, agradecido de que la persecución le hubiera mantenido ocupado, mientras tomaba un camino diferente.

Pero ¿qué le había dicho a Rebecca cuando ella le preguntó qué tenía pensado hacer cuando volviera a los Páramos?

«Estoy cansado de la gente en el poder que se aprovecha de los débiles. Voy a ayudarles».

Han no conocía la historia que había detrás de lo que acababa de presenciar. Aún así, quienquiera que fuese, tenía más interés en ayudar a esa chica en una lucha desigual que en actuar falsamente ante una reina a la que odiaba.

Era como si tuviera una relación con el motivo por el cual estaba allí. Byrne era capitán de la Guardia de la Reina y padre del honesto Amon Byrne, y esa chica era todo lo que quedaba de su compañía. Y Amon Byrne había sido amigo y comandante de Rebecca.

Sin ningún plan concreto, espoleó a *Ragger* para que se pusiera en movimiento, resbalando por la ladera por el sitio más seguro. Empezó con precaución, pero al cabo de poco ya espoleaba a *Ragger* por miedo de llegar demasiado tarde.

La caza se acabó bruscamente a unos dos kilómetros más allá del camino, en un pequeño valle estrecho lleno de rocas. Han oyó voces de hombres gritando. Ató las riendas de *Ragger* en un laurel, desmontó y cogió su arco y un fajo de flechas. Trepó por uno de los lados del cañón, sobre hielo y roca, y después siguió adelante hasta que pudo ver el fondo del barranco, entrecerrando los ojos para aprovechar al

máximo la luz que se iba debilitando.

A un lado había el caballo sin jinete de la fugitiva, con la cabeza agachada, los flancos subiendo y bajando, desprendiendo vapor del cuerpo en medio del aire helado. Al principio Han pensó que había llegado tarde, que ya habían capturado a la chica. Pero los cazadores desmontaron frenéticos, cargaron las ballestas y desenvainaron las espadas. Al parecer habían acorralado a su presa. Tal vez el caballo había tropezado y ella se había caído.

O tal vez le habían preparado una emboscada. Han ahora contaba por lo menos a ocho hombres en el cañón.

Uno de ellos levantó el puño, señalando a los otros que esperaran. Ahuecó las manos alrededor de su boca y gritó hacia el fondo oscuro de la cañada.

—No lo alarguemos más. No conseguirás escapar sin caballo. Es mejor que te rindas ahora y no te haremos daño. Si te resistes, no te puedo garantizar nada.

¡Ja!, pensó Han. La chica había visto lo que les había pasado a sus amigos. Sería tonta si aceptaba esta oferta.

Los hombres esperaron. No se oyó ninguna respuesta, excepto el roce de las hojas con el viento. El que había hablado se encogió de hombros y asintió a sus compañeros. Todos avanzaron hacia los bloques de roca que había al final del barranco, cortando la maleza con sus espadas. Miraban dentro de las grietas y detrás de las rocas, vadeaban montones de nieve acumulada que les llegaban a la cintura, y se iban abriendo camino por las paredes del cañón.

De pronto, un soldado subido en uno de los rellanos del otro lado del cañón en el que estaba Han gritó algo, después se tambaleó, tropezó y se cayó, gritando, agitando los brazos desesperadamente. Aterrizó de espaldas sobre una roca del cañón. Uno de sus compañeros se acercó al lugar.

—¡Cabo Merkle! —gritó, con indignación—. Esta maldita bruja le ha tirado una flecha a Jarvit.

¿Cabo?, pensó Han. O sea que son militares, tal como me imaginaba. ¿Por qué querrían atacar a la compañía de Byrne? ¿No deberían ser del mismo bando?

Entonces los cazadores parecían más una presa que cazadores. Murmuraban, movían la cabeza de un lado a otro, examinaban las paredes de roca del cañón y se apiñaban para ofrecer un blanco más pequeño. Parecían más que dispuestos a permitir que cualquier otro se llevara la gloria de haber descubierto a la arquera escondida.

Merkle maldijo y con un dedo señaló la parte posterior del cañón.

—La flecha ha salido de algún lugar de por allí —gruñó—. Se trata solo de una chica, ¡atajo de cobardes!

—Pero ya ha matado al teniente Gillen —se quejó un compañero de Merkle—. Yo solo digo que es más peligrosa de lo que crees.

Han levantó la cabeza con sorpresa. ¿Gillen? ¿Mac Gillen? Si la chica había matado a Gillen, se trataba de una obra digna de recompensa. Un enemigo de Mac Gillen es un amigo mío.

Los soldados se pusieron de pie, todavía gruñendo, sin parar de mirar hacia la pared del cañón donde la chica debía de estar escondida. No parecían muy entusiasmados con este trabajo.

—Tú mataste al capitán Byrne, ¿no? —gruñó Merkle—. Estás demasiado comprometido como para echarte atrás ahora. Si ella se escapa, tendrás muchos problemas.

Mirando con recelo a su cabo, los soldados reiniciaron su búsqueda, aunque esta vez con más precaución.

De modo que era verdad. Gillen y un grupo de renegados habían asesinado a su comandante y a todos los que viajaban con él. Probablemente, Byrne era el auténtico objetivo, y ahora querían acabar con el trabajo para que nadie se fuera de la lengua.

Han tomó una decisión.

Rodeó el borde del cañón y tomó una posición opuesta al rincón donde la chica debía de estar escondida, más cercana al cabo Merkle.

No necesitaría la magia para este trabajo.

Han puso una flecha en el arco, la tensó hasta detrás de su oreja y la lanzó. A tan poca distancia, la flecha hizo dar media vuelta a Merkle antes de caer boca abajo sobre la nieve.

Han ya se había desplazado antes de que el oficial cayera al suelo. Los hombres de la parte de abajo empezaron a gritar, haciendo eco entre las rocas. Si conseguía sacar a esos bastardos de allí, tal vez la chica encontraría una manera de salir del cañón y escaparse. Con la pérdida de Merkle, esos hombres del cañón no sabían organizar ni una persecución ni una retirada. Se juntaron, blandiendo las armas y lanzando algunas flechas hacia la posición anterior de Han.

Han eligió otro objetivo y lanzó. Corrió un trozo más allá y volvió a lanzar. Dos de dos. Siguió un momento de confusión. Los tres hombres restantes se apresuraron hacia sus caballos, mientras el cuarto caía al suelo con una flecha en el ojo. Han disparó a los últimos tres en diferentes momentos mientras montaban en sus caballos.

—Supongo que no estáis acostumbrados a los objetivos que os devuelven los disparos —dijo Han. Esperó unos instantes para asegurarse de que no hubiera nadie que le hubiese pasado por alto. Uno de los soldados heridos se puso de rodillas y se arrastró penosamente hacia un caballo que había allí cerca. La flecha de Han se había clavado justo debajo de la caja torácica del casaca azul, e iba dejando un reguero de sangre sobre la nieve a medida que avanzaba, con una mano extendida a modo de súplica. El caballo se puso de pie, moviendo la cabeza y observando con cautela al hombre herido que se le acercaba.

Han ensartó otra flecha, pero sin dispararla, y empezó a descender hacia donde estaba el hombre, saltando de rellano en rellano hasta que se encontró a unos diez metros de distancia. Se colocó bien, tensó la cuerda y disparó.

El soldado jadeó delante del caballo, el cual estiró la cabeza hacia él resoplando ruidosamente. El soldado se lanzó hacia delante, se agarró al estribo y empezó a



arrastrar los pies con mucha dificultad.

La flecha de Han le había entrado limpiamente por la parte posterior del cuello, y el hombre murió sin hacer ningún otro sonido.

Han se colgó el arco en bandolera y se dirigió hacia donde creía que la chica estaba escondida.

—¡Eh, ahí arriba! ¿Estás bien? —gritó.

Ninguna respuesta.

—Ya se han ido —dijo. Examinó el cañón, tratando de localizarla en algún rellano de más abajo—. Ya no corres peligro. Yo... ah... los he ahuyentado.

Todavía ninguna respuesta. Aunque, ¿por qué debería confiar en él, esta chica?

Insultándose a sí mismo, se dejó caer en el borde del cañón y se deslizó ladera abajo, cogiéndose al enebro para hacer más lento el descenso, de modo que se despellejó todos los dedos. En un rellano estrecho, a unos dos metros de la base del cañón, descubrió un gran charco de sangre de color rojo púrpura sobre la nieve. Ya se estaban cristalizando los bordes. Al lado del charco había el extremo emplumado de una flecha de ballesta. Debía haberla roto.

No.

—¿Dónde estás? Sé que estás herida. Por favor. Déjame ayudarte.

Han se puso de rodillas y examinó el suelo. Un reguero de gotas carmesí le condujo de nuevo entre la maleza.

—Vengo hacia aquí —gritó—. No me dispaes.

Se descolgó el arco de la espalda y lo preparó. Cautelosamente, apartó las ramas y avanzó a gatas encendiendo una luz de mago en sus dedos para poder ver el camino.

La chica se encontraba en una grieta de la roca, con las rodillas dobladas debajo del mentón, una daga descansando sobre las rodillas y la ballesta rota a su lado. Estaba completamente inmóvil, apenas respiraba, como un animal asustado. Si la luz de sus dedos no se hubiera reflejado en la hoja de la daga, quizá no la habría visto. Pero cuando se acercó un poco más, la chica empezó a blandir el puñal.

—No te acerques —susurró—. Déjame en paz. Te lo advierto. —Tragó saliva, se lamió los labios y levantó la barbilla con obstinación—. Acércate más y te corto el cuello.

Era Rebecca Morley.

—¿Rebecca? —susurró Han, sorprendido y aliviado pero lleno de consternación. Se sentó sobre sus talones, con la mente agitada. Se fijó en el puñal. Su diseño era igual que el de la espada que le había cogido al capitán Byrne. Probablemente este puñal también le pertenecía a él.

¿Por qué iba con el capitán Byrne? ¿Cómo se habían encontrado? ¿Era posible que los casacas azules de Byrne fueran los «vagabundos» que Simon vio en Vado de Fetters? Pero ¿qué estaban haciendo allí?

—Rebecca —dijo Han. Se inclinó hacia delante, extendiendo su mano, y ella volvió a levantar el puñal, mirando con los ojos fuera de sus órbitas—. ¿No me

conoces? Soy Han.

Han se dio cuenta de que no tenía aspecto de héroe. Después de semanas de viaje, iba sucio y barbudo y estaba más delgado. También sabía que ella estaba desorientada, y probablemente él era la última persona a quien se esperaba encontrar allí.

Pero todavía era reconocible, ¿no? Al fin y al cabo, él la había reconocido a ella.

—No pasa nada —susurró, en un tono poco convincente incluso para él—. No te voy a hacer daño.

Ella hizo un gesto de desdén con una mano para indicarle que no le creía. Se encontraba mal. La nieve a su alrededor estaba salpicada de sangre. Tenía un lado de la cara morada, como si la hubieran golpeado. Del otro lado estaba pálida. Llevaba el pelo más corto de lo que él recordaba; se lo había cortado desde la última vez que la vio.

Sus ojos verdes estaban nublados y confusos, y la mano con la que sostenía el puñal le temblaba.

—¿Qué te han hecho? —murmuró Han, conteniéndose la náusea y la rabia. Al fin y al cabo, era una sangre azul. Se suponía que esto no funcionaba así.

La cabeza le iba a toda velocidad. ¿Se había escapado de los Bayar? ¿Los Byrne la habían rescatado? ¿Estaba Amon Byrne entre los muertos de la cabaña de Way Camp y no se había dado cuenta? ¿O el cabo Byrne estaba por algún lugar de las montañas, muerto o herido?

Pero Byrne había dicho que viajaba directo hacia el norte, y que entraría a los Páramos por la Puerta del Oeste.

¿Era posible que Micah Bayar llegara hasta este extremo para vengarse de Han? ¿Serían capaces de enviar a una tríada de casacas azules para asesinar a una chica? ¿O, tal como él había supuesto, el auténtico objetivo era el capitán Byrne, y Rebecca simplemente estaba allí por casualidad?

¿Dónde había aprendido a cabalgar de esa forma? Sin duda alguna, no en un año escaso en Vado de Oden.

Con tantas piezas sueltas, era imposible componer el puzle.

Respiró hondo, se inclinó hacia delante, mirándola a los ojos y diciéndole palabras para calmarla. «¿Qué te pasa, Rebecca? Siempre parece que estás blandiendo un cuchillo delante de mí. ¿Te sientes mejor con un cuchillo?», y cosas así. Ella entrecerró los ojos, frunciendo el cejo como si Han le estuviera hablando en otra lengua.

Han tenía las manos rápidas. En un momento ya le había quitado el puñal. Se lo puso en su cinturón, mientras ella se esforzaba para quitárselo, diciéndole de todo.

—No te preocupes —dijo Han—. No lo voy a perder. Lo tengo aquí.

La sacó de la grieta y la levantó en brazos, sujetándole las manos para evitar que pudiera llegar al puñal o le arañara la cara.

Ella se estremeció al notar su tacto y abrió los ojos, trastornada. Hubo otro

momento de lucha, pero al final ella se quedó quieta, con la mirada fija en la cara de Han, temblando como un animal en una trampa.

—Soy mago, ¿recuerdas? —dijo Han, avanzando con precaución—. ¿Recuerdas cuando me decías cosas de los besos de mago? Los besos de mago chisporrotean, decías. Pero no está tan mal cuando te acostumbras.

No obtuvo respuesta, aunque tampoco la esperaba. Siguió hablándole sin parar, porque era la única manera que se le ocurría para mantenerla en el mundo.

—Vamos a ver a *Ragger*. Tengo algunas provisiones en las alforjas. Intentaremos descubrir de dónde sale toda esta sangre.

No pesaba nada, pero aún así era difícil bajar la ladera de noche, por entre los bloques de roca y las repisas, con Rebecca en brazos, y con miedo a caer y causarle aún más daño. Cuando respiraba le salían silbidos, y Han sabía que la estaba lastimando. En un momento determinado ella empezó a forcejear, y Han hizo todo lo posible para no caer hacia delante y bajar tambaleando hasta abajo.

Cuando llegaron a la base del cañón, silbó para que viniera *Ragger*. Quedó asombrado al ver que el caballo se acercaba, aunque resopló al ver tanta sangre y cadáveres esparcidos por el suelo.

Con una mano, Han desató su manta y la extendió en un rincón al lado de la pared del cañón donde el viento se había llevado la nieve. Tumbó a Rebecca encima de la manta y le quitó la capa. Para entonces, a pesar de su forcejeo, se había quedado inconsciente, con las pestañas oscuras sobre la piel pálida. Tan pálida, que Han le puso los dedos en el cuello para buscarle el pulso y asegurarse de que todavía estaba viva.

Mientras tanto, no dejaba de dar vueltas a sus preocupaciones. Para empezar, no sabía cuántos asesinos había, ni si en cualquier momento se podían presentar más. Pero lo que más le preocupaba era que Rebecca se desangrara antes de poder llegar a los Pinos de Marisa.

Usando el puñal de Rebecca, le cortó la camisa ensangrentada. La sujetó con un brazo y la miró. La rosa tatuada bajo la clavícula se veía de un color rojo vivo contra la piel pálida.

Le habían clavado una flecha bajo el omóplato izquierdo. Seguro que esto la hizo caer del caballo. Había podido sacarse el eje de la flecha, pero la punta todavía la tenía hundida.

La herida había dejado de sangrar. La carne alrededor de la flecha se había hinchado y estaba a punto de cerrarse. Probablemente estaba sangrando por dentro. Puso la oreja sobre su pecho, notando su piel suave rozándole la mejilla. La respiración parecía normal, o por lo menos no era burbujeante, y no había indicios de que entrara aire por la herida. De modo que tal vez el pulmón se había salvado. No había sangrado mucho. Por el aspecto de la herida, parecía que podría sobrevivir, si conseguía llevarla a un sanador.

Pero había algo que no encajaba. Parecía trastornada y confusa, como si la herida

se le estuviera infectando. ¿Podía estar en estado de shock por la pérdida de sangre? Al fin y al cabo, era una chica menuda.

Examinó la carne de alrededor de la flecha, presionando con los dedos contra la herida. Rebecca gimió y trató de apartarse. Han cogió su amuleto y envió un susurro de energía, explorando. Desapareció inmediatamente. Lo probó de nuevo, y pasó lo mismo. Lo probó una tercera vez, y la energía pasó por entre sus dedos como el humo en medio de un fuerte viento.

¿Qué demonios...? Era como si alguien estuviera absorbiendo la energía antes de que pudiera hacerle efecto. Pero él no había notado nunca nada mágico en Rebecca.

Esto le recordó las pulseras de plata que llevaba puestas hasta que Elena *Cennestre* se las quitó ocho meses atrás. Los clanes se las habían puesto alrededor de las muñecas cuando apenas era un bebé. Eran como unas esposas mágicas. Le suprimían su magia y evitaban que otros pudieran utilizar su magia contra él.

Varias veces, los hechiceros habían intentado maldecirlo o hechizarlo, y las pulseras habían absorbido la energía. Como ahora.

Nunca había probado de hechizar a Rebecca, excepto alguna pequeña fuga mágica, pero...

Frenéticamente, Han empezó a buscar algo —un amuleto, una pieza simbólica—, cualquier cosa que pudiera estar interfiriendo en la magia. Le cogió la mano derecha y se dio cuenta de que el anillo de oro con lobos grabados de su dedo índice estaba quemando.

—Mmm —hizo Han, examinando el anillo. Era igual que el del capitán Byrne, el que había guardado en su bolsa. Y el mismo que probablemente todavía llevaba puesto el cabo Byrne.

Seguro que los habían hecho los clanes, si eran mágicos.

—¿De dónde has sacado esto? —susurró. Apretando los dientes con fuerza para soportar el calor, Han tiró del anillo y finalmente consiguió sacárselo del dedo—. Perdona —dijo. Cuidadosamente, lo guardó en su bolsa junto con el de Byrne—. Te lo devolveré, te lo prometo —dijo.

Presionó una vez más la herida con los dedos, enviando energía, un diagnóstico que había aprendido en la clase de curación del maestro Leontus. En toda la zona alrededor de la flecha había una frialdad poco natural, y se estaba extendiendo. Era demasiado pronto para que hubiera infección. Además, la infección producía calor, ¿no?

Veneno. Probablemente elaborado por los clanes. Se podía encontrar fácilmente en los mercados y a través de los comerciantes de los clanes.

Han empezó a maldecir. Se sentía engañado, como si todo lo que había hecho no hubiera servido de nada.

Suerte que Rebecca había expulsado un poco al sangrar, porque si no, ahora ya estaría muerta. Si Merkle y sus compinches hubieran sabido que estaba herida, se hubieran podido marchar y dejarla morir sin tener que preocuparse de nada.

Han tenía una cosa clara: él no podía hacer nada por ella. Tenía el don, pero no era sanador. Tenía que llevarla a manos más competentes, y rápido. Eso quería decir que tenía que llegar a los Pinos de Marisa, y esperar a que Willo estuviera allí. Si no estaba, Rebecca moriría.

De todos modos, probablemente moriría.

Cogió una camisa de lana que tenía en su alforja y se la puso por la cabeza, sin molestarse a pasarle los brazos por las mangas. Le iba grande, le llegaba hasta las rodillas, pero por lo menos le daría calor.

Pensó en la posibilidad de construir una litera, pero sabía que esto le tomaría demasiado tiempo. Tendrían que cabalgar juntos. El viaje sería duro para ella, tal vez fatal, pero no tenían otra opción. La bilis le subió a la garganta, y se la tragó.

No podía perderla. Se negaba completamente. Rezó a la Hacedora. Por favor, deja que algo funcione por una vez. Déjame salvar a alguien antes de que la guerra comience.

Se le ocurrió que tal vez sus oraciones eran como maldiciones, y que simplemente llamaban la atención de los dioses vengativos.

A pesar de la urgencia, se tomó su tiempo para atar el caballo de Rebecca con el de uno de los asesinos. Los caballos eran pistas: pruebas del delito que había cometido. Dejó a un lado la idea de que Rebecca no podría contar lo que había pasado porque estaría muerta.

Tuvo suerte de que Rebecca pesara tan poco, porque de lo contrario no habría podido montar sobre *Ragger* con ella colgando del hombro. Una vez sentado, se las apañó para que Rebecca se sentara a horcajadas, apoyando la espalda contra él, con la cabeza bajo su mentón. Han le pasó un brazo por la cintura para evitar que se cayera de la silla. Tenía el arco colgado en la bota a la altura de la rodilla, aunque no le serviría de mucho cabalgando dos y en esas condiciones. Si alguien les atacaba, estaría indefenso. Tocó su amuleto, para tranquilizarse.

Tenía la esperanza de que el calor de su cuerpo fuera de alguna ayuda. Tenía la esperanza de que Willo estuviera en los Pinos de Marisa y no de visita en algún otro campamento. Tenía la esperanza de que no se cruzaran con más asesinos por el camino.

Tenía la esperanza de no tener que presenciar la muerte de Rebecca Morley.

## El príncipe de la curación

Había oscurecido completamente. Los pájaros habían dejado de cantar sus vísperas y pasarían horas hasta que la luna saliera detrás de una capa de nubes. Había un silencio absoluto, como si el mundo se estuviera aguantando la respiración, esperando ver cómo acababa todo. El único ruido que se oía era el crujido de los cascos de *Ragger* sobre la nieve.

Han tenía ganas de hincar los talones en los ijares de *Ragger* y salir galopando para llegar al Campamento de los Pinos de Marisa a toda prisa.

Había muy pocas posibilidades de conseguirlo, tenían las de perder. Si iban demasiado despacio, Rebecca moriría. Si iban demasiado rápido y *Ragger* se rompía una pata, Rebecca moriría. Si se encontraban con más asesinos, Rebecca moriría.

Rebecca estaba bastante tranquila en sus brazos, solo gemía cuando él le daba un empujón para despertarla, pero aparte de esto, no mostraba signos de conciencia. Han notaba que ella se alejaba cada vez más, refugiándose por culpa del veneno en algún santuario interior del que tal vez no regresaría jamás.

Han se esforzaba para recordar las clases de curación del maestro Leontus, las recitaciones que le provocaban tanto sueño. Yo no voy a necesitar nunca esto, pensaba Han. A mí me están entrenando para matar gente, no para sanarla. Creía que las personas a las que quería sanar ya estaban muertas, y por lo tanto esas clases no le hacían falta.

Estaba equivocado.

Han se concentró. Empezaron a venirle fragmentos a la cabeza. Leontus caminando de un lado al otro del aula, con la nuez del cuello moviéndose continuamente mientras intentaba convencer a su escéptico público de estudiantes de que considerara la curación como una vocación.

«Los sanadores con el don asumen las enfermedades y las heridas de sus pacientes. Esto implica un dolor considerable, sufrimiento y un desgaste de energía.

»Los sanadores buscan la discordancia en el cuerpo de sus pacientes. Crean orden a partir del caos, protegen el cuerpo y el espíritu de las toxinas.

»Es importante que los sanadores establezcan unos límites durante el proceso de curación. No seréis de ninguna ayuda a vuestros pacientes si sucumbís.

»Los sanadores son maestros y terapeutas. Enseñan a sus pacientes a luchar.

»Los sanadores son más valientes que el guerrero más valiente, porque se hacen vulnerables a sí mismos. Abren canales entre ellos y los pacientes a los que tratan».

Leontus era un fanático que predicaba a los inconversos, y los estudiantes se reían de él cada vez que les daba la espalda.

Han recordaba solo algunos hechizos de forma incompleta, tanto para ayudar al paciente como para proteger al sanador. Los pronunció en voz alta, con la esperanza de que así los recordara por completo.

Rebecca se puso rígida, y después una convulsión le recorrió el cuerpo y se puso a temblar. Han volvió a presionar la herida con los dedos, enviando energía. Tenía toda esa zona del cuerpo helada.

El veneno estaba haciendo su efecto. Han sabía que no llegaría a los Pinos de Marisa.

*Ragger* se tambaleó hacia delante respondiendo a la repentina presión de las rodillas de Han contra sus flancos. Diciéndole palabras tranquilizadoras al caballo, abrió su abrigo y su camisa, ignorando el frío que hacía porque la temperatura estaba bajando en picado. Después levantó la camisa de lana que le había puesto a Rebecca y la recostó contra su pecho desnudo, envolviéndola después con su abrigo para mantener el calor.

Cogió su amuleto y susurró el hechizo inicial de la curación. Después, cautelosamente, se acercó a ella con su mente. Por lo que recordaba, así era como se obtenían los pensamientos de los demás con un propósito.

Había participado sin ganas en los ejercicios de clase. Sabía que se emparejaban y...

Se abrió el canal, y pasó a través de él. Rebecca tenía frío, mucho frío. La herida envenenada era como una ventana abierta que le sacaba el calor y la vida del cuerpo.

Los sanadores hablaban al paciente para convencerle de que tenía que luchar. Temblando, hurgó un poco más, abriéndose camino hacia la chispa de vida que ardía en su interior.

Vamos, Rebecca. Lucha. No te dejes ganar por ellos. Quédate conmigo. No te rindas. No les dejes ganar.

Era como si hubiera entrado en una cueva helada sin un mapa, chocando con recuerdos y emociones en medio de la oscuridad. Las imágenes se deslizaban por su mente, imágenes de una vida diferente, la mayor parte de la cual no tenía sentido para él. Una gran extensión de agua, un océano que nunca había visto. Un par de zapatos de baile rojos. Opulentos interiores de palacio. Un collar de esmeraldas en forma de serpiente. Una vista de la Marca de los Páramos de noche a través de un muro de cristal, con las farolas de los magos encendiéndose en la calle.

Y la gente: Amon Byrne con un elegante uniforme, en posición de firmes en una entrada. Averill Lightfoot Demonai, con su rostro suavizado por el afecto que sentía por alguien.

¿Lord Demonai? ¿Rebecca conoce a lord Demonai?

Bueno, al fin y al cabo, lleva la sangre de los clanes.

Una elegante mujer rubia acunando a un bebé recién nacido, cantando una canción de cuna con una voz alta y clara. Micah Bayar, vestido de blanco y negro, con sus ojos negros brillando de lujuria y triunfo.

No. Han volvió la cabeza y se vio a sí mismo, en la habitación de la Tortuga en Vado de Oden, con la caja de música que le había regalado a Rebecca. Y ahora, ahí estaba él, muy cerca, inclinándose para darle un beso, con sus ojos azules con matices dorados. Era una sensación peculiar experimentar aquello desde el otro lado.

Han nadaba en un mar de emociones, y se sentía culpable hasta lo más profundo de su ser. El anhelo del hogar. Una sensación dolorosa de pérdida que no era la suya. Odio y traición y miedo.

Ahora Rebecca estaba luchando, intensamente, con la poca fuerza que le quedaba. Pero estaba luchando contra él. Veía su presencia como una amenaza, no como una ayuda. Tal vez no quería que descubriera sus secretos.

—Eh, tranquila, guarda las fuerzas —susurró—. No voy a entrometerme donde no me lo permitan.

Así que concentró su atención en la herida. Tal vez existía una forma de desintoxicar el veneno, o de sacarlo de su cuerpo. Pero no sabía lo suficiente para poderlo hacer.

Bueno. Si él no podía librarla del veneno, tal vez podía mantenerlo controlado y evitar que la matara antes de llegar a los Pinos de Marisa. De modo que se concentró en ese objetivo y empezó a levantar barricadas entre el veneno y la vida de Rebecca.

Pasaron los minutos, y el veneno dejó de propagarse. Se quedó en la carne de alrededor de la herida.

Aunque no sin un coste. Rebecca estaba protegida contra el veneno, pero ahora él era vulnerable, a pesar de su estructura más corpulenta. No tardó en empezar a tambalearse sobre la silla, con la cabeza pesada, helado de frío y con náuseas. *Ragger* resoplaba y se removía, receloso de la confusión que había sobre su lomo. Si se encontraban con más asesinos, era imposible que Han pudiera organizar una defensa.

Era un extraño en territorio enemigo, y el instinto le decía que era mejor esconder su amuleto de la serpiente. Se lo metió dentro de la camisa, fuera de la vista, descansando sobre su piel. Sacó el talismán Cazador Solitario que Bailarín le había hecho, mostrándolo al exterior.

Pero deslizó su mano dentro de la camisa y cogió el amuleto que antes había pertenecido al rey Demonio.

Pasó el tiempo. Las sombras de los árboles se acortaron, después se alargaron de nuevo. Llegó la nieve, caía suavemente a su alrededor, cubriéndolo todo de blanco. Han se bebió el agua que le quedaba. Las últimas gotas le quemaron la garganta como si fueran llamas. Lo caliente era frío y lo frío era caliente, por lo visto un efecto secundario del veneno.

Mantecía una mano en el amuleto de la serpiente, la otra sujetando a Rebecca. El amuleto le quemaba y le helaba la mano. La energía fluía del amuleto, entraba a través de Han y llegaba a Rebecca. Antes Han estaba caliente y Rebecca fría, y ahora era al revés. Ella ardía contra la piel helada del pecho de Han. *Ragger* eligió su camino, porque las riendas colgaban flojas del pomo de la silla.



Han oyó una voz familiar dentro de su cabeza, persistente, implacable, insistente.

«Alister. ¿Qué estás haciendo? ¡Para! Deja a la chica que se vaya. Lo estropearás todo. Te estás matando a ti mismo. Después de todo el tiempo que he invertido en ti, no puedes destruirte de este modo».

Cállate Cuervo, pensó Han. Ya sé lo que me hago.

Entonces apareció otra voz. Parecía la del cabo Byrne. «Mantente viva, Rai. Mantente viva. Mantente viva hasta que llegue yo. No te rindas».

¿Rai?

Ahora Han veía visiones, de modo que tal vez lo que oía también lo fueran. El paisaje parpadeó y se alargó en su visión periférica. Lobos. Lobos grises a cada lado, serpenteando a través de cortinas de nieve. Los lobos se convirtieron en elegantes damas de sangre azul, con sus faldas arrastrándose sobre la nieve. Después volvieron a convertirse en lobos. Intentó ignorarlos, fingir que no estaban. Pero parecía como si les estuvieran ayudando, manteniéndolos en movimiento en la dirección correcta. Una escolta con clase a través de la nieve cegadora.

Pensó un plan. Repetiría las cosas tal como lo haría un niño para aprenderse la lección. Si lo repetía suficientes veces, si lo grababa en su mente, podría recordarlo aunque no tuviera la mente clara. El más mínimo retraso sería fatal para Rebecca.

Encontrar a Willo Watersong. Necesitamos a Willo. La chica está envenenada.

Se quedó mirando fijamente la nieve, pensando que le refrescaría la garganta, pero no sabía cómo alcanzarla.

Devino extrañamente consciente de su respiración, se concentró en ella, convencido de que si no se acordaba de respirar sencillamente dejaría de hacerlo.

Respirar.

Echó la cabeza atrás y los copos de nieve chisporrotearon en la lengua como si fueran chispas. A su alrededor el bosque parecía temblar, y los colores se mezclaban como la pintura en un lienzo. O como fuegos artificiales. Recordó algo de unos fuegos artificiales, tejados y esperanzas.

Las hojas brillaban a la luz del sol.

Luz del sol. Ya era de día. Había dejado de nevar. ¿O se trataba simplemente de otra alucinación?

Respirar.

Con una extraña claridad, se dio cuenta de que la nieve fresca del suelo había sido pisoteada por varios caballos. Columnas de vapor se levantaban a su alrededor, y el hedor de azufre y de humo de madera se introdujo en su mente nublada. No conseguía recordar por qué eso era importante.

Bajó la vista y vio con sorpresa que tenía a una chica en sus brazos, con el pelo negro que le caía sobre los hombros, las mejillas rosadas del frío, la boca entreabierta mientras dormía. La miró. ¿Cómo se llamaba?

Le rozó la mejilla con un dedo tembloroso. Tenía la cara amoratada y negra donde alguien la había golpeado, pero estaba viva. Lanzó un profundo suspiro de alivio y las

lágrimas empezaron a bajarle por las mejillas. Debió de haberse dormido y soñado que estaba muerta.

Estaba tan concentrado pensando en ese misterio que quedó sorprendido cuando *Ragger* se paró de repente. Alzó la cabeza y vio que en medio del camino había un niño con polainas de piel de ciervo y una túnica. Parpadeó, y entonces vio a dos niños. No, cuatro.

—¡Está herido! —dijo uno, en la lengua de los clanes.

—¡Y ella también!

—¿Quiénes son?

Oyó ladridos de perros y más voces. Tuvo un vahído, y después oyó las voces de una multitud.

—Willo —susurró—. Necesitamos a Willo.

Entonces tres guerreros *Demonai* se interpusieron en el camino entre Han y el grupo de niños y perros. Iban armados con arcos, con las flechas ajustadas, pero apuntando al suelo, e iban vestidos con la ropa de camuflaje de los *Demonai*. El guerrero más alto se le acercó, cogió la brida de *Ragger*, pero el caballo le enseñó los dientes y se echó atrás, casi lanzando a Han y a la chica por el suelo. El *Demonai* retrocedió rápidamente.

—Apartaos —dijo Han, con la boca y la lengua tan entumecidas que casi no se le entendía—. Fuera de mi camino.

—¿Qué le has hecho a esta chica, hechicero? —le preguntó el *Demonai*—. Deja que se vaya.

Lo que ese guerrero estaba diciendo no tenía sentido, pero Han estaba demasiado abatido para descifrarlo. Tenía un plan. Lo había ensayado todo el camino, había repetido el mensaje un montón de veces dentro de su cabeza.

—Willo —susurró—. Necesitamos a Willo. La chica está envenenada.

La cabeza de Rebecca colgó como una flor en un tallo demasiado largo, y la cara le quedó enterrada bajo el abrigo.

Los *Demonai* levantaron los arcos.

—Quita la mano de ese talismán —dijo el guerrero alto—. Deja a la chica que se vaya.

—No puedo —susurró Han—. Morirá. ¿Dónde está Willo?

Los guerreros se miraron unos a otros como si se tratara de una pregunta muy difícil.

—¿Dónde está Willo? —gritó Han, perdiendo la paciencia—. La chica se está muriendo. Decidme dónde está u os embisto con el caballo.

Los niños se fueron corriendo hacia el campamento como si los persiguieran los demonios.

—Entrégnos a la chica —dijo el guerrero alto—. Nosotros la llevaremos a Willo. Han negó con la cabeza obstinadamente. Tenía un plan, y no era este.

—¿Dónde está Willo?

Los guerreros volvieron a intercambiar miradas.

—Por aquí —dijo uno de los Demonai—. Síguenos.

Dos de ellos empezaron a caminar delante de Han, mientras que el guerrero alto se apartó a un lado, con el arco preparado en sus manos.

Han espoleó a *Ragger* para que empezara a andar. Pasaron por delante del guerrero alto. Con la rabadilla del ojo, Han vio que el guerrero levantaba el arco y apuntaba atentamente. Pero la mente nublada de Han no podía procesar la situación, no podía adivinar el significado.

—¡No! —alguien gritó—. ¡No dispires! ¡Es Caza Solo!

Han alzó la vista y vio a Willo que se acercaba corriendo, con sus mocasines apareciendo y desapareciendo de la nieve, el pelo enredándose detrás de ella. Iba vestida de color blanco: una falda larga, una túnica de piel de ciervo y sin abrigo.

Han se sentía confuso. El blanco era el color de luto en los campamentos. ¿Había muerto alguien?

La seguían una docena de niños.

A Han todo le daba vueltas, y Willo se convirtió en una mancha en movimiento. Se tambaleó, sacudió la cabeza para aclarársela, y después vio a Willo justo enfrente.

Willo cogió la brida de *Ragger*, murmurándole un saludo al caballo. En lugar de echar las orejas atrás y mostrarle sus dientes, el caballo resopló suavemente en su mano.

Willo miró a Han.

—¿Qué pasa, Caza Solo? —le preguntó—. ¿Qué os ha pasado?

Más allá, como un eco, Han oía a los niños hablando en la lengua de los clanes.

—¡Es Caza Solo!

—¿Caza Solo? Parece diferente.

—El pelo es el mismo.

—¿Qué es lo que tiene en el cuello?

—¿Está enfermo?

—¿Quién es esa chica?

Willo le puso una mano en el brazo, la energía fluyó hacia él, estabilizándole y aclarándole la cabeza lo suficiente como para poder hablar.

Han se esforzó en pronunciar las palabras a través de sus labios entumecidos.

—Esta chica está envenenada, Willo. Le han tirado una flecha con la punta llena de veneno, y tiene la punta todavía clavada.

—¿Quién lo ha hecho? —le espetó, y Han lo comprendió.

—No... no los clanes. Soldados... Soldados norteños, creo. No sé qué veneno usan.

—¿Quién es esta chica? —preguntó Willo, alargando el cuello para intentar ver la cara de Rebecca.

—Rebecca Morley. Vive en el Valle, pero lleva la sangre de los clanes. —Tal vez Willo no trataba a la gente de los llanos.

La matriarca mantenía su mano en el brazo de Han. Él tenía la sensación de que su tacto con la mano era lo único que lo mantenía en pie. Willo le miraba de manera extraña.

—¿Te han tirado una flecha a ti también?

Él negó con la cabeza.

—Yo... he tratado de salvarla. Pero no soy sanador.

—¿Has utilizado alta magia?

Han asintió.

—Lo he intentado —dijo, haciendo un gesto de desánimo con la mano—, pero no ha funcionado. Yo...

Han notó que el flujo de energía cambiaba, que le llenaba un vacío interior.

—Oh —resopló Willo, con los ojos llenos de lágrimas—. Oh, Caza Solo... —se le quebró la voz.

—Lo siento —dijo Han. Se le llenó la boca de saliva, y no había forma de podérsela tragar. Su cuerpo no seguía sus órdenes.

Respira.

—¿Me das a la chica? —le preguntó—. ¿Me lo dejas probar?

Han asintió con la cabeza, mareado de alivio.

—Por favor, Willo. Por favor. Sálvala. Da igual... lo que me pase a mí.

—Déjala —dijo Willo—. Suelta tu amuleto y déjamela a mí.

Dentro de su cabeza, Han podía oír a Cuervo susurrándole al oído. Lo ignoró. Soltó su dominio de la muerte en el amuleto.

Willo extendió los brazos y Han se inclinó hacia delante, para ofrecerle a la chica. Willo miró a Rebecca a la cara, se le escapó un grito y se quedó pálida de repente.

—¡Por la sangre de Hanalea! —susurró.

Han quedó helado de miedo. ¿Estaba muerta? ¿Rebecca había muerto? ¿Había llegado demasiado tarde, después de todo? ¿Había llevado un cadáver todo el camino hasta los Pinos de Marisa?

Willo miró a los Demonai embobados a su alrededor.

—Llevad a Caza Solo a la Casa de la Matriarca —ordenó—. Rápido. Y encontrad a Elena *Cennestre*. Necesito ayuda.

—¡Willo! —gritó Han, pero Willo ya se había marchado, caminando a grandes zancadas hacia la casa con Rebecca en sus brazos. Los arqueros cogieron a Han por los brazos, le ayudaron a bajar del caballo, y aunque Han lo intentó, no consiguió mantenerse en pie y se cayó de bruces en la oscuridad.

## Secretos revelados

Raisa se despertó con el sonido de voces de mujeres y el aroma de comida cocinándose a fuego lento. Estuvo un rato solamente escuchando y respirando, con temor a abrir los ojos. Se notaba el cuerpo muy caliente y sentía un hormigueo, como si le estuvieran clavando agujas sobre la piel. Tenía la sensación de que la sangre le volvía a circular por las manos y los pies después de haber pasado mucho frío. Oído, olfato, tacto, gusto: cada sentido era exquisitamente sensible a su entorno. Incluso la conversación en voz baja retumbaba en sus oídos.

Las mujeres hablaban el dialecto de las tierras altas. Oyó otros sonidos familiares: el zumbido de una rueca, el ruido sordo de un telar, el siseo del fuego en una chimenea. Raisa supo donde estaba antes de abrir los ojos: en una de las cabañas de los clanes de las tierras altas.

Estaba tumbada boca abajo sobre una cama de plumas, tapada con una manta ligera, cerca del fuego. Llevaba ropa holgada, una túnica blanca de lino que se abrochaba en el cuello. Un dolor sordo en la espalda le llamó la atención, como un dolor de muelas insistente. Cuidadosamente, deslizó una mano hacia el escote y exploró la zona con los dedos. Notó unas capas de vendajes.

Debía de estar en los Pinos de Marisa. ¿Cómo había llegado hasta allí? Era como abrir una página de un libro al azar, o como entrar en una escena en medio de una obra de teatro, sin saber lo que había ocurrido antes.

No importa, pensó, y cerró los ojos. A partir de ahora todo iría bien. Finalmente podía descansar después de su larga lucha para proteger su vida. Alguna otra persona asumiría la responsabilidad. Le explicaría a su madre lo que le había pasado, y Marianna y Averill harían algo al respecto. Con ese pensamiento tranquilizador, se sumió de nuevo en un sueño calmado.

Cuando despertó, ya anochecía. La luz se filtraba a través de las puertas y las ventanas, pero las farolas ya estaban encendidas en la oscuridad que iba cayendo como un manto.

Le vino a la cabeza una imagen turbadora: el capitán Byrne tendido en el camino, su sangre empapando la nieve, su espalda saeteada.

Otros recuerdos afloraron. Mac Gillen, el oficial renegado que la había capturado, en un curioso giro del destino, le había salvado la vida. Lo había matado y se había llevado su caballo. Pero los otros la esperaban en el paso y la persiguieron por la ladera hasta un cañón. Una flecha la hizo caer del caballo. Consiguió matar a uno de los asesinos, pero el veneno se esparcía por todo su cuerpo, cada vez estaba más débil, y ellos se le acercaban. Y entonces...

Cuando cerró los ojos, vio una cara que le resultaba familiar, iluminada por unas antorchas, con el dolor grabado en la expresión, los pómulos marcados, una nariz larga y recta, unos ojos azules intensos, y todo enmarcado por una cabellera rubia.

Han Alister. De alguna forma, se había inmiscuido en su pesadilla. No tenía ningún sentido. Había dejado a Han en Vado de Oden. Por lo que ella sabía, Han todavía estaba allí, convencido de que ella le había abandonado.

Raisa se estremeció. Recordó el calor de sus manos contra la fría mancha de veneno que se iba esparciendo, y la energía que le traspasó, descongelando las zonas heladas.

Forcejeó con él. Ella intentaba sumirse en el olvido, pero él la siguió, abrió una brecha en sus defensas y... ¿y qué? Se entrelazaron, se unieron como fuego y hielo, y él la resguardó de aquel frío insidioso.

Nunca se había sentido más segura, nunca se había sentido más viva que cuando se estaba muriendo en los brazos de Han Alister.

Pero había algo... algo acerca de su anillo. Han le había quitado el anillo. Levantó las manos, y el anillo de los lobos estaba justo donde tenía que estar, en el dedo índice de su mano derecha.

De modo que quizás había sido un sueño, pensó, decepcionada. Tal vez había querido morir con el rostro de Han grabado en sus retinas, y el resto habían sido alucinaciones.

Esto debería haberla reconfortado, pero lo único que sabía era que ahora se sentía vacía. Desolada. Más sola de lo que se había sentido nunca. Había algo más... algo que acechaba en el fondo de su mente. Algo que no quería recordar.

Raisa se apoyó con los codos sobre la cama, consciente de repente de que se moría de sed y de que tenía un dolor de cabeza terrible. Las mujeres al lado del fuego la debían de estar observando, porque las dos se levantaron, dejaron su costura y se acercaron para arrodillarse junto a la cama.

Una de las mujeres era su abuela, Elena Demonai, la matriarca del Campamento Demonai. La otra era Willo Watersong, sanadora y matriarca del Campamento de los Pinos de Marisa. Raisa la conocía de los renombramientos y otros días festivos de la época que había pasado con los Demonai.

Las dos mujeres iban vestidas de blanco: chales de lana blancos, camisas blancas de piel de ciervo y faldas largas. Raisa sintió un escalofrío de preocupación. El blanco era el color de luto en los clanes.

—Nieta, es un gran alivio ver que abres los ojos —dijo Elena—. Has dormido tres días seguidos.

Willo inclinó la cabeza e hizo la señal de la Hacedora.

—Rosa Silvestre, bienvenida a nuestro fuego. Por favor, comparte todo lo que tenemos. —Era el saludo de las tierras altas a los invitados.

—Tengo sed —susurró Raisa.

Willo ayudó a Raisa a sentarse, sujetándola con un brazo alrededor de los

hombros. Elena acercó una taza de agua a los labios de Raisa.

Tomó un trago largo. Le quemó los labios y la lengua y le abrasó la garganta, provocándole lágrimas en los ojos. Sacudió la cabeza, indicando que no quería más.

—¡Está demasiado caliente!

Willo y Elena intercambiaron miradas, y ambas asintieron con la cabeza.

—Es el veneno —dijo Willo—. Confunde los nervios en aquellos que sobreviven. Las cosas calientes parecen frías, y las frías calientes. Algunos dicen que es como estar ardiendo.

—¿Sabéis qué es? El veneno, quiero decir. —Raisa miró a Willo y después a Elena.

—Está hecho a base de hongos de los árboles —dijo Willo—. Crecen en la cara norte de las laderas. A veces los usamos para capturar peces y ahumarlos.

Elena le ofreció de nuevo la taza, y Raisa hizo todo lo posible para beber, ignorando la reacción de sus nervios. Después se pasó la lengua por los labios y se quedó sorprendida al notar que no le habían salido ampollas.

—¿Cuánto... cuánto tiempo dura?

Willo se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. La mayoría no sobreviven.

Elena dejó la taza cuando vio claro que Raisa ya no bebería más. Su abuela, que siempre había sido muy tranquila, parecía nerviosa e inquieta.

—Déjame ver la herida, ahora que estás despierta —sugirió Willo—. Hemos puesto mucha *rauwolfia serpentina*, aunque es un poco tarde para sacar el veneno.

Raisa se tumbó boca abajo, con la cara entre los brazos. Willo le subió la camisa y retiró el vendaje de la herida. Elena trajo un cazo de agua caliente del fuego.

—¿Puedes contarnos qué pasó? —preguntó Elena, sentándose a su lado de nuevo. Su abuela siempre iba directa al grano—. ¿Quién te atacó?

—Hablad solo si tenéis ganas de hablar de este tema, Alteza —murmuró Willo.

Raisa sintió una punzada de inquietud. Al fin y al cabo, era su abuela, y Willo era conocida por todas las Montañas de los Espíritus como una gran sanadora. Podía confiar en ellas. Siempre se había sentido segura y protegida en los campamentos de las tierras altas, lejos de la política de la corte.

Sin embargo, se sentía asediada por los enemigos, la mayoría de ellos personas en las que había confiado y después habían resultado ser falsos amigos.

—Los que me atacaron eran miembros renegados de la Guardia de la Reina —dijo Raisa, finalmente—. El único que conocía era Mac Gillen, y está muerto. —Respiró profundamente, apretando los dientes cuando Willo le quitó el cataplasma de la herida—. Es la segunda vez que mi propia guardia me traiciona. Ya nos persiguieron de camino a Vado de Oden. También era obra de Gillen, aunque él no estaba allí.

Elena asintió.

—Nightwalker dijo lo mismo.

El guerrero Demonai, Reid Nightwalker, había rescatado a Raisa y a su escolta de los guardias renegados de Gillen.

—La vez anterior, parecía que me querían secuestrar, pero esta vez evidentemente querían matarme —dijo Raisa. Entonces, ¿qué había cambiado mientras tanto?

Willo le puso más *rauwolfia* en la herida. Era pegajosa y desagradable, pero la notaba ligeramente caliente. Lo que significaba que probablemente estaba fría.

—El capitán Byrne está muerto —continuó Raisa—. Murió defendiéndome en el paso. Creo que el resto de nuestro grupo murió en el campamento de Way Camp, o en sus alrededores. Debemos mandar a alguien a recoger sus cadáveres.

Elena asintió como si no supiera nada.

—Nightwalker y un grupo de guerreros volvieron sobre tu camino hasta el paso —dijo. Hizo una pausa—. Acababa de regresar de la ciudad cuando tú llegaste. Nightwalker estaba muy preocupado por ti, pero también estaba furioso. No se quedó a tu lado porque tenía la intención de ir a la caza... e interrogar... a los que te atacaron. —La expresión de Elena se endureció, con sus ojos brillando—. Pero llegó demasiado tarde. Encontró al capitán Byrne y a varios grupos de soldados sin insignias, muertos. Algunos asesinados con ballesta, otros con arco.

—¿Con arco? —murmuró Raisa entre sus brazos, que le hacían de almohada—. Recuerdo las ballestas, pero no recuerdo a nadie disparando con arco. —Todos muertos, pensó. Tal vez esto explicara sus vestidos de luto. Excepto que... Raisa volvió la cabeza, intentando mirar a las dos mujeres—. ¿Habéis avisado a mi madre? ¿Sabe lo del capitán Byrne? ¿Está de camino hacia aquí?

Las manos de Willo se detuvieron por un momento, y ella y Elena intercambiaron las miradas otra vez.

—No lo sabemos, nieta —dijo Elena—. Enviamos un mensajero a la Marca de los Páramos, pero no tenemos noticias tuyas.

—¿No habéis recibido noticias tuyas en tres días? —dijo Raisa, alzando su tono de voz. Han pasado tres días, pensó. ¿Por qué no has venido? Le vino a la cabeza el sueño de los lobos. No quería hablar de ello, porque al decirlo en voz alta se convertiría en real.

—Algo ha pasado —dijo Raisa—. Algo va mal. Habría dicho algo. No ignoraría algo así. No lo haría.

—Nightwalker salió hacia la Marca de los Páramos ayer para hablar directamente con tu padre —dijo Elena. Sus dedos se retorcían entre los pliegues de la falda—. Los oradores dicen que... —Willo sacudió la cabeza inmediatamente, y Elena no terminó la frase.

—Tendremos que esperar a que lleguen las noticias del Valle —dijo Willo. Raisa notaba la energía de las manos de Willo tranquilizándola, dejándola en un estado de somnolencia—. Seguro que será pronto.

Raisa cerró los ojos y respiró lentamente, intentando relajarse con el masaje de Willo. Pero había muchas preguntas burbujeando en su mente sobre lo que sabía y lo



que no sabía.

—¿Cómo... cómo llegué hasta aquí? Estaba herida y me estaban persiguiendo, y... no me acuerdo.

—Te traje Caza Solo —dijo Willo.

Raisa se quedó pensando.

—¿Caza Solo? ¿Quién es?

—Bueno —dijo Willo, vacilando—. Tal vez lo conoces por su nombre del Valle: Hanson Alister.

Vaya, entonces no había sido un sueño. Han Alister la había encontrado en medio de las Montañas de los Espíritus. Han Alister le había salvado la vida.

¿Cómo era posible que tuviera relación con esta gente?

—¿Rosa Silvestre? —dijo Willo, al ver que Raisa no respondía.

—¿Por qué Han Alister tiene un nombre de los clanes? —espetó Raisa—. Él es natural del Valle, y además es mago.

Elena se aclaró la garganta.

—No sabía que os conocíais —dijo. No parecía contenta con este hecho—. Parecía confundido, o quizá deliraba. Te llamaba Rebecca.

—En Vado de Oden me llamaba así —dijo Raisa—. Allí íbamos a clase juntos. Él no sabía quién era yo en realidad.

Pero ahora lo descubriría. Probablemente ya lo sabía.

Raisa se notó un nudo en el estómago. Habría querido explicárselo ella misma. No quería que lo oyera de boca de cualquier otra persona.

Elena se inclinó hacia delante, tocando su amuleto Demonai.

—¿Caza Solo fue uno de los que te atacaron?

—¿Por qué tendría que atacarme? —preguntó Raisa, irritada.

—Nadie cree que Caza Solo haya atacado a la princesa heredera excepto tú y Nightwalker —dijo Willo, mirando a Elena con el ceño fruncido—. Sentaos, Alteza.

Willo la ayudó a sentarse de nuevo. Raisa se sentía tan débil como un gatito recién nacido.

—Ese hechicero tenía en su poder el anillo talismán de mi nieta —dijo Elena a la defensiva—. Y la Espada de Hanalea, y el anillo que pertenecía al capitán Byrne —dijo. Después se volvió hacia Raisa, como buscando algún aliado—. Y todavía no sabemos cómo Caza... cómo Alister llegó a encontrarte.

—Da igual cómo la encontrara. La cuestión es que Caza Solo le salvó la vida —dijo Willo, poniendo en orden el pelo de Raisa con los dedos—. Tenía que quitarle el anillo talismán para hacerlo.

Raisa no entendía en absoluto nada de esa conversación.

—Pero eran ocho —dijo—. Eran ocho hombres atacándome. ¿Qué les ha pasado? ¿Cómo logró sacarme de allí? ¿Es que me dieron por muerta, o...

—No lo sabemos —dijo Elena, mirando a Willo—. La cuestión es esta: todo el mundo está muerto, y hay demasiadas preguntas sin respuesta.

—Bueno, ¿y qué dice Han..., qué dice Alister al respecto? —preguntó Raisa con impaciencia. Parecía que las dos matriarcas la estuvieran confundiendo a propósito.

Willo negó con la cabeza.

—Han está muy enfermo. No hemos podido preguntarle nada.

—¿Está enfermo? —Raisa se inclinó hacia adelante—. ¿Le hirieron? ¿Qué pasó? ¿Dónde está? —Cada respuesta parecía plantear aún más preguntas.

—Caza Solo sabía que estabas envenenada —dijo Willo—. Utilizó alta magia para salvarte la vida. Los magos sanadores tratan a sus pacientes adoptando las heridas de sus pacientes. Es una práctica arriesgada, y Caza Solo no es que tenga mucha experiencia —dijo. Miró a Elena y su mirada se endureció—. No tendría que haberse puesto en esta tesitura. No tendría ni que estar aquí. Solo hizo unos meses de formación.

Había una tensión crepitante entre las dos mujeres que Raisa no había visto nunca.

—No —susurró Raisa, negando con la cabeza—. No debería haberse arriesgado si no sabía lo que estaba haciendo.

Pero pareció que ninguna de las dos mujeres la hubiera oído.

—Era su deber salvarte la vida, si es que realmente lo hizo —dijo Elena, devolviéndole la mirada a Willo.

Raisa miraba a la una y a la otra.

—¿Qué quieres decir, con esto de que era su deber?

Las dos mujeres se miraron, con la boca cerrada, como si quisieran guardarse las palabras.

Había algo en la cara de Willo, algún secreto que no quería revelar. Miraba a Elena como diciendo, «Esto es culpa tuya. Díselo tú».

—Caza Solo juró servir a los clanes y a la dinastía Lobo Gris —dijo Elena.

—¿Qué? —exclamó Raisa. Su dolor de cabeza aumentaba a cada revelación. Su somnolencia había desaparecido, a pesar de los esfuerzos de Willo—. ¿De qué estás hablando? Han odia a la dinastía Lobo Gris.

Elena enarcó las cejas y miró a Willo, como diciendo, «¡Ja!» Willo entornó los ojos y se concentró en los vendajes.

Nada de todo esto tenía sentido. Han Alister culpaba a la reina, su madre, de las muertes de su madre y su hermana. ¿Por qué iba a ofrecerse a su servicio?

Cuando Willo empezó a pasar una venda por la cintura de Raisa, esta le cogió la muñeca.

—Es mejor que alguien me cuente qué es lo que está pasando aquí —dijo, mirando a las dos matriarcas.

Willo volvió la cabeza y se quedó mirando fijamente a Elena. Por lo visto, todavía era su turno.

—El Campamento de los Pinos de Marisa y los Demonai acordaron financiar los estudios de Alister en Vado de Oden a cambio de su futuro servicio —dijo Elena,

encogiéndose de hombros.

—¿Es que los clanes están pagando la formación a un mago? —Raisa pensó si era posible que estuviera soñando—. Pero esto... pero esto...

—Es muy complicado, nieta —dijo Elena, dándole unas palmadas en la rodilla—. Tal vez podamos discutirlo más adelante, cuando...

—Entonces, ¿por qué no está en la escuela si se la estáis pagando? —preguntó Raisa—. ¿Por qué ha vuelto?

—Éste es, por lo visto, el futuro —dijo Willo, enfatizando cada palabra—. Los Demonai lo han reclamado. No se le permitió acabar el curso, ni hacer ningún aprendizaje. —Envolvió con un gran trozo de tela el hombro de Raisa y lo pasó alrededor de su cintura, tensándola bien.

Entonces Elena se levantó, se puso a caminar de un lado a otro, hablando con sus manos como siempre, y dirigió sus argumentos a Willo.

—Willo Watersong, el ataque a la princesa heredera justifica de sobras nuestra decisión de hacer regresar a Alister. Si lo que dices es verdad, y él salvó su vida, este simple acto ha pagado nuestra inversión por partida doble. Valía la pena.

—¿Tú crees que ha valido la pena para él? —susurró Willo.

—¿Dónde está? —preguntó Raisa, forcejeando para levantarse de la cama—. ¿Dónde está Han? Quiero verle.

—Nieta... —dijo Elena, frunciendo el ceño—. Ahora lo que debes hacer es descansar. Me temo que esto...

—¡No! —dijo Raisa, más alto de lo que quería—. Si he dormido tres días, entonces han pasado cuatro días sin que nadie intentara matarme. Quiero respuestas directas a mis preguntas, y quiero ver a la persona que decís que me salvó la vida. Quiero saber el precio que ha pagado por ello.

—Si insistes —dijo Elena, con la cara tensa y llena de desaprobación.

Willo ayudó a Raisa a levantarse, sin dejar de sujetarla por el codo.

—Está en la habitación de al lado —dijo Willo. La Casa de la Matriarca tenía varias habitaciones cerradas con cortinas donde los pacientes podían permanecer bajo la atenta mirada de la sanadora.

Willo apartó la cortina de piel de ciervo y entraron dentro. Elena se quedó en la sala común, como si la dolencia de Han fuera contagiosa.

Una estufa de cerámica brillaba en el centro de la habitación, avivada por dos aprendices, un chico y una chica un poco mayores que Raisa. Un cabo de laurel se consumía en un quemador, y los dos aprendices lanzaban el humo hacia el paciente con un abanico.

Han Alister estaba tumbado en una cama cerca del fuego, cubierto con mantas, con la cara pálida y brillando de sudor a la luz del fuego. Tenía el pelo húmedo, pegado a la cabeza, y se estremecía y temblaba debajo de las mantas, murmurando algo para sí.

—¡Dulce Hanalea! —dijo Raisa, mirándole. La piel parecía tensa a través de sus

huesos. Normalmente, Han resplandecía lleno de vida. En cambio, ahora, parecía que le hubieran quitado su esencia vital. A Raisa se le llenaron los ojos de lágrimas. Cayó de rodillas al lado de la cama y suavemente apartó los mechones de pelo dorado de su frente.

No te mueras. No te atrevas a hacerlo. Te lo prohíbo.

Como si Han Alister hubiera escuchado alguna vez lo que ella le había dicho.

Raisa tragó saliva y alzó la cabeza para mirar a Willo, que la observaba, con los ojos entrecerrados, los labios fruncidos, pensativa.

—¿No hace demasiado calor aquí dentro? Está sudando.

—Le estamos sacando el veneno del cuerpo —dijo Willo—, con el calor, el humo y purgantes. Como no hay ningún punto de entrada, no le podemos curar con *rauwolfia serpentina*, como hemos hecho contigo. También lo hemos llevado al manantial del sanador, pero la temperatura le resulta intolerable y forcejea defendiéndose. La última vez, por poco no ahoga a Mano Brillante. —Willo señaló con la cabeza a uno de los aprendices, un chico de la edad de Raisa—. Me imagino que el veneno le ha afectado de la misma forma que a ti: le ha confundido los sentidos.

Raisa se imaginó metiéndose en una fuente termal, y se estremeció.

—Ha tenido convulsiones —continuó Willo—, pero parece que esto ya va cediendo. —Se volvió hacia su aprendiz—. Mano Brillante, ¿ha comido alguna cosa Caza Solo? ¿Ha bebido algo?

El aprendiz negó con la cabeza.

—Lo hemos intentado, pero no quiere. Está muy confundido.

Y suponiendo que sobreviva, ¿y si no recupera el juicio?, pensó Raisa.

—¿No deberías... no deberías probar con un mago sanador? —preguntó—. Seguro que se puede hacer algo por él con la alta magia.

Willo asintió, sin indicios de haberse ofendido por la sugerencia.

—Estoy de acuerdo. Nosotros no sabemos mucho sobre alta magia y hechiceros. Normalmente se niegan a dejar que los tratemos. Pero ¿en quién podríamos confiar de la Marca de los Páramos? Podríamos traer a alguien de Vado de Oden, pero creo que Caza Solo se recuperará o morirá antes de que alguien consiga llegar aquí para curarle.

Raisa cogió la mano de Han. La energía zumbó débilmente a través de sus dedos, como una ligera sombra de sus fugas habituales. Esto la hizo pensar.

Levantó la manta que le tapaba hasta la barbilla y miró por debajo. Después miró a Willo.

—¿Dónde está su amuleto? —preguntó Raisa.

—Llevaba dos —dijo Willo—. Los escondí antes de que los Demonai se los pudieran quitar. —Metió la mano debajo de la cama y sacó una bolsa de piel de ciervo—. No quiero que les pase nada.

Raisa cogió la bolsa, como sopesándola, y después deshizo el nudo y vació el

contenido sobre la colcha junto a Han. Efectivamente, había dos amuletos. Uno era el de la serpiente, que ella recordaba, y el otro no le resultó familiar, un cazador con arco tallado sobre una piedra preciosa.

—Madre Elena hizo el amuleto Cazador Solitario para él —dijo Willo—. El otro yo no lo había visto nunca.

—En Vado de Oden llevaba el amuleto de la serpiente —dijo Raisa, recordando cómo había reaccionado la última vez que ella lo había tocado—. Tal vez se lo dio algún maestro de allí. —Se mordió el labio, examinándolo—. Yo no sé nada de esto —admitió—. Pero creo que le ayudaría llevarlo puesto. Evitaría que su magia se le fugara del cuerpo.

Willo miró hacia la sala común, después miró de nuevo a Raisa, se puso un dedo delante de los labios y asintió con la cabeza.

Raisa cogió el amuleto de la serpiente por la cadena, vigilando de no tocarlo directamente. Ella y Willo quitaron la manta a Han, y Raisa le desabrochó con cuidado la gruesa camisa de lana que llevaba puesta.

Abrió el broche de la cadena y bajó el amuleto hasta que quedó bien colocado sobre su pecho desnudo. Inmediatamente empezó a brillar, como una señal de agradecimiento.

¿Y si le hacía más mal que bien?, pensó Raisa. Los amuletos absorben energía, ¿no? Pero también la almacenan y la proporcionan a los magos cuando la necesitan.

¿Le quedaba algo de energía después de haberlo usado para curarla a ella?

Apartó el pelo húmedo y cerró el broche. Después escondió la cadena bajo el cuello de su camisa. Le cogió la mano, se la metió por debajo de la camisa holgada y se la cerró alrededor del amuleto. Después volvió a taparlo con la manta hasta la barbilla.

Todavía de rodillas, Raisa miró a Willo.

—Oh, Willo —susurró, acariciando la mejilla de Han, que mostraba una barba rojiza incipiente—. Toda la culpa es mía.

La sanadora sonrió, con lágrimas en sus ojos oscuros.

—¿De veras? Yo creía que la culpa era mía.

—Recuerdo... algo que hizo para curarme —dijo Raisa—. Sé que yo me resistía. Tengo tantos secretos. Intentaba mantenerle fuera. No me ha salvado porque sea la heredera del trono del Lobo Gris. Él... —La voz se le quebró.

Willo puso su mano sobre el hombro de Raisa, y la energía se filtró.

—Tranquilizaos, Alteza —dijo—. No tenéis que explicarme nada.

—Si crees... si crees que puedo ayudar en algo —susurró Raisa—, podría sentarme aquí con él, o encargarme de los abanicos, o...

—Gracias, Alteza, pero creo que es mejor que descanséis un día más, o dos, antes de que asumáis el papel de aprendiz de sanadora. —Willo cogió a Raisa por el brazo y la ayudó a levantarse—. Volvamos a la cama.

Mientras se dirigían poco a poco hacia la entrada, Raisa oyó voces en la

habitación contigua. Abrieron la cortina de piel de ciervo y se encontraron con tres recién llegados a la Casa de la Matriarca.

Era el padre de Raisa, Averill. Y Amon Byrne.

¡Amon! A Raisa le dio un vuelco el corazón.

Los ojos de Amon se fijaron en Raisa inmediatamente. La escudriñó desde la cabeza despeinada, pasando por su camisa hasta las rodillas y acabando en sus pies con unos ridículos calcetines de lana. Cerró los ojos y levantó la cara hacia el cielo como si mandara una oración de agradecimiento. Después volvió a mirarla como para asegurarse de que no desaparecía ante él.

Amon tenía un aspecto horrible. Parecía que hubiera ido directo del infierno a la Casa de la Matriarca, con el recuerdo del lugar todavía grabado en la cara. Parecía mucho mayor, aunque era muy joven. Sus ojos grises estaban llenos de dolor y de pena, y su rostro tenía el cansancio grabado bajo una barba incipiente.

—Dulce Hanalea llena de gracia —susurró Raisa—. Gracias a la Hacedora que estás a salvo.

Quería echarse a sus brazos, decirle cuánto lo sentía, contarle cómo su padre le había salvado la vida, asegurarle que nada de todo eso era culpa suya. Quería hacerle mil preguntas. Le hubiera gustado hacer desaparecer a toda la gente de la habitación.

—Cabo Byrne —susurró, con la voz todavía ronca por los efectos de la toxina—. Me temo que tengo malas noticias.

Avanzó un poco hacia Amon, se tambaleó, y estuvo a punto de caerse, pero Averill se apresuró y la cogió en brazos.

—Ya lo sabe, Rosa Silvestre —le dijo su padre—. Nightwalker nos lo ha dicho.

—¿Nightwalker? —preguntó Raisa, mirando hacia la puerta—. ¿Está...?

—Se ha quedado, en la ciudad, para... para... —La voz de Averill se quebró, abrazó a Raisa y la besó en la frente como si fuera una niña—. Gracias a la Hacedora que estás viva. No tienes ni idea de lo que yo... Cuando Nightwalker nos contó lo que había pasado y que estabas gravemente herida, tenía miedo de haberte perdido a ti también.

Durante un largo rato, Raisa se permitió a sí misma ser la hija de Averill, deslizar los brazos alrededor de su padre y presionar su cara contra su camisa de piel. Para descansar un momento y sentirse segura.

Ya estoy en casa, por fin, pensó. Las cosas tienen que mejorar de ahora en adelante.

Averill la dejó en el suelo con cuidado, como si se fuera a romper, sujetándola con un brazo alrededor de los hombros.

—Cabo Byrne —dijo Raisa, intentando calmarse—. Su padre era uno de los hombres más valientes y más inteligentes que he conocido, y estaba muy orgulloso de usted, con razón.

—Alteza —dijo Amon—. Lo siento. Tendría que haber estado allí. Debería haber sido yo.

—No —dijo ella, mientras las lágrimas empezaban a bajarle por las mejillas—. Si hubiera estado allí, le habría perdido a usted también, y no podría soportar la muerte de los dos. —Vaciló, e intentó recuperar el control de su voz—. Esto representa una gran pérdida para la dinastía y para mí, personalmente.

Amon asintió, con la mirada hacia el frente, con los ojos llenos de lágrimas. Se movió un músculo de su mandíbula, y Raisa supo que estaba apretando los dientes.

—Gracia, Alteza —logró decir. Tragó saliva para contener las lágrimas.

Raisa se secó la cara con la manga. Es bueno llorar, se dijo a sí misma. A los soldados y a las reinas se les permite llorar, ¿verdad?

Pero ella era medio Demonai. Y los Demonai no lloran.

—El capitán Byrne y su tríada no fueron los únicos héroes —continuó Raisa, decidida a dar forma a la narración de la historia antes de que se le fuera de la cabeza—. Después de que me hirieran, Han Alister arriesgó su vida para salvar la mía. —Hizo una pausa, observando sus caras atentamente—. Me parece que algunos de vosotros le conocéis como Caza Solo.

Averill miró a Elena, levantando una ceja. Elena asintió, con los labios bien apretados.

—¿Alister está aquí? —dijo Amon. Sus ojos grises examinaron la habitación.

Raisa hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación de al lado.

—Está aquí dentro luchando por su vida.

—¡Por la sangre del demonio! —Amon se acercó a la cortina—. ¿Le han herido? ¿Qué le ha...?

—Tenemos más noticias, hija —dijo Averill rápidamente, con un tono de advertencia—. Noticias que no pueden esperar.

Raisa se volvió y contempló las facciones demacradas de su padre, de nuevo grabadas con pena y dolor... y miedo. Por una vez, la cara de comerciante de su padre le había traicionado.

—Lightfoot —dijo Elena—. ¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

Averill cogió a Raisa por los hombros y la miró a la cara.

—Se ha ido, Rosa Silvestre —dijo—. Tu madre... la reina Marianna... ha muerto.

## El legado

Raisa se deshizo de los brazos de su padre, moviendo la cabeza.

—No —dijo—. No puede ser. Es imposible. —Examinó con sus ojos la cara de los demás, buscando consuelo, pero no lo encontró. La expresión de Willo decía que esta noticia no era inesperada, que confirmaba sus peores temores. Raisa casi podía asegurar que su abuela, Elena, ya estaba haciendo planes, dando vueltas en su mente, valorando lo que esto podía significar para los clanes de las Espíritus, para los Demonai, concretamente.

Averill parecía que deseara proteger de alguna manera a Raisa de esa noticia y de todas sus implicaciones. Era viudo y padre, en ese momento.

—Oh —dijo Raisa, con la voz temblorosa—, vivimos tiempos difíciles.

Elena Demonai se arrodilló e inclinó su cabeza gris.

—Larga vida para Raisa *ana*’Marianna, de nombre Rosa Silvestre en las tierras altas, reina de los Lobo Gris de los Páramos.

Amon sacó su espada. Se arrodilló delante de Raisa y puso la espada a sus pies.

—Mi espada y mi vida a vuestro servicio, Alteza.

Como un bosquecillo de pinos en medio de una fuerte tormenta, todos fueron cayendo, hasta que solo Raisa se quedó de pie.

Así es como va a ser, pensó Raisa. No hay refugio para mí. Voy a estar sola el resto de mi vida. Se quedó de pie, con los puños cerrados, la cabeza inclinada, dejando que un sollozo estremecedor le recorriera el cuerpo mientras sus sueños de reconciliación con su madre se convertían en polvo.

Flor de Luna se acercó por detrás de ella con una silla acolchada. Mano Brillante le trajo una piel, y Raisa se envolvió en ella, deseando ponérsela por encima de la cabeza y esconderse. Deseando estar a solas con su dolor. Las reinas sucesoras tradicionalmente se retiraban al templo durante tres días de luto antes de asumir sus funciones.

Pero no. Esto no era posible, ahora no. Aunque sus entrañas estuvieran destrozadas como trozos de cristales rotos.

Hizo un gesto a los que estaban arrodillados.

—Por favor —dijo—. Levantaos. O sentaos. Poneos cómodos. —Se secó las lágrimas con el dorso de las manos—. Decidme que ha pasado. Explicádmelo todo.

—Rosa Silvestre... —dijo Averill. Hizo una pausa y tragó saliva, mirando a su alrededor—. No es necesario que hagamos esto ahora... en público. Tu madre...

—Mi madre está muerta, y yo me siento colgando de un hilo. Necesito que me lo cuentes todo, lo que sabes y lo que sospechas. Después decidiremos qué tenemos que



hacer y si podemos permitirnos tiempo para el luto.

Su padre parpadeó. Volvió a mirarla. Luego inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Los aprendices trajeron cojines para sentarse, y Raisa se las arregló para que no quedara nadie de rodillas. Amon estaba sentado a su derecha, Willo a su izquierda. Averill y Elena estaban sentados con las piernas cruzadas delante de ella.

Willo le dijo algo a Mano Brillante, y acto seguido le trajo una taza de té humeante a Raisa. Tomó un sorbo, intentando ignorar las señales inversas que sus nervios le enviaban al cerebro a la vez que notaba que la fuerza recorría su cuerpo.

Willo puso la mano sobre el hombro de Raisa, y el tacto de la sanadora la calmó y le aclaró la cabeza. Raisa cerró los ojos, deseando sumirse en un sueño profundo y olvidarlo todo.

Había un pensamiento siempre presente en su mente: Todo esto es culpa mía.

—¿Qué pasó? —preguntó Raisa, abriendo los ojos—. ¿Y cuándo?

—Se cayó de la Torre de la Reina hace cuatro días —dijo Averill, sin quitar la vista de sus manos—. Al anoecer. Se cayó de su balcón, aterrizó en el patio y murió al instante.

Raisa reflexionó. Eso debió de ser la noche que se le aparecieron los lobos. La noche en que ocho guardias renegados hicieron todo lo posible para matarla. La noche del día en que murió Edon Byrne. Eran demasiadas coincidencias. Esos hechos estaban relacionados. Tenían que estarlo.

Recordó las palabras de Althea: «Los Bayar han bloqueado los oídos de la reina Marianna para que no pueda escuchar nuestras advertencias. Y ahora ella lo pagará».

Willo acarició el pelo de Raisa, e hizo un gesto para que le trajeran más té.

—¿Estabais los dos en la ciudad en ese momento? —preguntó Willo, mirando a Amon y a Averill.

Averill asintió.

—El cabo Byrne acababa de llegar de la Muralla Occidental con las noticias de que Rosa Silvestre había desaparecido de Vado de Oden.

—Sabía que estabas en el norte, con... con mi padre, intentando llegar a casa —dijo Amon, mirando a Raisa—. Sabía que estabas en peligro, pero con vida. De modo que lord Demonai y yo nos reunimos con Nightwalker para elaborar una estrategia. Para discutir la posibilidad de mandar a un guardia a buscarte.

—¿Nightwalker también estaba? —preguntó Raisa, mirando a su padre y a Amon. Sabía que Nightwalker raras veces bajaba al Valle si lo podía evitar.

Averill asintió.

—Ha ido viniendo, de vez en cuando, durante dos meses. Le pedí que viniera y me asistiera con un grupo de guerreros Demonai. —Vaciló, como si no quisiera añadir preocupaciones al desastre actual—. Las tensiones han ido en aumento con el Consejo de Magos, y necesitaba una guardia en la que poder confiar.

Las implicaciones de todo esto cayeron como una capa gruesa y húmeda sobre el

sufrimiento de Raisa. El consorte de la reina y el Consejo de Magos habían chocado desde que ella era capaz de recordar, pero el ex guerrero Demonai Averill Lightfoot nunca antes había sentido la necesidad de tener una guardia tan cuidadosamente seleccionada.

—Decidimos que Nightwalker fuera al Campamento de los Pinos de Marisa para ver si había noticias tuyas. Ya se había ido cuando... cuando se produjo la muerte de Marianna.

—¿Alguien vio lo que pasó? —preguntó Elena.

Averill negó con la cabeza.

—La reina estaba descansando en su habitación —dijo—. Cuando Magret entró para despertarla para la cena, la cama estaba vacía, y las puertas del balcón estaban abiertas. Magret miró abajo y vio... vio a Marianna tendida en el suelo.

Raisa se esforzó para quitarse esa imagen de la mente.

—¿Magret? —Miró a Averill y a Amon—. ¿Magret Gray asistía a la reina?

Averill asintió.

—Marianna lo había pedido expresamente en las últimas semanas. Parecía encontrarse más a gusto con Magret que con nadie más.

A Raisa le vino de nuevo aquel sueño a la cabeza, el sueño en el que la reina Marianna estaba en su balcón. Oyó un ruido, se dio la vuelta...

—¿Magret estuvo todo el tiempo en la habitación? —susurró Raisa.

Averill negó con la cabeza.

—Dividía su tiempo entre la princesa Mellony y la reina Marianna. Como Marianna dormía, estaba asistiendo a la princesa.

—¿Y los guardias de la reina? ¿Dónde estaban? —preguntó Elena.

—Estuvieron fuera todo el rato, delante de la puerta —dijo Averill. Hizo una pausa, mirando a Amon—. Por lo menos, esto es lo que dicen.

—¿Quién estaba de guardia? —preguntó Raisa—. ¿Son... son de confianza?

Amon se aclaró la garganta y dijo sus nombres, media docena de guardias, de los cuales Raisa no conocía a ninguno.

—Yo conozco a tres —dijo Amon, como si le leyera el pensamiento—. Y los que conozco son buenos soldados. Y leales.

—Leales o no, ¿qué dificultades tendría un mago para esquivarlos? —dijo Elena—. Deberías preguntar dónde estaban los Bayar en ese momento.

La mano de Willo apretó en ese momento con más fuerza el hombro de Raisa.

—Elena —dijo—. No hace falta que...

—De acuerdo, entonces, ¿dónde estaban? —preguntó Raisa, abrigándose más con las pieles—. ¿Alguien lo sabe? ¿Han regresado ya Micah y Fiona de los llanos?

Averill asintió con la cabeza.

—Regresaron por lo menos hace una semana, aunque se quedaron en el recinto Bayar de Dama Gris hasta estos últimos días. Lord Bayar ha asistido con frecuencia a reuniones de la Casa del Consejo. Allí es donde estaba la noche en que la reina

Marianna murió, si es que estás dispuesta a creer en su palabra, claro. No había nadie más como testigo, excepto los demás miembros del consejo.

—¿Y nadie, nadie vio el cuerpo de la reina en el patio hasta que Magret disparó la alarma? —preguntó Raisa.

Averill movió la cabeza.

—El balcón da a los jardines privados de la reina —dijo—. A Marianna no le gustaban mucho los jardines, de modo que nunca pasaba allí mucho tiempo. Solo sus jardineros tenían un motivo para entrar.

Raisa tembló. ¿Cuánto tiempo habría estado allí tendida su madre, impotente y sola, antes de morir? Debería haber estado allí, pensó tristemente. No debería haber estado sola en esta situación.

—¿Magret Gray fue la primera persona que vio a la reina? —preguntó Raisa. Averill asintió.

—¿Has hablado con la doncella Gray? —preguntó Elena—. ¿Qué dice, ella?

—Es por este motivo que he tardado tanto en traer las noticias —dijo Averill—. Habría venido antes, pero no supe que Rosa Silvestre estaba en los Pinos de Marisa hasta ayer. Quería... reunir toda la información posible antes de venir aquí.

Antes de que las pruebas pudieran ser destruidas u ocultadas, tenían que encontrar algún indicio de lo que había pasado.

—Espero que vayas con cuidado, Lightfoot —dijo Elena—. Si se tratara de un asesinato, los autores no dudarían en asesinar también a un consorte problemático.

—No te preocupes por mí —dijo Averill, con una débil sonrisa.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Elena—. ¿Vio algún indicio de que pudiera ser algo más que una simple caída del balcón?

Averill negó con la cabeza.

—Nada evidente. Aparentemente, Marianna murió a causa de la caída, no por otra cosa.

¿El toque de un mago habría dejado algún rastro? El trauma de la caída habría podido tapar cualquier signo sutil de juego sucio. Un mago podría haber nublado la mente de Marianna y hacerle creer que podía volar. O inculcarle la idea del suicidio.

—Sin embargo —prosiguió Averill—, la reina tenía esto en la mano. —Se sacó una pequeña bolsa del bolsillo y vació el contenido en su mano. Era una cadena de oro gruesa, con los eslabones retorcidos y los extremos rotos. Era una pieza muy refinada, obra de los clanes, sin duda alguna.

Era el tipo de cadena que normalmente se utilizaba para los amuletos o talismanes.

—La encontró Magret —dijo Averill—, cuando estaba preparando el cuerpo de Marianna.

Elena la examinó con el rostro ceñudo y severo. Tocó la cadena con el dedo índice.

—Bien. Parece que los asesinos de la reina dejaron pistas.

—No sabemos si fue un asesinato, Elena —dijo Willo—. No podemos estar seguros. —Se volvió hacia Averill—. ¿Habéis encontrado algo más? —preguntó—. ¿Algo que pudiera ayudarnos?

Averill negó con la cabeza.

—Pensemos un poco —dijo Raisa, con la voz baja y grave—. ¿Y si alguien empujó a mi madre por el balcón? ¿Y si resulta que se cogió a la cadena que llevaba el asesino alrededor del cuello para intentar salvarse? ¿Y al caer, la cadena se rompió?

—Esto parece plausible —dijo Averill—. Debo admitir que es lo que yo también pensé.

—Pero no es suficiente que parezca plausible —dijo Willo—. No tenemos ninguna prueba de que...

—Fueron los Bayar y sus aliados —dijo Elena—. Tú sabes que fueron ellos. ¿Quién más podría beneficiarse de la muerte de la reina? Nightwalker está listo para empezar una guerra, y no le culpo. Los Demonai no continuarán manteniéndose al margen mientras ven que violan el Náeming sin tomar represalias.

Raisa contuvo la voz que tenía dentro de su cabeza, la voz Demonai que decía, «¡Sí! Entrar en guerra contra los asesinos de mi madre. Derramar su sangre como ellos hicieron derramar la suya».

—Necesitas más pruebas si quieres iniciar una guerra en los Páramos —dijo Willo, con voz cansina—. Los Bayar son culpables de muchas cosas, pero no sabemos si tienen algo que ver con esto. Yo mantendré el mandato de la ley, aunque sea un inconveniente.

—Es el mandato de la ley lo que nos ha llevado hasta aquí —dijo Elena, tocándose las trenzas—. Parece que los que siguen la ley se convierten en víctimas.

—Y los que no siguen la ley se convierten en tiranos —dijo Raisa—. Nadie tiene más motivo para exigir venganza que yo. Pero es responsabilidad de la Guardia de la Reina entregar al asesino de mi madre a la justicia. Si es que hay un asesino.

—¿Dónde estaba la guardia cuando la reina Marianna fue asesinada? —preguntó Elena—. El capitán Byrne se estaba muriendo en el Paso de los Pinos de Marisa, y el cabo Byrne se encontraba con Rosa Silvestre. ¿Quién se encargaba de la seguridad de la reina?

Se produjo un largo silencio. Amon enderezó la espalda, fijó sus ojos grises en Elena. Raisa sabía que estaba furioso, y los demás presentes sin duda le conocían tan bien como ella.

Ésta es la gente con la que tendré que tratar si quiero triunfar como reina, pensó Raisa.

—Elena *Cennestre* —dijo—. Ya es suficiente. Quiero recordarte que diez miembros de mi guardia dieron sus vidas en el Paso de los Pinos de Marisa por mí. —Por lo menos la ira y la frustración le permitían distraerse del sufrimiento que amenazaba con abrumarla.

—Perdóname, nieta —dijo Elena—. Pido perdón por mis bruscas palabras. No tenía intención de faltar al respeto a la guardia ni a ti ni al cabo Byrne. —Miró a Amon, que asintió ligeramente con la cabeza—. Sigo creyendo que los Demonai pueden contribuir más. Necesitas más protección en estos momentos de la que tu guardia te puede ofrecer. Nos gustaría ayudar.

—Lo tendré presente, abuela —dijo Raisa.

—¿Alguien ha registrado las habitaciones de la reina? —preguntó Elena, mirando a Amon y a Averill—. Si la cadena rota llevaba un amuleto, tal vez se cayó al suelo.

—Uno de los guardias registró la alcoba de la reina y los alrededores del jardín —dijo Amon, humedeciéndose los labios y mirando a Raisa—. Aunque es posible que algo le pasara por alto.

—Volveremos a registrar a fondo la alcoba y el jardín —dijo Averill—. Volveré a la ciudad esta noche y reclutaré al resto de los Demonai.

—¿Dónde... dónde está mi madre, ahora? —preguntó Raisa, con la esperanza de que no estuviera en un lugar frío. Marianna siempre había odiado el frío.

—Está de cuerpo presente en la catedral —dijo Averill—. Bajo el cuidado del orador Jemson. Cuando los oradores pronostiquen su lugar de descanso final en las Espíritus, organizaremos el funeral.

—¿Y Mellony? —preguntó Raisa, que de pronto sintió una gran urgencia para ver a su hermana—. ¿Dónde está? ¿Y... cómo está, lo sabéis?

Averill negó con la cabeza.

—Se encuentra cerca del castillo de la Marca de los Páramos, por seguridad. Es una persona frágil, ya lo sabes, y está muy consternada por lo de vuestra madre. Estaban tan unidas... —Guardó silencio, y Raisa supo de inmediato que su padre deseaba no haber dicho eso.

Se daba cuenta de lo que ello implicaba, sin duda: Marianna y Mellony estaban unidas, mientras que Raisa y su madre no.

—No pude hablar con Mellony a solas —continuó Averill—, aunque lo intenté. Está rodeada de un ejército de guardias y de damas de compañía, y los Bayar no la dejan ni a sol ni a sombra.

—¿Los Bayar? ¿Qué Bayar? —preguntó Elena.

—Todos. Gavan Bayar, Micah, Fiona y lady Bayar —dijo Averill. Hizo una pausa—. Como consorte, no tengo autoridad para sacarlos de allí. Son como perros cazadores alrededor de una bonita presa. Espero el anuncio del compromiso matrimonial de Mellony con Micah en cualquier momento, aunque supongo que esperarán a celebrar la boda después de la coronación de Mellony. Para estar seguros.

A Raisa por poco se le cae la taza del té. Se inclinó hacia adelante.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Averill miró a Willo y a Elena con una expresión casi acusadora.

—¿No lo sabe?

—Rosa Silvestre acaba de levantarse de la cama después de sufrir mucho durante

tres días —dijo Willo—. Parecía prudente dejar que recuperara un poco más las fuerzas antes de decírselo.

Elena asintió con la cabeza.

—No hemos considerado oportuno hablar de ello. Como no sabíamos nada, creyendo que Marianna estaba viva y sana... nos ha parecido prematuro.

—Decídmelo —dijo Raisa, con los labios apretados, consciente de que los problemas empeorarían aún más.

—La reina tenía buenas intenciones —dijo Averill—. A pesar de vuestras diferencias, ella quería proteger tu derecho al trono. Esto tiene que quedarte claro, Rosa Silvestre.

—¿Alguien me va a decir, por favor, lo que ha pasado con la sucesión? —dijo Raisa, sujetándose a los brazos de la silla para evitar dar un salto y ponerse de pie.

—La reina Marianna se encontraba bajo una enorme presión del Consejo de Magos y de su propio Consejo de Nobles —dijo Averill—. Tú habías desaparecido, y no quería hablar de tu carta por miedo a ponerte en peligro.

Raisa levantó la vista y se encontró con los ojos de Amon, en los cuales vio la pregunta, «¿Qué carta?» Acto seguido dirigió de nuevo su mirada hacia Averill.

—Pero en estos últimos meses, Marianna sacó coraje de alguna parte —dijo Averill—. Tal vez en el fondo de su corazón sabía que la estaban engañando, que estaba siendo hechizada por el Gran Mago. Despidió al orador Redfern y trajo al orador Jemson a la catedral. Ha sido una gran fuente de fortaleza para ella, pero también una fuente de presiones. Como ya sabes, él está entregado a la Antigua Fe, a las restricciones impuestas después del Quebrantamiento y a la integridad de la dinastía Lobo Gris.

Averill la amaba, pensó Raisa. Siempre la ha amado. A pesar de todo lo que ha pasado y que tanto los ha dividido. Es una lástima que su amor no haya sido nunca correspondido.

Cuántos remordimientos. Cuántas oportunidades perdidas.

—Lord Bayar previno a la reina —continuó Averill—, diciéndole que si algo le ocurriera habría un vacío de poder, que podía iniciarse una guerra civil, que podíamos ser invadidos por los sureños. La mayoría de miembros del Consejo de la Reina apoyaban a Bayar.

Mano Brillante se acercó con la tetera, y Raisa rehusó el ofrecimiento con un gesto impaciente.

—¿Y?

—Hace dos semanas Marianna anunció un cambio en la sucesión —dijo Averill muy afectado—. Te mantenía a ti como princesa heredera, pero añadió una cláusula que permitía que Mellony fuera coronada como reina si Marianna moría y tú no habías vuelto.

Raisa se quedó mirando fijamente a su padre mientras las implicaciones iban penetrando.

—Su intención era la de proteger tu derecho y a la vez hacer frente a las preocupaciones sobre un posible vacío de poder —dijo Averill en voz baja—. Creo que ella sabía que tú eras la más adecuada para sucederla. Intentaba satisfacer a los clanes de las Espíritus, al Consejo de Magos, a los oradores y al Consejo de Nobles.

—Por la sangre del demonio —susurró Raisa—. Intentaba complacer a todo el mundo, y tal vez firmó su propia sentencia de muerte. —Presionó sus dedos contra las sienas. La cabeza le retumbaba, como si los pensamientos y las revelaciones estuvieran dando golpes dentro de su cabeza.

—He aquí una teoría —dijo Raisa—. Micah y Fiona regresaron a casa y le dijeron a su padre que yo me había ido de Vado de Oden y que tal vez estaba de vuelta a casa. Esto obligó a Bayar a mover ficha. No podía arriesgarse a que yo llegara y arruinara sus planes. De modo que asesinó a la reina, mi madre, y a mí me tendió una trampa. Si me hubiera quedado en el sur, Mellony habría sido coronada y se habría casado con Micah. Incluso si más adelante yo me presentaba, disponían de tiempo suficiente para que resultara imposible echarlos. Si yo me hubiera mostrado lo bastante tenaz como para quedarme y luchar, habrían encontrado la manera para deshacerse de mí. Pero, naturalmente, la mejor apuesta era la de asegurarse de que yo no volviera nunca.

—No tenemos ninguna prueba de esto, Rosa Silvestre —dijo Willo con voz suave.

Raisa sacudió la cabeza.

—Créeme. Si yo estuviera muerta y no hubiera alternativa, los clanes tendrían que aceptar a Mellony. De modo que el Consejo de Magos probablemente supuso que era una buena solución.

—Alteza, nosotros nunca... —empezó Elena.

—¿Qué alternativa tenéis? —la interrumpió Raisa—. ¿A quién más encontraríais? ¿A mi prima, Missy Hakkam? —Se estremeció—. Mellony sería la única heredera superviviente de la dinastía Lobo Gris.

Sus enemigos habían sido más listos que ellos. Y ellos habían subestimado la crueldad de sus enemigos. Si no hubiera sido por Edon Byrne y Hanson Alister, ya habrían ganado.

Ellos, ellos, ellos, pensó Raisa. Debo ir con cuidado. Tal como dice Willo, no tenemos pruebas de que fueran los Bayar. Todavía no.

Y si fueron los Bayar, ¿qué Bayar? ¿Micah estaba implicado?

Pero ¿quién más podía ser? ¿Quién más tenía interés en ver a Mellony en el trono? ¿O existía alguna otra motivación que ignoraba? ¿Tenía enemigos, ella? Gerard Montaigne, por ejemplo. Se beneficiaría de un vacío de poder en los Páramos.

En medio de un tenso silencio, Raisa dijo:

—¿Qué dice la gente, en palacio y en la calle?

—La gente cotillea —repuso Averill. Hizo una pausa, buscando en la expresión de Raisa permiso para continuar—. Corre el rumor entre las personas más cercanas a

la familia, Alteza, de que la reina se quitó la vida —añadió—. Se dice que bebía demasiado. Y este rumor es general y persistente.

Me pregunto cómo empezó todo esto, pensó Raisa con amargura. Escucha y aprende. Muestra el mínimo indicio de debilidad y tus enemigos se arrojarán sobre ti.

—¿Y fuera del círculo más cercano? —preguntó Raisa.

—La gente está preocupada —dijo Averill—. Saben que has desaparecido, y se preguntan qué pasará ahora. No saben nada de Mellony, mientras que tú cuentas con un apoyo considerable de las clases trabajadoras. Debido al Ministerio Rosa Silvestre.

Un pensamiento inquietante cruzó por la mente de Raisa.

—¿Quién más sabe que estoy viva? —preguntó, mirando a todos los presentes—. Enviasteis un mensaje a mi padre. ¿Fue notificada la guardia, o el Consejo de Nobles, o...

—Yo no he hablado con nadie de la capital acerca del ataque —dijo Averill—. De modo que quien fuera que estuviera detrás, probablemente se está preguntando qué pasó. Y debe de tener miedo de que de pronto aparezcas.

—La gente del campamento habla —dijo Willo—, a pesar de que te traje corriendo a la Casa de la Matriarca nada más reconocerte. Claro que llegaste casi a mediodía, y los Demonai casi disparan contra Caza Solo cuando te trajo. —Se pasó una mano cansada por la frente—. Corren rumores, pero solo mis aprendices saben quién eres en realidad.

—Bueno —dijo Raisa—, espero que esto no salga del campamento hasta que... ¡Huesos! —Golpeó su puño contra la palma de la otra mano cuando de pronto le vino una idea a la cabeza—. Esto no funcionará si alguno de los que intentó matarme ha regresado a la Marca de los Páramos y ha dicho que había conseguido escaparme. Si alguno lo hizo, estarán a la expectativa de que yo regrese a la ciudad.

—Esperemos que Caza Solo se haya recuperado lo suficiente para responder a nuestras preguntas dentro de uno o dos días —dijo Willo.

Han. El cansancio y la desesperación se apoderaron de Raisa, que se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Debéis descansar, Alteza —dijo Willo—. Todos estos problemas mañana seguirán existiendo.

Raisa asintió. Ojalá Willo se equivocara. Todo cuanto deseaba era irse a dormir y despertar en un mundo en el cual todavía estuviera su madre. Un mundo donde se sintiese segura y protegida aunque solo fuera por un tiempo.



## Confesiones dolorosas

Todos se distribuyeron en diferentes cabañas para pasar la noche. Willo durmió en un catre en la habitación de Han, por si acaso necesitaba algo. Amon hubiera dormido en el suelo enfrente de la puerta de la sala común donde Raisa descansaba, pero Willo dijo a sus aprendices que le prepararan un catre.

Aunque estaba agotada, Raisa no conseguía encontrarse cómoda. Le dolía la espalda, a pesar del té de corteza de sauce que se había tomado para el dolor. Cada vez que cerraba los ojos, le venían a la mente escenas del pasado, acciones que desearía poder repetir con la sabiduría de ahora. Estaba tumbada boca abajo, las lágrimas mojaban su almohada y sentía un enorme dolor en sus entrañas.

Oía a Amon moviéndose en su catre junto a la puerta.

La culpa y el dolor espesaban el aire, la asfixiaban, le dificultaban la respiración. No. No podía, no quería permitir que Amon se atormentara.

Se sentó, apoyó la espalda contra la pared, vigilando de no presionar la herida.

—¿Amon? —susurró—. ¿Estás despierto?

Su respuesta llegó a través de la oscuridad.

—Sí. ¿Necesitas algo?

—¿Puedes venir a sentarte conmigo? ¿Por favor?

Oyó el crujido del catre cuando Amon se incorporó. Se acercó sin hacer ruido y se sentó en el catre que había al lado de Raisa.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a Willo?

Raisa negó con la cabeza.

—Ninguno de los dos puede dormir, estamos sufriendo mucho, y necesito hablar contigo.

—¿Estás segura de que ya te encuentras bien? —preguntó Amon—. Willo dijo que tenías que descansar.

—Creo que hablar un poco me irá mejor que descansar. —Raisa dio unos golpecitos en la cama, a su lado—. Ven aquí. Apóyate contra la pared.

Amon se deslizó hacia el cabezal de la cama e intentó ponerse cómodo en ese estrecho espacio.

Ella le cogió la mano y la sostuvo entre las suyas.

—Para ya —le dijo Raisa—. Deja de echarle la culpa.

Amon permaneció largo rato en silencio, quieto como una estatua a la luz que entraba por la ventana.

—¿Qué te hace pensar que me estoy culpando?

Seguía siendo un terrible mentiroso.

—Porque te conozco. Si alguien tiene que culparse de todo esto, soy yo.

Amon se pasó la mano que le quedaba libre por el pelo.

—¿Por qué tendrías que culparte? Nada de esto es culpa tuya.

—¿Qué no es culpa mía? A ver, ¿por dónde empiezo? —Raisa se mordió el labio inferior—. Si no me hubiera marchado de los Páramos, nada de esto hubiera pasado. Mi madre todavía estaría viva, y tu padre y todos los guardias que murieron defendiéndome, también. —Se estremeció—. Si me hubiera quedado en casa, tal vez podríamos haber arreglado nuestras diferencias.

Amon reflexionó sobre eso. Raisa apreció el hecho de que no le respondiera con una negación inmediata.

—Bueno —dijo Amon—, no podías saber lo que pasaría.

—Tú no podías saberlo —dijo Raisa—. Se supone que yo tengo el don de la profecía. ¿Por qué no podría haber visto cómo acabaría todo?

—La profecía no funciona de esta manera —dijo Amon—. Incluso cuando la gente ve el futuro, no lo comprende, o no se lo cree, o cierra los ojos para ignorarlo.

Se quedaron sentados y en silencio unos minutos. Después Amon dijo: —Me he estado preguntando esto desde que desapareciste de Vado de Oden. ¿Qué pasó? ¿Fue Micah?

—Lord Bayar envió a cuatro asesinos a Vado de Oden para matarme. Micah me ofreció una alternativa: casarme con él. De modo que acepté.

Había una expresión de comprensión en los ojos grises de Amon.

—¿O sea que Micah fue el que mató a los cuatro asesinos?

Raisa asintió.

—Ah —dijo Amon—. Un misterio resuelto. No logramos comprender quién podía haberlos matado con magia.

—Bueno —dijo Raisa, apoyándose en él—, yo conseguí matar a uno. —Todo parecía muy lejano, en la orilla opuesta de un mar turbulento de acontecimientos—. Nos dirigíamos hacia el norte cuando nos encontramos con el ejército de Gerard Montaigne de camino a Tamron. Apareció una patrulla tamronense y logré escapar en medio de la confusión.

—Sabía que te habías ido hacia el norte, lo presentía —dijo Amon—. Como te vieron durante la escaramuza, pensé que probablemente habrías ido a Tamron.

Raisa negó con la cabeza.

—Decidí regresar a casa porque ya estaba a mitad de camino.

—Tendría que haberte vigilado más de cerca en Vado de Oden —dijo Amon—. Sabíamos que al final te encontrarías con los Bayar.

Raisa negó con la cabeza.

—No. Basta. Esto también fue culpa mía. Fue la carta a mi madre lo que me delató. —Se secó una lágrima que le había resbalado por la mejilla.

—¿Qué carta? ¿La que ha mencionado tu padre?

—Convencí a Hallie para que hiciera llegar esa carta a la reina Marianna a través

de mi padre —dijo Raisa—. Quería que supiera por qué me había ido, y decirle que regresaba a casa. Debería haber sabido que los Bayar estarían vigilando a todas las personas de mi alrededor por si acaso intentaba ponerme en contacto con mi madre. Así es como descubrieron que estaba en Vado de Oden. No fue un descubrimiento al azar. —Tragó saliva—. Y es posible que mi carta le hiciera cambiar la sucesión de la forma que lo hizo.

—Bueno —dijo Amon, reflexivo—. Tal vez de lo contrario te habría desheredado por completo.

—Pero probablemente seguiría viva —dijo Raisa.

—Pero ¿por cuánto tiempo? —dijo Amon—. Una vez hubiera nombrado a Mellony como heredera, la habrían matado igual para poner a Micah en el trono.

El tiempo suficiente para poderla ver otra vez, pensó Raisa.

Se quedaron un rato en silencio. Finalmente habló Raisa.

—Es tu turno. Yo creía que... Cuando tu padre me dijo que estabas en Tamron, y que Montaigne tenía la ciudad sitiada, tuve miedo de no volver a verte más.

Él le apretó la mano, pero no dijo nada.

—¿Qué pasó? —preguntó Raisa—. El capitán Byrne me dijo que habías propagado la historia de que yo estaba en la ciudad para mantener a Montaigne ocupado.

Amon gruñó.

—¿No tenías miedo de lo que pudiera hacer el príncipe Gerard cuando descubriera que le estabas engañando? —dijo Raisa.

Amon se encogió de hombros, sin quitar la vista de sus manos entrelazadas.

—¿Puedes decir algo, por favor? —dijo Raisa, exasperada—. ¿En qué estás pensando? ¿Cómo lograste escapar?

Amon respiró profundamente.

—Simplemente alégrate de no haber estado allí, Rai —dijo—. Gerard es un monstruo, pero la familia real de Tamron no es mucho mejor que él. Esos Tomlin se pasan el día conspirando unos contra otros. Y cuando todo les falla, recurren al veneno. Durante el sitio, toda la ciudad se estaba muriendo de hambre, pero el rey Markus celebraba un festín cada noche en palacio. Se puso furioso cuando la reina Marianna no mandó a un ejército para ahuyentar a Montaigne, aunque él la había mentado. Amenazó con matar a los Lobo Gris, uno cada día, yo el último, si en los Páramos no respondían.

Raisa sintió que se le secaba la boca.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que te culpara si...?

—No intentes aplicar la lógica a lo que hace —dijo Amon. Hizo una pausa y añadió—: Wode Mara fue el primero.

Raisa se puso rígida.

—¿Wode? ¿Está... muerto?

Amon asintió, haciendo girar el anillo de los lobos en su dedo.

—Y no me preguntes cómo murió, porque no te lo diré.

Wode era un cadete pelirrojo, con una cara ancha, agradable y permanentemente quemada por el sol. Tenía una novia en los Acanilados de Caliza, y estaba ahorrando para casarse con ella.

—No puede ser —susurró Raisa.

—Creí que tendría que matar a Markus yo mismo, pero Liam Tomlin se me adelantó. Él y su hermana lo envenenaron.

—¿Liam envenenó a su padre? —Raisa recordó a Liam y a su hermana, la princesa Marina, en el día de su onomástica. Ambos eran altos, elegantes, con el pelo rizado y la nariz grande. Y tenían afición al veneno, por lo visto.

No estoy preparada para ser reina, pensó Raisa, estremeciéndose. No estoy preparada para enfrentarme a esta gente despiadada. No estoy preparada para jugar a este juego de alto riesgo como gobernante de los Páramos.

—Liam fue coronado rey, aunque no duró mucho tiempo en el trono —dijo Amon—. Montaigne traspuso las murallas al cabo de dos días. Y después... hubo una matanza. —Cerró los ojos. Sus pestañas eran largas y negras.

—¿Cómo conseguiste escapar? —preguntó Raisa—. ¿Y dónde está el resto de Lobos Grises?

—Tamron es débil, y los ardenienses lo saben —dijo Amon—. Están acostumbrados a luchar por su vida. Los ardenienses estaban concentrados en dos cosas: en capturarte a ti y a los Tomlin, y en robar todo lo que pudieran. Mataron a cuantos se interpusieron en su camino. —Se pasó una mano por la cara, como si quisiera borrar aquel recuerdo de su memoria—. De modo que matamos a un par de soldados ardenienses y les robamos el uniforme. Todos hemos estado en la academia; hablamos el idioma lo bastante bien para pasar inadvertidos. Además, ellos estaban ocupados en otras cosas. Fuimos al noreste, hacia Swansea, porque conocíamos el camino hasta Vado de Fetters y porque supusimos que Vado de Oden estaría muy vigilado.

»Pero lo peor, lo peor de todo, es que yo sabía que tú te hallabas en apuros. Sabía que estabas en peligro, sabía que te estabas muriendo, y no podía llegar hasta ti. —Tragó saliva—. No te imaginas... lo mal que lo pasé. —La voz le tembló.

Raisa recordó la voz de Amon en su cabeza. «No te mueras, Rai, no te rindas».

—Creo que tu padre tuvo una premonición —dijo Raisa—. Era casi como si supiera lo que se le exigiría, e hizo el sacrificio.

—Debería haber estado yo en su lugar —dijo Amon, secándose los ojos con la manga—. Yo soy tu capitán. Soy el responsable de tu seguridad.

—Eres responsable de la dinastía Lobo Gris, ¿recuerdas? Primero es la dinastía, no la reina. Tu padre salvó la dinastía. Te necesito, Amon. Necesito un capitán. Si voy a crear un reino a partir de este lío, necesito a una persona en la que pueda confiar. Te necesito vivo, ¿de acuerdo?

Raisa volvió a apoyar la cabeza sobre el hombro de Amon. Estuvieron un buen

rato sin hablar.

—¿Dónde están los Lobos Grises? —preguntó Raisa. Lo que queda de ellos, añadió en su mente.

—Ahora mismo están asignados a la Guardia de la Reina en la capital —dijo Amon—. Esperando órdenes. Espero que nos puedan alertar de los planes que se están tramando desde el otro lado.

—Si están planeando la coronación de Mellony —dijo Raisa—, ¿a quién van a poner de capitán de la Guardia de la Reina?

—Mmm. —Amon frunció el ceño—. No había pensado en eso. El conocimiento del vínculo se ha mantenido dentro de nuestra familia y los oradores del templo. Mellony no lo sabe, y los Bayar tampoco.

—Siempre ha sido un Byrne —dijo Raisa—. Querrán que todo parezca lo más normal posible. Y estarán dispuestos a cualquier cosa para que nadie ponga en duda la sucesión.

Amon la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy diciendo que no te sorprendas si te ofrecen el puesto —dijo Raisa—. Si esto llega tan lejos.

—No. —Amon negó con la cabeza—. Es imposible que me quieran cerca de Mellony. Elegirán a alguien más... maleable.

—Ya veremos —dijo Raisa—. Ellos no saben que ya te han nombrado capitán. Están acostumbrados a trabajar con tu padre. Eres joven, y no saben lo competente que puedes llegar a ser.

—De todos modos, yo nunca aceptaría eso —dijo Amon, enderezándose un poco—. Servir como capitán a tu hermana a petición de los asesinos de mi padre...

—Amon. —Raisa le puso la mano sobre el brazo—. Se supone que tú no sabes nada de eso. Cuando te lo pidan, debes estar preparado para decir que sí.

—¿Qué? —Amon miró a Raisa.

—Si dices que no, les estarás diciendo todo lo que necesitan saber. Sabrán de qué parte estás. Sospecharán que estoy viva, o por lo menos que sabes más de lo que estás diciendo. Será tu sentencia de muerte.

—Es imposible que esto funcione —dijo Amon con una expresión de reticencia testaruda.

—No te estoy diciendo que la sirvas realmente —susurró Raisa—. Simplemente di que sí cuando te lo pregunten, ¿de acuerdo? Practica hasta que te salga bien.

—Mmm. —Amon hizo una pausa y añadió—: ¿Cómo lograste escapar? Después de que mi padre muriera, quiero decir.

—Cuando tu padre murió, Mac Gillen me capturó y me arrastró para verse conmigo a solas. Esto probablemente me salvó la vida. Lo maté con el puñal de tu padre, cogí su caballo y salí corriendo, con la esperanza de poder llegar a los Pinos de Marisa antes de que me alcanzaran. Cuando me tocaron con la flecha, me metí dentro

de unas rocas. Después me di cuenta de que la flecha estaba envenenada y supe que moriría. —Raisa intentaba mantener un tono de despreocupación. El sentimiento de culpa de Amon ya era suficiente, no hacía falta añadir más—. Esto es lo último que recuerdo. Supongo que tendremos que preguntarle a Han Alister el resto de la historia. Por lo visto, apareció de la nada, me salvó la vida con alta magia y me trajo hasta los Pinos de Marisa. —Suspiró—. Elena y Nightwalker parece que no se creen esta historia.

Amon se aclaró la garganta.

—Cuando desapareciste de Vado de Oden, Alister y yo estuvimos hablando. No sé qué pensar de él, no sé qué es lo que le impulsa, y no confío demasiado en él, pero... —Vaciló, pero su honestidad le hizo continuar—. Me dijo que regresaba a los Páramos a buscarte. Él iría por el Paso de los Pinos de Marisa, y yo tomaría la ruta occidental. Eso explica por qué llegó allí.

—No sé lo que pasará cuando descubra quién soy en realidad —dijo Raisa—. Si es que sobrevive. —Se estremeció.

Amon le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia su cálido cuerpo.

—¿Tan mal está?

Raisa asintió.

—Tenía un aspecto horrible, Amon. Willo no está segura de si... Está muy preocupada por él. Mi madre ha muerto, y no pude decirle que la amaba, que por fin la comprendía, aunque fuera poco. Si Han muere, no sé lo que voy a hacer.

Estaba llorando otra vez, cediendo ante el sufrimiento, el dolor y el miedo.

—Le mentí, Amon. Día tras día. Fingía ser alguien que no era. Le permití que se acercara a mí, sabiendo que no teníamos futuro juntos.

—No tenías alternativa —dijo Amon.

—Podría haber confiado en él —dijo Raisa—. Ahora lo pondrá todo en duda. Creeré que todo era mentira.

—¿Cómo sabes cuáles eran sus intenciones? —inquirió Amon, directo como siempre—. Tiene una reputación en el Mercado de los Harapos, lo sabes muy bien.

Raisa vaciló, sin saber si seguir adelante.

—Es difícil de explicar... Me siento confusa. Pero cuando me curó, era como si se hubiese abierto ante mí. Como si no tuviera secretos. Como si lo hubiera llegado a conocer de una manera que... —Guardó silencio al ver la expresión de dolor de Amon.

—Es un mago, Rai —dijo él—. Recuérdalo.

Raisa asintió, enderezándose y enjugándose los ojos.

—Lo tendré presente —repuso, recordando la advertencia de Althea: «No debes dejarte atrapar como lo hizo Marianna»—. En fin. Lo hecho, hecho está. Debería haber estado aquí, junto a mi madre, y no estaba. Debería haber muerto en el cañón, y no lo hice. De alguna forma, esto es un nuevo comienzo. Debemos dejar todas estas lamentaciones atrás y mirar hacia delante. No podemos gastar energía en lo que

podría haber sido. Si lo hacemos, nuestros enemigos nos comerán vivos. —Miró a Amon esperanzada—. No podemos cambiar el pasado, pero sí moldear el futuro.

Se había pasado todo ese último año anhelando a Amon Byrne, sufriendo por lo que nunca podría haber entre ellos, lamentándose. Había planteado el tema de forma injusta para los dos.

Recordó las palabras de Edon Byrne, pronunciadas con la autoridad de quien sabía lo que significaba sacrificar el amor por el deber: «Sois valiente. Encontrad la felicidad donde podáis. Enamorada o no, encontraréis una manera de continuar la dinastía».

Ella amaba a Amon Byrne; una parte de ella lo amaría toda la vida. Pero la forma en que había enfocado el tema le había impedido disfrutar de lo que sí podía tener con él. Amon era su mejor amigo, siempre había sido su mejor amigo.

Y ahora necesitaba más amigos que nunca.

Esa noche durmieron juntos, abrazados, tal como habían hecho un centenar de veces cuando eran niños. Eran dos personas heridas, acababan de quedarse huérfanas y se necesitaban mutuamente.

La barrera mágica entre capitán y reina nunca interferiría en eso.

## Juegos de palabras

Han había dormido en la Casa de la Matriarca del Campamento de los Pinos de Marisa casi cada verano de su vida. Los sonidos y los aromas se filtraban por los poros de su piel, lo calmaban y lo hacían sentir seguro de una forma que nunca había experimentado en casa.

Ahora estaba de nuevo allí, pero esta vez cada sensación era dolorosamente ampliada. El peso de una manta sobre su cuerpo le resultaba insoportable, las voces de la habitación retumbaban en sus oídos, tenía calor, tenía frío, la piel le escocía y le quemaba como si un millar de insectos le picaran a la vez. Se notaba los párpados como de papel de lija, se le reseocaban los ojos. Deseaba mudar de piel igual que una serpiente.

Cuando le quitaron el amuleto, fue como si le arrancaran el corazón, dejándole un enorme agujero por donde la magia salía en tropel. Cada vez que alguien se le acercaba, le hacía daño, le ponía agua hirviendo en la boca, le tocaba la delicada piel con unas manos duras y ásperas. Intentaban, por turnos, hervirlo vivo y congelarlo hasta morir. Él se resistía. Intentaba atacarles cada vez que se le acercaban, de modo que la mayor parte del tiempo se mantenían a distancia.

Cuando ya creía que se iba a ahogar con su propia saliva, le dieron la vuelta. Sufría espasmos terribles que le dejaban los músculos doloridos durante horas.

Cuando abrió los ojos y vio a Willo, le miró fijamente e intentó hablar para suplicarle que no permitiera que le atormentaran más de esa forma. Pero no consiguió articular palabra.

Finalmente, le devolvieron el amuleto. Descansaba, cálido, sobre su pecho, y lo cogió con ambas manos. Era su vínculo con el mundo, mantenía su destello en circulación y evitaba que se fugara. Entonces oyó una voz familiar dentro de su cabeza, inesperadamente amable y calmante.

«Bueno, Alister, has conseguido sobrevivir a pesar de ti mismo. Parece que existe un dios que cuida de los necios».

¿Cuervo? No. Imposible.

Han intentó recordar cómo había llegado a los Pinos de Marisa. ¿Qué había pasado? ¿Había cogido la fiebre de Mari otra vez? Había algunas fiebres que se repetían una y otra vez.

No dejaban de molestarlo con la comida y la bebida.

Y entonces abrió los ojos y vio la cara de Rebecca Morley. Tenía agua hasta la cintura, el pelo aplastado y una nube de vapor que se levantaba a su alrededor, como una de esas doncellas-sirenas de los cuentos, que hacen adivinanzas y si no aciertas la



respuesta intentan ahogarte. Raisa le había cogido por los tobillos, y Willo y alguien más por los brazos, y lo metieron en una fuente termal helada.

No llevaba nada de ropa, pero estaba demasiado adormilado para pensar en eso.

En otra ocasión, se despertó y vio a Rebecca con una cuchara, intentando introducirle papilla en la boca. La mano le temblaba y tenía los ojos inundados de lágrimas.

Bueno, si esto es tan importante para ti, pensó Han.

Abrió los labios pero mantuvo los dientes cerrados por si acaso estaba ardiendo, pero al notar que estaba bien, abrió la boca del todo, y ella sonrió como si los dos hubieran hecho algo fabuloso. Rebecca le pasó un brazo por los hombros. Willo se acercó por el otro lado y le incorporaron un poco para que pudiera beber sin ahogarse. Rebecca le puso una taza en los labios. Era té tibio, y consiguió beber sin que se le derramara por las comisuras de la boca, cosa que le había pasado constantemente esos últimos días.

Le daba vergüenza que Rebecca Morley tuviera que alimentarlo como a un bebé. Pero su contacto le calmaba. Le gustaba descansar en sus brazos.

Había algo que tenía que recordar de Rebecca Morley. Algo que había pasado. ¿No estaba herida? ¿No había muerto? Pero ahora parecía encontrarse mejor que él, vestida con una túnica de los clanes con unos lobos grises bordados, demasiado elegante para llevarla en la habitación de un enfermo.

Estiró el brazo y secó las lágrimas de Rebecca con su dedo pulgar, pero solo consiguió que llorara más. Y eso fue lo único que recordó durante mucho tiempo.

La siguiente vez que se despertó, notó su amuleto cálido y zumbando. Abrió los ojos y vio a Bailarín de Fuego sentado al lado de su cama. Bailarín tenía una mano sobre el amuleto de Han, traspasándole energía mientras el amuleto se la traspasaba a Han.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Han. Se quedó un poco sorprendido al ver que le habían salido las palabras y que Bailarín las había oído y comprendido.

—Te he estado traspasando energía estos últimos días —dijo Bailarín—. Parece que utilizas la tuya tan pronto como aparece. Es una forma de ayudarte a curarte sin arriesgarme a ser envenenado.

—Ah. —Han reflexionó en eso un momento. El destello salía como un chorrito de brandi, y se sentía mucho mejor que antes—. ¿Tengo que devolverla?

Bailarín sonrió, aunque tenía una expresión de preocupación en la mirada.

—Ya veremos. Tal vez yo me quedo bajo de defensas uno de estos días y tú me puedas ayudar.

Han se sentía más alerta, se notaba la mente más clara, mucho más que antes. Y estaba hambriento, aunque tenía un sabor en la boca parecido al de un establo necesitado de limpieza.

—¿Sabes si... hay algo de comer por aquí? —preguntó.

Bailarín sonrió otra vez.

—Por favor. Ya sabes que nunca hay nada de comer en casa de mi madre.

Un joven con un amuleto de sanador apareció de la nada con un plato de estofado, una jarra y una taza. Dejó la comida en un banco que había junto a la cama y se fue, asegurándose de no acercarse demasiado a Han.

—¿Es que tengo algo contagioso? —preguntó Han cuando el sanador ya se había ido.

—He oído por ahí que no has sido muy amable con los aprendices de Willo —dijo Bailarín—. Tienes suerte de que todavía se atrevan a entrar.

Han se sentó y se apoyó contra la pared. Bailarín destapó la jarra y le sirvió una taza de té de las tierras altas.

—No te acostumbres a que te sirvan —le advirtió Bailarín, alimentando de nuevo su amuleto—. Esto ya casi está. —Vestía el atuendo de los clanes: polainas y una túnica de piel de ciervo adornada con los característicos diseños de Willo, y su amuleto escondido discretamente debajo.

—¿No me digas que han dejado volver a dos magos al Campamento de los Pinos de Marisa? —preguntó Han—. A los Demonai les debe de haber cogido un ataque.

Bailarín se puso a reír, y a Han le complació haber dicho algo con sentido y divertido. Se notaba el cerebro como uno de esos quesos cremosos que vendían a veces en el Mercado, lleno de agujeros en lugares donde antes había conocimientos.

Han desvió la atención al ver que alguien abría la cortina.

Era *Gata Tyburn*.

—¡Hayden! Deberías ver los cuchillos que hay en el mercado de aquí —dijo—. Pero son todos un atajo de ladrones cabezacobrizas, con lo que piden por un... —De pronto se quedó muda al ver a Han sentado en la cama.

Se dejó caer de rodillas al lado de la cama, examinándole la cara con los ojos entrecerrados.

—¡Pulseras! ¿Estás despierto? ¿Ya no estás enfermo? Empezaba a creer que no te recuperarías nunca.

Se suponía que Gata y Bailarín estaban en Vado de Oden. ¿Qué estaban haciendo allí? Sobre todo Gata. Ella odiaba a los clanes, ¿no?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. Se supone que deberías estar en la escuela.

—Bailarín y yo vinimos a buscarte para darte una buena paliza por haberte largado sin decirnos adónde ibas —dijo Gata—. Creímos que causaría más sensación si esperábamos a que te despertaras.

—No íbamos muy lejos detrás de ti —dijo Bailarín—. Pájaro finalmente me dijo dónde te habías ido, y por qué, al cabo de una semana de haberte marchado. —La ira pasó por su cara como la sombra de una nube sobre un campo.

Mmm, pensó Han. ¿Por qué había venido? Y después lo recordó: para encontrar a Rebecca Morley.

Se concentró en eso. ¿Dónde estaba Rebecca? ¿Cómo había llegado hasta aquí?

¿Qué había pasado? ¿Cuánto tiempo hacía que estaba en la cama? Este era uno de los agujeros.

—Cuatro días —dijo Bailarín, como si le hubiera leído el pensamiento—. Han pasado un montón de cosas. Han cambiado muchas cosas. —Observó la cara de Han para evaluar lo lúcido que estaba—. Es por esto que quería traspasarte energía. Hay mucha presión de... bueno, de todo el mundo.

—¿Presión? —Han intentó coger la jarra del té, pero falló en su primer intento. Todavía notaba un hormigueo por todo el cuerpo, los dedos gordos y torpes, aunque tenían el aspecto de siempre. Se concentró, hizo otro intento, cogió la jarra, la destapó y se sirvió, mientras Bailarín le observaba con las manos extendidas por si acaso a Han se le resbalaba.

—La reina ha muerto —dijo Bailarín—. Tal vez asesinada. Se cayó del balcón de la Torre de la Reina hace una semana.

Han parpadeó. Pensó un momento.

—¿Marianna? Se llamaba así, ¿verdad? —Miró a Bailarín para que se lo confirmara.

Bailarín asintió.

—Bueno. Supongo que llego tarde, entonces. —En estas circunstancias, tal vez se había quedado sin trabajo. Tal vez podría regresar a Vado de Oden y continuar con sus estudios. Esta idea le animó.

Entonces recordó a la princesa heredera.

—Pero hay una nueva reina, ¿no? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Éste es el problema —dijo Bailarín—. La nueva reina todavía no ha sido coronada. Es probable que se produzca una lucha entre las dos princesas, Raisa y Mellony.

Ése era el nombre. Raisa. Ella era la que había dado dinero a la Escuela del Templo de Jemson. No sabía nada de la otra.

Y entonces irrumpió otro recuerdo en su mente. El capitán Byrne, con el cuerpo asaetado.

—El capitán Byrne también está muerto —dijo Han. ¿Tenía alguna conexión la muerte de Byrne con la de la reina?—. ¿Lo sabías? Murió en el Paso de los Pinos de Marisa.

Bailarín asintió.

—Lo sé. Trajeron de vuelta el cadáver de Byrne, y los Demonai celebraron una ceremonia con una pira funeraria ayer por la noche. Le honoraron como a un guerrero caído. No es muy habitual honrar así a un hombre de los llanos.

Más recuerdos. Rebecca Morley luchando por su vida. La emboscada en el cañón. La flecha envenenada.

Han cogió a Bailarín por la manga y lo escupió antes de que se le fuera de la cabeza.

—Byrne y Rebecca viajaban juntos, con un grupo de casacas azules. Fueron

atacados. Por lo que me consta, ella es la única superviviente.

Otro recuerdo le sorprendió: una conexión profunda, un recuerdo, un vínculo que les unía, alma con alma, mientras él luchaba por mantenerla viva. Y lobos, lobos grises como espectros, apareciendo y desapareciendo por entre los árboles.

Pero ¿había sobrevivido Rebecca? Estaba casi muerta cuando llegaron. Sin embargo, le pareció recordar algo en relación con ella...

—¡Rebecca! ¿Dónde está? —preguntó Han.

—De esto precisamente te quería hablar. De Rebecca Morley —dijo Bailarín, mirando hacia la puerta como si temiera que le interrumpieran—. Hay algo que debes saber.

El miedo provocó un cosquilleo en la nuca de Han. Examinó el rostro de Bailarín, buscando señales y temiendo lo peor.

—No está muerta. Podría jurar que vino a verme. Parecía estar bien. Incluso probó de darme algo de comer.

¿Era posible que todos sus esfuerzos no hubieran servido de nada?

Bailarín sacudió la cabeza.

—No temas, está bien, cada día se encuentra mejor. Tenía una herida muy fea en la espalda, pero tú te llevaste la peor parte del veneno, de modo que ella se está recuperando más rápido. De hecho, vendrá a hablar contigo, pero solo quería advertirte que...

Alzó la vista, sobresaltado, al ver que las cortinas de la entrada se abrían a un lado y aparecía Rebecca.

Llevaba una falda de los clanes que le llegaba casi a los tobillos, unas botas con grabados y tachuelas y una camisa holgada de lino con un bordado en el cuello y sujeta en la cintura con una faja de color morado tejida a mano. Colgado al cuello, un collar de rosas y espinas de oro, y su cabello oscuro enmarcaba sus ojos verdes como una capa suave y brillante.

Fue un festín para sus ojos, incluso en su estado actual de debilidad.

Han se miró a sí mismo, pensando que no le vendría nada mal limpiarse un poco.

Bueno, pensó. Al fin y al cabo, ella es el motivo por el cual te ves y te sientes como si te hubiera atropellado un carro de estiércol en Pinbury Alley. Pero el simple hecho de verla, tan viva y con tan buen aspecto, ya valía la pena. Lo repetiría si fuera necesario.

—Han —dijo, deteniéndose justo tras pasar la puerta, dudando de si sería bienvenida—. ¿Puedo pasar?

—Depende —dijo Han, intentando resultar ingenioso—. La última vez que te vi, intentaste quitarme el corazón.

—La última vez que te vi, creo que me escupiste la papilla por encima —respondió ella. Después se estremeció, pensando que probablemente ella era la última causa de que le hubiera escupido la papilla.

Intentó sonreír, pero tenía la cara tensa y pálida, se la veía nerviosa, y evitaba

mirar a Han a los ojos.

—¿Te encuentras bien para hablar un rato?

Han se encogió de hombros y miró a su alrededor.

—Bah... Bueno, que yo sepa, no tengo planes. —Le parecía que había pasado mucho tiempo desde que ella era su tutora y él su alumno para aprender a hablar y a comportarse correctamente, pero no había perdido la costumbre de corregirse a sí mismo en presencia de Rebecca.

Rebecca miró a Bailarín y a Gata.

—¿Nos podríais dejar a solas unos minutos?

Gata no quería salir. Han se dio cuenta. Pero Bailarín la cogió por el codo y se la llevó hacia afuera.

Rebecca se sentó en una silla al lado de la cama. Estaba muy pálida, tenía la nariz rosada y las pestañas húmedas, como si hubiera estado llorando.

—Me siento... muy aliviada de ver que estás bien —dijo, alisándose la falda con las manos. Le miró un instante a la cara—. ¿Te sientes mejor? —dijo, apurada.

Han se quedó pensativo. Aunque Bailarín había dejado de alimentar su amuleto, se sentía recuperado, feliz, casi somnoliento.

Su suerte finalmente había cambiado. Rebecca estaba viva. Él estaba vivo. Estaban juntos. Esto era lo único que importaba.

—Estoy bien —dijo, sonriendo—. Aunque supongo que se me han pasado las ganas de absorber más veneno de ese a corto plazo.

—Y a mí —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Tuviste esa reacción en la que parece que el agua esté hirviendo? ¿Y notabas... notabas...

—¿Notabas que te picaba todo por la noche? —Ella asintió, con las mejillas coloradas, y Han entornó los ojos—. Te juro que he sufrido todos los síntomas posibles. —Frunció el ceño—. ¿No probaste de ahogarme una vez?

—Bueno, estábamos intentando sacarte el veneno, de modo que te llevamos al manantial del sanador... —Su voz se apagó cuando vio que Han le estaba gastando una broma.

—Estaba tan preocupada por ti —continuó—. Creo que no lo habría podido soportar si tú... bueno... Si tú... —Respiró hondo, cogiéndose a los brazos de la silla—. Quería darte las gracias por salvarme la vida. Pase lo que pase, nunca olvidaré el servicio que me has prestado.

¿Servicio? Parece diferente, pensó Han. Curiosamente formal. Nerviosa e intranquila.

—El capitán Byrne está muerto —dijo Han—. ¿Lo sabías? Me lo encontré en el Paso de los Pinos de Marisa, cubierto de flechas.

Ella asintió.

—Sí, lo sé. Vi... vi lo que pasó. Ya hemos trasladado su cuerpo. Tal vez... ¿te lo ha dicho Bailarín?

Han asintió.

—Tengo su espada. O por lo menos la tenía cuando llegué. Es una pieza muy trabajada. Pensé que el cabo Byrne la querría.

—Muy amable por tu parte —dijo Rebecca—. Seguro que la querrá. Está aquí. El cabo Byrne. Está aquí fuera. Pidió hablar contigo cuando yo... cuando haya terminado. Quiere hacerte preguntas y... darte las gracias.

Tal vez por eso está tan nerviosa, pensó Han. La última vez que estuvieron juntos, Han había saltado por la ventana de la habitación de Rebecca para que Amon Byrne no le atravesara con su espada.

Parecía que Rebecca tenía algo importante que decirle, pero no se atrevía a decirlo. Empezó haciéndole una pregunta.

—Quería preguntarte cómo fue que me salvaste la vida —dijo—. No recuerdo mucho, la verdad, y la gente me ha hecho un montón de preguntas.

—Cuando desapareciste de Vado de Oden, me dirigí al Paso de los Pinos de Marisa, buscándote, preguntando por ti a lo largo del camino. —Han hizo una pausa, esperando que se llenaran los agujeros—. En Vado de Fetters, el chico de la posada recordaba a alguien que respondía a tu descripción, pero me dijo que te llamabas Brianna y que te habían asesinado unos vagabundos.

—Ah —dijo Rebecca, asintiendo—. Simon.

—Entonces no pasó nada más hasta que, en el norte de Delphi, vi a unos casacas azules asesinados en el campamento de Way Camp. No llevaban uniforme, pero llevaban el equipo de los casacas azules y documentos. Debieron de asesinarlos en medio de la tormenta de nieve. —Miró a Rebecca, y ella simplemente asintió—. Después, más adelante, encontré el cadáver del capitán Byrne en el desfiladero. No entendía nada. Todos habían muerto por flechas de ballestas, no de los clanes. No conseguía comprender qué pasaba, quién luchaba contra quién, ni por qué.

Rebecca tiró de los pliegues de la falda, alisando la tela.

Han continuó.

—Después de atravesar el paso, oí el murmullo de caballos, como si se tratara de una cacería. Entonces les vi persiguiéndote, disparándote, aunque en ese momento no te reconocí. —Se frotó la barbilla—. De modo que decidí seguir adelante e intentar ayudarte.

Rebecca alzó la vista, con la cabeza inclinada.

—¿De veras? Si no me reconociste, ¿qué te hizo decidir a intervenir? —dijo, agitando la mano—. Al fin y al cabo, hubiera podido ser una delincuente perseguida por la Guardia de la Reina.

—Eran seis contra uno —dijo Han, pensando, esto no es tan difícil de entender—. Al final ocho contra uno. Por tu tamaño, supuse que eras una mujer o un niño, y tú no disparabas para defenderte. Además, no llevaban uniforme, de modo que para mí eran bandidos.

»Incluso si hubieran llevado insignia y sus casacas azules, me hubiera parecido injusto. Yo no sabía lo que estaba pasando, pero no creo que sea en interés de la reina

enviar a ocho hombres para asesinar a una chica como tú. —Miró a Rebecca directamente—. Y si la reina aprueba eso, es que algo va mal.

Rebecca tenía esa expresión de abofeteada que ponía a veces.

Han pensó un momento en lo que acababa de decir. No, todo tenía sentido, y no veía nada ofensivo en sus palabras.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Rebecca.

—Cuando te encontré, estabas en el cañón y se te estaban acercando. —Han tomó un largo sorbo de té. Todavía se notaba la boca muy seca—. No fue hasta que te saqué de tu escondite que me di cuenta de que eras tú. No lograba entender qué estabas haciendo allí. Eché un vistazo a tu herida, y entonces me di cuenta de que la punta de la flecha llevaba veneno, y...

—Espera un momento —dijo Rebecca, levantando la mano—. ¿Qué pasó con los hombres que me tendieron la emboscada?

Han vaciló, preguntándose qué pensaría de él, y después se encogió de hombros.

—Los maté.

Rebecca le miró como esperando a que acabara la explicación.

—¿A todos? ¿No se escapó ninguno?

Él asintió, empezando a preguntarse por qué quería saber tantos detalles. ¿Estaba sedienta de sangre, de venganza, o es que tenía miedo de que regresaran?

—¿Mataste a ocho hombres tú solo?

—Bueno —dijo Han, con paciencia—, les cogí por sorpresa.

—¿Utilizaste la magia?

Han negó con la cabeza.

—No había motivo para hacerlo. Con mi arco fue suficiente. —Al ver que ella no decía nada, añadió—: Uno de mis maestros dice que lo más importante que un mago debe aprender es cuándo no utilizar el destello. De lo contrario, te faltará cuando más lo necesites. Debes conservarlo, ahorrarlo, y cuando lo necesitas, utilizarlo solo si es imprescindible.

Se calló, consciente de que estaba dando demasiada información. ¿Y qué interés podía tener para ella lo que Cuervo le decía?

—Entonces, ¿qué pasó después de haberlos matado? —preguntó Rebecca. Por lo visto, se había quedado pensando, sorprendida en el hecho de que Han hubiera matado a ocho hombres con un arco.

—Sabía que mi única alternativa para poderte salvar era llegar al Campamento de los Pinos de Marisa y esperar a que Willo estuviera aquí.

—Exacto. Conocías los Pinos de Marisa —dijo Rebecca, con la frente fruncida—. Willo dijo que pasabas aquí todos los veranos, ¿verdad?

Han asintió, cansado. Estaba muy contento de tener a Rebecca allí —estaba desesperado por mantenerse despierto y disfrutar de ese momento—, pero toda esa charla le estaba cansando mucho.

—Pero fuiste tú quien me salvó la vida —dijo Rebecca—. Usando alta magia.

Eso es lo que dijo Willo.

—Bueno, me di cuenta de que si no hacía nada, morirías antes de llegar aquí. —Hizo una mueca—. De modo que hice muy bien en no gastar mi destello para deshacerme de esos bandidos, porque de lo contrario estaríamos los dos muertos.

—Aún así, has estado a punto de morir —dijo Rebecca, cogiéndole las manos—. Lo siento mucho. Por todo. —Su expresión decía que lo sentía por cosas que él aún ni siquiera sabía.

Era como si estuviera preocupada de que pudiera pensar mal de ella. ¿Creía que a él le molestaba el hecho de que casi había muerto por salvarle la vida?

Ha valido la pena, pensó Han. Le cogió las manos, la atrajo hacia él y la besó, con un beso largo y lento, saboreándolo, a pesar de sus nervios desquiciados. Ella fue la que se separó, se echó atrás, con la cara pálida, sus grandes ojos verdes angustiados.

Tal vez fueran los efectos secundarios del veneno, pero Han se encontró diciendo algo que nunca antes había dicho a ninguna chica.

—Te quiero, Rebecca. Y yo no lo siento. Volvería a hacerlo otra vez, aún sabiendo el precio que podría pagar. No podría soportar perderte.

La reacción de Rebecca fue peculiar, por decirlo de alguna forma. Se echó atrás, casi como si tuviera pánico. Ella era la que sabía tanto de hablar, y en cambio ahora tartamudeaba y tropezaba con la lengua como si la tuviera enredada.

—Creo que se supone que debes decir que me quieres también —dijo Han, finalmente—. Solo para que lo sepas la próxima vez.

—Yo... —dijo Rebecca, con las mejillas coloradas de vergüenza—. Te quiero —dijo rápidamente, pero ya era demasiado tarde.

Después de un silencio incómodo, Han se aclaró la garganta.

—Bueno, Rebecca —dijo—. ¿Cuál es tu historia? ¿Por qué desapareciste de Vado de Oden? ¿Quiénes eran esos jinetes y por qué te perseguían? ¿Era porque viste cómo mataban al capitán Byrne y no querían que te fueras de la lengua?

Rebecca respiró hondo, como si se estuviera preparando.

—Micah Bayar me secuestró en Vado de Oden —dijo—. Me dijo que me mataría si no le obedecía.

—Bayar —murmuró Han. Eso confirmaba lo que había sospechado desde el principio—. Lo sabía. ¿Tuvo algo que ver con el hecho de que tú y yo hubiéramos estado saliendo juntos?

Rebecca negó con la cabeza, sorprendida.

—No. Es... se trata de una larga historia, pero es algo entre Micah y yo. No tiene nada que ver contigo.

—¿Algo entre tú y Bayar? —Rebecca asintió. A Han no le gustó mucho eso—. Entonces, ¿quiénes eran los jinetes que iban tras de ti?

—Eran miembros renegados de la Guardia de la Reina —dijo Rebecca—. A uno de ellos, por lo menos, le conocías. El sargento Gillen...

Han frunció el ceño, desconcertado.



—No recuerdo haber visto a Gillen...

—Lo maté yo misma —dijo ella—. La primera vez que logré escapar de ellos.

Bien. Tal como dijeron los hombres del cañón. Sabía que ella tenía un carácter duro, lo sabía desde que había rescatado a los harapientos de la Cárcel Militar de Puente del Sur.

—Era a mí a quien perseguían —continuó Rebecca—. Mataron al capitán Byrne y a todos los demás para capturarme a mí.

—Pero ¿por qué te perseguían? —preguntó Han—. Se complicaron mucho la vida, ¿no? Es decir, que el botín tampoco podía ser tan grande. Ni siquiera robaron nada a los soldados que mataron, por lo que pude ver.

—Mi auténtico nombre no es Rebecca Morley —dijo, levantando la barbilla y mirándole directamente a los ojos, casi con una actitud desafiante—. La primera vez que utilicé ese nombre fue el día en que nos conocimos, en el Templo de Puente del Sur. Fui allí a ver al orador Jemson para hablar de la provisión de fondos para su ministerio. Amon, el cabo Byrne, me sugirió que si tenía que pasar por el Mercado de los Harapos y por Puente del Sur, era mejor que ocultara mi identidad.

Han no comprendía nada.

—¿Ibas a dar dinero a la Escuela del Templo? ¿Desde cuándo una tutora hace este tipo de donaciones?

—Te mentí cuando te dije que era tutora —dijo Rebecca.

—¿O sea que nunca has trabajado para los Bayar?

Rebecca negó con la cabeza.

—Mi familia es bastante rica, aunque yo todavía no tengo un acceso fácil al dinero. —Hizo una pausa—. O no tenía, por lo menos —añadió, casi hablando consigo misma.

Así que era algo más que una sirvienta de la clase alta. ¿Era una auténtica dama rica paseándose por el Mercado de los Harapos? ¿Era esto lo que le estaba diciendo?

Han sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Sabía algo de las damas ricas y de lo que esperaban de él.

—Cuando me sacaste del templo, no quería que supieras quién era realmente —prosiguió Rebecca—. De modo que seguí con el engaño. No te conocía, pero había oído decir que eras un ladrón y un asesino desalmado.

Hizo una pausa, y Han se preguntó si Rebecca estaba pensando en los ocho casacas azules que acababa de matar.

—Nunca he tenido la oportunidad de decirte la verdad, ni cuando entré en la Cárcel Militar de Puente del Sur para liberar a los harapientos. No quería que nadie supiera nada de mí. De todos modos, tampoco me imaginé que volveríamos a vernos. —Rebecca miró sus manos.

Era una conversación extraña. La emoción crepitaba en el aire, mucho más de lo que parecía necesario. Rebecca estaba prácticamente de rodillas pidiendo perdón a un antiguo ladrón callejero por el hecho de ser un poco o muy rica.

—Bueno —dijo Han, con cautela—. Supongo que sabía, en el fondo, que eras de sangre azul. Para mí, casi todo el mundo lo es.

Ahora que Rebecca había empezado su historia, estaba decidida a acabarla.

—Cuando fui a Vado de Oden, estaba huyendo de un matrimonio forzado, y no quería que mi madre me encontrara. Rebecca Morley me había sido útil una vez, de modo que decidí utilizar de nuevo ese nombre.

Han sintió un hormigueo en el cuello y los hombros. Esta historia le resultaba familiar. ¿Dónde la había oído antes, la historia de una chica de sangre azul que había huido de un matrimonio?

—¿De quién estabas huyendo? —preguntó Han, con la boca más reseca que nunca—. ¿Por qué esos casacas azules querían matarte? Si no eres Rebecca Morley, ¿entonces quién eres?

Rebecca se inclinó hacia delante, le cogió la mano derecha con fuerza y le miró a los ojos.

—Me escapé para no casarme con Micah Bayar —dijo—. Mi madre, la reina, insistió —añadió, depositando una moneda en su palma.

Él la miró. Era una moneda con el retrato familiar de un perfil brillando a la luz de las farolas. Miró a Rebecca, miró la moneda, y todos los agujeros de su cabeza se rellenaron. ¿Por qué no lo había visto antes?

Era como si ella creyera que si le daba veneno a pequeños bocados, sería más fácil de tragar.

—Mi auténtico nombre es Raisa —dijo—. Raisa *ana*’Marianna, dentro de poco la reina de los Páramos.

## El precio del engaño

A Raisa le pareció que el tiempo se ralentizaba. Han miró la moneda de nuevo, y después a Raisa. Extendió el dedo índice y trazó su perfil, y después sacudió la cabeza.

Raisa cogió las manos de Han entre las suyas, conteniendo la respiración. No sabía la reacción que tendría; ira, repugnancia, desdén, decepción, indignación. Había dejado bien claro qué era lo que pensaba de las reinas y la gente de su clase.

Alzó la vista, sus ojos azules encontraron directamente los de ella, y allí estaba la respuesta. Traición. Sus ojos estaban llenos de traición, ira y pérdida. Lo único que ella podía hacer era no apartar la mirada. Se lo debía.

Han apartó sus manos suavemente, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—No —dijo, entrelazando sus dedos sobre su vientre—. No es verdad. No puede ser verdad. —La voz le temblaba ligeramente.

—Lo siento —dijo Raisa—. Siento mucho haberte mentado, y siento mucho habértelo tenido que decir ahora, de esta forma.

Han no abrió los ojos.

—No quiero agobiarte ahora, cuando todavía te estás recuperando —dijo Raisa—. No es correcto y no es justo. Pero sabía que si no te lo decía, alguien lo hubiera hecho, y quería decírtelo yo misma.

Han no dijo nada. Tenía los ojos cerrados, las pestañas negras contra su piel pálida y lisa como el mármol de We'enhaven, solo estropeada por la cicatriz de cuchillo que tenía sobre el ojo derecho.

—Esto no tiene por qué cambiar las cosas entre nosotros —dijo Raisa—. Bueno, claro que algunas cosas cambiarán, pero...

Han abrió los ojos. Habló con una voz fría y grave.

—¿Por qué clase de idiota me has tomado?

Había algo aterrador en su cara. Algo que decía que ahora ella era la enemiga, y que nunca más volvería a confiar en ella.

Raisa negó con la cabeza.

—No te tomo por ningún idiota —dijo—. Sé que tú...

—¿Te crees que no sé cómo funciona el mundo? —dijo—. ¿Te crees que no sé cómo funcionan las cosas entre la gente como tú y como yo? ¿Te crees que no he estado nunca con una chica de sangre azul? —Resopló—. Las chicas como tú solían venir al Mercado de los Harapos en busca de aventura. En busca de un revolcón rápido con alguien que no les complicara la vida.

—No es así como yo te veo —dijo Raisa, picada.

—O tal vez es que formo parte de tu... ¿cómo lo llamas?, tu ministerio —dijo amargamente—. Un poco de caridad personal. Una oportunidad para elevar las sucias e ignorantes...

—Fuiste tú el que vino a mí, si mal no recuerdo —replicó Raisa, incapaz de contenerse—. Yo no buscaba trabajo. Tú me pediste que te diera clases, y yo acepté.

—Vaya, de entre toda la gente que había en Vado de Oden escogí a una princesa —dijo Han—. Tengo buen ojo. De hecho, siempre detectaba cuándo alguien iba con una bolsa llena, por la calle. —Inconscientemente se tocó las muñecas, como si todavía llevara puestas las pulseras—. Te debes de haber divertido oyéndome hablar como un enamorado cautivado. Lo que yo te diga, el pobre Alister se ha superado.

—No me estoy riendo de ti —dijo Raisa—. ¿Cómo podría hacerlo? Yo me preocupo por ti. Yo...

—También te preocupas por tu caballo —dijo Han—. Y tu caballo te proporciona un servicio útil. —Volvió a cerrar los ojos, como si no pudiera soportar verla más.

Raisa no lograba encontrar las palabras adecuadas, si es que había algo adecuado para decir en esa situación. Han Alister siempre había encontrado la manera de hacerle perder el equilibrio. Ahora, su intenso dolor por las pérdidas recientes y su culpabilidad por haberle mentado la dejaron sin habla, le ahogaron las palabras que normalmente le salían con tanta facilidad. De modo que lo que decía solo empeoraba las cosas.

—Comprendo que estés enfadado. Sé que culpas a la Guardia de la Reina y a la reina Marianna de lo que le pasó a tu familia. Tal vez a mí también. Me gustaría que existiera algún modo de hacerla volver. Pero no puedo. Haría cualquier cosa por no tenerte que confesar esto. Supongo que te sientes muy traicionado.

Han abrió los ojos y la miró sin mover ninguna otra parte del cuerpo.

—Tu madre está muerta —dijo, a modo de afirmación.

—Sí —dijo Raisa.

—Bien —dijo él, cerrando los ojos de nuevo.

Se abrieron de nuevo cuando Amon Byrne habló desde la puerta de la habitación.

—Vuestra... Rai... ah... ¿sería oportuno ahora?

Al tropezar con su nombre, Raisa se dio cuenta de que Amon no sabía si le había dicho a Han su verdadera identidad.

Amon miró a Raisa y a Han. Había querido entrar con ella cuando Raisa le dijo que tenía intención de contarle la verdad a Han Alister.

Necesito enfrentarme a él yo sola, había dicho. Hay cosas de las que no me puedes proteger.

—Ya lo sabe —dijo Raisa, retorciendo las manos sobre su regazo—. Así que, bueno, ya está, pero... el cabo Byrne quería hablar contigo, ¿recuerdas? —le dijo a Han—. ¿Te parece bien ahora, o prefieres que venga en otro momento?

Han frunció el ceño, y Raisa pensó que rehusaría. Después de un largo momento, suspiró y se enderezó.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —dijo.

Evidentemente, hablar con Amon era preferible que continuar hablando con ella.

Amon se acercó y se quedó de pie al lado de la cama, cambiando el peso de pierna de vez en cuando.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Siéntate, cabo Byrne —dijo Han, mirándolo con los ojos entrecerrados—. Me estás poniendo nervioso, aquí, de pie, como un maldito demonio. —El dolor, la traición y la vulnerabilidad habían desaparecido. Habían sido sustituidos por su rostro más callejero.

Raisa se preguntó si estaba usando el lenguaje de señor de la calle a propósito, para fastidiarla.

—Siéntate aquí, Amon —dijo Raisa rápidamente, levantándose de la silla y retirándose unos pasos atrás—. Insisto.

Amon se sentó y puso las manos sobre sus rodillas.

—Quería darte las gracias por salvarle la vida a la princesa Raisa —dijo.

—Para que lo sepas —dijo Han, pasándose una mano por la cara—, en realidad no me propuse salvar a una princesa.

—Ya lo sé —dijo Amon—. Y pido disculpas por haberte mentado. Creímos que era necesario para la seguridad de Su Alteza.

—Bien —dijo Han—. Esto explica muchas cosas. Todo este tiempo he sentido lástima por ti, por haber coqueteado con tu novia. Y ahora resulta que lo que había entre vosotros eran estrictamente negocios.

Sus helados ojos azules miraron a Amon y a Raisa, y por la forma burlona en que lo dijo, Raisa se dio cuenta de que no lo creía en absoluto. Que era suficientemente listo como para ver que su relación era mucho más profunda que eso.

—Sí —dijo Amon, tragando saliva—. Estrictamente negocios. —No dejaba de mirar a Han, con las cejas juntas como si estuviera desconcertado por algo—. Hay algo de ti que... que me recuerda... —Miró a Raisa, y luego sacudió la cabeza, dejándolo estar—. Esperaba que pudieras contarme algo más sobre la muerte de mi padre —prosiguió Amon—. Su Alteza me ha explicado lo que ella sabe.

La expresión burlona de Han desapareció, y sus facciones se suavizaron.

—El capitán Byrne era un hombre valiente —dijo—. Y justo. Mi padre también era soldado. No recuerdo mucho de él, pero me gustaría pensar que era como tu padre. —Hizo una pausa, como si reuniera sus pensamientos—. No creo que pueda ser de mucha ayuda. El capitán Byrne ya estaba muerto cuando llegué allí, y sus asesinos se habían ido detrás... se habían ido. Pero tengo algo para ti.

Se volvió y miró a Raisa con una expresión malhumorada, como si le molestara tener que hablar con ella.

—¿Sabes lo que han hecho con mis cosas?

—Están allí —dijo Raisa. Se acercó a la pared del fondo, contenta de poder hacer algo.

Se arrodilló, buscó las pertenencias de Han y se levantó, con un paquete de piel de ciervo entre los brazos.

—¿Es esto lo que quieres?

Han asintió.

—También tendría que haber un anillo —dijo—. Dentro de mi bolsa.

Han metió la mano en la bolsa y sacó el anillo de los lobos. Miró a Amon.

—Lo cogí porque pensé que alguien podía pasar por allí y robarlo —dijo, como si se estuviera justificando por haberlo cogido del cadáver del capitán Byrne—. Esperaba tener la oportunidad de podértelo dar.

Ofreció el anillo y el paquete a Amon, que lo desenvolvió cuidadosamente, y apareció la espada.

Amon la levantó en el aire, dándole vueltas para que la luz se reflejara en la hoja. Era la Espada de Hanalea, y era igual que el puñal que Byrne le había dado a Raisa.

Amon miró a Han.

—Conozco esta espada —dijo, con la voz presa de emoción—. La reina Marianna se la regaló a mi padre. Era una de sus posesiones más preciadas. Creo... creo que debo darte las gracias de nuevo.

Han hizo un gesto con la mano para indicarle que no hacía falta.

—Bueno, ahora la puedes utilizar tú. Yo nunca he sabido manejar bien una espada. Las armas más pequeñas son más de mi estilo, de las que se pueden esconder. —Se tocó la manga para mostrar dónde se las escondía él, y después dejó caer las manos sobre su regazo.

—¿Qué hay de los que realizaron la matanza? —dijo Amon—. ¿Sabes si...?

—Están todos muertos —dijo Han, cruzándose con la mirada de Amon sin ninguna expresión de disculpa—. Espero que sirva de algo.

Amon asintió, aliviado.

—Sí. Mantendrá a la princesa Raisa a salvo un poco más de tiempo.

Han se encogió de hombros.

—Lo siento por tu pérdida. El mundo no puede permitirse perder a hombres como tu padre. —Extendió la mano y Amon la aceptó.

Bueno, por lo menos ellos lo llevan mejor, pensó Raisa.

Los tres alzaron la cabeza por el alboroto que se oía en la otra habitación: gritos y voces de los clanes y las protestas cada vez más firmes de Bailarín.

—¡No! No podéis entrar. Rosa Silvestre está hablando con...

Dos personas irrumpieron en la habitación sin anunciarse: Elena *Cennestre* y Averill *Demonai*. Seguidas de Willo, Bailarín y Gata.

Después de una pequeña inclinación de cabeza ante Raisa, Elena y Averill se colocaron al lado de Han, observándole como si fuera un espécimen exótico. Él se enderezó un poco y ordenó la ropa de cama a su alrededor. Raisa sabía que Han se sentía vulnerable, sacudido por su confesión y ahora rodeado por miembros de la poderosa realeza de los clanes. Raisa deseó poderlos echar fuera, decirles que

regresaran en una semana para dejarle un poco de tiempo para recuperarse.

Pero no podía hacerlo. Los acontecimientos se les echaban encima constantemente.

Willo debía de sentir lo mismo, porque se quedó de pie a cierta distancia, de brazos cruzados, mirando como si quisiera expulsar a los visitantes.

—¿Y bien? —dijo Elena, mirando a Bailarín de Fuego y enarcando las cejas, gesticulando hacia Han—. ¿Ha funcionado? ¿Estará preparado para lanzar hechizos en los próximos días?

Bailarín se quedó inmóvil unos segundos, y después suspiró como si se tratara de una pregunta que no quisiera responder delante de Han.

—Ha ayudado —dijo finalmente—. Me he pasado dos días traspasando energía al amuleto de Caza Solo. Creo que se encuentra mejor. ¿Verdad? —Miró a Han buscando su corroboración, intentando inmiscuirlo en la conversación.

Han miró a Bailarín y a Elena, con una expresión de perplejidad momentánea. Después recuperó su expresión vacía y alicaída. Metió la mano dentro de su camisa y cogió su amuleto. Raisa no supo si lo hacía para encontrar consuelo o para defenderse.

Han no dijo nada.

Averill puso su mano sobre el brazo de Elena y negó con la cabeza.

—Elena *Cennestre*, por favor. —Se volvió hacia Han y se inclinó, poniéndose el puño en la frente, un saludo de los clanes—. Caza Solo, bienvenido a nuestro hogar. Por favor, comparte nuestro fuego y todo lo que tenemos. —Hizo una pausa—. Me alegra ver que te encuentras mejor —dijo—. A causa de tu estado de salud, no había tenido la oportunidad de darte las gracias por haber salvado la vida a mi hija. Te debo toda mi gratitud.

—Estamos ansiosos por escuchar tu historia —dijo Elena—. Si lo que Willo Watersong cree es cierto, parece que nuestra inversión a tu favor ha valido la pena.

—¿Ah, sí? —dijo Han, mirando del uno al otro—. Entonces estamos en paces.

—Esto ha sido solo una batalla —dijo Elena rápidamente—. La guerra acaba de empezar.

—Nuestro reto inmediato es este —dijo Averill—. Es probable que los que intentaron asesinar a la reina Raisa lo intenten de nuevo cuando sepan que no lo consiguieron. Nos encontramos en una época muy peligrosa, desde ahora hasta la coronación.

—¿La coronación? —Han miró a Raisa, sin ningún rastro de emoción en su cara—. Oh. Comprendo. O sea que en realidad todavía no es la reina.

—Es la reina de los Páramos —dijo Elena, mirando a Han—, según las normas del Náeming. Pero si muere, la corona pasa a su hermana Mellony. Los enemigos de la reina creen que Rosa Silvestre ya está muerta. De modo que los que intentaron asesinarla probablemente intentarán coronar a Mellony.

Han se sirvió más té.

—Pues tal vez la reina Raisa tendría que regresar enseguida a palacio antes de que cambien las iniciales de la plata.

—Estoy de acuerdo —dijo Raisa—. Tengo que regresar a la Marca de los Páramos antes de que sus planes vayan demasiado lejos.

Averill negó con la cabeza.

—Para ser franco, y basándome en lo que he visto, será difícil garantizar tu seguridad si regresas ahora al Valle.

—¿Tan mal está la situación? —Raisa miró a su padre y a Elena—. No soy una cobarde —dijo—. Y no tengo intención de quedarme escondida en las montañas mientras coronan a mi hermana en mi lugar.

—Nadie que te conozca bien te llamaría cobarde —dijo Averill—. Pero la verdad es que tus enemigos han tenido casi un año para aumentar su poder sin ningún estorbo. Han puesto a sus aliados y secuaces en puestos de confianza: en la guardia, en el ejército, en palacio. Debemos actuar con cautela.

—Con cautela, sí —dijo Raisa—. Pero tengo que hacer frente a estas personas. Para empezar, fue el hecho de huir lo que ha provocado esta situación.

Averill le puso las manos en los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Rosa Silvestre, ya he perdido a Marianna. No quiero perderte a ti también.

—¿Y después qué? —preguntó Han, como si estuviera impaciente ante esta revelación padre-hija.

Averill se volvió hacia Han.

—Los oradores han elegido el lugar de descanso de la reina Marianna en las Espíritus, y la montaña será renombrada en su honor. La coronación se llevará a cabo después de dar sepultura a la reina. Según las estipulaciones de la sucesión, recientemente revisadas, Mellony será coronada si Raisa sigue desaparecida en el momento de la coronación.

Se puso en cuclillas para estar a la misma altura que Han. Como comerciante, la persuasión era su especialidad.

—Necesitamos que todo el mundo sepa que la verdadera heredera ha regresado a los Páramos. Debe ser vista y reconocida por la gente, por el Consejo de Nobles y el Consejo de Magos, para que nadie pueda afirmar lo contrario. Y debemos conseguirlo sin que la asesinen. —Sonrió con tristeza—. No será nada fácil. Debemos trabajar unidos.

—La princesa Mellony se encuentra, a todos los efectos, bajo la custodia de nuestros enemigos —añadió Elena—. El palacio también está bajo su control. De modo que Rosa Silvestre lo tendrá difícil para volver ahora allí.

—Como consorte de la difunta reina y padre de las dos princesas, formo parte del Consejo de Regentes —dijo Averill—. Pero soy solo una voz. Lord Bayar está presionando constantemente para conseguir la coronación de Mellony.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Han. Hablaba todo el rato asegurándose de ignorar a Raisa.



—Es ahí donde esperamos que tú y Bailarín de Fuego nos podáis ayudar —dijo Averill—. Hubo una época en que los Demonai estaban más familiarizados con los dones, los amuletos y las capacidades de los hechiceros. Parte de este conocimiento se ha perdido. Tal vez podamos hablar de ello estos próximos días y llegar a un plan de acción.

Han dobló las rodillas bajo las sábanas y las abrazó.

Es tan joven, pensó Raisa. ¿Qué tiene... diecisiete? ¿Por qué tiene que tomar este tipo de decisiones? ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

Pensó en diez meses atrás, cuando sus mayores dilemas giraban en torno a si vestirse de blanco, negro o morado el día de la fiesta de onomástica de los Bayar.

Pero yo nací para esto, pensó. Él no dispone de nada, excepto de su propia vida.

—¿Dónde se celebrará la coronación? —preguntó Han.

—Tradicionalmente, se celebra en la catedral —dijo Averill—. Será mejor que mantengamos en secreto que Raisa está aquí hasta ese momento.

—Pienso asistir al entierro y al funeral de mi madre —anunció Raisa.

Han la miró un instante y después volvió a apartar la vista.

Averill hizo una mueca.

—Rosa Silvestre, ya sé que quieres mostrar tus respetos a tu madre —empezó—. Pero es demasiado peligroso. Sé que ella comprenderá que...

—Padre, no se me ha permitido lavar y vestir su cuerpo —dijo Raisa amargamente—. Ni velar su cuerpo en su féretro del templo. Quiero estar a su lado cuando se reúna con nuestros antepasados, las reinas Lobo Gris. Ella les hablará en mi nombre y me presentará como su sucesora. Forma parte del ritual. Forma parte del proceso que me convertirá en reina.

A Raisa le bajaban las lágrimas por las mejillas, y se las secó con la palma de la mano. Había mantenido las lágrimas controladas durante toda la conversación con Han, pero ahora se sentía abrumada de nuevo por el dolor y los remordimientos.

—Hay tantas cosas que querría decirle, que desearía habérselas dicho antes —dijo Raisa—. Nos separamos peleadas, y esto nunca se resolverá. —Cerró los puños y después volvió a abrirlos con fuerza—. Tú querrías estar allí, padre, si fueras yo. Y el Consejo de Magos no te lo impediría. No quiero entregarla a la llama eterna sin antes poderla ver.

El padre y la abuela de Raisa intercambiaron miradas, perdidos por no saber cómo manejar a la poco colaboradora futura reina.

—Podríamos decidir qué hacemos cuando sepamos qué es lo que los magos pueden hacer —dijo Elena. Miró a Han—. Nightwalker regresará esta tarde. Nos reuniremos después de cenar para determinar si...

—Pues entonces será mejor que nos vayamos y dejemos descansar a este mago —dijo Willo, señalando a Han con la cabeza—. Tal vez podéis tratar este problema vosotros solos.

—¿Cuándo es el entierro? —preguntó Han abruptamente.

—La sepultura está prevista para el domingo —dijo Averill—. Dentro de tres días.

—Yo me voy a la Marca de los Páramos hoy —dijo Amon—. Me llevo las cenizas de mi padre a la capital para organizar su entierro. Hablaré con mis cadetes para ver si tienen noticias. Si os esperáis hasta mañana por la tarde, tendré más información.

Raisa le miró, sorprendida. No sabía que Amon tenía planeado marcharse tan pronto.

—También quiero asistir al funeral del capitán Byrne —dijo.

—Tal vez puedas ir —dijo Amon—. Por favor, dame tiempo hasta mañana por la tarde.

—¿Qué dirás sobre la muerte de tu padre? —preguntó Averill, con expresión compasiva. Byrne padre y Averill eran amigos, aunque los dos estuvieran enamorados de Marianna. Las relaciones eran complicadas en la corte, pero Averill el comerciante era todo un maestro manejando estas complicaciones.

—Que él y su tríada fueron atacados por una banda de mercenarios sureños cuando regresaban a la capital —dijo Amon—. Todos murieron.

—Iré a la ciudad contigo —dijo Averill—. El Consejo de Regentes se reúne mañana por la mañana y tengo que estar allí para darte apoyo.

Elena asintió.

—Gracias, cabo Byrne. Tened cuidado por el camino. Entonces, nos vemos mañana por la tarde. —Suspiró—. Desearía que las cosas fueran diferentes, Willo —dijo en voz baja, esforzándose para que sonara lo más posible a una disculpa—. Desearía que no tuviéramos que enfrentarnos a los magos en un momento en el que estamos de luto por tantas pérdidas.

Averill y Elena salieron juntos. Willo se volvió y miró al resto significativamente, dando golpecitos con los mocasines en el suelo.

Bailarín levantó la mano.

—Madre, déjame unos minutos con Caza Solo —dijo—. Después me iré. —Se sentó en la silla que había al lado de la cama de Han, la que Amon había dejado libre.

—Yo también me quedaré —dijo Gata, sentándose al lado de la chimenea. Raisa casi se había olvidado de que estaba allí.

—Han —dijo Raisa en voz baja y sin alzar la mirada—. Solo quiero que sepas que...

Pero él negó con la cabeza, levantó las manos, mostrándole las palmas, como si le indicara que saliera de la habitación.

Raisa no quería irse. No quería dejar a Han con aquella expresión horrible, vacía y solitaria en la cara. Pero ella, de entre todos, era la que más había contribuido a que la tuviera.

Cogió la chaqueta de la otra habitación y salió fuera, a la luz del sol, con Amon. Había vuelto a nevar durante la noche y tuvo que levantarse las faldas para que no

rozaran con la nieve.

—Lo siento por Alister —dijo Amon—. Nunca pensé que diría esto, pero es lo que siento. Hay mucha presión sobre él para trazar un plan. Y si algo va mal, será culpa suya.

Amon cogió el brazo de Raisa y le hizo dar la vuelta, poniéndola de espaldas a la cabaña común.

—Cuando regrese de la ciudad, me reuniré con él de nuevo para ver cómo podemos trabajar juntos para mantenerte a salvo. —Caminaron media docena de pasos, y Amon añadió—: Sería más fácil si no asistieras al funeral de tu madre.

—Lo sé, pero tengo que ir —dijo Raisa. Hizo una pausa—. Me gustaría que no tuvieras que irte a la Marca de los Páramos. Los que intentaron matarme a mí también podrían aprovechar la oportunidad para asesinarte a ti. Después de todo lo que ha pasado, no quiero a ninguno de mis seres queridos fuera de mi vista.

Amon vaciló al caminar.

—Esto es recíproco, Rai —dijo—. Soy responsable de tu seguridad. Pero no puedo hacer bien mi trabajo si estoy continuamente a tu lado.

Miró a lo lejos e hizo una mueca. De hecho, solo juntó las cejas y apretó los labios, pero Raisa conocía muy bien a Amon.

—Mira quién está aquí —dijo—. Sin duda ahora estarás en buenas manos.

La plaza del mercado estaba llena de gente. Un grupo de jinetes desmontaba enfrente de la cabaña común, rodeado de la pandilla habitual de críos y de curiosos. Raisa reconoció los caballos —los mejores caballos de montaña que los clanes podían ofrecer— y su típico atuendo de viaje de invierno. La medalla del ojo sin párpado brillaba colgada de sus cuellos.

Demonai, pensó Raisa, identificando la alta figura de Reid Nightwalker entre los jinetes. De modo que esos debían de ser los guerreros acuartelados en la Marca de los Páramos, los que habían servido como guardia a su padre.

Reid se les acercó, después de dar las riendas de su caballo a uno de sus camaradas, una chica que Raisa reconoció como Pájaro Cavador. Formaba parte del grupo de guerreros Demonai que rescataron a Raisa y Amon de las manos de Robbie Sloat y sus guardias renegados el verano anterior. Ahora Pájaro Cavador también lucía un amuleto Demonai.

—¡Alteza! —dijo Nightwalker, con su sonrisa dulcificando las formas bruscas de su cara—. O tal vez debería decir Vuestra Majestad. La última vez que os vi, estabais terriblemente enferma. Me alegra veros de nuevo levantada y paseando.

Dobló una rodilla delante de Raisa, acercándose el puño a la frente, al estilo de los clanes.

—Los Demonai están listos para servirlos, Rosa Silvestre —dijo, alzando la cabeza para mirarla—. Lucharemos despiadadamente contra aquellos que intentaron asesinaros y que siguen poniendo en peligro el reino.

Nightwalker se puso de pie otra vez, elegante como cualquier depredador. Sus

galones con plumas de búho y fragmentos de plata brillaban, y la chaqueta y las polainas tenían bordados sutiles símbolos Demonai. El abrigo de invierno era de camuflaje, casi invisible en medio del bosque.

Un galón por cada mago muerto: esta era la antigua norma de los Demonai. La mayoría todavía llevaban los galones, años después de que las guerras con los magos supuestamente hubieran terminado.

—Me alegro de que hayas vuelto de la ciudad —dijo Raisa a Nightwalker—. Me han dicho que es un lugar peligroso últimamente.

El guerrero Demonai se encogió de hombros.

—Yo puedo cuidar de mí mismo —dijo—. Aunque ya no hay ningún lugar seguro para la gente de las tierras altas en los Páramos. —Puso sus dedos debajo de la barbilla de Raisa y le alzó la cara, examinándole los moratones del pómulo que ya se iban desvaneciendo—. Evidentemente, esto no hace falta que os lo diga —dijo—. Cuando vi lo que os hicieron, quería llevarme a un grupo de guerreros a Dama Gris para deshacernos de una vez por todas de esta plaga de magos. —Su voz tembló un poco y tuvo que esforzarse para recuperar la compostura.

—No debemos apresurarnos a juzgar —dijo Raisa—. Aunque es muy tentador culpar de la muerte de mi madre a los que tienen el don, necesitamos más pruebas antes de...

—Ya tenemos más pruebas —interrumpió Nightwalker—. Hemos sabido algo más sobre la muerte de la reina.

Raisa le cogió del brazo.

—¿Qué es? ¿Qué habéis descubierto?

Nightwalker negó con la cabeza, haciendo una mueca.

—No debería haber hablado antes de nuestra reunión. De hecho, es una noticia de lord Averill y Pájaro Nocturno.

—¿Pájaro Nocturno?

Nightwalker señaló con la cabeza hacia la guerrera que Raisa conocía como Pájaro Cavador y que ahora caminaba hacia ellos desde las cuerdas de los caballos, con la cara fruncida.

—Pájaro Nocturno es su nombre Demonai —dijo Nightwalker.

Pájaro Nocturno se acercó, con la mirada fija en Raisa, y entonces la reconoció y quedó sorprendida. La nueva guerrera se arrodilló ante ella, con sus suaves rizos, que cayeron hacia adelante cuando inclinó la cabeza y se llevó el puño a la frente.

—Alteza. Lo siento. Al principio no os he reconocido.

—Pájaro Nocturno, no he olvidado tu valentía —dijo Raisa—. Los guerreros Demonai me salvaron la vida un día, y tú hiciste la mayor parte.

Pájaro Nocturno se puso de nuevo en pie, aparentemente deseando escapar de la atención que estaba recibiendo.

—Me siento orgullosa de que me recordéis. —Apartó la mirada y se mordió el labio, con las mejillas rosadas bajo su piel morena—. Por favor, aceptad mis

condolencias por la muerte de vuestra madre la reina. —Parecía muy agitada para ser una persona que normalmente estaba tan segura de sí misma.

Raisa inclinó la cabeza.

—Gracias. Felicidades por haber sido nombrada por los Demonai. En estos tiempos tan peligrosos, me alegra tener guerreros como tú en los que pueda confiar.

Pájaro Nocturno alzó las manos como si quisiera evitar el cumplido. Parecía casi afligida.

—Gracias, Alteza —susurró entre los labios rígidos.

Ah, pensó Raisa. Probablemente ha oído rumores de que Nightwalker y yo tenemos un lío, y se está preguntando qué significa mi regreso para su relación. Aunque será mejor que se acostumbre a esto. Nightwalker ha hecho historia durante años por las tierras altas.

—Hablando de tiempos peligrosos —dijo Nightwalker, interrumpiendo los pensamientos de Raisa—, Elena *Cennestre* me ha dicho que Bailarín de Fuego está aquí, en los Pinos de Marisa. ¿Es una buena idea alojar a dos magos a la vez en el campamento? Sobre todo teniendo en cuenta lo que ha pasado. Yo tenía entendido que Bailarín se quedaría en los llanos y seguiría con sus estudios cuando Caza Solo regresara a casa.

—No puedo hablar de eso porque acabo de enterarme del plan de los Demonai de entrenar magos —dijo Raisa en tono seco.

—Fueron Lightfoot y Elena *Cennestre* —dijo Nightwalker—. Lo hicieron sin decirme nada. Y lo descubrí por casualidad. Rosa Silvestre, es arriesgado reclutar magos para luchar contra magos. Bailarín de Fuego debería cumplir el trato que hicieron.

—Mi primo Bailarín se crio en los Pinos de Marisa —dijo Pájaro Nocturno—. Y esto forma parte de su obligación.

Sorprendidos, Raisa y Nightwalker se volvieron para mirarla.

—Como hijo de la matriarca, Willo Watersong, Bailarín no responde ante Elena *Cennestre* o lord Averill —continuó Pájaro Nocturno—. A diferencia de Caza Solo, él no hizo ningún trato con los Demonai. Aunque ha accedido a trabajar con nosotros, lo hace según sus propios términos. Cuando Bailarín de Fuego se enteró de que habían reclamado a Caza Solo desde los Páramos, no había nada que pudiera retenerle en los llanos.

—En este caso, no hubieras tenido que decirle a Bailarín de Fuego que habían reclamado a Caza Solo —dijo Nightwalker, con los labios tensos de enojo—. Todavía no entiendo por qué se lo dijiste.

—Conozco a Bailarín de Fuego desde que éramos niños —dijo Pájaro Nocturno, poniendo su mano sobre el brazo de Nightwalker—. Confío en él. Es una persona que nos conviene tener de nuestro lado.

Esta chica ha cambiado desde la última vez que la vi, pensó Raisa. No está tan deslumbrada por Nightwalker. Está a la defensiva.

—Según las normas del Náeming, los magos no están permitidos en las Espíritus, sea quien fuera que les parió —dijo Nightwalker—. Si están aquí es por algún acuerdo.

—¿Aunque Caza Solo me salvara la vida? —dijo Raisa.

Nightwalker entornó los ojos.

—Si es cierto, entonces el mago simplemente está cumpliendo su última parte del trato.

—¿Qué quieres decir con esto de si es cierto? —Raisa tembló y se ajustó más la chaqueta sobre los hombros.

—¿No crees que es una extraña coincidencia que pasara justo por allí cuando te atacaban? —dijo Nightwalker—. Casi parece que estuviera planeado. ¿Y qué mejor forma de ganarse tu confianza?

—¿Qué estás diciendo? —Raisa sabía perfectamente lo que estaba diciendo, pero quería que lo dijera claramente.

—¿Te parece creíble que lograra sacarte de en medio de una banda de asesinos y saliera ileso? —Nightwalker se encogió de hombros como si dijera: «Tú cree lo que quieras, pero...»

—No salió ileso —replicó Raisa—. Usó alta magia para contrarrestar el veneno. A causa de esto ha estado muy enfermo, a punto de morir.

—¿Caza Solo está enfermo? —Pájaro Nocturno miró a Raisa y a Nightwalker—. No me lo habías dicho.

—Elena dice que no tiene ningún rasguño —dijo Nightwalker—. Se trata de una misteriosa enfermedad de hechiceros, supuestamente causada por el hecho de haber curado a Rosa Silvestre. Se podría fingir fácilmente.

—Tal vez deberías hablar con Willo —dijo Raisa con tono mordaz—. Explícale cómo Caza Solo la engañó tan hábilmente.

—Yo no digo que esté mintiendo. —Nightwalker levantó las dos manos—. Sólo digo que hay una posibilidad de que finja la enfermedad. Deberíamos ir con cuidado con las mentiras de los magos, sobre todo después de lo que le pasó a la reina.

Entonces Amon habló por primera vez.

—La enfermedad de Alister me parece suficientemente auténtica —dijo—. Creo que él sería de lo más feliz si pudiera dejar el servicio de la reina y no tener nada que ver con la lucha que se avecina. Los que estamos preocupados por la seguridad de la dinastía Lobo Gris haremos todo lo posible para asegurarnos de que esto no pase.

—Que se quede —dijo Nightwalker, como si Han pudiera intentar escabullirse de su obligación—. No tiene alternativa. Ahora que lo hemos entrenado, debe luchar con nosotros contra el Consejo de Magos.

—Siempre hay una alternativa —dijo Amon—. Alister va por libre. No lo subestimes. —Se volvió hacia Raisa e inclinó la cabeza—. Con su permiso, Alteza. Será mejor que me vaya si tengo que estar de regreso mañana por la tarde.

Raisa asintió distraídamente, y Amon se fue.

Nightwalker le observó mientras se iba, frunciendo el ceño, y después se volvió hacia Pájaro Nocturno, con expresión más suave.

—Pájaro Nocturno, por favor, comprueba si nos han asignado alojamiento en la cabaña de huéspedes y ocúpate de que les den grano a los caballos esta noche. Ah, y otra cosa... —Se acercó a ella y le habló en voz baja para que Raisa no lo pudiera oír. Sonrió a Pájaro Nocturno, ella le devolvió la sonrisa y después se fue.

Bueno, todavía sigue un poco deslumbrada, rectificó Raisa.

Nightwalker esperó hasta que Pájaro Nocturno estuviera lo bastante lejos como para no oírlos, y después le dijo a Raisa: —Parece que el cabo Byrne se cree la historia de Caza Solo —dijo.

Raisa había quedado sorprendida por la manera en que Amon había defendido a Han, pero se esforzó en no demostrarlo.

—A su padre lo asesinaron los hombres que me atacaron a mí —dijo Raisa—. Si el cabo Byrne está convencido de que Han dice la verdad, tal vez esto debería ser una prueba suficiente para ti.

—Por favor, no os enfadéis, Alteza —dijo Nightwalker, haciendo una sonrisa de arrepentimiento—. Ya sabéis que no siento devoción por los magos. Me enseñaron a no fiarme de ellos, y nada de lo que han hecho mientras vos habéis estado fuera ha disipado esta desconfianza. La situación ha ido de mal en peor. Supongo que sabéis que la reina Marianna cambió la sucesión y os dejó a un lado.

—Bueno —dijo Raisa, con el corazón encogido de dolor por ese comentario—, no exactamente.

Nightwalker vaciló.

—No es correcto hablar mal de los muertos, pero creo que esta era su intención. Tal vez no lo pudo evitar, porque estaba bajo la influencia de los Bayar. O tal vez buscaba a una heredera que pareciera más de los llanos.

Raisa se puso de puntillas, cogió el cuello de la chaqueta de Nightwalker y lo atrajo hacia sí.

—No tienes ningún derecho a decir esto —dijo con firmeza, con las lágrimas escociéndole en los ojos—. No tienes ni idea de las intenciones que tenía mi madre.

Nightwalker se echó un poco atrás, concentrándose en la cara de Raisa como si realmente fuera la primera vez que la veía. Se quedaron mirando durante un largo rato, guerrero Demonai y princesa heredera.

—Rosa Silvestre —dijo él finalmente—. Te vuelvo a pedir disculpas. Creo que he malinterpretado tus sentimientos acerca de la reina, especialmente después de lo que pasó hace un año. Debo escuchar más antes de hablar. Ha sido una temporada difícil para todos nosotros.

—En esto estamos de acuerdo —dijo Raisa, dejando el cuello de Nightwalker.

Nightwalker parecía deseoso de explicarse.

—Verás, durante estos últimos meses, se han producido varios ataques de magos en los pueblos de las laderas más bajas.

—¿Por qué querrían los magos atacar los pueblos? —preguntó Raisa.

—Los clanes han cortado el comercio de objetos mágicos: amuletos, talismanes, etc. —dijo Nightwalker, con satisfacción—. Nuestros herreros Demonai ya no los fabrican, y dedican su producción a otros bienes. Teniendo en cuenta sus acciones, sin duda alguna los magos se están preparando para una guerra contra nosotros. Tienen la esperanza de arruinar los pueblos y conseguir suficientes armas mágicas para llenar su arsenal.

—Pero los pueblos no tienen amuletos a mano, ¿no? —preguntó Raisa—. ¿Qué harían con ellos? Si la mayor parte los comercializan en los Pinos de Marisa.

—Los hechiceros no lo saben —dijo Nightwalker—. Cada vez ha habido más incursiones en las Espíritus, cada vez más presión por parte de ellos. Lord Averill y yo nos estamos esforzando a proporcionar más protección a los pueblos, pero los Demonai se extienden poco. De modo que ya puedes imaginarte cómo me sentí cuando me enteré de tu ataque. Lo siento, Rosa Silvestre, pero no tengo humor para creerme palabras amables de un mago.

—¿Mi padre ha planteado estos temas en el Consejo de la Reina? —preguntó Raisa.

Nightwalker asintió.

—Muchas veces. Lord Bayar excusa el incumplimiento del Náeming diciendo que los clanes de las Espíritus deben reiniciar la producción de objetos mágicos y ponerlos a disposición del mercado. Dice que, dadas las circunstancias, el mal comportamiento de los magos es comprensible.

—¿Han considerado algún tipo de compromiso, los Demonai? —preguntó Raisa—. ¿Podrías ofrecerles algunos amuletos menos potentes?

—No cuando están conspirando contra ti —dijo Nightwalker—. Lo último que queremos es armar a nuestros enemigos antes de una guerra.

Una vez más, Raisa se sintió abatida por la responsabilidad.

—Lo siento —dijo Nightwalker—. Ya tienes bastantes problemas para tener que pensar en esto. Todo irá bien, ya verás. Me alegra ver que te estás recuperando, y es un alivio tenerte de nuevo en casa. Tengo ganas de que volvamos a estar unidos. —Le frotó la mejilla suavemente con los nudillos de la mano, escudriñando su expresión—. Me gusta verte de nuevo con el atuendo de los clanes. Te queda bien.

—Tú también tienes buen aspecto —contestó Raisa. Y era cierto: Reid Nightwalker Demonai siempre causaba sensación cuando se paseaba por el campamento.

Sonrió, mirando a Raisa a los ojos.

—Y ahora, es mejor que vaya a buscar a Elena *Cennestre* —dijo. Hizo una pausa—. ¿Dónde cenaréis esta noche, Alteza? ¿Estaréis en la cabaña de huéspedes o...?

—Probablemente me quedaré en casa de Willo —dijo Raisa—. Todavía estoy bajo su cuidado, estrictamente hablando.

—¿O sea que estáis en la Casa de la Matriarca? —Cuando Raisa asintió, dijo—:



Entonces, vendré a cenar. Me gustaría hablar con Willo acerca de una inflamación en las pezuñas de nuestros caballos.

—Bueno, pues, entonces tal vez nos veamos después —dijo Raisa.

Raisa le observó mientras se alejaba, en dirección a la cabaña de huéspedes, sintiendo como si tuviera una docena de perros atados gruñendo y mordiendo y corriendo en direcciones diferentes.

## Un camino a seguir

Han esperó hasta que se hubieron ido todos, y después le dijo a Bailarín: —¿No has oído a Willo? Necesito descansar. —Cerró los ojos y se puso las manos sobre el pecho, como en posición de dormir.

—Caza Solo —dijo Bailarín—. Déjame hablarte de Elena *Cennestre*.

—No hay nada de qué hablar —respondió Han sin abrir los ojos—. Está muy bien que los dos fuerais capaces de elaborar un plan para curarme y ponerme en forma para la lucha.

—No elaboramos ningún plan —dijo Bailarín—. Willo fue quien sugirió que yo podría ayudarte a curarte a través del destello. Tú y yo sabemos que Elena Demonai nos desangrará si esto es lo que le hace falta para mantener a los magos alejados del trono de la Marca de los Páramos. No esperará a que te cures y estés en forma para seguir adelante. No puedes ir en contra de los Bayar en este estado de debilidad.

Han no dijo nada.

—Hay una cosa en la que Elena y yo estamos de acuerdo: no queremos ver magos coronados como reyes —dijo Bailarín—, especialmente los Bayar. Yo estaría dispuesto a sustituirte, pero no sé hacer lo que haces. Fuimos a las mismas clases, y he trabajado duro todo el año, pero tú sabes mucho más que yo. Me gustaría pensar que es tu amuleto, pero no lo creo. —Vaciló—. Creo que es lo que has aprendido de Cuervo. Y la forma en que lo has hecho.

—¿Qué te hace pensar que yo sé más que tú? —dijo Han, acurrucándose en la cama—. Si es así, probablemente es porque tú te has centrado en la elaboración de talismanes.

—No lo digo por modestia. —Bailarín se encogió de hombros—. Tenemos habilidades diferentes. Yo cada vez soy mejor elaborando talismanes, pero de poco me servirá esto en medio de una lucha. —Al ver que Han no decía nada, añadió—: Tú salvaste la vida a la princesa Raisa —dijo—. Yo no lo habría conseguido.

—No fue porque supiera lo que estaba haciendo —dijo Han.

—Todavía más impresionante.

—Y no lo hice porque fuera una princesa —continuó Han, entrecerrando los ojos y mirando a Bailarín a través de las pestañas.

Bailarín levantó las dos manos.

—Lo sé.

—Odio a los de sangre azul como ella —dijo Han—. Se ponen su ropa del Mercado de los Harapos y van a pasear por los barrios bajos, aunque por debajo todavía llevan sus encajes de We’enhaven y su seda de Tamron. Para ellos es una

experiencia, como hacer una sesión de espiritismo o fumar *razorleaf*. Y cuando vuelven a palacio, se quitan la ropa de los barrios bajos, se meten en el baño y se lavan inmediatamente.

Han desplazó una imagen de Rebecca/reina Raisa en la bañera hasta el fondo de su mente. La guardó con la imagen de Raisa con enaguas con encajes de We'enhaven y seda de Tamron.

—Yo intenté decirte que no te liaras con ella —dijo Gata, sobresaltándole. Han había olvidado que estaba allí. Al ver que Han le fruncía el ceño, añadió—: Ya sabes. Aquella vez en el Mercado de los Harapos.

—Yo no estoy liado con ella —dijo Han.

—Ja. —Gata sacó una pequeña navaja, parecía nueva, y empezó a lanzarla y a cogerla.

Deseando que Gata no estuviera allí para escuchar y hacer comentarios, Han se volvió hacia Bailarín.

—La cuestión es que eso no cambia nada. Siguen siendo gente de sangre azul. Creen que somos divertidos, como monos en un espectáculo ambulante. Somos algo con lo que entretenerse durante uno o dos días, cuando las cosas en palacio están tranquilas. Somos algo de lo que hablar en las fiestas.

Han destapó la jarra del té y se tomó un sorbo directamente de la jarra. Ya no tenía sentido esforzarse en sus modales ahora.

Aunque no lo había hecho por ella, de todos modos. Lo había hecho por él. ¿Verdad?

—Al final, se van para siempre —dijo, dejando la jarra—. Sin importarles los vacíos que dejan detrás.

—Eres tú el que se va siempre —dijo Gata—. ¿No es cierto?

—No, no es cierto —dijo Han—. Ella me utilizó.

—¿Cómo te utilizó? —dijo Bailarín—. ¿Haciéndote de tutora? ¿Besándote?

—*Pulseras* Alister colgado de una princesa —interrumpió Gata—. Vaya, por eso todos decían siempre que eras ambicioso.

—Gata —dijo Bailarín, moviendo la cabeza.

Deja de darle vueltas, Alister, pensó Han. No era como si hubieran salido juntos. Ni mucho menos. Algunos besos, algunos abrazos, nada más. Ella nunca le había hecho promesas. Excepto la promesa implícita de ser la persona que decía ser. No confió en él lo suficiente como para decirle la verdad.

—Me mintió —dijo Han, finalmente—. Todo entre nosotros era mentira.

—Vaya, y tú no le mentiste nunca a ella —dijo Bailarín—. Le dijiste exactamente lo que estabas haciendo allí, y quién pagaba tus estudios, y qué se esperaba de ti después, ¿verdad? —Bailarín enarcó una ceja.

—Por lo menos yo nunca fingí ser otra cosa que lo que soy —dijo Han—. Las chicas ya saben lo que van a obtener de mí, de modo que o lo toman o lo dejan.

—¿Es eso lo que piensas? —dijo Gata, con las manos en las caderas y los ojos

entrecerrados—. ¿Crees que es tan fácil? O sea que da igual lo que una chica te diga, eso es lo que piensas. —Hizo una pausa, y añadió, suavemente—: Eso es lo que esperas.

De eso se trataba exactamente: de esperanza. Rebecca Morley había sido la primera cosa buena, la primera cosa auténtica en su vida desde la muerte de Mari. Rebecca representaba una posibilidad, algo a lo que podía aspirar. Algo en lo que podía soñar en el futuro. Aunque no se hubieran hecho promesas mutuas.

Sin ser invitado ni deseado, le vino a la cabeza un recuerdo de ese día en Vado de Oden cuando Han y la chica que él conocía como Rebecca habían decidido ir a pasear juntos. Han recordó lo que ella le dijo aquel día, una advertencia que solo ahora comprendía.

«Yo también te causaré daño, aunque no lo quiera. No soy la chica que crees que soy. Y recordarás esta conversación y desearás haberme escuchado. ¿Cómo es posible que desees esto si sabes desde el principio que acabará mal?»

Se había puesto furioso cuando creyó que los Bayar le habían robado el futuro. Y luego resultó que sus esperanzas estaban construidas sobre castillos de arena.

Ahora ya sabía que no tenía ningún futuro con Rebecca Morley. Rebecca Morley no existía.

Se sentía como un estúpido, como la víctima de una broma de mal gusto. Y odiaba sentirse como un idiota.

Es fuerte para ser de sangre azul, había pensado, mucho tiempo atrás. Tal vez lo bastante fuerte como para estar conmigo. No se había planteado la idea de que tal vez él no era lo bastante fuerte como para estar con ella.

—Me cae bien —dijo Bailarín, como si hubiera seguido los pensamientos de Han. Cuando Han le miró, se encogió de hombros—. No lo puedo evitar. Lo reconozco, no la conozco tan bien como tú. Pero podríamos encontrar reinas peores, y creo que es en esto en lo que nos debemos concentrar. Tiene fortaleza de carácter, mucho más que Marianna, creo.

—O sea que los Páramos ha ganado una reina mejor, mientras que yo he perdido una... amiga en la que confiaba —dijo Han, con la voz grave y amarga.

—Por lo que he visto, a ella le importas mucho, a pesar de todo —dijo Bailarín—. Acaba de perder a su madre, y aun así te ha cuidado todo el día desde que se pudo levantar de la cama.

—Sí, claro, soy interesante —dijo Han, imitando el acento de un sangre azul—. Señor de la calle convertido en mago. Qué intrigante. Tengo que contárselo a todas mis damas de sangre azul. Tal vez lo podamos compartir todo. He oído que estos animales de cloaca son lujuriosos debajo de las sábanas.

Gata resopló, entornó los ojos, y Bailarín se puso a reír.

—¿Sabe que sois parientes lejanos? —preguntó Bailarín—. ¿Primos centésimos, o algo así?

Han reflexionó sobre eso. No sabía lo que se había dicho a sus espaldas, pero

Raisa no lo comentó durante su gran revelación. Elena *Cennestre* y los demás no estarían ansiosos por destacar el hecho de que Han también llevaba la sangre de Hanalea. Que él, de hecho, podía hacer una débil reclamación del trono.

Mmm. Su mente corría en todas direcciones. Direcciones ambiciosas, como diría Gata.

—¿Qué quiere decir, que sois parientes? —preguntó Gata, atrayendo de nuevo a Han en la conversación—. ¿Quiere decir que eres pariente de la reina?

Han negó con la cabeza.

—No importa. No es nada. Probablemente todos somos parientes de la reina.

—De todos modos —dijo Bailarín—, yo pienso: no quiero que nos muramos en una guerra entre los clanes y el Consejo de Magos. La única manera de evitar una guerra es impedir que el Consejo de Magos utilice la fuerza para obtener lo que quiere. Esto será difícil de conseguir.

Flexionó las manos.

—Probablemente ahora se sienten poderosos, si lo que creemos es cierto. Probablemente mataron a la reina, creen que mataron a la princesa heredera, y están a punto de poner a su propia candidata en el trono y de hacerla casar con un mago. Esto sin duda iniciará una guerra con los clanes. Tenemos que convencerlos para que den marcha atrás. Y la única manera de hacerlo es persuadirlos de que tenemos más armas que ellos.

Han quedó impresionado con el razonamiento de Bailarín. Y avergonzado. A causa de su sentimiento de traición, su impulso había sido hacer lo mínimo para cumplir su parte de un mal trato. No habría botín en su bolsillo si Mellony acababa en el trono. ¿Y un rey mago? No tenía ningún deseo de ver a Micah Bayar como rey de los Páramos, pero tal vez no era asunto suyo. De todos modos, Han no tenía por qué nadar en el lago de sangre azul.

Éste es tu problema, ¿verdad, Alister?, pensó Han. Creíste que eras el jugador. Creíste que eras el listo señor de la calle que sabías cómo tratar a un objetivo interesante. Que sabías cómo enfrentarte a un rival y cuidar de ti mismo.

Pero ahora te acabas de enterar de que jugabas por menudencias. Te acabas de enterar de que hay señores de la calle mucho más listos y crueles que tú en el mundo.

Han estaba muy mal herido en todos los sentidos. Y su instinto era apartarse de la causa del dolor.

Miró a Bailarín, y este le devolvió la mirada. Gata y Bailarín no tenían ninguna necesidad de marcharse de Vado de Oden. Podían haberse quedado allí, cómodos y a salvo, mientras los Páramos se desintegraban en una guerra civil. Y una vez iniciada la guerra, probablemente serían los invasores sureños los que vendrían a repartirse el botín. Si las cosas antes habían ido mal en el Mercado de los Harapos y en Puente del Sur, ¿cómo irían en medio de una guerra? Y si los Bayar ganaban, ¿cuánto tiempo duraría Han Alister?

Él creía que no le quedaban cartas sobre la mesa, pero aún le quedaban algunas.

Como si hubiera adivinado los pensamientos de Han, Bailarín dijo: —No voy a dejar que lord Bayar gane esta partida. Prefiero morir antes de que esto ocurra, y no porque haya hecho ningún trato con los Demonai. Me gustaría tenerte a mi lado en esta lucha, pero si es necesario, voy a ir solo. —Los ojos azules de Bailarín brillaban con una intensidad que Han no había visto nunca.

—No irás solo —dijo Gata, poniendo una mano sobre el brazo de Bailarín—. Aunque Pulseras no vaya.

Han no tenía por qué actuar en nombre de Rebecca Morley, que le había engañado y mentido, le había utilizado y le había dejado como un idiota. Podía hacerlo por orgullo, por reputación, por venganza y por Gata y Bailarín, que morirían a su lado si no vencían.

Podía hacerlo por sí mismo mientras se lamía las heridas y decidía seguir adelante. Eso le daría tiempo para ordenar sus sentimientos acerca de Rebecca. Raisa, se corrigió. Evitarla no le ayudaría en absoluto. Necesitaba tiempo para estar con ella a solas. Tiempo para averiguar quién era realmente, y para averiguar si había actuado de forma sincera con él.

Sólo que esta vez iría con más cuidado al ofrecer su corazón.

Han suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Podéis contar conmigo. Completamente. Todavía estoy enfadado, pero ya no estoy de mal humor.

Asintieron seriamente, sin mirarle, como si no quisieran causarle aún más vergüenza.

—Gata —dijo Han—. ¿Todavía formas parte de mi banda?

Gata lo miró con recelo, y después asintió.

—¿Te lo juré, verdad?

—Perfecto. El cabo Byrne y Averill Demonai regresan esta tarde a la Marca de los Páramos. Quiero que vayas con ellos.

Gata miró a Bailarín y a Han.

—¿Qué? ¿Quieres que vaya con un casaca azul y un cabezacobriza? ¿Por quién me has tomado?

—¿Quieres ayudarme o no? ¿Recuerdas lo que yo decía siempre? ¿Que no puedes hacer solamente los trabajos que te gustan?

Gata asintió a regañadientes.

—Lo recuerdo. Pero ¿quién va a cuidar de ti? —Extendió la mano—. No me fío de ninguno de ellos.

—No tengo a gente de sobra. Tú conoces la ciudad, y necesito ojos y oídos allí. —Al ver que Gata todavía vacilaba, añadió—: No te mandaré allí si no tuviera un buen motivo. Quiero que vuelvas al Mercado de los Harapos y te pongas en marcha de nuevo, como tú dices.

—¿A qué te refieres, con eso de que me ponga en marcha? —preguntó Gata.

—Quiero que descubras si las protestas han disminuido. Debería ser así, porque

los Bayar tienen otras preocupaciones, y lo último que sabían era que yo estaba en Vado de Oden. Ya sé que dijiste que todos los harapientos están muertos, pero mira a ver si quedó alguien, a ver si puedes organizar de nuevo una banda.

Gata le miró fijamente.

—¿Qué clase de banda quieres? ¿Asaltantes, pillastres, chicos de los recados o qué?

—Necesito ladrones y pillastres expertos, chicos y chicas que puedan distraer a la ley. Y lo más importante: quiero gente en la que podamos confiar; aunque sean pocos, habrá suficiente para empezar. —Hizo un gesto con la barbilla hacia sus pertenencias—. Coge mi bolsa y reparte lo que tengo. Espero que podamos estar en la ciudad dentro de una semana.

Gata rebuscó entre las cosas de Han y sacó la bolsa.

—¿Estás seguro de querer que me lleve todo esto?

Han asintió.

—Los clanes nos darán más.

—¿Quieres que les diga quién es el señor de la calle?

Han pensó un momento.

—Diles que mi nombre de la calle es Rey Demonio. Mira. Te mostraré el símbolo de la banda. —Gata le dio un palo tiznado del fuego, y Han dibujó un símbolo en la piedra de la chimenea: una línea vertical con un zigzag a través—. Llámalo el báculo y el destello —dijo—. Diles que tengo contactos en las afueras, pero unos enemigos muy peligrosos —prosiguió—. Diles que no se apunten si tienen miedo.

—Entendido —dijo Gata.

—Y ahora te diré lo primero que quiero que hagas. —Hizo una pausa, mirando las cortinas que separaban su habitación de la sala común. ¿Le había parecido que se movían?

Huesos. Tendría que haber puesto barreras mágicas, pero no se le había ocurrido, aquí en el campamento. Y en su estado actual, ni siquiera estaba seguro de que fuera posible.

Miró a Bailarín y le señaló con un gesto la cortina. Bailarín se levantó silenciosamente, se dirigió hacia la cortina y la abrió de golpe.

La sala común estaba vacía.

—Tal vez aún me imagino cosas —dijo Han—, pero prefiero que os acerquéis más. —Bajó la voz, y dijo—: Gata, di a todo el mundo de ambos lados del río que la gente de sangre azul tiene intención de quitarle el trono a Rosa Silvestre. Diles que vayan al funeral de la reina y que hagan saber a la nobleza lo que ellos piensan de esto. ¿Crees que lo puedes conseguir antes del entierro de la reina, previsto para el domingo?

Gata asintió.

—Y ten cuidado. Si ves que la situación es peligrosa, estate callada. No quiero perderte. Te veré en el funeral y empezaremos a partir de ahí. —Han señaló con la

cabeza hacia la puerta—. Es mejor que te vayas, o perderás al cabo Byrne.

Bailarín acompañó a Gata hasta la puerta. Estuvieron allí un largo rato, susurrando. Bailarín apartó un mechón de pelo de Gata. Después se abrazaron, y Gata se puso de puntillas mientras se besaban.

Han se estremeció de envidia. ¿Cuánto tiempo pasaría, pensó, antes de que pudiera llenar ese vacío interior que hacía poco estaba lleno de esperanzas?

Se quitó esa idea de la cabeza, intentando concentrarse en nuevos planes. Mañana se reuniría con Raisa y la realeza de los clanes. Y mañana por la noche haría una visita a Cuervo para mantener una conversación privada.



## Que comience el juego

Amon Byrne prefería los caminos más peligrosos de los Siete Reinos antes que navegar por los laberintos políticos todavía más peligrosos de la corte. No sabía mentir con facilidad y con soltura, ni seducir a los demás con su ingenio y persuasión. No era ningún experto en el tipo de discurso que convertía en bonitas las cosas feas, precisamente el que podía convencer a los demás de actuar en contra de sus propios intereses.

Normalmente, esto no le preocupaba. Confiaba en sus otros talentos. Se había esforzado en desarrollar sus puntos fuertes para poderlos poner a disposición de su reina y su país. Siempre se las apañaba para no meterse en líos de los que tuviera que salir por medio de la palabra.

Pero ahora se enfrentaba a una situación en la que tendría que mentir ante un público que solo sabía fragmentos de la verdad.

Esperaba en la antesala de la sala de audiencias de la reina. Había pasado su infancia en el recinto del castillo, de modo que el entorno le resultaba familiar. La política, no. Le había costado la mayor parte de la mañana determinar quién podía concederle el permiso que solicitaba. Con la corte en pleno cambio de reinas, el gobierno estaba en crisis.

Amon se tocó el anillo de los lobos de su mano derecha. Se había convertido en una costumbre. Le tranquilizaba.

El chambelán asomó por la puerta.

—¿Cabo Byrne? —dijo—. Ya están listos para recibirle.

Cuando Amon entró en la sala de audiencias, vio que el trono de la reina estaba cubierto de negro. Se alegró de que nadie se hubiera sentado allí. Todavía.

Habían dispuesto una especie de arreglo al otro extremo de la sala, una tarima con una silla elevada y otras sillas colocadas a su alrededor. Allí estaría el Consejo de Regentes, compuesto por Gavan Bayar, el Gran Mago; Bron Klemath, general del ejército de las Tierras Altas; Lassiter Hakkam, el jefe del Consejo de Nobles; el padre de Raisa, Averill Demonai, representando a los clanes de las Espíritus, y Roff Jemson, nuevo orador de la catedral.

Los laterales de la sala de audiencias estaban flanqueados por guardias casacas azules, la mayoría de los cuales Amon no conocía. Esto le pareció alarmante. Con un sobresalto, se dio cuenta de que, como capitán de la guardia de Raisa, en realidad él estaba a su mando, y en cambio en ese momento le parecían más una amenaza que un apoyo. No había estado tanto tiempo fuera de la ciudad como para haberse producido ese cambio tan brusco de guardias de palacio.

Situado cerca de los miembros del consejo estaba Mason Fallon, con sus rasgos afilados, su pelo negro y su barba permanentemente incipiente. Amon no conocía muy bien a Fallon, pero nunca había confiado en él. Ahora Fallon llevaba el distintivo de cabo. ¿Cuándo había ocurrido esto, y quién lo había autorizado?

Amon se alegró de ver a Jemson. Por lo menos había una cara amable, aparte de la de Averill. Jemson había presidido la ceremonia que había vinculado a Amon y a Raisa como capitán y futura reina, antes de que se fueran a Vado de Oden. De modo que el orador tenía sus propios secretos.

En uno de los asientos elevados, junto a los miembros del consejo, estaba Micah Bayar, que no tenía ninguna función oficial y por lo tanto no debería haber estado presente. ¿Estaba allí por decisión de su padre? ¿O de Mellony?

Amon examinó a los demás. Nunca le había gustado Klemath, y Klemath no sentía simpatía por los Byrne. Había una competencia natural entre la Guardia de la Reina de élite y el ejército regular, y el padre de Amon, Edon Byrne, no había ocultado nunca su opinión de que el ejército debería depender menos de los mercenarios y más de los soldados nativos. Y al parecer, recientemente, Klemath se había aliado en muchos aspectos con el Consejo de Magos.

Klemath había preparado a sus hijos, Keith y Kip, con la esperanza de que alguno de los dos se casara con Raisa y entrara a formar parte de la realeza. Tal vez ahora esperaba una unión con Mellony, suponiendo que los Bayar no le hubieran dicho nada de sus planes de matrimonio, evidentemente.

Lassiter Hakkam era elegante como la mayoría de los nobles, y vestía ropa buena y de última moda. Era astuto, pero, según la opinión de Amon, no especialmente inteligente. Hakkam era tío de Raisa, padre de Melissa y Jon. Nunca se habían relacionado mucho con Amon, porque era un plebeyo.

Gavan Bayar llevaba una túnica de mago negra, con las estolas sobre los hombros, bordadas con los típicos halcones de los Bayar, y con su amuleto prominente destacando sobre la túnica. Miró a Amon, con una mirada penetrante y calculadora, como si Amon fuera una pierna de cordero asada dispuesta para ser cortada.

Micah imitaba a su padre, y también llevaba túnica negra y estolas con halcones, su piel blanca en contraste con su cabellera negra. Se inclinó hacia delante casi con impaciencia, con sus ojos negros clavados en Amon, como si estuviera convencido de que traía noticias importantes.

Averill iba elegantemente vestido al estilo de los comerciantes, con su talismán Demonai como un reto para los Bayar y sus amuletos de magos. Iba vestido de blanco, el color de luto de los clanes de las Espíritus. Esto le hacía destacar entre los demás como una paloma en medio de un puñado de cuervos.

Amon no pudo evitar de pensar que los que llevaban luto negro parecían una bandada de aves carroñeras a punto de lanzarse sobre sus huesos.

Los Bayar estaban a ambos lados de la hermana de Raisa, la princesa Mellony,

que ocupaba la silla ornamentada del centro. Aunque no se habían atrevido a hacerla sentar en el trono, era como si lo hubiera hecho. Era más alta que Raisa, pero miró a los ojos de Amon como una niña pequeña sentada en una silla demasiado grande.

A Mellony siempre le habían gustado más los perifollos que a Raisa, incluso cuando eran pequeñas. Pero el vestido que llevaba hoy estaba hecho con la intención de hacerla parecer mayor, de hacerla encajar en el papel que algunos querían que representara.

Parecer una reina en edad núbil.

Tiene trece años, pensó Amon. Casi catorce. Llevaba un vestido de luto negro de corte simple, que destacaba su piel blanca y su pelo rubio. Tenía la punta de la nariz colorada a pesar de llevarla empolvada, y era evidente por el aspecto de sus ojos que había estado llorando. Hoy, vestida y maquillada como iba, parecía que tuviera dieciséis. Los diamantes de la reina Marianna brillaban en su cuello y sus muñecas.

Ya está desempeñando el papel, pensó Amon amargamente. Siempre había creído que Mellony era una persona simple e insustancial, pero... ¿era posible que hubiera participado en la tarea de allanarse el camino hacia el trono?

Basta ya, se dijo. Tú no eres imparcial. Siempre estarás a favor de Raisa. Mellony siempre estuvo muy unida a su madre. Es lógico que ahora quiera ponerse las joyas de la reina.

Amon se acercó y se postró ante Mellony, llevándose el puño al pecho.

—Alteza —dijo—. Aceptad mis condolencias por vuestra pérdida, una pérdida que compartimos como país.

No estuvo mal. Lo había ensayado toda la mañana.

—Y acepte mis condolencias por su pérdida, cabo Byrne —dijo Mellony, con una voz alta y clara—. Una pérdida que sentimos casi tan profundamente como usted. Pasamos una época terrible, ¿verdad? —Le hizo un gesto con la mano para que se levantara—. Por favor. Siéntese. Los Byrne son nuestros amigos y fieles sirvientes. Están invitados a sentarse con nosotros.

Amon supuso que alguien la había adiestrado a hablar con el «nosotros» típico de la realeza.

Trajeron una silla para Amon, y se sentó sintiéndose incómodo. Desde que se había apartado de la tarima, todos le estaban mirando.

—Bienvenido de nuevo a la corte, cabo Byrne —dijo lord Bayar—. Me sorprendió saber que había regresado a los Páramos. Creía que todavía estaba en la academia. ¿Cómo se enteró de la muerte de su padre?

—De hecho, cuando lo supe ya estaba en camino, lord Bayar —dijo Amon—. Mi padre me había pedido que dejara temporalmente la academia y que regresara a casa, dada la situación aquí. Solo desearía haber llegado antes.

—¿La situación aquí? —preguntó Bayar—. ¿A qué se refiere, específicamente? ¿Tenía alguna razón en particular para preocuparse? —Hizo una pausa—. ¿Estaba preocupado por la reina, tal vez?

Amon no estaba seguro de adónde quería llegar Bayar, pero podía sentir el peligro espesando el aire y se notaba el latido de su corazón en los oídos.

—Estábamos preocupados por las actividades de Gerard Montaigne en Tamron —dijo Amon—. Tiene un ejército muy numeroso. Una vez se haya establecido y situado en Tamron, creemos que podría dirigirse hacia el norte.

Al parecer, no era la respuesta que Bayar esperaba. Se quedó mirando a Amon, sin parpadear, durante un largo momento, y después asintió, aparentemente satisfecho.

—Precisamente. Por supuesto, compartimos su preocupación.

El general Klemath se inclinó hacia delante.

—Me sorprende que su padre sintiera la necesidad de hacerle regresar a casa por este motivo. La protección de nuestras fronteras es responsabilidad del ejército. Con la ayuda del Consejo de Magos, evidentemente.

—Sí —dijo Amon—. Pero si Montaigne viene hacia el norte, nuestra obligación es estar aquí. La familia real necesitará más protección para que el ejército se pueda concentrar en su trabajo. —Hizo una pausa—. Veo que Micah también ha regresado a casa. ¿Tal vez por la misma razón? —Miró a Micah, esperando que su expresión no le traicionara. Como mínimo ellos dos —y tal vez lord Bayar también— sabían que Micah había secuestrado a Raisa de Vado de Oden y que se había ido hacia el norte con ella, aunque la perdió por el camino.

Con un poco de suerte, los Bayar no sabían que él lo sabía.

—Regresé porque pensé que, en este momento, podría ser útil aquí —dijo Micah—. Y porque echaba de menos a algunas personas de la corte. —Sonrió a la princesa Mellony, y ella se sonrojó y bajó la mirada.

Una vez más, las sospechas inquietaron a Amon.

—Yo esperaba encontrar a la princesa Raisa a mi regreso —dijo Amon—. ¿Se ha sabido algo de ella?

—No —dijo Micah—. La princesa heredera todavía sigue desaparecida. —Miraba a su padre mientras hablaba, con una expresión indescifrable.

—Seguro que ha habido alguna noticia de su paradero —insistió Amon, mirando fijamente a Micah—. Yo he estado fuera en Vado de Oden, pero suponía que...

—No ha habido rastro ni se ha sabido nada de la princesa heredera desde que se fue del reino en otoño —dijo lord Bayar. Después hizo una mirada de advertencia a Micah. Micah cerró los labios con fuerza y no dijo nada.

O sea que esta era la historia. Ni la reina Marianna ni los Bayar le habían dicho a Mellony que su hermana estaba en Vado de Oden. No habían dicho nada de que Micah y Fiona habían perdido a Raisa en Tamron durante su camino de regreso a la Marca de los Páramos. Sería mucho más fácil dejarla a un lado si no había visto ni oído nada de su hermana desde que desapareció casi un año atrás.

Amon miró a padre e hijo, preguntándose qué le habría contado Micah a su padre sobre Raisa. Micah levantó la barbilla y miró a Amon, como desafiándolo a hablar

más. Probablemente sospechaba que Amon había ayudado a Raisa a huir a Vado de Oden, y que habían estado allí juntos. Pero si alguno de los dos lo admitía, ambos se verían expuestos a cargos de traición, y Micah lo sabía.

—¡Oh, cómo hecho de menos a Raisa! —dijo Mellony, tapándose los ojos—. Ahora, más que nunca, deberíamos estar juntas. Hemos enviado pájaros y mensajeros por todo los Siete Reinos —añadió, con la voz temblorosa—. Sé que mi hermana, si pudiera, estaría aquí para asistir al funeral de nuestra madre. —Suspiró profundamente—. Me temo lo peor.

Los Siete Reinos están en guerra, pensó Amon. La comunicación está alterada. ¿Cómo pudiste pensar que Raisa recibiría un mensaje, aunque se lo mandaras? Pero no lo dijo en voz alta. Sabía que se encontraba en terreno peligroso. Si daba la impresión a los enemigos de Raisa de que él no seguiría el juego, no lograría salir vivo de la ciudad.

—¿Cuánto hace que ha vuelto, cabo Byrne? —preguntó lord Bayar, tocándose el elaborado anillo que llevaba en la mano derecha.

Amon intuyó una trampa en esta pregunta, pero no sabía cómo hacerlo para esquivarla.

—Llegué a la Marca de los Páramos por la Muralla Occidental hace unos días —dijo—. Estaba aquí cuando llegó la noticia de mi padre, y me fui inmediatamente al Campamento de los Pinos de Marisa.

—Los Demonai encontraron al grupo del capitán Byrne en el paso. Todos muertos —dijo Averill.

—¿Todos muertos? —espetó Mellony—. ¿Y qué hay de los bandoleros que les atacaron? ¿Sabemos quienes eran?

—No, Alteza —dijo Amon, terriblemente consciente de los Bayar a cada lado de la princesa. Mantuvo la mirada baja, consciente de sus limitaciones como mentiroso.

—Es muy poco probable que nunca lleguemos a saber qué ocurrió exactamente, porque todos los miembros del grupo murieron —dijo lord Averill—. Los atacantes posiblemente ya han cruzado de nuevo hacia Tamron.

—Espero que en la guardia podamos trabajar junto con el general Klemath para fortalecer nuestras fronteras contra otras posibles invasiones del sur —dijo Amon. Miró al general, y recibió un imperceptible asentimiento de cabeza a cambio.

—Si sus asesinos llegan a ser identificados, no tendremos compasión —dijo con firmeza la princesa Mellony.

—¿Ha considerado la posibilidad de que los mismos Demonai puedan ser los culpables? —preguntó lord Bayar, como si Averill no estuviera sentado allí—. Las relaciones con los cabezacobrizas han sido tensas últimamente. Hay algunos que sospechan que podrían tener algo que ver con la desaparición de la princesa Raisa.

Cuidado, ahora, pensó Amon. Miró a Averill Demonai, cuya expresión de comerciante había decaído un poco.

—Esto parece muy poco probable, señor —dijo Amon, volviéndose hacia lord

Bayar—. Mi padre y los demás guardias fueron asesinados con flechas de ballestas y con espadas. No son las armas habituales de los Demonai.

—Cualquiera puede utilizar una ballesta —dijo lord Bayar.

—Las tensas relaciones que usted ha mencionado son consecuencia de las incursiones de los hechiceros en las Montañas de las Espíritus y los ataques en los pueblos de las tierras altas —dijo Averill—. Mientras que los Demonai tienen suficientes razones para actuar en contra de los magos, es difícil imaginar qué motivo podrían tener los Demonai para asesinar al capitán Byrne y a su grupo. De hecho, los Demonai rindieron sus honores al capitán Byrne ayer por la noche en los Pinos de Marisa con un rito funerario guerrero. Esto es extraordinariamente raro, puesto que él era un hombre del Valle.

—No he visto ninguna prueba que demuestre que los magos son responsables de los ataques de los que os quejáis continuamente —dijo lord Bayar—. Ni tampoco ninguna prueba de que efectivamente se hayan producido estos ataques. En el Consejo de Magos sospechamos que se trata simplemente de una excusa para continuar prohibiendo la elaboración de amuletos.

Tanto Averill como Bayar parecían dos actores representando su papel para el público, y no que hablaran el uno con el otro.

Lord Bayar esperó, y al ver que Averill no hablaba, cambió de tema.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que el capitán Byrne era un jefe valiente y capaz. Sin embargo, es lamentable que dejara a la reina sin protección, por lo visto en un momento crítico. —Bayar se alisó las estolas—. Todavía no he oído una explicación convincente de su motivo para salir de la corte.

Amon se puso rígido, pero evidentemente no tenía ninguna respuesta para lord Bayar, porque no podía decirle al Gran Mago que su padre había ido al sur para ayudar a la princesa heredera a regresar de extranjería al reinado. Porque Byrne tenía la esperanza de que la presencia de Raisa ayudaría a preservar a Marianna de la influencia del Gran Mago.

Averill miró fríamente a Bayar.

—Tengo plena confianza en que sea lo que fuera que el capitán Byrne hiciese, fue para servir a la dinastía Lobo Gris —dijo.

—Probablemente nunca sabremos lo que ocurrió exactamente —dijo Mellony, irrumpiendo en la discusión—. Estoy segura de que este es un tema difícil para el cabo Byrne, teniendo en cuenta que su padre todavía no está enterrado. —Se inclinó hacia adelante—. Me han dicho que quería pedir algo, cabo Byrne. Por favor, hable libremente.

Es generosa, pensó Amon. Ahora que tiene la corona a su alcance.

Gavan Bayar se inclinó hacia delante, con la mano sobre su amuleto, mirándole como si fuera a matarlo si decía algo fuera de lugar.

—Tengo una petición —dijo Amon—. Es poco habitual, pero esperaba que tal vez me la concedierais en vista del largo servicio de mi padre a la reina Marianna.

—Lo que sea —dijo Mellony, rápidamente, aunque después decayó bajo la mirada de lord Bayar—. Si podemos, cabo Byrne, lo haremos —rectificó.

—Os quería pedir que las cenizas de mi padre sean enterradas al lado de su reina señora, en la Montaña de Marianna —dijo Amon. Ante la expresión desconcertada de Mellony, se apresuró a añadir—: No, no me refiero a su lado exactamente. Tal vez en un lugar cercano, tal vez a los pies de su tumba, en algún lugar donde pueda seguir vigilándola en la muerte tal como lo hizo en la vida.

—¡Oh! —Mellony se levantó y se oyó el frufú de la seda de su vestido, con las manos entrelazadas delante de ella, los ojos llenos de lágrimas—. Oh, es tan romántico. Pensar en el capitán Byrne vigilando a su reina para siempre.

—Pero ¿los Byrne no tenéis una tumba en la catedral? —dijo lord Bayar, aparentemente impasible ante el aspecto romántico del tema—. ¿No sería más adecuado enterrar a su padre al lado de su madre?

—Sí, lord Bayar, lo sería —dijo Amon, mirando al mago a los ojos—. Pero mi madre lo comprendería. Cuando se casó con mi padre, era consciente del vínculo especial entre reina y capitán. Un vínculo que va de la vida a la muerte.

Lord Bayar frunció el ceño. Amon supuso que el Gran Mago quería denegar la petición, pero no encontraba ningún buen motivo para hacerlo.

—Orador Jemson —dijo Bayar—. Usted supervisará el funeral de Su Majestad. Y usted está al cargo de mantener las antiguas tradiciones. ¿No le parece... irrespectuoso?

Jemson juntó las puntas de los dedos y lo reflexionó con una expresión solemne.

—Soy consciente del vínculo entre las reinas y los capitanes —dijo finalmente, con una expresión que no denotaba nada—. No pondría ninguna objeción si ese fuese el deseo de ambas familias.

—¿Lord Demonai? —Lord Bayar se volvió hacia Averill—. Como consorte de la reina, creo que podría usted cuestionar la conveniencia de...

—No me siento en absoluto amenazado por las cenizas del capitán Byrne, lord Bayar —dijo Averill—. No he tenido nunca ningún motivo para cuestionar la lealtad del capitán Byrne ni la naturaleza de su respeto por la reina. —La mirada que le dirigió a Gavan Bayar podría haber congelado el Dyrne.

Mellony sonrió.

—Creo que mi madre estaría encantada de saber que el capitán duerme cerca de ella —dijo, sentándose de nuevo.

Micah cubrió una mano de Mellony con la suya, se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído. Ella se sonrojó y le susurró algo también.

—Gracias, Alteza —dijo Amon, intentando ignorar la exhibición. No deseaba otra cosa que salir de allí. Prefería las humildes calles de Puente del Sur que las confabulaciones de la corte. Al fin y al cabo, ya había conseguido lo que quería: la oportunidad de examinar el sepulcro antes de tiempo y una excusa para estar en el meollo durante el funeral.

—Entonces, con su permiso, el orador Jemson y yo iremos al lugar de la sepultura hoy mismo y tomaremos una decisión respecto a los ritos de mi padre y el lugar de su tumba. —Amon se levantó y se inclinó—. Si se me permite, me retiraré.

—No tan rápido —dijo lord Bayar.

Amon se quedó inmóvil, sin levantar la mirada.

—Cabo Byrne, el Consejo de Regentes requiere un poco más de su tiempo —dijo el Gran Mago—. Por favor, siéntese.



## Un entramado de mentiras

Amon se sentó de nuevo, esforzándose por mantener la expresión tan vacía como pudo, mientras el corazón le latía con fuerza bajo su abrigo del uniforme. Levantó la vista y se encontró con los fríos ojos azules del Gran Mago.

—Aunque es difícil pensar más allá de nuestras recientes pérdidas y del funeral de la reina Marianna, debemos tratar el tema de la coronación —dijo Bayar.

—¿La coronación, señor? —dijo Amon. Miró a la princesa Mellony y después otra vez a lord Bayar.

—Tal como ha dicho usted muy astutamente, nuestros enemigos se están congregando en el sur —dijo lord Bayar—. ¿Sabe las últimas noticias? Tamron se ha rendido a Gerard Montaigne.

Amon sacudió la cabeza.

—No —dijo, fingiendo estar sorprendido y consternado—. No sabía nada.

—No podemos permitirnos dejar nuestro trono vacante por mucho tiempo —dijo Bayar—. Será percibido como un vacío de poder que nuestros enemigos sureños estarán encantados de llenar. Es posible que Montaigne decida que es más fácil conquistar los Páramos que continuar luchando contra sus hermanos.

—Me doy cuenta de lo que podría pasar —dijo Amon sinceramente.

—Teniendo en cuenta la larga ausencia de la princesa heredera, la reina Marianna tomó una difícil decisión —dijo lord Bayar—. Modificó la sucesión, reconociendo que era posible que la princesa Raisa nunca regresara a casa. Nombró a la princesa Mellony como su sucesora en el caso de que... de que el trono quedara vacante y la princesa Raisa no pudiera ser localizada —dijo con delicadeza. Sacudió la cabeza—. Ninguno de nosotros previó que este plan alternativo llegara a ser nunca necesario.

—Raisa todavía puede volver —dijo Mellony, a modo de protesta débil—. No quiero que nadie piense que la estamos dejando de lado.

—Esto es exactamente lo que la gente pensará, hija, especialmente los Demonai —dijo Averill—. Esta es una de las razones por las cuales yo voté en contra en el consejo.

—Esto es difícil de aceptar para la princesa Mellony —dijo lord Hakkam, que habló por primera vez—. Pero reconociendo la crisis actual en Arden y en Tamron, el Consejo de Regentes ha determinado que si la princesa Raisa no regresa para asistir al funeral de la reina Marianna, se debe proceder con la coronación de la princesa Mellony.

Amon hubiera deseado ver todas las caras a la vez para no perderse un detalle. Miró primero al orador Jemson, que tenía una expresión suave y tranquila. Era un

hombre listo. Probablemente conocía el precio de la resistencia tanto como Amon.

Mellony se las arregló para poner cara de culpable y emocionada a la vez. Inconscientemente, alargó la mano y acarició el pelo de Micah como si se tratara de un talismán. Ella nunca había tenido la esperanza de ser reina, pensó Amon. Le gusta la idea. Y en el fondo de su corazón sabe que así va a ganar su Micah.

—¿Realmente es tan urgente? —dijo Amon finalmente, intentando que sonara como si fuera una noticia interesante que no iba con él—. Parece como si os quedara muy poco tiempo antes de que Montaigne se reagrupe. El sitio de Tamron ha causado muchas pérdidas. Y si quiere subir a las montañas tendrá que esperar a que haga más buen tiempo. Por lo que yo sé, no tiene experiencia en combates de montaña.

—Y sin embargo usted acaba de decir que regresó a casa por el riesgo que supone Montaigne —dijo lord Bayar, lanzándose sobre las palabras de Amon como una trucha sobre una mosca. «No se pueden tener las dos cosas», decía su expresión—. No creo que sea prudente subestimar a Montaigne. Fíjese en lo que les ha pasado a los Tomlin.

—Comprendo sus motivos para no querer dejar el trono vacante demasiado tiempo —dijo Amon—. Pero ¿qué pasará si la princesa Raisa regresa más adelante? —Podía sentir los ojos negros de Micah Bayar clavados en él.

Lord Hakkam se encogió de hombros.

—No existe ninguna cláusula para... reorganizar la situación si es que esto ocurriera —dijo—. No obstante, debe admitir que fue una irresponsabilidad por su parte huir de esa forma, sin decir nada a nadie.

Era una afirmación valiente y temeraria por parte de Hakkam, llamar irresponsable a la princesa heredera del reino. No obstante, Amon se dio cuenta de que la nobleza no veía con buenos ojos la desaparición de Raisa. Nadie les había dicho que había sido una situación precipitada por la perspectiva de un matrimonio forzado con un mago. Probablemente les habían dicho que Raisa se había peleado con la reina y se había ido furiosa durante una rabieta. La dinastía Lobo Gris era conocida por ser testaruda. Solo cabía fijarse en Hanalea.

Amon sabía que lo único que podía hacer, para sembrar dudas, era tratar de retrasar las cosas. Pero ¿por qué le estaban revelando a Amon sus planes sobre la coronación? Excepto que... si Raisa estuviera viva, y Amon supiera su paradero, esperarían que él saliera corriendo a explicárselo. Y esto sacaría a su presa del escondrijo antes de que pudiera causarles un auténtico problema.

De modo que se sentó, esperando a que le dieran permiso para irse, preguntándose qué le diría a Raisa y cómo podía impedir que su testaruda reina hiciera algo imprudente.

—La reina Mellony necesitará a un capitán para su guardia —dijo lord Bayar, devolviéndose al presente.

Oh.

La reina Mellony. Esas palabras le pusieron la piel de gallina a Amon.

—Sí —dijo, asintiendo—. Así es. —Sabía que sonaba como un imbécil, pero no sería él quien hiciera la oferta. Su mente trabajaba furiosamente. Raisa tenía razón como siempre, en los temas de política. «Di que sí» —le había dicho—. «Di que sí, porque de lo contrario estarás firmando tu sentencia de muerte».

—Sería un honor, cabo Byrne, si aceptara ser el capitán de mi guardia —dijo Mellony, sonriéndole.

Amon estaba contento de que Raisa le hubiera advertido, contento de que no le hubieran cogido por sorpresa. Los Bayar sabían que los Byrne impedirían su completo control sobre la reina que hubieran elegido. Entonces, ¿por qué iban a seguir adelante eligiendo a un Byrne como capitán?

Raisa había sugerido un motivo: los Bayar sabían que la coronación de Mellony levantaría controversias. Querrían añadir algo de legitimidad a su elección. Si un Byrne aceptaba ser capitán, tal como lo exigía la tradición, lo haría todo más creíble.

La segunda posibilidad era que realmente lo consideraban como a un estúpido.

La tercera posibilidad era que querían tenerlo cerca y bajo control para poderlo manejar si mostraba algún signo de poca colaboración.

Era difícil para él tener claro quién sabía secretos y cuáles.

Amon se dio cuenta de que hacía demasiado rato que estaba pensando, y que todos esperaban su respuesta.

—Me siento halagado, Alteza —dijo Amon—. Pero también sorprendido. Aunque he estado cuatro años en Vado de Oden, todavía soy un cadete. Solo tengo dieciocho años. Creía que elegiríais a alguien con más experiencia y conocimientos que yo.

—Vamos, vamos —espetó el general Klemath—. No es posible que esté tan sorprendido. El capitán siempre ha sido un Byrne, desde el Quebrantamiento.

Pues no parece muy contento, pensó Amon. Tal vez creía que ofrecerían el puesto a alguno de sus estúpidos hijos.

—Estamos convencidos de que el carácter y el linaje son más importantes que la formación y la experiencia —dijo Mellony, sonriendo.

—A menos que prefiera que nombremos a su hermana Lydia o a su hermano Ira —dijo lord Bayar.

Huesos, pensó Amon. Le sorprendió que lord Bayar supiera que tenía una hermana y un hermano. No le gustó que lo supiera. Nombrar a Lydia era una posible salida para ellos. Lydia era artista y no había recibido instrucción militar. Aunque seguiría siendo una Byrne, sería un obstáculo menos importante para las ambiciones de los Bayar. Eso pondría a Lydia en peligro y ofrecería muy poca protección a la reina.

Además Ira tenía once años. No iría a la academia hasta dentro de dos años.

—General Klemath, tiene usted razón —dijo Amon—. Debí haberlo imaginado. Sólo que... las cosas están cambiando tan rápidamente que resulta difícil mantener el ritmo. Yo esperaba disponer de unos cuantos años en la guardia para poder

prepararme. Con la trágica muerte de la reina, y después la muerte de mi padre... En fin, supongo que me costará un tiempo acostumbrarme a la idea.

La expresión de Bayar decía, «Pues no tardes mucho».

—Cabo Byrne —dijo Mellony—. Tenemos una cosa en común: los dos debemos desempeñar unas tareas que no esperábamos. Podemos aprender juntos, usted y yo.

Amon asintió.

—No lo había pensado de esta manera.

Esto es exactamente lo que no necesitamos, pensó Amon. Una reina joven, maleable e inexperta y un capitán inmaduro de la guardia.

—¿O sea que acepta? —dijo Mellony, inclinándose hacia delante con entusiasmo, como una niña poco dispuesta a aceptar un no.

Amon inclinó la cabeza.

—Sí —dijo—. Será un honor para mí servir como capitán de la Guardia de la Reina, Alteza. —Al fin y al cabo, ya lo estaba haciendo.

Lord Bayar lo examinó un momento, y después asintió, aparentemente satisfecho.

—Bien. —Miró al orador Jemson—. ¿No hay algún tipo de ceremonia religiosa? —dijo, con muy poco interés—. ¿Se encargará usted de esto?

El orador Jemson asintió.

—Normalmente, tiene lugar en el momento de la coronación —dijo—. Lo organizaré junto con el resto de preparativos.

Jemson es un mentiroso bastante bueno, para ser un orador, pensó Amon.

—Gracias cabo Byrne —dijo lord Bayar, dándole así permiso para marcharse—. Se levanta la sesión del Consejo de Regentes.

Amon se levantó, se echó un poco atrás e hizo una reverencia, pero ya no le prestaban atención. Mellony bajó de su silla elevada y se puso a hablar con Micah. Mientras Amon les observaba, el joven mago deslizó un brazo por los hombros de Mellony y la atrajo hacia sí para darle un beso.

A Amon no le hacía ninguna ilusión compartir todas estas noticias con Raisa.

—Cabo. —Amon se sobresaltó y alzó la vista para encontrarse con el orador Jemson a su lado—. Voy a ir a la Montaña de Marianna para los preparativos. He pensado que podría venir conmigo, podemos decidir algunas cosas y podrá ver la disposición del terreno.

—Sí, gracias, iré con usted —dijo Amon, desviando su atención de Mellony y Micah.

El orador Jemson siguió su mirada.

—Parece que nosotros ya tenemos trabajo asignado, ¿verdad?

Amon tuvo que asentir.

Al final del día, Amon estaba física y mentalmente exhausto. Los Lobos Grises habían acompañado a Amon y a Jemson a la Montaña de Marianna, porque Amon

quería que formaran parte de la guardia de honor de su padre. Cualquiera que fuese el plan final, quería tener soldados a su lado en los que pudiera confiar durante la celebración del funeral. Sus Lobos eran todos nativos, excepto Pearlie Greenholt, que había ido al norte con Talia, dejando su puesto de maestra de armas en Casa Wien. Ocupó el lugar de Wode en la tríada de Amon después de que Wode fuera asesinado en Tamron.

Caminaron por el terreno destinado a la sepultura, y Amon tomó notas e hizo esbozos. La urna de su padre no ocuparía mucho espacio, de modo que no hacía falta cavar una tumba muy profunda en el terreno todavía helado. Habló con los talladores de lápidas para que levantaran un monumento adecuado. Mientras tanto, se estrujaba el cerebro pensando una manera segura para traer y sacar a Raisa del lugar sin exponerla a aquellos que sin duda estarían dispuestos a completar el trabajo que habían empezado.

Cuando regresaron a la Marca de los Páramos, Amon advirtió de nuevo a sus Lobos Grises de que no revelaran nada, y les dio las primeras instrucciones para el día del funeral. No sabrían nada de la princesa Raisa hasta el último momento. Confiaba en sus Lobos, pero cuanto menos supieran, menos probabilidades había de que se les escapara información.

Dejó la urna que contenía las cenizas de su padre al orador Jemson. Estaría de cuerpo presente en la catedral hasta el día del funeral, cuando Amon y sus Lobos le acompañarían a su tumba.

Cenó con su hermano Ira y su hermana Lydia y el resto de la familia. Lydia era tres años mayor que Amon, hacía poco que se había casado y estaba embarazada. Ella y su marido, Donnell Graves, un comerciante, habían alquilado una casa dentro del recinto del castillo, ya que muchos de los encargos de cuadros procedían de la nobleza rica que vivía en la zona. Ahora que su padre había muerto, Ira se trasladaría a casa de Lydia hasta que llegara el momento de irse a la academia.

Lydia hubiera preferido enterrar a su padre al lado de su madre, en la tumba de los Byrne en el recinto de la catedral, pero no era la primera vez que sacrificaba sus deseos por el bien de la reina y del reino.

Tenían mucho de qué hablar, recuerdos y dolor que compartir, y no le dejaban marchar. Era muy tarde cuando Amon fue al establo a buscar a su caballo para emprender el largo camino de vuelta a los Pinos de Marisa. Al traspasar las puertas y entrar en el patio, vio movimiento entre las sombras que había al lado del edificio.

Amon supuso que era uno de sus compañeros guardias haciendo el cambio de turno.

—¿Quién anda por ahí? —dijo en voz baja.

Pero la alta figura que salió a la luz no era de la Guardia de la Reina.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Amon, desenvainando su espada pero manteniéndola apuntada hacia el suelo.

Micah Bayar se le acercó, con las manos levantadas, mostrándole las palmas, para

que viera que no estaba tocando su amuleto.

—Relájate, cabo Byrne, no voy a hacerte daño. Solamente quiero hablar contigo.

—Pues es una lástima, Bayar, porque yo no quiero hablar contigo —dijo Amon, repasando lo que sabía y no sabía, y lo que podía admitir y lo que no—. ¿Me has estado esperando todo este tiempo?

Micah asintió.

—Te he buscado en el cuartel, pero por lo visto no te alojas allí. —Hizo una pausa. Al ver que Amon no decía nada, añadió, impaciente—: ¿Por qué no estás en el cuartel? ¿Dónde te alojas?

—El cuartel está lleno. Hay muchas caras nuevas. Y no te importa para nada dónde me alojo. —Amon quería montar, pero sabía que eso lo haría vulnerable a un ataque de magia—. Bueno, si no quieres nada más...

Micah avanzó hasta la puerta de la entrada principal del patio, bloqueándole el paso.

—Quiero saber si sabes algo de la princesa Raisa, y si sabes dónde está.

—¿La princesa Raisa? —Amon fingió una expresión de perplejidad—. ¿Cómo quieres que sepa dónde está? Ya has oído lo que he dicho en la reunión del Consejo de Regentes. Yo he estado en Vado de Oden todo este tiempo, igual que tú.

Micah entrecerró los ojos.

—No me mientas. Sé que la llevaste a Vado de Oden. Sé que la tenías allí escondida.

Amon resopló.

—A ver si lo entiendo: ¿Tú crees que la princesa heredera del reino se escapó con un cadete de cuarto año y que ha vivido en una academia militar durante casi un año? —Y algún demonio interior le hizo añadir—: ¿Por qué haría tal cosa, excepto que estuviera absolutamente desesperada por huir?

Micah frunció el ceño.

—Sé que estaba en Vado de Oden porque la vi —dijo.

—Si tú lo dices —dijo Amon—. Entonces, tal vez todavía sigue allí. A menos que sepas algo que yo no sé. —Hizo una pausa, preguntándose si Micah se atrevería a confesar el rapto de Raisa. Al ver que Micah no decía nada, Amon añadió—: ¿Además, por qué te importa tanto saber dónde está? Por lo que he podido ver... ah... das tu apoyo a la princesa Mellony. —Amon enarcó una ceja.

—Si la princesa Raisa sigue viva, debería ser coronada reina —dijo Micah.

Amon observó a Micah, intentando descifrar su expresión bajo la débil luz.

—Bien, Bayar —dijo—. Por fin has dicho algo en lo que podemos estar de acuerdo.

—Si sabes dónde está, debes avisarla —siguió Micah—. Es necesario que asista al funeral de la reina Marianna. Si Mellony es coronada, entonces ya será demasiado tarde.

—No te he oído hablar en el Consejo de Regentes —dijo Amon—. Me parece que

eres tú el que debería haber hablado. No un simple cabo de la guardia.

Tú no me engañas, pensó Amon. Lo que quieres es saber dónde está para poder terminar el trabajo que empezaste. Sin quitarle el ojo al mago, se subió a la silla y espoleó al caballo para que echara a andar, dirigiéndose directamente a Micah.

Micah Bayar esperó hasta el último momento, después se apartó y le observó mientras se iba.

## Un riesgo calculado

El día después de la confesión de la nueva reina, Han le pidió a Willo que le trasladara a la cabaña de huéspedes, donde estaría menos vigilado y además tendría más libertad de movimiento.

Willo se negó.

—Te vas a agotar —dijo—. Por lo menos aquí yo te puedo atender y puedo limitar las visitas.

A Han le gustaría haber respondido: «De todos modos, estás dejando entrar a toda la gente que me gustaría mantener alejada». Pero no era culpa de Willo.

—No necesito que nadie me cuide —dijo—. Y descansaré más si estoy lejos de todas estas idas y venidas.

Willo se sentó al lado de la cama de Han.

—¿Qué vas a hacer, Caza Solo? —le preguntó.

—¿Hacer? —Han se frotó la nuca—. ¿Sobre qué?

—Sobre Rosa Silvestre —dijo.

—¿Quién? —Fingió que no la entendía—. Ah. La nueva reina. Esta chica tiene más nombres que cualquiera del Mercado de los Harapos.

—Ten cuidado, Caza Solo —dijo Willo, con la voz grave e impaciente. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más estaba escuchando.

—Siempre voy con cuidado —dijo Han, que también miraba a su alrededor.

—Lo digo en serio. Si los Demonai se dan cuenta de que estás enamorado de ella, te matarán.

—¿Quién ha dicho que estoy enamorado de ella? —replicó Han, evitando mirarla a los ojos—. ¿De dónde has sacado eso?

—Lo vi en la expresión de tu rostro el día que me la entregaste en el sendero —dijo Willo—. Y he oído lo que has dicho. Si yo lo puedo ver, los demás también. No olvides nunca que Averill es un Demonai antes que nada, y no es estúpido. No dudará en matarte si tiene alguna sospecha de que tu intención es...

—Yo no tengo ninguna intención, ¿de acuerdo? —gruñó Han—. Excepto mantenerme vivo y salir de este embrollo lo más pronto posible. Esto ya será suficientemente difícil de conseguir.

—Te conozco. —Willo alargó la mano para apartarle un mechón de cabellos de los ojos—. Irás detrás de lo que deseas, a pesar del riesgo que comporte. Y puedes perderlo todo.

Ya lo he perdido todo, pensó Han. Después se corrigió a sí mismo. Cada vez que pienso que lo he perdido todo, descubro que todavía me queda algo por perder.



—Mira —dijo—. No soy un estúpido, aunque a veces sé hacer este papel. No me hago ilusiones en cuanto a mis intenciones con Su Alteza. Conozco a los de sangre azul, y ella es peor que la mayoría. Me ha estado mintiendo desde el día en que nos conocimos.

—Te equivocas —insistió Willo—. Ella se preocupa por ti, realmente le importas mucho. Y esto aumenta el riesgo. Hay quienes querrán matarla también a ella, si se dan cuenta de lo mucho que le importas. Rosa Silvestre representa la esperanza para las tribus de las tierras altas, la última oportunidad para poner a uno de los nuestros en el trono del Lobo Gris. Una oportunidad para compensar más de mil años de ocupación de los magos y de dominio de los habitantes del Valle. Créeme, no hay nadie más peligroso que aquel a quien las esperanzas se le han convertido en desesperación.

Se quedó en silencio, alisando los pliegues de su falda.

—El Consejo de Magos también tiene esperanza: la de recuperar el poder que una vez tuvieron. Mientras crean que Rosa Silvestre puede formar parte de este plan, continuará viva. Y tú, sin duda, no entras en este plan.

Han se puso las manos en las sienes, deseando apagar la suave voz de Willo. ¿Desde cuándo se había convertido en una experta en política?

Willo puso su mano en el hombro de Han, con su tacto aliviándole el martilleo de la cabeza.

—Sé cómo guardar secretos para proteger a los que quiero. Tú también debes guardar este secreto. —Escudriñó la expresión de Han, con la suya llena de tensión y preocupación—. Prométeme que lo harás.

Lo mismo podría estar escupiendo al viento que hablando con Willo, pensó Han. Puso una mano sobre el brazo de Willo.

—No temas, iré con cuidado —dijo—. Sé guardar secretos. —Hizo una pausa—. Y ahora, necesito que me hagas algunos favores.

En la cabaña de huéspedes, a Han le asignaron una de las habitaciones reservadas para los invitados importantes. Tenía una chimenea propia en la pared que daba al exterior y dos camas lo bastante anchas como para dos personas, llenas de mantas y cubrecamas de piel.

Le hubiera gustado tener a alguien con quien compartir todo ese lujo. Sus pensamientos fueron espontáneamente hacia Rebecca. Raisa. Esa sensación era nueva para él, como si le hubieran amputado un miembro.

Le asignaron a dos aprendices de Willo para que le dieran la comida y las dosis de medicamento a intervalos regulares. Pero siempre llamaban antes de entrar. Le miraban con el rabillo del ojo y actuaban como si Han fuera a atacarles al entrar en su habitación.

Era agotador, pero práctico a la vez.

Han llevaba la réplica de Bailarín de su amuleto Caza Solo por encima de la ropa, y el amuleto del rey Demonio escondido debajo. El destello de la réplica era un débil reflejo del original. A Han le preocupaba que, si Elena lo tocaba, se diese cuenta de que no era el que ella había hecho. Pero aunque la matriarca probablemente se había dado cuenta de que lo llevaba puesto, había mostrado muy poco interés por él.

Bailarín seguía utilizando el amuleto Caza Solo original, pero lo mantenía escondido mientras estaba en el campamento. Parecía haber hecho las paces con ese amuleto prestado.

Esa noche, Han y Bailarín volvieron a la Casa de la Matriarca para asistir a la reunión estratégica que habían acordado con todos los participantes y conspiradores. Era la primera vez que Han veía a Raisa desde su confesión. Cuando entraron en la sala común de la casa, la vio sentada en el suelo con las piernas cruzadas, manteniendo una animada conversación con Averill y Elena Demonai. Su padre y su abuela, se recordó a sí mismo Han.

Sin embargo, levantó la cabeza cuando Han entró en la sala, como si hubiera detectado su presencia. Se inclinó hacia delante, con las manos sobre sus polainas, examinando su rostro como en una especie de súplica silenciosa.

Han desvió la mirada y encontró un sitio para sentarse en el extremo opuesto de la sala.

Amon Byrne y Averill Demonai informaron sobre las noticias de la capital. Si la princesa Raisa no asistía al funeral de la reina, pondrían a su hermana pequeña en el trono. De modo que, de pronto, la discusión ya no era sobre si podía asistir, sino sobre cómo lo podía hacer de manera segura.

Así que la princesa Raisa se saldría con la suya, tal como solían hacer las princesas.

Reid Nightwalker Demonai y Pájaro Nocturno también estaban allí. Han notó varias veces la insistente mirada de Pájaro sobre él. Y él fingió que no se daba cuenta.

Nightwalker era otro asunto. Han pensó que su presencia era como una garrapata en la piel de un guerrero Demonai. Así que se aseguró de desafiar su mirada cada vez que tuvo la oportunidad, como si fueran señores de la calle rivales en el mercado.

El lugar previsto para el funeral se encontraba en el flanco sur de la recién nombrada Montaña de Marianna, al norte del Valle. Por lo menos era un terreno neutral; si alguien tenía alguna ventaja, eran los clanes.

Han conocía el lugar, había cazado por aquella zona con Bailarín y Pájaro, aunque de eso hacía ya mucho tiempo. Los llaneros la llamaban Montaña de Lomo de Camello. Los clanes tenían un nombre más pintoresco para el doble pico. Pero ahora ambos habían quedado descartados en favor del de Marianna.

Se podía acceder al lugar del funeral a través de las montañas por el norte, pasando por el desfiladero existente entre las dos cimas gemelas. Pero sería de difícil acceso a principios de primavera.

—Antes de continuar —dijo Averill Lightfoot, mirando a Han y a Bailarín—, hay

algo más que debéis saber.

Todos los ojos se concentraron en el patriarca Demonai.

—Cuando ayer regresé a la ciudad, les pedí a los guerreros Demonai asignados a mi guardia que registraran de nuevo los jardines de la reina, para ver si encontraban alguna pista que hubiera pasado por alto a la guardia de la reina Marianna. —Y añadió, dirigiéndose a Amon—: Con esto no estoy sugiriendo en absoluto que el registro que hizo la guardia fuera insuficiente.

—No lo he tomado como una ofensa —dijo Amon serenamente.

Averill asintió, y después puso una mano sobre el hombro de Pájaro.

—Pájaro Nocturno, ¿puedes mostrarnos lo que encontraste?

Ahora todos miraron a Pájaro. Ella rebuscó en su bolsa y sacó un objeto envuelto en piel de ciervo. Se inclinó hacia delante, lo puso en el suelo y lo desenvolvió.

Era un amuleto de mago de estilo antiguo, con una maraña de ramas y pájaros de oro blanco y amarillo, con algunos de los finos detalles desgastados por el uso.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó Averill.

—Estaba incrustado en un rosal silvestre debajo del balcón de la reina —dijo Pájaro, sentándose de nuevo sobre sus talones y descansando las manos sobre su regazo. Pese a que antes Han habría podido leer fácilmente la expresión de Pájaro, ahora le resultaba difícil saber lo que estaba pensando.

—¿Le resulta familiar a alguien, este amuleto? —preguntó Averill—. ¿Alguien sabe qué hech... mago tiene un amuleto como este?

Todos negaron con la cabeza. Han puso los ojos en blanco. No era ninguna sorpresa que ninguno de los presentes lo hubiera visto. La mayoría de ellos no se relacionaban con los magos si lo podían evitar.

Bailarín extendió la mano.

—¿Puedo echarle un vistazo?

Pájaro asintió y Bailarín cogió el amuleto. Lo sostuvo entre las manos y lo hizo girar para ver los reflejos de la luz.

—Es una pieza antigua —dijo finalmente—. Tal vez de la época del Quebrantamiento. Casi todo el destello está descargado. Ha sido utilizado recientemente. —Levantó la cabeza—. Estoy seguro de que alguien lo ha visto utilizar, si preguntamos por ahí.

—¿Y a quién se lo podemos preguntar? —dijo Nightwalker—. ¿Al Consejo de Magos? ¿Crees que nos dirían la verdad?

—Lo preguntaremos a los artesanos de talismanes del Campamento Demonai —dijo Averill—. Tal vez alguien recuerda haber renovado el amuleto en el pasado.

Han cogió el talismán y lo sopesó en la palma de su mano.

—Es difícil creer que a un mago se le cayera este amuleto sin darse cuenta —dijo, frunciendo el ceño—. O que se diera cuenta pero lo dejara allí.

Cruzó la mirada con Pájaro, y ella desvió los ojos hacia las manos de Han, avergonzada de estar acusando a los magos de un delito ante su presencia.

—Si la reina Marianna se lo arrancó a su agresor y después cayó al jardín, tal vez el agresor no pudo ir a buscarlo inmediatamente —dijo Elena, cogiendo el amuleto de las manos de Han—. Tal vez había alguien allí.

Raisa negó con la cabeza.

—Averill dijo que nadie había visto a la reina caerse, ni nadie la vio en el jardín hasta que Magret se puso a buscarla al echarla de menos.

—Puede que no sea una prueba definitiva —dijo Nightwalker—, pero sostiene lo que yo he venido diciendo desde el principio: no deberíamos aliarnos con magos para luchar contra los magos que tal vez están implicados en la muerte de la reina Marianna. Les pone en una situación difícil, porque tienen que actuar en contra de los suyos. —Varios jóvenes guerreros Demonai asintieron con la cabeza.

—¿Qué estás sugiriendo, Nightwalker? —preguntó Elena, inclinándose hacia delante.

Nightwalker miró alrededor del círculo buscando algún aliado.

—Sugiero que mañana enviemos a un pequeño grupo de Demonai a la Marca de los Páramos. Algunos de nosotros estamos familiarizados con la ciudad, y Lightfoot puede proporcionarnos acceso al palacio fácilmente. Capturaremos a la princesa Mellony y la traeremos de vuelta al Campamento Demonai. Una vez tengamos el control sobre las dos princesas, el Consejo de Magos no tendrá más alternativa que rendirse.

—¿Es eso lo que piensas? —dijo Raisa, con la voz fría y frágil como la capa helada de un río—. ¿Que tienes el control de la princesa? Yo no soy una pieza del juego ni un castillo estratégico en el que penetrar.

Aquí es donde te equivocas, pensó Han. Nightwalker cree que todas las chicas son un castillo que se puede penetrar. Mejor que mantengas las compuertas bien cerradas.

Pero tal vez Raisa ya lo sabía, porque la princesa heredera había estado en el Campamento Demonai. Han les examinó a los dos, preguntándose hasta qué punto se conocían. Los celos ardían en su interior. Sabía lo que Nightwalker deseaba, lo podía ver en su cara.

Haciendo un esfuerzo, Han se concentró de nuevo en lo que Elena estaba diciendo.

—Nightwalker podría haber dicho esto de una forma más adecuada, nieta, pero no te apresures tanto a descartar su sugerencia —dijo Elena—. Pondría fin a cualquier plan para coronar a Mellony en tu lugar. Y minimizaría el peligro que corres tú.

—Ya he perdido a mi madre —dijo Raisa—. No me arriesgaré a perder también a mi hermana. Debes comprenderlo, Elena *Cennestre*. Debo recordarte que Mellony también es tu nieta. Yo no pienso formar parte de ningún secuestro. Debo pensar que podemos elaborar un plan mejor.

Nightwalker se encogió de hombros como si no le importara nada, pero Han

estaba seguro de que le habían herido el orgullo.

Aunque odiara tenerlo que admitir, Han estaba de acuerdo con Nightwalker en una cosa: había llegado el momento de dejar de ir a hurtadillas y hacer algo impresionante.

Todos tenían una idea de cómo organizar el funeral. Lord Averill sugirió que Raisa llegara al acto en medio de un grupo de guerreros Demonai, se exhibiera y después regresara a los Pinos de Marisa una vez la ceremonia hubiera terminado. Elena sugirió que utilizaran unos talismanes muy potentes para proteger a la princesa de un posible ataque de magia por parte del Consejo de Magos. Todos estuvieron de acuerdo en que el elemento sorpresa era clave, que lo más seguro era llevársela a toda prisa antes de que el Consejo de Magos pudiera organizar algún tipo de agresión.

Han se conformó con dejar hablar a los demás mientras él y Bailarín examinaban el mapa que había esbozado el cabo Byrne de la zona donde se iba a celebrar el funeral. Quería hablar de eso con Bailarín y trazar su propio plan. Pero de pronto oyó su nombre, levantó la cabeza y vio que todos les estaban mirando.

—¿Qué? —dijo, irritado porque le habían interrumpido la tarea.

—Ya hemos expuesto todas nuestras ideas —dijo Nightwalker—. Y nos preguntábamos qué nos podían ofrecer los hechiceros. —El guerrero Demonai miró a Han y a Bailarín, con expresión de alerta e interés, pero Han se imaginó que Nightwalker tenía pocas expectativas en ellos.

Han se encogió de hombros.

—No me entusiasma mucho lo que habéis pensado hasta ahora —dijo.

Elena tensó los labios.

—Vaya. Bueno, pues, entonces tal vez podrías decirnos qué es lo que tú sugieres.

Han miró a Bailarín.

—Bailarín de Fuego y yo tenemos que hablar sobre el tema —dijo—. Mañana os expondremos nuestro plan. Pero si la princesa Raisa es la reina del reino, entonces todos, incluso ella, deberíamos empezar a actuar en consecuencia.

—¿A qué te refieres? —dijo Raisa, enderezando la espalda, con sus ojos verdes fijos en él de aquella forma tan desconcertante.

El problema no era Raisa, pensó Han, recordando que había entrado en la Cárcel Militar de Puente del Sur como una leona para enfrentarse a Gillen. Ella era intrépida. Demasiado intrépida, a veces.

—Yo soy simplemente un señor de la calle —dijo Han—. O lo era. Pero no llegas a ser señor de la calle si te escondes en casa.

—Somos conscientes de esto —dijo Averill, con tono impaciente—. Pero ya se ha producido un probable regicidio y, como mínimo, un atentado contra la vida de la princesa heredera. Existe un gran peligro real de que...

—Lo sé —dijo Han—. Creedme. Pero, digamos que soy señor de la calle en el Mercado de los Harapos. Incluso en Puente del Sur, no voy a escondidas por ahí esperando que nadie se de cuenta. No, yo me pavoneo como si ese lugar me

perteneciera. Voy paseando por la calle. Tengo a mis harapientos al lado —no soy estúpido—, pero la cuestión es que mis enemigos deberían temer por ellos y por lo que pasaría si se interpusieran en mi camino. Deberían estar preguntándose cuáles son mis planes, qué es lo que sé y quién está de mi parte.

»¿En cuanto a la princesa Raisa? Este es su territorio. Ellos son los intrusos. Si va por ahí como si les tuviera miedo, se acabó. Tiene que regresar a la Marca de los Páramos. Tiene que regresar a su antiguo territorio y acabar con esta gentuza que se interpone en su camino. Mientras permanezca aquí, no tendrá ningún poder.

—No estamos pidiendo asesoramiento político —dijo Elena, con sus ojos negros entrecerrados—. Nos interesa más lo que nos puedas ofrecer en cuanto a hechizos.

Raisa cambió de posición, mirando a los demás.

—No obstante, tiene razón. No puedo gobernar desde aquí. Cuanto más tiempo permanezca escondida, más tiempo les doy a mis enemigos para ir ganando terreno. No lograremos echarlos nunca si vamos esperando.

Averill entornó los ojos.

—Él te está diciendo que hagas lo que tú has querido hacer desde el principio —dijo—. Esto no lo convierte en lo que es adecuado.

—No podemos permitirnos perderte, nieta —dijo Elena—. Si los magos te matan, la dinastía desaparecerá.

—Pues entonces asegúrenos de que esto no pase —dijo Raisa, mirándoles a todos.

—Los Demonai cumpliremos con nuestra parte —dijo Nightwalker—. Aunque será más difícil para nosotros protegerte en la ciudad. Caza Solo no tiene un interés real en todo esto. Nosotros, sí. No hemos visto nada de los magos que nos sugiriera que contribuirán en algo.

—Bailarín y yo nos reuniremos con vos mañana, Alteza —le dijo Han a Raisa, utilizando su título formal a propósito—. Los tres solos. Os explicaremos lo que tenemos en mente, y vos decidiréis si es que sí o si es que no. Vos sois la princesa, de modo que está en vuestras manos. Lo que necesitáis es fuerza, la suficiente como para asustar al Consejo de Magos para que os deje tranquila una temporada. Lo que queréis es impresionar. Y nosotros os podemos ayudar en esto.

## Lucius y Alger

Han le pidió a Bailarín que regresara con él a la cabaña de huéspedes. Cuando salieron de la Casa de la Matriarca, la nieve en polvo se arremolinaba alrededor de sus pies haciendo pequeñas danzas, y la nariz de Han crepitaba con el aire helado. Aunque era primavera, hacía mucho frío cuando el sol desaparecía.

La cabaña de los huéspedes estaba situada en medio de los pinos, a poca distancia del resto del campamento. Han y Bailarín desfilaban solos por el camino cuando Han oyó pasos detrás de ellos.

Se volvió al mismo tiempo que cogía su amuleto y extendía la mano, y los dedos le hormiguearon por el destello.

—Soy yo, Caza Solo —dijo Pájaro, levantando las manos y echándose atrás con cara de sorpresa.

Han bajó la mano.

—No te acerques a mí por sorpresa de esta forma —dijo—. No es una buena idea.

—Ya lo veo —dijo Pájaro, intentando sonreír—. Nunca ha sido fácil acercarse a ti sigilosamente, pero ahora estás nervioso como una liebre de montaña.

—Así es como me mantengo vivo —dijo Han. Después de una incómoda pausa, añadió—: ¿Querías algo?

Pájaro miró por encima de su hombro para verificar que nadie les estuviera escuchando.

—He oído que has estado enfermo por haver salvado la vida de la reina —dijo—. Solo quería saber si ya te encontrabas bien.

—He tenido mejores momentos —dijo Han—. Pero estoy bien.

—Perfecto —dijo ella, mirando a Bailarín, cuya cara no ofrecía ninguna pista sobre lo que estaba pensando—. Me alegra oír esto. —Hizo una pausa, rozando un montón de hojas con los mocasines. Al ver que Han no decía nada, continuó—: Esta noche tengo libre. ¿Podría... podríamos compartir la chimenea? Me gustaría hablar con vosotros.

—¿Te ha enviado Nightwalker? —preguntó Bailarín—. ¿Hay algo que quiere que nos digas? ¿O algo que quiere que descubras?

Pájaro parpadeó.

—No. He venido por propia voluntad. ¿Por qué tendría...?

—Tenemos planes —dijo Han—. Cosas de magos. Lo siento.

Reemprendieron su camino. Han tuvo que hacer un esfuerzo para no girarse a mirar. No estaba orgulloso de lo que le acababa de decir a Pájaro. Era mezquino y desagradable. Pero él tenía otros planes, unos planes que no podía compartir con ella.

Era cosa de magos.

Decide ponerte en contra de un señor de la calle, y lo pagarás caro.

La cabaña de los huéspedes estaba desierta. Los otros invitados, como Averill, pasarían la noche conspirando. Han acompañó a Bailarín hacia su habitación y cerró la puerta.

Bailarín atizó el fuego y puso otro tronco de leña.

—Me alegro de estar de nuevo en las montañas —dijo, quitándose el abrigo—. Me alegra estar de nuevo en el hogar de mi madre. —Se sentó sobre la alfombra y apoyó la espalda contra la piedra de la chimenea.

Han le miró con curiosidad.

—Pareces distinto. Como si te sintieras más cómodo siendo un mago aquí en el campamento.

Bailarín se encogió de hombros.

—Este tiempo que he pasado en los llanos me ha abierto los ojos. Aquí la gente desconfía de nosotros porque somos magos. En los demás sitios, la gente desconfía de mí porque soy de los clanes. —Sonrió ante la expresión desconcertada de Han—. A mí me han enseñado que los que tienen defectos son ellos, no yo. Cuando descubrí que tenía el don, me sentí avergonzado, como si se tratara de un defecto o una maldición. Toda la vida me habían enseñado que lo era. Hubiera hecho lo que fuera para deshacerme del don. Quería matar a mi padre mago por habérmelo impuesto. —Sonrió a medias.

»Pero me he dado cuenta de que no es una maldición. Es un don. Como el don que tiene mi madre de la curación. Puedo hacer cosas que los demás no pueden hacer. Me niego a disculparme por ello nunca más.

Han pensó que le encantaría tener la misma firmeza que Bailarín. Últimamente, le parecía que lo único que hacía era reaccionar ante los demás y sus planes. Nunca llegaría a ninguna parte si no sabía lo que quería ni adónde quería ir.

—Como he dicho antes, me alegro de estar aquí —continuó Bailarín—, pero me hubiera gustado quedarme más tiempo en la academia. Estaba progresando mucho con Firesmith. Creo que se sentía halagado de tener a un alumno realmente interesado en la elaboración de amuletos y talismanes. Me dio uno de sus extraños libros para que me lo llevara. —Bailarín hizo una pausa—. Pero no me has hecho venir aquí para hablar de mis planes, ¿verdad?

—Bueno, en cierto modo, sí. En parte. Estoy intentando pensar qué armas tenemos para todo esto.

Bailarín asintió.

—Yo puedo añadir más destello al amuleto que hice para ti, si quieres —dijo—. Aun así no será tan potente como el que yo estoy usando. El de Elena. O el que les robaste a los Bayar.

—No hay prisa —dijo Han, tocando su amuleto de réplica. Brilló débilmente—. En realidad no lo estoy usando, excepto para exhibirlo. —Hizo una pausa—. Tú no



tendrías por qué seguir usando mi viejo amuleto —dijo—. Podrías tener uno hecho especialmente para ti.

Bailarín acarició el amuleto que Elena hizo para Han, el que había utilizado desde que perdió el suyo en Arden.

—Ahora ya me he acostumbrado. Y está cargado de energía. No hay motivo para cambiarlo.

Han lo comprendió. Una vez te acostumbrabas a un amuleto, era difícil deshacerte de él.

—Tengo amigos en el Campamento Demonai —prosiguió Bailarín—. No guerreros, sino artesanos. Según lo que pase con la coronación, me gustaría ir allí si se puede prescindir de mí.

—¿No es peligroso ir al Campamento Demonai como mago? —dijo Han.

—Todo es peligroso —dijo Bailarín, encogiéndose de hombros—. Aunque sería más fácil si pudieras mantener a Elena y a Nightwalker alejados.

Han asintió.

—Haré todo lo posible para mantenerlos ocupados vigilándome a mí. —Hizo una pausa—. Te he pedido que vinieras porque debo confesarte algo. Me reuní con Cuervo otra vez, de camino hacia aquí.

Ante la expresión incrédula de Bailarín, Han llenó una tetera con agua de la jarra y la puso al fuego.

—No es posible —dijo Bailarín finalmente—. Me parece que deseas morir.

—Todo es peligroso —dijo Han, levantando una ceja y mirando a Bailarín. Se sentó en un extremo de la cama y se quitó las botas—. Pero necesito tu consejo.

—Mmm. ¿Qué no vuelvas a hacerlo nunca más? —dijo Bailarín, poniendo los ojos en blanco—. De todos modos, no va a servir de nada que te lo diga.

—No es tan peligroso como piensas —dijo Han—. Como te dije una vez, Cuervo no tiene ningún poder propio.

—Entonces, ¿cómo llega exactamente hasta el Aediion, si casi nadie consigue llegar hasta allí? —preguntó Bailarín.

—Me utiliza a mí. Sin mí, no puede hacer nada —dijo Han—. Pero posee unos conocimientos de magia increíbles.

—Entonces, ¿quién es él, en la vida real? —insistió Bailarín—. ¿Y por qué no acepta que os encontréis en tu tierra natal?

—Si eres capaz de creerte lo que dice, no existe en la vida real —dijo Han, ofreciendo su historia en pequeños fragmentos—. Existe solamente en el Aediion. Es un vestigio de un mago que existió hace mucho tiempo.

—¿Un vestigio? —exclamó Bailarín, con escepticismo—. ¿Y ha estado en el Aediion todo este tiempo? ¿Y resulta que te encontró a ti el primer día que visitaste el Aediion? —Bailarín dejó libre un mechón de cabellos y se peinó con los dedos, dividió el pelo en secciones y empezó a hacerse una trenza.

Han se sacó el amuleto de la serpiente de debajo de su camisa y lo tocó con dos

dedos.

—No en el Aediion. Aquí. Ha estado esperando aquí dentro durante mil años. En este amuleto.

Bailarín se quedó mirando el amuleto. Después miró a Han.

—¿Se ha estado escondiendo en este amuleto? Sé mucho acerca de talismanes y nunca había oído nada igual. —Cogió un trozo de cuerda de su bolsillo—. Hay un montón de magos en Vado de Oden —dijo—. Y aún más en los Páramos. ¿No crees más probable que Cuervo sea uno de ellos? —Acabó de hacerse una trenza, la ató con un hilo de colores y empezó a hacerse la otra.

Han puso una cucharada de hierbas de las tierras altas en cada taza, y después vertió el agua hirviendo.

—¿Y por qué no te dice quién es si quiere asociarse contigo? —continuó Bailarín.

—Al principio tenía la intención de utilizarme, no de asociarse conmigo —dijo Han—. Pero el talismán que hiciste para mí puso fin a eso. De modo que la última vez que nos reunimos me dijo quién era en realidad.

Bailarín se inclinó hacia adelante.

—¿Y?

Han respiró hondo y lo escupió.

—Dice que es *Alger Aguabaja*. El último rey mago de los Páramos.

Las manos de Bailarín se inmovilizaron y frunció el ceño.

—De modo que te reúnes con alguien que dice ser el rey Demonio, alguien que casi consiguió destruir el mundo.

Han asintió.

Bailarín se quedó mirándole, sin hablar, durante lo que pareció una eternidad.

—¿Y tienes intención de seguir reuniéndote con él? —dijo finalmente, sacudiendo la cabeza.

Han asintió de nuevo.

—No me gusta —dijo Bailarín, con su don habitual de la moderación—. O te está mintiendo, que es malo, o te está diciendo la verdad, que es aún peor. —Sopló el té para que se enfriara un poco—. Mucho peor.

—A mí tampoco me gusta —admitió Han—. Pero es la única mano que me queda por jugar. Por eso te he pedido que vinieras, para saber tu opinión.

—¿Y cómo se supone que puedo darte una opinión si ni siquiera le he visto nunca? —dijo Bailarín. Tomó un sorbo de té, con la frente arrugada. Después dejó de golpe la taza sobre la repisa de la chimenea—. Eso es. Tengo que conocerle y juzgar por mí mismo.

—Bueno... —Han reflexionó un momento—. Él no puede venir aquí, de modo que tendrías que volver al Aediion. Y se pondrá furioso cuando vea que voy acompañado.

—¿Por qué? —preguntó Bailarín—. ¿Por qué no quiere que nadie le vea? ¿Qué está ocultando?

—Dice que conoce secretos que los Bayar ansían saber. Si se enteran de que yo puedo contactar con él, estamos perdidos.

—Vaya, esto es muy conveniente, ¿no te parece? —Bailarín resopló—. ¿Por qué tendrías que creerle, Caza Solo? ¿Qué ha hecho, aparte de utilizarte para obtener lo que él quiere?

Bailarín tenía razón. En realidad, desde que Rebecca se había convertido en Raisa, Han había perdido la confianza en su propio criterio. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto acerca de ella? ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado que estaba saliendo con una princesa?

¿Por qué Han tenía que seguir las normas de otras personas, cuando ellas mismas eran las que las incumplían?

Bailarín era su mejor amigo y aliado, y había llegado el momento de tratarlo como tal.

—De acuerdo —dijo Han—. Ven conmigo al Aediion, nos reunimos con él y después me dices qué te ha parecido. Si está mintiendo, nosotros dos podríamos burlar a un impostor. Además, he organizado... —Se calló y ladeó la cabeza—. Viene alguien.

Inmediatamente llamaron a la puerta. Han se levantó y se dirigió a la entrada.

Era Willo, con Lucius Frowsley a remolque.

Había pasado casi un año desde que Han había visto por última vez a su ex jefe, pero el hombre de los mil años había conservado la apariencia esmaltada que había lucido en su última reunión. El pelo y la barba estaban perfectamente recortados, la ropa limpia y en mejor estado que antes.

Lucius tiene mejor aspecto, y en cambio yo probablemente lo tengo peor que antes, pensó Han. Aquel solitario había sido algo más que un jefe. Han había confiado en él. Hasta que se enteró de que Lucius sabía la verdad sobre la herencia mágica de Han y nunca se lo había dicho. ¿Qué otros secretos escondía Lucius?

Una cosa no había cambiado: el viejo llevaba una botella de algo en una mano y un puñado de vasos en la otra.

—He enviado a un chico a buscar a Lucius, tal como has pedido, Caza Solo —dijo Willo, mirando a Lucius y después a Han.

—Hola, Lucius —dijo Han, tocándole el brazo para orientarle.

—¡Chico! —Lucius cerró los ojos y sonrió. Su rostro se arrugó, como si estuviera disfrutando de la calidez de la presencia de Han.

—¿Necesitas algo más, Caza Solo? —preguntó Willo.

Han negó con la cabeza.

—Gracias, Willo.

—Hazme saber cuando esté listo para irse —dijo, y acto seguido salió de la cabaña.

—No sabes lo feliz que me siento de que todavía estés vivo. —Lucius levantó la botella y la agitó de modo sugerente—. Tenemos algo para celebrar.

Lucius siempre tenía algo que celebrar. Han le acompañó hacia la chimenea, cogiéndole del codo.

—Aquí. Siéntate al lado del fuego —dijo—. Bailarín de Fuego también está aquí. ¿Quieres un poco de té?

—¿Té? —dijo. Haciendo una mueca de desaprobación, Lucius se acomodó en el banco que había junto a la chimenea y cuidadosamente colocó los vasos a su lado—. Prefiero algo más fuerte.

—Vamos a quedarnos con el té, por ahora —dijo Han. Llenó su taza y la de Bailarín y preparó una para Lucius. Cerrando la mano de Lucius alrededor de la taza, Han se aseguró de que la tenía bien sujeta antes de volver a sentarse.

—Bueno —dijo Lucius, dejando el té a un lado sin ni siquiera probarlo—, cuéntame todo, chico. Cuéntame cosas de Vado de Oden. Los años que pasé en la academia fueron los mejores de mi vida. ¿Los miembros de las distintas casas siguen peleándose en la Calle del Puente?

—Siguen peleándose —dijo Han—. Y la guardia del rector sigue vigilándoles.

—Malditos guardias —murmuró Lucius, con sus ojos lechosos fijos en algún rincón de su memoria—. El rector y sus toques de queda. Alger solía pellizcarles su nariz puntiaguda. Era como el vapor, ese chico. Iba donde quería, cuando quería, y no había nada que el rector pudiera hacer al respecto.

—Es de esto precisamente que te quería hablar —dijo Han—. De Alger.

—¿De Alger? —Lucius sacudió la cabeza, con una expresión recelosa—. ¿Sobre qué?

—¿Cómo era cuando le conociste? —preguntó Han—. ¿Por ejemplo, qué aspecto tenía?

—Bueno, era un hombre terriblemente atractivo —dijo Lucius—. Era rubio, con ojos azules, del color del Indio en pleno verano. Las chicas decían que podías ahogarte en ellos. Tenía un cuerpo perfecto, y se movía como un gato. Yo no estaba tan mal cuando era joven, pero nunca pude competir con Alger *Aguabaja* en lo que a mujeres se refiere.

Lucius se frotó la nariz con la palma de la mano.

—Alger y yo, una vez pasamos todo un fin de semana en el dormitorio de las chicas en la Escuela del Templo. Un puñado de entregados decidió tomar votos después de eso. —Lucius sonrió mostrando su dentadura llena de huecos, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente—. Claro que todos esos líos de mujeres se acabaron cuando conoció a Hanalea.

—¿Cómo se llevaba con los demás estudiantes? —preguntó Han.

—Había algo en él —dijo Lucius—. La gente quería estar con él. Te atraía. Tan pronto entraba en una habitación, se convertía en el centro de atención. Todo el mundo le quería.

Han se frotó la barbilla. ¿Se suponía que tenía que creer que el rey Demonio con llamas en los ojos de las viejas historias era el chico más interesante de Vado de

Oden?

—Todo el mundo le quería, excepto Kinley Bayar, claro —rectificó Lucius.

—¿Kinley Bayar? —preguntó Han—. ¿Quién es?

—¿No lo recuerdas? Era el que se iba a casar con la reina Hanalea.

—Oh, claro —dijo Han.

—Eran como aceite y agua, Kinley y Alger. Kinley siempre quería dominarlo todo. Y Alger también. Cuando Alger y Kinley se enfrentaban, normalmente ganaba Alger, y Kinley no soportaba perder.

—¿Has estado alguna vez en el Aediion? —le preguntó Han de repente.

—¿En el Aediion? —dijo Lucius, parpadeando ante el precipitado cambio de tema—. Pues claro. Un montón de veces. Ese era nuestro callejón seguro. Nuestro lugar de encuentro secreto, especialmente durante la guerra civil.

Eso tenía sentido, si Cuervo le estaba diciendo la verdad.

—Bailarín y yo también hemos estado en el Aediion —dijo Han—. Y he conocido a alguien allí que afirma ser Alger *Aguabaja*.

La expresión somnolienta de Lucius desapareció de pronto.

—¿Alger? ¿De qué estás hablando? —El viejo se inclinó hacia delante, agitado, con la nuez del cuello moviéndose aparatosamente cuando tragaba saliva.

—Es por esta razón que quería hablar contigo —dijo Han—. Parece imposible, pero esto es lo que él afirma, y sabe más de magia que nadie que yo conozca.

—Alger —dijo Lucius. Sus manos nudosas escarbaron en su regazo como si estuviera intentando hacerse a la idea—. Alger está vivo. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Bueno, no está exactamente vivo —dijo Han—. Dice que ha estado escondido en su viejo amuleto durante todo este tiempo. —Han tocó su talismán de la serpiente, y después recordó que Lucius no podía verlo—. Se describe a sí mismo como un vestigio. No un fantasma, exactamente, sino... bueno, no puede existir en la vida real. No como él mismo.

Lucius se humedeció los labios, con la cara más pálida de lo habitual.

—¿Estás seguro de esto, chico? ¿Estás seguro de que no puede encontrar una forma?

—Bueno —dijo Han, encogiéndose de hombros—. Él dice que no.

—Cualquier cosa es posible cuando se trata de Alger *Aguabaja* —dijo Lucius—. Si yo estoy vivo, entonces él también lo puede estar. ¿Dijo algo sobre mí? —Cogió el brazo de Han—. ¿Dijo qué es lo que quiere? Dímelo.

Han negó con la cabeza, preocupado de que al viejo le cogiera una embolia o algo parecido.

—No me ha hablado mucho del pasado, excepto que quiere vengarse de los Bayar. Parece... parece muy dolido por lo que pasó.

—Debería estarlo —dijo Lucius—. Tiene razón. —Se volvió, buscó a tientas la botella y sacó el tapón con los dientes. Llenó un vaso, con la mano temblorosa. Lo vació y lo volvió a llenar de nuevo.

—También parece culpar a Hanalea —dijo Han—. Por haberle traicionado.

Lucius sacudió la cabeza, con los ojos cerrados, las manos prietas alrededor del vaso.

»Pero... ¿es posible, esto? —prosiguió Han—. ¿Que se haya podido esconder durante mil años dentro de un amuleto? Basándote en lo que sabes de magia y en lo que sabes sobre él, ¿crees que es posible?

—Escúchame —dijo Lucius, con los ojos abiertos de nuevo—. No sé cómo lo ha hecho, pero si alguien podía ser capaz de conseguirlo, este era él. —Vació su vaso y lo volvió a llenar de nuevo—. Dulce Thea de las montañas, Alger ha vuelto.

—Bueno, bueno —dijo Han, poniendo su mano sobre el brazo del viejo. Lucius se estremeció, y por poco no escupe la bebida—. No estoy del todo seguro de que sea él. Podría tratarse de algún tipo de truco. Yo esperaba que tú me dijeras algo, alguna pregunta que pudiera hacerle de la cual solo él supiera la respuesta.

—Algo que solo Alger supiera. —Lucius frunció el ceño, y se frotó la frente con la manga—. Déjame pensar.

Mientras pensaba, Han se levantó y volvió a llenar las tazas de té. Excepto la de Lucius, que todavía estaba llena.

—Ya tengo un par de cosas —dijo, bruscamente—. Dos cosas que solo Alger puede saber. Primera, ¿cuál era su lugar secreto de reunión con Hanalea? ¿Y qué le dio como prueba de amor cuando se prometieron?

—De acuerdo —dijo Han, pensando que Lucius y Alger debieron de ser muy amigos si Lucius sabía ese tipo de secretos—. ¿Y cuáles son las respuestas?

—Solían encontrarse en el jardín de invierno del castillo de la Marca de los Páramos, justo encima de la alcoba de Hanalea —dijo Lucius—. Tal vez todavía existe. Había un pasaje secreto que iba de la alcoba al jardín.

—El jardín de invierno —repitió Han—. ¿Y qué le regaló a Hanalea?

—Un anillo con feldespatos, zafiros y perlas —dijo Lucius—. Porque Alger solo veía a Hanalea bajo la luz de la luna, le dijo. Hanalea lo llevó el resto de su vida. —Se estremeció—. Imagínate lo que debió de ser para él, quedar atrapado en un amuleto y ver a Hanalea envejecer y morir.

Qué extraño, pensó Han. No solo Lucius pensaba que la historia de Cuervo era posible, sino que parecía convencido de que era cierta. Como si hubiera estado esperando oírla durante mil años. Como si fuera inevitable.

—¿Y qué piensas hacer, chico? —preguntó Lucius, interrumpiendo los pensamientos de Han.

—Bailarín y yo iremos al Aediion esta noche —dijo Han—. Voy a descubrir si es quien dice ser.

—Mira —dijo Bailarín—. Aunque sea quien dice ser, y aunque Lucius esté dispuesto a confirmarlo, ¿cómo sabemos que podemos confiar en él? Mil años dentro de un amuleto pueden cambiar a una persona. Tal vez está planeando acabar el trabajo que empezó durante el Quebrantamiento.

—Chico, ¿sabe quién eres? —preguntó Lucius—. ¿Sabe que eres de su misma sangre?

—No —dijo Han—. Parece que no sabe demasiado de lo que ha ocurrido mientras estaba... encerrado. —Han se encogió de hombros—. No sé si decírselo o no.

—Deberías decírselo —dijo Lucius—. Se merece saber que su dinastía no murió con él. Esto lo podría cambiar todo. Él te puede ayudar. Querrá ayudarte. Créeme, es mejor que lo tengas de tu lado.

El viejo se puso de pie y recogió su botella y sus vasos.

—Avisa a Willo —dijo—. Estoy listo para irme a casa. —Y ya no quiso decir nada más.

## De nuevo en el Aediion

Después de que Lucius se fuera, Han advirtió a los aprendices de Willo que no dejaran entrar a nadie más. Les dijo que él y Bailarín practicarían una magia peligrosa e inestable y que establecerían unas barreras mágicas alrededor de la habitación para evitar que nadie les interrumpiera. Después, él y Bailarín se sentaron uno en cada cama en una esquina de la habitación.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Bailarín—. Lucius parecía convencido de que Alger *Aguabaja* es capaz de cualquier cosa. Casi parecía asustado.

—En cierto modo, esto corrobora su historia —dijo Han—. Si podemos creer lo que dice Lucius, Alger tenía el poder suficiente como para esconderse en un amuleto durante mil años.

—¿Por qué querría alguien hacer esto? —dijo Bailarín.

—Tal vez porque estaba desesperado por vengarse —dijo Han—. O porque estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ganar. —Como yo, añadió mentalmente.

Se quedaron un rato sentados en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos.

—¿Has probado de volver al Aediion? —preguntó Han—. Quiero decir desde la clase de Gryphon.

—No, no lo he probado —dijo Bailarín, mirando hacia el techo—. Nunca he sabido ver su utilidad y, después de lo que te pasó la primera vez, no me quedaron muchas ganas de volver a probarlo.

—Deberíamos ir —dijo Han, después de otra larga pausa—. Si quieres te llevo yo, o si lo prefieres vas con tu propio poder.

—Iré por mi cuenta —dijo Bailarín—. Así podré salir cuando quiera. ¿Llevas el talismán de serbal? —Bailarín se tocó el suyo. Se había hecho uno para sí mismo después de que el de Han hubiera logrado impedir que Cuervo le poseyera.

Han asintió, abriendo el cuello de la camisa para que Bailarín lo pudiera ver.

—Espera unos minutos antes de seguirme. Avisaré a Cuervo de que vienes. — Han no sabía si eso era una buena o mala idea, pero le parecía justo—. No creo que importe demasiado el lugar de encuentro, por lo que se refiere a Cuervo. Siempre está allí, esperando. Pero vamos a encontrarnos en la Torre de Mystwerk.

¿Y si Cuervo no se presenta?, pensó Han. Quedaré como un estúpido.

Esto era lo que menos le preocupaba.

Se tumbó, cerró los ojos y pronunció las palabras para atravesar el portal. Y abrió los ojos de nuevo en la Torre de Mystwerk.

Medianoche. La luz de la luna atravesando las ventanas, reflejando las motas de polvo en el aire.



Cuervo estaba sentado enfrente con las piernas cruzadas, vestido de negro, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada, su pelo sedoso como único elemento brillante de su figura. Si Han no lo conociera mejor, hubiera pensado que estaba rezando o reflexionando.

Han reorganizó su ropa, se quitó el atuendo de los clanes que llevaba puesto y se puso una ropa más elegante, incluso anillos brillantes en cada mano. Se había convertido en su forma de honrar a Cuervo, de reunirse con él en su propio terreno.

Cuervo abrió los ojos y parpadeó.

—¡Alister! —Se puso en pie y se cepilló un poco la ropa. Después relució un poco, mostrando sus anillos, lentejuelas y joyas, como si fuera a presentar un aspecto más alegre—. ¡Estás vivo! —Miró a Han con impaciencia, examinándole la cara para ver si tenía magulladuras—. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?

Han se encogió de hombros, sorprendido ante las atenciones de Cuervo.

—Sobreviviré.

—Entonces, es cierto que la Hacedora cuida de los idiotas —dijo Cuervo, en su tono habitual—. Casi te mueres queriendo salvar a esa chica. Despojaste de energía a tu amuleto y a ti mismo. Creí que estabas muerto. ¿Por qué lo hiciste?

Han no sabía cómo responder a esa pregunta, si en pasado o en presente.

—La chica era importante para mí. Tenía que intentar salvarla.

—¿Está viva? —preguntó Cuervo—. ¿Mereció la pena tanto sacrificio?

—Sí, está viva —dijo Han—. Todavía no he decidido si merecía la pena o no.

Cuervo se echó a reír, y pareció inesperadamente encantador.

—Ya vas aprendiendo, Alister. Te advertí que no te arriesgaras por una mujer. Aunque debes de ser un tipo imprudente, porque también has vuelto aquí.

—Todavía no estoy seguro de que me estés diciendo la verdad —dijo Han—. He pedido a alguien que se reúna aquí con nosotros. Alguien en quien confío.

La sonrisa de Cuervo se desvaneció y fue sustituida por la irritación.

—No. De ninguna manera. Nuestro trato es que vengas solo. Se supone que nadie más debe saber que existo.

—Nuestro trato era que me ayudarías contra los Bayar. No que me tratarías como a un imbécil. Ahora no puedes saltarte las normas.

Cuervo empezó a caminar de un lado a otro.

—Intento protegerte. Los Bayar han intentado sacarme de este amuleto durante mil años. Si descubren que puedes comunicarte conmigo, ¿qué crees que te pasará? ¿Tienes ganas de que te torturen durante horas en la mazmorra de Casa de Aerie? Yo he estado allí, y créeme, no me quedaron ganas de volver.

—Cuando conozcas a mi amigo verás que es imposible que diga nada a los Bayar —dijo Han—. Es más, ni siquiera le escucharían si les dijera algo. De todos modos, ya es demasiado tarde, porque... —Como si hubiera invocado a Bailarín al hablar de él, el aire de su alrededor se arremolinó y se onduló y apareció Bailarín, vestido con un elegante atuendo de los clanes.

Cuervo se echó atrás un par de pasos, con los ojos como platos, levantando los brazos en posición de defensa. Instintivamente, Han se puso entre Bailarín y Cuervo. Bailarín pareció momentáneamente desorientado, y después fijó la mirada en Cuervo.

—Eres más bajo de lo que esperaba —dijo Bailarín, ladeando la cabeza—. Y tus ojos no echan llamas.

Cuervo se hizo un poco más alto y más brillante, como si fuera un pavo real mostrando su plumaje, o un señor de la calle alardeando.

—¿Un cabezacobriza? ¿Has traído a un cabezacobriza para que me conozca? —Cuervo bajó lentamente los brazos, mirando a Bailarín como si fuera un demonio—. No —susurró, con la frente fruncida—. Me he equivocado. Tú eres un mago disfrazado de cabezacobriza.

Bailarín tocó su talismán.

—Pues claro que soy un mago, de lo contrario no estaría aquí. Y también soy de los clanes.

—Hayden Bailarín de Fuego, éste es Alger *Aguabaja* —dijo Han, formalmente.

Cuervo parecía más inquieto que un gato en el Mercado de los Harapos.

—Hay algo de ti... —susurró, con sus ojos clavados en Bailarín—. Algo... escondido. Algo peligroso. Algo que no quieres que nadie vea. ¿Nos hemos visto antes?

Bailarín negó con la cabeza.

—Ésta es la segunda vez que vengo al Aediion.

—Tenemos algunas preguntas que hacerte, ¿de acuerdo? —dijo Han, empezando a perder la paciencia.

—¿Preguntas? —La mirada de Cuervo se trasladó hacia Han—. ¿Qué preguntas?

—Tú dices que eres Alger *Aguabaja*, el último rey con el don. Si es verdad, entonces dime, ¿dónde solías reunirte con Hanalea en secreto, antes de que escaparaís juntos?

—Esto es asunto mío y de nadie más —dijo Cuervo, apretando los labios como si no tuviera intención de abrirlos nunca más.

—Es nuestro asunto, si quieres que seamos socios —dijo Han.

—Que se vaya el cabezacobriza —dijo Cuervo—. No quiero asociarme con él. Después hablaremos tú y yo.

Han negó con la cabeza.

—Quiero que él se quede como testigo. Si no, nos vamos los dos. —Era bravuconería de la calle. No podía dejar que Cuervo se percatara de lo desesperado que estaba por su ayuda.

Cuervo frunció el ceño y cedió.

—De acuerdo. Hanalea y yo solíamos reunirnos en la galería acristalada del castillo de la Marca de los Páramos —dijo—. Había un pasaje a través de los muros de su alcoba.

—¿En la galería acristalada? —dijo Han, indeciso. Lucius les había dicho el

jardín de invierno.

—Sí, en el jardín de invierno —dijo Cuervo, agitando la mano—. Es como una galería acristalada.

Han se esforzó para mantener el rostro impassible mientras notaba que el estómago le daba un vuelco. ¿Era posible que Cuervo estuviera diciendo la verdad?

—De acuerdo —dijo Han—. Parece plausible. ¿Qué le ofreciste a Hanalea como regalo de prometidos?

Cuervo entrecerró los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó—. ¿De dónde ha salido?

Han dudó un momento.

—¿Te acuerdas de Lucius Frowsley?

Cuervo vaciló.

—¿Frowsley? —Negó con la cabeza—. No creo que... —Entonces alzó la mirada—. ¿Te refieres a Lucas? —dijo—. ¿Lucas Fraser? Estuvo conmigo en Mystwerk. Era mi mejor amigo. Pero eso fue hace ya mil años.

Han frunció el ceño. ¿Lucius se había cambiado de nombre?

—Es posible —dijo Han—. Es una larga historia, pero él todavía está vivo. Fue él quien me propuso estas preguntas. Y quien me dio las respuestas.

—Lucas —susurró Cuervo, más por sí mismo que para Han—. ¿Es posible? Casi me había olvidado... de eso. Tenía tantas ganas de vivir para siempre, pero no tenía ni idea de si...

—¿Responderás a la pregunta, por favor? —dijo Han.

Los ojos brillantes de Cuervo se clavaron sobre Han.

—Le regalé un anillo a Hanalea, con feldespatos, zafiros y perlas. Y ella me regaló un anillo de oro con su nombre grabado en el interior, para que siempre lo llevara pegado a mi piel. —Sonrió amargamente—. Los Bayar me lo quitaron, junto con todo lo demás.

—Entonces es realmente cierto —dijo Bailarín, cerrando la mano alrededor de su amuleto como un acto reflejo—. Eres el rey Demonio.

Cuervo se volvió hacia Bailarín. Después se tambaleó hacia atrás al reconocerle la cara, y sus ojos se encendieron.

—Hablando de demonios —dijo Cuervo, con la voz grave y amenazadora—. Creo que tienes cara de demonio. Saltó hacia delante y chocó contra Bailarín tal como lo había hecho cuando había tomado posesión de Micah en el Aediion. Pero de nuevo se tambaleó hacia atrás, ahuyentado por el talismán de serbal.

—¡Eres un sucio Bayar! —gritó Cuervo, dando vueltas sobre sus pies, con su imagen ondulada y deshilachada como una bandera al viento—. ¿Creías que no te reconocería después de todos estos años? ¿Creías que no reconocería ese hedor de Casa de Aerie? —Su voz temblaba y su cara se retorció de repulsión.

Bailarín se quedó inmóvil, sin decir nada.

—Te dije lo importante que era mantener mi existencia en secreto, especialmente

de los Bayar —le dijo Cuervo a Han, con la voz grave y furiosa—. Ahora acabas de desperdiciar las pocas posibilidades que tenías.

—Estás equivocado —dijo Han, viendo que Bailarín seguía sin hablar—. Mírale bien. Bailarín no es un Bayar. Es de los clanes, creció en los Pinos de Marisa. Le conozco desde que éramos críos.

—Mátale —dijo Cuervo con los dientes apretados—. Mátale ahora, o todos pagaremos las consecuencias.

—¿Por qué siempre me incitas a matar a alguien? —preguntó Han.

—Eres un estúpido, Alister —dijo Cuervo—. Y yo fui un estúpido al confiar en ti. —Chisporroteó como una chispa al apagarse.

Han y Bailarín se quedaron mirando el lugar que había dejado vacío.

—Lo siento, Caza Solo —dijo Bailarín, suspirando—. Espero no habértelo arruinado todo. Sé que contabas con su ayuda.

—Pero ¿qué mosca le ha picado? —dijo Han—. Tal vez tuvieras razón, mil años encerrado en un amuleto le han vuelto loco.

Bailarín sacudió la cabeza.

—O tal vez es muy bueno identificando a un Bayar, eso es todo —dijo, en voz baja. Mientras Han le miraba, la ropa de Bailarín cambió de las polainas de los clanes a la túnica de mago, con las estolas adornadas con el Halcón Encorvado. Sin embargo, el pelo continuaba trenzado al estilo de los clanes.

—Mi madre es de los clanes, Caza Solo —dijo Bailarín—. ¿Te has preguntado alguna vez quién era mi padre?

—Bueno, una vez oí la historia, lo que Willo contó el día de tu renombramiento —dijo Han, con la voz cada vez más apagada.

—La mayor parte era verdad —dijo Bailarín—. Excepto cuando dijo que no sabía quién era mi padre. ¿Te imaginas a un mago lo suficientemente despiadado como para ir a las Espíritus y atacar a una joven en el bosque de esa forma?

Han examinó las facciones de Bailarín: sus ojos azules en su cara bronceada, la estructura ósea angular, las cejas oscuras y espesas. Cuando empezó a comprenderlo, la garganta de Han se encogió dolorosamente, como si intentara tragarse una roca muy grande.

—El parecido es impresionante una vez lo sabes —dijo Bailarín, impasible.

—Por los huesos y la sangre de Hanalea —susurró Han, sacudiendo la cabeza—. Tu padre es Gavan Bayar. —No es extraño que Bailarín considerara su don como una maldición.

—No sabes las tentaciones que he tenido de presentarme ante Micah y Fiona como su hermano perdido mucho tiempo atrás —dijo Bailarín—. Sólo por eso valdría la pena dejarme matar. Durante un tiempo, me pareció una salida fácil. Me presentaría como un Bayar, y ellos me asesinarían.

Los recuerdos inundaron a Han: la furiosa reacción de Bailarín cuando encontraron a Micah y a sus primos en Hanalea. Le había parecido tan fuera de lugar

en aquel momento. Los conocimientos de Bailarín sobre los magos y sus costumbres, tan poco habitual entre los clanes de las Espíritus. La reacción de Micah ante Bailarín cada vez que se encontraban...

—¿Lo saben los Bayar? —preguntó Han.

Bailarín sacudió la cabeza, medio sonriendo.

—Creo que Micah ve a su padre reflejado en mí. Es como si supiera algo instintivamente, pero no acaba de creérselo. Nunca he conocido a lord Bayar. Si lo supiera, supongo que yo ya estaría muerto.

—¿Y los Demonai? ¿Averill? ¿Elena *Cennestre*? ¿Lo saben?

Bailarín negó con la cabeza.

—Si lo supieran, me habrían ahogado al nacer. Willo y yo somos los únicos que lo sabemos. Y ahora tú. Y Cuervo, desafortunadamente.

Han recordó que Willo había llevado a Bailarín a la ciudad, a ver al orador Jemson, con la esperanza de curarlo de su don maldito. Había guardado el secreto durante toda una vida, intentando buscar un lugar en un mundo en guerra consigo mismo para el hijo que amaba.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca? —preguntó Han, dándole vueltas a su cabeza.

—Vaya uno que fue a hablar —espetó Bailarín—. ¿Cuántos secretos me has ocultado tú a mí?

—No te estoy criticando —se defendió Han—. Solamente te pregunto.

—No lo sabía ni yo mismo, hasta que empezó a ser evidente —dijo Bailarín—. Después, estuve a punto de decírtelo varias veces. Pero sabía lo que pensabas de los Bayar después de lo que pasó con tu familia. No sabía cómo reaccionarías. Y ahora encima está Gata. Ella odia a los Bayar, porque mataron a todos sus amigos. Y mi madre, Willo, me hizo jurar que nunca lo diría a nadie. —Bailarín hablaba de forma impasible, mirando a Han directamente a los ojos—. Durante mucho tiempo no quise que lo supiera nadie. Pero ahora estoy contento de que lo hayas descubierto. Estoy cansado de actuar como si fuera culpa nuestra. Como si tuviera que avergonzarme de ser quien soy. Yo no puedo controlar lo que hace la otra gente. Pero puedo decidir cómo voy a manejar la situación.

La rabia corroía a Han por dentro. ¿Por qué Bailarín y Willo tenían que soportar esa carga, mantener su secreto, siempre con miedo a que se descubriera, preocupándose por lo que harían los Bayar si lo descubrían?

—¿Willo tiene pruebas de esto? —preguntó Han—. De que fue Bayar, quiero decir.

—Todavía tiene el anillo de Bayar —dijo Bailarín—. Cuando supo que estaba embarazada, escondió el anillo y dijo que no sabía quién era el padre.

Cuando Han abrió la boca dispuesto a hablar, Bailarín alzó la mano para detenerlo.

—Ella intentaba protegerme de los Bayar y de los Demonai. Pero cuando quedó

claro que yo tenía el don, se convirtió en un secreto muy difícil de ocultar. Yo sabía que tarde o temprano saldría a la luz.

—Willo debería haberle acusado —gruñó Han—, y llevado ante la justicia.

—Puede que tengas razón —dijo Bailarín, asintiendo—, pero tiene un temor tan profundo a los Bayar que no se lo puede sacar de encima. El hecho de verse atacada tan cerca de casa le hizo perder la confianza. Desde entonces, nunca se ha sentido completamente segura. —Hizo una pausa—. Pero Bayar pagará por eso.

Han puso una mano sobre el hombro de Bailarín, apretándolo.

—Tú eres mi mejor amigo —dijo—. Me da igual quien sea tu padre.

Bailarín se encogió de hombros.

—Espero que Gata piense lo mismo, porque voy a contárselo. No quiero tener secretos con ella. Ya no. —Tocó su amuleto—. No le digamos nada a Willo, por lo menos hasta que se haya celebrado el funeral de la reina. Ya está bastante preocupada porque voy a ir. No me quiere cerca de ningún Bayar.

—Esto depende de ti —dijo Han, todavía intentando hacerse a la idea de esa noticia—. Es tu secreto. Pero creo que deberías hablar con ella, y pronto.

## Las cosas claras

Debes confiar en Han Alister, se repetía Raisa continuamente. Aunque ahora él te odia. No tienes otra alternativa.

Bueno, en realidad, tenía una alternativa. Tenía un montón de alternativas. Podía seguir adelante con el plan de ir al funeral en secreto y a escondidas, como defendía su padre. O con el plan de secuestro que Reid Nightwalker quería llevar a cabo.

Pero ella quería hacer los honores a Han y confiar en él, porque no lo había hecho antes. Solo esperaba que esa fuera la decisión correcta.

No ayudaba mucho el hecho de que Nightwalker hubiera dejado bien claro que no confiaba en Han Alister ni en su plan. Han les había hecho un esbozo del plan el día anterior, en una breve reunión que habían mantenido. Solo ellos tres, tal como Han había pedido. Y Raisa lo aprobó.

Después lo compartieron con los demás. Que no lo aprobaron.

Nightwalker podía ser implacable. Y persuasivo. El sol todavía no había salido, pero ya hacía una hora que la estaba distraendo mientras ella intentaba prepararse para asistir al funeral.

El tema era Han Alister y su plan.

—Es un hechicero —dijo Nightwalker—. ¿Cómo puedes confiar en que se ponga de tu lado y en contra del Consejo de Magos?

—¿No era esa la idea? —dijo Raisa, frotándose los ojos—. ¿No era esta la razón por la cual Elena *Cennestre* lo reclutó? Se supone que él es el arma secreta.

—Yo no estoy diciendo que no debamos utilizarlo. Estoy diciendo que no deberíamos confiarle tu vida. —Nightwalker se apoyó contra la pared de la Casa de la Matriarca. Se había puesto el traje de batalla, con el abrigo de camuflaje y las polainas, y su amuleto *Demonai* que brillaba colgando de su cuello.

No tenía cara de sueño, aunque sin duda se había pasado la mitad de la noche reforzando los derechos de su nombre de clan, *criatura de noche*. Raisa le había visto dando un beso de despedida a Pájaro Nocturno fuera de la cabaña de huéspedes al amanecer, cuando Raisa había salido para ir al baño. O sea que, aparentemente, todavía estaban juntos.

Se esforzó a fijar de nuevo su atención al presente.

—Han odia al Gran Mago —dijo Raisa—. No puedo imaginarlo poniéndose de su parte.

—Esto es lo que te ha dicho a ti. Pero tiene más cosas en común con ellos que cualquiera de nosotros.

Raisa se sentó sobre sus talones y descansó las manos sobre sus muslos.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo Raisa—. Me estás tratando como si fuera estúpida. Pasé mucho tiempo con Alister en Vado de Oden. Le conozco mucho mejor que tú. Sé lo que me hago.

Nightwalker levantó las manos.

—Perdonadme, Alteza. —Se calló y se aclaró la garganta de forma afectada—. Parece que siempre os estoy pidiendo disculpas. Creo que paso demasiado tiempo con personas que están de acuerdo conmigo. —Suspiró—. A pesar de mi falta de diplomacia, no es en absoluto mi intención poner en duda vuestro criterio. Simplemente es que me preocupo por vuestra seguridad.

Raisa parpadeó, sorprendida. Eso era mucha más introspección de la que estaba acostumbrada a ver en Nightwalker. Pero aun así, no le perdonaría tan fácilmente.

—Supongo que es por este motivo que quieres ir en contra de mi hermana. Una princesa de la dinastía. Cuando ni siquiera conoces sus intenciones.

Nightwalker negó con la cabeza.

—Simplemente quería dejarla fuera de juego. Sería mucho más seguro para ti, y también para ella.

—No va a haber ningún enfrentamiento —dijo Raisa—. Eso nos mantendrá a salvo. —Rebuscó entre su ropa, intentando pensar qué podría ponerse que transmitiera el mensaje adecuado a aquellos que se reunieran para asistir al funeral de su madre.

No, rectificó en sus pensamientos presionando los dedos contra la frente. ¿Qué me puedo poner para hacer los honores a mi madre y a su legado?

No tenía mucho para elegir, solo lo que los clanes le habían proporcionado desde que llegó. Todo lo demás se había quedado en la Marca de los Páramos y en Vado de Oden. Pensó en los armarios llenos de vestidos preciosos en la capital y suspiró.

Eres una reina mendiga, pensó Raisa. Siempre te hospedas en casa de alguien y te pones la ropa que te dejan.

Eligió una falda de los clanes de lana blanca y una túnica adornada de ante, y las colocó encima de la cama. Willo le había dado una chaqueta de piel de ciervo blanca y elegante, con los símbolos de los Lobo Gris pintados y bordados en la espalda y en las mangas. La ropa de luto de los clanes no tenía nada que ver con el atuendo oscuro de los funerales de los llanos. El color blanco celebraba la vida de los muertos y sus conexiones con los vivos.

—Espérame fuera, por favor —dijo Raisa a Nightwalker, que parecía muy poco dispuesto a despegarse de su lado hasta que llegara el momento de salir hacia la Montaña de Marianna. Tal vez fueran órdenes de Elena, teniendo en cuenta que había dos magos en el campamento. ¿O se trataba simplemente de su propia decisión?

Nightwalker la cogió por los codos y la atrajo hacia sí para darle un largo beso. Olía a cuero y a aire fresco.

Raisa se echó atrás un poco a regañadientes. Él parecía ansioso de reanudar lo que habían dejado. Raisa sabía por experiencia que Reid Nightwalker podría ser una



agradable distracción de todos sus problemas, si ella se lo permitiera. Podría hacerle olvidar que Han Alister la estaba tratando como si fuera veneno.

—Nightwalker. Vete. Tengo que vestirme. Pronto nos iremos.

La sonrisa socarrona del guerrero dejó claro que con gusto se hubiera quedado en la habitación vigilando. Pero salió a la habitación exterior.

Raisa suspiró. Siempre que estaba con Nightwalker se sentía acorralada en todos los aspectos. Tenía que encontrar la manera de canalizar su implacable ímpetu. La dejaba agotada.

Echaba de menos la sensatez de Amon. Había regresado a la Marca de los Páramos para poder acompañar las cenizas de su padre desde la catedral hasta el lugar de sepultura. Averill también había vuelto a la ciudad e iría al funeral con el féretro de Marianna. Raisa iría con los Demonai, y con Han Alister y Bailarín de Fuego. Eso era todo, y tendría que ser suficiente. Esperaba evitar que anduvieran como perro y gato.

Raisa se estaba poniendo las botas cuando oyó voces fuera, como una pelea. Sacó la cabeza por la cortina y vio a Han Alister y a Reid Nightwalker dando vueltas el uno de cara al otro como si fueran dos lobos, furiosos y gruñendo.

Han iba vestido más elegante de lo que lo había visto nunca, todo negro con un ribete gris perla en el cuello y en las mangas. La camisa le quedaba ajustada al cuerpo, haciendo gala de su delgada estructura muscular. El amuleto Cazador Solitario brillaba sobre la tela mate, y el color oscuro destacaba su pelo brillante y sus ojos azules.

—¿Qué está pasando? —preguntó Raisa, mirándolos a los dos.

—Le he dicho que no podía entrar, que te estabas vistiendo, pero no quería hacerme caso —dijo Nightwalker, con una postura que apenas contenía la violencia.

—Sólo quería que supieras que estaba aquí —dijo Han, mirando un momento a Raisa y después rápidamente a Nightwalker—. Tengo mucho trabajo y muy poco tiempo, y supongo que no quieres llegar tarde a la ceremonia.

—Estoy lista —dijo Raisa, respirando hondo—. Ya podemos empezar.

Han miró significativamente a Nightwalker y señaló hacia la puerta con la cabeza.

—Fuera.

—Yo me quedo —dijo Reid Demonai, plegando los brazos y separando las piernas, como si no tuviera ninguna intención de moverse.

—Deberíamos hacer esto en privado, Alteza —dijo Han—. Si tengo que protegeros, cuantos menos sepan lo que voy a hacer, mejor.

Han le habló a Raisa, ignorando completamente a Nightwalker. Bien, pensó Raisa, este es un cambio muy agradable. Desde que Raisa le había confesado su auténtica identidad, Han solo se había dirigido a ella para decirle lo imprescindible. Como si tuviera que pagar un precio muy alto por cada palabra que le decía.

—No pienso dejarte solo con la princesa heredera —dijo Nightwalker—. Es un riesgo demasiado grande, teniendo en cuenta la histórica intromisión de los magos

con nuestras reinas.

Estos dos se odian, pensó Raisa, y parece que es algo que va más allá del recelo normal entre magos y clanes. Al fin y al cabo, Han tendría que sentirse cómodo con los clanes de las Espíritus. Había pasado allí toda su infancia. Y ni siquiera había sido mago desde siempre.

Un carraspeo de gargantas la sobresaltó. Levantó la mirada y vio que ambos la estaban mirando, esperando una decisión.

—Hace años que conozco a Nightwalker —le dijo Raisa a Han—. Actualmente forma parte de mi guardia. Si se puede confiar en él para eso, entonces también...

—No quiero que esté aquí, me distrae —dijo Han—. Esto ya es bastante difícil de por sí.

—De modo que lo admites —dijo Nightwalker—. No sabes lo que estás haciendo.

—Éste es precisamente el tipo de comentario ignorante y estúpido que no necesito mientras trabajo —dijo Han, mirando a Raisa y enarcando las cejas, como diciendo, ¿ves?

—Se queda —dijo Raisa, que se sentía como si estuviera arbitrando una pelea en el patio de la escuela—. Pero estate callado, Nightwalker, y deja que Alister haga su trabajo, o te vas.

Han miró a Nightwalker levantando la barbilla.

—Tú. Siéntate en esa esquina, y no te metas en medio si no quieres que te salpique con la magia.

Nightwalker frunció el ceño, pero hizo lo que le había dicho.

Han empezó a dar vueltas alrededor de Raisa, evaluándola.

—Quédate quieta —le advirtió—. Voy a tener que tocarte.

Lo dijo con resignación, más que cualquier otra cosa.

Han deslizó la mano bajo su abrigo, y Raisa sabía que estaba cogiendo su amuleto de la serpiente. Tal vez era por eso que no quería que Nightwalker se quedara. Parecía que no quería mostrar ese amuleto a nadie del campamento.

Raisa se puso tensa, con un hormigueo en la piel anticipando el contacto. Los dedos de Han siseaban al rozar ligeramente su cabeza, sus hombros, su nuca, su cintura. A Raisa le recordó al escultor que esculpió su retrato para la moneda de la corona, que había trabajado bien la arcilla antes de empezar a darle forma.

Han se echó atrás y se frotó la barbilla, frunciendo el ceño. Después su expresión se suavizó al mirar la mano de Raisa.

—Oh —dijo—. Tienes que quitarte este anillo talismán, porque si no esto no funcionará.

Raisa se quedó mirando su anillo de lobos que llevaba en la mano derecha.

—Alteza, Elena Demonai os dio este anillo para protegeros contra los hechizos de los magos —dijo Nightwalker—. No creo que ahora sea un buen momento para quitároslo. No precisamente cuando vais a enfrentaros a los magos más poderosos del

Valle.

—Ahora será un muy buen momento para quitároslo —dijo Han—. Si queréis que este plan funcione.

—Si nos olvidamos de Alister y de lo que sea que se proponga hacer, este anillo os protegerá si uno de los magos decide atacaros en el funeral —argumentó Nightwalker—. Sin él, seréis vulnerable. —Hizo una pausa, y después murmuró, no muy bajo—: A menos que esta sea la idea.

—No será vulnerable si te callas y me dejas hacer mi trabajo —dijo Han, con la mano todavía dentro de la camisa y la barbilla alzada de forma agresiva.

—Ya basta —dijo Raisa. Se quitó el anillo del dedo y se lo guardó en una bolsa del cinturón—. Ya está. Lo guardaré aquí por si acaso lo necesito. Es mejor que te apresures. Ya debe de ser casi hora de irnos.

Esta vez fue diferente. Han empezó a murmurar hechizos mientras daba vueltas alrededor de Raisa, con la expresión muy concentrada, la mirada fija y centrada internamente. Sus dedos desprendían pequeñas llamas cada vez que la tocaba en alguna parte. Raisa jadeaba al notar la magia deslizándose bajo su piel y su sangre subir a la superficie. Se notaba mareada, como si acabara de salir de la cabaña de vapor del Campamento Demonai.

O como una amante después de una serie de besos intensos.

Nightwalker observaba desde su rincón, tenso como una cuerda de arco.

Después aparecieron los lobos. Algunos solos y otros en parejas, se deslizaban por debajo de las cortinas y a través de las paredes, con los ojos brillantes, las lenguas colgando, hasta que se reunieron una docena de ellos y se sentaron sobre sus patas, formando un círculo alrededor de los dos.

Raisa recordó el sueño que tuvo después de que mataran a Byrne en el Paso de los Pinos de Marisa: la visita de las reinas lobas la noche en que su madre murió. Estaba Hanalea, con sus ojos grises, y Althea, con sus ojos verdes. En alguna ocasión, durante una fracción de segundo, le parecía ver a las reinas.

Han miró a los lobos, después miró a Raisa.

—¿Son amigos tuyos?

Raisa parpadeó.

—¿Los puedes ver?

—Los he estado viendo, de forma intermitente, desde que nosotros... desde que te curé —dijo Han—. Hoy esperaba que vinieran. No sé si esto va a funcionar, pero...

—Extendió las manos hacia las reinas lobas. Las llamas bailaban en las puntas de sus dedos. La luz se arqueaba de sus manos a los lobos y después volvía hacia él.

Hanalea ladeó la cabeza, mirando a Han con una sonrisa lobuna.

¿Por qué Han Alister puede ver los lobos?, se preguntó Raisa. Este era un rasgo típico de la dinastía Lobo Gris, vinculado al don de la profecía. No tenía ningún sentido que él los pudiera ver.

Tal vez es un efecto raro del proceso de curación, pensó. De su unión.

Los lobos cerraron los ojos y echaron las orejas hacia atrás. Levantando los hocicos hacia el cielo, empezaron a aullar con un grito triste que erizó el vello de la nuca de Raisa.

—¡Oh! —exclamó Raisa, estremeciéndose.

Nightwalker se levantó, dispuesto a lanzarse sobre Han.

—¿Qué pasa, Rosa Silvestre? ¿Qué te ha hecho?

—Alteza, ¿os habéis dado cuenta de lo difícil que es concentrarse y hacer las cosas bien cuando alguien te va gimoteando en el oído? —dijo Han—. Yo solo digo que, si esto sale mal, no me culpéis a mí.

A pesar de su tono sarcástico, tenía la frente perlada de sudor, así como también el labio superior, como si estuviera gastando una cantidad considerable de energía. O es que estaba muy nervioso por el resultado.

Los lobos acabaron su canto fúnebre. Hanalea se volvió hacia Raisa e inclinó la cabeza. La manada real se fundió en la sombra y se disipó.

Han retiró su mano y se quedó de pie, cabizbajo, haciendo jadeos rápidos como si hubiera hecho una carrera. El amuleto Cazador Solitario le iluminaba la cara, creando sombras y destacando las distintas partes. Le caían gotas de sudor que iban a parar a la alfombra.

Raisa se abrazó a sí misma, cogiéndose los codos a cada lado. Todavía temblaba, pero parecía ser el único efecto duradero.

—¿Ha... ha funcionado? —preguntó.

Han alzó la cabeza y se secó el sudor de la frente con la manga.

—Pronto lo sabremos.

Raisa vio la pregunta en la cara de Nightwalker y decidió hacerla ella misma, pensando que así podría obtener la respuesta.

—¿Qué intentabas hacer?

—Una transmisión.

—¿Una transmisión? ¿Qué es eso?

—Un hechizo. Una imagen para utilizar cuando estemos en la Montaña de Marianna. Algo que impresionará y confundirá al Consejo de Magos y al resto de los sangre azules. Algo que te convertirá en un objetivo difícil. —Han miró a Nightwalker—. ¿Recuerdas? He dicho que crearía una distracción mágica —dijo, como si a Nightwalker tuviera que hablarle llanamente.

—¿Puedo ponerme otra vez el anillo? —preguntó Raisa, presionando su bolsa con los dedos.

Han frunció el ceño, mordiéndose el labio inferior, y después negó con la cabeza.

—Es mejor que no. Creo que es mejor mantener viva la conexión mágica hasta después.

Elena sacó la cabeza por la puerta.

—¿Estáis listos? Nieta, nos tenemos que ir.

Raisa cabalgaría escondida en medio del contingente Demonai que iba a escoltar

a su abuela hasta el funeral de la reina.

Bailarín de Fuego esperaba con los caballos. Han se lo llevó a un lado, se inclinó y le murmuró algo al oído. Bailarín asintió, mirando a Raisa.

Nightwalker se acercó, cubrió con una capa Demonai el atuendo de luto de Raisa y se la ató al cuello, dejando que sus manos se entretuvieran sobre los hombros de Raisa.

El funeral estaba previsto para el crepúsculo. El viaje les ocuparía la mayor parte del día, ya que tenían la intención de permanecer en las montañas, rodear el Valle desde los Pinos de Marisa, cruzar el río Dyrnne al oeste de la Marca de los Páramos y llegar a la Montaña de Marianna desde el noroeste.

Elena y Willo cabalgaban al lado de Raisa, y los guerreros Demonai iban delante y detrás de ellas. Han y Bailarín iban juntos, con la mano en sus amuletos, cargándolos por lo que se pudiera avvicinar. Raisa se preguntaba cuánta energía había gastado Han para crear la «transmisión». Esperaba que hubiera merecido la pena.

Cada vez que Raisa les miraba, los dos magos tenían las cabezas juntas, hablando en susurros mientras iban avanzando. Bailarín llevaba dos alforjas grandes en su caballo, además de la manta para dormir.

Haría un día frío y claro en las montañas, aunque tal vez en la ladera, en la zona donde se celebraría el funeral, sería un poco más cálido. Las estrellas parpadeaban en el este cuando el sol empezó a despuntar por las Espíritus, iluminando todo el Valle.

—A mi madre le hubiera encantado este día —le dijo Raisa a Elena, entrecerrando los ojos contra los rayos del sol—. Le encantaba el sol, aunque no le gustaba el frío.

—Mmm. —Elena parecía preocupada, sin duda por su hijo, Averill.

El amor te hace vulnerable, pensó Raisa. Y aún así ella siempre lo había esperado.

Cruzaron el Dyrnne a primera hora de la tarde, por un alto puente sobre el rugido espumoso del río. Aunque estaban demasiado elevados para olerlo, aquellas aguas llevaban hacia el este toda la porquería y los desechos de la poblada capital.

Cuando sea reina... pensó Raisa, tal como lo había hecho tantas veces antes. Entonces se detuvo.

Ya soy reina.

Subieron de nuevo hacia el norte de las Espíritus, vislumbrando el Valle reverdeciente que tenían debajo. Raisa contempló con entusiasmo las agujas, las cúpulas y las torres a lo lejos, en la Marca de los Páramos. La ciudad brillaba bajo el sol como si fuera de juguete, como si pudiera desaparecer como en un cuento de hadas al acercarte demasiado.

Regreso a casa, se prometió. Esta noche, si encuentro la manera.

Al noroeste del Valle, dejarían la senda que daba al Valle y se dirigirían de nuevo al norte y al este, para pasar por detrás de la Montaña de Marianna y descender por entre sus picos gemelos. Pararon en la confluencia de los caminos para comer y dejar descansar a los caballos antes del largo ascenso que tenían por delante.

Raisa dejó a *Switcher* en manos de Pájaro Nocturno, y caminó un trozo a través de los árboles para echar una última mirada al Valle antes de rodear la montaña y perderlo de vista.

El Valle había cobrado vida con la gente. Los viajeros atascaban los caminos, utilizando el transporte adecuado a sus conveniencias. Algunos iban en caballos elegantes, y dejaban el camino e iban campo a través cuando se impacientaban si avanzaban lentamente. Los carruajes elegantes competían con los carros abarrotados de los que viajaban sin lujos por encontrar un espacio en el camino. Otros iban caminando, incluso familias enteras, madres y padres con sus hijos, tapándose la cara con bufandas para no tragarse el polvo del camino.

Llenaban los caminos que descendían de la Marca de los Páramos, cruzaban el Valle y ascendían la Montaña de Marianna hacia el norte. Los ciudadanos de la Marca de los Páramos habían salido para despedirse de su reina.

Raisa se quedó conmovida y sorprendida. Marianna no había sido una reina muy popular, por lo menos entre los habitantes de los barrios pobres de la capital. Se habían producido muchos disturbios cuando corrió el rumor de que la reina quería dejar de lado a Raisa y nombrar a Mellony en su lugar como heredera.

—Dulce Hanalea mártir —susurró—. Parece que toda la ciudad esté en movimiento.

—El Mercado de los Harapos y Puente del Sur. Además de todos los sangre azules, por supuesto.

Raisa se estremeció y se dio la vuelta. Tenía a Han Alister a su lado, contemplando el Valle. Sabía moverse silenciosamente como cualquier guerrero de los clanes.

Se puso una mano sobre los ojos para hacerse sombra, con el viento alborotándole el pelo.

—Tal vez también los de Westmarket, Roast Meat Hill y Bottoms.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Raisa—. ¿Cómo lo sabes?

—Envié a *Gata* Tyburn a la ciudad —dijo Han—. Le dije que hiciera correr la voz de que la princesa Raisa asistiría al funeral y que tal vez necesitaría ayuda. Que habría los que la querían fuera del trono. Y que tal vez intentarían cerrarle el pico en el acto o ponerle unas esposas. —Había vuelto fácilmente al lenguaje de la calle que ella se había pasado meses intentando refinar.

—¿Qué? —Inclinó la cabeza y miró a Han—. ¿Después de todo este esfuerzo para mantener mi presencia en secreto, has hecho correr la voz por la capital?

Han se frotó la nuca.

—¿Tú crees que lord Bayar oye los rumores del Mercado de los Harapos? ¿Crees que el Consejo de Nobles se reúne en El Barril y la Corona? —Se echó a reír—. Los harapientos y los de Puente del Sur no representan ningún peligro para ti excepto que te vayas paseando por las calles con una bolsa llena. Es a los sangre azules a quienes tienes que vigilar. Me han dicho que son expertos mentirosos y conspiradores. —La

miró a la cara, con sus ojos azules intensos y brillantes como zafiros.

La presión de su mirada fue como un puñetazo, pero Raisa se esforzó en mantenerse firme.

—Han, siento mucho haberte mentido —dijo, poniendo una mano sobre su brazo—. Si pudiera volver atrás, yo...

—Pero no hay vuelta atrás, ¿verdad, Alteza? —dijo Han.

—No —contestó Raisa—, pero...

—De todos modos, no te preocupes por los harapientos —dijo Han, echándose atrás para librarse de la mano de Raisa—. Lo que tienes que vigilar es lo que pasa dentro del palacio. —Parecía decidido a no entrar de nuevo en el asunto que tenían pendiente entre ellos.

—Lo sé —dijo Raisa, dándose por vencida—. Aún así, tengo planeado regresar al castillo de la Marca de los Páramos esta misma noche, como futura reina.

Han miró hacia donde había los Demonai con los caballos.

—Creo que a ellos no les va a entusiasmar la idea —dijo—. Especialmente a Nightwalker. No te podrá controlar en la ciudad.

—Tampoco me controla ahora —espetó Raisa.

—Quiere casarse contigo —dijo Han, mirando hacia el Valle—. Para que lo sepas.

Raisa se resistió al impulso de mirar hacia Nightwalker.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, no es tan difícil de adivinar. —Levantó la barbilla, y la oblicuidad de la luz reveló una ligera barba incipiente en su perfil.

Raisa se concentró de nuevo en la conversación.

—Bueno, si quiere casarse conmigo, tendrá que hacer cola —dijo—. Estoy enferma y cansada de ser un medio para un fin.

Han se volvió hacia ella, muy desconcertado.

—¿Un medio para un fin? ¿Tú? ¿A qué te refieres?

—Todo el mundo quiere casarse con la maldita heredera del trono. Nadie se interesaría por mí si viviera en el Mercado de los Harapos. Creo que me quedaré soltera.

—Tienes que casarte, ¿no? Para asegurarte una sucesión tranquila. —Han había recuperado su expresión distante, pero Raisa vio que tenía los puños apretados en tensión.

—¿Cómo la que tenemos ahora? —Esperó, y al ver que Han no decía nada, añadió—: Sé que tú apruebas mi decisión —dijo—. Tengo que regresar a palacio inmediatamente o de lo contrario me arriesgo a perder el trono.

—¿Y me estás diciendo esto por...?

—Necesito tu ayuda. Para regresar a la Marca de los Páramos, quiero decir. Necesitaré tu protección.

Han se encogió de hombros.

—¿No lo habíamos acordado así? ¿Qué me enfrentaría al Consejo de Magos en defensa de los clanes y de la auténtica dinastía de reinas? —Ese tono ausente y de burla empezaba a ser molesto y demasiado habitual.

Le he herido, pensó Raisa. Le he herido y he quebrantado su confianza. Debo encontrar la manera de recuperarle. Ganármelo de nuevo. Demostrarle que puede confiar en mí.

—Yo no estaba cuando se tomó el acuerdo —dijo Raisa, mirándole a los ojos—. Además, era entre tú y los clanes. Sé que todavía estás resentido por el trato que hicisteis... naturalmente. Yo no necesito que hagas ningún esfuerzo a regañadientes y sin entusiasmo. Eso me mataría.

—Sería una lástima —murmuró Han. Hizo una pausa, pensando con las cejas juntas—. ¿No es cosa del cabo Byrne? Protegerte, quiero decir. ¿Tienes pensado hacerle capitán de la Guardia de la Reina?

Raisa asintió.

—En cierto modo, ya lo es. Lo haré público durante la coronación. Pero os necesito a los dos —dijo—. Incluso así puede que no sea suficiente.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —preguntó Han, mirando a lo lejos—. Al fin y al cabo, soy un mercenario. ¿Qué me ofreces a cambio? Porque pareces dispuesta a comprarme de nuevo. —Hablabla con un tono suave, aunque Raisa adivinó un aire de comerciante detrás de sus palabras.

—¿Qué quieres? —preguntó Raisa.

Han fingió que lo reflexionaba, pero Raisa estaba segura de que ya tenía las respuestas preparadas.

—Bueno, en primer lugar, necesito un lugar en el palacio para poder vigilarte a ti y a todos los demás. Un lugar agradable, claro —dijo, entrecerrando los ojos como si ella fuera a pasar por alto su petición—. Lo suficientemente grande como para que puedan venir invitados. Y al lado de tus habitaciones.

—¿Al lado de mis... —Raisa frunció el ceño—. No. Esto es imposible. Tener a un mago en la puerta de al lado no es una buena idea. Esto no ha pasado nunca. Incluso Gavan Bayar y la reina Marianna tenían una galería que les separaba.

Han levantó las manos, mostrando las palmas.

—¿Quieres protección o no? ¿Quieres que tenga que cruzar todo el palacio cuando me necesites? —Al ver que ella vacilaba, prosiguió—: ¿Me has preguntado qué quería, recuerdas? No voy a aceptar un trabajo si no puedo hacerlo bien. Porque ya sabes a quién van a culpar si las cosas van mal.

—De acuerdo —dijo, pensando en cuál sería la reacción de Amon Byrne a esa propuesta—. Pero nada de invitados. No justo al lado de mis habitaciones. —Por razones de seguridad, se dijo a sí misma.

Él sonrió torciendo la boca.

—Alteza, tengo un montón de amigos que nunca han estado en palacio y...

Ella levantó una mano.



—No importa, Alister. Sé que esto no va a funcionar. Voy a correr el riesgo con...

—Está bien, tú ganas —la interrumpió Han, como si fuera consciente de que había llegado demasiado lejos—. Nada de invitados... durante la noche, al menos.

Raisa le miró a la cara un largo momento, y él también se quedó mirándola.

—De acuerdo, entonces, quedamos así. Vamos a...

—En segundo lugar, necesitaré el estipendio de un mes —dijo—. Los clanes me están pagando mis gastos, pero no quiero tener que depender de eso, en caso de que se molesten conmigo. Tengo que mantener a algunas personas de la ciudad, de modo que... —La miró de reojo, como si quisiera valorar el tamaño de su bolsa—. Cincuenta monedas para empezar.

—¡Cincuenta monedas! —Raisa entornó los ojos—. ¿A quién estás manteniendo? ¿A un harén de chicas guapas? —No le hubiera sorprendido, después de las historias que había oído sobre el señor de la calle *Pulseras* Alister.

—No es asunto tuyo en qué me gasto el dinero —dijo Han—. Solo tienes que decidir si merece la pena o no para ti.

Raisa suspiró.

—De acuerdo. Cincuenta monedas. Hablaré con el administrador cuando...

—En tercer lugar, tienes que continuar enseñándome modales —dijo—. Protocolo, ropa, baile, todo lo que necesito saber para estar en la corte. Dos veces por semana, una hora, como mínimo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Raisa, enarcando una ceja—. A mí me parece que te espabilas muy bien tú solito, cuando te esfuerzas, claro. Pero si eso es lo que quieres, te buscaré un tutor para...

—No —dijo, negando con la cabeza—. Tú. Quiero que seas tú, solos tú y yo. Eso nos proporcionará una buena excusa para vernos en privado de forma regular. —Había algo en su mirada, algo que le sugería que se trataba de algún tipo de prueba que tenía que superar.

Raisa apretó los labios con fuerza para evitar que le salieran las palabras. Simplemente asintió con la cabeza. El acceso era uno de los favores que un monarca podía regalar, y Han quería acceso garantizado de forma permanente. Muy astuto por su parte.

—De acuerdo —dijo Raisa—. Supongo que ya no me vas a pedir nada más.

—Una última cosa. Quiero que me nombres miembro del Consejo de Magos —dijo Han.

Raisa se quedó mirándolo con perplejidad.

—¿Qué?

—En Vado de Oden, cuando hablamos del consejo, me dijiste que la reina nombra a un miembro. Pues eso es lo que quiero.

—Creía que odiabas al Consejo de Magos —dijo Raisa—. ¿Por qué quieres ser un miembro?

—Tal vez quiero ser miembro de un club que nunca me aceptaría, si no lo hiciera

por estos medios —dijo Han—. Sólo para ponerles nerviosos.

—¿No se supone que te deberías enfrentar al consejo, en lugar de hacerte miembro? —dijo Raisa, subiendo el tono de voz.

Han se puso un dedo en los labios.

—Shhh. Atacaré al Consejo de Magos desde el interior. Pero los Demonai no lo comprenderían. Este es uno de los motivos por el que necesito tu estipendio.

—Si sospechan que te has pasado al otro bando, el riesgo que correrás será altísimo —dijo Raisa.

—Me arriesgaré de todos modos —dijo Han—. Estaré trabajando para ti, y tú eres la reina, ¿no?

Raisa se frotó la frente.

—¿Estás seguro de que en el fondo no eres un comerciante? —preguntó Raisa.

—Todos somos comerciantes en el Mercado de los Harapos —dijo Han.

Raisa reflexionó en todo eso. A decir verdad, prefería a Han Alister que a cualquier otro para nombrarle miembro del Consejo de Magos. Y probablemente era menos peligroso, porque no tenía alianzas anteriores ni lazos familiares con nadie. Y no podía imaginarse que alguna vez llegara a aliarse con los Bayar.

—De acuerdo —dijo Raisa—. Te nombraré miembro del Consejo de Magos.

Han escupió en la palma de su mano y se la ofreció.

Entornando los ojos, Raisa escupió en la suya y le estrechó la mano a Han.

—¿Rosa Silvestre?

Raisa levantó la mirada, sobresaltada. Reid Nightwalker se había acercado sin que se dieran cuenta. Sus ojos oscuros saltaban de Raisa a Han.

—Los caballos han comido y descansado y estamos listos para continuar —dijo—. Todavía nos quedan dos horas más hasta la Montaña de Marianna.

Han sonrió.

—Ya hemos terminado —dijo, y se dirigió hacia los caballos con arrogancia.

Reid se quedó mirándolo.

Raisa se preguntaba qué habría oído de su conversación.

Y se preguntaba si Han tenía intención de que les oyera.

¿Quién era el verdadero jugador, ella o Han Alister? ¿Y cuál era su juego?

Estaba confusa en muchos sentidos. Y era vulnerable a él en muchos sentidos.

Tengo que mejorar en esto, pensó, si quiero sobrevivir.

## Empieza la función

Era media tarde cuando llegaron a la vertiente norte de la Montaña de Marianna, justo debajo de la confluencia de los picos gemelos. Los Demonai habían hecho adelantar a varios guerreros para que exploraran la zona y se aseguraran de que no había peligro.

Pájaro Nocturno era uno de ellos. Volvió para informar de que el ejército regular había establecido un perímetro en la zona norte del lugar del funeral.

—Han puesto soldados en la parte superior del lugar del funeral, pero no muchos —dijo—. La mayoría están en la parte inferior, porque les preocupan más las amenazas que puedan presentarse en la zona de abajo. Hay una gran multitud reunida, y no para de llegar gente. La Guardia de la Reina ha levantado barricadas justo alrededor del lugar del funeral, pero toda la ladera de la Montaña de Marianna está abarrotada de gente.

—¿En serio? —dijo Elena, arrugando la frente—. ¿Qué tipo de gente? Soldados, o...

—Dentro del perímetro, hay magos, la nobleza del Valle y soldados —dijo Pájaro Nocturno—. En la ladera, hay los plebeyos. No sangre azules, sino comerciantes y obreros, soldados y académicos. Probablemente también hay ladrones y pillastres. Hay miles de personas.

Raisa miró a Han, que parecía completamente concentrado en lo que estaba explicando Pájaro Nocturno. Ponía su cara de persona educadamente interesada.

Pájaro Nocturno prosiguió con su informe.

—He hablado con el cabo que está al cargo de la Guardia de la Reina y le he dicho que Elena *Cennestre* y un pequeño grupo de la realeza de los clanes y de guerreros Demonai llegarían pronto desde el norte. Le he dicho que después de la ceremonia acamparemos para pasar la noche en la ladera norte, para regresar a casa mañana o pasado.

Estratégicamente, era un buen lugar. Los Demonai podían apostar arqueros en las cimas, lo que les dejaba una puerta abierta para una retirada rápida, en caso necesario.

—¿Quién era el cabo? —preguntó Raisa—. ¿El que está al mando?

—El cabo Fallon —respondió Pájaro—. Mason Fallon.

Un escalofrío de aprensión recorrió los omóplatos de Raisa. Otra persona que ella no conocía, cuidadosamente seleccionada por sus enemigos. Se alegró de que Amon estuviera allí.

—¿Qué se ha dispuesto para el funeral? —preguntó Elena.

—Han montado varias tiendas en torno a la pira funeraria de la reina —dijo

Pájaro Nocturno—. En una ondea la bandera Lobo Gris, de modo que es probable que la princesa Mellony esté allí. En otra ondea el banderín de los Bayar. En una tercera tienda ondea el ojo sin párpado, aunque no he visto a lord Demonai. La tumba está cuesta arriba respecto al lugar del funeral, construida en la ladera de la montaña. Hay un montón de personas trajinando por allí, o preparándolo todo.

—¿Has visto al cabo Byrne? —preguntó Raisa.

Pájaro negó con la cabeza.

—Está escoltando el cuerpo de la reina. Se construirá una tumba más pequeña para el capitán un poco más abajo que la de la reina. He visto a varios soldados custodiando el lugar.

De modo que el capitán Byrne será enterrado al lado de su reina, pensó Raisa. En los brazos de su montaña. Y Amon estaba allí, esperándola. Con el resto de Lobos Grises, los amigos que no había visto desde que se fue de Vado de Oden. Amigos en los que podía confiar. Respiró con profundidad y exhaló el aire lentamente. Perfecto.

—Fallon ha dicho que el orador Jemson hará un breve oficio, primero para el capitán Byrne y después para la reina. Después el cuerpo de la reina será entregado a la llama eterna, liberando así su espíritu para que se una a la montaña. El Gran Mago y un representante del Consejo de Regentes también hablarán.

—Pero no la princesa Mellony, ¿verdad? —preguntó Raisa.

Pájaro negó con la cabeza.

—Dicen que la princesa está demasiado afectada para poder hablar.

O demasiado intimidada por sus escoltas, pensó Raisa con severidad. Si tiene que ser reina, debe aprender a hablar. Su pueblo necesita oírla directamente a ella.

Montaron un campamento provisional bajo el resguardo del bosque, y después se reunieron por última vez: Raisa, Reid Nightwalker Demonai, Willo Watersong, Elena *Cennestre*, Han Alister y Bailarín de Fuego.

—Rosa Silvestre —dijo Elena—. Sé que quieres estar presente en el funeral de tu madre. Sigo diciendo que sería más seguro que lo miraras desde la cima de la montaña. Podríamos ponerte un grupo de guerreros como guardia. De este modo, lo verías todo, pero manteniéndote al mismo tiempo fuera de peligro.

Raisa negó con la cabeza.

—Iré al funeral de mi madre —dijo—. Ya hemos hablado bastante de este tema.

Elena suspiró y se frotó la barbilla.

—Sabía que dirías esto. —Puso una mano sobre el brazo de Raisa—. Entonces te lo suplico. Vas vestida como una Demonai. Si quieres bajar a la tumba, es menos probable que te reconozcan si cabalgamos en grupo, tú escondida en medio de todos.

—Abuela, debo participar en el funeral como la princesa heredera —dijo Raisa—. Delante de tantos testigos como sea posible, para que después nadie pueda negar que he regresado al reino. Es la única forma de asegurar mi sucesión al trono.

—No ascenderás al trono del Lobo Gris si estás muerta —replicó Elena—. No podemos protegerte si te mezclas entre la multitud. Ya sé que estás ansiosa por

demostrar que no eres una cobarde, pero...

—No lo hago para demostrar nada, excepto mi presencia y mi intención de ascender al trono —dijo Raisa—. Lo hago para honrar a mi madre.

—Si vives para llegar a ser coronada, espero que esta obstinación te sea útil como reina —gruñó Elena.

—Han Alister se ha comprometido a garantizar mi seguridad. Fue obra tuya, ¿recuerdas? —dijo Raisa—. Y Bailarín de Fuego se ha ofrecido a ayudar. Hemos elaborado un plan, y debemos seguirlo.

Todos los ojos se fijaron en Han, que estaba de pie, con los pies un poco separados, los brazos cruzados delante del pecho, su pelo brillante acariciado por la brisa de la montaña. Su amuleto Cazador brillaba contra el negro sobrio de su túnica.

Bailarín de Fuego se había alejado del grupo para ir a buscar las alforjas que había arrastrado todo el día. Abrió las hebillas y sacó una coraza de acero brillante y unos guanteletes con el emblema Lobo Gris estampado en ellos.

—¿Una armadura? —dijo Elena—. ¿Te pondrás una armadura? ¿Éste es el plan? ¿Y crees que eso te protegerá contra la llama de los magos?

—No, abuela, pero me protegerá contra otro tipo de asesinos —dijo Raisa—. Recuerda que la reina Marianna murió al caerse de la torre. El capitán Byrne murió atravesado por las flechas. De este modo, los magos no podrán encargarse a otros que hagan el trabajo sucio por ellos. Tendrán que salir a la luz si quieren acabar conmigo.

Elena tocó la armadura, pasando sus dedos gastados por los adornos del cuello y por las letras grabadas en los costados. Miró a Raisa, con los ojos brillantes.

—Esto es obra de los Demonai. ¿Quién lo ha hecho, Rosa Silvestre, y cuándo? Esto tiene un poder considerable.

—Lo hice yo —dijo Bailarín, dejando las alforjas a un lado. Se levantó y la miró—. Es obra mía.

Un murmullo furioso se levantó entre los guerreros Demonai.

—¿Tú? —dijo Elena—. Es imposible. Tú eres un...

—Soy un artesano de talismanes, Elena *Cennestre* —dijo Bailarín, levantando la barbilla—. O esa es la intención.

—¿Quién te está enseñando? —preguntó Elena—. Porque sea quien sea, está jugando a un juego muy peligroso.

—¡Ya basta! —exclamó Raisa—. ¿Cómo podremos ganar a nuestros enemigos si no dejamos de discutir entre nosotros?

Ésta será mi vida a partir de ahora, pensó. Resolver las disputas entre los magos, los clanes y la gente del Valle.

—A los magos no les está permitido elaborar armas mágicas, Alteza —dijo Elena—. Concentran demasiado poder en sus manos.

—Esto no aparece en el Náeming —dijo Bailarín, obstinadamente—. No está escrito en ninguna parte.

—No está escrito porque nadie imaginó nunca que un mago nacería en los

campamentos —dijo Nightwalker—. O que viviría lo suficiente para...

—El don de Bailarín de Fuego proviene de la Hacedora —dijo alguien en voz alta y clara—. ¿Quiénes somos nosotros para poner en duda la voluntad de la Hacedora?

Raisa se dio la vuelta. Era Pájaro Nocturno, la joven guerrera Demonai. La que seguía venerando a Reid Nightwalker.

Siguió un silencio expectante. Bailarín y Han se quedaron atónitos mirando a Pájaro, pero Nightwalker era el que más sorprendido estaba.

—Tal vez los exclusivos talentos de Bailarín son justo lo que necesitamos en este momento —prosiguió Pájaro Nocturno—. Tal vez deberíamos aceptar cualquier don que pueda mantener a la reina a salvo.

La expresión de Reid Nightwalker pasó del asombro a la indignación.

—Pájaro Nocturno, piénsalo de nuevo —dijo—. Algunos regalos es mejor rechazarlos.

—¿Quién decide eso? —preguntó Han—. No los Demonai.

—Lo decido yo —dijo Raisa en voz alta—. Y he decidido aceptar el regalo de Bailarín de Fuego, fin de la discusión. Iréis todos hacia abajo para reuniros con los demás en el lugar del funeral. Han, Bailarín y yo nos quedaremos aquí hasta que empiece el oficio.

—¿Por qué no bajas ahora con nosotros? —preguntó Nightwalker, mirando a Han sin ánimo alguno de ocultar su desconfianza.

—Necesito que me consideren como reina de todo el pueblo de los Páramos: la gente del Valle, los magos y los clanes de las Espíritus —dijo Raisa—. Ya voy vestida con un traje de los clanes. Si bajo cabalgando con el clan de las tierras altas, parecerá que pertenezco a este grupo. —Observando las frentes arrugadas de su alrededor, añadió—: Y no os preocupéis, no tengo intención de morir hoy.

Reid Nightwalker insistió en quedarse atrás con Raisa y un pequeño grupo de Demonai, por si acaso sufrían alguna emboscada, dijo. Si podía ser de Han Alister o de cualquier otro, no lo especificó. Raisa y su grupo se quedaron al borde de la arboleda, observando al resto de Demonai descendiendo hacia la tumba. Incluyendo a Pájaro, a quien Nightwalker había enviado con los demás.

Raisa estaba sentada con un ejemplar del *Libro de Oraciones y Liturgia del Templo* que se había traído de los Pinos de Marisa. Han y Bailarín descansaban bajo un árbol, con las manos sobre sus amuletos, almacenando el máximo de energía posible en el poco tiempo que les quedaba. Reid Nightwalker y sus guerreros vigilaban los acontecimientos de abajo. Willo revisaba los fardos de tela que tenía en sus alforjas.

Raisa leyó y releyó los pasajes que tenía asignados, intentando concentrarse, pronunciando palabras en voz baja, aprendiéndoselas de nuevo de memoria.

Raisa había estudiado las oraciones cuando se preparó para el día de su onomástica, pero nunca había asistido a un funeral de Estado. La reina Lissa, su abuela, había muerto antes de que Raisa naciera. Marianna también había ascendido

al trono muy joven. Raisa no podía evitar de pensar si su madre lo habría hecho mejor si hubiera tenido más tiempo para habituarse a su trabajo.

Ahora Raisa se enfrentaba al mismo dilema. ¿Sería demasiado poder, y demasiado pronto, para ella?

Un ruido interrumpió sus pensamientos. Alzó la vista y vio a Nightwalker delante de ella.

—Están llevando a la reina Marianna en procesión hacia la montaña —dijo—. Es hora de irnos.

Raisa se levantó, y Nightwalker le puso las manos en los hombros, se inclinó y le besó la frente.

—Sé prudente, Rosa Silvestre —dijo. Miró a Han y a Bailarín, y después la miró de nuevo a ella—. Ten cuidado.

—Todo irá bien, ya verás —dijo Raisa, mirando a Nightwalker a los ojos, deseando que la creyera. Deseando que fuera verdad.

—Espero que tengas razón —dijo Nightwalker—. Esto resulta muy difícil para mí. —Sonrió débilmente, con la cabeza inclinada, y luego se fue. Los demás guerreros Demonai montaron y subieron por la colina hasta que se perdieron de vista, dejando a Willo, Han, Bailarín y Raisa solos.

Raisa se preparó para la lucha que le esperaba, consciente de que, cuando se trata de política, encontrar tu papel es a menudo la mitad de la batalla.

Willo había ordenado varias prendas de vestir en montones. Dio a Han un montón de tela negra y plateada.

—No es de lo mejor, Caza Solo, porque lo he tenido que hacer rápido —dijo—, pero creo que servirá. —Sus ojos negros examinaron a Han, intentando adivinar su propósito.

Han simplemente asintió, sujetando la ropa entre los brazos.

—Gracias. —Se volvió y se alejó hacia su caballo.

Raisa tenía poco tiempo para curiosear. Willo le dio una chaqueta acolchada, con una especie de relleno de armadura. Raisa se quitó la capa y se puso la chaqueta por encima del traje de los clanes.

Bailarín desabrochó la armadura y la mantuvo abierta mientras Raisa deslizaba sus brazos a través. La abrochó por la parte de delante y se la colocó bien de los hombros. Después Raisa se puso los guanteletes y él se los ató. Había hecho un buen trabajo, pesaban poco y estaban bien acabados. La magia que tenían incorporada zumbaba contra la piel de Raisa.

Willo cubrió los hombros de Raisa con una capa carmesí. Tenía una imagen de un lobo gris gruñendo bordado en un punto complicado.

—Espero que sepáis lo que estáis haciendo —dijo, mirando a Raisa, a Han y a Bailarín—. Con esto puesto vas a ser tan visible como una bandera.

—Así lord Bayar no tendrá que ponerse sus gafas mágicas para verme —dijo Raisa—. Perfecto. —Pasó los dedos por el bordado—. Es precioso —dijo—. ¿Cómo

has podido...?

—Lo tenía hecho de antes para tu coronación —dijo Willo. Sonrió con tristeza—. Pero no tenía ni idea de que te haría este regalo tan pronto.

—Gracias —dijo Raisa, y la abrazó, con la armadura como una barrera en medio de las dos—. ¿Qué harás...?

—Voy a quedarme aquí, esperándote —dijo Willo rápidamente, como si ya hubiera intuido la pregunta—. Yo ya he llorado la muerte de Marianna de acuerdo con las viejas constumbres. He hablado con Averill. Lo ha comprendido, y espero que tú también.

—Por supuesto —dijo Raisa, confundida—. Pero...

—¿Alteza? —la voz de Han interrumpió su conversación. Raisa alzó la vista y vio que Han y Bailarín ya estaban montados en sus caballos.

Bailarín agitó la mano y galopó hacia lo alto de la montaña hasta que desapareció. Él iría por delante, para buscar una posición estratégica desde donde pudiera vigilar a los Bayar y a los demás magos presentes y evitar así cualquier ataque con magia.

Han estaba montado en su caballo con la espalda muy erguida, la expresión fría, inmóvil y pálida como un mármol esculpido, con sus ojos azules como única nota de color. Llevaba puesto el abrigo que le había hecho Willo. Era negro y plateado, decorado con motivos y bordados. Unas serpientes metálicas se retorcían por las mangas, desde el dobladillo hasta los hombros. Un lobo gris y un cuervo se enfrentaban en las solapas, y en la espalda había bordado un báculo de mago con serpientes enroscadas, todo enmarcado en la corona Lobo Gris.

¿Qué significa eso?, pensó Raisa. Él es de origen plebeyo, por lo que su familia no debería tener escudo. Por otra parte, algunas familias comunes ideaban una insignia cuando emergían al mundo.

Aunque Han no parecía del tipo de personas que se preocupan por esto.

El lobo gris debía de significar que estaba a su servicio. Pero ¿por qué se molestaba tanto en proclamar una obligación que sin duda consideraba onerosa? Además, debió de haberlo discutido con Willo mucho tiempo antes. Volvió a tener la sensación de que la estaba dirigiendo un maestro.

—¿Alteza? —repitió Han. Todavía le sonaba extraño cuando lo decía. Han movió la cabeza haciendo un gesto hacia la cima de la montaña—. ¿Estáis lista?

Raisa se las arregló para subir a la silla de *Switcher* a pesar del peso añadido de la armadura. La yegua se sorprendió un poco y dio un pequeño salto ante aquella inesperada carga.

—Sí —dijo Raisa, recuperando el equilibrio—. Vamos.



## Despedidas

Han miró hacia la recién nombrada Montaña de Marianna para ver los preparativos que estaban llevando a cabo. Desde la distancia podía distinguir manchas de colores, como salpicaduras de pintura. El azul brillante de los casacas azules salpicaba todo el perímetro de lo que debía de ser la modesta tumba de Edon Byrne.

A Han le hubiera gustado tener la oportunidad de discutir su plan con el cabo Byrne. Ese casaca azul era de los que merece la pena tenerlo a tu lado.

Habría deseado exprimirle el cerebro a Cuervo para hacer las preparaciones, pedirle consejo. Había sido un error sorprender a Cuervo presentándole a Bailarín justo en el momento en que más necesitaba su ayuda. Se preguntaba si lo volvería a ver alguna vez.

Si los deseos fueran caballos, los mendigos cabalgarían, solía decir mamá, pensó Han.

En la tienda Demonai ondeaba la bandera del ojo sin párpado, y los Demonai estaban apiñados en la parte superior del estrado. Estaban apiñados como el marrón y el verde del bosque en primavera. Pájaro estaba por ahí abajo, en alguna parte.

Se había quedado sorprendido de que Pájaro desafiara a Reid Demonai. Siempre había mostrado un carácter fuerte y obstinado, y suponía que eso probablemente causaba fricciones con Nightwalker. Sería interesante ver qué pasaría a partir de ahora.

Bueno. Dejémoslo. Lo que había entre Pájaro y Nightwalker no era asunto suyo.

La bandera Lobo Gris ondeaba al viento, en la parte superior de la tienda donde debía alojarse la princesa Mellony. Y el Consejo de Magos tenía su propia tienda, con la insignia de la llama y la espada del Gran Mago.

Han pensó que eran como campamentos armados frente a frente, como lo que había visto en Arden, que quedó devastado por la guerra. Recordó lo que Cuervo le había dicho sobre el apalancamiento. Aplicas un poco de presión sobre el lugar más apropiado, y puedes lograr un gran resultado. Tenía la oportunidad de hacer explotar la tensión acumulada durante centenares de años. Han estaba decidido a aprovecharlo. Era la única forma de ganar. La única forma de obtener lo que quería, cuando tuvo claro qué era lo que quería.

El estrado parecía un jardín de flores de colores, con toda la nobleza ataviada con sus mejores galas. Al fin y al cabo, era una ocasión jubilosa para algunos. Pronto una nueva reina gobernaría en el Valle.

Alguien había provocado esa situación y Han necesitaba descubrir quién y por qué lo había hecho.

La parte más baja de las laderas de la Montaña de Marianna estaba ocupada por los tonos apagados de los plebeyos, unos colores en los que no se veía la suciedad aunque hiciera días que llevaban esas ropas. Colores para cinco días, habría dicho mamá, pensó Han.

El terreno parecía ondularse mientras miles de personas se movían para conseguir una vista mejor. Los que habían llegado tarde no tenían la más mínima oportunidad de acercarse un poco al lugar de la ceremonia. Gata también estaba por ahí, en algún lugar, practicando su propia magia.

Una larga procesión de sangre azules montados a caballo serpenteaba abriéndose paso hacia las tiendas que había en el centro del lugar del funeral. Incluso en la distancia, Han vio que iban vestidos de su habitual forma extraña. Seguro que llevaban el cuerpo de la reina al lugar de la ceremonia. La multitud de la parte baja de las laderas se abrió a regañadientes para dejarles pasar. Han estaba acostumbrado a ver un ambiente festivo en las ejecuciones y los funerales de sangre azules. Era algo fuera de lo común, al menos para los que llevaban unas vidas monótonas. Pero el estado de ánimo de la multitud parecía triste y amenazador.

Una fina línea de guardias separaba la multitud de las clases superiores que había en la parte alta de la ladera.

El féretro de la reina iba seguido de una guardia de honor de casacas azules. Amon Byrne a la cabeza, acunaba la urna que contenía las cenizas de su padre. Y justo detrás de él, un caballo sin jinete, de tipo militar, con unas botas al revés en los estribos.

Han miró de reojo a Rebecca, a Raisa, a la reina. Parecía una guerrera elfa de un cuento, con su armadura mágica, su espada hecha a medida y su cabellera despeinada por el viento. Su capa Lobo Gris volaba a su espalda con la brisa.

Le vino un recuerdo a la cabeza: Rebecca en el callejón de Vado de Oden, acosándole, puñal en mano, después de haber dejado a un agresor tirado de espaldas sobre los adoquines. Rebecca le prometió a Han el mismo trato si no se apartaba de su camino.

Las imágenes reverberaban en su mente casi provocándole mareo. ¿Eran las dos la misma persona? ¿La amiga que tenía y la heredera del trono de los Páramos?

Miró a Raisa y vio que tenía la nariz rosada, y sus ojos pendientes del féretro de la reina brillaban llenos de lágrimas.

Miró a lo lejos, intentando combatir la compasión. Las únicas palabras pronunciadas sobre los cuerpos de su madre y de Mari fueron sus propias oraciones, que casi murieron en su boca sin ser expresadas. ¿Qué sentido tenía rezar a una Hacedora que había permitido que su madre y Mari murieran quemadas?

Raisa estaba aprendiendo las lecciones que le habían enseñado mucho tiempo atrás: qué es lo que puede pasar cuando le llevas la contraria a un sangre azul poderoso.

Los que llevaban el ataúd llegaron a la tienda donde se celebraría el funeral. El

cuerpo envuelto con lino fue colocado sobre el féretro cubierto de flores que habían preparado. El cabo Byrne dejó la urna, que fue colocada en una posición de honor bajo el ataúd de la reina. Después desmontó y se puso firmes con el resto de la guardia de honor. Los sangre azules se acercaron a los sitios más cercanos al estrado.

Había llegado el momento.

Han levantó la mirada al cielo. Unas nubes de tormenta se acumulaban detrás de Hanalea, serpenteando sobre los picos más bajos como unos brazos que rodearan a la multitud. El cielo hacia el oeste era de un verde peculiar, y los relámpagos parpadeaban sobre el Muro Occidental. El viento empezó a soplar más fuerte y azotaba la Montaña de Marianna, recordando a los que lo habían olvidado que la primavera en las montañas es una estación inestable.

Han sintió un hormigueo en la nuca. Podían decir muchas cosas de las reinas Lobo Gris, pero estaba claro que tenían una conexión con las Montañas de los Espíritus. Esperaba que esto le hiciera el trabajo más fácil.

Miró a Raisa. Ella asintió, levantó la barbilla, con sus ojos verdes abiertos sin ni siquiera pestañear. Sin miedo.

—Ten cuidado en no caerte de la silla —le advirtió Han, deseando poderla advertir de algo más definido—. No sé cómo van a reaccionar los caballos a todo esto.

Raisa asintió de nuevo, cogiendo las riendas, con los labios tensos y apretados.

Entonces, adelante. Han extendió la mano que tenía libre hacia ella, para encender los vínculos que ya había definido. Los dos empezaron a relucir, haciéndose cada vez más brillantes hasta que parecieron dos estrellas caídas del cielo. Raisa extendió las manos, que dejaron un rastro de llama en forma de arco, como si llevara alas. Sus caballos también brillaban, como si fueran los caballos con los que según decían el dios sol viajaba por el cielo.

La imagen ilusoria que los rodeaba creció, se amplió, de modo que parecían el doble de su tamaño real. Por lo menos, pensó Han, eso les convertiría en un objetivo difícil, si las barreras mágicas fallaban.

Entonces aparecieron los lobos, terribles y maravillosos, con los ojos brillantes y los dientes afilados, y unas grandes gorgueras de pelo sobre sus sólidas espaldas. Eran lobos del tamaño de un caballo, con los dientes como cuchillos.

Los lobos eran reales, ante los ojos de Han, por lo menos. Se le habían aparecido desde que se había unido a Raisa en su intento desesperado para curarla. Han solo los había encantado con hechizos propios de lobos: aumentó su tamaño, realzó su aspecto y les hizo visibles para todo el mundo.

Ahora parecían las bestias terribles de los cuentos de terror de su madre.

Treinta y dos lobos les precedían en la colina, descendiendo hacia la multitud apiñada en la ladera. Más de treinta reinas Lobo Gris desde Hanalea.

Cuando Han y Raisa subieron a la cima de la montaña, la luz se derramó por la ladera que tenían delante, disipando la sombra de una nube.

Debemos parecer como un amanecer, pensó Han. Un nuevo día. Sonrió. Se había adjudicado a propósito un papel visible en el drama. A pesar de que eso lo convertía en un objetivo, ya era hora de que la gente empezara a verlo de una forma diferente.

Empezaba la función, junto con Raisa.

Todo el mundo se volvió cuando comenzaron a descender con los caballos, uno al lado del otro. Los guerreros Demonai estaban en la parte más lejana de la ladera superior, vigilándoles. La gente de los clanes miró hacia la montaña, cubriéndose los ojos para no quedar deslumbrada.

El sonido de sus voces llegó a los oídos de Han. «¡Las reinas lobas han venido a saludar a su hermana Marianna!», gritaban, tal como lo habían planeado. «¡Aquí vienen las reinas Lobo Gris!»

Los Demonai se apartaron a los lados, dejando un amplio paso. Se arrodillaron al paso de los lobos.

Entonces Han ya estaba lo suficientemente cerca como para ver la reacción de los sangre azules. En lo alto del estrado se alegró de ver al orador Jemson con sus elegantes túnicas del Día del Templo. Jemson los miró con los ojos entrecerrados, la frente arrugada, su expresión ligeramente de perplejidad.

La tarima estaba llena de magos. Han reconoció al Gran Mago, Gavan Bayar y también a Micah y a Fiona, con docenas de otros magos.

Lord Bayar también los miró con los ojos entrecerrados, con una mano sobre el rostro para cubrirse del resplandor. Parecía que no supiera quienes eran, enceguecido por la brillante transmisión que había creado Han.

Los tres Bayar se colocaron entre Han y los dignatarios de la tarima. Tenían una mano sobre sus amuletos, como si fueran a utilizarlos pero no supieran qué hechizo lanzar.

Un fornido militar, vestido con un elaborado uniforme del ejército de las Tierras Altas cargado de condecoraciones, se inclinó para hablar con lord Bayar. Bayar sacudió la cabeza y frunció el ceño, sin quitar los ojos de Han y Raisa.

Detrás de ellos, Averill Lightfoot Demonai, consorte de la reina y padre de Raisa, estaba de pie al lado de una chica rubia y bonita de ojos azules. Lightfoot tenía una mano sobre su hombro, como para tranquilizarla, o tal vez para que no se moviera de su sitio. Alta y esbelta, llevaba diamantes en el cuello y en las muñecas, y una especie de corona pequeña en la cabeza.

No se parecía en absoluto a Raisa, pero Han supuso que se trataba de su hermana pequeña, la princesa Mellony.

Se quedó impresionada por su transmisión, porque parecía realmente muy asustada.

Los casacas azules estaban en formación, con las espadas desenvainadas, formando una frágil barrera enfrente del estrado. Se habían quedado rígidos, pensó Han, ante aquellos lobos que parecía que podían tragárselos enteros, de dos en dos.

Sin embargo, los lobos no atacaron. Se alinearon delante de los casacas azules y

se sentaron sobre sus patas, mostrando su enorme dentadura.

Durante un largo rato todo quedó en silencio. Solo se oía el golpeteo de las banderas contra el viento. Incluso la multitud de la parte baja de la ladera había quedado absolutamente en silencio, como si todos se estuvieran aguantando la respiración.

—¿Quién eres? —preguntó lord Bayar—. ¿Cómo te atreves a interrumpir el funeral de la reina Marianna con este truco de magia?

Raisa contestó en voz alta y clara:

—¿No me conoce, lord Bayar?

Han se fijaba en la expresión de Mellony mientras Raisa hablaba. Mellony se estremeció y se quedó pálida al oír la voz de Raisa. Averill se inclinó y le dijo algo al oído.

Una mujer alta y robusta, con una larga trenza gris, se adelantó para colocarse al lado de la princesa Mellony, poniéndole las manos en los hombros. Las lágrimas resbalaban por la cara de la mujer.

—¡Dulce y santa Hanalea! —exclamó con voz impetuosa, como si se hubiera estado entrenando—. ¡La princesa Raisa ha vuelto a casa! Larga vida a la dinastía Lobo Gris.

—A pesar de que algunos puedan caer en la trampa de un truco de mago, yo no —dijo lord Bayar, alzando la voz como para acallar a la mujer—. Tal vez sea un vistoso truco de magia, pero es de muy mal gusto. Lo único que ha hecho es asustar a los que se han reunido para rendir sus honores a nuestra difunta reina. Por favor, identifíquese, o déjenos en paz. Si no lo hace, me da igual quien sea, tendré que llevarle ante el consejo.

—Lord Bayar —dijo Raisa—. Soy Raisa *ana'*Marianna, la heredera del trono del Lobo Gris, y he venido al funeral de mi madre. Ni siquiera un mago con el corazón de piedra me negaría esto.

Dicho esto, Han dejó que el resplandor que les envolvía se desvaneciera. Al mismo tiempo, dirigió más poder a sus escudos mágicos, satisfecho de haber cargado de sobra su amuleto durante los últimos días.

Un murmullo recorrió la multitud como el viento a través de los álamos.

Han atisbó un movimiento a su derecha. Era Bailarín, que se acercaba por un lado de la tarima, con los ojos clavados en el Gran Mago, reforzando las barreras desde la otra dirección, listo para actuar si era necesario. Nadie se percató de su presencia excepto Han; Bailarín estaba envuelto en un hechizo mágico, y todo el mundo estaba pendiente de la aparición que tenían delante.

Micah se había quedado rígido, con la mirada fija en Raisa como si se tratara de un fantasma. Cerró los ojos y los volvió a abrir, como si durante ese intervalo Raisa fuera a desaparecer.

Los ojos pálidos de Fiona estaban clavados en Han, repasándolo de arriba abajo como si le pasara un peine con púas de acero.

Lord Bayar tenía una expresión extraña. Cuando sus ojos negros se fijaron en Han, se endurecieron un poco, como único indicio de que el Gran Mago le había reconocido. Aparte de esto, su rostro solo demostraba desdén e impaciencia.

—¿De veras esperáis que creamos que esta es la princesa heredera? —El Gran Mago sacudió la cabeza como si no lograra entender que Han estuviera representando esa farsa. Se volvió hacia Mellony, inclinando la cabeza—. Lo siento, Alteza. Es una broma de muy mal gusto despertaros las esperanzas de este modo. Con la brujería, es fácil hacer que una cosa parezca lo que no es. Esta mujer probablemente es una bruja de la calle hechizada.

Al oír estas palabras, Raisa se quedó pálida de inmediato, quedándole solamente dos manchas rosadas de ira en las mejillas.

—¡Lord Bayar! —gritó, con la voz clara y helada como un lago en el mes de enero—. Tal vez le gustaría que contara a todo el mundo por qué tuve que irme de los Páramos en contra de mi voluntad.

Micah se estremeció y su rostro pasó de ser de mármol a ser de porcelana. La multitud de la parte baja de la ladera empezó a murmurar.

Entonces Bayar prefirió concentrarse en Han. El Gran Mago extendió su mano hacia Han, que se obligó a sí mismo a no retroceder.

—Señora, la compañía con la que va lo dice todo de usted. Este chico es *Pulseras Alister*, un vulgar ladrón.

Ante esa afirmación, otro rumor corrió entre la multitud desde las tiendas hasta la ladera de la montaña. «¡Alister! ¡Es *Pulseras Alister*!».

—¿Es *Pulseras Alister*? —espetó bruscamente el militar, como si fuera el eco de la multitud—. Pero... ¡fijaos! ¡Es un mago!

—Es un vulgar ladrón —repitió lord Bayar con los dientes apretados—, que de un modo u otro ha aprendido brujería. Estamos seguros de que forma parte de una alianza peligrosa con demonios que a cambio exigen el sacrificio de la sangre. También es posible que haya adquirido armas mágicas ilegales de sus aliados, los cabezacobrizas.

Dio la sensación de que el Gran Mago ganaba altura y resplandor, como si estuviera compitiendo con Han. No apartó la mirada de Raisa y Han, aunque se dirigía al público de sangre azules que tenía detrás.

—Tal como algunos de vosotros ya sabéis, el verano pasado Alister estuvo implicado en una serie de brutales asesinatos callejeros en Puente del Sur, cometidos por medio de la magia —dijo Bayar—. Cuando me enfrenté a él, intentó asesinarme. Huyó del país cuando la reina Marianna puso precio a su cabeza. Ahora ha regresado, por lo visto con la intención de aprovecharse de este momento de transición y destruirnos. —Gesticuló hacia la hilera de casacas azules que había enfrente de la tarima—. ¡Cabo Fallon! —dijo a un hombre moreno de rasgos pronunciados y la barba sombreada de un color azulado—. ¡Capturadle!

Han no estaba seguro de lo que esperaba el Gran Mago. Tal vez pensó que

respondería con un ataque mágico y que en medio de la confusión los Bayar tendrían la oportunidad de matarle a él y a Raisa.

Naturalmente, el cabo Fallon no se apresuró a cumplir la orden. Miró a Bayar y a Han, y dio un paso al frente con reticencia.

Raisa acercó su caballo delante del de Han y extendió una mano, mostrando la palma.

—Un momento, cabo Fallon, si es que usted es, tal como afirma, un defensor acérrimo de la dinastía Lobo Gris.

No tiene miedo, pensó Han con admiración.

El cabo Fallon se quedó quieto, mirando a Raisa y a Han, con la mano en la empuñadura de su espada. Se humedeció los labios y tragó saliva.

—Han Alister me salvó la vida, lord Bayar —dijo Raisa—. Os guste o no, es gracias a él que yo puedo estar hoy aquí. Le debo mi gratitud, no un rincón en la cárcel. De modo que le he concedido un perdón incondicional. Cualquiera que le ponga la mano encima deberá responder ante mí.

Han miró a lord Bayar a los ojos, pensando, he aquí otra razón para que el Gran Mago esté furioso conmigo.

Bayar miró a Han y a Raisa, con la mano en su amuleto y los ojos entrecerrados, como si estuviera calculando la potencia de la barrera que había creado Han.

Han se enderezó sobre la silla, tocando su amuleto, con la barbilla alzada y mirando por debajo de su nariz con una expresión que decía: «Adelante, Bayar. Pero será mejor que me mates en el primer intento».

Algo primitivo en el interior de Han anhelaba ese ataque, deseaba la oportunidad de acabar en aquel momento, de una forma u otra.

Paciencia, Alister, pensó. No ataques nunca excepto que estés en posición de ganar.

Han miró a Fiona y a Micah, que estaban justo detrás de su padre. Los ojos de Micah aún no se habían separado de Raisa. Los de Fiona, en cambio, estaban clavados en Han, con las cejas juntas valorando la situación y mordiéndose el labio.

La atención de Han se desvió hacia una veintena de casacas azules dirigidos por Amon Byrne que se adentraron en el espacio que había entre Han y Raisa y la hilera de guardias enfrente de la tarima. Se colocaron de cara al Gran Mago, con las espadas desenvainadas. Algunas caras le resultaban familiares a Han, de Vado de Oden: Garret Fry y Mick Bricker, Talia Abbott y Pearlie Greenholt. Los guerreros Demonai avanzaron por ambos lados, con los arcos preparados, protegiendo los flancos.

—Arrodillémonos ante la princesa heredera —dijo lord Averill, en una voz alta y profunda—. Y demos gracias a la Hacedora porque nos la ha devuelto. —Averill se arrodilló sobre una pierna e inclinó la cabeza, y le siguió la mujer de cabello gris que había hablado antes.

Los casacas azules de Byrne se pusieron de rodillas. Los Demonai se arrodillaron de lado de una forma casi cómica, honorando a la princesa pero manteniendo sus

armas preparadas en dirección a los magos de la tarima.

Los hechizos son más lentos que las flechas, pensó Han.

El orador Jemson se arrodilló, con sus túnicas ondeando alrededor. Elena se arrodilló al lado de su silla. Bailarín se arrodilló en el borde de la tienda, con la cabeza alzada, la mano en su amuleto y sin quitar la vista de los Bayar. Pero nadie más lo hizo.

Se quedaron así un largo rato, como si estuvieran haciendo equilibrio sobre el borde afilado de una espada. Y después empezó, desde la parte baja de la ladera, un retumbo rítmico de voces que creció y se extendió hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

«¡Rai-sa! ¡Rai-sa! ¡Rai-sa!», e incluso algunas aclamaciones de «¡A-lis-ter!».

Han miró más allá de las tiendas con sus banderas brillantes, más allá del féretro de la reina y de los sangre azules en la tarima, para ver la multitud de plebeyos que formó como una onda al arrodillarse.

Han ya se lo esperaba, pero era fantástico verlo y oírlo. *Gata Tyburn* había hecho bien su trabajo.

Y lentamente, dramáticamente, como hojas cayendo de un árbol, los demás siguieron el ejemplo. Primero, la princesa Mellony, que se arrodilló al lado de su padre. Después algunos sangre azules que Han no reconoció, incluso el militar lleno de insignias. Y después, los casacas azules que custodiaban la tarima. Incluso el cabo Fallon.

Los magos aún no. Se apiñaron formando un grupo aparte, como buitres apartados de un cadáver todavía tibio.

Pero luego Micah Bayar se echó la capa atrás y se dejó caer de rodillas, con la cabeza inclinada, el amuleto colgando delante de él. Fiona le fulminó con la mirada, como si fuera a darle patadas.

Vaya, pensó Han. ¿Micah ha roto con su familia? Qué interesante.

Los otros tres magos se arrodillaron. Y después los hermanos Mander y una maga rolliza de mediana edad con el pelo cobrizo que debía de ser su madre. Y el maestro Gryphon.

¿El maestro Gryphon?

Han miró. Su antiguo maestro Gryphon estaba entre dos magos mayores, un hombre y una mujer vestidos muy elegantemente con la nariz larga y aristocrática y unos labios delgados e infelices. Mientras Han miraba, Gryphon dejó sus muletas a un lado y la pareja le cogió por los brazos y le ayudó a arrodillarse. Ellos también se arrodillaron al lado de Gryphon, con la cabeza inclinada, pero Gryphon se quedó observando a Han, con una expresión de inmensa curiosidad en el rostro.

Las preguntas inundaban la mente de Han.

¿Por qué Gryphon estaba allí, si el trimestre ya había empezado?

¿Es que los estudiantes y los profesores de Vado de Oden habían abandonado la escuela por un asunto de política?



Han se obligó a mirar hacia otra parte. Fiona también estaba arrodillada, de modo que solamente quedaba lord Bayar de pie. El Gran Mago miró a su alrededor, sacudió la cabeza e hizo su sonrisa de cocodrilo.

—Por la gracia de la Hacedora —dijo en voz baja, examinando la cara de Raisa como si finalmente se hubiera convencido—. ¿Sois realmente vos, Alteza?

—Parece que he logrado convencer a todo el reino excepto a usted, lord Bayar —dijo Raisa con tono seco, mirando a la multitud arrodillada.

El murmullo empezó de nuevo: «¡Ra-isa!» y «¡Rosa Silvestre!» y «¡Alister!», y lo que sonaba como «¡Muera Bayar!», aunque se oía de lejos y era difícil de descifrar.

Y entonces el Gran Mago elegantemente se arrodilló. El bastardo cruel y despiadado tenía lágrimas en los ojos.

—Perdonad mi escepticismo, Alteza. Ya hemos perdido a nuestra querida Marianna. Ante este momento lleno de tragedias, estaba convencido de que vos también estabais muerta. —Sacudió la cabeza—. No podía soportar ni siquiera tener la esperanza de que fuerais vos.

Lo que probablemente era cierto.

La multitud rugió ante el reconocimiento, el sonido rompió sobre la gente como las olas en la playa.

Raisa se levantó en los estribos para elevarse lo máximo posible. Como estaba montada a caballo y en la parte superior de la tarima, podía dirigirse también a la multitud más lejana. Su armadura brillaba bajo la luz del sol y su capa revoloteaba al viento.

Levantó las dos manos, mostrando las palmas.

—¡Levantaos! —dijo, en ese tono arrastrado que ya estaba deviniendo familiar—. Por favor, poneos cómodos. Es muy agradable estar de nuevo en casa. He echado de menos a estas montañas y a la gente de aquí, tanto los habitantes de las tierras altas como los del Valle, los clanes de las Espíritus y los magos.

Hizo una larga pausa.

—He vuelto a casa porque quería ver a mi madre y oír su voz de nuevo. Pero ahora ya nunca será posible.

»Hay muchas preguntas difíciles que habrá que plantear y responder en los próximos días, y muchas decisiones por tomar. —La mirada de Raisa estaba puesta sobre el grupo de la tarima—. Pero hoy he venido, y las antiguas reinas han venido —hizo un gesto hacia el círculo de lobs— para honrar a mi madre, la reina Marianna. Ella es el eslabón de una dinastía ininterrumpida que se remonta a la reina guerrera, Hanalea, que resolvió el Quebrantamiento y salvó el mundo. Estos eslabones no se rompen fácilmente. La muerte de las reinas despierta a las bestias que descansan bajo la tierra. Despiertan cuestiones en todos nosotros, sobre lo que ha pasado y lo que pasará.

Han escuchaba asombrado el discurso de Raisa. ¿Acaso tiene siempre preparados este tipo de discursos?, se preguntaba. ¿Por si acaso? ¿O le salen cuando es

necesario?

Fuera como fuese, era algo que debía aprender.

El resto de la tarde pasó muy rápido, como en un conjunto de imágenes difuminadas. Han desmontó y ayudó a Raisa a bajar del caballo bajo la atenta mirada de los Bayar. Él y Amon Byrne subieron los escalones de la tarima juntos, detrás de Raisa. Se colocaron uno a cada lado mientras Raisa abrazaba a su hermana Mellony, a Averill Demonai y a la mujer de la trenza gris. Saludó a los demás con más formalidad, pero guardó una sonrisa y una palabra para todos, incluso para lord Bayar, a quien saludó con una expresión peculiar.

Los Demonai seguían a ambos lados de la tarima, con los arcos preparados en las manos, las flechas colocadas pero apuntando al suelo, su mirada fija en los magos de la tarima. Se encontraban en una especie de punto muerto.

Bajo la dirección de Jemson, Raisa pronunció una oración por la reina muerta, encomendando su descanso a las Montañas de los Espíritus. Saludó a sus antepasados, a las reinas Lobo Gris, pronunciando el nombre de todas. Les pidió a ellas, y a su madre, que la cuidaran y la guiaran en su labor de gobernar a su pueblo.

No tiene ningún sentido pedirle guía a la reina Marianna, pensó Han. Lo ha dejado todo hecho un lío.

El orador recordó momentos de la juventud de Marianna, su talento para bailar, su habilidad con la *basilka* y el clavicémbalo, su amor por la caza. Se la había reconocido como la princesa más bella y deseable de los Siete Reinos, lo que había atraído todo un desfile incesante de pretendientes que competían por su mano. La gente la aclamaba allí donde iba, era la protagonista de un cuento de hadas en el que todos podían creer.

Y luego el cuento se acabó. Cuando la reina Lissa murió y la reina Marianna ascendió al trono a los quince años. En Arden estalló la guerra civil, y la joven reina tuvo que afrontar la afluencia de refugiados y la merma de los ingresos del comercio. El Consejo de Nobles recomendó una política de aislamiento y sus generales gastaron grandes sumas en mercenarios. Los impuestos no paraban de aumentar.

Preocupada por el hecho de verse arrastrada por las guerras sureñas, Marianna dejó a un lado la princesa del cuento de hadas y eligió casarse con Averill Lightfoot, un pretendiente natural del reino que tenía la fuerza de los clanes de los Espíritus a su favor.

Cuando los magos y la gente del Valle se quejaron por el hecho de que su princesa de cuento de hadas se casara con un cabezacobriza, Marianna decidió celebrar una boda por todo lo alto, algo nunca visto. Se dice que costó cien mil coronas y que dejó al erario público arruinado durante años.

Incluso en el Mercado de los Harapos y en Puente del Sur, la gente aún conservaba recuerdos de esa boda. La madre de Han tenía una moneda con la reina Marianna en una cara y Averill en la otra.

Es triste, pensó Han, cuando lo mejor que un orador como Jemson puede decir

sobre ti es que sabes organizar bien una fiesta.

Claro que no dijo únicamente eso, pero fue con lo que se quedaron los oídos resentidos de Han.

Raisa encendió la pira funeraria y las llamas lanzaban chispas hacia un cielo oscuro que amenazaba tormenta. Caían rayos sobre Hanalea, y los lobos levantaron los hocicos y empezaron a aullar, con unos aullidos que erizaron el vello del cuello y los brazos de Han.

Mientras la reina ardía, Raisa le dijo a Amon Byrne que se adelantara un poco. Se quedó rígido y con el rostro impasible a su lado, mientras Raisa hacía un panegírico de Edon Byrne, capitán de la Guardia de la Reina.

—He amado y odiado a Edon Byrne —dijo—. Le he amado por su clara visión, su alma honesta, su franqueza. —Hizo una pausa—. Y le he odiado por su clara visión, su alma honesta, su franqueza. —Sonrió ante un puñado de risas y aplausos—. Nuestros servidores más valiosos son aquellos suficientemente fieles como para arriesgarse a decirnos la verdad, que no siempre es lo que queremos oír, sino lo que necesitamos oír. Edon Byrne era uno de ellos. Al final, dio su vida por mí. Le echaremos mucho de menos.

Se adelantó y miró a los casacas azules que rodeaban la tarima.

—Los Byrne son personas de pocas palabras, poco amigos de los discursos largos, de modo que yo le honraré con uno de corto. Le encomiendo al abrazo de las Montañas de los Espíritus, y sé que cuidará de su reina y de la dinastía Lobo Gris en la muerte tal como lo hizo en vida.

Su voz resonó como un eco en las montañas.

—Es mejor que los enemigos de la dinastía Lobo Gris estén atentos.

Han miró directamente a los Bayar.

Raisa se dio la vuelta, quedando de nuevo frente a la parte baja de la ladera.

—De este modo, la línea ininterrumpida de capitanes y reinas continúa. Amon Byrne, por favor, acérquese.

Amon dio un paso al frente, en posición de firmes y la barbilla levantada.

—Deme la Espada de Hanalea —dijo Raisa, alargando la mano.

Byrne desenvainó la espada y se la dio a Raisa por la empuñadura. Ella la cogió con las dos manos para soportar el peso y la levantó apuntando al cielo.

Qué extraño, pensó Han. Raisa no se parecía físicamente a las imágenes que había visto de Hanalea. La legendaria reina era alta, rubia y esbelta, con largas trenzas. Esta reina era baja, con el pelo corto y oscuro, y unos ojos verdes brillantes que destacaban sobre su piel color de miel. Sin embargo, parecía una guerrera, con la armadura y la espada en las manos, enfrentándose a los miles de personas.

—Normalmente, este acto no se celebraría hasta el día de mi coronación —dijo—. Normalmente, la espada de Nuestra Señora pasa de un capitán a otro. Pero estos no son tiempos normales. La reina Marianna y su capitán murieron con pocos días de diferencia. Me parece importante volver a forjar el vínculo entre capitán y reina lo

más pronto posible para que mis enemigos no vean una oportunidad en nuestras pérdidas.

»Del mismo modo, programaremos mi coronación lo antes posible —añadió, pasando la mirada sobre la multitud y el grupo reunido en la tarima—. Tenemos mucho trabajo y no podemos entretenernos.

Miró a Amon Byrne.

—Arrodílese —le ordenó.

Byrne se arrodilló, de algún modo aún manteniéndose firmes, con los ojos fijos en Raisa.

Raisa le tocó cada hombro con la parte plana de la hoja.

—Levántese, capitán Amon Byrne, comandante de la Guardia de la Reina.

Han miró un momento a los Bayar justo a tiempo para ver un intercambio de miradas entre Micah y Fiona. Lord Bayar inclinó la cabeza hacia el general que tenía al lado, que le estaba diciendo algo al oído. Bayar tenía una expresión impasible.

La princesa Mellony parecía un poco agobiada por la cascada de acontecimientos. Se cogió a los brazos de su silla, con sus ojos azules como platos, mirando a Raisa y a Amon, y después a Micah, buscando alguna pista.

Pero Micah miró a Raisa con media sonrisa de admiración, aunque con reticencia.

Saben que los han superado, pensó Han. Cuanto más logre hacer Raisa al aire libre, delante de testigos, menos podrán coaccionarla a puerta cerrada.

Han no se hacía ilusiones de que eso les detuviera, pero por lo menos dificultaría las cosas. Raisa había llegado a su antiguo barrio con su banda, y alardeaba ante aquellos que querían desafiarla.

Bien hecho.

En ese momento la pira funeraria de la reina ya se había convertido en cenizas, alimentada por los aceites santos que utilizaban los oradores. Raisa sonrió a su hermana, le cogió las manos y la hizo levantar suavemente. Abrazó a Mellony una vez más, a su hermana menor bastante más alta que ella. Llevó a Mellony al lado del féretro, y se quedaron allí las dos, dándose la mano. Mientras Han miraba, Raisa se inclinó y susurró algo al oído de Mellony.

El orador Jemson esparció unos polvos sobre las llamas, y una nube de humo gris y blanco se elevó formando una espiral, organizándose en el aire bajo la forma de una loba elegante y ágil con ojos azules. Descendió hasta el suelo, aterrizó suavemente y caminó hacia delante, con las patas rígidas, el pelo del cuello erizado, para tocarse el hocico con las demás lobas reunidas allí.

Un trueno resonó sobre Hanalea, y empezó a caer una lluvia de gotas enormes que estallaban sobre la tarima. Las lobas se juntaron en una y desaparecieron, desvaneciéndose bajo la cortina de lluvia.

## El regreso a casa

Fue un gran día.

Fue un día terrible.

Raisa no se había sentido nunca tan valiente.

No había estado nunca tan asustada.

No se había sentido nunca tan sola.

No se había sentido nunca tan amada.

Y ahora iba de camino a casa.

El enorme coraje que la había alimentado durante el largo funeral en la tumba de Marianna había menguado, dejando paso al agotamiento. Cabalgaba en medio de su guardia, con Amon a su derecha un poco adelantado, Han a su izquierda algo atrás, rodeada de guerreros Demonai, con Reid Nightwalker y su padre, Averill, lord Demonai, siempre en su campo de visión.

Detrás iban su antigua niñera, Magret Gray, y las otras doncellas de Hanalea, con sus colgantes expuestos por encima de sus capas, honrando a la dinastía que juraron servir.

Ya llegará el momento, prometió Raisa, en que podré cabalgar sin escolta por las calles de mi propio reino.

La princesa Mellony cabalgaba a su lado, con sus largas trenzas doradas sujetadas en la frente y en la nuca, los labios morados y los dientes castañeteando del frío. Llevaba una capa de seda fina de color negro y azul, y estaba toda empapada.

Raisa se puso la capucha, pestañeando para quitarse las gotas de lluvia de los ojos. Como la mayoría de objetos hechos por los clanes, la capa Lobo Gris era una mezcla de belleza y funcionalidad, y la fibra de lana engrasada tejida muy apretada había soportado el aguacero. Aún así, al bajar la larga ladera de la Montaña de Marianna la lluvia le golpeaba la cara. Regueros de agua le caían por el cuello y entre los pechos.

Mellony no paraba de moverse sobre la silla, mirando atrás para ver dónde estaba Micah, como para asegurarse de que todavía estuviera allí. Micah cabalgaba al lado de Fiona justo detrás de los guerreros Demonai.

Debo prestar más atención a Mellony, pensó Raisa. Debo alejarla de los que la han retenido en la esclavitud. Ella es lo único que me queda; ella y Averill.

Nunca habían tenido mucho en común. Antes de que Raisa fuera acogida en el Campamento Demonai, sus tres años de diferencia habían parecido un abismo imposible de superar. Raisa merodeaba por las calles con Amon y sus amigos mientras Mellony jugaba con muñecas y juegos de té bajo la atenta mirada de su

madre.

Raisa volvió del Campamento Demonai y descubrió que Mellony y la reina Marianna se habían unido todavía más, haciendo que Raisa se sintiera más forastera que nunca.

Se inclinó hacia Mellony.

—Tienes cara de frío —le dijo—. ¿No has traído nada para cubrirte de la lluvia?  
—Se arrepintió al instante. Pareció que la criticaba en lugar de compadecerla.

Y así es como Mellony se lo tomó. Las comisuras de la boca se le curvaron hacia abajo.

—¿Cómo iba a saber que se pondría a llover? —dijo—. Los magos no predijeron el tiempo.

—Si vas a la montaña, debes ir preparada por si acaso cambia el tiempo —dijo Raisa, incapaz de contenerse en su estado de agotamiento.

—Deberías llamar a Micah para que se adelante un poco —dijo Mellony con altivez—. A menudo salimos a cabalgar juntos. Él sabe como protegerse de la lluvia.

—El hecho de que sepa cómo hacerlo no significa que sea una buena idea usar la magia para tal fin —dijo Raisa, sintiéndose culpable al recordar a Han secándole la capa en Vado de Oden—. Deberías tener cuidado en dejar que los magos hechicen tu persona.

—Vaya quien fue a hablar —le espetó Mellony, haciendo un mohín—. Cuando resulta que te has presentado enredada en un truco de mago.

Eso sonaba demasiado a las palabras de lord Bayar.

Esto no iba bien.

Antes de que Raisa tuviera tiempo de preguntárselo, Amon Byrne ralentizó el paso y se acercó con su caballo. Cubrió los hombros de Mellony con su gruesa capa de la guardia, y después se avanzó de nuevo para dejarles intimidad.

El protector de la dinastía.

Habían dejado atrás las laderas de la Montaña de Marianna y ahora cruzaban el Valle, relativamente llano, donde hacía mejor tiempo y la lluvia se había reducido a una molesta llovizna. Sin embargo, el camino presentaba algunos peligros: grandes charcos que escondían inmensos cráteres en la superficie.

Esto se tiene que arreglar, pensó Raisa, como todo lo demás. ¿De dónde sacaremos el dinero?

—Por cierto, ¿dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Mellony—. Creíamos que estabas muerta. —Parecía como si Raisa le hubiera jugado una mala pasada al estar viva.

—La mayor parte del tiempo he estado en Vado de Oden —dijo Raisa—. Asistiendo a las clases de la academia.

—¿Ibas a la escuela? —exclamó Mellony, levantando las cejas—. ¿Huiste para ir a la escuela? —dijo, como si fuera algo inconcebible.

Raisa miró a su alrededor, recelosa de tratar ese tema en medio de tantos ojos y

oídos cercanos.

—Allí hay unos profesores maravillosos, y hay estudiantes de los Siete Reinos. He aprendido muchas cosas. —Entonces se le ocurrió una idea—. Tú también podrías ir —dijo—. Podrías estudiar lo que más te guste. Creo que deberíamos enviar a más alumnos a la academia. No solamente magos.

Mellony abrió los ojos alarmada.

—¿Ahora que has vuelto piensas hacerme marchar a mí? —La voz se le quebró.

—No, no —dijo Raisa rápidamente—. Si tú no quieres ir, claro que no. Solo he pensado que sería una buena oportunidad para ti. Cuando regresaras, podrías formar parte de mi consejo. Voy a necesitar consejeros de confianza.

—A mí me encantan mis profesores y tutores —dijo Mellony, alzando la voz—. Me encanta estar en la corte. ¿Por qué querría irme a otro lugar?

Me encantaría volver a Vado de Oden, pensó Raisa. Este es un error que cometo constantemente, pensar que a Mellony le gusta lo mismo que a mí.

Ha cambiado durante el tiempo que he estado fuera, pensó Raisa. Antes, siempre confiaba en su personalidad alegre y poco complicada. Ahora parece enfadada, desconfiada y resentida.

Trece años es una edad difícil, pensó Raisa. Ha pasado un año muy difícil y una semana terrible.

—No importa. —Raisa puso una mano sobre el hombro de Mellony—. Vamos, no discutamos el día del entierro de nuestra madre.

—Es culpa tuya que esté muerta —dijo Mellony, deshaciéndose de la mano de Raisa.

Esto avivó en Raisa las llamas de la culpabilidad. Y agotó la poca paciencia que le quedaba.

—¿Cómo puedes decir esto? —preguntó, olvidándose de bajar la voz.

Amon miró hacia ellas, con las cejas alzadas y los labios tensos. Entonces fue Han el que espoleó a su caballo para acercárseles.

—Alteza, vos y la princesa necesitáis un poco de intimidad. Tengo el poder casi agotado, pero creo que me las arreglaré. —Tocó su amuleto, hizo un gesto y descendió una cortina de silencio que bloqueó el sonido a su alrededor.

Tensó las riendas de su caballo para quedarse de nuevo rezagada, siguiéndolas a una distancia respetuosa.

Mellony alzó la barbilla como diciendo «¿Lo ves? Tú también tienes a tus magos». Pero lo que dijo fue: —¿Es verdad que es un ladrón y un asesino?

«Tal vez», Raisa estuvo a punto de contestar. O, «probablemente». Pero dijo:

—Antes sí. Era señor de la calle en el Mercado de los Harapos.

—Un señor de la calle mago —dijo Mellony, secándose la lluvia de la punta de la nariz—. Muy romántico, en cierto modo.

—Dudo que él lo describiera de esta forma —dijo Raisa—. Además, no se convirtió en mago hasta después de haber dejado la calle.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se convirtió en mago? —dijo Mellony—. Los magos nacen, no se hacen. A menos que lord Bayar tenga razón y haya hecho algún tipo de trato con el Quebrantador. —Se estremeció—. ¿Crees que eso es posible?

—Si hizo un trato, fue un mal negocio —dijo Raisa—. Y sé por experiencia que es mucho mejor comerciante que eso.

—Es muy guapo —dijo Mellony—, en cierta forma, parece malvado. Nunca he visto a ningún otro hombre con unos ojos azules como los suyos. Y la manera que tiene de mirar a la gente, casi antinatural, como si te viera a través de la ropa. Y así todo vestido de negro, con el pelo...

—Mellony —dijo Raisa suavemente. Encantador o no, ella quería dejar a un lado el tema de Han Alister, teniéndolo tan cerca. Las cosas ya estaban bastante complicadas—. Me estabas hablando de mamá. De que es culpa mía que muriera.

Mellony se quedó en silencio un largo rato, tanto, que Raisa pensó que ya no le iba a contestar.

—A mamá se le rompió el corazón cuando te fuiste —dijo Mellony al final—. Se echaba la culpa a sí misma. Creía que lo tendría que haber previsto y haberlo evitado. Apenas comía ni dormía, y cada vez estaba más delgada y con más ganas de llorar. —Mellony miró a Raisa—. De modo que todos estábamos tristes y preocupados mientras tú te lo pasabas en grande en Vado de Oden.

—¿Qué yo lo pasaba en grande? ¿Tú sabes lo duro que he trabajado? —Mientras Raisa decía esto, sabía que no estaba siendo honesta. A pesar de todo, se había divertido allí.

Mellony entornó los ojos.

—Eres una defensora del trabajo duro, y tú lo sabes —dijo—. Siempre tenías que trabajar más duro que nadie, ya fuera en los trabajos de la escuela, en la caza o en cualquier otra cosa. Siempre tenías que hacer que todo el mundo se sintiera mal.

Todo el mundo, claro está, significaba Mellony.

Era el momento de decir la verdad.

—¿Mamá te dijo la razón por la que me fui? —dijo Raisa, acercándose un poco más a su hermana.

Mellony asintió.

—Dijo que te habías enamorado del cabo Byrne. —Apuntó con la barbilla hacia Amon, que cabalgaba delante de ellas—. Mamá me dijo que habías huido cuando ella insistió para que te casaras con otro. —Entonces levantó la barbilla con aire desafiante—. Y resulta que el cabo Byrne también estaba en Vado de Oden. ¿Qué oportuno, verdad?

—Esto no es verdad —susurró Raisa, picada—. No me fui para estar con Amon Byrne.

—¿De veras? —dijo Mellony, levantando una ceja—. ¿Me estás diciendo que mamá era una mentirosa?

Raisa apretó los labios para evitar que le salieran las palabras. No quería hablar



mal de una persona muerta. Sin embargo, quería decirle la verdad a Mellony. Estaba cansada de mentiras, cansada del malestar y la desconfianza entre ellas.

—De todos modos, nunca pareciste tener interés en casarte —insistió Mellony—. Siempre dijiste que querías besar a un montón de chicos antes de quedarte con uno.

Bueno, sí. Raisa había dicho eso.

—No estoy diciendo que mamá fuera mentirosa —dijo Raisa, diplomáticamente—. Lo que estoy diciendo es que no te dije toda la verdad. Sí, me fui cuando insistió para que me casara con otro. ¿Y sabes quién era ese otro?

—Ahora ya no importa —dijo Mellony, mirando hacia delante como si de alguna forma supiera que no le gustaría oír lo que Raisa se disponía a decirle—. Te fuiste, y mamá murió. —Hincó los talones en los ijares de su caballo, con la intención de seguir adelante y alejarse, pero Raisa cogió la brida de su caballo.

—Era Micah Bayar —dijo Raisa—. Mamá quería que me casara con Micah Bayar.

Mellony sacudió la cabeza, salpicando de agua en todas direcciones.

—No —dijo—. Eso es imposible.

—Es posible porque es verdad —dijo Raisa.

—No —repitió Mellony—. Micah nunca...

—Micah estaba dispuesto —dijo Raisa—. Pero yo no.

Mellony miró a Raisa, con las lágrimas inundándole sus ojos azules.

—No te creo —dijo, y salió disparada con su caballo, espoleándole hasta que estuvo lo bastante lejos como para no continuar la conversación.

Bueno, pensó Raisa, eso pasa por decir la verdad.

Alguien debió de mandar un pájaro a la Marca de los Páramos, o tal vez unos jinetes con los caballos descansados se les habían avanzado y habían llegado antes a la capital, ansiosos de ser los primeros en anunciar el regreso de Raisa. O tal vez *Gata Tyburn* también había organizado su recibimiento. Fuera como fuese, la cuestión es que la noticia llegó antes que ellos y, cuando entraron en la capital, el Camino de las Reinas estaba abarrotado de gente a ambos lados que gritaba y agitaba pañuelos y fulares.

Aunque el camino era ancho, la multitud estaba apiñada y se acercaba para tocar a su princesa. La guardia reforzó su perímetro, y Amon y Han se colocaron a ambos lados de Raisa, utilizando a los caballos para evitar que nadie se acercara demasiado mientras la Guardia de la Reina se abría camino hacia el castillo.

Para vergüenza de Raisa, algunos de entre la multitud empezaron a maldecir y a abuchear a los Demonai, llamándoles cabezacobrizas, ladrones de bebés y cosas peores. No estaban acostumbrados a ver en la ciudad a gente de los clanes en grupos numerosos.

Dulce Hanalea encadenada, pensó Raisa. Debo encontrar la manera de unir a mi

pueblo: los magos, los habitantes del Valle, los clanes. Gastamos demasiada energía peleándonos los unos con los otros. Esto nos hace vulnerables.

Hablando de vulnerables, deslizó el dedo dentro de la bolsa que llevaba en la cintura, sacó el anillo talismán de los lobos y se lo puso de nuevo en el dedo. Parecía poco probable que se produjera algún ataque de los magos entre su posición actual y el castillo, pero se sentía más segura con el anillo puesto.

A lo lejos, Raisa podía ver las torres brillantes del castillo de la Marca de los Páramos asomando por encima de los edificios, una imagen que le llegó al corazón. Habían pasado tantas cosas desde la última vez que las había visto. Pero decidió dejar las lamentaciones atrás. Aprende de todo esto, pensó, pero no gastes energía en lo que ya no puedes cambiar.

Era maravilloso estar en casa. Miró a su alrededor, absorbiendo los detalles que hacía tanto tiempo que no veía: las callejuelas serpenteantes, los escalones que se habían construido en los callejones empinados de la parte exterior de la ciudad, el acento de los norteños aclamando a su alrededor y, sí, el olor de col cociéndose y el de la leña quemándose y la suciedad que corría por las cunetas.

Respiró profundamente y exhaló el aire, dejando que sus hombros se hundieran un poco, aliviados, deseando ya un baño caliente y una buena comida norteña. En ese momento, Raisa vislumbró un movimiento sobre el tejado de un edificio que había delante. Una silueta negra se movía de forma ágil y sinuosa. Se quedó inmóvil y apuntó cuidadosamente. El instinto hizo que Raisa se inclinara abajo y a un lado para no ofrecer un blanco fácil. Abrió la boca para lanzar una advertencia.

Amon maldijo y se abalanzó sobre ella cuando algo parecido a un puñetazo le golpeó el centro del pecho, provocando que Raisa casi cayera de la silla y se le llenaran los ojos de lágrimas.

Entonces se produjo un alboroto. Antes de que Raisa supiera qué estaba pasando, Amon ya la había sacado de la silla, la había sentado en la suya y se inclinaba sobre ella de modo que su cuerpo le hiciera de escudo.

—¡Abran paso! —gritó, con una voz ronca y poco habitual, espoleando a su caballo al galope, dispuesto a pasar por encima de cualquiera que no se apartase de su camino.

Los ladrillos y las tejas pasaban volando mientras una ráfaga de destello de mago caía sobre el tejado donde había el arquero. Era Han Alister, disuadiendo cualquier posible segundo intento.

—¡Mellony! —exclamó Raisa—. ¡Vigila que mi hermana esté a salvo!

Vio destellos de color azul a cada lado, olió el aroma acre de las llamas de mago, oyó gritos de órdenes y el sonido vibrante de los arcos. Llegaron galopando a las calles más amplias y rectas cercanas al castillo, y traspasaron la puerta del recinto.

Aun así, Amon no ralentizó la marcha. Raisa olía el foso del castillo y oía el ruido hueco de los cascos del caballo sobre la madera mientras cruzaban el puente levadizo a toda prisa. Pasaron bajo el rastrillo y entraron al patio de armas del castillo de la

Marca de los Páramos.

El rastrillo se cerró detrás de ellos.

Raisa estaba en casa.

Levantó la cabeza, girándose un poco para mirar. El patio estaba lleno de casacas azules y de caballos. Con gran alivio, vio que Mellony estaba allí, todavía a horcajadas sobre su caballo, vigilada por Mick Bricker. Estaba pálida como un pergamino, pero aparentemente ilesa.

Han y su amigo Bailarín de Fuego estaban bajo el arco que llevaba al puente levadizo, sujetando sus amuletos como si tuvieran que enfrentarse a una terrible horda de asesinos.

—¡Llamad a un curandero! —gritó Amon, en la oreja misma de Raisa—. ¡Han disparado a la princesa heredera!

Raisa pasó una mano por la armadura, justo por debajo de la clavícula. Estaba abollada y perforada por una parte, pero la había protegido de la flecha del asesino, si es que se trataba de eso. La flecha debió de caer en la calle.

Raisa intentó soltarse de Amon.

—Francamente, Amon, no creo que...

Una voz familiar protestó.

—¡Capitán Byrne! ¡Déjemela a mí!

Era Magret Gray, que ya había desmontado y se había quitado la capa empapada por la lluvia. Magret abrió los brazos y Amon descendió a Raisa hasta ella. Raisa miró a Magret a la cara, llena de lágrimas, grabada con nuevas arrugas de dolor.

¿Eran nuevas, o era que nunca se había fijado?

El pelo de Magret era más gris que antes, y lo llevaba recogido con su habitual trenza, que le llegaba hasta la cintura. Cuando Raisa era pequeña solía cogerse de esa trenza mientras se chupaba el dedo cuando necesitaba consuelo.

Entonces apareció la cara de Mellony junto a Raisa, llena de lágrimas y aterrorizada.

—Raisa —susurró—. Lo siento. Por favor, no mueras tú también.

—No tengo intención de hacerlo, por lo menos a corto plazo —dijo Raisa—. Magret, por favor, déjame en el suelo. Estoy bien, solamente algo magullada.

Pero los brazos de Magret eran tan difíciles de sortear como los de Amon.

—Vamos a entrarla en la fortaleza —dijo Amon—. Kiefer, quiero una docena de guardias en la puerta. Talia, ve al sanatorio y trae a lord Vega, deprisa. Mick y Hallie, coged a una tría y salid a ver si podéis localizar a los arqueros. Pero tened cuidado.

Los guardias salieron en todas direcciones, como una explosión de uniformes azules.

—Yo les ayudaré —dijo Averill, con los ojos brillantes de ira—. Conozco muy bien las calles.

—No —dijo Amon, negando con la cabeza—. Depende de quien esté detrás de esto, usted también podría ser un objetivo. Preferiría tenerlo aquí cerca, por ahora.

Averill se dispuso a protestar, pero Nightwalker dijo: —Iré yo, Lightfoot. Mis guerreros están fuera del recinto y conozco las calles tan bien como tú.

—El arquero que me disparó estaba en el tejado de Casa Kendall —le dijo Raisa—. La flecha debe de estar en la calle, cerca de donde me atacaron. Tal vez eso podría darnos una pista.

Nightwalker asintió, con una expresión severa y resuelta.

—Le encontraremos, Alteza. —Pasó por delante de Han y Bailarín y desapareció bajo el arco entre la creciente oscuridad.

Magret se dirigió a zancadas hacia la fortaleza, todavía llevando a Raisa en brazos.

—Magret, déjame en el suelo —dijo Raisa, exasperada—. Por favor, créeme. Solamente tengo algunas magulladuras. Ya me han disparado antes, y conozco la diferencia.

En ese momento, Han se volvió para mirarla, con una sonrisa de alivio. Era la primera sonrisa sincera que le había visto en mucho tiempo, superpuesta en un rostro demacrado por la preocupación.

—Byrne, tenemos que preparar mucho mejor la protección de la reina —dijo—. Antes de que nos demos cuenta, estará enseñando sus viejas cicatrices de batalla a sus amigas cada vez que esté borracha. Eso no hará ningún bien a nuestra reputación.

Amon asintió sin sonreír.

—Estoy de acuerdo. Debemos hacerlo mejor, y lo haremos. —Se volvió hacia Raisa—. Creedme, Alteza —dijo, tan obstinado como siempre. Hizo un gesto con la cabeza a Magret—. Llévela dentro.

## Acuerdos y desacuerdos

Era inútil decir que no a Magret Gray. La antigua niñera de Raisa la llevó a uno de los salones de la primera planta del palacio. Allí le quitó la armadura y el acolchado, y la tumbó en uno de los sofás, tapada con una manta. Aplicó un paño helado sobre el hematoma morado que Raisa tenía sobre el pecho derecho.

El curandero de la corte, Harriman Vega, un mago, llegó con cuatro ayudantes. Han Alister iba detrás de ellos y se quedó al lado de Raisa, con los brazos cruzados.

Lord Vega frunció el ceño a Han.

—Espérese fuera, por favor, mientras examino a Su Alteza —dijo con voz altiva y arrogante.

Han negó con la cabeza.

—Me quedo —dijo, inmóvil como una piedra—. Después de lo que ha pasado, el capitán Byrne no está dispuesto a confiar en nadie. Le he prometido que no me movería de su lado.

¿Y él confía en ti?, pensó Raisa. Esto ya es diferente.

Magret estaba de pie, con las manos en las caderas, mirando a Han con franca hostilidad.

—Alteza, por favor —dijo lord Vega—. Probablemente no queréis que este joven esté aquí mirando mientras...

—Se queda —dijo Raisa, suspirando. Así de pasada me acostumbro a no tener intimidad, pensó.

Sin embargo, no pudo evitar sonrojarse cuando lord Vega le desató el cordón del cuello y le bajó la camisola. El curandero intentaba poner su cuerpo entre Han y Raisa, pero Han se movió lo suficiente como para ver las manos del curandero y escuchar los hechizos que pronunciaba. Su expresión era tan impasible como uno de los rostros de piedra de Hanalea.

Todos los ayudantes de Vega echaron un vistazo.

—Como podéis ver —dijo el curandero a sus ayudantes, sin dejar de impedir que la viera Han—, la flecha no ha tocado la piel, de modo que, aunque estuviera envenenada, no supondría ningún peligro para la vida de la reina. Por lo visto, la armadura ha parado el proyectil, aunque el impacto ha causado un considerable hematoma. —Miró a Raisa—. ¿La flecha ha sido lanzada desde una distancia corta?

Ella asintió.

—Diría que no más de cinco o seis metros.

—Entonces habéis tenido suerte de llevar esta armadura, Alteza —dijo Vega. Levantó la armadura de Raisa y la sospesó en sus manos mientras examinaba la

abolladura causada por la flecha—. Es ligera, pero tiene poder mágico para resistir cualquier golpe. Supongo que es obra de los cabezacobrizas.

—Es obra de los clanes —dijo Raisa. Y tal vez también de brujería, pensó. Debo darle las gracias a Bailarín de Fuego por haberme salvado la vida.

—Observad —dijo lord Vega a sus ayudantes. Puso sus manos sobre el hematoma y pronunció un hechizo. Han se inclinó adelante y acercó la cabeza para poderlo oír, ignorando completamente la mirada de Vega.

Al cabo de unos segundos, el dolor en el pecho de Raisa había cedido un poco y la inflamación había disminuido.

—Gracias, lord Vega —dijo Raisa, moviendo los hombros para comprobar su capacidad de movimiento—. Esto es impresionante. Espero que usted no tenga demasiados efectos negativos.

—Es mi vocación, Alteza —dijo Vega con modestia—. Por supuesto debo pagar un precio personal, pero sacrificaría con mucho gusto mi salud por la vuestra.

Raisa no pudo evitar mirar a Han, que casi había sacrificado su vida por ella. Y tal vez ahora se arrepentía.

Lord Vega y sus ayudantes también examinaron la cicatrización de la herida causada en la espalda por la emboscada en el Paso de los Pinos de Marisa. A ese paso, coleccionaría más cicatrices que Han Alister.

—¿Puedo preguntaros cómo fue curada esta herida, Alteza? —preguntó lord Vega, pasando sus fríos dedos por su espalda. Este mago era muy bueno controlando cualquier fuga de poder, por lo menos en comparación con Han y Micah.

O tal vez era que la presencia de Han le hacía sacar lo mejor de sí mismo.

—Me curaron en el Campamento de los Pinos de Marisa —dijo Raisa—. Willo Watersong, una curandera de los clanes.

—Está cicatrizando bien —dijo Vega a regañadientes, examinando la herida—. Aunque no recomiendo que la gente vaya a buscar tratamiento a los campamentos excepto cuando se trate de una emergencia. Es difícil predecir el efecto que pueden tener las hierbas que utilizan. Y no solo eso. Una vez que los cabezacobrizas han intervenido en una enfermedad o lesión, es posible que un mago formado en la academia lo tenga más difícil para diagnosticar y tratar el problema.

—Lo tendré presente —dijo Raisa, poniendo de nuevo los brazos en la camisola y abrochándose el cordón del cuello. Magret cubrió sus hombros con un chal grueso, como para proporcionarle una cobertura adicional.

—¿Algo más? Creo que me gustaría descansar. —Miró significativamente hacia la puerta.

—Volveré por la mañana para examinaros de nuevo —dijo lord Vega. Entonces miró a Magret—. Bien. Si detecta algún cambio en el estado de la reina, si hay algo que le preocupa, no intente solucionarlo usted. Mande a un sirviente al sanatorio a buscarme.

—Lo haré, señor —dijo Magret—. Gracias, señor.

Lord Vega y sus ayudantes salieron de la sala, hinchados de la importancia que se daban a sí mismos.

—Vaya imbécil presumido —dijo Magret, cuando el curandero ya no podía oírla—. Claro que no puedes tirar una piedra sin tocar a un mago imbécil presumido.

Raisa sonrió al ver que Han miraba a Magret muy sorprendido.

—Magret, te presento a Han Alister —dijo—. Han, ésta es mi niñera, Magret Gray.

Magret entrecerró los ojos.

—¡Alister! —Sus ojos se desviaron hacia las muñecas de Han, y después volvieron a su cara—. ¿El líder de banda y asesino?

—¡Magret! —Raisa levantó la mano—. Alister es...

—Era —interrumpió Han, encogiendo los hombros—. ¿Usted es una Gray de Pearl Alley?

Magret lo miró siniestramente, con las manos aún clavadas en las caderas.

—Era —dijo Magret—. ¿Qué está haciendo aquí, Alteza? —preguntó, sin quitar los ojos de Han, como si fuera a echársele encima.

—Se quedará aquí en palacio —dijo Raisa—. Es como... mmm... una especie de guardaespaldas.

—No —dijo Magret—. No se puede quedar en palacio. Él no. —Sus ojos se fijaron en el amuleto que colgaba del cuello de Han, y dio un paso atrás, levantando las manos como para defenderse—. Es bastante guapo, he de reconocerlo, pero es un demonio, Alteza. Lo digo de verdad.

Raisa miró a Magret y a Han.

—¿De qué estás hablando? ¿Es que acaso os conocéis?

Han no quitaba la vista de Magret.

—Doncella Gray —dijo suavemente—. Siento lo de Velvet.

—¡No lo llames así! —gritó Magret—. No lo llames así. Él se llamaba Theo. Theo Gray.

—Siento lo de Theo —corrigió Han.

Velvet. Raisa recordó al chico del abrigo de terciopelo que estaba con *Gata Tyburn* el día que Han la rescató de los harapientos. Era el consumidor de *razorleaf* que había intentado robarle.

Están todos muertos, había dicho Han. Todos los harapientos excepto Gata.

—Debería haber visto que eras un mago —dijo Magret—. Es la única manera de explicarlo, el hecho de que se lanzara a la calle de la forma que lo hizo. Era un buen chico hasta que tú lo cazaste y lo apartaste de su familia.

Inconscientemente, Magret había caído en el mismo tipo de jerga que usaba Han. O solía usar.

—¿Quién era Vel... Theo? —preguntó Raisa a Magret.

—Era el hijo de mi hermano —dijo Magret—. Mi sobrino. Mi hermana murió de fiebre. Yo lo crié hasta que cumplió los cuatro años. Después se fue con su padre, que

lo tomó como un mendigo de la calle.

A Raisa le vino un recuerdo a la memoria: ella jugando con piezas de construcción junto a un niño de su edad cuando tenía tres o cuatro años. Un niño que de alguna forma era de Magret, aunque ella nunca se había casado.

—Entonces cayó en manos de Pulseras y su banda —prosiguió Magret—. Y empezaron los robos, los hurtos y el *razorleaf*.

—Se moría de hambre —dijo Han—. Su padre desapareció y mendigaba él solo, pillando alguna cosa de vez en cuando. Primero se juntó con las Ratas de Río. Más adelante vino conmigo, después de que los sureños tomaran el control de su territorio.

—Podría haber vuelto conmigo —dijo Magret—. Lo tendría que haber hecho. Pero tú lo hechizaste. Tú, demonio con el pico de oro. No lo dejó ni cuando se lo supliqué.

—Cuando vino conmigo ya consumía *razorleaf* —dijo Han—. Son muy pocos los que son capaces de dejarlo. No es culpa suya que no pudiera salvarlo.

—Tienes razón, no es culpa mía —dijo Magret, irguiéndose y hablando con desprecio—. Es culpa tuya.

—Magret —dijo Raisa amablemente—. Han hace más de un año que ha dejado ese mundo.

—Mi Theo fue torturado, matado y quemado por la magia —dijo Magret, sin dejar de mirar a Han—. Tú eres mago. No intentes decirme que no sabes lo que le pasó.

—No trato de decirle esto —dijo Han, con sus ojos azules clavados en la cara de Magret—. Sé perfectamente lo que le pasó. Le mataron unos magos que me buscaban a mí. De modo que fue por culpa mía, pero nunca fue mi intención. —No estaba dando excusas, ni siquiera intentaba defenderse.

Magret se levantó, con los puños prietos a cada lado del cuerpo, mirándole, con la boca sellada como si intentara evitar que le salieran las palabras.

—Si quiere saber más cosas, conozco a una chica que era su señor de la calle en esa época —dijo Han—. Le diré que venga a hablar con usted.

—No quiero tu ayuda —dijo Magret bruscamente—. No quiero hablar con ratas de alcantarilla. Quiero que te vayas para que pueda ver a la princesa Raisa en paz.

Todos se sobresaltaron y se volvieron cuando Amon Byrne llamó a la puerta.

—Alteza —dijo en tono de disculpa—. Perdonad que os moleste, pero la puerta estaba abierta, así que...

—Pasa, Amon —dijo Raisa, aliviada de poder suavizar un poco la tensión que se respiraba—. Estoy bien. La armadura de Bailarín me ha salvado la vida. ¿Has descubierto algo?

Amon echó un vistazo al pasillo, después cerró la puerta cuidadosamente y cruzó la sala hasta llegar al lado de Raisa. Sujetaba una flecha de ballesta con el dedo pulgar y el índice, con la punta envuelta en muselina.

—Nightwalker ha encontrado esto. Con este punzón en la punta, estaba pensada



para agujerear la armadura y mataros. Es corriente como la mala hierba en los márgenes de un camino, excepto que —agitó la flecha— esta contiene veneno en la punta. Me gustaría mostrársela a Willo para ver si cree que puede tratarse del mismo veneno que usaron la otra vez.

—Buena idea —dijo Raisa en tono seco—. Estaría bien saber si es la misma gente la que intenta matarme, o si se trata de un grupo totalmente distinto.

—Parece que quien lo hizo disparó una sola vez asegurando el objetivo y huyó —dijo Amon—. Los guardias y los guerreros Demonai todavía rastrean la ciudad, aunque no soy optimista.

Raisa observó a Magret. Su niñera estaba mirando a Han y sacudiendo la cabeza, con un dedo sobre sus labios.

—Magret —dijo Raisa, agotada—. Te guste o no, Han está aquí para protegerme. Ya me ha salvado la vida una vez, quizá dos. Debemos confiar en él. Necesitamos a alguien con el don, teniendo en cuenta lo que está pasando con lord Bayar y el Consejo de Magos.

—Hablando de los Bayar, Micah está fuera —dijo Amon—. Ha estado esperando más de una hora, y no aceptará un no como respuesta. Insiste en veros para comprobar que estáis viva y estáis bien. Hayden Bailarín de Fuego le está haciendo compañía. —Sonrió débilmente, la primera sonrisa que Raisa le veía desde hacía tiempo.

—Voy a decirle que no, y no pienso ceder —gruñó Magret, dirigiéndose hacia la puerta—. Ese despreciable confabulador y maquinador... —Parecía satisfecha de tener a otro mago al que dirigir su ira.

—No —dijo Raisa, levantando la mano para detener a Magret—. Déjale pasar. Tal vez descubramos algo con su reacción, podremos ver lo que sabe.

Han se enderezó, y él y Amon intercambiaron miradas. Raisa los examinó, frunciendo el ceño. Algo había cambiado entre ellos, algún tipo de barrera había desaparecido. Ahora casi parecían conspirar juntos. Y no estaba segura de que eso le gustara.

—¡No iré a recibirlo en camisola, Alteza! —dijo Magret, escandalizada.

—Oh, vamos a acabar con esto de una vez —gruñó Raisa.

—Está bien. Voy a buscarlo, Alteza. —Amon salió de nuevo.

—No voy a recibirle tumbada como si fuera una inválida —dijo Raisa. Se levantó de la cama, poniendo sus pies desnudos en el suelo. Envuelta en la manta, se sentó en la silla que había al lado de la cama. Magret tiró de la manta para cubrir los hombros de Raisa y así tajarla lo más posible.

Han estaba de pie detrás de la silla, con las manos apoyadas en cada lado del respaldo. A Raisa se le erizaba la piel al notar que estaba tan cerca.

—Debería volver a vestirme —gruñó Raisa, intentando ignorar lo que le pasaba—. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Alteza, no merece la pena. Cuando estos magos se vayan, me la llevaré arriba

para que se tome un buen baño caliente —prometió Magret.

Al cabo de unos instantes, llegó Amon de nuevo, con Micah y Bailarín. Había una expresión severa y enojada en la boca de Micah, y rigidez en su postura.

Al ver a Han, se detuvo en el umbral de la puerta, mirando a Raisa con su manta y a Han como si no pudiera creer lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alister? —preguntó—. No me lo podía creer cuando te he visto cabalgando hacia el funeral, vestido como una especie de príncipe. ¿Cómo has llegado a involucrarte con la princesa heredera? —Miró a Raisa—. ¿Sabéis quién es? ¿Sabéis lo que ha hecho? Es un asesino, un ladrón...

—¡Sul'Bayar! —dijo Raisa—. Creí que venías a interesarte por mi estado de salud, no para insultar e interrogar a mi guardaespaldas.

—¿Vuestro guardaespaldas? —Micah miró a Han de arriba abajo, sacudiendo la cabeza lentamente—. ¿Él?

—Efectivamente —dijo Raisa, perdiendo la paciencia—. O lo aceptas o te vas. —Dulce Hanalea encadenada, pensó, estoy tan cansada de los magos.

Micah cerró los ojos y respiró profundamente, después exhaló el aire, dominándose de la manera que solía hacer.

—Como vos deseéis, Alteza —dijo, con una sonrisa forzada—. Ya lo he aceptado.

Se acercó y se arrodilló delante de Raisa. Al levantar la cabeza, sus ojos negros la escudriñaron, fijándose en cada detalle. Como si estuviera contando cada corte, hematoma y cicatriz de su cuerpo.

—Raisa —dijo—, ¿de veras te encuentras bien? —Quiso acercarse para cogerle las manos, pero ella las apartó, fuera de su alcance. Detrás de ella, Han cambió el peso de pierna, y Raisa supo sin mirar que había cogido su amuleto. Amon se acercó a Micah, con la espada preparada en la mano.

—No te acerques, Micah —dijo Raisa, levantando las dos manos y mostrando sus palmas—. Ya estoy lo bastante nerviosa. Y no tengo ningún motivo en absoluto para confiar en ti.

El dolor cruzó la cara de Micah, pero puso sus manos sobre sus rodillas, a la vista de todos.

—Por supuesto —dijo—. Solo quería verte, ver con mis propios ojos que estabas bien. ¿No estás herida? ¿No te has hecho nada?

Raisa negó con la cabeza.

—No. He tenido mucha suerte.

—Sí. Tienes razón. —Micah miró a Han y a Amon casi acusadoramente, y después volvió a mirar a Raisa—. No te imaginas el alivio que he sentido cuando te he visto aparecer en el funeral.

—¿De veras? —La voz de Raisa era fría e indiferente—. ¿Te has sentido aliviado?

Micah juntó las cejas e inclinó la cabeza.

—Bueno, sí, por supuesto. La última vez que te vi estabas en medio de una escaramuza.

—Exacto —dijo Raisa—. Y tú me llevaste allí. ¿Cómo os las arreglasteis tú y Fiona para escapar? ¿Y los Mander?

—Pudimos recuperar nuestros amuletos —dijo Micah—. Después, fue relativamente fácil ocultarnos. —Se encogió de hombros—. Si he de ser sincero, el príncipe Gerard parecía mucho más interesado en encontraros a vos, Alteza. Él se dirigió hacia el oeste, a Tamron, mientras que nosotros nos fuimos hacia el norte. Cuando llegué a casa y descubrí que vos no habíais vuelto, no supe qué pensar.

—E inmediatamente te buscaste a alguien con quien casarte —dijo Raisa—. No tenía ni idea de que estabas tan decidido a sentar cabeza.

—Soy tan prisionero de la familia y la política como vos —dijo Micah—. Pero eso no impidió que me preocupara por si os había pasado algo. Pensé que tal vez Montaigne os había capturado, o que estabais atrapada en Tamron.

—Sí, algo me pasó —dijo Raisa—. De camino a casa, fui atacada y casi me matan en el Paso de los Pinos de Marisa.

—¿Atacada? —Micah sacudió la cabeza lentamente, como si lo negara. Micah era un actor consumado, pero Raisa pensó que su sorpresa era genuina.

—Sí, fui atacada por alguien que esperaba mi paso por ese camino.

Entonces Micah se inclinó hacia delante, poniendo toda la atención en ella.

—¿Quién fue? ¿Quién os atacó?

—No llevaban uniforme, pero parecían hombres de mi propia guardia —dijo Raisa.

Micah entrecerró los ojos.

—Entonces no fueron... —Hizo una pausa, cogió aire y lo exhaló—. ¿No fueron los cabezacobrizas? —A Raisa le dio la impresión de que cambió lo que iba a decir.

Bueno, yo puedo guardarme información igual que tú, pensó Raisa. Ella negó con la cabeza.

—Lo dudo —dijo Raisa—. Los sanadores de los clanes fueron quienes me curaron.

—¿Y entonces... los que os atacaron? —preguntó Micah, mirándole fijamente a la cara—. ¿Les han interrogado? ¿Sabéis por qué os atacaron? ¿Eran simplemente renegados, o...?

—Están todos muertos —dijo Raisa, encogiéndose de hombros pero observando a Micah atentamente a través de sus pestañas—. Supongo que nunca lo sabremos.

Micah se echó un poco atrás, con cara de decepción y de inquietud en lugar de alivio.

—Así —dijo—, han atentado contra vuestra vida dos veces en pocas semanas de diferencia. —Miró a Amon Byrne y a Han Alister—. ¿Y dónde estabais vosotros dos cuando esto ocurrió? ¿O es que solo aparecéis cuando los asesinos ya han huido?

Una vez más, Raisa notó que Han se movía detrás suyo, y sintió el calor de su

cuerpo a través de la piel. Parecía desprenderse de él en forma de ondas.

—Te lo ruego, Raisa, ten más cuidado —prosiguió Micah—. Está claro que tu soldado y tu llamado guardaespaldas no son suficientes para garantizar tu seguridad. No puedes seguir tentando a la suerte. Vivimos unos tiempos muy peligrosos.

—Fuiste tú el que me sacó de Vado de Oden —dijo Raisa—. Si no me hubieras secuestrado, todavía seguiría allí.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Micah—. ¿No crees que los que intentaron matarte lo habrían intentado otra vez?

—Tal vez tú lo sabes mejor que yo —dijo Raisa—. ¿Cuál es el plan, a partir de ahora? —Raisa se inclinó hacia delante, como si realmente esperara la respuesta de Micah.

Micah miró a Amon y a Han, y Raisa se dio cuenta de que odiaba mantener esa discusión ante aquel público en particular.

—Lo que hice en Vado de Oden fue por tu protección. Aunque las cosas hubieran ido de otra forma y te las hubieras arreglado para mantenerte en vida, si no hubieras regresado, la princesa Mellony hubiera sido nombrada princesa heredera, y ahora tal vez sería reina.

—Bueno, esto te habría ido como anillo al dedo, supongo, porque parece que mi hermana está enamorada de ti —dijo Raisa.

—Yo no voy detrás de tu hermana —dijo, poniéndose de pie—. Sólo te digo que vayas con cuidado, Raisa. Por favor. —Se inclinó—. Bienvenida a casa, Alteza. Volveré a visitaros. —Saludó con la cabeza a Han y a Amon—. Caballeros. No en el sentido estricto de la palabra, evidentemente.

Y se fue, dejando a Raisa más confundida que informada.

## Suelto por el castillo

El castillo de la Marca de los Páramos era como una pequeña ciudad que de forma inesperada resultaba familiar a Han. Los pasillos de los criados le recordaban los callejones del Mercado de los Harapos, donde podías recorrer largas distancias sin ser visto por la mayoría. Las salas de audiencias y los salones eran como las grandes plazas públicas, donde los sangre azules se congregaban para alardear y llamar la atención de sus rivales.

Han exploró el palacio y el recinto, grabándose en la cabeza tal como había hecho con el Mercado de los Harapos y Puente del Sur.

Fiel a su palabra, Raisa colocó a Han en una habitación al lado de la suya; las antiguas habitaciones de Magret. No tenía muchas opciones, porque su habitación estaba bastante aislada en una de las torres, debajo del jardín de invierno de la terraza.

El jardín de invierno que una vez fue lugar de encuentro de *Alger Aguabaja* y Hanalea, la reina guerrera.

Inmune a la desaprobación y el escándalo de Magret, Raisa resituó a su niñera en las habitaciones que había en la otra torre, a cierta distancia por el pasillo. La doncella recorría los pasillos a todas horas como un fantasma alto y majestuoso con un farol y una larga trenza gris.

Magret dejó bien claro que detestaba a Han, que le culpaba por lo que le había pasado a Velvet. Era una lástima, porque a Han le caía bien aquella doncella dura y sarcástica. Aún tenía la esperanza de ganársela, aunque tal vez se estaba engañando a sí mismo.

Raisa se opuso a la propuesta del Gran Mago y su consejo para que se trasladara a las habitaciones de su madre en el edificio principal del palacio. Les dijo que esto podía esperar hasta después de su coronación. Las habitaciones de la reina contenían demasiados recuerdos dolorosos como para trasladarse allí tan pronto. Además, ella tenía un apego sentimental a sus antiguas habitaciones. Y prefería llorar la muerte de su madre en reclusión, no siendo una carga para toda la corte. Además, probablemente querría redecorar la suite una vez hubiera superado un poco la pena, y sería mucho más fácil hacerlo si la habitación estaba vacía.

Tenía una docena de argumentos, y la historia cambiaba dependiendo del tipo de público que tenía.

Han admiraba su habilidad en política para decir que no y continuar diciendo que no, pero dando la sensación de que nadie deseaba un sí más que ella. Sin embargo, le sorprendió su decisión de querer quedarse donde estaba. Parecía que reclamar las habitaciones de la reina reforzaría la inevitabilidad de la coronación ante los que aún

tenían la esperanza de que se produjera un resultado diferente.

Por lo visto, las reticencias de coronar a Raisa como reina se habían evaporado de pronto después de su reaparición el día del funeral. Pero Han sabía que esto no duraría mucho. Incluso si Raisa sobrevivía a la coronación, un asesino podía asegurarse de que su reinado fuera corto.

Amon Byrne no quería correr riesgos. Mantenía a unos cuantos casacas azules de guardia frente a la habitación de Raisa, y la acompañaban a todas partes, aunque fuera dentro del castillo.

La habitación de Han era pequeña para ser de un palacio, ya que estaba destinada a un sirviente, pero para él era casi demasiado grande. Consistía en una alcoba y una habitación contigua para leer, y otra para invitados.

Había vivido la mayor parte de su vida compartiendo una única habitación con el resto de su familia. Ahora, aunque existieran tres Alister, cada uno dispondría de una habitación para él solo. Excepto cuando iban al retrete, la mayoría de las familias del Mercado de los Harapos lo hacían todo en una sola pieza: comer, dormir, trabajar, limpiar, morir, dar a luz o hacer el amor.

Los muebles de la habitación de Han eran macizos y adornados, como algunos de los que había en las partes más elegantes del Templo de Puente del Sur. La cama, en particular, era enorme, y Han se perdía en ella por el exceso de espacio y las pesadillas.

Estaba todo tan silencioso durante la noche que no podía dormir. Incluso con las contraventanas abiertas, lo máximo que llegaba a oír era el chapoteo del agua de la fuente del patio. Era casi un alivio cuando los amantes se reunían allí de hurtadillas bajo la luz de la luna, rompiendo el silencio con sus susurros, sus risas y sus suspiros.

Excepto que eso le producía dolor por lo que había perdido.

Intentaba distanciarse de Raisa. Se decía a sí mismo que no era más que otra sangre azul mentirosa que lo había usado y tirado; que pisoteaba a las clases bajas cuando se interponían en su camino. Él nunca llegaría a ser nada más para ella que una interesante diversión.

Pero en realidad no podía dejar de pensar en ella.

Hasta el momento, había estado a punto de perderla para siempre dos veces. Una en el Paso de los Pinos de Marisa, y la otra en el ataque que sufrió en el exterior de las puertas del palacio. Si no llega a ser por la armadura de Bailarín, habría muerto o estaría gravemente herida.

Recordó la entrada a la ciudad repetidas veces: el terrible dolor opresivo, el vacío en el lugar donde antes tenía el corazón, la evidencia de que había fallado de nuevo a la hora de proteger a una persona querida.

Era como meter el dedo en una llaga, verificando que no se había curado, recordándose a sí mismo su vulnerabilidad.

Y la de ella.

De modo que se había impuesto una tarea imposible.

No había ningún problema en protegerse a sí mismo, porque si fallaba estaba dispuesto a pagar el precio del fracaso. Pero ¿cómo podía mantener viva a Raisa si por lo que parecía había tantos enemigos dispuestos a matarla? ¿Cómo podría devenir lo bastante poderoso para poder cortejarla, para conseguir que Raisa lo tomara como un pretendiente de verdad? ¿Cómo podía convencerla de que le considerara como a un compañero, alguien con quien poder compartirlo todo?

Y ¿cómo podía hacer todo eso sin ponerla en más peligro aún? Las advertencias de Willo retumbaban en sus oídos.

Todavía no sabía las respuestas, pero tenía una cosa clara: no la pondría en peligro dando alas a un romance entre ellos hasta que no estuviera en posición de poderlo defender.

Raisa era muy inteligente en algunos aspectos, pero nunca había comprendido del todo cómo funcionaban las cosas entre los sangre azules y la gente de la calle. Nunca había tenido necesidad de hacerlo. Parecía que no se diera cuenta de que ante el mínimo indicio de romance entre ellos, los clanes y los magos se les echarían encima.

Han conocía bien las normas de su antiguo territorio. Aquí, si seguía sus instintos los dos acabarían siendo asesinados.

«Si no sabes adónde vas, nunca llegarás», solía decir el orador Jemson. Por lo menos ahora Han sabía adónde iba y con quién. Sólo tenía que encontrar su propio camino.

La primera «clase particular» con Raisa no había ido bien. La tensión que se respiraba era tan espesa que se podía cortar con un cuchillo. Raisa no paró de moverse, caminando de un lado a otro y hablando y gestualizando con las manos como si intentara llenar el abismo que había entre ellos.

Han se quedó sentado en la silla, con las manos aferradas al reposabrazos, escuchando cada una de sus palabras. Su imaginación divagó por ese tatuaje en forma de rosa que Raisa tenía en la clavícula, por su minúscula cintura, por sus ojos verdes sombreados por las espesas pestañas y las cejas oscuras que destacaban sobre su piel color de miel.

Era una tortura recordar su aroma de aire fresco y sus besos enérgicos. Había sido un placer besar a alguien que parecía disfrutarlo tanto como él.

Una puerta interior conectaba las habitaciones de Han con las de la reina, la cual permitía al criado que se suponía que vivía allí entrar y salir discretamente. Mientras atendía a Raisa en sus habitaciones, Magret la mantenía cerrada y agitaba la cerradura varias veces al día como advertencia al mago que estaba al otro lado.

Han controló la cerradura desde el primer día. Pero después tuvo que usar toda su autodisciplina para permanecer en su habitación y no traspasar la puerta.

Iba a buscarse el agua en el pozo que había en el patio, y comía en el comedor o se llevaba la comida de la cocina él mismo. Aunque quería encajar con los sangre azules, no iba a arriesgarse a comer o beber algo abandonado en el pasillo o que le hubiera servido un criado. Había demasiada gente que quería verle muerto, y

demasiados venenos de los clanes que se podían mezclar a la comida o a la bebida sin ser detectados.

Cada una de sus habitaciones tenía su propia chimenea. Darby Blake, el criado personal de Han, tuvo la idea de entrar cuando Han estaba fuera para reponer la pila de leña, llenar la jarra de agua y vaciar el orinal. Han tuvo que impedirselo porque había puesto hechizos en las puertas y en las ventanas para mantener alejados a los intrusos. Cualquiera podía amenazar, hechizar o sobornar a los criados. De modo que Han se traía su propia leña de una caja que había en el pasillo y dejaba el orinal fuera de la puerta cuando era necesario.

Darby siempre estaba allí, dispuesto a recoger el orinal como si se tratara de un privilegio o un regalo.

Para Han, vivir en el palacio se parecía mucho a vivir en el Mercado de los Harapos, rodeado de enemigos, con la muerte siempre en los talones. Solo que el palacio era más lujoso. Había varios comedores. Como en las tabernas, algunos eran para los sangre azules y otros para los menestrales. La comida siempre era buena y abundante, aunque probablemente hubiera gente en el reino que pasara hambre. Allí había comida disponible a cualquier hora del día o de la noche.

Su sala de estar tenía una terraza que daba al patio central del castillo. Las paredes de piedra proporcionaban un montón de asideros y de puntos de apoyo para un ladrón experimentado. Las paredes le llevaban al tejado, al jardín de invierno que había en él, y del tejado a cualquier otro lugar donde quisiera ir.

Han quedó impresionado por la cantidad de habitaciones que tenía el palacio, algunas de las cuales se utilizaban solo raras veces. Incluso después de varias semanas, había partes del castillo que todavía no había explorado, incluyendo la fortaleza de los Bayar. Seguro que tenían trampas para los intrusos, sabiendo que Han estaba en el castillo. Quería entrenarse más a detectar e invalidar los bloqueos mágicos y a eliminar los hechizos antes de aventurarse por allí. Y eso significaba que tenía que encontrar una manera de hacer las paces con Cuervo.

La proximidad de Han a la reina, y su posición evidente de favorito, le convertían en objeto constante de las habladurías de los criados. Al principio, las doncellas se quedaban inmóviles cuando pasaba cerca, y los chambelanes se daban con el codo y cerraban la boca cuando veían que se acercaba.

Su actitud hacia él era una mezcla de miedo, fascinación y orgullo por tenerlo allí. Su reputación como despiadado señor de la calle, ladrón y navajero jugaba en su contra en el palacio. A eso se le añadían las historias sobre el funeral de la reina Marianna, revueltas y ampliadas por los rumores de palacio.

¿Un mago salido del Mercado de los Harapos? ¿Habrás visto? Él era uno de ellos, pero no lo era. Los magos de verdad respiraban el aire enrarecido de Dama Gris y se movían en círculos de sangre azules. Los magos contrataban gente para dar órdenes a sus criados y no tener que hablar con ellos directamente.

Las reinas Lobo Gris eran conocidas por ser lujuriosas y audaces en cuestiones de



amor, y los criados suponían que Han era el juguete peligroso de la reina que pronto quedaría descartado por otro de más sumiso.

Han suponía que se habían hecho apuestas sobre cuánto tiempo duraría, y si se iría en silencio cuando llegara el momento. Él habría apostado, aunque no sabía las probabilidades que tenía. Solo los sangre azules parecían no darse cuenta de esas especulaciones. La idea de que la reina tuviera un romance con un ladrón les parecía más allá de toda comprensión. Al fin y al cabo, para él era una bendición, y tenía la intención de hacerla durar.

Han hizo un esfuerzo especial para congraciarse con los criados. Su madre había trabajado en palacio durante un tiempo, y sabía perfectamente lo poderosa que era la red palaciega subterránea, la cantidad de información que llevaba y cómo los cotilleos podían transformar a una persona.

Era generoso con las monedas cuando pedía favores al personal, y se aseguró de aprenderse todos los nombres y las historias personales. Dejó claro que los que le trajeran información sacarían un provecho. Y doblaba la recompensa cuando alguien buscaba información sobre él.

También dejó claro que cualquiera que intentara entrar en su habitación para crear problemas moriría de una forma terrible.

Han no sabía que las reinas trabajaban tanto, o por lo menos esta lo hacía. Tal vez la anterior reina no había hecho gran cosa durante el último año, o tal vez solo lo parecía. Raisa recorrió las fortificaciones de la ciudad, revisó el ejército de las Tierras Altas y asistió a oficios en los templos de todos los Páramos. Iba de reunión en reunión: con sus administradores, con el Consejo de la Reina, con los comités para hacer planes para la coronación. Algunas reuniones eran pura rutina, mientras que otras tenían que ver con proyectos que la misma Raisa estaba impulsando. No era fácil. Sus asesores no se ponían de acuerdo y, además, no había dinero.

Como guardaespaldas de Raisa, Han asistía a casi todas las reuniones. Tenía la esperanza de aprender algo útil: quién era quién y qué era qué. Pero se cansó, porque todo era hablar, hablar, hablar sin lograr nada. Estaba de pie en la mayoría de reuniones, vibrando como una cuerda punteada, impaciente por el hecho de estar perdiendo tanto tiempo.

Se le ocurrió que Raisa estaba muy sola. Por lo visto había muy pocas personas en la corte en las cuales la reina pudiera confiar. Incluso su padre, Averill, tenía un programa de actividades de los clanes que no se ajustaba con el suyo. Raisa siempre estaba en escena, ya fuera en recepciones o en recitales, o en una reunión con sus asesores financieros.

Una tarde, en una reunión con el Consejo de la Reina, se las arregló para pelearse con casi todos los miembros.

Estaban todos sentados alrededor de una mesa en su estancia privada (nombre que Han consideraba divertido dada la numerosa multitud que a menudo rondaba por allí). Como era habitual, Han estaba apoyado contra la pared, con la expresión más

implacable posible.

—General Klemath —dijo Raisa, levantando la barbilla de la forma que lo hacía siempre que buscaba pelea—, como los contratos con los cuerpos de mercenarios han vencido y se tendrían que renovar, quiero que despida a las brigadas extranjeras y las mande a casa.

—¿Mandarlas a casa, Alteza? —exclamó Klemath, con cara de asombro—. Vivimos unos tiempos peligrosos, querida. Ya sé que las brigadas son caras, pero seguro que se pueden recortar los gastos por otra parte. —Remarcó cada punto con sus dedos rechonchos—. Hay el conflicto con los Waterwalker en la frontera occidental. Arden es una amenaza en la parte sur. El ejército tal vez sea necesario para ayudar a la guardia si se produce una rebelión nacional. —Miró hacia el techo, asegurándose de ignorar a lord Averill—. Hay inquietud entre los clanes de las tierras altas. Son siempre imprevisibles. No es el momento de ser frugales con el ejército.

—Creo que las tensiones entre los clanes y la gente del Valle disminuirán cuando la reina esté en el trono y estemos todos seguros de que ya no corre peligro —dijo Averill—. Mientras tanto, haremos todo lo posible para mantener los principios del Náeming y para proteger a la dinastía Lobo Gris. Mientras sigan produciéndose ataques a nuestros pueblos, estaremos preparados para defendernos. Déjeme recordarle que, en muchas zonas del campo, los Demonai son los únicos que están allí para defender al pueblo de los bandoleros de los llanos.

—No tengo intención de recortar los fondos para el ejército —dijo Raisa, levantando la mano para tranquilizar la discusión—, o por lo menos no hasta el punto que nos pueda poner en peligro. Mi intención es mantener los mismos soldados que hasta ahora, pero quiero que sean soldados nativos. Hombres y mujeres que sean fieles a los Páramos, que conozcan bien su tierra y que sean capaces de luchar para defenderla.

Klemath levantó una ceja.

—Si estalla una rebelión, Alteza, es mucho mejor contar con soldados profesionales que no tengan ningún lazo posible con la gente de los barrios bajos ni con los ladrones callejeros.

—Pero resulta que sus soldados extranjeros no tienen ningún tipo de lealtad hacia mí —dijo Raisa.

—Pero hacen lo que se les ordena —dijo Klemath, como si estuviera esforzándose a mantener la paciencia—. Vuestro ejército nativo puede traicionaros.

Klemath es nativo, pensó Han. Es extraño que esté tan aferrado a la idea de los mercenarios sureños. Tal vez se esté llenando los bolsillos. Tal vez está sobornado por los cabecillas de los mercenarios y no quiere renunciar a eso.

—La tarea principal del ejército no es la de luchar contra nuestros propios ciudadanos —dijo Raisa—. La gente de los Páramos está al borde de la rebelión porque no hay trabajo ni forma alguna de ganarse la vida. Las guerras del sur han dejado desocupados a muchos trabajadores. ¿No sería mejor utilizar nuestros propios

fondos para que nuestra gente pueda volver a trabajar?

—¿Es que ha habido algún problema, Alteza, con los mercenarios? —preguntó Klemath.

—El problema, general, es que hay gente que se muere de hambre en los Páramos mientras nosotros mandamos dinero a unos mercenarios de los llanos. —Las manchas rosadas en las mejillas de Raisa indicaban que estaba perdiendo la paciencia—. He estado en los campamentos. La mayoría de nuestros soldados son de Arden y de Tamron. Creo que tienen bastante con lo que luchar en su país.

Klemath levantó las manos con impotencia y miró a los otros miembros del consejo.

—¿Caballeros?

—¡Caballeros! —repitió Raisa—. Éste es otro problema. ¿Por qué no hay más mujeres en mi consejo?

Todos se miraron unos a otros, esperando a que alguien hablara. Eran todo hombres excepto una mujer pelirroja que Han no conocía.

—Bueno, ah... —Lord Hakkam intentaba encontrar una respuesta—. Los miembros... bueno, se trata del cargo, no del género...

—Voy a arreglar esto —dijo Raisa.

—Alteza —dijo lord Bayar, con una sonrisa indulgente—, en referencia al tema de los mercenarios, tal vez sea más acertado que escuchéis a vuestros consejeros. Al fin y al cabo, estamos aquí para ayudar.

—Sé que actuáis de buen corazón, Alteza —dijo lord Hakkam, dando unas palmadas sobre la mano de Raisa—. Pero no tenéis suficiente experiencia en cuestiones militares. Aunque los mercenarios sean caros, es peligroso hacer un cambio tan radical durante este período de transición. Por encima de todo, queremos manteneros a salvo. —Hakkam era su ministro de finanzas y presidente del Consejo de la Reina.

—La guardia vela por mi seguridad, tío —dijo Raisa, apartando con firmeza la mano—. Y por la buena voluntad de mi pueblo, la cual tengo intención de ganarme.

Amon Byrne se aclaró la garganta. Como capitán de la Guardia de la Reina era miembro *ex officio* del consejo, aunque no intervenía muy a menudo.

—En la Guardia de la Reina solamente tenemos miembros nativos, y ha funcionado bien para nosotros. Hasta hace poco, nuestro ejército también estaba formado por nativos.

—Y perdimos a la reina Marianna a pesar de su guardia de miembros nativos —dijo lord Bayar.

—¿Está sugiriendo que fue un asesinato? —preguntó Byrne, mirando fijamente a los ojos del Gran Mago.

Bayar se echó atrás.

—Sólo estoy planteando la posibilidad, nada más —dijo—. Sólo estoy diciendo que aún tengo dudas sobre cómo murió.

—¿De veras? Yo creí que tal vez usted tendría las respuestas —dijo Averill.

Y yo, pensó Han. ¿Por qué lord Bayar plantea preguntas sobre la muerte de la reina Marianna cuando probablemente sea él quien lo hizo?

—¡Ya basta! —dijo Raisa. Después del silencio que siguió, dijo—: Cualquiera que disponga de información fiable acerca de la muerte de mi madre debería hablar con el capitán Byrne. No vamos a colgarnos acusaciones en este consejo.

Esto es como el enfrentamiento de bandas rivales, pensó Han. Con Raisa intentando hacer de señor de la calle sobre todos ellos.

Raisa esperó, y al ver que nadie hablaba, continuó.

—En cuanto a la reforma del ejército, les doy gracias a todos por su asesoramiento, pero ya he tomado una decisión. No es un acto impulsivo. He estado considerando esta cuestión durante algún tiempo. Confiaré en usted, general Klemath, para que proporcione la formación adecuada a nuestros nuevos reclutas.

—Sí, Alteza —dijo el general Klemath, inclinando la cabeza—. Como vos deseéis. Pero con tantas obligaciones apremiantes, espero que sea consciente de que esto no se puede hacer de la noche a la mañana.

Este cambio será tan gradual que será imperceptible, pensó Han. Dentro de un año, no habrá más que un puñado de nativos en el ejército y Klemath seguirá con sus mercenarios.

—No espero que lo haga sin ayuda, general —dijo Raisa, amablemente—. Como el capitán Byrne tiene experiencia en trabajar con nuestros soldados, le ayudará a aplicar este cambio. —Entrelazó los dedos y apoyó la barbilla sobre sus manos—. Además, el orador Jemson tiene contactos en el Mercado de los Harapos y en Puente del Sur, de donde espero que surjan muchos de los reclutas. Lord Averill también tiene contactos en los campamentos. Hasta el momento los clanes han tenido poca representación en el ejército, y tengo la intención de desplegar una fuerza que represente a todos los pueblos de los Páramos.

Hizo una pausa, mirando a cada uno de los hombres.

—Los cuatro son responsables de esto. Se reunirán por lo menos una vez a la semana, y quiero recibir un informe mensual de los progresos.

La irritación se reflejó momentáneamente en la cara de Klemath, pero desapareció enseguida. Jemson frunció el ceño y parecía que quería decir algo, pero no lo hizo. La expresión de Byrne decía que lo llevaría a cabo si eso era lo que requería su reina.

Lo ha puesto entre la espada y la pared, pensó Han. Los casacas azules y el ejército se odian. Pero Raisa no tiene alternativa si realmente quiere hacer este cambio.

—¿Qué puntos nos quedan por tratar? —preguntó Raisa, estirando los brazos y haciendo una rotación de hombros, como si estuviera dolorida.

—Ha llegado esto de Tamron a través de la guarnición del Paso Fronterizo de Tamron —dijo Klemath sombríamente, ofreciendo un sobre a Raisa—. Va dirigido a

vos, de parte de Gerard Montaigne, príncipe de Tamron.

¡El príncipe Gerard! Han se quedó rígido. Él y Bailarín habían tenido un altercado con Gerard en Ardencourt. Gerard había intentado «reclutarlos» para su ejército de magos. Si no hubiera sido por *Gata Tyburn*, tal vez se habría salido con la suya.

Era extraño que Klemath le diera el mensaje a Raisa precisamente en esta reunión, pensó Han. ¿Por qué no se lo daba simplemente con los otros despachos de la frontera?

Excepto que ya supiera lo que decía y quisiera ver la reacción de la reina y del consejo ante el mensaje.

Raisa estuvo un largo momento intentando calmarse, respiró profundamente y después cogió el sobre de Klemath. Era grueso, de color crema y cerrado con un sello de cera. Raisa rasgó el sello y sacó una hoja doblada del interior del sobre.

La desdobló y la extendió sobre la mesa. Recogiéndose el pelo detrás de las orejas, inclinó la cabeza hacia adelante para leer el mensaje, de modo que Han no podía verle la expresión. Lo leyó dos veces, resiguiendo las líneas con un dedo para asegurarse de leer el mensaje completo.

Cuando levantó la cabeza, su tez era del color y la consistencia del mármol leonado que sacaban de las canteras de We'enhaven, que conjuntaba con el color esmeralda de sus ojos. Presionó con la base de las manos sobre la mesa y empezó a tamborilear con los dedos sobre el papel, mirando fijamente al frente.

—¿Y bien? —preguntó lord Bayar con impaciencia—. ¿Qué nos dice Montaigne?

Raisa se echó atrás, como si la hubieran sorprendido, y miró al Gran Mago con unos ojos insólitamente brillantes.

—¿Qué pasa, Alteza? —dijo Bayar, inclinándose hacia delante para coger la carta—. Tal vez podríamos dar un poco de perspectiva...

—Tenga, lord Bayar —dijo Raisa, lanzándole la carta—. ¿Por qué no la lee en voz alta para todo el consejo? —Se echó atrás, con los brazos cruzados, cogiéndose los codos con las manos.

Bayar examinó rápidamente la carta, y después miró a Raisa como buscando pistas sobre cómo podría responder.

Se aclaró la garganta, se inclinó hacia delante y empezó a leer.

## Carta de amor desde Arden

A Su Majestad la reina Raisa de los Páramos,

Os escribo con la ferviente esperanza de que os encontréis bien y para felicitaros por vuestra inminente coronación.

Ruego que aceptéis también mis condolencias por la repentina y sin embargo extraordinariamente oportuna muerte de vuestra madre, la reina Marianna. Es bien sabido que las relaciones entre las dos eran tensas últimamente. Su accidente, aunque desafortunado, os ha despejado un gran obstáculo en vuestro camino. Parece que vos, como yo, no dudáis en moldear los acontecimientos a vuestro favor. Esto refuerza mi idea de que somos aliados por naturaleza y que podríamos ser algo más.

—¡Por la sangre del demonio! —exclamó Averill.

Sin duda, no era un mensaje escrito con la intención de que fuera leído en compañía.

O tal vez sí.

Han observaba a Raisa. Conservaba su expresión pétrea, con un ligero indicio de interés. Estaba seguro de que vigilaba el rostro de todos los presentes en la sala.

—Hija —dijo Averill—. No tienes por qué aguantar este tipo de calumnias. La simple idea de que hayas podido tener algo que ver con la muerte de tu madre es ridícula.

—Y sin embargo muchos sospechan de mí —dijo Raisa—. Especialmente fuera de los Páramos. —Hizo un gesto a Bayar—. Prosiga.

Costará algún tiempo restablecer el orden en Tamron y limpiar el reino de espías y traidores. Los abusos y excesos del último rey han avivado el fuego de la rebelión entre los nobles y los plebeyos. Tienen que comprender que todo eso se acabó. De hecho, los antiguos príncipe y princesa corren el riesgo de ser asesinados por su propio pueblo. Os alegrará saber que los mantengo a salvo bajo mi custodia.

La actual confusión, bajo mi punto de vista, nos presenta la oportunidad de ampliar nuestras propiedades. Mi hermano, el príncipe Geoff, continúa reclamando el reino de Arden. Ha reforzado sus fronteras con Tamron y ha trasladado al ejército al oeste para hacer frente a cualquier amenaza por nuestra parte. Esto significa que sus fronteras de la parte norte están poco guarnecidas y escasamente protegidas.

Tengo entendido que los Páramos cuenta con un ejército de más de cinco mil caballos y soldados de a pie.

Bayar alzó la vista de la carta.

—Un recuento muy preciso, ¿no os parece?

—Impresionante —murmuró Raisa.

Bayar siguió con la lectura.

Os propongo lo siguiente, los detalles de lo cual serán negociados por nuestros representantes: Los Páramos invadirá el reino de Arden por el norte, destinando por lo menos a tres mil de sus soldados a esta campaña.

El ejército de los Páramos se dirigirá hacia el sur hasta la Iglesia del Templo, donde mantendrá su posición. Esto desviará al ejército de Arden de la frontera occidental y nos permitirá a nosotros avanzar en esa dirección para invadir la capital.

—Y también hará que cualquier futura alianza con Geoff sea poco probable, por no decir imposible —dijo Averill.

Raisa asintió, con los labios apretados.

—Siga —ordenó a Bayar.

Cuando tenga a Arden bajo mi control, retiraré la mayor parte de mi ejército de Tamron y dejaré que los Tomlin gobiernen allí como mis regentes, suponiendo que estén dispuestos a comprender ciertas realidades.

Finalmente, propongo un contrato de matrimonio inmediato entre nosotros, de modo que la boda se celebre tan pronto como hayamos logrado nuestros objetivos militares. Sin duda sería mejor que por ahora nuestro compromiso se mantuviera en secreto.

Después de nuestro matrimonio, juntos gobernaremos el gran reinado de Arden, Tamron y los Páramos. Por supuesto, vos podréis mantener vuestro título de reina de los Páramos, título que nuestras hijas heredarán.

Y no tenemos porque detenernos aquí. Teniendo en cuenta la historia de su dinastía, tendríamos el derecho natural sobre el resto de los Siete Reinos. Con nuestros recursos combinados, podemos añadir estas joyas a nuestra corona. Seréis el bello y brillante símbolo de una nueva era de paz y prosperidad.

Os ruego que consideréis detenidamente esta propuesta. Creo que estaréis de acuerdo en que este plan presenta importantes ventajas para los dos, si actuamos con rapidez.

También espero que podáis dejar a un lado los desafortunados incidentes a lo largo de la frontera entre Tamron y Arden, y sepáis que fue mi deseo de afianzar una relación con vos lo que impulsó mi comportamiento. Estos tiempos exigen una acción audaz y agresiva.

Mis mejores deseos, Gerard Montaigne, rey de Arden y Tamron.

Bayar lanzó la carta sobre la mesa con un resoplido.

—El nuevo rey de Tamron os toma por una estúpida, Alteza.

Raisa entrelazó los dedos y puso las manos sobre la mesa.

—¿Usted cree, lord Bayar?

—Durante esos incidentes desafortunados, como él los llama, Montaigne mató al joven Will Mathis a sangre fría —dijo Bayar.

Raisa asintió.

—Yo estaba allí.

—Y no solo eso —siguió Bayar—. Algunos especulan con que sus agentes podrían ser responsables de los asesinatos que hemos visto recientemente aquí en la ciudad.

—¿Asesinatos? —Raisa miró a todos los presentes, fijándose en el capitán Byrne—. ¿Qué asesinatos?

—Cinco personas con el don han sido asesinadas en los últimos quince días, y han sido abandonadas en el Mercado de los Harapos —dijo Byrne—. Los asesinatos parecen indiscriminados, relacionados solo por el hecho de que todas las víctimas eran magos. Uno era miembro de la asamblea, pero los dos últimos eran estudiantes de visita al Mercado de los Harapos. Los encontraron en un callejón con una raja en el cuello y sin sus amuletos, todos cubiertos de sangre.

Esto llamó la atención de Han. Gata había mencionado que se habían producido varios asesinatos de magos en el Mercado de los Harapos y en Puente del Sur. Había preguntado por ahí, pero nadie parecía dispuesto a hablar del tema.

Sea quien sea que dirige esta banda es valiente, había pensado Han en ese momento. O tiene deseo de morir.

—¿Por qué Montaigne tendría que matar magos en el Mercado de los Harapos? —preguntó Raisa.

—Es sólo una teoría —dijo Byrne—. Como ya sabéis, Alteza, Montaigne ha secuestrado magos y los ha obligado a formar parte de su ejército. Pero probablemente ha tenido dificultades para reunir armas mágicas. De modo que es posible que esté matando a los magos para quedarse con sus amuletos. O simplemente intenta reducir las reservas de magos en el norte.

Bayar se dobló los puños de encaje.

—Algunos dicen que Gerard Montaigne está detrás de esto. Otros creen que deberíamos buscar cerca de casa. —Volvió la cabeza deliberadamente para mirar a Averill Demonai. La mujer pelirroja se inclinó hacia delante, asintiendo para manifestar su apoyo.

—Desde luego, tenemos que buscar en casa —dijo lord Demonai, mirando al techo—. Al fin y al cabo, los magos tienen una larga historia de persecuciones de unos contra otros. Tal vez algunos han optado por este medio para hacer frente a la escasez de producción de amuletos.

—¿No es más probable que tenga relación con las bandas? —Raisa miró un momento a Han, y después se fijó de nuevo en su capitán.

—Podría ser —dijo Byrne—, pero las bandas normalmente no se meten con los magos.

—De acuerdo —dijo Raisa, cansada, como si añadiera este problema a una especie de lista mental—. Volvamos al tema que nos ocupa. —Miró alrededor de la mesa—. ¿Y vosotros? ¿Qué pensáis de la propuesta de Montaigne?

¿Realmente lo está teniendo en cuenta?, pensó Han. Él había conocido a Gerard Montaigne, y no predicaba en absoluto lo que el príncipe pretendía vender en esa carta.

—Yo estoy de acuerdo con lord Bayar —dijo Byrne—, tanto si Montaigne tiene que ver o no con estos asesinatos. Mi teoría es que como no ha podido vencer a su hermano con sus propios medios, espera que el ejército de los Páramos distraiga a Geoff el tiempo suficiente para ganarse su posición. —Hizo una pausa—. Nuestras pérdidas podrían ser devastadoras. Nuestro ejército está entrenado para luchar en la montaña, donde su escaso tamaño no se encuentra en desventaja. En las llanuras de Arden, seríamos fácilmente flanqueados y arrasados.

—No nos precipitemos tanto —dijo el general Klemath, recolocándose en su asiento—. Aunque hay algo de verdad en lo que dice el capitán Byrne, su conocimiento de nuestro ejército y sus tácticas de guerra en los llanos es limitado. Muchos de nuestros soldados mercenarios se han entrenado en Arden y Tamron especialmente para este tipo de batallas. En este caso, puede que el hecho de valernos de mercenarios experimentados nos conduzca al éxito y no al fracaso. —Sonrió con aires de suficiencia, como si se sintiera redimido.

»Un matrimonio sólido con el sur afianzaría nuestra posición —continuó Klemath



— y disuadiría a los que quisieran aprovecharse de una joven e inexperimentada reina.

¿Por qué el general de Raisa ofrece asesoramiento político?, se preguntó Han. ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

Lord Hakkam asintió mostrando su aprobación.

—Puede haber oportunidades con este pacto, si actuamos con prudencia. El hecho de que el Consejo de Nobles acepte una alianza con Arden dependerá de cómo se adjudiquen las reivindicaciones de terrenos y propiedades y de si los sureños tendrían derecho a reivindicar propiedades aquí en el norte.

Hakkam inclinó la cabeza atrás y miró a los demás por debajo de la nariz.

—Si ayudamos a Gerard, parecerá que las concesiones de tierras y propiedades de Arden nos corresponden en tanto que vencedores. Existe la posibilidad de que a muchos de nosotros nos vaya bien un escenario más amplio, con más recursos. —Sonrió, con los ojos brillantes de avaricia—. ¡Arden y Tamron! Pensadlo bien: kilómetros y kilómetros de tierra fértil y rica como nunca la hemos visto en los Páramos.

Éste participará siempre y cuando le toque una parte, pensó Han. Aquí todo el mundo mira por sus intereses. Dirigir este consejo es como poner a gatos y ratas juntos e intentar que nadie celebre un banquete.

—Yo estuve en Arden —dijo Han—, y no es lo que creéis. Hace casi una década que están en guerra, de modo que está todo destrozado. Muchos de los cultivos han sido destruidos, y han invertido dinero en su ejército durante tanto tiempo que poco les queda para construir y reparar los edificios.

Todos le miraron como si de repente hubiera hablado un perro ofreciendo asesoramiento militar.

—Bueno, pues —dijo Hakkam, entrelazando los dedos cuidadosamente y arrugando la nariz como si oliera algo apestoso—. Probablemente muchos de los terratenientes más importantes deben de haber sido asesinados, de modo que habrá propiedades sin dueño esperando a que alguien se haga cargo. Como también puede haber la posibilidad de negociar matrimonios ventajosos con las familias prominentes de Arden y Tamron.

—Esto podría ser, lord Hakkam —dijo Averill—, suponiendo que Gerard gane. Hasta el momento no me ha impresionado con sus esfuerzos militares. Si Geoff nos vence como aliados de Gerard, sospecho que no va a haber ningún matrimonio con el sur.

Hizo una pausa.

—Alteza, vos conocéis mi opinión sobre Gerard Montaigne. Es una serpiente, y una serpiente no cambia por dentro aunque la vistas bien y le des un título distinguido. Creo que sería prudente buscar un partido tanto dentro como fuera del reino, pero como padre y consejero no puedo aconsejaros que os unáis con Montaigne. Nunca dormiríais plácidamente en su cama.

La sombra de una sonrisa cruzó el semblante de Raisa con tanta rapidez que Han no estaba seguro de haberla visto realmente.

Tal vez Montaigne tampoco dormiría plácidamente, pensó Han. Esto lo satisfizo. Aunque solo un poco.

—Tal vez podamos asegurar nuestros objetivos sin comprometeros en matrimonio con el príncipe de Arden, Alteza —dijo lord Hakkam—. Tal vez a él le complacería otro partido. Mi hija Melissa, por ejemplo, que es prima vuestra, y así su matrimonio reforzaría nuestros lazos fuera del reino.

—Sería un grave error permitir que Gerard Montaigne ganara posiciones aquí —dijo lord Bayar—. El paso siguiente sería ver a los cuervos de Malthus acudiendo en bandada a las ciudades y tomando el control de nuestros templos.

—Esto nunca sucederá —dijo lord Averill, mirando al orador Jemson que, como siempre, escuchaba mucho más de lo que hablaba. La expresión de Averill le recordó a Han que había sido y todavía era un guerrero Demonai.

—Vamos, Gavan —le dijo el general Klemath a Bayar, ignorando a Averill—. Seguro que podemos resolver esto a nuestro favor y gestionarlo de forma que nos mantengamos a salvo. Yo enfrentaría a nuestros magos a Gerard Montaigne sin dudarle un momento. Existen riesgos, pero hay mucho que ganar.

—Las flechas son más rápidas que los hechizos —murmuró Han. De nuevo, todos se quedaron mirándole.

—Alister tiene razón —dijo Byrne—. Utilizados estratégicamente, los magos podrían jugar un papel crucial en una campaña militar. Pero no estamos acostumbrados a colaborar de esta forma. No hemos luchado en una guerra como esta desde hace mil años.

Era una peculiar unión de intereses: lord Averill, el capitán Byrne, lord Bayar y Han Alister poniéndose de acuerdo sobre un tema era tan raro como encontrar oro en el Mercado de los Harapos.

—Veréis cómo el Consejo de Nobles coincidirá en que una alianza con Gerard Montaigne representa una oportunidad única —dijo lord Hakkam—. Especialmente ahora que ha conquistado Tamron. Tal vez deberíamos reunirnos con sus representantes antes de tomar una decisión.

—Desde luego, vamos a iniciar negociaciones con los representantes de Montaigne —dijo Raisa—. Esto no nos compromete a nada y podemos descubrir más detalles sobre sus intenciones. Como mínimo, esto puede mantenerlo a raya mientras crea que tiene una posibilidad. Aunque no tengo ningún interés en un matrimonio con Gerard, quiero mantener todas las opciones abiertas en lo que se refiere a velar por los intereses del reino. Creo que debemos ser prácticos en estos temas, sean cuales sean nuestras inclinaciones personales. Tío, dejo este asunto en tus manos.

Hakkam sonrió como un tramposo que espía las cartas de un tonto.

—Os mantendré informada de los progresos, Alteza.

Ignorando la mala cara de Bayar y Demonai, Raisa dobló la carta, la puso de

nuevo en el sobre y lo puso a un lado, dejando así el tema zanjado.

—¿Algo más antes de levantar la sesión?

Lord Bayar se levantó.

—Alteza, como ya sabéis, la reina nombra a un miembro para el Consejo de Magos que defiende sus intereses. Nuestra próxima reunión está prevista dentro de una semana, y sería conveniente que asistiera vuestro representante. Estaremos deseosos de elegir a un nuevo Gran Mago lo antes posible para proporcionaros la protección adecuada. —Desvió la vista hacia Han, como si fuera un ejemplo de protección inadecuada.

—¿En serio? —dijo Raisa, enarcando una ceja—. La reunión está programada para dentro de una semana, ¿verdad? —Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Bayar debería ser más listo. O no se daba cuenta de las inclinaciones de Raisa, o ni siquiera intentaba descifrarlas.

—Como queda poco tiempo, ¿puedo proponer a mi hija, Fiona? —dijo—. Crecisteis juntas y, como vos misma dijisteis, no estaría mal tener a otra mujer en el consejo.

Una joven que desearía apartar a Raisa del trono, pensó Han.

Raisa se cruzó de brazos, en señal de resistencia.

—¿Los Bayar no disponen ya de un puesto en el consejo? ¿Además de su cargo como Gran Mago y presidente?

Lord Bayar asintió con la cabeza.

—Cuando mi hijo mayor, Micah, cumpla los dieciocho, ocupará el puesto de los Bayar en el consejo. Yo, por supuesto, continuaré como presidente hasta que se elija a un nuevo Gran Mago.

Así que Micah será el próximo, pensó Han. Añádele a Fiona y ya tienes a tres Bayar en el Consejo de Magos. Esto no era una buena idea, especialmente si se disponían a elegir a un nuevo Gran Mago.

—Gracias, lord Bayar —dijo Raisa—. Valoro mucho su sugerencia, pero ya he elegido a un representante para el consejo.

Lord Bayar levantó la cabeza, intentando ocultar su cara de sorpresa.

—¿De veras, Alteza? ¿Tan rápido? ¿Es alguien que yo conozco?

—Alister ha aceptado el puesto —dijo Raisa, señalando a Han con la cabeza. De nuevo, todas las cabezas se volvieron hacia él.

Expresión impasible, se dijo Han a sí mismo, mirándoles a todos.

—Alteza —protestó Bayar, volviéndose hacia Raisa—. No dudo que Alister nos proporcionaría una nueva y refrescante perspectiva a nuestras deliberaciones. Sin embargo, y a pesar de vuestro generoso perdón por sus delitos del pasado, no creo que sea la persona adecuada para representar vuestros intereses entre los miembros de las más antiguas e ilustres familias de magos del reino. Su interesante historia personal no le capacita para llevar a cabo las tareas del consejo.

—No sé, lord Bayar —dijo Raisa, con una voz que era como un veneno dulce

goteando en sus oídos—. A mí me han descrito el Consejo de Magos como un nido de víboras. Creo que su experiencia en reyertas callejeras le será muy útil en este ambiente.

Los miembros del consejo se removieron en sus asientos, mirando a todas partes excepto al poderoso Gran Mago y a la tenaz y joven reina. Han estaba de pie con los brazos cruzados, fingiendo indiferencia, devolviendo la mirada a cualquiera que fuera lo bastante audaz como para mirarle a los ojos.

—Princesa Raisa, os ruego que lo reconsideréis —dijo la mujer pelirroja—. Hay algunas dudas en cuanto a si Alister posee realmente el don. Ha salido de la nada, no sabemos nada de su familia y parece que su poder no se ha manifestado hasta hace poco.

—Lady Gryphon tiene razón —dijo Bayar—. Corren rumores de que su supuesto don no es un verdadero don, sino la manifestación de una posesión demoníaca impulsada por el sacrificio de la sangre.

Hace falta ser demonio para conocer a otro demonio, pensó Han.

—Soy del Mercado de los Harapos, lord Bayar —dijo, separándose de la pared e irguiendo el cuerpo, con los pies ligeramente separados—. Conseguí mi don de la forma habitual y, en cuanto al por qué no se manifestó antes, existen motivos.

La mirada de Han se desvió hacia lord Averill, que tenía puesta su expresión de comerciante, y después volvió a lord Bayar.

—Por lo que se refiere a mi familia, mi padre se llamaba Danel; murió como mercenario en las guerras sureñas —continuó Han—. Mi madre se llamaba Sarah, pero la conocían como Sali, y mi hermana se llamaba Mari. Murieron el verano pasado. Pero usted ya lo sabía. Cada vez que se le olvide, se lo recordaré. Éste es el sacrificio de la sangre que he hecho para estar donde estoy, y es suficiente.

Sus palabras emitían ondas a través del consejo como una piedra al caer en un estanque. Han se fijó en cada una de las caras, y la única que le resultaba amable era la de Jemson. Y Jemson parecía preocupado.

Lady Gryphon se aclaró la garganta.

—Éste es exactamente mi punto de vista, Alteza. Mi hijo fue recientemente nombrado como miembro del consejo. Si compara su pedigrí con el de un ladrón callejero, creo que descubrirá que...

—Lady Gryphon, su hijo era mi profesor en Casa Mystwerk —dijo Han—. Si tiene alguna duda sobre mis credenciales como mago, le sugiero que se ponga en contacto con la decana Abelard.

—Da la casualidad de que la decana Abelard está de camino de regreso a los Páramos —dijo lady Gryphon—. Sin duda le pediremos su opinión; aunque, siendo realistas, como estudiante de primer año, debió de tener un contacto muy limitado con la decana de Casa Mystwerk.

—En realidad, tuve mucha relación con la decana Abelard —dijo Han, alisándose las estolas—. Fue... fue como una especie de mentora para mí. —Han no tenía la

intención de jugar la carta de la decana Abelard tan pronto, pero en ese momento representaba una distracción muy útil.

Bayar entrecerró los ojos. Seguro que Micah y Fiona ya le habían contado algo sobre Abelard y Alister.

—Diga lo que diga Abelard, Alteza, debéis sopesar el riesgo que supone tener a una persona así a vuestro lado —dijo Bayar.

—Esta conversación ha terminado —dijo Raisa, interrumpiendo lo que fuera que Bayar se dispusiera a decir—. Yo ya he tomado una decisión, y Alister es la persona que he elegido. Tenía la esperanza de que el consejo lo aceptara con cortesía. Si no es así, será mejor que aprendan a convivir con ello.

Lord Averill examinó a Han, con los ojos entrecerrados como si se preguntara qué estaba tramando.

Lord Bayar mantenía los ojos clavados en Raisa, y había algo en su mirada que provocó un escalofrío a Han. Si había sobrevivido tantos años en esas calles era porque sabía identificar la muerte en la mirada de sus enemigos.

El Gran Mago inclinó la cabeza.

—Está bien, Alteza. Si Alister es vuestra elección, sin duda haremos los preparativos para recibirle en la Casa del Consejo en Dama Gris la próxima semana. —Seguía sin mirar a Han, como si el hecho de reconocer su presencia le diera demasiado crédito.

—Lo espero con impaciencia —dijo Han, mostrando su sonrisa de señor de la calle. Intentaba ignorar la voz que oía dentro de su cabeza, que le decía: «Mátale ahora, Alister. Mátale antes de que vuelva a intentarlo».

—Si esto es todo, se levanta la sesión —dijo Raisa bruscamente—. Alister, capitán Byrne, lord Demonai, orador Jemson, no se retiren.

Está echando sal a las heridas intencionadamente, pensó Han.

El resto salió de la sala, con la espalda erguida y en silencio.

Byrne asomó la cabeza por la puerta y habló con alguien que estaba al otro lado, sin duda uno de sus casacas azules. Después cerró la puerta y volvió a la mesa.

Tras un silencio incómodo, Averill dijo:

—Hoy te has ganado algunos enemigos aquí, hija.

—¿Crees que alguna vez han sido mis amigos, padre? —dijo Raisa amargamente, de pie y caminando de un lado a otro.

—No, no han sido nunca tus amigos —dijo Averill—, pero ahora tienen motivos suficientes para pensar que serás difícil de manejar.

—Bien —dijo Raisa—. No seré manejada, y no me dignaré a permitirlo. «Vivimos unos tiempos difíciles, querida» —se burló—. Como si no lo supiera. Tienen que saber que los tiempos han cambiado.

—Ya han atentado dos veces contra vuestra vida —dijo el orador Jemson.

—Cuatro, en realidad —dijo Raisa, jugando con la empuñadura del puñal que siempre llevaba encima.

—Bueno, pues cuatro —corrigió Jemson—. Debo admitir que estoy preocupado, Alteza.

—Y yo —dijo Raisa—. Pero si les inducimos a actuar antes de lo que habían previsto, cometerán algún error y tendremos la prueba que necesitamos. De lo contrario, no se me ocurre otra forma de descubrir qué le pasó realmente a mi madre.

—O tal vez nosotros cometemos un error y entonces tú morirás —dijo Byrne—. Con una vez que tengan suerte hay bastante. Tenemos que ser perfectos en todo momento.

Es lo que yo pienso exactamente, se dijo Han a sí mismo.

Como si lo hubiera oído, Raisa se volvió para mirar a Han.

—¿Y tú qué? —le preguntó—. Apenas has dicho nada. ¿Qué piensas de todo esto?

Han organizó sus pensamientos, sorprendido de que le pidieran su opinión.

—Creo que hubiera sido más acertado esperar hasta después de la coronación para pelearse con lord Bayar —dijo—. Es como dar golpecitos a un nido de avispas; si golpeas lo suficiente, seguro que te pican, por muy cuidadoso que seas. Creedme, sé de lo que hablo.

—¡Tú! ¡Vaya uno que fue a hablar! —dijo Raisa, abriendo y cerrando las manos como si quisiera ponerlas alrededor del cuello de alguien—. ¿Crees que te has ganado algún amigo tú?

—Bueno, a mí ya me odiaban desde antes —dijo Han, encogiendo los hombros—. No me interpretéis mal: creo que tenéis razón de empezar con el ejército. Hasta que no lo controléis, estáis en riesgo. Es como dirigir una banda que ha hecho un juramento de sangre con el segundo al mando. Entonces no te atreves a echarlo porque los demás se volverán en contra tuyo. Vos ya sabéis que Klemath pataleará como un demonio para mantener el control del ejército. Si Klemath y Bayar se juntan, lo único que os queda es la guardia. —Se encogió de hombros, asintiendo hacia Byrne—. No es que quiera faltar al respeto al capitán Byrne, pero esto es lo que le pasó a la reina Marianna, y está muerta.

—Rosa Silvestre, no puedes hablar en serio con lo del matrimonio con Gerard Montaigne —dijo Averill, mirando a Han como diciendo, *cállate*—. Por favor, dime que no hablas en serio.

—Mientras finja que estoy considerando la propuesta de Montaigne, esto le mantiene a él en el sur y siembra la discordia entre Klemath, Hakkam y Bayar —respondió Raisa—. Ya han conspirado juntos demasiado a menudo últimamente. El Consejo de Nobles se pondrá del lado de mi tío, especialmente si los mercenarios son los que luchan y la corona quien paga las facturas. Lord Hakkam gastará por lo menos tanta energía en intentar encontrar un partido para mi prima Melissa como en las serias negociaciones para mi compromiso. —Entornó los ojos—. Hasta que no pueda controlar a estas personas, tengo que evitar que se compinchen contra mí.

—¿Es por eso que has hecho que lord Bayar leyera la carta en voz alta en el

consejo? —preguntó Jemson, con cara de empezar a comprender la situación.

Raisa hizo girar el anillo en su dedo, e hizo una sonrisa severa.

—Sin duda Klemath ya la había leído. Y no sé quién más. Lo que es seguro es que han abierto y cerrado esa carta tantas veces que es un milagro que todavía sea leíble.

Miró intencionadamente a Han.

—¿Qué estabas diciendo?

No subestimes a esta chica, se recordó Han a sí mismo. No lo hagas nunca. Algunos sangre azules crecen más rápido, como los señores de la calle.

Se aclaró la garganta.

—Que estoy de acuerdo en que impulséis este cambio en el ejército, aunque sea arriesgado. Cuando veáis que es seguro, os quitáis de encima a Klemath y ponéis en su lugar a alguien que esté en deuda con vos. De modo que creo que lo que habéis hecho es acertado, aunque tal vez yo lo habría hecho en otro momento.

Raisa se quedó mirándole un largo momento, y después asintió brevemente con la cabeza.

—Sí. Bueno. Muy bien, entonces.

—No sabía que teníais planeado nombrar a Caza Solo para el Consejo de Magos, Alteza —dijo Averill, frunciendo el ceño—. ¿Cuándo tomasteis esta decisión?

Obviamente lord Demonai pensaba que tendría que ser él el que ocupara el puesto. Han esperó, preguntándose si Raisa diría algo de su petición para ser nombrado como miembro del consejo.

No lo hizo.

—¿Qué alternativa tenía? —dijo Raisa, como si no le entusiasmara la idea—. No querías que nombrara a Fiona Bayar. Además, así Alister les mantendrá vigilados.

—El general Klemath tenía razón en una cosa —dijo el orador Jemson—. Vivimos unos tiempos peligrosos.

Raisa dijo bruscamente:

—Lo hecho, hecho está. Espero que vosotros tres presionéis a Klemath en el asunto del ejército. Quiero ver un progreso real dentro de tres meses. Vigilad esos contratos de los mercenarios y controlad los que están pendientes de renovación. Emitiré un mandato según el cual ningún contrato será ratificado si no tiene las cuatro firmas. Si detectáis resistencia, me lo notificáis. —Suspiró y se frotó los párpados con las yemas de los dedos—. Siento mucho haberos puesto en esta situación —dijo, hablando por entre las manos—. Desearía tener a alguien en el ejército en quien pudiera confiar.

—Dejadme un poco de tiempo, Alteza —dijo Byrne—. Haré preguntas y os traeré algunos nombres. Algunos de los oficiales son nativos. Otra posibilidad es traspasar algunos buenos oficiales de la guardia al ejército.

—La lástima es que nos falta tiempo —dijo Raisa—. Tanto trabajo por hacer, y tan poco tiempo y dinero.

Dicho esto, les dio permiso para irse. Cuando Han pasaba por entre el grupo de casacas azules que había apiñados en la puerta, se volvió y vio a Raisa sola en su estancia privada, cabizbaja y dando vueltas a su anillo de los lobos que llevaba en la mano derecha.

Está más preocupada de lo que demuestra, pensó Han.



## Un juego de pretendientes

Gerard Montaigne no era el único interesado en un matrimonio con Raisa. Cuando se corrió la voz por los Siete Reinos de que la princesa heredera perdida había aparecido y sería coronada reina de los Páramos, se inició un flujo de regalos de pretendientes de dentro y fuera del reino. Eso tenía sus pros y sus contras. Raisa quería posponer el matrimonio tanto como le fuera posible, pero sus arcas estaban casi vacías y quería seguir manteniendo el Ministerio Rosa Silvestre en el Mercado de los Harapos y en Puente del Sur.

Para todo el mundo, una princesa heredera sin casar era considerada como un cabo suelto que se tenía que recortar o unir lo más pronto posible.

Llegaban mensajes disonantes de consuelo por la muerte de su madre y de felicitaciones por su inminente coronación por parte de los monarcas de los otros reinos, salteadas con pujas abiertas en la subasta del matrimonio. Algunos ofrecían a sus hijos menores, que necesitaban un trono donde sentarse, otros sugerían la unión de los Páramos con los «reinos» de lugares tan lejanos como Bruinswallow y We'enhaven.

Aunque Raisa *ana*'Marianna todavía no estaba coronada y corría el rumor de que mantenía a un ladrón como amante, que probablemente había tenido algo que ver con la muerte de la reina Marianna, la mayoría estaban dispuestos a pasar esos detalles por alto en favor de las tierras ricas en minerales del reino. De todos modos, siempre habían oído que todas las reinas norteñas eran brujas.

Toda la gente de fuera parecía deseosa de ayudar a una joven reina huérfana a gobernar su reino. Toda la gente de casa estaba ansiosa por verla casada lo más pronto posible, siempre y cuando fuera con su pretendiente favorito.

Los hermanos Klemath resurgieron como pretendientes en medio de una plétora de aspirantes locales.

El candidato al matrimonio más destacado de las tierras altas era Reid Nightwalker. Se pasaba más tiempo en la capital del que Raisa había visto jamás, a causa de su asignación a la guardia de Averill. El guerrero Demonai había empezado un sencillo cortejo, ofreciéndole regalos como cubrecamas de piel, objetos de cuero y joyas hechas por los clanes y perfumes de los mercados. Sin duda, quería seguir los pasos de Averill y casarse con una reina.

Raisa y Nightwalker daban de vez en cuando largos paseos por los jardines, con los Lobos Grises siguiéndoles a una distancia prudente. A veces iban en caballo a las montañas de alrededor del Valle, pero siempre con escolta. Nightwalker escuchaba mucho más de lo que hablaba, y no la presionaba, como había hecho en el pasado,

para ir más allá de algunos besos y caricias.

Bueno, podría hacerlo peor, pensaba Raisa, como partido político. Consideró las ventajas de ese pretendiente: Nightwalker indudablemente estaba comprometido con los intereses de los Páramos. No intentaría convertir los Páramos en una provincia sin importancia de un reino lejano. Apoyaría sus esfuerzos para limpiar el Dyrnne y mantendría a raya al Consejo de Magos. Un matrimonio con él reforzaría los lazos con los clanes y la dinastía Lobo Gris. Y les estaría bien a los Bayar, después de todas sus intrigas y maquinaciones para casar a Raisa con Micah.

En definitiva, Nightwalker parecía la opción más segura, la misma que eligió su madre. En el aspecto personal, por lo menos ellos no se llevaban tanta diferencia de edad como Averill y su madre. Era ágil, elegante y guapo. Aunque era poco probable que le fuera fiel, por lo menos esto no afectaría a la dinastía.

Micah Bayar era otro tema. Con el regreso de Raisa, había cortado por lo sano su flirteo con Mellony. Como resultado, Mellony estaba abatida, llorosa y triste la mayor parte del tiempo, poniendo a prueba la paciencia de Raisa.

No tienes más que trece años, pensaba Raisa. Y eres una princesa. Acostúmbrate a ello.

Yo, ya estoy cansada de los líos románticos. Cada chico con el que salgo o bien está prohibido, o no está disponible, o se enfada conmigo.

Por ejemplo: Han Alister era, dependiendo del momento, enérgico y profesional, frío e imprevisible y un poco burlón. Desviaba o ignoraba hábilmente todos los intentos de Raisa de recuperar o reavivar su amistad.

Habían hecho una «clase particular» y había sido un desastre. Solos en su estancia privada, ella había parloteado como un caballo desbocado, diseccionando la política de la corte hasta que se aburrió de oírse a sí misma.

Han se había quedado sentado cogiéndose al reposabrazos, con la cara pétrea y los ojos vidriados, como si no estuviera oyendo nada de lo que Raisa le explicaba. Raisa era sumamente consciente de él, y medía constantemente la distancia física y emocional entre ambos.

Las dos sesiones siguientes habían sido canceladas y reprogramadas, una vez por él, por motivos no revelados, y otra vez por ella, a causa de una reunión conflictiva.

¿Por qué debería tomarse Han tantas molestias?, pensó Raisa. No tengo ni idea de lo que podría decir para arreglar un poco las cosas. No sé cómo recuperar la confianza entre nosotros. Ni siquiera sé si eso es posible.

Hay una cosa que puedo hacer, pensó Raisa. No puedo darle un pedigrí a Han Alister, pero puedo darle un título. Y una casa para sustituir la que fue quemada por órdenes de Marianna. Tal vez esto le haría sentir más seguro, más a gusto en la corte.

Desechó la idea persistente de que ni su padre ni los Bayar estarían contentos con esa decisión.

No estoy aquí para hacerles felices, se dijo a sí misma.

Los planes para su coronación avanzaban en medio de la dura tarea de gobernar.

Se enviaron invitaciones para el baile de la coronación, y llegaron cartas de aceptación de todos los rincones de los Siete Reinos. Algunos probablemente eran curiosos que querían ver lo que la testaruda princesa heredera haría a partir de ahora, ella sola, sin la supervisión de su madre.

Otros esperaban poder cortejarla y tal vez casarse con ella, temiendo que se casara precipitadamente y perdieran una oportunidad.

Otros sin duda pensaban pasar una semana disfrutando de su hospitalidad con los gastos pagados. O tal vez querían ver qué aspecto tenía una bruja de verdad.

La mayoría de aristócratas de Arden declinaron la invitación, mencionando las exigencias de la guerra en curso. Pero, para sorpresa de Raisa, el rey Geoff Montaigne de Arden envió una nota confirmando su asistencia, junto con la reina y sus dos hijos.

Debe de sentirse más seguro en el trono, pensó Raisa, si deja Arden en este momento. Según lo que los espías del reino informaban, Geoff había logrado el apoyo casi unánime de los aristócratas sureños, cansados ya de la guerra.

Raisa tenía la esperanza de que no fuera como su hermano Gerard. Por lo menos este Montaigne ya estaba casado.

No recibieron respuesta de Tamron, ni por parte de los Tomlin ni de Gerard Montaigne. Raisa supuso que era una buena señal, porque sería incómodo tener la presencia de dos reyes de Arden. Mientras tanto, las negociaciones de lord Hakkam con los representantes de Gerard seguían su curso.

Raisa se sometió a múltiples pruebas de vestuario bajo la supervisión de Magret. Necesitaba un vestido para la ceremonia de coronación, un vestido para el baile y vestidos para las fiestas que tendrían lugar antes y después. No quedaría bien que Raisa llevara el mismo vestido en más de una fiesta.

—Tal vez me lo podría cambiar con alguien —se quejó Raisa—. No deberíamos gastar mucho dinero en vestidos que probablemente llevaré solo una vez.

Magret entornó los ojos.

—Como si vuestros vestidos pudieran irle bien a alguien —dijo—. Si vos podríais nadar en el vestido de otra. Mirad, la coronación solo pasa una vez en la vida, Alteza. Igual que una boda —añadió enfáticamente.

Raisa se aseguró de que Mellony también estuviera bien equipada. Tenía la esperanza de que aquella serie de acontecimientos sociales sacarían a su hermana del pozo de tristeza en el que estaba sumida. De hecho, mientras que Raisa soportaba las pruebas por obligación, a Mellony la parecían animar considerablemente. A la hermana menor de Raisa le encantaba probarse ropa. Al igual que a Marianna, le encantaban las fiestas.

Hubo largas sesiones en la catedral con el orador Jemson, donde ensayaban la coronación. Así será mi vida a partir de ahora, pensaba Raisa con desánimo. Una ceremonia tras otra. El orador Jemson era amable y divertido. Se tomaba la coronación muy en serio, pero siempre intentaba quitar hierro al asunto.

Los Lobos Grises habían sido asignados como guardia personal de Raisa, de modo que tenían un papel importante en la ceremonia de coronación. En los ensayos, se mantenían erguidos y solemnes, con las cejas juntas de tanta concentración. En cierto modo, era peor que fueran amigos, porque Raisa sabía que no se perdonarían nunca a sí mismos si daban un paso en falso que pudiera estropear su gran día.

Raisa echaba de menos la camaradería con los Lobos. Estaban constantemente a su alrededor, pero ahora los separaba inevitablemente la barrera del rango. Era difícil relajarse con alguien que se ponía firme cada vez que entrabas en una habitación.

Amon había traído la vara de Waterwalker que Dimitri le había dado a Raisa de camino a Vado de Oden. Iniciaron de nuevo los ejercicios, tres veces por semana, en el patio de los barracones. Era un buen entrenamiento, pero lo más importante es que era el único momento que tenía para estar sola con Amon. Les permitía mantener conversaciones privadas, lejos de los curiosos de palacio.

Cuatro días después de haber anunciado el nombramiento de Han como miembro del Consejo de Magos, Raisa regresaba al atardecer de los establos después de una larga cabalgada por el Valle con Reid Demonai y un séquito de guardias. Estaba sonrojada y sudorosa, los músculos relajados, la tensión rebajada por las horas sobre la silla. Ella y Nightwalker se separaron con un beso delante de la puerta del establo.

Él quería más que esto, por supuesto. Ahora ya esperaba algo más, pero ella no mostraba mucho entusiasmo.

Talia Abbott y Trey Archer estaban haciendo guardia en la puerta de su habitación. Raisa se detuvo antes de entrar y sonrió a Talia.

—¿Cómo se está adaptando la sargento Greenholt? —preguntó. Pearlie Greenholt, la novia ardeniense de Talia, era nueva en los Páramos. En Casa Wien era maestra de armas, y había sido nombrada sargento por el nuevo capitán Byrne.

—Bastante bien, Alteza —dijo Talia con estudiada cortesía—. Gracias por vuestro interés.

Raisa enarcó una ceja.

—¿En serio?

A Talia se le escapó la risa.

—Dice que aquí hace un frío que pela y que está cansada de caminar encorbada todo el rato. Además, echa de menos la fruta y las verduras que teníamos en Vado de Oden. Dice que los nabos y las coles le producen gases.

Raisa se rió, pensando que Pearlie se moriría de vergüenza si se enteraba de los secretos que Talia compartía con la reina de los Páramos. Pero por lo menos Talia dejaba un poco de lado la formalidad.

De nuevo en la habitación, a Raisa le esperaba un baño caliente que esparcía el humo por el aire helado de la habitación, pero Magret no estaba por ninguna parte. Tal vez tenía una de sus jaquecas, pensó Raisa. Ordenó que le trajeran una cena ligera, y lentamente empezó a quitarse los pantalones de montar, la chaqueta y la ropa interior. Mientras se hundía en el agua caliente, sus pensamientos volvieron a una

cuestión que la atormentaba desde que había perdido los nervios con sus asesores.

¿Había tomado la decisión adecuada al proponer a Han Alister como miembro del Consejo de Magos?

¿Han sería capaz de ayudarla en el consejo, o sería rechazado porque era forastero? ¿O peor todavía, asesinado por su arrogancia? Averill había dejado claro que no aprobaba su decisión. Eso era lo que Han le había pedido, pero...

Se debió de quedar dormida. Se despertó con un fuerte golpe en la puerta, y supuso que era la cena. Salió de la bañera, se secó con una toalla y se puso una bata. Se dirigió hacia la sala de estar, pero cuando el sonido se repitió, se dio cuenta de que provenía de la puerta interior que daba a las habitaciones de Han.

Se acercó a la puerta.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Creo que tenemos una cita, Alteza —dijo Han a través de la puerta.

¿Una cita? Oh. Perfecto. Era la hora que habían acordado para su sesión aplazada.

Sangre y huesos. No estaba preparada para soportar otra sesión con el frío y distante Han Alister. Era demasiado doloroso.

—Bueno, es que no es muy buen momento —dijo Raisa, mirando sus pies desnudos que salían por debajo de la bata—. ¿Podríamos quedar otro día?

—Tengo que hablar contigo. Ahora —dijo bruscamente. Después de una pausa, añadió—: ¿Hicimos un trato, no?

Raisa suspiró.

—Sí —dijo—. Tienes razón.

Hizo girar la llave y abrió la puerta. Han entró precipitadamente, sin ni siquiera darse cuenta de su vestimenta.

Ella sí se fijó en él. Sus sastres habían estado ocupados. Llevaba una chaqueta de seda azul que hacía conjunto con sus ojos, y unos pantalones negros hechos a medida.

Tal vez debería pedirles que lo vistieran con arpillera, pensó. Así sería más fácil resistirse a su encanto.

Han se dirigió a la ventana, puso las manos sobre el alféizar y se quedó mirando la ciudad. Tenía la espalda erguida, los pies ligeramente separados, los hombros rectos y tensos.

Vuelve a estar enfadado. ¿Y ahora qué pasa?

—He pedido que me suban la cena —dijo—. ¿Has comido? Podemos hablar mientras cenamos.

—No tengo hambre —dijo, sin dejar de mirar por la ventana.

—Mira —dijo Raisa, que ya no lo podía soportar—. No tiene ningún sentido que nos reunamos si vas a...

—He oído por ahí que tengo un castillo en el río Firehole —dijo Han a la ventana—. Y un título.

—Oh, sí —se apresuró a contestar Raisa—. Quería decírtelo, pero no te he visto desde que acordé todos los detalles. Se llama Ravengard. Se trata de un castillo

bastante grande, de piedra y madera, aunque necesita algunas reparaciones. Cuenta con algunos terrenos para caza y pastoreo. Y algunas dependencias. No es muy apto como terreno agrícola, pero...

—¿No crees que habría sido una buena idea decírmelo? —dijo Han, volviéndose para mirarle a la cara—. Es la comidilla de la corte, y yo soy el último en enterarme.

—Quería decírtelo —dijo Raisa—. Sólo que se me ha olvidado. No sabía que había corrido tanto la voz. —Pero por supuesto que había corrido. Los rumores corrían en la corte como la sarna en el Mercado de los Harapos.

—Pensé que te haría feliz. Tener una casa, quiero decir —añadió sin convicción. Ella esperaba que esa propiedad y ese título ayudaran a salvar el abismo que había entre ellos.

—Y tal vez lo habría sido si las cosas hubieran sido diferentes. —Sacudió la cabeza—. ¿No lo comprendes? Quedo como un idiota si no sé nada de esto. Parece que intentes favorecerme en lugar de cumplir con tu obligación.

Raisa hizo una mueca y se mordió el labio.

—Estaba cansada de que lord Bayar te llamara siempre «Alister» y «ladrón», de modo que pensé en darte un título.

—¿Y tú crees que esto lo va a detener? —Han resopló—. A mí no me importa en absoluto que me llamen «Alister» o «ladrón». Por lo menos son exactos. Es cuando dicen que soy tu perrito que me pongo nervioso. —Su voz temblaba, y pareció que le costaba un poco dominarse a sí mismo. Estaba indignado y dolido.

Raisa parpadeó, pero él apartó la vista de nuevo, frunciendo el ceño de cara a la chimenea.

Su ira la confundía. Nunca le había considerado una persona capaz de preocuparse tanto por los cotilleos.

Tal vez el rumor de que eran amantes le repugnaba.

Raisa se le acercó y le tocó el codo. Él se estremeció pero no se dio la vuelta.

—La gente habla mucho en la corte —dijo Raisa—. Es imposible impedirselo.

Él no dijo nada.

—También hablan de mí —dijo—. También se trata de mi reputación.

—¿Crees que me preocupa mi maldita reputación? —Finalmente Han se volvió para mirarla—. Si creen que me favoreces, si creen que soy tu niño bonito para pasar el rato, vendrán a por los dos. Lo único que se interpone entre ellos y yo es el miedo y el respeto. Tengo que hacerme valer.

—Han, ya no estamos en Puente del Sur —dijo Raisa—. No es como si te estuvieras metiendo en el territorio de otra banda.

—¿Ah, no? —Han levantó una ceja—. Eso es lo que tú crees. Entrar en el Consejo de Magos es muy parecido a entrar en Puente del Sur después de medianoche vestido de harapiento y con una bolsa llena de oro.

—Fuiste tú quien pidió una habitación al lado de la mía —replicó Raisa—. Fuiste tú quien pidió entrar en el consejo. ¿Qué te creías que pasaría?

—La cuestión es que no me puedes hacer ondear como una bandera roja delante del Consejo de Magos. —La cogió por los brazos y la miró fijamente—. Escucha. Por el bien de los dos, debes fingir que me odias. Como si no quisieras tenerme aquí.

—¿Que te odio? —Raisa entornó los ojos, sumamente consciente de sus dedos cálidos sobre sus brazos—. Vaya, esto sí que es bueno. Por eso te di una habitación al lado de la mía y te he nombrado para formar parte del Consejo de Magos.

—Hazles creer que lo estás haciendo en contra de tu voluntad —dijo Han—. Que tal vez lo haces presionada por la decana Abelard. De hecho, algunos creen que estoy trabajando para ella. O que te estoy haciendo chantaje. Si les convences de que realmente no me quieres en el consejo, no sospecharán que yo seré tus ojos allí dentro.

—No quiero que la gente piense que me pueden chantajear —replicó Raisa.

—Mejor esto que no que crean que somos aliados —dijo Han—. Debemos entretenerlos un poco hasta que pueda poner mi juego en marcha. Después, ya estará.

¿Y cuál es tu juego?, pensó Raisa. ¿De veras somos aliados? ¿Qué es lo que pretendes? ¿Vengarte de los Bayar? ¿Se trata de eso?

—Es un poco tarde para hacer creer que somos enemigos, ¿no crees? —dijo Raisa—. Después de lo que pasó en el Consejo de la Reina.

Han se puso a reír, pero con un punto de frialdad.

—No, no es tarde. A pesar de los rumores, los sangre azules no quieren creer que estás aliada con una rata de alcantarilla. Les revuelve el estómago. Serían felices si fuera lo contrario.

No todos son así, quiso decir Raisa. Pero sabía que no era el momento oportuno.

—Pero esto te sigue poniendo en peligro —dijo Raisa—. Si la gente cree que eres mi enemigo, serás como una veda abierta. Todo el mundo, incluso mis amigos, irán a por ti.

—Confía en mí. Es más arriesgado aún si creen que estamos unidos —dijo Han—. Que seamos aliados no le gusta a nadie. El Consejo de Magos ya está empezando a pensar en taparnos la boca a los dos y poner a Mellony en el trono. Los clanes se me echarán encima si creen que hay algo entre nosotros. Tu padre ya está nervioso porque me has puesto en el consejo.

—Pero estarás solo —dijo Raisa—. No puedes luchar contra todos.

—¿Que estaré solo? —La miró de arriba abajo, haciendo una media sonrisa—. ¿Quién está más solo, tú o yo? No tengo muchos amigos, pero por lo menos puedo contar con los que tengo. A mí nadie está intentando ganármeme para obtener alguna ventaja.

Raisa hizo un suspiro rápido, para que Han viera que no estaba de acuerdo, pero no dijo nada. Sin duda, él tenía razón.

Han sonrió como si supiera que se había anotado ese punto.

—Yo puedo cuidar de mí mismo. Tengo algunos aliados y encontraré más; ya verás. —Hizo una pausa y examinó su cara mientras su mirada viajaba de los ojos a

los labios de Raisa—. Realmente soy muy amable cuando la gente me conoce —susurró.

Alargó un brazo hacia Raisa para ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja.

Raisa era muy consciente de lo cerca que estaba Han, de la pálida barba incipiente de sus mejillas, del recuerdo de sus besos.

Se puso de puntillas, puso su mano detrás del cuello de Han y acercó su rostro hacia ella. Le besó con desesperación, entrelazando sus dedos en el pelo de Han para evitar que se escapara.

Él puso las manos sobre sus hombros, como si tuviera intención de apartarla, pero después las deslizó hacia sus omóplatos y la atrajo contra su cuerpo. Sus labios parecían chisporrotear contra los de ella, enviando una especie de corriente hasta los pies de Raisa.

Una vez que empezó, Han no podía parar. Le besó los labios, la comisura de la boca, la línea de debajo de la barbilla hasta la oreja, dejando un calor embriagador allí donde sus labios tocaban la piel de Raisa.

Respiraba con dificultad, y se notaban los latidos del corazón bajo la seda.

—Dulce Hanalea —murmuró Raisa, cogiendo las solapas de su chaqueta, con su corazón latiendo desbocado—. Te he echado tanto de menos.

—Escucha —dijo Han, tragando saliva—. No creo que esto sea una buena idea. Creo que... es mejor que me vaya antes de que...

—No te vayas. —El deseo le salía a raudales, llevándose por delante todas sus buenas intenciones. Deslizó sus manos detrás del cuello de Han y volvió a bajar la cabeza, le besó intensamente y aplastó su cuerpo contra el suyo.

Han la cogió en brazos, la llevó hasta el sofá y la dejó encima. Entonces se tumbó a su lado y la atrajo hacia sí. Raisa le sacó la camisa de los bombachos y deslizó sus manos por debajo. Yacían juntos en una maraña de seda y terciopelo. Los dedos de Raisa rozaron los músculos de los hombros y la espalda de Han, bajando hasta la curva de la cintura, explorando la evidencia de viejas heridas.

Los labios de Han rozaban la piel de Raisa provocándole escalofríos, y sus caricias desvanecieron la poca reticencia que le quedaba.

—Lo siento —susurró Han, besando un punto sensible detrás de la oreja de Raisa—. No quería que pasara esto. Pero es tan difícil resistirse cuando...

De pronto llamaron a la puerta y se separaron abruptamente. Esta vez se trataba de la puerta del pasillo. Han se puso de pie en un santiamén, se alisó la ropa y se peinó con los dedos el pelo enmarañado.

Raisa se sentó de mala gana. No pudo evitar pensar que Han estaba acostumbrado a las escapadas rápidas en las citas interrumpidas.

Volvieron a llamar.

—¿Alteza? —dijo una voz de mujer—. ¿Puedo entraros la cena?

A Raisa le costó un momento que le saliera la voz.

—Déjala en la puerta —dijo, con una voz grave y extraña.



Después de dudar unos instantes, la mujer dijo:

—No puedo dejar vuestra cena en el pasillo, Alteza. Ya sabéis que no es seguro.

—No tengo hambre —murmuró Raisa a Han, levantando ambas manos para detenerle al ver que se dirigía hacia la puerta de sus habitaciones.

Han sacudió la cabeza.

—Me voy —susurró, acercándose tanto que su aliento rozó la piel de Raisa—. Para empezar, tenía razón. Esto no era una buena idea, y no volverá a ocurrir. —Se fue silenciosamente hacia la puerta—. Buenas noches, Alteza —gestualizó con la boca. Traspasó la puerta y la cerró con un suave clic.

Huesos, pensó Raisa, notando la frustración como si fuera una piedra en el estómago. Nadie actuaba como se suponía que debía actuar.

Se levantó, se arregló la bata y esperó a que la sangre de sus venas se calmara un poco. Fuera del resplandor del fuego del hogar, las sombras se movían en la oscuridad y la luz reflejaba ojos dorados y dientes blancos.

Claro, se dijo a sí misma tristemente, es un peligro para la dinastía. Todo lo que hago o quiero hacer es un peligro para la dinastía.

Se acercó a la puerta, quitó el pestillo y dio unos pasos atrás.

—Adelante —dijo a la criada, con la voz casi normal—. Puedes entrar la cena.

La puerta se abrió de golpe y apareció una mujer alta y robusta dentro de un uniforme azul que no le sentaba nada bien, con una bandeja cubierta con una servilleta. Raisa se dio cuenta de que no conocía a aquella mujer. Los ojos de la soldado barrieron la habitación rápidamente, después dio un paso adelante y hacia un lado, revelando a dos hombres armados con espadas detrás de ella.

Se lanzaron sobre Raisa mientras la mujer dejaba caer la bandeja sobre la mesa con gran estrépito. Se dio la vuelta, cerró la puerta y luego sacó un par de cuchillos de debajo de la servilleta, uno para cada mano.

Todo parecía pasar a cámara lenta, como si fuera un sueño en el cual los pies de Raisa estuvieran pegados al suelo y sus gritos atrapados en su garganta. Los dos hombres se acercaron a ella por ambos lados, sonriendo porque sabían que, con la puerta cerrada, tendrían tiempo de sobra de acabar su trabajo aunque ella gritara pidiendo ayuda.

Acabarían con ella antes de que tuviera tiempo de abrir la puerta de la habitación de Han, suponiendo que no hubiera el pestillo por el otro lado. Raisa salió gritando hacia su alcoba y cerró de golpe detrás de ella. Se esforzó a pasar el pestillo y se apartó enseguida cuando las espadas empezaron a astillar la puerta.

Tenía la vara de Dimitri en un rincón de la alcoba. Raisa la cogió y la sostuvo en posición horizontal a la altura de su cintura mientras observaba cómo cedía el pestillo.

Estrelló un extremo de la vara contra la cara del primer hombre que traspasó la puerta. Se oyó un crujido húmedo, el hombre soltó la espada y se desplomó como una roca, tapándose la cara con ambas manos. Antes de que Raisa pudiera colocar de

nuevo la vara en la posición correcta, los otros dos ya estaban dentro.

La mujer dejó caer los cuchillos y cogió la espada de su compinche. De nuevo se acercaron a Raisa por ambos lados. A pesar de la longitud de la vara y su habilidad y dominio del arma, no podía defenderse de los dos a la vez.

Raisa seguía gritando para pedir ayuda, atacó primero a un asesino y después al otro, para mantenerse fuera del alcance de sus espadas. ¿Dónde estaba su guardia? Talia y Trey tendrían que estar en la puerta. ¿Por qué no respondían?

Entonces, detrás de los asesinos, Han se materializó en la puerta, bordeado de luz, con una mano sobre su amuleto y la otra extendida, como si fuera el mismísimo rey Demonio. Pronunció un hechizo con una voz fría y grave.

El sonido de su voz sobresaltó a los atacantes, que se volvieron para ver qué pasaba.

Una llama salió a través de la puerta y envolvió al soldado que llevaba la delantera. El hombre empezó a gritar y a agitarse en una danza macabra, mientras intentaba apagar el fuego de su cuerpo golpeándose con las manos.

La asesina que quedaba se distrajo por lo que le había pasado a su compañero, y Raisa aprovechó la oportunidad para golpearla con la vara en el cuello, un golpe mortal que Amon le había enseñado. La asesina cayó desplomada, con la cabeza en una posición extraña.

El terrible hedor de carne quemándose escocía la garganta de Raisa, penetraba en su nariz y le picaban los ojos. Se echó hacia la pared, tosiendo violentamente. Su estómago amenazaba de vaciar su contenido.

El asesino en llamas salió tambaleándose por la habitación y se dirigió a la ventana. Raisa no sabía si pensaba escapar o si simplemente quería apagar las llamas en el río.

Han cruzó la habitación detrás de él. El guardia traidor se quedó agazapado en el amplio alféizar de piedra un buen rato, y después se lanzó al vacío como una estrella flameante hasta que desapareció de su vista.

Raisa se apoyó contra la pared, con la punta de la vara inclinada hacia el suelo y golpeándolo mientras temblaba incontroladamente. Han corrió hacia ella y la cogió por los brazos para que no se cayera al suelo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, mirándola intensamente a los ojos—. ¿Te han dado? ¿Aunque sea un pequeño rasguño?

Sabía que Han estaba pensando en el veneno, y negó con la cabeza sin decir nada.

Han la soltó y fue a la otra habitación. Se inclinó sobre los dos asesinos que había en el suelo de la alcoba, les presionó el cuello con sus dedos, buscando el pulso. Levantó la cabeza, sacudiéndola.

—La próxima vez, intenta dejar a alguien vivo, para poderle interrogar ¿de acuerdo? —dijo Han.

—Vaya quien habla —replicó ella, recobrando un poco su tono rígido—. Incendiando a la gente de esta manera que... —Se detuvo repentinamente, pensando

en su madre y su hermana.

—Gracias —susurró—. Gracias por haberme salvado la vida otra vez.

—No —dijo él, bruscamente, levantándose del suelo—. Has sido tú. Lo has hecho todo tú, ¿de acuerdo? Yo no he estado aquí.

Raisa se quedó mirándole fijamente, olvidándose por un momento de las ganas de vomitar.

—¿De qué estás hablando?

—No será nada bueno para nuestro plan que nuestros enemigos creen que te he vuelto a salvar la vida —dijo Han—. Porque entonces sería lógico que me estuvieras agradecida, ¿verdad?

—¿Nuestro plan? —tartamudeó Raisa, sin tener claro que tenían uno.

Han se mordió el labio, pensando, con los dedos de su mano derecha tamborileando sin ritmo alguno sobre su muslo. Entonces cogió la lámpara de la mesa, apagó la llama y la estrelló contra el suelo. El aceite se esparció por todas partes.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Raisa, apartándose para no cortarse con el cristal roto.

Oyó gritos en el pasillo, seguidos del ruido de cuerpos golpeando contra la puerta.

—¡Alteza! —gritó alguien desde fuera, con la voz entrecortada por el miedo y la desesperación. ¡Bam! Otro golpe en la puerta.

—¡Raisa!

Era Amon.

Han puso de nuevo las manos sobre sus hombros, mirándola directamente a los ojos.

—He aquí lo que ha pasado. Has quemado a un hombre con la lámpara, y él ha saltado por la ventana. Y has golpeado a los otros dos con la vara.

Raisa dio un golpe de rabia con el pie contra el suelo, sacudiendo la cabeza.

—No. En absoluto. No voy a...

—Por favor —dijo Han—. Por favor, por favor, hazlo. Es casi la verdad y, créeme, es mejor así.

¿Es casi la verdad?

La puerta del pasillo se astilló y los dos se sobresaltaron.

—Es mejor que dejes entrar al capitán Byrne antes de que se lesione —dijo Han. La miró un largo momento—. Eres muy buena con la vara —dijo—. Menos mal. Pero no voy a dejar que esto pase otra vez.

Se fue rápidamente a sus habitaciones, cerró la puerta tras él y pasó el pestillo.

Raisa se apresuró hacia la entrada justo cuando esta cedió y cuatro guardias irrumpían en la habitación con las espadas desenvainadas. Uno de ellos era Amon.

Inmediatamente rodearon a Raisa, colocándola dentro de un círculo que brillaba con el acero. Detrás entraron otros casacas azules, que se desplegaron por todas sus habitaciones.

—Ya está —dijo Raisa, cansada, limpiándose una salpicadura de sangre de la cara con el dorso de la mano—. Eran tres. Uno ha saltado por la ventana. Los otros dos están en la alcoba. Muertos.

—Por la sangre del demonio —maldijo Amon, mirando alrededor de la habitación, sin relajar su postura hasta que verificó que no quedaba nadie para liquidar.

Mick Bricker apareció de la alcoba de Raisa, con cara de asombro.

—Aquí hay dos, tal como Rebec... como dice Su Alteza. Los dos muertos.

Amon ladeó la cabeza, mirando a Raisa.

—¿Has matado a tres asesinos tú sola?

Raisa se encogió de hombros, esquivando la pregunta.

—¿Les reconoces?

Mick negó con la cabeza.

—No les he visto nunca, aunque no conozco a toda la guardia. Hay mucho personal nuevo.

De repente Raisa se desplomó sobre una silla. No podía dejar de temblar, y Amon se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Olía a él, y eso la calmó.

—¿Qué ha pasado con Talia y Trey? —preguntó—. Estaban ahí fuera cuando he llegado.

—Pues ahora no están —dijo Amon—. Precisamente iba a preguntarte si sabías... —De pronto abrió los ojos, se volvió y empezó a dar órdenes, mandó a Mick en busca de los dos guardias desaparecidos, y a dos más al puesto de guardia a buscar refuerzos.

Después se sentó en una silla delante de Raisa. Se inclinó hacia delante y empezó a interrogarla, con amabilidad pero implacablemente.

—¿Cómo han entrado? —preguntó—. Cuéntamelo todo.

—Había ordenado que me trajeran la cena a la habitación. Alguien ha llamado a la puerta y ha dicho que traía la cena. Cuando he abierto, los tres se han arrojado sobre mí.

—¿A quién le has dicho lo de la cena? ¿Quién sabía que estabas esperando a alguien?

—Se lo he dicho a Trey —dijo Raisa—. Él no sé a quién se lo habrá encargado. Evidentemente, al personal de la cocina. Uno de ellos podría haber ido abajo para vigilar a la señora Barkleigh mientras preparaba la bandeja. Podrían haber asaltado a Trey en el camino de vuelta. Su tarea no era ningún secreto. No era difícil imaginarse para quién era esa bandeja.

Amon desvió la mirada hacia la bandeja que había al lado de la puerta.

—No hay comida —dijo Raisa—. Solo cuchillos.

Mick apareció de pronto por la puerta y se encontró con un montón de espadas apuntándole. Cuando los Lobos Grises vieron que era Mick, bajaron las puntas de las espadas.

Mick levantó ambas manos para calmarles, con el rostro demacrado y triste.

—Señor. Les hemos encontrado encerrados en un armario ropero en uno de los pasillos laterales. Trey está muerto, y Talia... está herida muy grave —dijo—. Les han cortado el cuello. Jarat ha ido a buscar a los curanderos, y Magret —la doncella Gray— está con Talia.

Raisa se puso de pie, paralizada de terror.

—¿Dónde está Talia? —preguntó, dando un paso hacia la puerta—. Quiero verla.

—Alteza, hará más mal que bien si salís de aquí, y los curanderos cuidarán de ella —dijo Amon—. No puedo permitir que vayáis a ningún sitio hasta que estemos seguros de que no hay nadie por estos pasillos. —Suavemente, la hizo sentar de nuevo.

Las lágrimas inundaron los ojos de Raisa. Trey Archer era nuevo en los Lobos Grises y mantenía a una familia de cinco miembros. Y Talia... ¿era posible que tan solo media hora antes estuviera bromeando con ella en el pasillo?

—Que alguien vaya a buscar a Pearlie —dijo Raisa, inexpresiva.

—Ya lo hemos hecho —dijo Mick.

Raisa se inclinó hacia delante, cogiéndose a los reposabrazos de la silla, presa de una mezcla de dolor y de rabia reprimida.

—Pienso descubrir quién hay detrás de esto, y el responsable lo pagará caro —dijo con determinación—. Esto no quedará así. La gente debe saber que un ataque contra mi guardia es como un ataque contra mí.

Cuando alzó la vista, toda su guardia de casacas azules estaba arrodillada a su alrededor, con las lágrimas resbalando por sus caras.

—Hoy y todos los días, Alteza —dijo Mick, con mucha formalidad—, creo que hablo por todos cuando digo que es un honor luchar hombro con hombro con nuestra reina guerrera.

## Aliados

Han había estado fuera del Mercado de los Harapos menos de un año, pero le pareció diferente: más pequeño, con las calles más estrechas, más humildes y más retorcidas, y las casas más pobres. Probablemente era igual que antes. Era él quien había cambiado.

La gente del Mercado de los Harapos llevaba una vida errante, de modo que no era sorprendente que algunos de los comerciantes fueran distintos. Los inquilinos de Cobble Street habían cambiado durante su ausencia. Había un terreno baldío allí donde antes había el establo, aunque la fragua de herrero en la que había enterrado su amuleto Aguabaja seguía estando en un rincón del patio, pintada con símbolos de un señor de la calle.

Era más fácil moverse que antes. Tenía un hechizo a su alrededor, de modo que la gente se mantenía apartada de su camino sin ni siquiera darse cuenta de él. De ese modo, se libraba de los empujones de pillastres y de bandas callejeras y de las insinuaciones de las chicas. Simplemente era una sombra más en una parte sombría de la ciudad.

La evidencia del Ministerio Rosa Silvestre estaba por todas partes: en las pancartas que proclamaban comidas gratis y en los pregoneros del templo que prometían libros y curanderos para los enfermos. Los oradores ofrecían comida y medicinas y un refugio seguro. Daban clase a los pequeños y a los mayores de comercio y artes, religión, lectura y matemáticas.

A pesar del calor, el río parecía apestar menos que antes. Durante una de esas interminables reuniones de palacio, Raisa había presentado un proyecto para trasladar a los refugiados llaneros de las orillas del río a unos campamentos al este de la ciudad. Bajo la dirección del ejército, los adultos se habían puesto a trabajar, cavando letrinas y construyendo casas permanentes, a cambio de atención médica y suministro de alimentos.

Algunos dejaron la piel en aquel proyecto, hartos de estar todo el día holgazaneando y pasando hambre. Además, reconocían el beneficio de lo que hacían. Otros eligieron volver a casa y aprovechar las oportunidades de los llanos, donde el trabajo era más fácil y la comida más abundante, incluso en tiempos de guerra.

Sea como fuesen, ya no vertían sus desechos en el río.

Han se abrió paso con seguridad por las calles retorcidas, dirigiéndose a su antigua casa. Por el camino, no dejó de desviar la mirada por encima de algunos tejados y por las tabernas, que estaban llenas a aquella hora de la tarde. Entraba en algunos portales, esperando y observando para ver si había despistado a los que le

seguían desde el palacio. La próxima vez, mantendría una charla con ellos, pero ahora tenía otras prioridades.

Cuando llegó a Pilfer Alley, ya los había despistado. La entrada tenía la Marca del destello y el báculo de su banda: una advertencia para mantener alejados a los curiosos.

Han se dirigió al almacén, deslizándose por una trampilla del techo hacia una pasarela. Gracias al estipendio de un mes que le había pagado la reina, Han había comprado el edificio con un nombre falso. La propiedad en el Mercado de los Harapos era muy barata, y él no quería a un casero que figonease en sus negocios.

Miró tres pisos mas abajo y vio a Bailarín, con la cabeza inclinada sobre su gran mesa de trabajo y aquella palidez que adoptaba cada vez que estaba en la ciudad. Había puesto un horno para trabajar el metal en el primer piso, construido con tejas de barro y ventilación en el tejado.

Los demás le esperaban en la planta baja del almacén. Gata, con quien había quedado. Y Sarie y Flinn, a quienes no esperaba volver a ver nunca más.

Han se quedó inmóvil un instante, sintiendo alivio y satisfacción por un lado, pero alarmado por el otro por el hecho de que Gata los hubiera traído allí sin su permiso.

Cuando Gata le oyó en la parte de arriba, se levantó de la silla, con un cuchillo en cada mano. Al ver que era Han, se guardó los cuchillos y se quedó de pie, esperando, con las manos en las caderas, la barbilla alzada, como si estuviera dispuesta a pelear con él.

Han abrazó a los dos antiguos harapientos, y las lágrimas le inundaron inesperadamente los ojos.

—Se suponía que estabais muertos —dijo, aclarándose la garganta—. Gata dijo que los demonios os habían matado.

—Deberían estar muertos —dijo Gata—. Pero lograron escapar, y decidieron que lo mejor era desaparecer durante un tiempo. Subieron a un barco pirata, cruzaron el Indio y volvieron.

—¿Ese pirata os cortó la lengua? —dijo Han, enarcando una ceja—. Tenéis suerte de que Gata habla por vosotros.

—Esto de la piratería no está hecho para mí —dijo Flinn, cambiando el peso de pie—. Pagaban bien, y pude ver Carthis, pero resulta que me mareo mucho.

Hacía buena cara; aunque seguía siendo bajito, era más alto que antes, estaba bronceado por el sol y le habían salido músculos de tanto largar velas.

Mucho mejor que muerto.

Sarie Dobbs se había hecho un tatuaje impresionante de un dragón durante su aventura en el mar. Iba de la muñeca hasta el hombro, y serpenteaba por todo el brazo.

—Quería traerme a un dragón auténtico de vuelta, pero el capitán no me lo permitió —dijo, mientras extendía el brazo—. Tenía miedo de que incendiara el barco.

Han había oído decir que en Carthis había dragones, pero no estaba seguro de si Sarie estaba bromeando o no. Aunque no deberían de haber estado allí, estaba tan contento de verles que no tenía palabras para expresarlo. Un sentimiento de culpabilidad pesó sobre sus hombros, una pequeña parte de la carga que había estado acarreado todo este tiempo.

—Gata dice que eres mago —dijo Sarie, examinándole con los ojos entrecerrados—. Siempre supe que había algo mágico en ti y esas pulseras. —Se tocó las muñecas.

—Entonces, ¿volvéis a estar en el juego? —preguntó Han a Sarie y a Flinn—. ¿Formáis vuestra propia banda o vais con alguien más?

Sarie y Flinn miraron a Gata, después a Han, sintiéndose un poco incómodos.

—Les he dicho que se pueden unir a nosotros —dijo Gata.

Han frunció el ceño.

—Esto no es asunto tuyo —le dijo.

La cara de Gata se nubló, prometiendo la tormenta que se avecinaba.

—Fuiste tú quien me dijiste que reclutara a alguien para ayudarnos.

—Pero no a Sarie y a Flinn. No quiero que vuelvan a arriesgarse por mi culpa. Además, no tenías que haberles traído aquí. Nadie puede saber dónde me escondo. No es seguro. —Se volvió hacia Sarie y Flinn—. Tengo una banda, pero se mantienen a distancia y trabajan a través de Gata. Gata y Bailarín forman parte de la banda. Vosotros no.

Entonces fue Sarie la que frunció el ceño.

—¿Cómo que no, después de que liquidaran a Sweets, a Jonas y a Jed? Sweets era solo un niño. Sé que perdiste a tu familia, pero nosotros también tenemos cuentas pendientes que saldar.

—No se trata solo de mí —dijo Han—. Estoy en esto por otros motivos. Unos motivos que no tienen nada que ver con vosotros.

Sarie y Flinn intercambiaron miradas y después miraron a Han.

—Tú siempre tienes planes —dijo Sarie—. Eres el más importante del Mercado de los Harapos y del Puente del Sur; eres más importante que cualquier otro señor de la calle. Queremos participar. Queremos ayudar.

—Vosotros no tenéis nada que ver con esto. Se trata de un plan disparatado y con poco ingenio. Una búsqueda idiota. Una causa perdida antes de empezar. —Nunca dejaba de sorprender a Han de qué forma la gente estaba dispuesta a desaprovechar su vida uniéndose a él.

Aunque, tal vez, si les decía que tenía la intención de casarse con una reina, se darían cuenta realmente de lo disparatado que era su plan y se mantendrían al margen.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó Sarie, muy recelosa.

—Simplemente es algo que tengo que hacer. No tengo alternativa —dijo Han—. Pero vosotros sí.

Sarie entrecerró los ojos y su cara empezó a sonrojarse como lo hacía siempre que



se enfadaba.

No me cree en absoluto, pensó Han. Cree que quiero mantenerlos lejos de mi banda.

—Mira —dijo Flinn—. Escúchame. Estábamos todos en casa de Gata el día que vinieron los demonios. Yo, y Sarie, y Sweets, y Jonas y Jed. Sarie y yo estábamos en el cuarto de atrás, y cuando les oímos entrar y vimos como lo destrozaban todo, nos metimos en el escondite que hay bajo el suelo.

Flinn miró a Han, con sus oscuros ojos atormentados.

—Los demonios les torturaron. No dejaban de preguntar dónde estabas. Nos quedamos allí escondidos oyendo a los demás gritar y gritar hasta que murieron, pero nunca nos delataron. Nosotros ni siquiera intentamos ayudarles. Al contrario, huimos. Ahora, cada vez que cierro los ojos veo a Sweets y le oigo gritar. Es por eso que he vuelto. No podemos escapar de esto, por muy lejos que vayamos.

—No fue culpa vuestra —dijo Han—. No podíais hacer nada contra los magos.

—Tal vez —dijo Flinn—. Pero las espadas son más rápidas que los hechizos. Tú lo habrías intentado. Nosotros podríamos haberlo intentado. Y tú puedes luchar contra los magos, si eres uno de ellos. Queremos entrar en la banda. Nosotros podemos ser las espadas, los informadores y dos pares de ojos para vigilar.

Han vaciló. Necesitaba aliados. Podría utilizar su ayuda. Tenía un trabajo para Gata que la alejaría de Bailarín. Necesitaba a alguien que reuniera información y mantuviera vigilada la actividad en el Mercado de los Harapos.

Pero esto implicaba poner de nuevo a sus amigos en peligro con el fin de llevar a cabo sus planes.

—He oído que trabajas para la princesa Raisa —dijo Sarie, cambiando de estrategia—. Gata dice que la Rebecca que nos sacó de la Cárcel Militar de Puente del Sur era la princesa Raisa disfrazada. Yo no me olvido de los que me han ayudado.

—De todos modos, Sarie y yo ya lo habíamos decidido, antes de saber que aún seguías con vida —dijo Flinn—. Planeamos reunir a una banda para eliminar al Gran Mago y a tantos como pudiéramos.

—No podréis con ninguno —murmuró Han—. ¿No lo entendéis? Os llevan mucha ventaja. Los únicos que van a quedar eliminados seréis vosotros.

—Entonces danos un trabajo que podamos hacer —dijo Sarie, inclinándose adelante hasta que su nariz quedó a pocos centímetros de la de Han.

La cuestión era que Han lo comprendía. En el Mercado de los Harapos, o en Puente del Sur, necesitabas una banda y un cabecilla con un plan y una reputación, si querías sobrevivir. No importaba lo que te pidiera, porque era mucho mejor que estar solo.

Después de un breve e incómodo silencio, habló Bailarín.

—Esto podría ayudar —dijo. Mostró un colgante de cobre batido, con la insignia de la banda del Rey Demonio de Han: una línea vertical con un zigzag de arriba abajo—. Es un talismán, parecido a los que llevan los Demonai. Les hará menos

perceptibles ante los magos y menos vulnerables a los hechizos. Debería protegerles de todo excepto de un impacto directo. Puedo hacer uno para cada uno.

—De acuerdo —dijo Han, cediendo—. Os diré lo mismo que le dije a Gata: no podéis ir haciendo trabajillos por ahí si os comprometéis conmigo. Si decidís marcharos, primero me lo decís y después mantenéis la boca cerrada. Hasta entonces, haréis lo que yo diga. No podréis elegir los trabajos que queréis hacer. Mi nombre de la calle es Rey Demonio. Utilizad este nombre incluso cuando creáis que no hay soplones. No le digáis a nadie dónde está este local; no podéis venir aquí sin una buena razón. Os reuniréis con el resto de la banda en cualquier otro lugar.

—¿Cómo nos pondremos en contacto contigo? —preguntó Sarie.

—A través de Gata, o dejando mensajes en el lugar secreto del mercado. Yo haré lo mismo. Tendréis un lugar donde dormir, mucha comida y algunas monedas en el bolsillo, pero nadie se hace rico en una banda. Si no os parece bien, podéis iros ahora mismo.

No se fueron. Se arrodillaron y pronunciaron el juramento, usando sangre y escupiendo para terminar.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Sarie, una vez estuvieron de pie.

—Conocéis el Mercado de los Harapos y a todos los que viven aquí —dijo Han—. Alguien está intentando matar a la princesa —Rosa Silvestre— y es probable que esté buscando personal para contratar, porque acaba de perder a tres asesinos.

Abrieron los ojos como platos.

—¡Por la sangre del demonio! —exclamó Flinn—. ¿Quién podría querer matarla? La gente del Mercado de los Harapos y de Puente del Sur hablan de Rosa Silvestre como una santa.

—Los que quieren matarla es poco probable que sean de aquí —dijo Han, en tono seco—. Aunque sí que es probable que busquen su personal aquí. Nos ayudará que la princesa caiga bien a la gente. Hablad con los que sabéis que están en el negocio. Buscarán personal del bueno y estarán dispuestos a pagar bien.

Flinn y Sarie asintieron con la cabeza.

—Pero vigilad mucho y mantened la boca cerrada. Probablemente nos enfrentamos a los mismos que mataron a Velvet y a los demás.

—¿Esto es todo? —dijo Sarie, decepcionada.

—Una cosa más —dijo Han—. Enteraos de lo que dicen por aquí sobre unos magos a los que les cortaron el cuello y fueron encontrados en el Mercado de los Harapos. Enteraos a ver si alguien está corriendo la voz de que se compran amuletos. —Hizo un gesto hacia Bailarín—. Y por cierto, guardad la espalda a Bailarín. Él tiene el don, y hay unos cuantos que podrían tener motivos para eliminarle.

—Soy yo quien guarda la espalda a Bailarín —dijo Gata, poniéndole las manos en los hombros.

Sarie y Flinn se quedaron mirándoles, como si no quisieran aceptar la evidencia que tenían ante sus ojos.

—¿Estás saliendo con un cabezacobriza? —dijo Sarie finalmente.

—¿Algún problema? —dijo Gata, con los ojos entrecerrados.

Los dos negaron con la cabeza.

Bailarín dejó sus piezas y se frotó los ojos.

—Tal como lo veo, cuanto antes resolvamos esto, antes podré irme de la ciudad.

Gata y Bailarín son como un pez saliendo con un pájaro, pensó Han. Ninguno de los dos puede vivir en el ambiente del otro.

—Para ti tengo otro trabajo, Gata —dijo Han—. Y no sé si te va a gustar.

## Un servicio fundamental

Cuando Raisa entró en el pabellón del sanatorio, seguida por su habitual puñado de guardias, la novicia de guardia casi se muere del susto. Se arrodilló ante Raisa, con la frente casi tocándole al suelo.

Raisa le hizo un gesto para que se levantara.

—¿Dónde puedo encontrar a vuestra paciente Talia Abbott? —preguntó—. Debió de llegar hace tres días.

Temblando, la novicia señaló al otro extremo de la sala.

—Última cama a la izquierda —tartamudeó—. Al lado de la ventana. —Salió volando por la puerta.

Raisa dejó a su guardia en la puerta y atravesó todo el pabellón entre hileras de catres estrechos y el hedor de orinales fétidos azotándole en plena cara. Los enfermos que tenían suficiente fuerza se incorporaban apoyándose sobre los codos para mirarla. Un suave murmullo de voces se extendió hasta el final de la sala y volvió a subir. Algunos de los enfermos estiraban los brazos hacia Raisa cuando pasaba por delante de su cama. «¡Reina Raisa!», gritaban. «Es Nuestra Señora en persona. ¡La Rosa Silvestre! ¡Tóquenos! ¡Cúrenos!»

—No soy curandera —dijo Raisa, ofreciendo sus manos a cada lado—. Pero os deseo una pronta curación a todos.

Encontró a Talia acostada en un catre al final de la sala, junto a la pared, con el cuello cubierto de vendajes blancos. Había una tableta y una tiza encima de las mantas, a su lado.

Pearlie estaba sentada en una silla junto a la cama, con la cabeza inclinada sobre un libro que estaba leyendo en voz alta a Talia. Alzó la cabeza cuando Raisa se acercó, y después se arrodilló a sus pies, sonrojada de vergüenza.

—¡Alteza! —Con el libro en una mano, saludó poniéndose un puño sobre el pecho.

—Siéntate —dijo Raisa—. Por favor, sigue leyendo. Solo quería ver por mí misma cómo estaba Talia.

—Oh, no, Alteza. Por favor, sentaos vos —dijo Pearlie, haciendo un gesto hacia la silla que acababa de dejar vacía—. Yo iré a buscar otra. —Salió apresurada.

Raisa se sentó al lado de la cama. Se puso los dedos en su propio cuello y dijo: —¿Cómo tienes la voz? ¿Alguna mejora?

Talia negó con la cabeza y escribió algo en la tableta, levantándola para que Raisa pudiera ver. «Descansando. Esperando».

Raisa tenía un montón de preguntas en la cabeza, pero no quería formular

ninguna porque después Talia tendría que responder.

—Te he traído un libro —dijo, ofreciéndoselo a Talia—. Es uno de los romances de Spinner que te gustan. Espero que no lo hayas leído.

Talia miró la portada, y después negó con la cabeza de nuevo, sonriendo.

Pearlie llegó con otra silla, que colocó al otro lado de la cama.

Raisa cogió la mano de Talia.

—¿Te importa si le hago unas cuantas preguntas a Pearlie para que no tengas que escribir tanto?

Talia dejó la tableta sobre la cama y asintió con la cabeza.

—¿Qué han dicho los curanderos de las lesiones de Talia? —preguntó Raisa.

—El asesino aplastó la laringe de Talia y lesionó sus cuerdas vocales —dijo Pearlie, hablando en el lenguaje común con su acento ardeniense—. El aprendiz de lord Vega fue quien la trató el primer día. Ahora por lo menos la herida está cerrada. La inflamación ha disminuido, de modo que puede respirar mejor y no le duele tanto. —Miró a Talia buscando su corroboración, y Talia asintió con la cabeza—. Todavía le cuesta mucho comer y beber. A veces le provoca tos, y entonces le duele mucho.

Algo que había dicho Pearlie llamó la atención de Raisa.

—¿Has dicho el aprendiz? ¿Quieres decir que lord Vega no la ha visitado?

Pearlie negó con la cabeza.

—No, señora. Lord Vega solamente visita a la nobleza y a los que vienen de Dama Gris. Tiene aprendices de Vado de Oden durante el verano, y son ellos los que visitan a la mayoría de los enfermos. —Volviendo la cara para que Talia no la viera, se secó las lágrimas de los ojos con la manga.

—¿Así que Vega no la ha visitado?

Pearlie vaciló.

—No, señora. Lila Hammond fue quien visitó a Talia; es muy trabajadora y se esfuerza mucho, pero está en primer año. —Tocó la mano de Talia—. Nunca te vas a recuperar si no comes más.

Un ruido de pasos en el pasillo llamó la atención de Raisa. Harriman Vega, el mago responsable del sanatorio, apareció con una estela de aprendices detrás de él, como la que deja un barco en el agua.

—¡Alteza! Deberíais haberme avisado de vuestra visita —dijo—. Os habría venido a tratar en vuestros aposentos, si hubierais...

—Mi intención era hacer una visita informal —dijo Raisa, pensando: aquí ya nada es informal—. No necesito tratamiento, pero hay alguien que sí. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Talia.

La mirada desinteresada de Vega se arrastró hacia Talia.

—No sé lo que os habrá dicho esta chica, pero ya ha recibido tratamiento, Alteza —dijo—. Debieron de examinarla cuando llegó. —Señaló los vendajes que Talia tenía alrededor del cuello—. La herida ha sido curada. Evidentemente.

—Pero hay más por hacer —dijo Raisa—. No ha recuperado la voz y tiene

dificultades para tragar. ¿No debería usted hacer un seguimiento, en un caso así?

Vega agitó la mano con desdén.

—Si se me hubiera informado del caso, tal vez. Pero aquí tenemos centenares de pacientes. Debemos aceptar que a veces estas lesiones provocan... discapacidades permanentes.

Raisa se agarró al reposabrazos de la silla y lanzó la primera respuesta que le vino a la cabeza.

—A veces debemos aceptarlo, pero solo después de haber explorado todas las posibilidades. Esta soldado fue herida al interponerse entre yo y un asesino. Se merece algo mejor. —Hizo un gesto, señalando a las demás personas del pabellón—. ¿Cuántos de estos enfermos se podrían recuperar con un tratamiento más intensivo?

Lord Vega levantó las manos.

—No lo sé, Alteza, pero como ya sabéis, nuestros recursos son limitados, y...

—Lo comprendo, lord Vega —dijo Raisa, alzando una mano para ponerla sobre el brazo del mago—. Pero tengo intención de cambiarlo. Le pido que asuma la responsabilidad personal del tratamiento y la recuperación de la soldado Abbott. Y más importante aún, le pido que establezca un sistema de seguimiento para los enfermos con lesiones más graves. —Al ver la expresión horrorizada de Vega, añadió—: No digo que deba curarlos a todos personalmente, porque sé que es físicamente imposible, pero sí que debe usar su amplio conocimiento y experiencia para dirigir su tratamiento.

Lord Vega inclinó la cabeza.

—Como vos deseéis, Alteza —dijo, resoplando como un pavo real.

—Si nuestros recursos de alta magia son limitados, entonces tal vez deberíamos integrar a algunos sanadores de los clanes para trabajar en el sanatorio —dijo Raisa, anticipándose a la reacción que esperaba.

—¿Cabezacobrizas? —Lord Vega entrecerró los ojos—. No creo que estemos tan desesperados como para recurrir a la brujería de los bosques, Alteza. Y ya os advierto desde ahora mismo que ningún mago del Valle se atrevería a someterse a un sanador cabezacobriza ni a tomarse ninguna de sus pociones, por miedo a ser envenenado.

—Es posible, por lo menos al principio —dijo Raisa—. Pero hay mucha gente del Valle que tiene una fe ciega en los remedios de los clanes. Conozco algunos miembros de la nobleza que se han beneficiado de sus hierbas y cataplasmas. Yo tengo experiencia personal con las medicinas de los clanes, y le puedo asegurar que funcionan.

Por la expresión de Vega, era como si Raisa estuviera sugiriendo que usaran el sacrificio de la sangre para robar almas. Algo de lo que los clanes a menudo eran acusados.

Raisa suspiró. Paso a paso, pensó.

—Continuaremos hablando de este tema —dijo—. Mientras tanto, empezaremos a reforzar nuestro sistema actual. Una cosa es proporcionar una atención especial a la

nobleza. Pero imagine un servicio médico en el que cada ciudadano recibiera un tratamiento de calidad. Su reputación se extendería por los Siete Reinos. Los estudiantes de la academia se pelearían por ser sus aprendices. El profesorado viajaría hasta aquí para observar sus métodos.

—Es una posibilidad, supongo —dijo Vega, alisándose las estolas de mago y sacándose un polvo imaginario de su túnica—. Aunque, sinceramente, no hemos tenido ninguna dificultad para obtener...

—Esta ayuda adicional nos abrirá camino para sacar provecho de su experiencia —dijo Raisa, mirando fijamente al mago—. También contrataremos a curanderos plenamente capacitados para que le puedan ayudar. Este servicio es fundamental para el bienestar de todos en la Ciudad de la Luz. Ha sido desatendido durante demasiado tiempo.

—Sí, Alteza —dijo Vega, asintiendo, un poco más calmado—. Estoy totalmente de acuerdo.

—Gracias, lord Vega —dijo Raisa—. Espero quedar deslumbrada. —Sonrió, y el curandero se enorgulleció al ver su aprobación.

—Una cosa más —dijo Raisa, como si acabara de acordarse—. La sargento Greenholt tendrá el privilegio de realizar visitas ilimitadas a la soldado Abbott cuando no esté de servicio.

—Así lo dispondremos —dijo Vega. Entonces miró a Talia como si la viera por primera vez—. Hammond y yo volveremos para examinarla cuando vuelva de cenar.

Talia y Pearlie miraron a Raisa, con los ojos como platos, cuando el curandero se fue.

—Solo diré una cosa —dijo Pearlie—. Sin duda sabéis como dulcificar el veneno.

—De esto trata este trabajo, la mayoría de las veces —dijo Raisa, haciendo una mueca. Se levantó—. Pearlie, quiero que me mantengas informada del progreso de Talia. Volveré dentro de unos días.

¿Hay algo en este reino que funcione bien?, pensó Raisa, mientras salía del sanatorio. ¿Hay algo que no necesite ninguna atención? No hay suficientes horas al día.

## Extraños aliados

Raisa regresaba al palacio paseando por los jardines, con su habitual estela de guardias, cuando alguien apareció de entre las sombras al lado del camino. Raisa dio un paso atrás, y oyó el sonido de las espadas desenvainándose detrás de ella.

Era Micah Bayar.

—Micah. No es muy buena idea sorprenderme así —dijo Raisa. Puso la mano en su puñal, bajando la mirada instintivamente para ver si su anillo Lobo Gris estaba en su lugar—. ¿Qué quieres?

—Sólo quiero hablar contigo, Raisa —dijo Micah, abriendo las manos a los costados del cuerpo para demostrar que las tenía vacías. Desvió la mirada hacia la escolta armada hasta los dientes—. En privado.

—Esto no va a ser posible —dijo Raisa—. Estoy segura de que comprendes el porqué.

—Por favor, escúchame —dijo— y considera detenidamente lo que te diré. —En voz más alta, dijo—: Ahora voy a quitarme el amuleto, o sea que, por favor, no me atacéis. —Lentamente, sin quitar los ojos de los Lobos Grises, se quitó el amuleto del cuello y lo dejó sobre un banco de piedra del jardín. Después se sentó al otro extremo del banco y puso la mano en la piedra de al lado—. Siéntate conmigo. Por favor. Tu guardia puede seguir vigilando, pero suficientemente lejos para que no nos oigan. Si intento algo, que se me echen encima y me corten la cabeza.

Raisa vaciló, mordiéndose el labio.

—¿Cómo sé que no tienes otro amuleto escondido por el cuerpo? —dijo ella.

Micah sonrió débilmente.

—Tened compasión, Alteza —dijo—. Podría desnudarme, pero hace mucho frío esta noche. Además, vos parecéis inmune a cualquier hechizo de los que yo conjuro. —Enarcó una ceja.

Raisa dudaba si decirle que su guardia podía escuchar todo cuanto él le quisiera decir. Y sin embargo quería oír lo que Micah quería decirle, algo que no le diría delante de la guardia. Tenía la sensación de que descubriría algo útil.

—De acuerdo —dijo. Se volvió hacia la guardia, y ordenó—: Quedaos aquí y permaneced alerta.

Raisa avanzó y se sentó en el banco junto a Micah, guardando una pequeña distancia entre los dos.

—¿Qué pasa?

Micah la miró un largo rato.

—Voy desarmado, Alteza. No llevo ninguna de mis armas habituales.



—Tú no vas nunca sin armas —dijo Raisa.

Inclinó la cabeza hacia los guardias.

—Lo que quiero decir es que no estoy acostumbrado a citarme con una chica guapa bajo la mirada atenta de tantos pares de ojos.

Raisa hizo ademán de levantarse.

—¿Es eso lo que querías decirme? Porque en tal caso...

—Por favor. Siéntate. —Micah hizo un gesto para que se sentara de nuevo—. Lo siento. Parece que ya no sé nunca qué decirte.

—Podrías empezar por decirme la verdad. —Raisa se abrigó más con su chaqueta—. Me he hecho mayor. Ya no me impresionan los halagos.

—Te digo la verdad —dijo—. Pero sospecho que tú estás buscando algo diferente. —Miró sus manos—. Quiero volver a empezar. Quiero pedir permiso para cortejarte.

Raisa se quedó mirándole sin decir nada.

—Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, ¿esperas que te acepte como pretendiente? —dijo, finalmente.

—Estoy cansado de ir detrás de ti —continuó—. No estoy acostumbrado a eso, y es humillante.

—Hay un montón de chicas en la corte. ¿Por qué tienes que cortejarme a mí? —preguntó Raisa—. ¿Es que te está presionando tu padre?

Micah la miró un largo momento y después se encogió de hombros.

—Sí —dijo—. Ésta es la verdad. Pero no es por eso que estoy aquí. He venido por voluntad propia.

Raisa tenía una mancha en los pantalones de montar, en la parte interior del muslo. Se lamió el pulgar y la frotó, y cuando alzó la vista vio que Micah la estaba mirando. Rápidamente juntó las rodillas y dejó caer las manos sobre su regazo.

—¿Qué esperas ganar cortejándome? —preguntó Raisa.

Micah levantó las cejas.

—¿Cuál es el objetivo habitual de un cortejo, Raisa?

—Existe un gran número de posibilidades, como tú bien sabes —dijo Raisa, irritada—. En nuestro caso, no nos podemos casar, por lo tanto...

—Te ruego que mantengas la mente abierta respecto a esto —dijo Micah—. Ahora eres la reina, o pronto lo serás. Durante mil años nos hemos visto atrapados por el pasado. Tú tienes la capacidad de hacer cambios. El futuro está en tus manos, si lo quieres aprovechar.

Raisa inclinó la cabeza.

—Así que, como fracasaste obligándome a casarme contigo, ¿ahora esperas conseguirlo intentando persuadirme?

—Me gusta pensar —dijo Micah— que si la primera vez lo hubiera intentado de esta forma, lo habría conseguido.

—No soy la única persona a quien tienes que persuadir —dijo Raisa—. ¿Crees

que te podrías ganar a mi padre? ¿O a Elena Demonai? —Entornó los ojos, imaginándose la escena.

—Tú eres la primera persona a la que me tengo que ganar —dijo Micah—. Me preocuparé por ellos cuando tú digas que sí.

—Bueno, pues yo me tengo que preocupar por ellos ahora —le espetó Raisa.

—Ellos no son las únicas personas por las que tienes que preocuparte. —Micah cerró los ojos y respiró intensamente—. ¿Es que no te das cuenta del peligro que corres? —dijo, aún con los ojos cerrados.

—Tal vez no. ¿Hay algo que quieras decirme? —dijo Raisa, poniendo la mano sobre su brazo—. ¿Quién mató a mi madre, Micah? ¿Quién está intentando matarme a mí?

Micah se inclinó hacia Raisa para hablarle al oído, de modo que su aliento le removía el pelo y daba calor a su mejilla.

—No sé quién mató a la reina —dijo—. Y si supiera seguro quién está intentando matarte, me encargaría yo personalmente.

Contra todo pronóstico, Raisa le creyó.

—Bueno, pues —dijo Raisa, alejándose de él—. Vuelve cuando tengas estas respuestas.

Micah exhaló con irritación.

—No te puedo proteger si no me permites estar cerca de ti.

—Teniendo en cuenta tu historial, ¿por qué tendría que sentirme segura contigo? —murmuró Raisa.

—Yo sólo digo que sería más seguro si no fueras tan franca. Si diera la impresión de que estás un poco más de acuerdo con las cosas. Si diera la impresión de que existe una oportunidad de que pudieras... aceptarme. Si les dieras una oportunidad a los que tienen el don.

—¿Como cuál? —preguntó Raisa—. ¿Coronarte a ti como rey?

Micah alzó las manos, mostrando las palmas.

—Reflexiona bien esto de nombrar a un ladrón callejero como miembro del Consejo de Magos. El consejo está enfurecido. Se lo han tomado como una falta de respeto. Creen que les estás crispando adrede.

—¿O sea que se trata de eso? —Raisa entrecerró los ojos—. ¿Los Bayar queréis que nombre a Fiona en su lugar, verdad?

—Bueno, Fiona tiene sus defectos, pero sería una opción mucho mejor que Alister —dijo Micah—. Créeme, no estarás nunca tranquila si dejas que él vele por tus intereses. Lo único que quiere es beneficiarse él. —Hizo una pausa—. Debes saber que corren todo tipo de rumores sobre ti y ese ladrón. Lo último que me ha llegado a los oídos es que le has dado un título de nobleza y le has regalado una propiedad en el río Firehole.

Raisa se sonrojó.

—¿Tú qué crees, Micah? ¿Haces caso de todos los rumores?

Micah desechó esa posibilidad con un movimiento de mano.

—Te conozco muy bien. No puedo imaginar que puedas tener ningún interés en un matón callejero. Pero nada de todo esto ayuda en absoluto. Es un mago. Si los cabezacobrizas creen que estás liada con Alister, acabará en algún barranco con una flecha Demonai atravesándole un ojo. Si vas a unirte con un mago, por lo menos que sea alguien que reciba el apoyo del consejo. Alister no tiene el apoyo de nadie. —Hizo una pausa, examinándola como si estuviera dudando de hacerle la pregunta—. ¿Por qué está aquí, Raisa? ¿Qué es lo que ves en él? ¿Por qué él tiene acceso a ti y yo no?

Micah tendió una mano para coger la de Raisa, pero la retiró como si recordara que tal vez ese gesto no sería bienvenido. Flexionó la mano, frotándose las puntas de los dedos contra la palma de la mano para liberar tensión.

—Le perdonaste por intentar matar a mi padre —prosiguió Micah—. ¿Te has preguntado quién es el que está asesinando magos en la ciudad? ¿Debo recordarte que los asesinatos comenzaron justo cuando él regresó a los Páramos? ¿Y que los cadáveres han sido encontrados en su barrio?

A Raisa le dio un vuelco el estómago.

—Es muy fácil lanzar acusaciones —dijo—. Es lo único que he oído durante semanas. Te diré lo que les dije a los Demonai cuando acusaron a tu familia de asesinar a mi madre. Traedme alguna prueba y actuaré.

—Le estamos vigilando —dijo Micah—. Tarde o temprano, cometerá un error.

Quedaron en silencio un largo rato.

Han tenía razón, pensó Raisa. Si la gente intuye que hay algo entre nosotros, será su sentencia de muerte y tal vez la mía.

«Hazles creer que me odias», había dicho Han. Raisa no estaba segura de conseguirlo. Pero tal vez podía provocar algunas dudas.

—Mira —dijo Raisa—. Alister no será ningún problema si me dejas manejar esto a mi manera. Ahora mismo estoy haciendo un montón de malabarismos con intereses contrapuestos. Proponerle a él para entrar en el consejo formaba parte de un trato —el menor de los males. Fue el precio que tuve que pagar por un poco de paz.

—¿Lo sabía! —exclamó Micah, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra—. ¿Quién lo respalda? ¿Para quién trabaja? ¿Para Abelard?

Raisa negó con la cabeza.

—No voy a hablar más de este tema. Ya he hablado demasiado. Ahora, si no hay nada más... —Hizo ademán de levantarse.

Micah levantó la mano para detenerla.

—He reconocido que me gustaría que propusieras a Fiona para el consejo —dijo—. Pero no se trata solo de eso. No es esta la razón por la que estamos manteniendo esta conversación. Estoy intentando darte algunos consejos útiles. No quiero que te pase nada. No quiero este peso en mi conciencia. —Estaba pálido como un pergamino, sus ojos negros eran brillantes y duros como la obsidiana.

Raisa se inclinó hacia delante.

—Micah, si tienes conocimiento de alguna amenaza para la dinastía Lobo Gris, tu obligación es decírmela. O impedirla. O presentarla a la Guardia de la Reina.

Micah sacudió la cabeza, soltó un suspiro y se puso en pie, con los labios apretados y una expresión dura y sombría.

—No lo comprendes, ¿verdad? —dijo con voz grave y amarga—. Esto es exactamente lo que intento hacer, mantenerte viva. Lo he arriesgado todo por ti, mi familia y mi futuro. Lo único que has de hacer es demostrar un poco de... flexibilidad. Pero no. Dejarás que te maten, y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

Raisa se estremeció, su chaqueta ya no era suficiente para resguardarla del frío. Se habían producido... ¿cuántos? ¿Cuatro, cinco atentados contra su vida desde que los asesinos de lord Bayar fueron a Vado de Oden? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguno lo consiguiera?

Detrás de Micah, en el jardín lleno de sombras, unas formas grises se juntaban y formaban un círculo, con la luz de las antorchas reflejada en sus ojos y reflejándola a su vez como si fueran velas del templo.

Un punto de inflexión. Una decisión clave. Pero ¿cuál era la buena?

Micah seguro que estaba allí siguiendo las órdenes de su padre. Seguro que había ido para persuadirla de que cambiara de opinión y nombrara a Fiona como miembro del consejo. Probablemente intentaba asustarla para que cumpliera las órdenes del Consejo de Magos. Probablemente intentaba engañarla para que le aceptara como pretendiente.

Todo esto debía de ser verdad, pero Micah le había salvado la vida más de una vez. Por el motivo que fuera, parecía tener interés en mantenerla viva.

Raisa había sido impaciente y perdió los estribos en el Consejo de la Reina. Tal vez le hizo sentir bien llevar la contraria a lord Bayar, pero quizá lo pagaría a un precio muy alto. Necesitaba afianzar su posición antes de ganarse más enemigos.

Consideró el coste de jugar al juego. No cambiaría a Fiona por Han Alister en el Consejo de Magos. No quería a tres Bayar en el consejo, y además había dado su palabra a Han.

—Gracias por vuestro tiempo, Alteza —dijo Micah, interrumpiendo su caos mental—. Buenas noches. —Se dispuso a marcharse.

—Espera —dijo Raisa, poniéndose de pie.

Él se volvió y esperó.

Había una cosa que Raisa podía hacer, una decisión calculada en una situación que exigía un corazón frío y una mente clara. Algo que podría detener cualquier acción en contra de ella durante el tiempo necesario para construir sus propias defensas.

—Me has convencido, Micah —dijo Raisa—. Llegados a este punto, si realmente estás preocupado por mi seguridad, puedes decir a tu familia que he aceptado permitir

que me cortejes, con discreción. Que soy cautelosamente receptiva a tus propuestas. Pero no estoy haciendo ninguna promesa más allá de esto.

Micah inclinó la cabeza, con semblante inexpresivo.

—No podemos difundirlo por ahí, porque los clanes de las Espíritus no deben saberlo. Y teniendo en cuenta tu historia, estoy segura de que comprenderás que no puedo arriesgarme a estar a solas contigo.

—Acepto estas condiciones —dijo Micah—. Pero te haré una justa advertencia: haré todo lo posible para que cambies de opinión.

—Yo te haré otra justa advertencia: tarde o temprano, tendrás que elegir entre tu padre y yo. Pase lo que pase entre nosotros, deberás decidir a quién ofreces tu lealtad.

—Esto ya lo he decidido, Alteza. —Micah hizo una reverencia y se fue, perdiéndose entre las sombras.

Raisa se quedó de pie, mirándole, pensando si habría tomado la decisión correcta. ¿Sería capaz de convencer a lord Bayar de que había aceptado a Micah como pretendiente, ocultarlo a los clanes y mantener a Micah a distancia?

Cuando llegó al palacio, Raisa encontró a Han Alister esperando en la puerta de su habitación, hablando con los casacas azules que montaban la guardia. *Gata* Tyburn estaba con él, aunque Raisa no la hubiera reconocido si *Gata* no hubiera echado la cabeza atrás para soltar una de sus carcajadas justo en el momento en que llegaba.

*Gata* iba con un vestido —¿la había visto alguna vez con vestido?— de color albaricoque intenso con volantes que contrastaba con su piel oscura. Llevaba brazaletes que adornaban sus dos muñecas y tenía el pelo recogido. Se había pintado los labios de color frambuesa oscuro.

Raisa y su séquito se detuvieron frente a la puerta.

Han se inclinó, y *Gata* le hizo una reverencia.

—Alteza —dijo Han—. Lady Tyburn y yo esperamos que nos pueda dedicar unos momentos. —Inclinó la cabeza hacia la puerta—. En privado.

—¿Lady Tyburn? —Raisa les miró desconfiadamente con los ojos entrecerrados—. Está bien, si es poco tiempo. Quiero leer un poco antes de cenar.

La siguieron hasta su estancia privada y esperaron a que Mick cerrara la puerta detrás de ellos.

Magret apareció por la puerta de la alcoba de Raisa.

—Alteza, esperaba que llegaríais antes. No sabía si queríais tomar un baño antes de... —La voz se le fue apagando al ver a Han y a *Gata*. Cerró la boca con los labios apretados.

—Me bañaré después de cenar, gracias —dijo Raisa, hurgando entre los sobres de la bandeja que había junto a la puerta—. Dispone de tiempo libre hasta entonces.

—No me importa quedarme, mi señora —dijo Magret, enarcando las cejas exageradamente—. Tal vez necesitáis algo, o quizá vuestros invitados necesitan un refrigerio.

—No se quedarán tanto rato —dijo Raisa—. No necesitan tomar nada.

Magret se cruzó de brazos.

—Tal vez no es asunto mío, pero creo que no es seguro dejaros a solas con...

—Puedes retirarte, Magret —dijo Raisa con firmeza—. Te veré después de la reunión.

Magret se fue airadamente, murmurando algo que sonó como: «Hechiceros y ladrones. Un reino a sus pies, y ella confraterniza con hechiceros y ladrones».

Por lo menos no cerró la puerta dando un portazo.

Bueno, pensó Raisa, Micah Bayar tenía razón en una cosa: Han Alister no cuenta con el apoyo de nadie.

—¡Ja! —dijo Gata, cuando Magret desapareció—. La mayoría de la gente no me odia hasta que me conoce.

—Es la tía de Velvet, la doncella Magret Gray —dijo Han—. Me culpa por lo que le pasó a Velvet.

—¿Esta vieja gruñona es la tía de Velvet? —Gata entornó los ojos.

Raisa se dejó caer en una silla, sintiéndose de pronto muy cansada y acosada.

—¿De qué queríais hablar?

—Gata quiere solicitaros trabajo —dijo Han, dándole a Gata un empujón hacia adelante—. ¿Verdad, tú?

—¿Un trabajo? ¿Qué clase de trabajo? —Raisa miró a Gata y a Han.

Gata hizo otra reverencia, con la mirada abatida.

—Por favor, señora —dijo—, me complacería que me aceptarais como doncella.

—¿Tú? ¿Doncella? —exclamó Raisa, asombrada—. Ah... ¿Estás capacitada?

—Señora, pasé un año en la Escuela del Templo en Vado de Oden —dijo Gata—. Y antes iba a la Escuela del Templo de Puente del Sur, de vez en cuando. El orador Jemson os puede dar referencias. Fue él quien quiso que fuera a Vado de Oden para que después pudiera conseguir un puesto de doncella. Puedo obtener referencias de Vado de Oden, aunque tardaría algún tiempo.

—Bueno, mmm. Esto es impresionante —dijo Raisa—. Pero yo no acostumbro a contratar a...

—Si os gusta la música, sé tocar muy bien la *basilka* —se apresuró a decir Gata—. Y también el clavicémbalo, la mandolina, el laúd y la flauta dulce. Y también puedo cantar.

—Gata, realmente parece que tienes talento...

—Caterina —dijo Gata—. Éste es mi nombre de pila. Es más apropiado para este trabajo.

—... pero hay una considerable competencia para este tipo de puesto —prosiguió Raisa—. Mis criadas normalmente vienen con experiencia como doncellas. ¿Por qué tendrías que contratarte a ti?

—Bueno, sé que necesitaré un poco de formación en este sentido —dijo Gata—. Sé que probablemente vos no contratáis a doncellas del Mercado de los Harapos. En cualquier caso, no directamente.

—Pero lady Tyburn tiene otros talentos —interrumpió Han, enarcando las cejas a Gata.

—Tú cállate —le dijo Raisa a Han. Miró a Gata—. ¿De quién ha sido idea? —preguntó—. ¿Tuya o de él?

—Bueno, Pulseras... me dijo que solicitara el puesto —dijo Gata—. Y yo pensé, bueno, tiene bastante sentido. Porque aunque sea un mago el que os quiera eliminar, las espadas son más rápidas que los hechizos.

—¿Qué? —Raisa empezaba a tener dolor de cabeza.

—Veréis, soy la mejor de la ciudad peleando con cuchillo, ahora que Shiv Connor's está muerta —dijo Gata. Unos largos cuchillos se materializaron en ambas manos—. Puede preguntárselo a cualquiera.

—Hemos pensado que Caterina podría ser doncella y guardaespaldas —dijo Han—. Dos por el precio de una.

—¿Cuántos guardaespaldas necesita una persona? —preguntó Raisa, frotándose las sienes—. Porque yo tengo tantos que tropiezan unos con otros.

—Necesitamos a alguien dentro de la habitación —dijo Han—. Después de lo que pasó con Talia y Trey, creo que no es suficiente con la guardia de la puerta. Y yo no puedo estar siempre aquí al lado. Además, hasta ahora, todos los intentos contra vos han sido realizados con medios convencionales. Cuchillos, espadas y cuerdas.

—Quiero que me lo diga Caterina —dijo Raisa, agitando la mano para que Han se callara—. ¿Por qué tendría que contratarte?

—Bueno. —Gata se tocó el moño y se recogió un rizo suelto—. Tenéis a los casacas azules como guardaespaldas, ya lo sé. Y a Pulseras. Pero creo que necesitáis otro puñal en la manga. Alguien que tenga contactos por toda la ciudad. Alguien que esté siempre atento y sepa quién contrata sicarios y a quién piensan eliminar. Alguien que no llame la atención por la calle. —Gata ladeó la cabeza—. Pero esta persona también ha de poder entrar y salir del palacio. Y hablar con todo tipo de gente. Y hacer cosas en silencio que tal vez vos no queréis que vuestros amigos sepan.

Raisa frunció el ceño.

—¿Como por ejemplo?

Gata hundió la punta de su elegante zapato en la alfombra.

—Espiar y birlar cuando convenga, trepando si es necesario, poner una moneda en el bolsillo adecuado o susurrar algo en el momento oportuno. —Miró a Raisa a los ojos—. Probablemente a vos no os atrae la idea de hacer las cosas a escondidas —dijo—. Pero es el territorio en el que os encontráis en este momento. Tenéis enemigos que harán lo que sea para ganar. Debéis tener armas propias.

Raisa se pasó los dedos por el pelo.

—A diferencia de mis enemigos, yo no quiero hacer lo que sea para ganar. No es mi intención contratar a un asesino o un matón.

—Yo pienso más en un buen espía —dijo Gata.

—Gata fue la que movilizó todo el Mercado de los Harapos y Puente del Sur para

que asistieran al funeral de la reina —dijo Han—. Lo hizo en dos días.

—¿Cuántos años tienes, Caterina? —preguntó Raisa.

Gata sacudió la cabeza.

—No lo sé. Pero ha pasado el día de mi onomástica —dijo, cruzando los brazos y cogiéndose los codos a los costados—. De eso estoy segura.

—Sabe con quién os enfrentáis —dijo Han, como si hubiera comprendido adónde quería llegar Raisa con esa pregunta—. Y es mayor que los años que tiene.

—Me haríais un gran favor si me aceptarais —dijo Gata, poniendo las cejas juntas para concentrarse en sus palabras—. Me iría muy bien pasar más tiempo con gente de clase alta. Me ayudaría a aprender modales, política y cosas así.

—Aceptar este puesto es una buena manera de que te maten —dijo Raisa, con el recuerdo de Talia y Trey muy fresco en la memoria—. Si lo que quieres es dejar la calle, puedo hacerte una carta de recomendación que te proporcionará un puesto en casi cualquier familia de la nobleza de los Páramos. Eres lista. Solo te falta pulirte un poco y encontrarás trabajo rápidamente.

—No es eso lo que quiero —dijo Gata tenazmente.

—Tiene sus propias razones para querer ayudaros —dijo Han—. Si vos decís que no, yo encontraré otros trabajos para ella. Probablemente más peligrosos que este.

Raisa vacilaba. ¿Por qué Han estaba tan interesado en colocar a su antigua novia en sus aposentos? Había muchas posibilidades. ¿Era realmente para impedir los ataques de los asesinos? ¿O Gata serviría como barrera para mantenerlos a ellos dos, Han y Raisa, separados?

¿Le permitiría esto a Han estar más al tanto de los movimientos de Raisa mientras que él ganaría más libertad para entrar y salir a su antojo?

Raisa miró a Han, que estaba de pie, con la cabeza inclinada esperando su respuesta, frotándose la muñeca derecha donde antes había las pulseras. Su rostro no aportaba ninguna pista.

¿Realmente ella quería que *Gata Tyburn* la estuviera vigilando durante sus escasos ratos de soledad? Tal vez. Si eso la ayudaba a mantenerse con vida.

—De acuerdo —dijo Raisa—. Vamos a probarlo.



## Por el bien de la dinastía

Después de tres semanas como doncella de Raisa, Caterina Tyburn seguía revoloteando por la suite de Raisa como un par de dados dentro de una bolsa de terciopelo. Nunca estaba quieta: se pasaba todo el día mirando dentro del armario para asegurarse de que nadie se había colado por el paso subterráneo, miraba por la ventana por si acaso veía a los asesinos escondidos en los jardines, comprobaba que los guardias del pasillo estaban aún vivos y haciendo guardia. Su movimiento constante ponía nerviosa a Raisa, pero sabía que Gata se esforzaba mucho, de modo que intentaba tener paciencia.

La parte del trabajo como doncella quedaba prácticamente desatendido a menos que Raisa le pidiera que hiciese algo concreto. Gata simplemente no tenía ni idea de lo que implicaba el puesto. Magret Gray lo repasaba todo cuando Gata no estaba, y nunca dejaba pasar la oportunidad de señalar las deficiencias de la doncella novata.

Por ejemplo, una mañana, Gata sacó el vestido que Raisa tenía intención de llevar en una recepción de la guardia, y lo colocó sobre una silla. Cuando Magret llegó, empezó a quejarse por la forma que había cogido el vestido, y no paraba de dar vueltas alrededor de la silla con las manos en las caderas y murmurando algo ininteligible.

Raisa intentaba concentrarse en su libro, pero Magret cada vez gritaba más mientras pasaba un cepillo por la falda.

—Lo probaré con vapor, pero no sé si voy a poder quitar estas arrugas para esta noche. Vaya desgracia, dejar salir a la reina con un vestido que parece que lo hayan metido en un cajón o lo hayan dejado tirado por el suelo. En mi época, las doncellas se tomaban en serio el aspecto de su señora. —Etcétera.

Raisa puso un dedo en el libro para marcar el punto.

—¿Magret? ¿Hay algo que quieras decirme? —dijo.

—No, señora. —Magret siguió cepillando la falda—. No os preocupéis. Haré todo lo posible para arreglar esto.

—¿Hay algo que te preocupa de mi nueva doncella? —insistió Raisa.

Magret se volvió hacia Raisa y colocó las manos sobre sus formidables caderas.

—Alteza, me pregunto por qué está aquí, y también se lo preguntan los demás. Algunos de nosotros provenimos del Mercado de los Harapos, de acuerdo, pero hemos hecho un largo camino hasta aquí, trabajando duro cada día con la esperanza de que algún día pudiéramos servir a la reina y a su familia. Todo el servicio habla de esto, pero todos temen decirle algo a ella por miedo a que les corte el cuello.

—¿En serio? —dijo Raisa, con una voz aparentemente tranquila—. ¿Desde

cuándo mis sirvientes dudan y discuten sobre mi elección de los empleados?

Magret sorbió la nariz.

—Nuestro deber es cuidar de vos, señora, lo mejor que podamos. Queremos que estéis bien servida. Y es más trabajo para el resto cuando ella no hace lo que debería hacer.

—Vino recomendada —dijo Raisa—. Tal vez es un poco chapucera, pero...

—¿Quién la recomendó? —le espetó Magret—. ¿Ese demonio de ojos azules que vive aquí al lado? Oh, es muy guapo y viste muy bien, pero eso no cambia lo que hay debajo. Me he fijado en la forma en que os mira, Alteza. Como si tuviera hambre y vos fuerais la cena.

Raisa notó que las mejillas le ardían. Se puso de pie, con los puños cerrados a los costados del cuerpo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —dijo.

—Lo sé todo de *Pulseras Alister* —prosiguió Magret—. Solía elegir a sus chicas en el Mercado de los Harapos, y rompía corazones por todas partes. Señoras y lavanderas, no le importaba. He oído historias de cómo...

—Magret, Han Alister me salvó la vida —dijo Raisa con rigidez, resistiéndose a la tentación de ponerse las manos en los oídos—. Y casi perdió la suya al hacerlo. Tengo con él una deuda de gratitud que nunca podré pagar.

—Bien, él hará que le paguéis —dijo Magret—. No olvidéis lo que os digo. Ese chico nunca hace nada sin sopesar el oro que hay en juego y pensar en los beneficios.

—De acuerdo, ya me has advertido —dijo Raisa—. Este tema está zanjado. Volvamos a Caterina. Tienes toda la razón. Necesita una buena formación. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Quiero que te encargues tú.

—¿Yo? —Magret parecía horrorizada—. Oh, no, Alteza, yo no puedo...

—Te estoy ascendiendo. A partir de ahora serás ama de la alcoba de la reina —dijo Raisa—. Supervisarás a mis criadas personales y serás la responsable de enseñarles qué deben saber para trabajar lo mejor posible.

Magret apretó los labios para que no le saliera lo que estaba pensando. Aunque no era difícil imaginarlo.

Raisa cogió el brazo de Magret.

—Soy consciente de los defectos de Caterina como doncella. Nunca será una criada perfecta, aunque tampoco es lo que estoy buscando, pero puede mejorar. Solo te pido que confíes en mí y hagas todo cuanto puedas. ¿Lo harás?

Magret miró a Raisa un largo momento, y después asintió a regañadientes. Abrió la boca para decir algo, pero alguien llamó a la puerta.

—Perdonad, señora. —Magret fue hacia la puerta.

Era Amon. Raisa vio su alta figura en el umbral de la puerta, más allá de la ancha espalda de Magret.

Amon había pedido audiencia con ella. Varias veces. Y Raisa lo había aplazado. Su instinto le decía que cualquier audiencia formal con Amon no podía traer ninguna

buenas noticias.

Se resistió a la tentación de salir corriendo hacia su alcoba y excusarse con un dolor de cabeza, pero Amon ya la había visto.

Magret se volvió hacia Raisa con cara interrogativa. Raisa asintió con la cabeza.

—Pasa, Amon —dijo.

Amon entró, y Raisa se dio cuenta de que llevaba su uniforme azul, con la espada de Nuestra Señora a un lado.

Raisa le señaló una silla al lado de la ventana.

—Siéntate, por favor —dijo, mientras ella también se sentaba—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un poco de sidra? ¿Algo para comer?

—No, gracias, Alteza. —Amon negó con la cabeza y después se sentó, colocado en el borde de la silla con las manos sobre las rodillas—. No me quedará mucho.

—Siento haber aplazado este encuentro —dijo Raisa, agitando la mano—. No he parado, y sabía que nos veríamos esta noche en la recepción.

—Lo comprendo, Alteza —dijo Amon, con su típica voz de Amon el Formal—. Ya sé que nos vemos casi a diario, pero prefería pedir audiencia, para esto. —Miró a Magret, después miró sus manos, donde el anillo Lobo Gris brillaba en su mano derecha.

Raisa notó que se le formaba un nudo en el estómago. Sabía de qué se trataba.

—Magret —dijo, sin apartar la mirada de la cara de Amon—, déjanos, por favor.

Pensó que Magret se opondría, pero inclinó la cabeza y salió de la habitación. Magret no ocultaba el hecho de que aprobaba y confiaba completamente en Amon Byrne.

—Bien —dijo Raisa, cuando se cerró la puerta detrás de Magret—, ¿de qué me querías hablar?

—Como sabes, Annamaya Dubai ha vuelto a casa —dijo Amon—. Está en la residencia de la Escuela de la Catedral temporalmente, porque su padre está destinado en la frontera de Arden.

—Lo sé —dijo Raisa—. La he visto en la corte. Qué bien que haya vuelto a casa para pasar el verano. Aunque yo creía que se quedaría en la escuela.

—Quiere encontrar un puesto aquí —dijo Amon. Se aclaró la garganta—. Si pudiera ganar algo de dinero, le iría bien para el próximo curso.

—Ah —dijo Raisa, asintiendo—. ¿Cuándo volverá a la escuela?

Los ojos grises de Amon se quedaron clavados en los de Raisa hasta que ella desvió la mirada.

—No va a volver. Ha decidido trasladarse a la Escuela de la Catedral —dijo Amon—. Solo le queda un año.

—Oh. Me sorprende que venga aquí —dijo Raisa—. La Escuela de la Catedral es buena, pero la Escuela del Templo de Vado de Oden es la mejor de los Siete Reinos.

Amon avanzaba obstinadamente, como si estuviera contando una historia bien ensayada.

—Como bien sabes, tuve que dejar la escuela repentinamente, y con mis... con mis nuevas responsabilidades, no podré volver allí. De modo que Annamaya ha decidido regresar a casa para estar más cerca de mí.

Bueno, es un poco pegajosa, ¿no crees?, quería decir Raisa. Pero no lo hizo.

—Esperaba que tú pudieras dar referencias de ella para conseguir un puesto aquí en la corte —dijo Amon—. Ha estado tres años en Vado de Oden. Tiene cartas de recomendación de sus maestros en la Escuela del Templo, pero tu recomendación significaría mucho.

—Bien. —Raisa agitó de nuevo la mano, como si se tratara de un pájaro enjaulado—. Por supuesto. Es decir, no he pasado mucho tiempo con ella, pero por lo que he visto, yo...

—Me gustaría que os conocierais mejor —interrumpió Amon, de forma inesperada—. Creo que te caería bien si llegaras a conocerla.

¿Cómo había llegado Amon a tener la impresión de que a Raisa no le caía bien Annamaya?

Tengo que ser más buena persona, se dijo Raisa a sí misma. Seré una mejor persona, según la voluntad de la Hacedora. Una persona generosa. Pero no sé si puedo hacerlo ahora, junto con todo lo demás.

—Estoy segura de que seremos grandes amigas —dijo, hablando como una idiota—. Ya que estará aquí en la corte y... aquí en los Páramos... permanentemente, por lo que parece.

Amon cogió las manos de Raisa, lo que la cogió por sorpresa.

—Rai, Annamaya y yo queremos anunciar nuestro compromiso en la recepción de esta noche —dijo.

—¿C-compromiso? —tartamudeó Raisa—. ¿E-esta noche?

Amon se apresuró a hablar al ver que Raisa tropezaba con las palabras.

—¿Recuerdas que en Vado de Oden dije que queríamos anunciar nuestro compromiso en verano, cuando volviéramos a casa?

—¿Tan pronto? Quiero decir que, bueno, tú dijiste que no teníais planeado casaros hasta que tú acabaras la academia, y...

—Exacto. Pero ahora no volveré a la academia, de modo que ya no hay motivo para esperar —dijo Amon. Sujetaba a Raisa con más fuerza y le cortaba la circulación de los dedos.

Ella tendría que haber dicho: «¡Oh, esto es estupendo! Seréis una pareja perfecta». Pero, por el motivo que fuera, su habilidad habitual para disimular desaparecía cuando estaba con Amon.

Se las arregló para decir:

—¡Bueno, qué... feliz... sorpresa sorprendente! Gracias por confiarme el secreto con anticipación.

Amon le examinó la cara.

—Bueno, no es ningún secreto. Y yo, como capitán de la Guardia de la Reina,

debo informar a la reina sobre los planes de matrimonio.

—¿En serio? —dijo Raisa—. ¿Y también los tengo que aprobar? —Intentó decirlo despreocupadamente, pero el temblor de su voz la delataba.

Había perdido a Han, había perdido a Amon, Micah era una serpiente y Nightwalker era agotador. Se sentía como la guapa del baile esperando en un rincón con la tarjeta de baile vacía.

Amon se mordió el labio, con la cara llena de tristeza.

—Tengo que casarme, Rai —susurró, mirando sus manos—. Ya tengo dieciocho años. Y creo que sería más... fácil... si estuviéramos casados. —La miró con esperanza—. ¿No crees?

Raisa negó con la cabeza.

—Nada va a hacer esto más fácil —dijo—. El matrimonio parece un final tan terrible. Aunque sé que no podemos estar juntos, es muy difícil para mí perderte para siempre.

—No me pierdes —dijo Amon—. Siempre estaré aquí, y tú lo sabes.

Raisa asintió, se recompuso e intentó esbozar una sonrisa.

—Lo sé. Estoy siendo poco razonable. Aunque tú ya sabes que no soy una persona razonable. Eres mi amigo, y por eso te digo cómo me siento en mi corazón egoísta.

Raisa se inclinó adelante, mirándole fijamente a los ojos.

—Pero quiero que sepas esto, Amon Byrne. Te deseo lo mejor en tu matrimonio. Nadie se merece la felicidad más que tú. Y lo digo en serio.

Se desprendió de las manos de Amon y se puso en pie, cogiéndose las faldas por cada lado.

—Gracias por informarme. Será útil... para esta noche.

Amon también se levantó.

—Adiós, Alteza —dijo, con un nudo en la garganta—. Gracias por haberos reunido conmigo. Os veré esta noche. —Saludó, llevándose el puño al pecho, se dirigió hacia la puerta y se fue.

Esa noche, Raisa *ana* Marianna ofreció una recepción para los oficiales del ejército y de la guardia. Llevaba un vestido sin arrugas de satén verde que hacía juego con sus ojos. Bailó con todos los oficiales, animando a la princesa Mellony y a sus damas de la corte a unirse al baile.

A media velada, el capitán de la guardia, Amon Byrne, pidió la bendición para su matrimonio con Annamaya Dubai, una estudiante de la Escuela del Templo de Vado de Oden, hija de uno de los oficiales del ejército de los Páramos.

La pareja se arrodilló ante Raisa, y ella levantó una copa para brindar por su matrimonio y por su futura felicidad, destacando que hacían muy buena pareja. Raisa cogió las manos de Annamaya entre las suyas, la hizo levantar y se puso de puntillas

para besar la mejilla de la prometida del capitán Byrne.

—Gracias por compartir el capitán Byrne conmigo —dijo Annamaya, sonriendo—. Sé que seremos grandes amigas.

Siguieron una serie de brindis, propuestos por Raisa, que prometió bailar en su boda, la cual probablemente se celebraría en otoño.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo en que la pareja que se acababa de comprometer era encantadora, y felicitaron a Raisa por la fiesta.

Esa noche, Raisa estuvo despierta mucho rato, mirando hacia el techo, imaginando que oía a Han Alister respirando en la habitación de al lado.

## Más extraños aliados

Teniendo a Gata en la habitación contigua como doncella de Raisa, le daba a Han más libertad de movimiento, y también menos, en cierto sentido. No tenía ganas de quedarse todo el día encerrado en su habitación, con una oreja pegada a la puerta, esperando a que alguien aprovechara el momento oportuno para asesinar a la futura reina. Cuando Raisa salía, dentro o fuera del palacio, ahora eran dos a repartirse la responsabilidad de mantenerla a salvo. Tres, contando al capitán Byrne.

Pero tenía menos oportunidades de entrar y salir de las habitaciones de Raisa a voluntad, lo que era positivo en cuanto a resistir la tentación.

De todos modos, la princesa heredera no pasaba mucho tiempo encerrada. Raisa entró en un torbellino de fiestas y recepciones a medida que la coronación se acercaba. Amon, Han, Gata y Bailarín empezaron a reunirse cada mañana para hablar de la seguridad y de la estrategia para protegerla durante el alboroto de la fiesta, con tantas idas y venidas de forasteros en el palacio. Los Lobos Grises hacían turnos de doce horas, siete días a la semana, sin quejarse. Tenían un interés personal en mantener a su amiga a salvo.

Magret Gray era la encargada oficial de los regalos de la coronación, de modo que los registraba y almacenaba a medida que iban llegando. Han los inspeccionaba todos por si acaso había peligros ocultos, como trampas mágicas, hechizos, venenos o cosas similares. Esto le daba también la oportunidad de saber quién intentaba ganarse a la reina. Llegaron un montón de regalos de los reinos del sur, incluyendo una llamativa tiara de Gerard Montaigne. Han no pudo evitar preguntarse quién se debió de haber quedado sin tiara en Tamron. O tal vez era que a la propietaria anterior le habían cortado la cabeza y por lo tanto ya no tenía necesidad de ella.

Los Bayar enviaron regalos lujosos, como joyas y candelabros de plata. Han les dedicó una atención especial, reclamando también la pericia de Bailarín. No parecían hechizados. De todos modos, no importaba, porque Magret Gray los escondió sin ni siquiera mostrarlos a la futura reina. No quería correr ningún riesgo con los regalos de los magos.

La doncella todavía miraba a Han con mala cara, no hablaba nunca con él directamente, a pesar de que él se esforzaba en ser amable con ella.

Han empezó a pensar que tal vez él también tendría que hacer un regalo a Raisa por su coronación. Quería que fuera algo único y significativo. Pero también tenía que ser algo que pudiera permitirse. Al fin y al cabo, acababa de comprar una casa.

Al final le vino la inspiración. Habló de su idea con Bailarín, que creyó que podía tener la pieza lista para la coronación si se ponía a trabajar inmediatamente. Había un

orfebre en Demonai que le ayudaría.

Han, Amon, Gata y Bailarín también asistían a las fiestas, y elaboraron un programa de turnos que mantenía a la futura reina constantemente bajo vigilancia por lo menos de dos de ellos.

Desgraciadamente, esto significaba que Han se pasaba mucho tiempo observando a Raisa mientras daba vueltas por las salas de baile y los salones con Reid Nightwalker y Micah Bayar. Para consternación de Han, por lo visto Nightwalker se había trasladado a la ciudad de forma permanente. ¿No se suponía que los Demonai debían de estar en las Espíritus patrullando para vigilar a los magos?

Y Bayar... Han suponía que esos bailes eran puro protocolo, pero aun así... ¿Cómo podía soportar que Micah la tocara?

Había más pretendientes, locales y forasteros, la mayoría sangre azules de poca importancia que tenían la esperanza de poderse casar con una reina. Han se había fijado en ellos, se había enterado de sus nombres y los había relacionado con los regalos que iban llegando. Gata asignó a algunos miembros de la banda para que siguieran a los pretendientes de Raisa en la ciudad, y descubrieran así dónde iban y la gente que frecuentaban.

Los hermanos Klemath eran impacientes y persistentes, como un par de cachorros crecidos, pero a Han no le preocupaban demasiado. Raisa parecía resignada a tener que casarse por el bien del reino, pero incluso el deber tenía sus límites.

La vigilancia le dejaba a Han poco tiempo para bailar. Pero a él le parecía bien. La única persona con la que Han realmente quería bailar era alguien por quien no se atrevía a mostrar ningún tipo de interés ni públicamente ni en privado. Porque las cosas privadas a menudo devenían públicas en un castillo con mil orejas.

A pesar de todo, practicó un poco. Han no tenía tarjeta de baile (un extraño plan de los sangre azules para ir ordenando a las parejas de baile), aunque si hubiera querido podría haberla llenado para cada baile. Por lo visto, no andaba escaso de mujeres de alta cuna interesadas en conocerle mejor.

Una de las más perseverantes era Melissa Hakkam, prima de Raisa e hija del jefe del Consejo de Nobles. Han no podía creer que ella y Raisa fueran de la familia. Missy se reía constantemente, como si hubiera bebido más de la cuenta. Se colgaba de Han como una enredadera espinosa y, como siempre, Han tenía la culpa. Su padre, lord Hakkam, parecía lanzarle dagas con la mirada cada vez que ella enroscaba sus brazos alrededor del cuello de Han.

Pero no era porque él la animara a hacerlo.

La mayoría de sus compañeros de clase de Mystwerk habían regresado a casa para pasar el verano, y las chicas con las que había ido a la escuela parecían haber olvidado lo paria que era. Aunque probablemente algunas debían de trabajar para los Bayar, siempre intentaban atraerlo hacia algún lugar íntimo para estar a solas con él.

Una noche, acababa de traspasar su turno de vigilancia a Gata y se estaba tomando un potente ponche cuando unos dedos de sangre azul igual de potentes le



agarraron el brazo.

Se volvió precipitadamente, casi derramando el ponche en plena cara de Fiona Bayar. Llevaba su pelo rubio y brillante suelto alrededor de los hombros, y un vestido negro con la mitad superior casi inexistente. El escote le quedaba tapado por los collares de bisutería buena.

—Ven a bailar conmigo, Alister —dijo—. Quiero hablar contigo.

Era la primera vez que hablaba con él desde Vado de Oden. La primera vez que la veía desde el funeral de la reina. La primera vez que la veía desde que Raisa le había nombrado a él como miembro del Consejo de Magos en lugar de ella.

Han se tragó el ponche y se secó la boca con la manga a propósito. El ponche ardió en su estómago gratamente.

—¿Estás segura de que quieres que te vean conmigo? —dijo, mirando alrededor de la sala.

Lord y lady Bayar compartían una gran mesa con otros magos de sangre azul, incluidos los Gryphon. Han quedó sorprendido de ver a Adam Gryphon, su antiguo profesor, sentado con los demás en su silla de ruedas. Han no le había visto en ninguna de las otras fiestas, y no parecía contento de asistir a esta. Gryphon observaba a Han y a Fiona, con las cejas juntas en un gesto de perplejidad.

Fiona tiró del brazo de Han, desviando su atención de nuevo hacia ella.

—No te preocupes por ellos —dijo Fiona—. Se supone que me estoy ganando tu confianza.

—¿Se supone? —Han enarcó una ceja. Como si esto fuera a pasar nunca.

—¿Vienes? —Fiona señaló con la cabeza hacia la pista de baile.

Le estaba dando órdenes otra vez. Era un hábito en ella.

Bueno, pensó Han. Me apetece saber qué se trae entre manos. La cogió por el codo y la acompañó hasta la pista, entre los demás invitados que bailaban.

Dieron unas cuantas vueltas sin decirse nada.

—¿Y bien? —dijo Han.

—¿Dónde aprendiste a bailar? —preguntó Fiona—. Eres mejor de lo que me esperaba.

—Siempre soy mejor de lo que la gente espera —dijo Han, manteniendo las distancias.

—Ahora lo comprendo —susurró Fiona—. Me estoy dando cuenta de que tienes... un gran potencial. —Hizo una pausa—. Fue un movimiento brillante, conseguir que te nombraran para el consejo —continuó—. Aunque fuera a mi costa. ¿Cómo lograste persuadir a la reina?

—Puedo ser muy persuasivo si quiero —dijo Han—. Te sorprendería. —En un lado de la pista, vio a Missy Hakkam hablando con un grupo de chicos de sangre azul, pero no le quitaba el ojo. Pasaron al lado de Raisa, que bailaba con Nightwalker. Él no mantenía ninguna distancia entre los dos. Raisa tenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada sobre el hombro de Nightwalker.

Han no lo pudo soportar. Atrajo a Fiona más cerca de él, permitiendo que un poco de calor fluyera a través de sus dedos.

Fiona sonrió, ronroneando como un gato al lado de una chimenea.

—¿Has pensado en la propuesta que te hice en Vado de Oden? —preguntó ella, deslizando las manos por el cuello de Han y apoyando la cabeza sobre su hombro.

—¿A qué te refieres? ¿A que te dé mi amuleto? —dijo Han—. ¿Y llegues a ser reina de los Páramos?

—Me he fijado que no lo llevas últimamente —dijo Fiona mirando el pecho de Han, donde siempre llevaba expuesto el amuleto Cazador Solitario.

—Lo llevo —dijo Han—. Pero en un lugar que tú no puedes ver. Con tantos Bayar alrededor, sería como agitar una bolsa de oro delante de un ladrón. Y si alguien está pensando en colarse en mi habitación, yo de ti no me arriesgaría.

Fiona se rió.

—Si mando a alguien hacerlo, me aseguraré de que sea prescindible. —Hizo una pausa. Su sonrisa se desvaneció—. No he olvidado que me salvaste la vida en el Aediion. Estoy en deuda contigo.

Bueno, menos es nada, pensó Han.

Han examinó de nuevo la mesa de los Bayar cuando pasaron por delante bailando. Adam Gryphon estaba repanchingado en su silla de ruedas, con la cabeza inclinada atrás, sus ojos azules clavados en Han y en su pareja de baile.

Oh. Perfecto, pensó Han. Gryphon está enamorado de Fiona. ¿Era por eso que había vuelto a casa, para cortejarla? No se preocupe, maestro Gryphon, pensó Han. No tengo intención de entrar en este juego.

—Me ha sorprendido que Adam Gryphon también haya regresado de la escuela —dijo Han.

—Sus padres lo han hecho regresar para que asuma el puesto de la familia en el consejo —dijo Fiona—. Hubiera sido mejor que se quedara donde estaba. Los Gryphon se están engañando a sí mismos si creen que hay alguna posibilidad de que algún día él... —Se calló repentinamente, tal vez pensando que era mejor callarse lo que iba a decir—. Olvídate de Adam. Hablemos de nosotros. ¿Y si te hago una propuesta diferente? ¿Te interesaría? —Miró a Han, con los labios medio abiertos.

—¿Cómo de diferente? —dijo Han—. ¿Supongo que una de mejor?

—Por supuesto —dijo Fiona—. Eso fue sólo el inicio de las negociaciones. —Se arrimó más a Han.

Pasaron de nuevo al lado de Raisa y Nightwalker, cogidos como las garrapatas del Mercado de los Harapos. Pero esta vez Raisa miraba a Han y a Fiona con el ceño fruncido.

—No creo que debamos hablar de eso ahora —dijo Han—. Tu familia y tus amigos no son los únicos que ahora nos están mirando.

Fiona asintió.

—Tienes razón. —Se separó un poco—. Pero si estás dispuesto a escucharme,

deberíamos hablar. —Hizo una mueca de disgusto con la boca—. La princesa heredera ha permitido que mi hermano Micah la corteje —dijo—. En secreto, por supuesto.

Han intentó evitar que su expresión evidenciara demasiada sorpresa.

—¿En serio? —dijo. No pudo evitar buscar a Raisa con la mirada por la pista de baile.

—Vigila —le espetó Fiona, sacudiendo el brazo mientras lo apartaba de la mano de Han—. Tienes una fuga.

—Lo siento —dijo Han, controlando su destello—. Simplemente es que me sorprende, después de todo lo que ha pasado. ¿Por qué lo debe de haber hecho?

Fiona sonrió con dureza.

—¿Tú qué crees? Micah es guapo, encantador y muy persuasivo. Y se mueve rápido. De modo que, si queremos evitar un compromiso o una huida, debemos movernos rápido también. Estoy dispuesta a enredar los planes de Micah en mi propio interés, pero podría ser muy complicado si mi hermano se casa con ella.

¿Complicado? Ni que lo digas, pensó Han, notando que se le hacía un nudo en el estómago. Podría complicarse cuando asesine a tu hermano.

La canción terminó y se deslizaron hasta detenerse. Y entonces, tan cerca que podría haberles escupido, Han vio a Micah Bayar ahuyentando a un airado Nightwalker. Micah cogió los codos de Raisa como si le pertenecieran, le sonrió, dispuesto a reclamarle el próximo baile y muchos más. Y ella le devolvía la sonrisa mientras se alejaban bailando de nuevo.

«Micah se mueve rápido», había dicho Fiona. Han estaba a punto de estallar. Ya era bastante duro verla con Nightwalker. ¿Cómo podía aguantar a Micah después de todo lo que había hecho? ¿En qué estaba pensando?

Micah y Raisa pasaron de nuevo. La mano de Micah estaba en la cintura de Raisa, apretándola hacia sí, con la cabeza inclinada para poderle susurrar mentiras al oído, sus labios casi rozando la piel de Raisa.

Tendría que haberle matado cuando tuve la oportunidad, pensó Han, flexionando los dedos de la mano en la espada. Tengo que echar a los Bayar del Consejo de Magos para siempre.

—¿Puedes hacer el favor de controlarte? —espetó Fiona, sacudiendo el brazo y frotándose—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada —dijo Han, mirando de nuevo a Fiona—. No me pasa nada.

Fiona le miró como si no acabara de creerlo.

—Pronto hablaremos, ya encontraré la manera. —Dio un paso atrás, separándose de Han—. Mientras tanto, piensa en lo que te he dicho.

## Pensándolo mejor

Magret Gray era una mujer de palabra. Hizo todo cuanto pudo para pulir los modales de Gata y enseñarle las tareas básicas de una sirvienta. Con la ayuda de Magret, Gata forjó relaciones con el personal y se aprendió los nombres y los cargos de prácticamente todas las personas que frecuentaban el palacio diariamente. Tanto Gata como Magret parecían empeñadas en hacer que aquello funcionara.

Aun así, no era nada fácil. El ama de la alcoba de la reina de Raisa no estaba acostumbrada a que nadie cuestionara su autoridad en lo que a protocolo y modales se refería. Aunque el año que Gata pasó en la Escuela del Templo la formó y la pulió, no aceptaba bien las críticas. Siempre tenía que saber el porqué, el cómo, el quién y el qué de todo.

A veces, cuando Raisa volvía a su suite encontraba a Magret y a Gata ignorándose mutuamente con una frialdad absoluta. En una ocasión, ambas estaban tan inmersas en una riña verbal que ni siquiera se percataron de su entrada.

¿Magret? ¿Gritando?

Raisa no tenía tiempo para arbitrar la situación. Su coronación estaba oficialmente prevista para el día de su diecisiete aniversario.

A medida que se acercaba la fecha los invitados iban llegando a la Marca de los Páramos. Todos los espacios para invitados del castillo y de los demás edificios del recinto estaban totalmente ocupados. Los invitados de menos relevancia se quedaron fuera de las murallas, deseosos por entrar.

Algunos de los mejores apartamentos del interior del recinto seguían desocupados a la espera de que llegaran miembros de la realeza de los reinos del sur, incluyendo el rey de Arden. La mayor parte de ellos llegaría justo antes de la coronación y prolongarían su estancia hasta después del baile y las recepciones posteriores.

Micah Bayar y Reid Nightwalker asistían a casi todas las fiestas y aprovechaban tantas ocasiones como podían para bailar con Raisa sin quitar los ojos de su rival. Han también estaba siempre allí. Ella le veía a menudo de pie, apoyado contra la pared y siguiendo a Raisa y sus pretendientes con la mirada por toda la sala.

Seguramente le costaba concentrarse, con tantas distracciones. Han recibía muchas atenciones, tanto de las damas de la corte como de forasteras. Un señor de la calle despiadado, un ladrón, un miembro muy hábil del Consejo de Magos, el atractivo era irresistible... ¿Qué más podría pedir una dama, de un amante?

Bailaba constantemente con Missy Hakkam, con sus compañeras de clase de Mystwerk y con Pearlie Greenholt, ya que Talia seguía convaleciente. Siempre estaba en el centro de una multitud de bellas damas. Raisa no podía evitar observar con

quién bailaba, y con qué frecuencia, y la gracia que tenía al bailar por la pista con aquel pelo rubio que brillaba a la luz de las antorchas.

Especialmente porque nunca bailaba con ella.

Missy Hakkam era como un planeta brillante que orbitaba alrededor de Han y que flirteaba continuamente con todos los príncipes de los reinos del sur. La prima de Raisa aprovechaba todas las oportunidades para tocar a Han, para abrazarse a él, y se reía ruidosamente por todo lo que decía.

Pero eso no era lo peor. En una fiesta que se celebró dos noches antes de la coronación, Raisa vio a Han bailando con Fiona Bayar. Cuando Raisa pasó por su lado con Nightwalker, Fiona tenía los brazos alrededor del cuello de Han, descansaba su cabeza en su hombro y estaban tan cerca uno del otro que no habría pasado una mano entre ellos.

¿Por qué no os buscáis algún rincón oscuro?, pensó Raisa por un momento.

Enseguida corrigió ese pensamiento: no, mejor no lo hagáis.

Raisa vio cómo Fiona levantaba un poco la cabeza e, inclinándola, sonreía a Han por alguna cosa que este había dicho. Tampoco necesitaba alzar mucho la cabeza, con lo alta que era.

¿Es que no sabes lo peligroso que es acercarse tanto a Fiona?, pensó Raisa. Solo quiere tu talismán, que lo sepas. De todos modos, creía que detestabas a los Bayar. ¿Ni siquiera le guardas rencor?

La tradición marcaba que la princesa pasara la noche anterior a su coronación apartada de los bailes para rezar a la Hacedora y a sus antepasados para pedirles orientación. Raisa, diligentemente vestida con los pantalones del templo y una túnica, ordenó a los guardias que vigilaban su puerta que no dejaran entrar a nadie.

Cuando Magret se fue, Raisa se arrodilló delante del altar de su salón e intentó concentrarse. No le vendría nada mal un poco de ayuda divina, en su situación. Sin embargo, su mente se desviaba a otras cosas e iba saltando entre el presente y el pasado.

Raisa no podía evitar pensar en el día de su onomástica, hacía casi exactamente un año. Esperaba junto a Magret que su padre fuera a buscarla para acompañarla al templo, pero en lugar de su padre llegó Gavan Bayar, lo que precipitó una serie de acontecimientos que aún seguían sucediéndose. Mañana cumpliría los diecisiete años. Había pasado un año justo del día de su onomástica al día de la coronación.

Raisa sentía una gran claustrofobia, igual que la que sintió el año anterior. Era como si una trampa la estuviera atrapando de nuevo y estuviera cerrando las puertas de las posibilidades. Se estaba asfixiando. Necesitaba aire.

Raisa se puso rápidamente de pie, se dirigió directamente a su alcoba, pasó por delante de los elaborados vestidos para el templo que estaban colocados al lado de la cama y por delante del maniquí de sastre envuelto con su vestido de gala que había en

un rincón. Entró de cabeza en el armario y apartó todos los vestidos que encontró hasta que llegó a la pared del fondo. Abrió todos los cerrojos y pestillos que Amon había insistido tanto en instalar y empujó la puerta secreta. Ésta cedió silenciosamente.

Sin molestarse a encender ninguna antorcha, Raisa avanzó por el túnel oscuro palpando las paredes. Al final, cuando el pasadizo se ensanchó, supo que había llegado a la parte baja de las escaleras que llevaban al jardín.

A oscuras, encontró la escalera y la empezó a subir.

Cuando llegó al último escalón, empujó con ambas manos para apartar la piedra que tapaba la entrada. Al salir a la galería acristalada de la terraza del castillo, todo estaba oscuro a pesar de que la luna ya había salido.

Raisa en el jardín de invierno, bajo el techo de cristal, respiraba el aire húmedo de su interior y la fragancia de los jacintos de verano y el jazmín silvestre. La cúpula estrellada que se abría en el cielo hizo que Raisa se sintiera muy pequeña. Demasiado pequeña para el trabajo que la esperaba.

Avanzó hasta el extremo de la terraza y observó la ciudad a sus pies. Las luces mágicas adornaban las calles y se amontonaban en las entradas de las casas. Los carros traqueteaban por la calle, sin duda recorriendo el trayecto entre una fiesta y otra. El rastro de una melodía le llegaba hasta los oídos (una *basilka*, parecía, que reproducía las Lamentaciones de Hanalea).

Raisa se estremeció y se volvió.

De vuelta al pequeño templo, se arrodilló de nuevo sobre el suelo de piedra y empezó la Meditación de las Reinas con un susurro firme.

—Salutaciones Marianna *ana*'Lissa *ana*'Theraise *ana*'Ada *ana*'Doria *ana*'Julianna *ana*'Lara *ana*'Lucinda *ana*'Michaela *ana*'Helena *ana*'Rissa *ana*'Rosa *ana*'Althea *ana*'Isabella... —Siguió con las treinta y dos reinas desde el Quebrantamiento y acabó, como siempre, con Hanalea *ana*'Maria—. ¡Escuchadme! Vuestra hija Raisa os llama.

A medida que avanzaba en su oración, la galería que la envolvía empezó a temblar y se convirtió en niebla. Aquellas formas lupinas tan familiares de las reinas Lobo Gris se le acercaron y se sentaron formando un círculo a su alrededor, abrazándose las patas con la cola.

Estaban Althea de los ojos verdes y Hanalea de los ojos grises. Y la loba de ojos azules que Raisa vio en el funeral de su madre: delgada y graciosa, con el pelo claro y unas patas muy finas y delicadas. Su forma temblaba, se veía pálida e insustancial. Por un momento Raisa creyó ver la imagen de una mujer.

Raisa se inclinó hacia delante, aún arrodillada.

—¿Madre? —susurró con voz temblorosa.

La loba de ojos azules bajó la cabeza, como si estuviera avergonzada, dio media vuelta y desapareció en la niebla con la cola.

—Sí —dijo Althea—. Ésa era Marianna. Me temo que aún no ha aceptado su

forma de loba.

—Pero... —Raisa extendió las manos como si pudiera traer de vuelta a su madre—. Necesito hablar con ella. Quiero saber qué sucedió. Si... Si fue un accidente. O si...

—No podrá hablar contigo —informó Hanalea con sus ojos grises llenos de amabilidad y tristeza—. No hasta dentro de unos meses. Esto que hacemos, comunicarnos a través del velo, no es natural. Se tarda un tiempo en aprender la forma de hacerlo.

Las implicaciones de esto le llegaron lentamente, como el viento frío que se cuela por debajo de la puerta.

—Pero es que necesito saberlo. ¿Se suicidó? ¿Fue un accidente? Y, si no, ¿quién la mató? —Raisa miró primero a Hanalea, luego a Althea, con la esperanza de leer alguna información en sus caras de lobo.

Las reinas Lobo Gris intercambiaron miradas. Althea inclinó las orejas atrás y enseñó los dientes a Hanalea. Hanalea se encogió de hombros, si es que los lobos pueden hacer esas cosas.

—Se nos ha otorgado el privilegio de quedarnos en las Espíritus —dijo Althea—. Observamos la Ciudad de la Luz en lugar de tener que cruzar hasta la tierra de las sombras. Los privilegios conllevan restricciones. No podemos cambiar la historia ofreciéndote la información que, de otro modo, no tendrías.

—Menuda ayuda —soltó Raisa—. Me prometieron el don de la profecía. No puedo gobernar con un puñado de tópicos, advertencias vagas y palabras tranquilizadoras. Me dijisteis que la dinastía Lobo Gris colgaba de un hilo. Quiero saber la manera de impedir que este hilo se rompa.

Hanalea y Althea se miraron mutuamente.

—Lo único que podemos hacer es ayudarte a reconocer lo que ya está en tu corazón, Raisa —dijo Hanalea suavemente—. Tienes acceso a todo el conocimiento y a todos los dones que necesitas para sobrevivir, si quieres usarlos. Tendrás la oportunidad de corregir un gran error.

—¿Y qué me decís de mi madre? —preguntó Raisa—. ¿Tenía ella todo lo que necesitaba? ¿Teóricamente, por lo menos?

Una vez más se miraron entre ellas como si estuvieran a punto de cruzar la frontera de lo permitido.

—Tienes que utilizar todas las fuerzas de la dinastía Lobo Gris para vencer —añadió Althea.

—Llegará un momento en que te verás obligada a elegir —dijo Hanalea—. Cuando llegue ese momento, elige el amor.

Las reinas Lobo Gris se alzaron, se volvieron y desaparecieron en la niebla.

Raisa se puso otra vez de pie, cabizbaja, sobrecogida por una gran sensación de miedo al fracaso. ¿De qué le servía saber que podía ganar si no sabía cómo lograrlo? Perder parecía una opción mucho más fácil.

¡Elige el amor! Como si eso fuera una opción para las reinas Lobo Gris.

Aunque a lo largo del último año había aprendido muchas cosas, seguía faltándole formación. Siempre había creído que tendría años para prepararse, años para trabajar con su madre como pupila de la reina.

Las lágrimas le quemaban los ojos. Seguro que nunca ha habido una reina tan llorona, pensó.

Una idea le pasó por la cabeza. Podría huir, como hizo un año atrás, cuando su madre intentó casarla con Micah Bayar. Podría estar de camino a Delphi por la mañana y no parar hasta Vado de Oden. Podría matricularse en la Escuela del Templo y convertirse en una devota.

Y la dinastía Lobo Gris ya se apañaría con las consecuencias.

Qué más da, pensó desanimada. ¿Qué tipo de devota serías? Si no eres capaz de meditar una noche, imagínate toda una vida.

No es justo, pensó. Tendría que poder ir a fiestas y besar a un montón de chicos. Soy demasiado joven para ser reina. Demasiado joven para enfrentarme a los magos.

Tranquilízate, se dijo a sí misma. Aquí no hay ningún mago.

Entonces, algo la impulsó a alzar la mirada y vio a Han Alister de pie en la entrada de la galería acristalada.

No sabía cuánto rato la había estado observando, pero pareció cogerlo por sorpresa cuando levantó la mirada y lo pilló. Su habitual expresión callejera había desaparecido y, en su lugar, su rostro expresaba una vulnerabilidad melancólica, como un deseo fervoroso y desesperado.

Magret dijo que le veía un aire hambriento. ¿A qué se refería? ¿Hambriento de qué, exactamente?

Y justo en ese momento cambió de expresión, la cambió por la que él denominaba expresión callejera, y Raisa pensó que a lo mejor lo había imaginado.

Han se le acercó, alto y ancho de hombros, vestido de negro, como iba a menudo, últimamente. Pero aquella noche iba más elegante de lo que era habitual. Llevaba unos puños de encaje que le cubrían las manos y un abrigo de sastre muy elegante.

—Alteza —dijo, haciendo una reverencia con la cabeza—. Prácticamente Vuestra Majestad. ¿Estáis pensando mejor eso de ascender al trono del Lobo Gris?

Raisa se puso rápidamente de pie y se secó las lágrimas.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Cómo me has encontrado? Se supone que debo estar sola.

—He subido por el otro lado —dijo Han, señalando el otro extremo de la terraza con la cabeza, como si ella lo hubiera tenido que adivinar. Miró exageradamente a su alrededor—. He pensado que tal vez encontraría a Micah Bayar aquí arriba —dijo.

—¿Y por qué precisamente él? —soltó Raisa.

—Anoche, en el baile, os vi a los dos tan juntos que me preocupé por si te estaba molestando —respondió Han.

—Deja de hablar como un ladrón ¿quieres? —dijo Raisa furiosa—. No tengo



ningún interés en volverme a juntar con Micah Bayar.

—¿Volverte a juntar? —dijo Han alzando una ceja.

Raisa cruzó los brazos, levantó la barbilla y no dijo nada.

—Pues no es lo que se dice —dijo. Hizo una pausa y, al ver que ella no añadía nada, continuó—: No me puedo creer que permitas que te vuelva a poner las manos encima.

—Es complicado —dijo ella, que no estaba de humor para confesiones—. Estoy fingiendo, y no por ti. Por cierto, ¿qué me dices de ti y Fiona?

Entrecerró los ojos.

—¿Fiona? ¿Qué pasa con Fiona?

—En el baile. Nunca había visto a dos personas tan juntas... Estando de pie, quiero decir.

—A Fiona sé manejarla —dijo Han.

—Sí, eso era exactamente lo que hacías con ella —dijo Raisa con dulzura—. Manejarla. ¿Por qué tendría que tranquilizarme saber que sabes manejar a Fiona, y en cambio tú no confías en que yo sepa manejar a Micah? No me vengas con aires de superioridad, Alister.

Han empezó a contar los motivos con los dedos:

—Porque tiene la ética de un comerciante de esclavos de los llanos. Porque él es mago y tú no. Porque es uno de los Bayar. Porque ninguna chica a la que él ponga el ojo encima estará a salvo. —Hizo una pausa—. Porque creo que aún sientes algo por él y que lo usará en tu contra.

—Aquí te equivocas —se limitó a decir Raisa. Se quedaron de pie, mirándose el uno a la otra durante unos instantes y, finalmente, Raisa suspiró—. No nos discutamos por los Bayar esta noche, ¿de acuerdo? ¿Has subido hasta aquí para hablar de ellos?

—No —negó Han—. Quería verte una última vez antes de la coronación. —Dudó un momento y, después, la cogió del brazo y la llevó hasta un banco que había al lado del estanque, el mismo banco que Raisa y Amon compartieron la noche en que él volvió a los Páramos desde Vado de Oden, hacía más de un año.

Raisa se sentó, dobló las rodillas y se abrazó las piernas. Han se sentó a su lado mirando al estanque y buscando desesperadamente algo que decir.

Finalmente ese Alister frío y distante se había ido, temporalmente, por lo menos.

—Mañana por la noche habrá fuegos artificiales —dijo Raisa para romper el silencio—. Cuando acabe el baile. Desde aquí se verían de maravilla. —Se mordió una uña y bajó rápidamente las manos. No era una buena idea dejarse las manos hechas un desastre con el día que la esperaba mañana.

Aunque era probable que fuera una causa perdida.

—¿Te acuerdas de la noche que nos encontramos en Vado de Oden? —dijo Han sin dejar de mirar adelante—. Esa noche también había fuegos artificiales.

—Lo recuerdo —dijo Raisa—. Parece que haga mucho tiempo.

—No hace tanto —añadió Han.

La brisa que descendió de Hanalea e hizo temblar el cristal llevaba el frío de la nieve de las montañas. Raisa se estremeció, Han le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí. El calor de su cuerpo la tranquilizó y le aflojó el nudo de preocupaciones que tenía dentro.

—Las azoteas tienen algo especial, ¿no crees? —dijo Han—. Te hacen sentir que lo que sucede abajo no tiene ninguna importancia. Que estás por encima de todo lo que se interpone entre tú y tus sueños. Todo es posible.

—Todo es posible —repitió Raisa. Una vez más, tenía los ojos llenos de lágrimas.

¿Qué le ocurría? Quería ser reina. Había luchado para conseguirlo, había peleado para volver a los Páramos para proteger su derecho al trono. ¿Estaba triste por la muerte de su madre y por todas las oportunidades perdidas, o era otra cosa?

¿Estaba cerrando una puerta que ya no podría volver a abrir? ¿Estaba haciendo un cambio del que algún día se arrepentiría?

«Elige el amor», le había dicho Hanalea. Raisa era completamente consciente de la presencia de Han a su lado. Cuando fuera reina, esa puerta se habría cerrado para siempre.

—¿Sabes que aquí era donde la reina Hanalea se solía encontrar con Alger *Aguabaja*? —Las palabras de Han interrumpieron los pensamientos de Raisa.

—¿Qué?

—Subían hasta aquí y hacían el amor en este jardín de invierno —dijo Han, estirando sus largas piernas—. Antes de que se fueran a Dama Gris. Ésa sí fue una reina a la que no asustaban los riesgos.

Vaya, pensó Raisa. Hanalea se arriesgó y ya ves lo que consiguió.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Raisa—. Nunca había oído esa historia. —Volvió a estremecerse, como si unos espíritus le frotaran los hombros con sus dedos fríos.

—Hay algunas historias que ya no se cuentan —dijo Han, y sus palabras provocaron que pasara una calidez muy sutil entre ambos. Él le acarició el pelo y le tocó la parte posterior del cuello con la punta de los dedos haciéndole erizar el vello.

No estás facilitando mucho las cosas, pensó ella.

Después de otra larga pausa, Han añadió:

—No estás obligada a hacerlo, lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué? —Raisa se volvió para mirarle.

—No estás obligada a llegar hasta el final. No estás obligada a ser reina. Puedes ser quien tú quieras ser. —Su expresión era más seria que nunca.

—¿A qué te refieres? —dijo Raisa, frotándose la nariz—. No tengo otra opción.

—Siempre tienes otra opción —replicó Han—. Mírame a mí, por ejemplo. Podría ser lo que quisiera, si lo quisiera lo suficiente. Si estuviera dispuesto a todo para conseguirlo.

—Ya veo. —Raisa enarcó las cejas. Parecía tan simple, dicho así—. ¿Qué

sucedará en los Páramos, si decido echarme atrás?

—No hay nadie insustituible —contestó Han.

—¿Cuánto tiempo crees que duraría, yo, si renunciara a la corona? —preguntó Raisa—. Sería una molestia constante para quien ocupara el trono, aunque fuera Mellony. Sería como un imán para los rebeldes, un objetivo mayor de lo que ya lo soy ahora.

—No tienes que quedarte aquí. Por algo se llama los Siete Reinos. —Se acercó a ella y le puso la mano que tenía libre sobre la suya, como si quisiera aumentar los puntos de contacto entre los dos—. Y siempre queda Carthis, si quieres irte aún más lejos.

—¿Qué demonios haría yo en Carthis? —se quejó Raisa—. ¿Qué se me ha perdido allí?

Han se rió con delicadeza.

—Estoy convencido de que saldríais adelante, Alteza. Lo más probable es que al poco tiempo estuvierais gobernando el lugar.

—No conozco a nadie en Carthis —dijo Raisa.

Han respiró profundamente y prosiguió.

—Yo podría acompañarte. Te ayudaría... en todo lo que quisieras.

Raisa le miró, atónita. Los ojos azules de Han encontraron los suyos con una gran intensidad y decisión, sin rastro de burla.

La oferta quedó incómodamente en el aire. ¿Qué había querido decir? ¿Qué le estaba proponiendo? ¿Que huyera con él? Le sorprendía que lo hubiera dicho tan tranquilamente pero... ¿Y si él sentía lo mismo que ella, que su coronación como reina acabaría con cualquier posibilidad de estar juntos?

—Para acabar gobernando, mejor me quedo aquí. —Raisa se frotó la frente. ¿Cómo podía explicarle que se sentía unida a esas montañas, a ese reino pequeño e imperfecto y a sus tribus en constantes riñas?

Raisa quería estar aquí cuando el sol se levantaba por la escarpadura oriental por la mañana e inundaba la Ciudad de la Luz. Quería estar aquí en primavera, cuando el Dyrnne inundaba sus orillas, alimentado por la nieve que se fundía en lo alto de las Espíritus. Quería ver como brillaban los álamos en las laderas de Hanalea, montar a caballo a pelo con los pantalones de montar y una camisa bajo el sol sesgado de otoño. Quería comer moras en pleno verano hasta quedar con la barbilla negra de su jugo y bailar danzas tribales hasta que su corazón y sus pies le pidieran a gritos que parara.

Vivir alejada de los Páramos no había hecho más que reforzar su amor por su tierra. Y lo mismo sucedía con lo que él le estaba pidiendo.

Miró a Han a los ojos buscando algo que decir, pero él sacudió la cabeza.

—Dejadlo, Alteza. Nunca pensé que huiríais de... todo esto. —Extendió la mano y señaló el palacio y la ciudad que tenían a sus pies—. Tú no eres así. Sólo pensé que te ayudaría a decidir qué es lo que quieres en realidad. Para qué estás dispuesta a

luchar. Y qué estás dispuesta a dar a cambio.

—No se puede tener todo —dijo ella.

—Yo sí. Y lo tendré. Encontraré la manera —dijo Han, casi como si estuviera intentando convencerse a sí mismo. Esa seguridad de señor de la calle que tenía normalmente se había desvanecido.

Ella le puso una mano en el brazo y le miró a los ojos: —Espero que... sigas siendo mi amigo —dijo Raisa—. Espero que no permitas que la jerarquía y las ceremonias se interpongan entre nosotros.

La expresión de su cara dijo: *Ya lo han hecho*.

El corazón de Raisa parecía querer salir de su pecho. ¿Y si él se marchaba? ¿Y si él se le ponía en contra? ¿Y si era (¿cómo lo llamaba él?) una oferta de «lo tomas o lo dejas»? ¿Cómo saldría ella adelante?

*Podría ser lo que quisiera*, le había dicho él.

—Tengo algo para ti —dijo Han, interrumpiendo los pensamientos de pánico de Raisa—. Un regalo. De hecho, por eso he venido.

—¿Un regalo? —Raisa parpadeó, totalmente sorprendida.

Le acercó una pequeña bolsa de piel de ciervo, casi avergonzado.

A diferencia de Micah, Han no era del tipo de chicos que compran regalos. Aunque en una ocasión sí le compró flores, en Vado de Oden, porque llegaba tarde a la clase particular y sabía que ella estaría enojada.

Además, nunca había tenido dinero para hacer regalos.

—Es para tu coronación —dijo Han—. Lo ha hecho Bailarín, así que, de algún modo, es de parte de los dos.

—Pero si ya me hizo esa armadura tan bonita —objetó Raisa—. Eso ya era más que suficiente.

Han se aclaró la garganta.

—De acuerdo, pues. Es sólo de mi parte.

Sopesó la bolsa en la palma de la mano.

—No tenías que regalarme nada.

—¿Por qué no? Todo el mundo lo ha hecho. —Bajó la mirada hasta sus manos—. Los Bayar te han mandado joyas suficientes para llenar un puesto en el mercado.

Raisa tiró del cordel y metió un dedo en la apertura para que se abriera la bolsa. Volcó el contenido en su mano.

Era un anillo de oro blanco con feldespatos, perlas y zafiros.

—¡Oh! —suspiró—. Es muy bonito. ¿Cómo se te ocurrió?

—Es una réplica de un anillo que perteneció a Hanalea —dijo Han—. Era uno... uno de sus favoritos, supongo. —Dudó un instante, como si quisiera añadir algo más, pero decidió callarse.

Raisa se lo probó. Parecía que donde le iba mejor era en el dedo anular. Era perfecto, porque en el índice llevaba el anillo de los lobos. Al mover la mano hacia ambos lados, las piedras reflejaron la luz de la luna.

Sabía que no debería aceptarlo: era un regalo demasiado personal y costoso. Y aun así...

Las sombras debajo de los árboles se movían y danzaban con unos cuerpos grises, ojos brillantes y unos dientes muy afilados.

Raisa se estremeció, como si alguien acabara de pisar su tumba.

—No sabía que Hanalea hubiera tenido un anillo como éste —dijo ella—. ¿Cómo te enteraste?

—Yo... Pues... Hablé con alguien, un experto en Hanalea, y me lo describió —dijo Han—. Y eso es lo que consiguió hacer Bailarín. —Hizo una pausa y, al ver que Raisa no decía nada, añadió—: Si no te va bien, dice que puede arreglártelo.

—No, está bien así, tal como está me va de maravilla —dijo Raisa—. Gracias.

—Pero no le digas a nadie que te lo he dado yo —dijo Han—. Si es que... si es que decides llevarlo, claro.

—Lo llevaré. —Echó la cabeza atrás para mirarle—. Lo guardaré con cariño. Solo desearía que... Desearía que pudiéramos...

Como si quisiera detener sus palabras, Han la atrajo hacia sí y le puso los labios sobre los suyos con tanta fuerza que ella apenas podía respirar. La energía fluía por su interior, potente, sin dirección, y notaba que todo le daba vueltas. El anillo de los lobos se calentó por la intensidad del beso.

Raisa lo abrazó y moldeó su cuerpo al del Han, consciente de la fricción entre ambos. Al pasar los dedos por su pelo, pensó: no voy a renunciar a él. No voy a hacerlo. Nunca.

Pero entonces Han estiró los brazos e interrumpió el beso, apartando a Raisa. Con la respiración superficial y agitada, y con una mirada que reflejaba alguna lucha interna, la miró a los ojos.

Echó la cabeza hacia atrás dejando visible la nuez del cuello que subía y bajaba al tragar. Respiró profundamente y, con un escalofrío, volvió a mirarla.

—A lo largo de casi toda mi vida he tomado lo que he querido y cuando lo he querido, sin pensar un solo momento en el futuro, porque no estaba seguro de tener ninguno —dijo Han—. ¿Sabes lo duro que es para mí todo esto? ¿Lo sabes? —La sacudió ligeramente, como si ella tuviera la culpa.

—Escúchame —susurró ella, acariciándole la mejilla y finalmente poniendo la mano en su barbilla—. Da igual que no nos podamos casar. Podemos estar juntos, cuando tengamos la ocasión, aunque yo acceda a un matrimonio político con otro.

No puedo creer que esté diciendo esto, pensó Raisa. Me estoy convirtiendo en mi madre.

Pero Han sacudió la cabeza con una expresión de arrepentimiento en el rostro.

—¡Quiero estar contigo! —La voz de Raisa pronunció las palabras que no había sido capaz de decir en los Pinos de Marisa—. No quiero perderte. Aunque no podamos tenerlo todo, ¿por qué no podemos conformarnos con una parte?

—Porque no voy a compartirme con nadie —dijo Han—. No seré vuestro amante

secreto. O todo o nada, Alteza. No me conformo con menos.

—Yo tengo que conformarme —murmuró Raisa—. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo?

La besó otra vez, con un beso largo y lento, para saborearlo. Entonces se levantó con elegancia.

—Será mejor que te vayas a dormir —dijo Han, ofreciéndole una mano para ayudarla a levantarse—. Mañana te espera un gran día.

Se esperó hasta que Raisa llegó a la escalera, y entonces se volvió y desapareció en la oscuridad.

Ella, desistiendo de meditar, se fue a la cama, pero tardó mucho en dormirse.

## Un cambio fatal

La coronación de una reina Lobo Gris era un acontecimiento de dos días de duración. La mañana después del encuentro entre Raisa y Han en el jardín de invierno, ella la dedicó enteramente a reuniones ceremoniales con sus representantes y aliados en la denominada Salutación de los Testimonios.

Antes de la disgregación de los Siete Reinos, era costumbre que los representantes de cada reino rindieran homenaje a la capital de la Marca de los Páramos para honrar a la que iba a ser reina.

Ahora solo se hacía por tradición, aunque todos los asistentes siguieron obsequiando a Raisa con un pequeño detalle.

Raisa fue muy consciente durante toda la mañana de la presencia de Han justo detrás de ella, a un lado del trono. Su rostro era inexpresivo, como si llevara una máscara ceremonial. Las palabras que habían intercambiado la noche anterior seguían pendiendo del aire y no la dejaban concentrar.

A decir verdad, incluso después de haberle oído decir todo aquello, ella se sentía aliviada de ver que no había huido durante la noche en búsqueda de un futuro menos complicado, menos peligroso.

Raisa llevaba puesto el anillo que le había regalado él para su coronación. Estaba segura que Han se había dado cuenta, aunque no le había dicho nada al respecto.

Un forastero que Raisa estuvo contenta de ver fue Dimitri Fenwaeter, lord de los marismenos, a quien Raisa conoció en los Álamos Temblorosos de camino a Vado de Oden.

Entonces, Dimitri hacía poco tiempo que ocupaba su cargo después de que su padre muriera a manos de los soldados de los Páramos.

En el año que había transcurrido desde que lo vio por última vez, Dimitri se había convertido en un chico alto y fuerte, y mucho más seguro de sí mismo. Le había traído una capa hecha de lino, bordada con hojas y álamos en unos colores muy suaves.

Por si esto fuera poco, Raisa aún era señora feudal de Dimitri, ya que Álamos Temblorosos seguía bajo el mando de los Páramos.

—Espero que todo esté en orden en la frontera —dijo ella en lenguaje común, sonriendo mientras acariciaba el fino atuendo de lino.

—Si no lo estuviera os lo comunicaría, Alteza —dijo Dimitri solemnemente—. El nuevo comandante en la Muralla Occidental es una mujer, pero es sorprendentemente justa y de trato fácil —bromeó.

—Tal vez es justa y de trato fácil porque es una mujer —replicó Raisa.

Dimitri se echó a reír.

—Puede que tengáis razón —dijo—. Y hablando de justicia, no he olvidado que me debéis oro —dijo—. Y también prometisteis mandarme un río limpio.

—Estoy trabajando en ello —contestó Raisa con un suspiro—. Hablaremos después de la coronación, antes de que regreséis a casa.

Cuando Raisa volvió a sus habitaciones, Magret la ayudó a desabrocharse la vestimenta formal de la coronación. Se tumbó en la cama en ropa interior con la intención de echar una siesta antes de la cena. La noche anterior, por culpa de Han Alister, no había dormido lo suficiente y necesitaba descansar un poco si no quería que se le cayera la cabeza sobre el plato aquella noche.

Justo en el momento en que se estaba quedando dormida oyó que alguien llamaba a la puerta. Entró Gata y se puso firmes a los pies de su cama mientras Magret se apresuraba a contestar, sin dejar de murmurar. Al cabo de unos minutos de conversación en susurros, cerró la puerta y volvió al lado de la cama de Raisa con el rostro lleno de desaprobación.

Raisa se apoyó sobre sus codos.

—¿Qué sucede, Magret?

—Un mensajero de lord Hakkam espera fuera. Dice que el rey de Arden finalmente ha llegado. —Magret inspiró con fuerza para mostrar qué opinaba de los reyes poco respetuosos y tardíos—. Él y su corte se hospedan en la Casa del Regente y os acompañarán durante la cena. Sin embargo, solicita una breve audiencia con vos antes de la cena para que pueda ofrecer os sus felicitaciones en persona, ya que no acudió a la ceremonia de esta mañana.

Se terminó la siesta, pensó Raisa. El rey Geoff ya no me gusta.

Magret, leyendo la expresión de Raisa, dijo:

—Alteza, le diré que estáis descansando, y el rey de los llanos tendrá que esperar hasta la cena.

Raisa sacudió la cabeza, cansada. Se sentó y balanceó las piernas en el borde de la cama. Ni siquiera le llegaban los pies al suelo.

—No, quiero estudiarlo bien, a ese hombre, y durante la cena me será imposible, igual que durante el baile. Y no tengo ninguna intención de reunirme con él a medianoche. —Bostezó—. ¿Estará la reina de Arden en la cena?

Magret se encogió de hombros y arrugó la frente.

—Lo investigaré. No la ha mencionado en ningún momento.

Raisa mandó un mensaje al encargado de la cena para que ajustara el protocolo de disposición. Magret la ayudó a ponerse el vestido que había elegido para la cena y el baile posterior. Peinó a Raisa y no paró de dar prisa a Gata para que le diera las joyas, los cepillos, el maquillaje y los polvos. En un momento libre, Gata se metió en el vestido de satén rojo que se había reservado para el baile. Estaba abierto por ambos lados para darle una mayor libertad de movimientos. Raisa sabía que su sirvienta-guardaespalda llevaría cuchillos escondidos debajo del vestido, aunque le costaba



imaginar dónde.

Raisa decidió que quería que hubiera más gente en la reunión con el rey.

—Ve a buscar a lord Alister, en la habitación de al lado, si es que está —dijo a Gata.

—¿Lord Alister? —Gata sonrió e hizo una reverencia—. Sí, señora —dijo, y salió corriendo.

Magret se sorbió la nariz.

—¿Lord Alister? Por mucho que se vista de seda...

—Silencio, Magret —dijo Raisa. Asomó la cabeza por la puerta para captar la atención de Pearlie Greenholt—. ¿Puedes comunicarle al capitán Byrne que voy a recibir al rey de Arden en mi salón y que me gustaría que estuviera presente?

Luego pensó que a lo mejor no era lo más adecuado recibir a un rey en su salón. Tal vez no, pero cuando Marianna reinaba no recibía muchas visitas de Estado, por lo que Raisa tampoco sabía muy bien cómo actuar. Además, la culpa era suya, por aparecer de forma tan inesperada.

Gata volvió al cabo de unos instantes tirando de Han. Raisa sospechó que también debía de estar intentando dormir, porque iba un poco despeinado, bostezaba y se había atado mal uno de los botones de su chaqueta. Amon llegó poco después y se colocó de espaldas a la pared con su uniforme perfecto, como siempre. Por lo visto, había permanecido todo el día atento.

Raisa se sentó en una silla y se ciñó bien la falda. La silla estaba situada encima de un pequeño pedestal, por lo que quedaba en una posición algo más elevada que el resto. Esperaron. Finalmente, el alboroto que se oyó en el vestíbulo les indicó que el rey de Arden y su séquito habían llegado.

El tío de Raisa, lord Hakkam, entró haciendo una reverencia y retorciendo las manos. Se le veía inexplicablemente nervioso.

—Alteza —dijo, con su ancha frente perlada de sudor—, el rey de Arden solicita permiso para entrar con su guardia.

—Diga al rey de Arden que no, no puede entrar con su guardia —dijo Raisa agriamente—. Es posible que los Páramos parezca un lugar incivilizado y peligroso, pero seguro que no lo es más de lo que lo ha sido Arden.

—Sí, Alteza... Majestad —dijo Hakkam—. Sólo quiero que sepáis que... que yo no sabía que... que me sorprendió tanto como a vos... lo que sucedió. No era mi intención esconderos nada. Cuando él... cuando llegó el rey, os mandé un mensajero de inmediato. Espero que comprendáis que todo cuanto hago, lo hago pensando en sus intereses y en los de vuestro reino.

Raisa le miraba fijamente. ¿Es que estoy medio dormida o lo que dice este hombre no tiene ningún sentido? ¿O es que el sentido de culpa le traba la lengua?

Si no hubiera estado medio dormida tal vez le habría hecho más preguntas.

—Bueno, vamos al grano —dijo Raisa, que ya empezaba a sentir dolor de cabeza.

Han murmuró algo a Gata mientras inclinaba la cabeza hacia la puerta. Gata

siguió a Hakkam hasta el vestíbulo.

Al cabo de un instante, Gata volvió a entrar precipitadamente en el salón como si la estuvieran persiguiendo los demonios. Se colocó delante de Raisa con un cuchillo en cada mano y sin rastro de su pátina gentil.

—¡Pulseras! ¡Ten mucho cuidado! ¡Es él, el cabrón paliducho, pervertido y arrogante! ¡Está aquí!

Han estaba igual de estupefacto que Raisa. ¿Quién estaba allí? También se situó delante de Raisa y con su amuleto entre las manos. Miró a Gata y miró hacia la puerta, sin saber si debía abrir fuego.

Se abrió la puerta y entró su tío, Lassiter Hakkam.

Le seguían el príncipe Gerard Montaigne, el más joven de los infelices hermanos Montaigne.

Raisa se quedó petrificada mirándolos. Montaigne iba vestido con mucha elegancia: un abrigo de terciopelo verde oscuro, unos pantalones crema y botas altas. En su capa lucía el emblema del Halcón Rojo y llevaba una diadema de oro en la cabeza. Raisa miró rápidamente su vaina. Estaba vacía. La guardia le había quitado la espada en la puerta.

Bien, pensó mientras recordaba al pobre Will Mathis, muerto en manos de Montaigne.

Raisa dirigió la mirada a Gata, que ya se había escondido los cuchillos, pero continuaba de pie entre Raisa y Montaigne, en una posición que le permitiría lanzarse al ataque si fuera necesario. ¿Desde cuándo y cómo conocen Gata y Han a Montaigne? Fuera cuando fuese, parecía que les había dado muy mala impresión.

El príncipe de Arden se detuvo justo al entrar y examinó rápidamente el salón, y al ver a Han y a Gata, entrecerró ligeramente los ojos. Así que él también les ha reconocido, pensó Raisa.

A continuación, Montaigne puso su mirada sobre Raisa. Inclino la cabeza suavemente, tal como corresponde entre monarcas.

—Vuestra Majestad —dijo con una sonrisa tenue—. Os pido que aceptéis mis disculpas por no haber llegado a tiempo para vuestra ceremonia de esta mañana.

—Había esperado que acudiría vuestro hermano Geoff, quien respondió a mi invitación —contestó Raisa logrando mantener un tono uniforme—. No sabía que acudiríais vos.

—He venido en lugar de mi hermano —dijo Gerard—. Desgraciadamente no ha podido venir.

Un silencio pesado inundó el salón.

—Comprendo. —Raisa se cruzó de brazos. Se le estaba secando la boca y se le estaba formando un nudo en el estómago. Era imposible que Gerard hubiera mandado a su hermano para representarle—. Proseguid —añadió.

De reojo vio que lord Hakkam se iba acercando poco a poco a la puerta, como si estuviera pensando que tal vez necesitaría salir de allí con rapidez.

—Traigo malas noticias. Mi hermano recibió el ataque de unos bandoleros cuando venía de camino hacia aquí que puso fin a su vida y a la de toda su familia —informó Gerard, sin hacer ningún esfuerzo por parecer apenado.

—¿Bandoleros? —Raisa se aclaró el cuello—. Lo lamento muchísimo. —Lo cual era totalmente cierto.

Gerard sonrió.

—Teniendo en cuenta lo que ha pasado, ya os podéis imaginar que procuro no ir a ningún sitio sin mi guardia. Aun así, creí que era mi deber acudir aquí ya que soy el último hermano Montaigne que sobrevive. Y ahora el indiscutible rey de Arden.

## Un baile peligroso

De alguna manera, Raisa logró superar la cena sin vomitar encima del nuevo rey de Arden ni de nadie. El secreto para conseguirlo fue comer muy poco.

Colocaron a Montaigne al lado de Raisa, como le correspondía como jefe de Estado. No tenía ninguna facilidad para las conversaciones sociales (aunque Raisa tampoco hubiera estado de humor para ello) y habló principalmente de ejércitos y política y de los retos de gobernar Tamron, vencer a la resistencia y someter a la nobleza.

Raisa sospechaba que no había elegido esos temas porque ella fuera su igual o su confidente, sino porque esas eran las únicas cosas que le interesaban. O porque se tomó la ocasión como una oportunidad para intimidarla.

También hizo numerosas preguntas sobre la situación militar y política y sobre la estructura de los Páramos, a las que Raisa dio respuestas vagas antes de cambiar de tema. No se fiaba de Gerard Montaigne y, aunque seguramente ya tendría un montón de espías infiltrados por el lugar, Raisa se negaba a ser una de sus fuentes de información.

Durante toda la cena, Raisa tuvo que contenerse para no dar rienda suelta a su lengua viperina. Eres adulta, se dijo a sí misma. Y reina. No puedes perder los nervios. Tienes que jugar con estrategia y elegir bien todas tus palabras. Él ha venido a buscar información. Será mejor que te subestime.

No hay ninguna necesidad de hacerle saber que lo desprecias. Aún no.

La mesa principal estaba ocupada principalmente por dignatarios, incluyendo varios duques y príncipes de los reinos del sur, los reyes y las reinas de We'enhaven y Bruinswallow y un príncipe de las Islas del Sur cargado con toda una fortuna en joyas.

Ni siquiera me caen bien, muchas de estas personas, pensó Raisa. Y no les tengo ninguna confianza. No podía evitar pensar en las comidas sencillas de las barracas de Casa Wien y en el gran compañerismo por las tristezas compartidas.

Finalmente se dirigieron a la sala de baile y formaron una línea de recepción para saludar a los invitados que iban llegando. En ese momento, los Lobos Grises no estaban de servicio. Raisa había ordenado que asistieran como invitados en lugar de atender como guardaespaldas.

—¡Talia! —Raisa abrazó a la guardia sonriente que había llegado con Pearlie. Por fin, alguien a quien quería ver—. Qué alegría verte aquí con tan buen aspecto.

—El capitán Byrne dice que no podré hacer el vago mucho más tiempo —dijo Talia con una voz grave y ronca, pero comprensible—. Mañana vuelvo al trabajo.

Gracias a vos, Alteza. —Talia abrazó fuerte a Raisa y luego se apartó y vio que Pearlie las estaba observando con lágrimas en los ojos.

Entonces en la cola apareció Gata con Bailarín. Él llevaba un abrigo de piel de ciervo finísima, con unos símbolos y pequeños talismanes bordados: como una especie de armadura mágica.

Gata no se despejaba del brazo de Bailarín mientras observaba a los engalanados invitados con nerviosismo. Estaba en el baile como guardaespaldas. Y todavía desconfiaba de los sangre azules.

Han avanzó por la cola en solitario. Hizo una reverencia y besó la mano de Raisa. Ella notó la rápida presión de su mano cálida mientras él murmuraba: «Alteza».

Amon llegó con su prometida, Annamaya, que estaba resplandeciente y prácticamente brillaba, con su vestido de seda amarillo intenso. Y todos los Bayar, un estudio en blanco y negro.

Reid Nightwalker entró solo, aunque Raisa pensó que era poco probable que saliera de allí sin compañía. Aunque para algunas mujeres del Valle era impensable salir con un cabezacobriza, para otras, su mala reputación y su aspecto exótico resultaban intrigantes.

Nightwalker estaba entre los primeros en la tarjeta de baile de Raisa, y le solicitó uno de los bailes de los clanes más enérgicos, que dejó a Raisa enrojecida, sin aliento y con las piernas temblorosas. No era nada fácil mantener el ritmo dentro de aquel vestido de gala.

Después, él le ofreció una copa de vino.

—Bailáis como una auténtica princesa de los clanes —dijo, sacudiendo la cabeza en señal de aprobación—. Esperaba que a lo mejor os pondríais el vestido de los clanes esta noche.

—Una vez acabada la celebración de coronación de mañana, también lo celebraremos en el campamento —prometió Raisa—. Mi padre y mi abuela lo están preparando todo. Y, entonces sí, me vestiré para la ocasión. Al fin y al cabo, esta es una fiesta de los llanos.

—Estoy impaciente por tenerte para mí solo, Rosa Silvestre —dijo Nightwalker. Se le acercó—. Me alegra ver a un miembro del clan en el trono de los Páramos. —Hizo una reverencia, se dio media vuelta y cruzó la pista de baile en dirección a las admiradoras que permanecían a la espera.

Después los bailes se sucedieron sin pausa, cada uno con un nuevo acompañante. Según parecía, Raisa tendría que bailar con cada uno de los invitados importantes del sexo masculino por lo menos una vez. Muchos de ellos, poco habituados a los bailes típicos del norte, tropezaban con sus pies.

Es una lástima que no pueda bailar con dos a la vez y agilizar un poco todo esto.

Micah estaba también en la lista. Tuvo que admitir que bailar con él fue un placer, después de tanta torpeza.

—Bueno —dijo él mirándola a los ojos—. En más de una ocasión pensé que no

vivirías para llegar a ser reina.

—Si llego no será gracias a tu padre —dijo Raisa, que saludó con la cabeza a lord y a lady Bayar, que observaban a los bailarines.

—No será gracias a mi padre —asintió Micah.

—Pero sí gracias a ti, en parte, supongo —dijo Raisa con generosidad. Al lado de Gerard Montaigne, Micah parecía casi honorable.

Micah sonrió levemente, se acercó a ella y le rozó el cuello con los labios.

Raisa se puso tensa y se separó nuevamente de él.

—Ten cuidado, Bayar —dijo ella. No pudo evitar buscar a Han con la mirada. Había conseguido hacerla sentir insegura, seguramente con toda la intención. No localizó a Han, pero vio que Nightwalker los estaba observando muy enojado.

—Aceptad mis disculpas, Alteza —dijo Micah, sin ningún rastro de arrepentimiento en el rostro—. Es que esta noche estáis completamente irresistible.

—Pues esfuérate más —le soltó Raisa.

—¿Qué se siente? —preguntó Micah—. Al ser reina, me refiero.

—Hasta mañana no será oficial, ya lo sabes —dijo Raisa—. Pero ya puedo afirmar que es un poco desalentador. No me gusta que Gerard Montaigne se haya presentado aquí a pocos días de haber matado a su hermano. Ahora cuenta con dos grandes ejércitos y nada que hacer con ellos.

—A mí tampoco me gusta nada —dijo Micah—. Nos habría ayudado que su hermano hubiera vivido un tiempo más. ¿Crees que los aristócratas apoyarán a Gerard? ¿O los que apoyaban a Geoff buscarán un nuevo líder?

—No lo sé —dijo Raisa honestamente—. Necesitamos un mejor servicio de inteligencia en Arden.

—Lo que necesitamos son mejores armas —dijo Micah—. Entonces la inteligencia no sería tan necesaria. Si el Consejo de Magos intuye que Montaigne representa una amenaza inminente, no sé cómo va a actuar.

—Bueno, no empieces —dijo Raisa—. A ver si podemos acabar el baile sin hablar de política.

—Mmm. ¿De qué hablamos, entonces? —Le acarició el pelo—. ¿Recordáis cuando nos escapábamos de las fiestas aburridas?

—No creo que esto vaya a suceder esta noche —dijo Raisa. Levantó la cabeza y vio a Mellony, que los observaba con los labios tensos desde una esquina de la pista de baile. Su hermana había sido un destacado centro de atenciones masculinas toda la noche y, sin embargo, parecía muy atenta a lo que hacía Micah.

Espero que esto no vaya a durar siempre, pensó Raisa.

Después de eso bailaron en silencio hasta que la canción llegó a su fin. Raisa se apartó de Micah, pero él no quitó sus manos de los hombros de ella.

—¿Qué haréis después del baile? —le preguntó—. Conozco un lugar donde podríamos ir para estar solos.

—Ya está bien, Micah —replicó Raisa con seriedad—. Voy a irme sola a la cama.

—Vaya. Es una lástima, Alteza —dijo alguien prácticamente a su oído.

Los dos se giraron. Han Alister hizo una reverencia.

—Creo que soy el siguiente en la lista —dijo.

—¿Tú? —Micah le miró de arriba abajo y, a continuación, se dirigió a Raisa—. ¿Alister está en tu tarjeta de baile?

Raisa lo comprobó.

—Eso parece —dijo, sorprendida de ver que su nombre aparecía en la lista. Nunca había bailado con él, ni siquiera en las fiestas previas a la de la coronación.

—¿Por qué tú? —preguntó Micah, con la frente arrugada.

—¿Y por qué no? —contestó Han. Mantenía la barbilla elevada, con una postura y una expresión que prometían violencia. Un reto para el señor de la calle.

—¿Qué es eso que llevas en la estola? —dijo Micah con desdén—. ¿Un cuervo? Creo que sería más apropiada una rata.

—Pues resulta que llevo un cuervo —replicó Han—. Conocido por ser más inteligente de lo que crees. —Cogió a Raisa de la mano y la llevó a la pista bajo la mirada atenta de Micah. Después de los acontecimientos de la noche anterior, Raisa no sabía qué esperar. Pero Han la mantuvo a distancia, como si ese baile fuera un puro trámite, tal vez para provocar a Micah.

—Intenta fingir que no quieres estar conmigo —dijo Han, observando a los demás bailarines.

—¿Cómo sabes que quiero estar contigo? —dijo Raisa con tono seco. En un primer momento esto sorprendió a Han, pero luego hizo una pequeña mueca para aguantarse las ganas de sonreír.

A Raisa no le importaba. Estaba cansada de que Han Alister la hiciera ir de aquí para allá: primero besos apasionados y abrazos embriagadores y después un baile totalmente frío.

Era la primera vez que bailaban juntos desde las clases de baile en la habitación de La Tortuga y el Pez en Vado de Oden. Ella era plenamente consciente de la distancia que los separaba, de la posición de sus manos, en los hombros y las caderas.

—No lo haces nada mal, Alister —dijo Raisa. Le pasaron por la cabeza recuerdos de Vado de Oden: besos espontáneos y una amistad con menos obstáculos entre los dos.

Han estaba concentrado en su trabajo, no en recuerdos ni en dar conversación.

—Aparte de su guardaespaldas, Montaigne ha venido con un par de docenas de criados que más bien parecen soldados —murmuró—. Gata los tiene bien controlados. Si tiene a más gente por aquí, queremos saberlo.

—¿De dónde ha sacado Gata a su gente, con tan poco tiempo de antelación? —preguntó Raisa.

—Ha estado reclutando a gente en el Mercado de los Harapos y en Puente del Sur. —Se acercó a ella—. Me ha dicho que te dijera que, si quieres, matará a Montaigne. Y nadie te podrá relacionar con su muerte.

—¿Qué? —Raisa cogió a Han por las solapas y se lo acercó mirándolo directamente a los ojos—. Dile que se lo saque de la cabeza. No voy a mandar asesinos a sueldo a nadie, en especial a mis invitados, por muy despreciables que sean.

—Ya le dije que dirías eso —dijo Han, sonriendo y asintiendo a Missy Hakkam, que no los perdía de vista mientras ellos daban vueltas. Volvió a mirar a Raisa y su sonrisa se desvaneció—. Creo que por lo menos te lo deberías pensar.

Ciertamente era una idea tentadora. Si pensaba en el futuro no veía más que problemas con el nuevo rey de Arden.

—¿De qué conoces a Montaigne? —le preguntó, para no decirle que sí.

—Gata, Bailarín y yo tuvimos una disputa con él en la Ardencourt. Es un experto secuestrando gente.

—Ya lo sé —dijo Raisa, recordando su encuentro en Tamron.

—No bebas nada con él y no vayas a ningún sitio a solas con él —dijo Han—. Ni siquiera dentro de palacio. De hecho, no vayas a ningún sitio sin mí, Gata o el capitán Byrne hasta que Montaigne se haya marchado de la ciudad. —Miró a Raisa con los ojos entrecerrados para comprobar que se lo había tomado en serio.

—Iré con mucho cuidado —afirmó Raisa. Examinó la sala de baile con la mirada. Montaigne estaba inmerso en una conversación con Lassiter Hakkam y Bron Klemath. Annamaya Dubai estaba hablando con Talia y el resto de Lobos Grises, pero no veía a Amon—. Por cierto, ¿dónde está el capitán Byrne?

—Está estableciendo un perímetro alrededor del recinto del castillo —informó Han—. Solo por si el rey de Arden ha planeado algo más que una visita amistosa.

Raisa sintió simpatía por Annamaya. Si se casaba con Amon Byrne lo que le esperaba era eso: toda una vida de dedicación a su deber.

Cuando terminó la canción, Han miró por encima del hombro de Raisa y su rostro se quedó sin expresión. Ella se volvió y vio que el rey de Arden le hacía una reverencia.

—Vuestra Majestad, creo que el próximo baile es para mí.

Han puso una mano sobre el hombro desnudo de Raisa, que sintió como su calor le hacía arder la piel.

—Recordad lo que os he dicho, Alteza. —Y luego se fue.

A diferencia de las manos calientes y sudorosas de los magos y pretendientes con las que Raisa había tenido contacto aquella noche, las manos de Montaigne estaban secas y frías como la piel de una lagartija. ¿Hacía menos de un año que le había hecho sentir repulsión el día de su onomástica, hablando de eliminar a sus hermanos mayores que se interponían entre él y el trono?

Y ahora ya lo había conseguido. Raisa tomó nota mentalmente: cuando Gerard Montaigne te haga una amenaza o una promesa, tómatelo en serio.

Igual que hizo en la fiesta de la onomástica de Raisa, Montaigne se saltó cualquier comentario de cortesía y fue directamente al grano.



—Me sorprende que bailéis con magos —dijo Montaigne—. Creía que teníais prohibido estar en su compañía.

—No se me permite casarme con ninguno de ellos —dijo Raisa—, pero aún me sirven para bailar.

Montaigne no sonrió.

—También son muy útiles para fines militares. Pero puede resultar bastante peligroso confraternizar con ellos, creo, especialmente para una señorita como vos.

—Los magos han formado parte de nuestra estructura social y política durante muchas generaciones —dijo Raisa—. Creemos que para gozar de las ventajas que supone confraternizar con ellos vale la pena asumir el riesgo.

Montaigne cambió de tema.

—Hace un mes os mandé una propuesta —dijo—. Y me respondisteis de forma favorable, creo.

Debía estar hablando de la propuesta de que Raisa enviara a sus ejércitos en contra del rey Geoff a modo de regalo de compromiso para Gerard.

—Estaba dispuesta a escuchar —dijo Raisa—. Pero parece que las circunstancias han cambiado.

—Sí, efectivamente. Ya no necesito vuestro ejército, por lo que en términos de negociación de matrimonio ya no estamos en igualdad de condiciones.

—¿Ah, no? —dijo Raisa—. Entiendo. Así pues ¿ya no estáis interesado en una alianza matrimonial?

Montaigne negó con la cabeza.

—Estoy muy interesado en conseguir un contrato de matrimonio con vos. —Hizo una pausa—. Aunque lo que persigo no es tanto la alianza como una consolidación de pertenencias.

Y a mí no me interesa ni una cosa ni la otra, pensó Raisa.

—Vuestra Majestad —dijo Raisa— no me imaginé en ningún momento que hablaríamos de esto, esta noche. Interpreto que estaréis muy ocupado con vuestras nuevas responsabilidades. Como espero que comprenderéis, hay mucho que hacer aquí en los Páramos antes de comenzar a pensar en... asuntos exteriores.

—Al contrario, creo que disfruto de un momento de gran dinamismo —dijo Montaigne—. Ya habéis visto lo que soy capaz de lograr en poco tiempo. No veo ningún motivo por el que retrasar lo que es inevitable. Los recursos de los Páramos se complementan con los nuestros y nos ayudarían a recuperar nuestro reducido erario. Sería el próximo paso lógico.

Menudo románticón estás hecho, ¿verdad?, pensó Raisa, esforzándose por no poner los ojos en blanco. Como siempre, procurando por ti y tus intereses. De pronto sintió una gran necesidad de echar a Gerard Montaigne de su reino lo antes posible.

Buscó una excusa.

—Reflexionaré seriamente sobre lo que decís —dijo ella—. Pero deberíais saber que aquí, en los Páramos, es costumbre mantener el luto durante un año después de la

muerte de un padre o una madre. Eso impide que tomemos decisiones erróneas mientras aún estamos inmersos en el dolor. No me apetecería celebrar un matrimonio ni negociar cambios en ninguna estructura política en el futuro más próximo.

Terminó la canción y dejaron de bailar.

—Buenas noches, Vuestra Majestad —dijo Raisa—. Que tengáis un buen viaje de regreso a casa. —Hizo una reverencia para despedirse intentando librarse de él, pero Montaigne la sujetaba por el brazo y la arrastró hasta un rincón de la sala de baile, al lado de una ventana.

—No he acabado —dijo—. Quizá no me haya explicado bien.

Raisa hizo una muestra de resistencia y, en ese mismo instante, se formó una muralla humana a su alrededor con Amon Byrne, Han Alister, *Gata Tyburn* y tres de los Lobos Grises, con Micah detrás de ellos, a poca distancia.

—Sacadme las manos de encima si no queréis que dé órdenes para que os arresten —dijo Raisa con una voz fría como el cristal.

Montaigne soltó su brazo.

—No sé cuáles serán vuestras costumbres en el sur —prosiguió Raisa—, pero no permitiré que se me manosee en mi propia corte. Por nadie.

—Comprendo que tendréis mucho en qué pensar —dijo Montaigne, intentando no hacer caso del pequeño ejército de Raisa—. Sin embargo, vos, más que nadie, deberíais entender que mi paciencia tiene límites. Cuando vuestra madre se convirtió en un obstáculo, la eliminasteis. Del mismo modo que yo no dudaré en eliminar a todo aquel que se interponga en mi camino. —Hizo una pausa para que aquellas palabras tomaran la importancia que quería darles—. Os ofrezco un papel y una voz en un reino mayor de Arden, una oferta que puedo retirar en cualquier momento. Os sugiero que toméis una decisión muy estudiada y me deis una respuesta lo antes posible.

Entonces se volvió y empezó a marcharse sin ni siquiera insinuar una mínima reverencia.

—¡Montaigne! —gritó Raisa. Sus palabras se oyeron por encima de la música y las voces de la multitud.

Él se volvió hacia Raisa.

—¿Sí?

—No hace falta esperar más. Os voy a dar mi respuesta ahora —dijo Raisa.

Montaigne se quedó de pie esperando, con una leve sonrisa en los labios.

Está esperando que me rinda, comprendió Raisa, estupefacta. Está esperando que le diga que sí.

Está acostumbrado a acosar a las mujeres para que hagan lo que él quiere, pensó. Nunca se ha molestado en intentar aprender a conocerlas mejor.

Puede que Raisa lo estuviera imaginando, pero le pareció que la sala de baile quedaba en silencio a la espera de su respuesta.

—La respuesta es no —dijo Raisa, alto y claro—. Me casaría con el rey Demonio

en persona antes de casarme con vos. Os sugiero que vayáis a otra parte a buscar una esposa. Y que el cielo se apiade de la que elijáis.

En las mejillas de Montaigne aparecieron dos círculos rojizos, aunque Raisa no supo si se debían a la vergüenza del rechazo público o a la ira.

En ese momento hizo una mínima inclinación con la cabeza con aquellos ojos azules fríos y pálidos como si fueran de hielo endurecido por el viento.

—Gracias, Vuestra Majestad, por haber sido tan directa conmigo. Buenas noches.

Raisa observó cómo se iba con una sensación de alivio y temor combinados. Era un alivio el haber puesto fin a la farsa de que estaba considerando casarse con él. Sin embargo, sabía que Montaigne encontraría la forma de hacerle pagar esa humillación pública.

Tendría que haber dejado que Gata lo matase, pensó.

## La coronación

El baile de la coronación se había celebrado para la nobleza, los magos y los oficiales militares; para los de sangre azul, como diría Han. La gente del Valle de todas las clases estaba invitada a la fiesta del día de la coronación. Y habría una fiesta y bailes en las Espíritus para la gente de los clanes.

Incluso para las celebraciones, el pueblo estaba dividido.

Primero al templo. Magret ayudó a Raisa a vestirse con los atuendos del templo y le puso sobre los hombros la prenda de coronación con bordados exquisitos realizados por los clanes. Estaba repleto de joyas, y pesaba tanto que prácticamente hizo que Raisa se tambaleara.

Parecía que simbolizase la carga de responsabilidades que llevaría sobre los hombros.

Cuando estuvo lista, su padre, Averill, su hermana, Mellony, su prima, Missy Hakkam, y su abuela, Elena, la acompañaron hasta la Catedral. Amon también estaba allí, solemne y de una elegancia que dejaba sin aliento con su vestido de luto, con el resto de Lobos Grises alineados detrás de él. Raisa se tragó un nudo que se había formado en su garganta.

Han Alister llevaba el abrigo negro y plateado que llevó en el funeral de Marianna, el que le había confeccionado Willo y que llevaba grabados en un gris muy sutil lobos y cuervos, con la serpiente y el báculo en la espalda. Lucía lo que Raisa había acabado creyendo que era su amuleto de la corte: una figura de piedra translúcida en forma de cazador. Sabía que el amuleto de la serpiente probablemente lo llevaba en contacto con la piel.

Al mirar a Raisa a los ojos, ambos percibieron la energía y la tensión de los secretos que compartían. Su mirada descendió hasta el anillo de perlas y feldespatos que ella llevaba junto al lobo de Hanalea. Le hizo tan gran reverencia que las estolas casi le tocaron al suelo. ¿Desde cuándo encajaba tan bien en la corte?

¿Tanto había cambiado ella en el último año?

Mellony y Missy Hakkam se colocaron detrás de Raisa, cada una sujetando un puñado de ropa. La ayudarían a llevar esa pesada capa.

—Menos mal que solo tendré que llevarla una vez —se quejó Raisa—. No podría bailar así ni que quisiera.

Magret se preocupaba por los pliegues de la túnica de Raisa y no paraba de ponérsela bien. La que desde hacía poco era ama de la alcoba de la reina llevaba un vestido de lana gris y el colgante de doncella brillaba en su cuello.

—Está bien —dijo Raisa, tomando las manos de Magret—. Gracias por todo lo

que has hecho y por lo que harás, por la dinastía. —Se puso de puntillas y dio un beso en la mejilla mojada y salada de la que había sido su niñera.

Amon se aproximó y se colocó a la derecha de Raisa, Han a la izquierda. Tenerlos allí la hacía sentir bien.

—Vamos —dijo Raisa alzando la barbilla.

Recorrieron los largos pasillos oyendo el frufrú de la pesada tela bordada contra los suelos de mármol y piedra. Los pasillos ceremoniosos de palacio estaban prácticamente desiertos: todo el mundo se encontraba ya en el templo. Sin embargo, los criados esperaban en las puertas y alineados en los pasillos más anchos. Incluso los cocineros y todo el personal de cocina abandonaron unos minutos sus tareas de preparación del festín que se celebraría aquella noche para observar a la heredera de la corona en sus últimos instantes como tal.

La próxima vez que la vieran ya se habría convertido en reina.

La pequeña procesión llegó al patio y avanzó por la galería que comunicaba el castillo propiamente con la Catedral. Han se metió la mano dentro del abrigo y murmuró un hechizo. La luz se arqueó sobre ellos formando una glorieta mágica con rosales enroscados, pero Raisa supuso que se trataba de una forma inteligente de desviar posibles flechas o ataques mágicos de cualquier asesino.

A medida que iban avanzando, veían a más criados animándoles y saludándoles desde los balcones.

—¡Feliz día de onomástica! —gritaban—. ¡Larga vida a Raisa *ana*’Marianna!

Los devotos del templo esperaban a ambos lados de la enorme doble puerta de la catedral. Ellos fueron los encargados de entreabrirla al ver que Raisa y su séquito se acercaban.

Raisa se detuvo delante de la puerta y examinó la sala con la mirada. La catedral estaba repleta, todos los asientos estaban ocupados a cada lado de la nave. El eco del ruido que hizo la congregación al ponerse de pie para recibir a la heredera de la corona llenó el vestíbulo como si fuera un trueno.

Raisa avanzó por la nave con la cabeza bien alta. Han y Amon se mantuvieron ligeramente por detrás de ella para que quedara bien visible ante todas las miradas. En la parte frontal del templo, el orador Jemson esperaba vestido con la túnica ceremonial que habían llevado todos los oradores en todas las coronaciones desde la de Hanalea.

Suerte que la hicieron de talla única, pensó Raisa, como mi vestido.

Una vez más, la cacofonía de ruidos y colores recordó a Raisa el día de la celebración de su onomástica. Sin embargo, esta vez el trono del Lobo Gris del estrado estaba vacío. En él había serbales y rosales en lugar de las gardenias blancas de su madre, lo que simbolizaba que los tiempos habían cambiado. Aun así, Raisa no podía evitar la idea de que era el trono de su madre.

A nivel del suelo, debajo del trono y a ambos lados, había las sillas menos elaboradas que ocupaban los representantes de los clanes de las Espíritus, el Consejo

de Magos y el Consejo de Nobles. Su abuela Elena se sentó en su sitio, al lado de los clanes, y Gavan Bayar y Lassiter Hakkam se situaron más adelante, en los asientos de los magos y la nobleza del Valle.

Los acontecimientos parecían ralentizarse a la vez que la mente de Raisa aceleraba su ritmo, captaba imágenes, sonidos, expresiones corporales y reacciones.

Raisa se detuvo justo delante del estrado, donde se volvió hacia el público. Sus asistentes se retiraron hacia los lados. Una vez más, Han conjuró un dosel de magia brillante: lobos y rosas y el ojo sin párpado, símbolo del clan de su padre.

Los Lobo Gris se alinearon junto a la pared, muy atentos. Han y Amon se quedaron de pie, uno a cada lado del estrado, una guardia de honor de lujo. Mellony, Missy Hakkam y Averill tomaron sus puestos en la primera fila, y Averill pasó el brazo por encima de los hombros de Mellony.

Justo detrás de ella, Magret permanecía sentada pero erguida, con la nariz y los ojos enrojecidos.

Mellony se inclinó hacia delante y miró al otro lado de la nave, donde, en la primera fila, estaban sentados Micah y Fiona, vestidos de blanco y negro, como era habitual, mirando adelante. Sus caras parecían de la porcelana más fina, blancas y duras, pero de algún modo frágiles.

Raisa vio algo rojo con el rabillo del ojo. Era *Gata* Tyburn que, desde la penumbra de un pasillo lateral, lucía su vestido de satén rojo del baile. Parecía que le había cogido cariño. Gata permanecía con la cabeza ladeada controlando a la multitud para evitar cualquier alboroto.

En la parte trasera, los invitados de fuera del reino estaban sentados siguiendo la jerarquía y el protocolo. La disposición de todos ellos tuvo que volverse a ajustar debido a que Gerard Montaigne se disculpó diciendo que se iba inmediatamente. Raisa casi hubiera preferido tenerlo allí, donde pudiera observarle. No era que se arrepintiera de lo que había dicho, pero quizás habría podido encontrar un momento más idóneo para hacerlo.

Detrás del trono, y a cada lado del altar en el estrado, estaban los antepasados de Raisa, las reinas Lobo Gris. Se arremolinaban y movían como el vapor, mientras sus ojos brillantes reflejaban la luz de las antorchas y candelabros que colgaban del techo.

Raisa miró hacia donde estaba Han y se preguntó si él también las veía. Si era así, no lo parecía. Él seguía acariciando su amuleto y examinando la multitud para detectar cualquier posible amenaza.

Esto parece una boda, pensó Raisa. La novia y sus damas delante. Los magos a un lado, los clanes al otro, como dos familias que no se llevan bien. La gente del Valle, como siempre, se veía obligada a dividirse en estos dos grupos.

¿Y yo? Me caso con el trono del Lobo Gris, el más celoso de los amantes. Ella lo había elegido, renunciando a Amon, a Han y, probablemente, a toda posibilidad de alcanzar la felicidad en el amor.

No te pongas sentimental, se riñó Raisa. La vida está llena de elecciones difíciles. Por lo menos yo puedo ser reina.

Jemson fue hasta el centro de la nave y se volvió hacia Raisa, dando la espalda al público. Le sonrió y le guiñó el ojo.

—Saluciones, gentil dama —dijo—. ¿Quién sois y qué os trae hoy al templo? —Era la primera de las Tres Preguntas tradicionales.

—Soy Raisa *ana*'Marianna, la heredera de la corona de los Páramos —respondió Raisa en voz alta para llegar a todos los rincones del templo—. He venido a reclamar el trono del Lobo Gris.

—¿Con qué autoridad reclamáis el trono del Lobo Gris? —preguntó Jemson severamente.

—Mi madre, la reina Marianna *ana*'Lisa, se ha unido a nuestros antepasados en las Montañas de los Espíritus —dijo Raisa—. Y yo soy la heredera de Marianna, por sangre y por capacidad.

—¿Cuál es vuestro linaje? —preguntó Jemson.

Raisa recitó la nueva línea de reinas, que empezaba por Hanalea y acababa con su madre y ella misma, que tanto recordaba del día de su onomástica, el año anterior.

Jemson asintió.

—Estoy muy satisfecho de que os corresponda el derecho por sangre, Alteza —dijo—. Ahora tengo tres preguntas referentes a la capacidad.

Estas preguntas eran nuevas, no las había respondido en su renombramiento. Supuestamente, una princesa tenía tiempo para prepararse antes de la coronación.

—¿A quién respondéis, Raisa *ana*'Marianna? —preguntó Jemson.

—Respondo a la Hacedora, a la dinastía y al pueblo de los Páramos —respondió Raisa.

—¿Qué símbolo deseáis utilizar, princesa Raisa? —preguntó Jemson—. ¿Mediante qué os comprometéis?

—Mediante mi sangre —dijo Raisa. Desenvainó la daga de Nuestra Señora que había pertenecido a Edon Byrne, se cortó la palma de la mano y dejó que su sangre cayera en la gran pila del altar.

Jemson le dio un paño blanco limpio con el que envolverse la mano. Levantó un elaborado aguamanil, vertió agua en la pila y la removió. Agua límpida del Dyrnne, de las Espíritus.

—¿Quién os ayudará, Raisa *ana*'Marianna? —preguntó Jemson.

—El reino se apoya en tres bases: los magos, los clanes de las Espíritus y los habitantes del Valle —respondió Raisa.

Jemson sumergió una taza en la pila y la sacó llena. Con un gesto pidió a Elena, lord Bayar y lord Hakkam que se acercaran. Jemson les ofreció la copa y cada uno bebió de ella mirando a los demás por encima del borde.

Amon y Han, uno a cada lado de Raisa, dieron un paso al frente para beber. Jemson invitó a la primera fila y a Mellony, a Missy Hakkam y a Averill Lightfoot,

que se acercaron al altar y bebieron. Las mejillas pálidas de Mellony se veían incluso más pálidas de lo que era habitual, y Raisa sabía que su hermana se había imaginado estando ella en su lugar.

Averill sonrió a Raisa, lleno de orgullo. ¿Era porque era su hija, o porque habría una reina de sangre mixta en el trono del Lobo Gris?

Micah y Fiona se acercaron desde el otro lado. Micah y Raisa se miraron mientras él se echaba el pelo atrás, cogía la copa y bebía. Fiona centró su mirada en la copa.

Los asistentes fueron invitados, fila por fila, a ir hasta el altar a beber la sangre de la reina Lobo Gris. Aproximadamente la mitad de los asistentes permanecieron en sus asientos. Eran dignatarios del resto de los Siete Reinos que no tenían ninguna intención de declarar su lealtad a Raisa.

—Con esta acción prometemos preservar la dinastía Lobo Gris así como el reino —dijo Jemson mientras bebía él mismo de la copa. A continuación la dejó a un lado.

No lo olvidéis, pensó Raisa, mientras miraba a los Bayar.

—Arrodillaos, Alteza —ordenó Jemson.

Raisa se puso de rodillas, dejando la túnica de la coronación extendida a su alrededor.

Jemson alzó la ornamentada corona Lobo Gris que reposaba en su cojín de terciopelo.

—Por la autoridad que se me ha otorgado como orador de la catedral de la Ciudad de la Luz, yo os coronó, Raisa *ana*’Marianna, reina de los Páramos, trigésimo tercera de la nueva dinastía. —Y le colocó la corona en la cabeza.

En el estrado, las reinas Lobo Gris bajaron la cabeza en reconocimiento de su nueva reina hermana y se dispararon como el vapor.

Raisa se levantó, con la cabeza bien erguida, consciente del peso de la corona, preocupada por si se le caía. Jemson se hizo a un lado. Sus ayudantes se colocaron detrás de ella y procedió con una gran elegancia por la nave envuelta en el aplauso de la nobleza reunida.

Probablemente ésta será la última vez que se reúnen para celebrar algo que yo haga, pensó Raisa.

Al cruzar el patio, oyó el clamor de los balcones, pero no se atrevió a mirar hacia arriba para que no se le cayera la corona. Los pétalos de rosas descendían en espiral por todo su alrededor.

Una vez estuvo a salvo dentro del palacio, se quitó la corona con ambas manos y se la entregó a Amon, quien, a cambio, le ofreció una diadema mucho más ligera.

Subió por la gran escalinata hasta la tercera planta y tomó el pasillo intentando no tropezar con la túnica de la coronación, con todos sus ayudantes siguiéndole los pasos como si llevara un elegante plumaje.

En el patio se habían reunido miles de personas: hombres, mujeres y niños. Sin duda, algunos de ellos habían ido porque hacía mucho tiempo que no les habían invitado a entrar en el castillo y sentían curiosidad. Pero muchos llevaban rosas



sujetas a la ropa, algunas naturales y otras fantásticas elaboraciones de ropa y encaje, pero todas ellas lucían como puntos de color entre el gris y el marrón.

Cuando Raisa apareció en el balcón, la multitud empezó a gritar.

—¡Rai-sa! ¡Rai-sa! ¡Rai-sa!, y ¡Rosa Silvestre! ¡Rosa Silvestre!

Raisa extendió las manos y la multitud preguntó:

—¿Quién sois y qué os trae hoy al templo?

—Soy Raisa *ana*’Marianna, reina Lobo Gris de los Páramos —contestó ella, y se reprodujeron gritos de alegría que solo se apagarían cuando ella alzó una mano para pedir silencio.

—¡Pueblo de los Páramos! Una coronación es un fin y un principio —dijo—. El fin de un período de incertidumbre, el principio de una nueva era. El fin del reinado de Marianna y el principio del reinado de Raisa. El fin de una princesa, los primeros pasos de una reina. El fin de una niñez. —Hizo una pausa y, con la nariz arrugada, prosiguió—: Y supongo que ahora todos esperaréis que me comporte como una adulta.

Las risas se contagiaron por toda la multitud.

—De algún modo nunca seré adulta. Por ejemplo, sigo creyendo en los milagros. Pero sé que los milagros solo se cumplen para aquellos que trabajan muy duro. Os prometo que trabajaré muy duro para todos vosotros.

Más alboroto de alegría.

—Sigo creyendo en la gente de los Páramos. Aunque hemos vivido tiempos muy difíciles y hay amenazas por todas partes, venceremos a todos los adversarios si logramos trabajar conjuntamente... Pueblo del Valle, magos y clanes de las Espíritus. Escuchaos los unos a los otros y yo os escucharé.

»Por último, además del trabajo duro, creo en las fiestas. —A estas palabras se unieron gritos de aprobación—. Esta noche celebraremos la mayor fiesta que haya vivido nunca la Ciudad de la Luz. Yo bailaré y espero que vosotros también. ¡Gracias!

Al volverse, pudo sentir el entusiasmo de la gente a su espalda.

Había sucedido. Raisa era la reina de los Páramos, trigésimo tercera en la nueva dinastía de Hanalea. Había nacido y la habían educado para ello. Había luchado para conseguirlo, y en algunas ocasiones creyó que moriría por ello. Detrás de sí, arrastraba una larga historia de tragedias y triunfos. Por delante, le esperaba toda una vida de trabajo duro. Había llegado el momento de empezar.

## Epílogo

La fiesta de coronación continuó en la Marca de los Páramos hasta mucho después de que terminara la ceremonia oficial. Los invitados abandonaron el recinto del castillo e invadieron las calles; los sangre azules se mezclaron con traperos, herreros y mozos de cuadra. En la fiesta de la nueva reina se había servido comida y bebida abundantemente y los habitantes de las calles del Mercado de los Harapos y Puente del Sur se llenaron barrigas, bolsillos y bolsas. En tiempos como aquellos, ¿quién sabía cuándo volverían a comer?

Algunos de los que se encontraban entre la multitud habrían celebrado la coronación del mismísimo rey Demonio por el simple hecho de que significaba acceder a montones de cerveza y todo tipo de licores.

Desde el tejado del puesto de guardia de Puente del Sur, Sarie Dobbs controlaba a la multitud con el ojo experto de una pequeña delincuente. Un pillastre habría estado en el paraíso, con tanta gente que llevaba copas de más. Sin embargo, hasta el momento no parecía haberse registrado grandes alborotos. Incluso las ratas de alcantarilla dejaron a un lado la idea de atacar a los que estaban celebrando la coronación de la dama conocida como Rosa Silvestre.

Pulseras (o rey Demonio, como se llamaba ahora a sí mismo), su señor de la calle, les había pedido que estuvieran alerta durante la celebración, que entraran en las tabernas más conflictivas y que informaran de cualquier detalle que pudiera amenazar la seguridad de la reina. Hizo este llamamiento porque la mayoría de los principales casacas azules estaban de celebración con ella.

Quién se habría imaginado que Flinn y yo estaríamos jugando a ser casacas azules, pensó Sarie, y dedicó una sonrisa a Flinn, que se encontraba en un tejado al otro lado del río. Su sonrisa se desvaneció al pensar en el elevado coste de la sobriedad en una noche como aquella.

Hacía mucho rato que se habían acabado los fuegos artificiales, cuyos colores intensos seguían grabados en las pupilas de Sarie. Se estaba haciendo tardísimo e incluso los más entregados a la fiesta se marchaban a sus casas bajo la tenue luz del amanecer.

Sarie hizo una señal a Flinn y bajó hasta la calle por la tubería. Rastrearían una vez más las calles del Mercado de los Harapos antes de irse a la cama.

Por el camino, gruñeron a algunos de los niños y chicos de la calle con la intención de asustarles para que se fueran a sus casas. De camino a Pinbury Alley, su territorio de siempre, Sarie vio un par de botas elegantes que asomaban detrás de un cubo de basura.

En el Mercado de los Harapos los cubos de basura eran algo nuevo, una de las

brillantes ideas de la reina. Le pareció que así la gente pondría los escombros dentro en lugar de dejarlos esparcidos por el suelo.

—Oye —dijo Sarie—, no es nada seguro dormir aquí con las botas puestas. — Tocó una de las botas con la punta del pie y, por la manera en que se giró la pierna del que las llevaba, Sarie supo que su propietario no las iba a necesitar más.

—¡Flinn! —susurró—. Acércate.

Detrás del cubo de basura había dos cadáveres, el de un hombre y el de una mujer, ambos ataviados con elegantes atuendos y con sus estolas de mago alrededor del cuello empapadas de sangre. Les habían degollado.

Flinn los miró, maldiciendo entre dientes.

Sarie se arrodilló junto a los cuerpos y los tocó. El que había hecho aquello no se había llevado sus carteras ni sus botas.

—Pero sus talismanes no están —observó Flinn. Tenía razón: les habían robado los amuletos, y los magos nunca iban a ninguna parte sin ellos.

Sarie y Flinn registraron la zona, pero no encontraron a nadie.

Flinn se puso en cuclillas junto a los cuerpos y les examinó la ropa con la luz del alba cada vez más intensa.

—Mira esto —dijo, pasando la mano por el torso del mago que llevaba las botas.

Allí, ligeramente manchada de sangre, se veía una línea vertical con otra que la cruzaba zigzagueando.

Flinn se sentó sobre sus talones.

—¿A ti qué te parece que es? —Al ver que Sarie no decía nada, él le mostró el talismán que había hecho el cabezacobriza de Gata.

Sarie lo volvió a mirar. Y entonces lo vio: la serpiente y el báculo. El símbolo de la banda del rey Demonio, el nuevo nombre de calle de *Pulseras Alister*.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo ella, después de una larga pausa—. Dejó esa vida atrás.

—Pero tiene una banda y una casa y él mismo dijo que tiene algo entre manos —murmuró Flinn—. Dijo que no nos quería dejar entrar en el juego porque era demasiado arriesgado.

Sarie señaló a los dos que estaban tumbados en el suelo.

—¿Crees que esos dos tenían algo que ver con lo que les pasó a su madre y su hermana?

—¿Acaso importa? —preguntó Flinn.

—¿Crees que ha salido a la caza indiscriminada de magos? —preguntó Sarie.

—Él, o quizá *Gata Tyburn*, la experta de los cuchillos.

Ella lo negó con la cabeza.

—Él también es hechicero. Además, *Pulseras* es demasiado listo para eso.

Flinn se lamió los labios.

—Recuerda lo que dijo cuando estábamos en *Filcher Alley*. No dijo de qué se trataba su juego. Pero dijo que era un plan disparatado y con poco ingenio. Tal vez

por eso no nos quería dejar entrar.

—Les tendría que haber quitado las carteras —dijo Sarie—. Habría hecho que pareciera obra de cualquiera.

—A menos que lo haya hecho para que se sepa —dijo Flinn—. ¿Por qué si no habría firmado su obra?

Sarie intentó pensar en algo, pero su mente estaba agotada y no se le ocurrió ningún argumento para replicarlo.

—Tal vez Pulseras se haya vuelto loco —dijo Sarie con una mueca—. Recuerda cómo se puso después de que su madre y Mari murieran quemadas. Nunca he visto a nadie que atrajera tanto el conflicto como él.

—Los casacas azules pasarán por aquí dentro de poco —dijo Flinn, observando el ángulo de la luz.

Sarie hizo una reflexión.

—Ya sé qué haremos. —Cogió la punta de la estola de mago con la mano y la apretó contra la herida del cuello para empaparla de sangre. A continuación la pasó por encima del símbolo que había en el abrigo del cadáver hasta que lo tapó todo—. Menos mal que esto es reciente —murmuró. Dio una de las carteras a Flinn y se metió la otra en su bolsa—. Cojamos esto, también. Haremos que parezca que les han matado para robarles.

De pronto, Flinn les estaba quitando las botas.

—Están hechas por los clanes —dijo al verlas—. Y parecen de mi talla.

Cuando el sol empezó a lucir por encima de la escarpadura del este, Sarie y Flinn ya estaban de vuelta a su casa. Sarie esperaba haber podido cubrir el rastro de su señor de la calle, pero no podía evitar estar preocupada.

Si sigue así lo van a pillar, pensó. Y esta vez seguro que lo cuelgan.

## Agradecimientos

Quiero hacer un agradecimiento especial a mis editoras duales, que no en duelo, Arianne Lewin y Abby Ranger. Vuestro amor y entusiasmo me ayudan a avanzar incluso cuando me hacéis esas preguntas imposibles de responder que hacen que mis libros sean mejores.

Gracias a mis pacientes compañeros de críticas, Marsha McGregor y Jim Robinson; los YAckers, Jody Feldman, Debby Garfinkle, Martha Peaslee Levine, Mary Beth Miller y Kate Tuthill; a los escritores de Twinsburg y a Julanne Montville, Leonard Spacek, Jeff Harr, Don Gallo, Dorothy Pensky y Dawn Fitzgerald, que siempre leen fragmentos, pero nunca la obra entera.

Gracias a mi extraordinario agente, Christopher Schelling, por seguir asegurándome que no le doy mucho trabajo y por aguantarme las neuras.